



Doce
OPORTUNIDADES
de *viver*

BDP

JOSSY LOES

Doce
OPORTUNIDADES
de viver



JOSSY LOES

Doce oportunidades de vivir.

© 2018, Jossy Loes

© De esta edición: Ediciones Besos de Papel

© Corrección: Barbara Padrón y Lucía Brisbane

© Cubierta e interior: Munyx Design

© Imagen cubierta: Shutterstock

ISBN: 978-84-948151-8-8

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A lo largo de nuestras vidas nos tropezamos con personas que nos dejan una huella con su lucha y persistencia, esta historia se la dedico a miles de personas que luchan contra grandes obstáculos para superarse cada día y que nos enseñan a otros que cada día es una oportunidad de vivir.

A mi hijo, que comienza ese camino de aprendizaje y de retos.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Otras publicaciones](#)

A lo largo de nuestras vidas nos tropezamos con personas que nos dejan una huella con su lucha y persistencia, esta historia se la dedico a miles de personas que luchan contra grandes obstáculos para superarse cada día y que nos enseñan a otros que cada día es una oportunidad de vivir.

A mi hijo, que comienza ese camino de aprendizaje y de retos.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Bienvenidos a la décimo séptima edición del campeonato de calificación de gimnasia rítmica de Estados Unidos —saludó la comentarista desde su palco—. No hace falta recordarles que este año la competición está reñida. Muchas de las jóvenes se han esforzado para llegar hasta aquí y ni hablar de las que han escalado posiciones, como nuestra subcampeona Sophia Baute, que nos sorprendió hace casi un año en las Olimpiadas.

—¡Cierto, Donna! —comentó su interlocutor—. Su puesta en escena fue un sobresaliente que la llevó a ganar la medalla de plata en las Olimpiadas, pero no solo fue en esos Juegos, debes recordar que su recorrido estos últimos años ha sido intachable. Un ejemplo es el Campeonato Mundial, en el que se llevó el oro, o el Campeonato de la Costa del Pacífico, cuyo puesto fue el segundo lugar, por detrás de su eterna rival.

—Aún recuerdo su excelente rutina en los Panamericanos —respondió la comentarista, añadiendo más información a su palmarés—. Su programa fue tan fantástico, la ejecución con las mazas junto a cada ejercicio de dificultad corporal fue perfecta y es que Sophia, sus últimos años, ha sido de dieces. —Miró a su compañero y prosiguió—. Giles, sé que eres fan de Marian Grant, pero mi favorita siempre será Sophia Baute.

Sonrieron durante unos segundos; su interlocutor prosiguió con la transmisión.

—Tienes razón. Sin embargo, no olvidemos que su aparato favorito, donde se desenvuelve mejor, es la cinta. Cabe destacar que el dominio de fuerza, la ejecución de ejercicios de dificultad y equilibrio, sumados a los elementos acrobáticos, junto a la música y la danza, dieron una armonía inigualable que le han valido los primeros lugares este año. No es de extrañar que se atreva a elaborar la rutina perfecta para consolidarse, pero Marian no

se quedará atrás.

—No lo creo —señaló Donna—. Lo que ha caracterizado a Sophia estos últimos años es su ambición, y lo comprobaremos hoy y en el próximo Campeonato Mundial que está a la vuelta.

Sophia hacía ejercicios de respiración mientras su entrenadora le acariciaba las orejas para darle serenidad, recordando en su mente cada movimiento. En el calentamiento saludó a todas sus compañeras, incluso a Marian que, después de su lesión, había vuelto a hacer a la perfección varios saltos de dificultad que fueron su pesadilla durante meses.

Las extensiones que pedía para la zancada en círculo con ambas piernas siempre terminaban con un error, pero en los pre-eliminarios, días antes, obtuvo casi su misma puntuación. Se alegraba, a pesar de mantener latente el recuerdo de su acusación en los vestuarios delante del resto de compañeras, culpándola de su lesión. Marian Grant era así, tenía que culpar a alguien, sobre todo cuando estuvo a punto de acariciar la plata olímpica y por errores básicos recayó en las manos Sophia, su rival, su compañera, su amiga.

Se conocían de toda la vida y, por ello, en cuanto comprobó que no podía seguir, descargó toda su rabia y frustración en ella dando ese paso tan penoso. Le costó una sanción de meses, tiempo suficiente para prepararse y llegar con gran rendimiento. Su amistad se había quebrado al final de su adolescencia debido a sus distintos gustos y ambiciones, no obstante, les unía la pasión por la rítmica.

Marian deseaba volver a la cúspide de la cima y Sophia comenzaba a pensar que debía enfocarse más en otras metas. Había ganado la plata olímpica y el oro en el campeonato mundial del año anterior, el sacrificio que conllevaba el ser una gimnasta de élite había dado sus frutos. Se acercaba a los veintitrés años, edad ideal para una retirada digna y, a la vez, dejar de

escuchar a Marian echarle en cara ser la segundona.

Había llegado el momento de saber qué camino escoger, compaginar dos carreras profesionales no era fácil y debía centrarse en su futuro. Esos dos años habían sido de muchos esfuerzos, lesiones que combatía con una sola visión, pocas horas de sueño y largas horas de entrenamiento.

Respiró hondo, escuchó la melodía de la gimnasta de Utah junto a los aplausos en cada ejecución y cerró los ojos de nuevo, tratando de encontrar la concentración máxima. Todos los ojos estarían puestos en ella, habían diseñado una rutina ardua para poder intentar llegar a la perfección, por tanto, ese día era importante para ella.

Aunque gran parte de esa seguridad que sentía era dada por la ilusión que había nacido el primer día que tropezó con Kenneth. Sonrió recordando sus palabras: «muy pocos pueden decir por ahí que su novia es una de las mejores gimnastas del mundo. Además, no será eterno, y esperar es de sabios». Esa perseverancia era admirable, sin dejar de lado sus pequeños detalles, la valentía de aguantar más de una vez las malas miradas de su entrenadora; se había ganado su corazón.

Reconocería toda su vida ese sacrificio por su parte y era hora de que se lo recompensara y también terminar su carrera como era debido. Amaba la rítmica, era parte de su ser, pero también debía asegurarse su futuro, por lo que decidió estudiar fisiología aplicada.

—¡Sophie, llegó la hora! —indicó su entrenadora tocándole el brazo—, ¡vamos, peque! —le dijo animándola como gesto cariñoso.

Desde sus inicios en el mundo de la rítmica, Mollie había sido su entrenadora, era casi su segunda madre. Se había llevado grandes broncas de su parte cuando quería tirar la toalla. Siempre fue insistente, conocía el potencial que tenía y entendió, hacía unos meses, que quería tener las mismas

oportunidades, como cualquier joven.

Mollie podía jurar que fueron contadas las veces que Sophia había asistido a fiestas de adolescentes o salidas con sus amigas. Por ello accedía a darle permiso sin tener que preocuparse al día siguiente, la joven gimnasta conoció la palabra compromiso desde muy pequeña y no le defraudó. La había visto crecer, llorar de frustración y dolor, así como de alegría.

Un buen día apareció con la escasa edad de cinco años, y con doce su vida se basaba en clases de *ballet*, arduos entrenamientos de más de treinta horas semanales, estudios de técnicas para ejecutar cada salto y giro a la perfección, flexibilidad, estiramiento y ejecuciones de cada aparato. Muchas horas en las que terminaban con más de un esguince en alguna ocasión, distensiones o contusiones por culpa de la sobrecarga de trabajo físico, por esa razón, sus padres aceptaron las sugerencias de su fisioterapeuta de añadir pilates a su entrenamiento.

Y Sophia se lo agradeció, siempre la habían apoyado, incluso esos días de lluvia o grandes nevadas, siempre estaban a su lado, sin ellos no hubiera cumplido su sueño: estar entre las diez primeras y mantenerse en el pódium. Ese día estaba feliz, esa competición tan importante sería en su ciudad y, a pesar de que esa tarde hacía un frío intenso por la amenaza de una gran nevada, las personas más importantes para ella estaban apoyándola.

La satisfacción de que su pupila estuviera entre las mejores era el premio de muchos años de trabajo. Era una chica lista, cabezota y con iniciativa, mantenía el recuerdo del día que le dio la primera sugerencia para un programa de competición y de eso hacía más de siete años. Sin duda, Sophia era una chica luchadora y con las ideas claras y se lo demostró cuando le dio la noticia de que estudiaría una carrera universitaria. Dudó que pudiese compaginar ambas carreras y hasta ese día lo sobrellevaba.

Había sido difícil para ella aceptar a ese jovencito que apareció un buen día. En cuanto percibió que su interés iba más allá al que sentiría por una compañera universitaria, tuvo una larga charla con su alumna, respetaba sus sueños, parte de ellos se estaban cumpliendo, pero se resistía a que Kenneth comenzara a ser parte su vida.

Se acercaron a la entrada del tapiz. Sophia alisó un poco el *maillot*^[1] que para esa ocasión se había confeccionado con cortes pintados a mano, difuminando los colores con sombras y cristales de Swarovski alrededor. Había querido que tuviera un fondo de color verde con pequeñas flores azules y rojas que combinaba con su rutina. Volvió a coger todo el aire que pudo, escuchando los aplausos de la puntuación de su rival y esperando que le diesen la señal para entrar.

Se acercó al tapiz, acomodó la cinta a lo largo y extendió el tronco hacia atrás dejando parte de ella en su mano para así esperar el inicio del acompañamiento musical. Los primeros acordes se escucharon con los balanceos creados por la cinta, que pasó por delante de su cuerpo a la vez que hacía una circunducción^[2] del tronco extendiendo sus brazos.

Aligeró los pasos haciendo espirales y terminar con un *pasé*^[3] subiendo la pierna y girando sobre sí misma, creando ondulaciones que combinaban con los acordes de la malagueña. Volvió a dar varios pasos lanzando la varilla, recogiénola luego de varias volteretas en el tapiz y seguir con movimientos de danza acorde a la melodía, siguió con varios bucles de serpentina hacia adelante y hacia atrás, cogiendo carrerilla haciendo saltos de difícil ejecución junto a ondulaciones con el aparato.

Regresó al suelo y ahí extendió el tronco a la vez que movía la cinta de un lado al otro. Se levantó en posición de equilibrio, pasándola de una mano a otra en movimiento circulares. Instantes antes de volver a impulsarse para

lanzarla al aire hizo un salto alto girando en suspensión para terminar su ejecución, pero la cinta se enredó con parte de su brazo, sin lograr lanzarla ni mucho menos sujetarla de nuevo por la varilla.

Con rapidez hizo otro salto a la vez que la lanzaba desde la varilla para recogerla en la punta y que combinó con un *arabesque*^[4] mientras la pasó entre sus piernas dibujando pasos *a través*^[5], transmitiendo con sus expresiones que mantenía la confianza a pesar de estar improvisando, tratando de compensar su gran error.

Había fallado, había perdido el campeonato, había fracasado en toda regla.

El día anterior comenzó a pensar en despedirse de la rítmica en el campeonato mundial; se había equivocado y se iría por la puerta trasera. Tenía ganas de llorar, pero debía seguir y dar lo mejor de sí. Dio una vuelta sobre sí misma dando paso a otros espirales, volvió al suelo lanzando la cinta con un lanzamiento de recuperación, sujetándola esta vez de manera correcta y en el tiempo preciso.

Se levantó con elegancia para dibujar ochos y serpentinas verticales, cruzándolas por delante de ella, girando sobre puntas y preparándose para su último salto. Juntó ambas piernas y desde su cabeza creó un círculo con su cuerpo, lanzándola en el aire atrapándola y moviéndola con fluidez en ligeros balanceos de un lado al otro para dar fin a su rutina con un gesto de flamenco español.

El público la aplaudió a rabiar, sonrió evitando que las lágrimas salieran, saludó a todos con la mano junto a una reverencia y salió del tapiz acercándose a Mollie.

—¡Bien hecho, peque!

—Sabes que no —respondió decepcionada.

—Hasta que el jurado no dé la puntuación, no conoceremos la penalización —indicó su entrenadora. Caminaron hasta un pequeño banco donde esperarían saber en qué posición había quedado.

Mollie sabía que ese error le había costado el medallero y que, por mucho que se preparara para momentos así, la mente era más poderosa que el cuerpo. Le dio un achuchón, animándola.

Sophia sonrió respirando con dificultad, trataba de calmar su pulso acelerado por la frustración de haber perdido. El resto de los aparatos los había bordado, pero la competencia estaba reñida y era realista. Escuchó los gritos y aplausos del público, su nota brillaba en el panel que tenían cercano.

Veintiséis novecientos cincuenta, quinta posición. Su equivocación le había pasado una gran factura.

—¡Ánimo, peque! —le dijo Mollie viendo su rostro. Miles de veces habían repetido la rutina, pero así era la vida de impredecible y debía aprender—. Todavía tienes opción para revalidar el título mundial, prepararte para el año que viene y las Olimpiadas —dijo con entusiasmo.

No era el mejor momento para tomar decisiones precipitadas y se limitó a callar. Después de su ejercicio siguieron más competidoras hasta que llegó la hora de Marian, haciendo una perfecta rutina y llevándose el oro. Quiso darle la enhorabuena en ese instante, sin embargo, la conocía y era capaz de menospreciarla solo por restregarle su medalla.

Volvió a los casilleros para cambiarse y charló con algunas compañeras, encendió el móvil y tenía un vídeo de Kenneth, lo descargó viendo el principio, que logró hacerla sonreír, siempre lo lograba y decidió verlo con mejor compañía y qué mejor que a su lado. Abrió el casillero que le asignaron y sacó de su bolso deportivo un pantalón de mezclilla, una camiseta y su ropa interior para darse una ducha rápida. Al salir, se tropezó

con Marian. Observándose unos segundos, supuso que era momento para congratularla.

—¡Enhorabuena! —le dijo—. Ha sido un programa bien ejecutado.

—Siempre lo es —respondió la gimnasta, volvió a mirarla de arriba abajo y añadió—. Sin copiar el de nadie. —Sophia volteó los ojos, esa siempre había sido la excusa para justificar sus acusaciones, a pesar de que sabían que sus ejercicios eran distintos.

—Espero que puedas disfrutar el momento —respondió Sophia—. Nos veremos muy pronto. —El rostro de Marian cambió, logrando irritarla, y optó por seguir haciéndolo—. Quizás pueda arrebatarte los títulos que faltan por competir.

—¡Ja! ¡Qué segura estás! —respondió Marian alzando su mentón—. Mírame bien, seré yo quien te arrebate el título mundial que ganaste con trampa y lo celebraré a lo grande. —Sophia sonrió, Marian era tan fácil de enfadar.

—Tendrás entonces triple trabajo, Mei, la japonesa, e Inna nos pisan los talones. — La gimnasta frunció el ceño, cruzó los brazos y enarcó una ceja.

—No me preocupan, yo tengo la perfección —indicó con una sonrisa que solo ellas conocían. Sophia se despidió con la mano. Su contrincante se había dado cuenta que solo quería irritarla y era hora de dar su retirada. A las afueras la esperaban sus padres y Kenneth, a quien le había prometido ir a cenar y pasar ese fin de semana juntos sin importar si ganaba o perdía, y eso era lo que haría.

La recibieron con un abrazo dándole la enhorabuena, su novio la asió por la cintura, otorgándole un beso corto y entrelazó su mano con la de él, demostrando lo orgulloso que se sentía de ella.

—¿Nos vamos a casa a celebrarlo? —indicó su padre.

—No es necesario —respondió Sophia.

—¡Sophia! —señaló Kenneth, haciéndole entender que sus padres querían animarla. Ella se mordió el labio mientras él intervino para salir del paso—. ¿Qué os parece si pasamos por vuestra casa antes de ir a cenar? —Lo miró con agradecimiento.

—Está bien —afirmó la joven—, nos vemos en un rato, pero un brindis rápido, me muero de hambre.

—Una gran idea, Ken—añadió su madre con gran sonrisa.

—Pero quiero advertirte delante de mis padres de que luego me llevarás a cenar, nada de otros cambios al estilo de Kenneth Hicks. —El joven rio a carcajadas.

—Me lo pensaré —dijo con burla.

—¡Ken! —le reprochó.

—No la atiborres a comida basura —añadió Mollie, que apareció a su lado para darle otro abrazo y saludar a los padres de Sophia. Sabía que llevaría días de autocastigo y la idea de Kenneth era la mejor que había en el ambiente.

—Lo prometo —respondió Kenneth asiendo la cintura de su chica de nuevo.

—Disfruta del fin de semana, Sophia, y nos vemos el lunes.

Mollie se despidió, al igual que todos, y caminaron a la salida con las manos entrelazadas. Sophia aceptó que, en el fondo, era afortunada por tener tanta gente que la apoyaba, tendría a la prensa deportiva local hablando sobre su error durante el fin de semana, pero su familia, su novio y su entrenadora estarían a su lado.

En cuanto Kenneth abrió la puerta se encontró con un grupo de chicos

aplaudiendo y gritando el nombre de Sophia. Ella abrió sus ojos sorprendida, se sonrojó y, con cierta vergüenza, se acercó agradeciéndoles. Algunos le pidieron selfis y los hizo encantada, hablaron un par de minutos animándola, se despidió y retomaron el camino a los aparcamientos. A pocos metros del coche, se detuvo.

—¿Has olvidado algo? —preguntó Kenneth deteniéndose a su lado.

—No, solo... —La joven necesitaba decirle tanto de lo que sentía que no sabía cómo comenzar—, quería agradecerte por estar siempre conmigo.

—Me parece que has olvidado que eres mi novia y que hemos planeado mucho y por ello no puedo dejar que se venga abajo mi futura socia en la vida, en eso de tener una casa inmensa con un enorme jardín detrás para que enseñes a nuestros gemelos a dar volteretas. —Sophia sonrió de lado.

—Eso de la casa y los gemelos acabas de inventarlo.

Kenneth rio atrayéndola hacia él, aprovechando que estaban a solas y sin que nadie le indicara o dijese qué hacer o a dónde ir.

—Hoy más que nunca deseo compartir una vida contigo —respondió mirándola a los ojos.

Eran muy jóvenes para pensar en ello, aun así, ese deseo nacía también en el interior de Sophia. Kenneth era su bálsamo ante tanta presión.

Algunas compañeras solían decirle que no tenían tiempo para novios y la miraban con recelo, dudando si podía dar la talla como la había dado hasta ese instante. Muchas veces se sintió entre la espada y la pared; afortunadamente con Kenneth no tenía ese problema, su compromiso con su trabajo como becario y el voluntariado lo tenían bastante ocupado. Él tenía metas y sueños que estaba cumpliendo y tal vez por eso su relación se mantenía, no sabía si esos sueños en común se lograrían, pero estaban dispuestos a ello.

—Lo pensaré más adelante —le dijo fingiendo desinterés. Kenneth frunció el ceño—. De momento quiero que me beses. —Él la rodeó, besándola con dulzura, prometiéndole las cosas que no podía decirle. La acercó mucho más subiendo las manos para sujetarle el rostro, entrando a su boca y demostrándole cuánto la deseaba, robándole más de un suspiro. Se separaron muy a pesar de ambos, era mejor evitar que la excitación creciera. Abrieron los ojos al mismo tiempo y sonrieron.

—¿Complacida?

—No, quiero más... —indicó. Kenneth ladeó la cabeza con una mirada pícaro—. No me mires así, además, necesito comer, estoy famélica. —El joven rio a carcajadas, la soltó del todo, juntó las piernas y, en burla, hizo un gesto de saludo militar.

—¡Sí, mi capitán!

—Hablo en serio —le indicó frunciendo el ceño. Su mirada fue acompañada de un mohín, él le agarró la mano para volver a reanudar su camino hasta el coche.

—De algo estoy seguro —dijo Kenneth acercándose al vehículo—. Serás mía todo el fin de semana.

—De repente recuerdo que tengo que hacer algo mañana —dijo a modo de venganza.

—¡Mentirosa! Di la verdad, te urge que me meta entre tus piernas.

—¡Calla! Shh —respondió con una risita—. ¡Te pueden oír!

—¡Sophia Baute me pone a cien, me excita como no lo había hecho ninguna otra chica! —gritó a la nada Kenneth.

—¡¿Pero estás mal de la cabeza?! —se apresuró Sophia a taponarle la boca—. ¡Oh, Dios mío! Por tu culpa le robaré el titular a Marian, mañana querrá enterrarme viva. —Kenneth rio a carcajadas, quitó la mano de su boca y

volvió a atraerla a él.

—Te responderé por partes: en primera, dudo que alguien me escuche, Marian tiene todos los medios con ella y vuelves a mentir. —La acercó y le susurró al oído—. Sé que te encantaría en estos momentos que te besara todo el cuerpo y te hiciera ver las estrellas.

Sophia rio a carcajadas y lo empujó en broma.

—¡Qué creído te lo tienes!

—La culpa la tiene mi novia, que le gusta retozar cuando no está entrenando.

Ella abrió la boca sorprendida y volvió a reír. Kenneth la besó de nuevo, mordiéndole los labios, demostrándole que no exageraba en eso de querer sumergirse en ella. Llevó las manos a su trasero, atrayéndola más, Sophia gimió, sujetándose del abrigo, con un beso húmedo donde sus lenguas se enredaban exigiendo más.

—¡Iros a un hotel! —escucharon desde la lejanía, sonrieron con sus bocas aún juntas. Kenneth le dio un tierno beso en la cabeza y, de esa manera, entre gestos cariñosos, llegaron al coche.

Sophia, en esos escasos segundos, pudo admirar a su chico. Era alto y delgado, las gafas que llevaba le daban un toque de seriedad que era lo que menos tenía cuando entraba en confianza. Su cabello caía de lado, tapándole los ojos de color miel, y cuando se apartaba el flequillo hacia un lado lograba ver lo apuesto que era y su sonrisa se escondía en la sombra de una barba de días. Enseguida abrió la puerta y se sentó para ponerse el cinturón de seguridad, Kenneth encendió el coche y salieron del aparcamiento rumbo a casa de sus padres.

—¡Joder! —exclamó Kenneth—. Me olvidé llenar el depósito, lo iba a hacer esta mañana.

—No creo que ir a la estación más cercana nos quite mucho tiempo.

—Pero tus padres salieron hace más diez minutos, la culpa la tienes por incitarme a propasarme contigo —indicó con burla, ella resopló.

—Me muero de hambre, Ken, y creo que sería buena idea detenernos en la gasolinera, aprovecharía para comprar algo para picar.

—Me parece que el lunes tendré un mensaje de WhatsApp de parte de Mollie.

—Eso no pasará y lo sabes. Vamos a la gasolinera, luego a casa de mis padres y después a comerme una vaca entera. —Kenneth volvió a reír.

—Cerca de casa de tus padres hay una, por lo que no nos desviaremos ni tardaremos más de la cuenta.

—¿A qué esperas?! ¡Deberíamos ya estar en camino! —Kenneth negó con la cabeza y cambió de rumbo.

Los pensamientos de Sophia volvieron a inclinarse en la competición, en ese error de principiante. Aunque estuviera pensando dejar la gimnasia y centrarse en su carrera, no podía permitírselo. Conocía el sabor de la fama y quedar en ese puesto era una derrota amarga. Se planteaba si revalidar el título o no, sus ansias de competición le gritaban que sí, pero atrasaría de nuevo graduarse.

Miró de soslayo a Kenneth, preguntándose si estaría dispuesto a esperarla un año más, él la amaba con locura y se había ganado su corazón sin estar en sus prioridades. Ella lo amaba, no lo dudaba y sentía vergüenza de no haberle dedicado tiempo. Reconocía tener la suerte de haberse topado un buen día con él en el campus. Era un gran chico, se esforzaba a darse paso en el bufete que lo había contratado como becario y, a la vez, aceptó ser voluntario en la asesoría legal para personas con menos recursos, generando experiencia para su gran sueño. Cuando le contaba los casos que se presentaban en los pocos

momentos que podían estar juntos, hablaba con tanta pasión que tenía que tomar la decisión con meditación.

Kenneth cambió la emisora de radio y comenzó a cantar en alto mirándola de vez en cuando, haciéndola reír con sus desafines e invitándola a que le siguiera.

—Por estas espontaneidades es que te amo —dijo en alto Sophia. Él le guiñó el ojo y prosiguió conduciendo a la vez que canturreaba.

—¡No te escucho cantar! —señaló con desafine. Sophia rio y le siguió cantando partes. Se detuvieron en un semáforo, giró a ella y susurró.

—Creo en los milagros. —Coreando parte de la estrofa mientras la miraba con dulzura. Sophia quiso besarlo y se contuvo, había nevado y no quería distraerlo. Kenneth volvió a sonreír y siguió cantando en alto.

El semáforo cambió a verde, Kenneth miró a un lado y al otro y siguió su camino sin percatarse de los dos coches que venían a alta velocidad. Intentó acelerar cuando los vio encima, pero no tuvo tiempo, chocaron con ellos dando varios giros alrededor de sí mismos, empotrándose con la pared de un local que estaba en la siguiente calle.

El cristal se rompió en miles de pedazos cayendo en sus cuerpos, varios saltaron al cuello de Kenneth. La carrocería atrapó una de las piernas de Sophia, el impacto hizo que se tapase la cara, sintiendo cómo los cristales cortaban los brazos y un fuerte golpe en la cabeza con la puerta la sumergió en la inconsciencia.

1



Dos meses después

Se mantenía ausente en la cama de su habitación, sus padres habían decidido mantenerla en un coma inducido para ver su evolución y, con la ayuda de un psicólogo, le dieron la triste noticia cuando vieron que había llegado el momento. El accidente le había provocado varias fisuras de costillas, así como también múltiples fracturas en el fémur, cortes profundos en los brazos y tronco debido a los cristales que cayeron en su cuerpo, pero la peor de todas las heridas era la pérdida de Kenneth, y de eso estaba segura de que no sanaría.

Se culpaba del accidente, si no hubiera insistido en ir a la gasolinera nada hubiera ocurrido y su vida seguiría igual. Cada vez que cerraba los ojos recordaba la sonrisa de Kenneth, sus bromas, sus dulces besos y las carantoñas que le daba cuando estaban a solas, pero, sobre todo, la visión de un futuro en común.

Un par de insensatos habían decidido saber qué era correr con la carretera helada, apostaron dinero convirtiendo esa carrera en ilegal y peligrosa, tan peligrosa que le había arrebatado su futuro a Sophia. En cuanto supo la verdad, lloró y gritó por horas, pedía verle negándose a que fuese cierto; con el paso de los días, la realidad chocaba en su cara, resignándose, por lo que rogó despedirse de él, pero debido a su condición no era posible llevarla hasta el cementerio.

La escayola cubría le toda la pierna. Los múltiples cortes de los brazos impedían que tuviera libertad de movimiento, pero con el tiempo, estarían

cicatrizadas y poco se notarían. Su pierna tardaría más y conllevaría una rehabilitación de meses, dejándola fuera de todas las competiciones.

Eno que menos pensaba era en la gimnasia, solo deseaba haber muerto con Kenneth y no ese vacío que cada día la ahogaba al despertar. Su vida estaba acabada y no había necesidad de seguir en el mundo.

¿Qué podía ofrecerle la vida ahora?

Nada.

Después del alta, sus padres y Mollie atiborraron la habitación de libros y medios audiovisuales y contrataron a una enfermera que pudiera ayudarla, pero de poco servía, apenas comía y dormía más de lo que debía a causa de los calmantes que pedía que le dieran. Odiaba estar despierta, sobre todo cuando un sinfín de personas la visitaban, ella les pedía a sus padres que cesaran, no deseaba hablar ni responder a nadie, solo deseaba volver al momento que había cambiado el rumbo de su vida.

Dos minutos... Dos minutos donde la suerte la dejó con vida, dos minutos en los que lo único que recordaba era girar y girar y el chirrido de los neumáticos, dos minutos a los que no podía volver para decirle a Kenneth cuando lo amaba.

«¿De qué servía seguir viva?», se preguntaba cada día. «¿Por qué tuvo que ser así?». Y, a pesar de que la complacían con calmantes, sus sueños se convirtieron en pesadillas y era frustrante, su cuerpo magullado le recordaba su estado y eso la hacía sentir más miserable.

Hasta que un día recibió la visita menos esperada.

Tocaron la puerta tres veces seguidas, decidió hacerse la dormida, estaba harta de la gente que, a pesar de sonreír, le transmitía lástima con la mirada, y lo odiaba. Bastante se daba a sí misma para que otros se la restregasen, pero sus padres y Mollie seguían empeñados en querer ayudarla sin llegar a querer

escucharla de verdad. No quería ayuda, vivir no era una necesidad prioritaria y ahí estaba una vez más, alguien estaba detrás de la puerta y la miraría con lástima y le diría las palabras que había escuchado más de cien veces.

Tendría que hacerse la dormida para que esas personas que solo habían ido por mero compromiso se aburriesen y se fueran. Volvieron a tocar una cuarta vez y rogó que, al no responder, desistiera, pero la puerta se abrió.

—Buenos días, Sophia. —Giró sorprendida al escuchar esa voz un tanto chillona—. ¡Vaya! Qué horrible estás —dijo con su ironía habitual—. Pensé que exageraban.

Sophia parpadeó varias veces sin dar crédito, Marian estaba en el umbral de la puerta.

—Por cierto, las modas vampíricas no molan. —Se dirigió a la ventana y abrió las cortinas de par en par.

—¡Deja las malditas cortinas como estaban! —espetó ante el atrevimiento, Marian se giró con los ojos abiertos.

—¿Desde cuándo eres tan malhablada?

—Eso no te importa —respondió con desdén—. Lárgate por donde has venido. —Marian se cruzó de brazos y se llevó un dedo a la cara, pensando.

—Y si no me voy ¿qué harás? Me parece que no puedes moverte.

Sophia la miró con toda la rabia que sentía. Era cierto, tampoco podía hacer mucho esfuerzo con los brazos, lo que detuvo el deseo de lanzarle una almohada para obligarla a salir. Cogió todo el aire que pudo y miró a la izquierda, a un punto invisible de la pared. Sintió a Marian moverse por toda la habitación, llegando a un tablero donde tenía las medallas y trofeos en un pequeño rincón.

—Me acuerdo de este campeonato —dijo la gimnasta—. Y de este también, cuando vomitó Rossy, ¿te acuerdas? ¡Qué asco! No tuviste que

pasar al lado de esa masa viscosa como yo, pero tenía que salir a hacer la rutina o me descalificaban. Fue tan desagradable ver el tapiz vomitado.

Las imágenes vinieron a su mente, la joven había montado en cólera al negarse a entrar con el tapiz de esa forma. Exageraba, como siempre solía hacerlo, tampoco era un gran charco y no estaba en el centro, estaba a un lado y había sido limpiado con rapidez, pero cada paso que daba Marian era premeditado, una circunstancia así la desconcentraba y odiaba que le pasara.

—¡Oye! —dijo llamando su atención—. ¿Todavía tienes esta foto? ¡Joder, Sophia! ¡Mira que hay fotos de nosotras y escoges en la que más horrible salgo! —Por primera vez en varias semanas curvó una de las comisuras de sus labios—. Lo peor es que la han visto un montón de personas.

—¿Y qué si la han visto? —preguntó Sophia con arrogancia.

—¡Ese *maillot* tan horroroso que nos hicieron usar! ¿Acaso no lo ves? — Sophia frunció el ceño, Marian era tan desconcertante que lo que menos recordaba era el vestuario que usaron años atrás en una competencia menor, soltó aire sintiéndose incómoda, deseaba saber qué hacía allí y se lo preguntó enseguida.

—¿Qué quieres, Marian?

—¡Oye, qué mala anfitriona eres! —Sophia soltó un bufido.

—Yo no te he invitado.

—Eres una malagradecida, todos han venido y, por fin, cuando viene tu mejor amiga la tratas así. —Sophia bufó de nuevo.

—No sabía que éramos íntimas, creo que ese día estaría ebria.

—¡Lo sabía! Sabía que bebías a escondidas, por eso haces los saltos tan perfectos.

Sophia alucinaba con las respuestas estúpidas, aunque siempre había sido así. Habían estudiado toda la vida juntas y solo se separaron en la universidad, pero eso de mejores amigas distaba mucho de lo que eran, compañeras de profesión.

—Que no lo publique en las revistas no quiere decir que no lo seamos —respondió Marian mirándola con el mentón en alto—. Ninguna de nuestras contrincantes me conoce como tú, así como nadie te conoce como te conozco yo. —Sophia soltó un suspiro, no tenía ganas de rebatir la absurda lógica y volvió a centrarse en el punto de la pared—. Ignorar al que habla es de muy mala educación, por si no lo sabes —repuso Marian—. Y si callas es porque me has dado la razón. Sé que he sido muy zorra en ciertas ocasiones, pero sabes que siempre me he caracterizado por ser sincera.

Se acercó y se sentó en la cama donde estaba la pierna sana, tratando de captar toda su atención, y comenzó a toquetearla con un dedo puntiagudo haciéndole daño.

—Y mientras me ignores, seguiré insistiendo en ser tu pesadilla.

«¿Qué diablos está haciendo aquí? Incomodándome más de lo que estaba». Se dijo para sí.

—¿Qué quieres, Marian? —preguntó de nuevo con un tono exasperado.

—Ayudarte a salir de estas cuatro paredes.

—¿Qué? —giró sorprendida.

—Lo que has escuchado —repuso la joven sin una pizca de miedo—. Sin ti las competiciones serán aburridas, no tengo a nadie a quien chingar.

—¡Lárgate de una puta vez! —gritó Sophia ante tal descaro—. Búscate otra mema que te soporte.

—¡Oye, bonita! —indicó Marian, señalándole con el dedo—. Esas suelen ser mis palabras, ¿qué ocurre aquí? No me gusta nada que usurpen mi

identidad.

Sophia, abrumada, fue directa, había llegado el instante de acabar esa visita.

—¿Cuánto tiempo te pidió Mollie que estuvieras conmigo?

—Tengo barra libre.

—¡Maldición! —siseó Sophia y volvió a mirar a la pared.

«¿Por qué demonios Mollie me ha hecho esta crueldad?». Tenía que pensar rápido en cómo deshacerse de ese incordio para volver a su estado vegetativo.

—Si te digo que aceptaré ir al fisioterapeuta cuando me quiten la escayola, ¿te irás?

—¿Y tú te crees que soy idiota o qué? Tantos años juntas... Pensaba que conocías a Marian Grant.

—¡Desaparece de mi vista! —gritó de nuevo Sophia—. Quiero estar sola, no necesito la ayuda de nadie... Solo necesito de... —Se le humedecieron los ojos.

—¡Ahora eres una diosa!

—¡Lárgate! —volvió a chilló desesperada.

—¡No! —gritó Marian—. De aquí no me moveré a no ser que tenga ganas de ir al baño.

Sophia se tapó un poco la cara inclinando su cuerpo, su familia estaría muy desesperada para recurrir a Marian, ¿por qué no podían entenderla? Solo quería estar sola. No podía volver a la gimnasia, pisar el centro de entrenamiento le recordaría a Kenneth, cuando la animaba cuando su día era intenso, incluso salir de esas cuatro paredes era recordarlo y no, era muy duro tener que vivir sin él.

Tal vez si hablaba con suavidad, Marian accedería a irse y la dejaría en paz.

—Te pido que te vayas —rogó Sohía con cansancio en su voz—. Cuando digo que no deseo ver a nadie es cierto, no me apetece hablar, ni reír, ni tener visitas.

—¡Mientes!

—¿Cómo?

—Hace rato te vi sonriendo, así que mientes —respondió Marian levantándose para buscar en su bolso una lima de uñas. Volvió a sentarse empujando un poco la pierna y, sin darse cuenta, Sophia le dio el espacio que pedía—. En cuanto a lo otro, si no quieres hablar, no lo hagas, yo me pondré a revisar tu Facebook y a escribir marranadas. —La joven volvió a parpadear, llegando a pensar que no había escuchado bien y recordó que Marian debería estar entrenando en vez de estar ahí, sacándola de sus casillas.

—¿No deberías estar entrenando para las competiciones internacionales? —señaló con la esperanza que le dijera que sí y se largara—. Pronto serán las mundiales y deberías trabajar más duro, te has quitado una gran rival.

—Las he cambiado para las seis de la mañana.

—¡¿Qué?!

De todas las tonterías que estaba diciendo desde que había entrado, esa era la más absurda, todo el mundo sabía que Marian Grant odiaba madrugar.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Hablo en serio —respondió la gimnasta mirándola con un rostro impasible—. Decidí hacer un cambio en mi vida.

—¿Y cuál es el motivo de ese cambio?

—Sacarte de esta habitación.

Sophia abrió los ojos, sorprendida ante esa confesión, no podía creer que hablara en serio. Marian era la chica que tiempo atrás tenía a todo el equipo de baloncesto detrás y se burlaba de ella por no tener esa suerte, nunca cambiaría su vida por otra persona, era descabellado. Algún interés tendría, el cual no le importaba, no quería seguir esa conversación, así que cerró los ojos, negó con la cabeza y se dirigió a ella.

—Marian, no pierdas el tiempo, no saldré, del exterior ya nada me importa.

—¿Cómo qué no?

—¡No! —alzó la voz Sophia de nuevo.

—Yo creo que sí, incluso... —La gimnasta observó su alrededor—. Abriré las ventanas un poco, hace buen tiempo y, lo que te dije antes, eso de la moda vampírica no era broma, no mola.

Y como si fuera su propia habitación, Marian volvió a levantarse, acercándose a las ventanas para abrirlas. Sophia creyó que era un castigo y pensó en persuadirla y convencerla de que se fuera, pero no tuvo tiempo. Escuchó un clic y vio las ventanas abrirse, dándole una claridad que llevaba días sin ver.

—¡Cierra las malditas ventanas! —gritó.

—¡No me da la gana! —respondió gritando también Marian, a la vez que abría sus ojos azules de par en par.

—¡Mamá! —gritó Sophia desesperada.

—No hay nadie —indicó Marian en tono bajo, hicieron de nuevo silencio. La gimnasta se acercó al tocador con parsimonia—. Oye, no me había dado cuenta —dijo mirándose en el espejo—. Tengo que coger un poco de color también. —La miró de reojo—. Hasta en eso hacemos competencia.

—¿Cómo que no hay nadie? —se atrevió a preguntar Sophia—. ¿Quién

en su sano juicio me dejaría contigo?

—Tus padres —respondió Marian sin mirarla, revolviendo su maquillaje. Encontró una barra de labios y se la aplicó, se frotó los labios y sonrió—. Me encanta, ¿me lo prestas?

La joven decidió ignorarla, ya se cansaría y la dejaría a solas, y cuando subiera alguno de sus padres se lo reprocharía, pero escuchó el clic de la tele.

—¡Ahí está! —dijo la gimnasta acercándose a ella moviendo el brazo. Con cuidado le quitó el mando, se sentó y, como si no estuviera, hizo zapeo, deteniéndose en un programa de cocina que hablaba de una receta *light*.

—¡Menuda mierda! —concluyó la gimnasta, y siguió paseándose por todos los canales de la televisión hasta encontrar el canal de música—. ¡Sí! —Se levantó de nuevo. Sophia escuchó cómo revolvía quien sabe qué. Evitó abrir los ojos, a pesar de tener curiosidad.

—¡Qué suerte! —Cerró el cajón de forma ruidosa. Sophia pensó que estaba pasándose de la raya y comenzaba a odiarla por ser tan entrometida.

De nuevo, se escuchó cerrar otro cajón con un movimiento brusco, a la vez que la gimnasta subía volumen a la tele y, al segundo, se movió por toda la habitación canturreando. La curiosidad nació en Sophia, abrió los ojos y la vio con el cepillo en la mano, imitando a Taylor Swift. Todos sabían que era una de sus cantantes favoritas, era tanto su fanatismo que la canción la había usado en la rutina del Campeonato de Cuatro Continentes.

Marian se movía por toda la habitación con movimientos exagerados, Sophia no dejaba de parpadear, dudando en reír o pedirle que apagara la tele y se largara de una vez, pero se lo había pedido reiteradas veces y sabía que no le haría caso, no le quedaba más que esperar y, a medida que avanzaba la canción junto a los movimientos exagerados, comenzaba a dibujarse una sonrisa en su rostro. Cuando terminó, Marian abrió los brazos dando por

concluida su lamentable actuación.

—Si esperas un aplauso de mi parte tendrás que sentarte.

—Ya habrá tiempo de que me aplaudas en las próximas competencias —contestó Marian con seguridad—. Solo quería que quitaras la cara de mala leche que tienes. —Sophia la miró, suspiró con desaliento, sin estar fingiendo esta vez, se sentía muy cansada. Esa media hora desde que había entrado la gimnasta a su habitación la había agotado.

—Marian, quiero y necesito estar sola —rogó por última vez la joven, pero la gimnasta se cruzó de brazos y con el cepillo la señaló.

—No puedes seguir así —respondió con firmeza—. Tienes una vida por delante y debes comenzar desde cero.

—¡No puedo! —respondió Sophia con las lágrimas en los ojos—. ¡Mi vida es una mierda desde el maldito accidente! Y sin Kenneth no tengo nada por lo que luchar. —Lo había confesado, y a la mujer que siempre había sido su rival, la joven que tantas veces la había criticado y señalado, aquella chica que había indicado reiteradas veces que la odiaba.

Marian cambió el gesto del rostro y Sophia cerró los ojos al verla, lo que menos deseaba era la lástima en su mirada.

—Lo poco que lo conocí me hace creer que jamás hubiera deseado que pienses así.

—¿Y qué quieres que haga? —contestó con acritud la joven—. No puedo moverme de esta cama durante un tiempo.

—Tampoco es para tanto —le dijo Marian cruzándose los brazos—. Me parece que se te olvida el esguince que me hice.

Sophia lo recordó, Marian se había doblado el pie de la manera más tonta.

En una boda se ligó a un chico y, a escondidas, se fueron por las escaleras de emergencia, por correr para no ser pillada se dobló un pie y, en consecuencia, tuvo un esguince. Pocos lo sabían, ella lo supo por Mollie, que era amiga de su entrenadora. Marian lloró y maldijo por días, su humor era de perros según le dijeron, pero al cabo de cuatro días, con muletas, apareció en el centro de entrenamiento con la excusa de que la única forma de sanar rápido era ver los errores de sus contrincantes.

—Si al menos dejara que tus padres te instalaran abajo —sugirió la gimnasta—, podrías salir a tomar un poco el sol con la silla especial.

—No has visto mis brazos.

—No soy ciega, Sophia, y ya está bien de buscar pretextos —le dijo acercándose a ella—. Sabes que no te quedarán marcas. —La joven volvió a negar con la cabeza.

—No quiero —dijo sorbiendo su nariz.

—Dime un porqué que me convenza y no volveré más por aquí —le aseguró Marian.

Pensó en tantos... y supo que ninguno le valdría, estaba segura de que le daría la vuelta. Si hablaba del compromiso con Kenneth tampoco le sería útil. Marian tenía prohibida esa idea en su vida, le quitaba tiempo a sus planes y ambiciones, por lo que nunca podría comprender como se sentía, ese dolor que le apretujaba el corazón.

—Todas mis ilusiones y mis sueños se fueron con él —soltó Sophia, acompañada de un sollozo largo, logrando que la gimnasta se acercara y la abrazara.

—No es así —respondió consolándola—. Tenías sueños antes de conocerlo, tienes que adaptarte con calma y retomarlos. A pesar de que dudes, estaré aquí para ser una piedra en tu zapato y ayudarte a reconducir

ese camino. —Sophia sonrió entre hipidos y dejó que, por primera vez tras el accidente, alguien la dejara consolar.

2



Marian le confesó que la había envidiado por tener una relación y poder seguir estudiando. Ella había aparcado por un año los estudios, lo había hecho para arrebatarse el título mundial, sin embargo, en cuanto supo del accidente corrió al hospital preocupada y muy asustada y se negó a hacer declaraciones al respecto. Sabía que no eran las mejores amigas, pero Sophia era lo más cercano a serlo. Incluso le aseguró que nadie sería más sincera de lo que ella era.

—No he mentado en cuanto a tu aspecto —señaló—. Te ves horrible y ese papelón de piltrafa humana no te queda bien.

—No insistas, Marian.

—No te pido que mañana te levantes a comprar una batería y montes una banda de rock, pero sí que salgas de aquí y aceptes ayuda.

Y después de esa larga conversación en la que Marian rebatía cada punto, Sophia aceptó bajar. A cambio, se comprometió a visitarla cada día y medio. Un triunfo que le costó lo suyo, imaginarse tenerla todos los días la desquiciaría. Se rieron de las antiguas competiciones hasta que su madre tocó la puerta y las encontró charlando de lo más animadas. Marian miró su reloj y a la vez a Mel.

—Debo irme o mañana no me levantará ni Liam Hemsworth.

—Dudo que duermas con él —chinchó Sophia. Marian enarcó una ceja.

—Si me lo propusiera, estaría en mi cama cada día. —La madre de

Sophia carraspeó recordándoles su presencia y las jóvenes sonrieron.

—Disculpa, Mel —respondió de inmediato la gimnasta—. A veces olvido que eres la madre de esta perdedora.

—Olvidas que te arrebaté el título mundial —volvió a chincharla la joven.

—¡Bah! —bufó la gimnasta—. Eso todavía está en discusión, sigo insistiendo que a ese salto le faltó un poco más de altura. Además, para qué mentir, te dejé ganar. —Sophia sonrió pensando que nunca cambiaría.

Se despidió de ella, de Mel y salió. Una vez abajo, se encontró con Victor, el padre de su amiga que la invitó a una bebida, aceptando agua debido al régimen que mantenía. Lo acompañó a la cocina, observando los cambios que los Baute habían hecho a lo largo de los años. La última vez que había estado en la casa había sido en una fiesta de cumpleaños. Las niñas, ahora mujeres, comenzaron a discutir sobre qué empresa creaba los mejores *maillots* y terminaron enfadadas. Ella llorando, pidiendo que la fueran a buscar, y Sophia en su habitación; sonrió a esos recuerdos que era parte de sus vidas.

—¿Y bien? —preguntó Victor.

—Aceptó bajar, pero no me atreví a darle más consejos.

—Estoy de acuerdo —respondió—. Creo que será difícil el primer día.

—A lo mejor no —repuso Marian—. Tuve la sensación de que busca una vía de escape y, como no puede moverse, se siente frustrada. Creo que una vez que le quiten la escayola deberían aceptar su petición de llevarla al cementerio, aunque no sé yo...

—Marian, necesitamos que nos cuentes todo —le pidió a modo de ruego—. Sé lo que piensas, pero no quiero llevarla, no sé si a partir de mañana volverá a ser la chica que perdimos y, al llevarla allí, se vendría abajo.

Incluso he estado pensando en sacarla de aquí.

—¿Hablas de dejar la ciudad?

—Sí, si tenemos que irnos a otro estado para que rehaga su vida, lo haré. Pediría un cambio, sabes que he estado viajado a Boston por trabajo y si pido el traslado me lo darían.

—Estás loco si crees que funcionaría con tanta facilidad —respondió con la sinceridad habitual que tenía la gimnasta—. Lo siento, Victor, pero ella es la que debe dar el paso.

—Estoy desesperado, cada vez la veo más delgada y más frágil.

—¿Te has detenido a pensar en cómo se siente? Y no me digas que sí. Tiene veintitrés años y su vida ha sido para y por la gimnasia. Aparece Kenneth, le da ese respiro a su cotidianidad, se esfuerza hasta tener cabida en su vida, sueñan con un futuro y de un día para otro le arrebatan todo.

—Puede seguir en la gimnasia el año que viene.

—No tiene la intención de volver, todo le recuerda a Kenneth.

—Las competiciones son su adrenalina —respondió con desespero Victor.

Marian lo miró de reojo, recordando a su madre, y es que, a ella, a diferencia de Sophia, la gimnasia rítmica le venía en los genes. Su madre, aparte de haber sido su entrenadora durante mucho tiempo, fue una gimnasta consagrada y eso la llevó a una presión constante, generando desórdenes alimenticios y sobre-exigencia consigo misma. Hasta el día que ella se enamoró. Su madre, al enterarse, puso el grito en el cielo, obligándola a expulsar de su vida a ese único chico con el que había sentido mariposas en el estómago.

Lloró con amargura, sintiendo que su vida no le pertenecía, y decidió mudarse con su padre y buscar otro entrenador, una gran exgimnasta llamada

Sherry Lane. Desde ese día, su madre no le había vuelto a dirigir la palabra; para ella Marian Grant había muerto, causándole más dolor por ese desprecio. Sin embargo, con el pasar de los meses, su madre había tenido la razón; el chico solo la había estado utilizando, y ese día decidió enterrar esa idea del amor, así que tuvo que acostumbrarse a esconder sus sentimientos, ser una déspota y no mostrar un ápice de compasión. La manera más fácil de sobrevivir a ese mundo de competiciones.

Miró a Victor decepcionada, por lo que respiró con profundidad.

—Créeme, yo me hubiera suicidado antes y sabes que es difícil que me venga abajo.

—¡No digas esas tonterías! —señaló el hombre horrorizado—. Es lo que faltaría, que tuviera esos pensamientos.

—Que no lo diga en alto, no implica que no los tenga —afirmó Marian, que miró su reloj, era hora de marcharse, no deseaba seguir viendo la cara de angustia que estaba reflejando ese hombre—. Debo irme, el jueves regreso y, ¡por amor de Dios!, si no quiere bajar, abridle las ventanas, compradle un pajarito o algo que la haga bajar por obligación.

—Gracias, Marian, por venir.

—No hay nada que agradecer, Sophia siempre ha sido mi mayor rival y no tenerla en las competiciones es una gran putada.

Victor hizo un mohín y Marian se despidió con un gesto con la mano. La vio alejarse, se llevó las manos a la cara como un reflejo de cansancio. No iba a desesperarse, había crecido en un mundo donde existían miles de casos de personas con millones de problemas que, al final, encontraban la solución y no solo su padre le había enseñado la perseverancia. Uno de sus mejores amigos le había dado grandes consejos para, en momentos de crisis, tomar grandes decisiones. Volvió a la cocina donde había dejado la cubitera, metió

en un vaso un par de piedras de hielo del dispensador de la nevera y regresó a su despacho llenando el vaso de coñac para pensar mejor las ideas que rondaban su mente.

Marian había sido la última persona a la que había recurrido para sacar a su hija del estado en el que se encontraba, por supuesto que entendía lo que estaba viviendo su niña, pero no aceptaba que se dejara ir de esa manera. Recurrió a varios psicólogos, amigas del instituto y de la universidad, incluso a los padres de Kenneth, que hacían el esfuerzo de visitarla una vez por semana, pero nada había servido.

Su mirada se centró en la ventana, al suelo de madera que había puesto en la terraza del jardín. Un tiempo atrás Sophia le había pedido que lo pusiera para hacer ejercicios de flexibilidad y equilibrio. No solo sirvió de ayuda a ella, en el verano disfrutaban del aire puro y terminó siendo un sitio perfecto para bailar, sobre todo cuando sus padres los visitaban; ellos amaban el baile, pasión que heredó su niña. En ese instante se le ocurrió una idea, pero debía consultarlo con Mel. Esperó con paciencia a, que bajara y cuando abrió la puerta, sus ojos brillaban con ilusión. Le contó que la había visto un poco más animada a Sophia y él le detalló la conversación con Marian, así como también, la idea que rondaba su cabeza.

—¿Crees que tendrá razón?

—No lo sé —dijo taciturno—, debemos esperar hasta la hora de cenar, si ocurre el milagro, entonces me arriesgaré.

—Victor, ¿crees que saldría bien?

—¡Claro que sí! —respondió con firmeza—. Estoy seguro, para ellos sería una alegría muy grande. Además, allí hace buen tiempo todo el año y siempre se ha dicho que un día soleado puede darnos grandes ganas de vivir.

—La echaré de menos —dijo con tristeza Mel.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para que vuelva mi niña y, sobre todo, para que vuelva a competir.

—Eso será lo último que le apetecerá, tienes que aceptarlo.

Todos se lo decían hasta el cansancio, pero se negaba a que su única hija cerrara ese capítulo de su vida con tanta brusquedad. Se levantó y asió a su mujer por la cintura, abrazándola como tantas veces había hecho durante los últimos meses, a veces para consolarla, otras para retomar fuerzas.

Después de que Marian y su madre la dejaran a solas, Sophia se sintió aliviada. Meditaba si era buena idea salir de esas cuatro paredes, era su refugio, su única vía de escape, y aceptar dar ese paso era empezar a olvidar a Kenneth. No podía hacerle eso, pero si no lo hacía volvería su amiga a acribillarla. Con tal de no escucharla y no ver a sus padres sufrir más, lo haría, aunque con ciertas condiciones como, por ejemplo, el dejar de tener visitas, no tener cerca el móvil para evitar las redes sociales. No quería ver comentarios de lástima y, mucho menos, emisarios para que le hablasen de empezar de nuevo.

No quería empezar de nuevo, quería aferrarse a esos últimos minutos con Kenneth, minutos llenos de la felicidad, de ilusión que irradiaba por última vez en sus ojos. Era lo único que le quedaba, latente en sus recuerdos, y que mantenía viva.

Una canción en la televisión llamó su atención, varias veces se la había escuchado cantar, escucharla de nuevo hizo que naciera ansiedad; buscó el mando a distancia y la apagó. No, no podía, sin él a su lado no podía empezar, se limpió las lágrimas que se le habían escapado.

Si Kenneth hubiera estado vivo, tendría alguna de esas salidas sorpresa para subirle el ánimo, le daría alguna solución, pero no estaba, ni la llevaría a

ningún sitio, ni pensaría en soluciones, tendría que hacerlo sin él. No se había dado cuenta de cuánto se había acostumbrado a que estuviera en su vida, en su mundo, en su futuro.

El resto de la tarde se encerró en sus pensamientos y recuerdos y, a las siete, cuando no soportaba más ese hervidero de contradicciones que mantenía en su cabeza, llamó a su madre por el *walkie talkie* que habían comprado.

El día que se lo trajo, de inmediato pensó que era la mejor opción para que no la molestara, pero, al ir pasando los días, extrañó las idas y venidas de Mel insistiendo si necesitaba algo, aunque no quiso confesarlo. La puerta se abrió, no sería fácil el paso que iba a dar, solo supo que en el momento que lo decidió, una paz se instaló en su interior.

—¿Quieres cenar ya? —preguntó Mel, su madre.

—Eh..., no sé cómo explicarlo —dijo dubitativa.

—Cariño, lo que quieras, solo tienes que decírmelo, que lo buscaré.

—No hace falta, mamá. —Mel la miraba frotándose los dedos de las manos, nerviosa. Se armó de valor y dio el paso—. Me apetece bajar a cenar con vosotros.

Mel llevaba dos meses viendo cómo su hija se consumía con rapidez. Jamás olvidaría esa fatídica tarde. Miraba el reloj del salón de casa pensando que, al final, habían cambiado de parecer. Victor estaba enfadado y ella creía que se moría de celos. El poco tiempo que Sophia tenía se lo dedicaba a Kenneth, que, un buen día, había aparecido en casa hablando de serias intenciones. Su marido no reaccionó como debía, para él no podía ser cierto, preguntándose una y otra vez cuándo y cómo la había conocido. Sin embargo, Kenneth aceptó cada desafío que le propuso y, finalmente, lo había aceptado a regañadientes.

Después de la competición, ambos jóvenes prometieron pasar un rato juntos en familia y había incumplido su promesa. Victor daba vueltas por el salón, enfadado e injuriando por lo bajo. Su móvil repicó de inmediato, su marido le indicó que le diría unas cuantas verdades, pero, al contestar, todo pasó a ser una pesadilla. Se sentó en el sofá, temblando la miró a los ojos y le dijo que Sophia había sufrido un aparatoso accidente.

Corrieron al hospital, entrando a urgencias, preguntando por su pequeña; al mismo tiempo, los padres de Kenneth aparecieron, siendo los primeros en entrar. Los cinco minutos más largos de la vida de Mel los vivió en ese instante. Sin esperar más, decidió levantarse a preguntar cuando escuchó el grito desolador de la madre de Kenneth.

Miró a Victor y aferró su mano a la de él, que trató de calmarla, de decirle que no, su hija no estaba muerta, sin tener seguridad de ello, creciendo la duda en ellos. Poco tiempo después fueron llamados para que les explicaran la situación: Sophia estaba grave, dependiendo las próximas veinticuatro horas y, en caso de sobrevivir, les aconsejaban un coma inducido debido al trauma que podría causarle despertar.

Mel lloró con amargura. La vida de su hija pendía de un hilo y para ayudarla debía aislarla, pero Victor aceptó que la indujeran.

El día que Sophia supo la verdad, les gritó lo mucho que los odiaba por dejarla vivir. En cuanto se negaron a que fuese al cementerio se aisló de todos, exigió el alta y, una vez en casa pidió que la subieran a su habitación, y ahí, detrás de esa puerta, la escuchó llorar durante días, conllevando las siguientes semanas a sufrir pesadillas.

Sin apenas dormir, ella y su marido se turnaban para estar a su lado y de esa manera, rendir en sus respectivos trabajos, pero Sophia entró en un estado de inercia total. Decidieron buscar todo tipo de ayuda y nada había

funcionado hasta que Victor había pensado en Marian.

Mel la consideró una mala idea, pero su marido mantuvo su decisión, si esa chica maleducada la sacaba de ese estado, se lo agradecería eternamente, y ahí estaba, escuchando a su hija pedir lo que ningún psicólogo, ni siquiera sus padres o suegros, habían podido hacer.

—Le diré a tu padre que te ayude a bajar.

—Lo esperaré —respondió Sophia un poco dudosa, Mel se dio la vuelta, dejando la puerta entreabierta con el temor de que se arrepintiera después de todo.

Sophia la escuchó bajar, así como también cierto sollozo que se había reprimido y, por primera vez, comprendió el pesar de sus padres. Los pasos apresurados volvieron a notarse hasta que vio a su padre entrar con una sonrisa en los labios y en los ojos lágrimas escondidas. Se relamió antes hablar para evitar que las palabras se le atragantaran ante la invasión de emociones que sintió.

—Tenemos dos opciones para que bajes, cariño —indicó su padre.

—No iré a caballito —respondió de inmediato.

—Entonces, ¿te apoyarás en mí? —Sophia supo que era lo ideal para todos.

—¿Cómo cuando era niña? —Victor sonrió con nostalgia.

—Como cuando eras niña —respondió su padre, logrando que sonriera.

Su madre entró, ayudándoles a retirar la pierna escayolada con cuidado de las almohadas donde estaba. Sophia trató de bajar de la cama y apoyarse en su padre y salió de la habitación.

Bajaron de uno en uno los escalones y, cuando llegaron al salón, vio a su madre correr de un lado al otro buscando la mayor comodidad que podía.

—Creo que para ti será más fácil cenar en el sillón —señaló Mel.

—No, mamá, quiero cenar en la mesa con vosotros —respondió decidida la joven—, deja eso para después, para cuando vaya a dormir. —Esta vez Mel no pudo contener sus lágrimas soltando un sollozo. Sophia le pidió a su padre que le acercase una de las muletas. Poco a poco fue hasta ella y la abrazó.

—Lo siento, siento todo este sufrimiento que os he causado —dijo la joven con vergüenza.

—No tienes que hacerlo —respondió Mel con una media sonrisa mientras se limpiaba los restos de lágrimas del su rostro—. Estoy volviéndome vieja y lloro por todo.

Sophia no quiso debatirle, se sentía también feliz por volver a estar juntos. Le pidió a su padre la otra muleta y, por primera vez, sin ayuda comenzó a caminar. Era un esfuerzo muy grande, esas últimas semanas había comido poco, por lo que cada paso que daba le costaba, sin embargo, Victor se mantenía a su lado.

Su madre, con rapidez, puso la mesa, el olor de un delicioso pescado y puré de patatas con guisantes impregnó toda la habitación. Se sentó, al igual que lo hicieron sus padres, comiendo como una familia más.

Poco después lograron que en el sillón del salón estuviese cómoda. Sophia pensó en buscar cualquier juego de mesa, recordando que algunos días de invierno terminaban jugando al *Monopoly* o al Cluedo, esos días también, estaba Kenneth y se retractó.

—Veamos alguna película—sugirió la joven. Victor aceptó y de inmediato encendió el televisor, cambiando de canal hasta que su hija le pidiese parar, pero Sophia volvía a debatirse en si estaba haciendo lo correcto.

—¡Mira una película del oeste! —señaló Victor llamando la atención de la joven.

—¡Por favor, papá! —repuso Sophia—. Cualquiera cosa menos una película del oeste.

El hombre sonrió y siguió cambiando los canales hasta que la escuchó decir: «deja esa». Al principio no supo de qué iba, pero, tras verla durante cinco minutos, se dio cuenta que no todo era al azar y que esa idea que había tenido en la tarde no era tan descabellada. Lo meditaría por la mañana, quería disfrutar de ese pequeño paso que su hija había hecho.

Marian cumplió su promesa, dos días después volvía a visitarla, y esta vez venía con un álbum lleno de recortes y varias películas de comedia. Como era de esperar, eligió la película, pasando una tarde divertida, comiendo bombones que traía escondidos y palomitas. No volvió a hablar sobre el volver a la gimnasia rítmica, pero sí le comentó que conocía un fisioterapeuta guaperas que podía ayudarla si se animaba.

Sophia dio un no rotundo, pero su amiga fue persistente, indicándole que en Facebook podía encontrar su perfil y alimentando en cierta medida cualquier curiosidad que naciera. Los siguientes ocho días, todo cambió; lo que prometió que no haría, lo hizo.

Después de pasar la tarde leyendo una novela, se levantó al sentir sus músculos entumecidos. Con las muletas se acercó a la terraza donde estaban sus padres hablando con complicidad, la escena que vio le recordó lo que había perdido. Bailaban sin música, compenetrados, sin percatarse de su presencia, cerró los ojos y dio la espalda dispuesta a subir y encerrarse de nuevo en las cuatro paredes que habían sido su refugio.

A un lado vio una fotografía de ella con las medallas colgadas al cuello,

la giró, culpando al deporte por lo sucedido, decidiendo que todo eso no la llevaba a nada y lo mejor era volver a su encierro. Sin embargo, antes de subir las escaleras se fijó que el móvil estaba junto a su portátil en una mesita auxiliar del salón; el deseo de ver de nuevo a Kenneth se hizo presente. Se acercó paso a paso, lo cogió sentándose en el sillón individual.

El móvil era nuevo, el suyo había quedado destrozado por el accidente, pero sus padres se habían encargado de recuperar todo lo que tenía. Lo encendió, puso su clave y le dio error; pensó un momento en qué pondrían sus padres y escribió su fecha de cumpleaños, desbloqueándose al instante. Le dio las gracias en silencio a no tener ninguna aplicación social instalada, fue hasta la carpeta de fotos y vídeos encontrándose con el vídeo que nunca pudo ver de Kenneth. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y el impulso de reproducirlo nació.

«Miss piernas interminables, estoy orgulloso de ti por el programa que ejecutaste». Kenneth se subió un poco la montura de las gafas y miró a los lados». **«Te preguntarás dónde estoy, por el eco de mi voz, se me ocurrió la idea de colarme en los vestuarios de mujeres para ver si podía verte y, no te rías, lo primero que vi fue una señora bastante mayor que me ha guiñado el ojo y me ha lanzado un beso».** Sophia sonrió. **«Sé que soy guapo, pero atraer personas mayores no está en mis planes».** La joven se tapó la boca con la mezcla de sentimientos que tenía por verlo de nuevo en sus últimos minutos de vida.

«Al menos estoy seguro de que te he sacado una sonrisa y algo me dice que este vídeo lo verás quizás cuando estés entre mis brazos y buscando información en los medios y yo te pida en esos instantes no hacerlo. Deberías verlo como un ejercicio práctico para la prueba final. Te veré luego para extenderme más en la explicación y ser tu instructor en otras prácticas». Kenneth hizo un mohín como si pensara, se frotó la

nuca y sonrió. «**Digamos que una piedra pequeña no es un obstáculo final. Sáltala, rodéala hasta poder avanzar, siempre tienes que ver que tienes otras opciones ante cualquier prueba de la vida y cada vez que la superes, siempre estaré a tu lado, feliz porque lo has logrado**». Las pequeñas arrugas al lado de sus ojos color miel le indicaron que volvía a sonreír. «**Te amo, miss piernas interminables**».

Ya era tarde, tenía que haberlo visto cuando tuvo la oportunidad, ahora no tenía cómo preguntarle quién era esa mujer que le había lanzado el beso para dejarle claro que él era de ella. Necesitaba volver a verlo, recordar su voz y las palabras que solía susurrarle. Era tan difícil aprender a vivir sin él... Se limpió con el dorso de la mano una lágrima y decidió que era momento de dar otro paso.

Había desechado cualquier contacto con las personas, por lo que creyó que descargar las aplicaciones sociales le ayudaría a salir de su aislamiento. Después de hacerlo, recordó la sugerencia de Marian y buscó a ese fisioterapeuta guaperas del que tanto le había hablado. Comprobó que tenía razón, era muy guapo, y decidió que debía comenzar una rehabilitación, iniciar una nueva etapa intentando enterrar ese doloroso episodio, manteniendo el recuerdo de Kenneth.

Victor y Mel escucharon la voz de un hombre y entraron llenos de curiosidad, deteniéndose a lo que veían. Sophia tenía en sus manos el móvil, lo miraba con una sonrisa triste y se tapaba la boca mientras con un dedo acariciaba la pantalla y las lágrimas aparecieron recorriendo su rostro. Su madre quiso acercarse, pero él no la dejó. Sophia se limpió, dando paso a una sonrisa que reflejó paz.

Mel se llevó una mano al pecho, su hija sonreía y empezaba a usar el móvil como solía hacerlo. Victor se llevó a su mujer hasta el despacho y, una vez ahí, la abrazó juntando sus rostros.

—Nuestra pequeña acaba de dar el paso definitivo.

—¿Estás seguro? —Él afirmó con la cabeza—. No quiero que se vaya —
le confesó Mel

—Debe hacerlo si quieres que lo supere —respondió su marido. A
continuación, él se sentó en la silla, cogió el teléfono y llamó a sus padres.

Sophia pensó en el mensaje que debía enviarle a Marian, tenía que ser
directa y dejarla sin una respuesta inmediata. Abrió la mensajería y buscó el
número.

Sophia

*Espero que no estés enrollada con el fisio, es muy feo poner la miel en los
labios cuando te la estás comiendo.*

Marian cenaba con un amigo cuando vio el mensaje, lo abrió, sonrió y de
inmediato respondió.

Marian

*Ya lo he desechado, pero puedo concertar una cita, sé que te gustan los
restos.*

Sophia

*Por verlo no estaría de más, quizás me haría famosa si algún paparazzi
me pilla y escriba algo así cómo: ¿Sophia vuelve?*

Marian

¿Volverás a entrenar?

Preguntó sorprendida. Si Sophia estaba dispuesta a comenzar su
rehabilitación era porque volvería al centro de entrenamiento. Para Marian
era la mejor de las noticias.

Sophia

No, pero sí necesito un fisio buenorro para terminar la rehabilitación y que me den el alta definitiva.

Marian se decepcionó, siempre le había alegrado que fuera su contrincante. Al menos daba otro paso necesario para recomenzar su vida.

Marian

Mañana a las cuatro te pasaré a buscar.

Sophia

¡Vaya! Sí que te has liado con el tío, ni cita tienes que pedir.

Marian

¡Hablas con Marian Grant! Nos vemos mañana, ¡petarda!

Sophia sonrió dejando el móvil a un lado. Decidió dormir esa noche en su cama, necesitaba descansar como era debido, y llamó a sus padres, que al principio se mostraban reacios. Les explicó que solo quería descansar, se sorprendieron de nuevo cuando les dijo que subiría y bajaría sola de ese momento en adelante, así como también les contó lo que haría al día siguiente.

A las cuatro de la tarde estaba vestida esperando que apareciera su amiga, que tocó el timbre de la puerta a las cuatro y diez.

—Me dijiste a las cuatro de la tarde.

—He estado ocupada—respondió Marian—. Ya te contaré.

Marian vio la duda en su amiga, por lo que fue directa.

—¿Estás segura de qué quieres montar en el coche?

Sophia observó a lo lejos el vehículo, tenía que vencer ese miedo, no tendría otro accidente si subía en un coche y, a pesar de que el corazón comenzaba a acelerársele, afirmó con la cabeza.

—Te ayudaré a subir —indicó su amiga. Fueron hasta el Subaru que

Marian se había comprado meses antes y del que había alardeado tanto.

—Cómo te gusta restregar tus excentricidades —señaló Sophia una vez dentro, intentando mantener la calma.

—Eso de ser avara te lo dejo a ti —respondió la gimnasta encendiendo el motor y mirando atrás para asegurarse que su amiga estaba bien—. ¿Preparada? —le preguntó. Sophia respiró varias veces seguidas y volvió a afirmar con la cabeza—. Iré por la ciudad, por si te arrepientes.

—No, haz el camino más corto—respondió la joven y añadió—. Aguantaré.

—¿Quieres que ponga música?

—No —contestó Sophia, luchando con sus nervios—. Prefiero escucharte hablar de tu rutina.

Marian estalló en risas y siguió la sugerencia. Llegaron a la clínica de rehabilitación, allí le presentó al fisioterapeuta guaperas y, desde ese momento, Sophia aceptó ir cada día.

Un mes y medio después, con la escayola fuera y la rehabilitación en marcha, Victor notaba el cambio de su hija, desistiendo de la idea de enviarla a casa de sus padres y olvidando decírselo a la gimnasta. El acuerdo al que habían llegado era que Marian le avisaría cuando fuera prudente una charla que en un principio a la gimnasta no le había gustado.

Victor no contaba con que su hija comenzara a adaptarse tan rápido. Cada paso que Sophia daba para recuperarse era un indicio de que volvería a tener su familia de nuevo y eso le estaba quitando un enorme peso de encima. Ya hablaría con Marian cuando tuviera la oportunidad y le diría que no sería necesario que su hija saliera del estado.

Marian aún recordaba la primera vez que Victor la llamó. Fue una petición cargada de desespero, accedió a ayudar con la condición de hacerlo a

su manera, pero con el paso de los días se daba cuenta de que él quería manejar cada movimiento que diese y no podía estar informando todo, hacía mucho que había dejado de hacerlo.

Debía agradecer que, con sus métodos poco ortodoxos, Sophia había sacado la cabeza del agujero donde estaba, lo que no se imaginaba era que llevarla a ver al fisioterapeuta cachas tendría como consecuencia un interrogatorio agobiante días después. Trató de morderse la lengua por Sophia y, cuando Victor le explicó lo que iba a hacer, le pareció una excelente idea, su amiga debía alejarse de todo lo que le recordaba a Kenneth. El sábado, tras un entrenamiento extenuante de pesas en el gimnasio, Marian decidió ir a por Sophia y atiborrarse de hamburguesas. Una contradicción en toda regla, pero necesitaba comida basura para poder sobrevivir la siguiente semana.

Llegó como siempre, de improviso, tocó el timbre dos veces y a la tercera vez Sophia le abrió cojeando.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó la gimnasta preocupada.

—Tengo un tirón —respondió la joven con el gesto de molestia dibujado en su rostro.

La observó detenidamente y saber de esa molestia la ponía en alerta. Varias veces le había insinuado ver vídeos sobre su fallo con la esperanza de que el gusanillo de volver a intentarlo naciese, pero Sophia le daba la misma respuesta: no volvería. Esperaba que solo fueran pequeños espasmos, todas las radiografías indicaron que el hueso estaba soldado, sin embargo, su mente, siempre cruel, se imaginó alguna posible secuela.

El cirujano se lo había explicado a la joven y a su familia, era poco probable que apareciera una secuela y, en el peor de los casos, si sucedía no podría volver a entrenar. Si eso se hacía realidad, Marian estaba convencida

de que volvería a Sophia volvería al agujero del que había logrado apenas salir. Pronto vendría el invierno y esos tirones irían a peor, debía idear cómo animarla y recordó la conversación con Victor.

La convenció para dar una vuelta, apagó la radio y encendió el motor, miró por el espejo retrovisor y aceleró un par de calles. Siguió los habituales pasos: sacar un tema de conversación para que se distrajese y creyó que era momento perfecto para sugerir cambiar de ciudad.

—Hablando de todo un poco —dijo Marian—. ¿Ya te has planteado qué hacer después de verano?

—Sigo pensándolo —respondió Sophia con los ojos cerrados, actitud que tomaba cuando se montaba en un coche—. No sé si mudarme a la universidad y terminar la carrera... —Suspiró con decepción—. Será difícil el toparme con conocidos o pasar por algunos pasillos donde...

Sofía se sonrojó y Marian la miró por el retrovisor sin entender por qué había callado.

—Digamos que estar ahí, me traería a la mente momentos con Kenneth.

Marian abrió los ojos pestañando varias veces, evitando reír a carcajadas. Entre las cosas que había accedido hacer por Sophia era no distraerse con nada, pero no podía creer que la chica que tenía a su lado hubiera tenido sexo en los pasillos de la universidad y, por mucho que se mordía la lengua, debía soltarlo.

—Y yo que creía que Kenneth era soso. —Sophia rio con tristeza.

—Él era increíble y de lo más ingenioso, es por ello por lo que me cuesta tanto pensar que la vida sigue. Era quien me daba ese toque de locura que tanto necesitaba.

En ese instante, Marian lo pudo comprobar, tenía que irse o, en cualquier momento, podía volver a caer, el suelo que pisaba su amiga era frágil. No

tenía ni idea de cómo sería, pero ver caras nuevas y desconocidas podría ser suficiente para seguir adelante.

—Te has quedado callada y eso en ti es preocupante —dijo la joven, por lo que Marian sonrió.

—Estaba pensando dónde demonios está la hamburguesería.

—Pues me parece que el entrenamiento de hoy te ha fundido el cerebro, la hemos pasado hace dos calles.

—¡Mierda! ¿Y cómo lo sabes? Si siempre vas con los ojos cerrados.

—Los abrí al no escucharte, la vi y, calculando, creo que no me equivoco. —Marian resopló, miró al lado izquierdo y dio media vuelta para volver calles atrás.

—La verdad es que me has desconcentrado con eso de los aquí te pillo, aquí te mato en la universidad —respondió Marian tratando de disimular.

—No me hagas reír —respondió Sophia—. Recuerdo cuando te encontré la conserje del centro de entrenamiento en el baño con Gavrel, que venía a participar en una competición. —Marian rio, no iba a negar que el ruso tenía lo suyo y que la conserje era una aguafiestas.

—Vamos a dejarlo así, no quiero herir tu ego si te digo donde más lo he hecho.

—No me interesa saberlo —respondió la joven. Marian volvió a reír mientras llegaban a los aparcamientos de la hamburguesería—. ¡Debe ser muy aburrida tu vida! —indicó Sophia con sorna—. Un sábado, en vez de ligar en alguna disco, vienes a atiborrarte de grasas con una chica deprimida.

—¡Espera!, hemos hablado ya de esto —advirtió Marian—. Esos pensamientos de soy el ser más miserable de la tierra no van conmigo. —Sophia respiró profundamente—. Sabes que pronto son las competiciones de los Cuatro Continentes y debo estar centrada.

—Lo sé y espero que escuches mis sugerencias.

—De segundonas no escucho consejos —respondió la gimnasta abriendo la puerta del restaurante de comida rápida.

Se acercaron a la fila mirando qué pedir. Marian volvía a pensar en esa conversación con Victor; tenía que avisarle antes de llevarla a cabo, pero no sabía cuándo se presentaría de nuevo la oportunidad. «¡Al diablo Victor!», se dijo a sí misma. Tenía veintitrés años, sabía lo que hacía, lo que decía y fue a ello.

Sophia tenía que aprender que los golpes te hacían fuerte y que debía buscar su felicidad.

—¿Y si te vas a Florida con tus abuelos un tiempo?

Sophia estaba a punto de pedir la hamburguesa y la miró sin entender.

—¿Florida? —No pudo decir nada más, ya que el cajero carraspeó, esperando su pedido. Parpadeó varias veces e indicó lo que quería. Miró de nuevo a Marian y, sin pensarlo, respondió—. Me gusta el frío.

—Un cambio de aires no está nada mal —repuso de inmediato la gimnasta—, además, podrías espiar a Maria Lisa Morgan. —Sophia estalló en risas.

—Eres una tramposa y manipuladora.

—Tengo que conocer a mi rival. —Sophia volvió a reír, pagó y le dio paso a Marian para que hiciera su pedido.

—No sabía que Morgan era tu rival —lanzó la pulla la joven y la gimnasta la miró con una ceja levantada.

—Es mejor que no responda —decidió Marian, que pagó y se fue a su lado—. Sabes que uso la psicología para meter miedo. —Sophia soltó un bufido.

—Y no lo niegas —afirmó la joven con deje irónico.

—¿Por qué debo negarlo? —repuso Marian—. Tú eres un ejemplo de lo que digo, por cierto, me debes todos los honorarios de las terapias que te he dado. —Sophia se sentó y rio de nuevo.

—Has dado en el clavo, eres perfecta para terapias de choque.

Marian alzó la ceja en señal de victoria y pensó que no era la primera vez que se lo insinuaban.

Tres años antes había ayudado a su medio hermano. Estaba cayendo sin darse cuenta en las drogas y el día que lo vio con un peta^[6] discutió con el joven. Acto seguido, lo llevó a un centro de desintoxicación con la ayuda de su entrenadora y lo hizo escuchar los testimonios de los adictos. Su hermano se asustó tanto que juró no volver a probar ningún tipo de droga. Preocupada por su debilidad, decidió ayudarlo a encontrar una afición que le gustara; no eran métodos sutiles, pero eran efectivos.

De reojo vio a Sophia dándose cuenta de que las almas perdidas terminaban en sus manos y era el momento en el que tenía que empujarla a que se fuera del estado.

—Hemos cambiado la conversación y sigues sin darme una respuesta, ¿te irías o no?

—¿A Florida? —volvió a preguntar Sophia.

—No, a Marte —contestó con ironía Marian—. Aunque no es mala idea, en vez de quedarte una temporada con tus abuelos en Florida, te vas a Cabo Cañaveral y de ahí a Marte.

—Muy graciosa —respondió Sophia—. ¿Quieres que sea sincera?

—Pensé que lo estabas siendo. —La joven decidió ignorar a su amiga—. Tal vez es lo que te pueda ayudar a avanzar y sé que te lo he repetido

infinidad de veces, no por avanzar olvidarás a Kenneth, siempre estará en tu corazón, pero necesitas seguir.

—Lo sé y lo estoy intentando, o al menos eso creo, aunque cada día es más difícil ignorar su ausencia.

—Prueba a irte lo que queda de verano, ponte morena y vuelve.

Sophia no le respondió, mordió la hamburguesa y agradeció que en ese momento el teléfono de su amiga sonara y respondiera. Marian tampoco insistió, era mejor dejarla meditar, y se centró en la llamada de un amigo que la invitaba a salir.

Después del atracón de hamburguesas la llevó a su casa y quedaron en verse en el transcurso de la semana.

Sophia pasó la noche pensando en si ir o no a Florida, hacía mucho que no iba a casa de sus abuelos y tal vez algo de vitamina C y ambiente latino la animarían a enfrentarse a sus fantasmas. Sus abuelos, Ángeles y Eduardo la invitaban cada vez que hablaban por teléfono, recordando que tiempo atrás había planeado ir con Kenneth.

Sintió de nuevo el tirón en la pierna. El día que le quitaron la escayola le aseguraron que no tendría ninguna secuela, por lo que no sabía por qué tenía espasmos, esperaba que solo fueran momentáneos y no para el resto de su vida.

Por la mañana se levantó animada, buscó un *short* y un *top* para ir a la terraza y hacer los diez minutos de masajes que le habían enseñado como inicio de rehabilitación en su carrera universitaria. Encendió la tele con el canal de vídeos y allí vio un clip de un paisaje playero. Sonrió, negando con la cabeza, y lo pensó: «¿por qué no?», sintiendo un cosquilleo en su interior. Bajó para desayunar, era domingo y se encontró con sus padres en su rutina habitual. Victor hablaba por el móvil sobre costes de material y Mel leía el

periódico, le pareció extraño verlos a esa hora.

Se sentó sin hacer mucho ruido, había una jarra de zumo de naranja y se sirvió. Mel bajó el periódico sonriéndole a modo de saludo, Sophia bebió un poco, dejando el vaso en la encimera para finalmente decir.

—Quiero ir una temporada a Florida.

La vida empieza cada cinco minutos.

Andreu Buenafuente.

3



Para Victor ese tema estaba ya descartado, pero recordó que no había hablado con Marian y no podía persuadir a Sophia. Se había prometido aceptar todo lo que fuera con tal de ayudar a que fuese feliz. Sin embargo, esta repentina decisión lo había dejado fuera de juego.

—Tom, hablamos luego, tengo... tengo un asunto que resolver —le indicó a su interlocutor. Mel se mantenía en shock, siempre le pareció una medida desesperada. Victor le aseguró que ya no era necesaria y ahí estaban, enfrentándose a lo que era una de miles de sugerencias. Se relamió los labios, sonriendo nerviosa, dejando el periódico a un lado y bebió de su café.

—¿Florida?! —dijo Mel fingiendo sorpresa.

—Sé que es una decisión repentina—añadió Sophia—, pero lo he meditado toda la noche.

—Lo entiendo —interrumpió Victor—. Para meditarlo tiene que haber un trasfondo, ¿o es qué mamá te ha invitado?

—No, solo quiero cambiar de ambiente —respondió Sophia—. Esta ciudad me recuerda a Kenneth en todo momento y el irme por un tiempo me ayudará a recuperar fuerzas. —Victor y Mel se miraron por unos segundos.

Mel cogió su taza de café temblorosa, lo entendía, pero a la vez tenía tanto miedo que no encontrase esa paz que deseaba.

—Tendrás que llamar a tu abuela para que lo tenga todo preparado —indicó Mel. Victor se mantuvo impasible sin manifestar ningún sentimiento, estaba enfadado por no haber predecido ese instante.

—Cuando termine de hacer los ejercicios que me indicó el fisio lo haré.

Victor se pasó la mano por la cabeza y soltó una ráfaga de aire por la boca.

—¿Cuándo deseas ir?

—Antes de terminar la semana.

—¡Sí que tienes prisa! —soltó su padre sin importar que lo escuchase.

—Victor, cariño —se apresuró a decir Mel—. Quiere aprovechar el verano, lo veo lógico.

Sophia notó el cambio de actitud de su padre, pensaba que la apoyaría, pero prefirió no darle importancia. Miró su reloj, se bebió el resto de zumo que tenía en el vaso, los miró nerviosos y decidió darles tiempo para que lo aceptasen.

—Debo irme.

—Por favor, no te esfuerces demasiado —rogó Mel, Sophia rodó los ojos por la sobreprotección.

—¡Mamá! Son diez minutos, regresaré y vosotros seguiréis en esta mesa.

Se levantó disimulando el espasmo que acababa de tener en la pierna, caminó con disimulo hasta la terraza, allí se llevó la mano a la pierna, dándose un ligero masaje, y siguió con los ejercicios.

Al escuchar la puerta cerrarse, Victor giró hacía su mujer con la rabia en el rostro.

—¡¿Qué diablos le ha dicho Marian?!

—No creo que tenga nada que ver —respondió Mel tratando de razonar—. Acaba de decirlo, quiere volver a empezar.

—No debía ser así —concluyó frustrado, quería lo mejor para Sophia y sintió que se le escapaba de las manos con rapidez.

Cuatro días después, Sophia aterrizaba en Miami y ahí la esperaban sus abuelos con una gran sonrisa.

Al entrar de nuevo a la cocina después de sus ejercicios, su madre le tendió el teléfono y los llamó para darle la noticia. Mel enseguida buscó una de las maletas y prepararon lo que se llevaría, escogieron distintas vestimentas de verano entre todas las que tenía en el armario. La necesidad de emprender otro camino era vital, quizás al regresar se mudaría a la universidad, aprovecharía el semestre que había perdido, pero necesitaba reencontrarse consigo misma.

Marian prometió visitarla en cuanto pudiera. Tenía que prepararse para la siguiente competición, así como también centrarse de nuevo en su carrera universitaria. Por primera vez, la vio llorar con sinceridad, exigiéndole que se divirtiera y encontrara un hombre que la hiciera bailar salsa de verdad y, con esa promesa algo extraña, subió al avión con destino a Florida.

La primera semana fueron a Disneyworld, Sophia se sintió como una niña recorriendo todo el parque de atracciones, tomándose fotos con los personajes que estaban a su paso y riendo a carcajadas por los comentarios ácidos de Marian cuando le enviaba las fotos por WhatsApp.

A su regreso fueron al Enea Garden Lounge, una invitación hecha por unos amigos de sus abuelos. No imaginaba que al jubilarse su vida fuese tan agitada. El lugar era encantador, repleto de plantas que armonizaban con la música. Todo iba bien hasta que la indiscreta amiga de su abuela le preguntó sobre las pequeñas cicatrices de sus brazos. Se apresuraron a responder y contar la historia de su accidente, restándole importancia, pero Sophia no pudo.

La mirada que la mujer le otorgó era la misma que había visto muchas

veces en Durham, su ciudad natal, para ella el ambiente cambió y pasó a estar absolutamente en silencio. Ángeles pensó en algún tema para que entrara en la conversación sugiriendo ir a Downtown en Orlando y ahí a Bayside Blaster.

No era la primera vez que visitaba Florida, pero, debido a su exhaustivo entrenamiento, llevaba mucho sin volver y se daba cuenta de que echaba de menos esa calidez de la gente. Dos días después, al subir al barco, admiró la ciudad de Miami. En un principio, disfrutó del paisaje que se imponía ante sus ojos y, conforme iban pasando los minutos, fue recordando planes que había tenido Kenneth.

Una escapada romántica para ver ese mismo paisaje, abrazados, sintiendo el calor de su cuerpo. No había pensado en él los días anteriores y sintió miedo al creer que lo estaba olvidando. Cerró los ojos unos segundos, reprochándose olvidar esas conversaciones entusiastas que indicaba montarse en montañas rusas o caminar por la Calle 8 de South Beach.

Ángeles, atenta a cada movimiento de Sophia, notó el cambio de actitud, supo al instante que de nuevo se culpaba por la muerte de Kenneth.

—Es normal que le echas de menos a medida que pasan los meses —le dijo su abuela para que Sophia se diera cuenta de que no estaba sola.

—En una de nuestras conversaciones —comentó la joven— mencionó hacer este *tour* y el estar aquí me hace sentir egoísta.

—No, Sophia, es imposible que no lo olvides, pero tampoco puedes vivir a expensas de su sombra.

—Estoy tratando de aprender a vivir sin él y no es fácil.

—Lo importante es que lo intentas, cariño. —Le hizo ver Ángeles.

La abrazó y juntas siguieron admirando la costa. Pasaron frente a los edificios del centro de Miami como el Fishers' Island y al pasar por

Millionaires' Row escucharon al guía bromear sobre encontrarse algún famoso por el camino. Su abuela aprovechó y le dio un codazo a Sophia para llamar su atención.

—Me conformaría con que Julio Iglesias me lanzara un beso.

—¡Ángeles! —exclamó su marido sorprendido.

—Las raíces nunca se olvidan y Julio Iglesias es de mi generación.

Los tres rieron, consiguiendo que se sintiera mejor y les agradecía que mantuvieran esa zalamería latina.

Eduardo Baute había viajado desde España a Florida en una oportunidad de conocer mundo. En la Pequeña Habana conoció a Ángeles Fernández, hija de andaluces radicados en Florida. La chispa nació de inmediato y, un par de meses después, terminaron casados en Las Vegas, matrimonio que puso patas arriba a ambas familias y que, con el pasar de los años, demostró lo consolidados que estaban.

Los días posteriores visitaron los distintos museos de la ciudad desde el Art Walk, Wynwood walls apreciando los colores de los murales hasta el Vizcaya Museum and Garden con su excelente arquitectura y preciosos jardines. La siguiente semana decidieron ir al noroeste de Florida, al bosque nacional Apalachicola. Se sentía con más vitalidad y con las ideas un poco más claras, aun así, se castigaba cada noche por no recordar que Kenneth no estaba a su lado.

Al regresar decidieron descansar mientras planeaban otra ruta por algún estado cercano, Sophia aprovechó para ponerse al día con Marian, ese fin de semana eran las competiciones de los Cuatro Continentes y estaba agobiada porque en su último entrenamiento había llegado tarde a un movimiento de su rutina. La joven la escuchaba sintiendo nostalgia por esos momentos previos y se daba cuenta de que la gimnasia quedaba relegada a su pasado. Le deseó

toda la suerte del mundo. Los días posteriores llamó a los padres de Kenneth para hacerles saber que estaba bien.

Se habían portado muy bien con ella visitándola cada semana a sabiendas del dolor que tenían, durante largo rato hablaron de todo y nada, se alegraban por su viaje y le pidieron que siguiera rehaciendo su vida, era lo que seguro hubiera querido su hijo.

Esos días se atrevió a ver las distintas fotos que sus abuelos tenían en álbumes de las competencias desde que era niña, las admiró recordando cada una con nitidez, a la vez que comenzaba a tener largas conversaciones con sus abuelos sobre las anécdotas. Ángeles la escuchaba con atención mientras observaba cada uno de sus gestos, hablaba del pasado y se imaginó que tendría una larga charla con el cabezota de su hijo, que mantenía la esperanza de que Sophia volviera a la gimnasia rítmica.

El mes pasó volando y un domingo, después de volver a la rutina diaria, su abuelo anunció que irían a visitar a un amigo en Coral Gables.

—Nunca pensé que entraría a alguna de estas casas.

—No sabía que Coral Gables estaba excluido de tu lista de lugares a visitar.

—¡Abuelo! —repuso Sophia con un mohín—. Lo digo por...

Iba a explicarse cuando entraron a una hermosa mansión. Sophia creyó estar en un cuento de hadas ante la frondosidad que vio a los lados de la carretera. Conforme iban avanzando, fueron acompañados por un jardín muy bonito junto a un arroyo que recorría a un lado de este, al llegar a la puerta principal se encontró con un pequeño estanque. Sus abuelos se bajaron, Sophia también lo hizo, mirándose la ropa que llevaba puesta, advirtiendo que no estaba en sintonía con el lugar. Una camiseta con un estampado simbólico de Kiss^[7], unos vaqueros y unas converse desgastadas junto a una

chaqueta de verano cuyas mangas, debido a los nervios, estiraba un poco para cubrirse brazos.

Hacía un calor de mil demonios, normal para la época en la que estaban, y ella aguantaba como campeona ese clima. Comenzaba a cansarse de miradas que se desviaban a sus brazos, no es que estuvieran llenos de cicatrices, apenas se notaban, pero la tonalidad de su piel heredada por su familia materna las hacía más visibles, por lo que les pidió a sus abuelos ir al hipermercado y comprar unas cuantas prendas sintiéndose así más segura.

Su abuela le aconsejó que no dejara que le afectase, sabía que tenía razón, pero necesitaba tiempo para aprender a ignorarlas. Entraron a la casa impresionándose aún más, el mármol que decoraba el suelo le daba una luminosidad de exclusividad absoluta acompañada de una escalera de caracol al estilo de series de grandes familias norteamericanas.

Fueron recibidos con familiaridad por el dueño de la casa, que se presentó como Frank, fundador de una firma de abogados. Por eso se conocían, con el pasar del tiempo, afianzaron su amistad a pesar de que infinidades de veces tuvieron que enfrentarse por el cargo de fiscal que sostenía su abuelo Eduardo.

Frank trató a Sophia con gran cordialidad, conduciéndolos hasta la terraza, donde se encontró con un grupo de chicas jóvenes. A Sophia no le apetecía entablar ningún tipo de conversación con ellas, y menos cuando las veía tan radiantes en *bikini*, tomando el sol. Inconsciente, se estiró de nuevo las mangas de la chaqueta, pero Frank la empujó con sutileza hasta las chicas y la presentó. La miraron de arriba abajo y antes de excusarse para volver se encontró sola.

—¿No tienes calor? —preguntó una.

—No —le respondió Sophia. La chica bajó un poco las gafas para

mirarla con detenimiento.

—¿Estás segura? —preguntó con sorna.

—¡Zoe, no seas tan zorra! —exclamó otra chica que salía fumándose un cigarro.

—Voy a olvidar lo que has dicho —advirtió Zoe en cuanto la escuchó.

Eran medio hermanas, a pesar de estudiar en internados y verse con frecuencia en la mansión Clifford, mantenían una estrecha relación. Carol, la madre de Chloe se había divorciado al poco tiempo de nacer por diferencias irreconciliables y Franklin, el padre de ambas volvió a casarse; de esa unión nació Zoe. Con el tiempo, los problemas entre sus padres hicieron que también terminara viviendo en casa de su abuelo.

—En todo caso, no hablaba contigo—inquirió Zoe.

—Te conozco, hermanita —respondió la chica, que enseguida se dirigió a Sophia—. Soy Chloe. ¿Fumas?

La joven negó con la cabeza y Chloe se encogió de hombros.

—Sophia —se presentó.

—¿Y bien, Sophia? ¿Qué hacemos aquí asándonos como los pollos a la parrilla?

La joven sonrió, sintiendo cierto apoyo moral. De alguna manera acababa de encontrar a la hermana perdida de Marian. Chloe la arrastró a la cocina, que estaba más fresca y lo agradeció en silencio, a la vez que se reprochaba por su actitud. Había trabajado muchos años de su vida para evitar reflejar inseguridad delante de desconocidos y ahí estaba, como un ratón escurridizo ante depredadores.

—Puedo prepararte un delicioso mojito en segundos —dijo Chloe llamando su atención—. Las fulanas de afuera han hecho el trabajo duro por

nosotras. —Sophia sonrió de nuevo con sinceridad—. ¿Te apetece?

—Sí, me gustaría uno.

—¡Perfecto! —indicó Chloe, sacando un par de copas que llenó con maestría y le pasó una, sin dejar de hablar de la historia de los Clifford.

Venían de una familia del norte de los Estados Unidos. Sus comienzos fueron con la madera y hoy en día eran propietarios de muchos de los grandes aserraderos del país. Su abuelo decidió emigrar al sur para demostrar a los demás que su apellido no le abriría las puertas, pero no pudo hacerlo. A pesar de asociarse con otro letrado, su apellido de peso logró tener de inmediato una cartera de clientes de gran categoría.

La espinita de poder labrar su nombre la mantenía e ideó un plan: darles una oportunidad a los tres mejores futuros abogados de la Universidad de Florida. Sophia, por un momento, pensó en el futuro planificado por Kenneth, él había trabajado para poder entrar en una de esas firmas, escuchar de buena mano cómo resolvían casos importantes, debatirlos y aprender era parte de sus metas.

—Y, bueno... —prosiguió Chloe—. Mi meta va más allá, quiero entrar en Mackenzie & Fletcher en Chicago.

—La conozco —dijo sin pensar Sophia. Chloe se giró hacia ella con una ceja levantada.

—¿La conoces? Pensé que no me escuchabas.

—Por supuesto que te escucho. —Se apresuró a decir la joven, a pesar de que el nudo en su estómago se había instalado al recordar a Kenneth—. Solían hablarme de ello. —Chloe se cruzó de brazos, mirándola con agudeza.

—¿Y de que conoces Mackenzie & Fletcher?

—Mi exnovio. —A Sophia le dolió pronunciar esas palabras—. Estudió derecho en Duke.

Chloe parpadeó varias veces. Tenía que recordar cada detalle de la conversación para luego contárselo todo a Frank, que en ese momento las interrumpía uniéndose a la charla. Sintió rabia, le había encargado una tarea y, como siempre, no confiaba en ella. Por lo que se le ocurrió una idea para increparlo un poco: invitarla a salir con sus amigos a modo de experimento.

—¿Qué harás el próximo viernes en la noche? —La pregunta directa dejó a Sophia sin palabras.

—Ehh..., nada —respondió dudando.

—¡Chloe! —le advirtió su abuelo fijando su mirada en ella, sin embargo, lo ignoró y añadió.

—No iremos a drogarnos con anfetaminas ni inyectarnos heroína, eso será en otra ocasión. —Y rio a carcajadas.

Frank le respondió con una mirada recriminatoria, ya se encargaría de hablar con ella luego. Chloe sonrió de lado y siguió atacando.

—Frank sigue enfadado conmigo —indicó a todos—. Me enrollé hace poco con uno de los becarios, fueron un par de besitos. —El hombre suspiró con paciencia.

—El problema no son los besitos, es la reputación de Clifford & Asociados.

—¡Por favor! —exclamó su nieta—. Solo fue esa vez y no me hagas darte más detalles.

—No quiero saberlo —recriminó Frank, bastante molesto por burlarse de él delante de los Baute. Ella se rio de nuevo y miró a Sophia.

—Entonces, ¿te apuntas?

—Mmm... No lo sé.

—Sophie, cariño —interrumpió Ángeles—. Chloe parece salida del

manicomio, pero deberías salir con chicos de tu edad, recuerda lo que hemos hablado. —Lo meditó unos segundos, podría servirle como terapia, si aceptaba, sería con ciertas condiciones.

—En el momento que quiera irme, me iré.

—¡Te aseguro que no lo harás! —repuso la joven abogada sin importarle el trasfondo de esas palabras.

—Chloe —dijo Ángeles—, si te pide irse, no la obligues a quedarse. —Se cruzó de brazos y la miró.

—¿Cuál es ese oscuro secreto?

Quería saber cómo de cierto era lo que le había contado su abuelo sobre la actitud pesimista de la joven. Sophia apretaba los labios ante esa incómoda situación.

—A finales de marzo —comenzó diciendo la joven— tuve un accidente automovilístico que me dejó secuelas. —No importaba el tiempo transcurrido, seguía siendo difícil contarle, por lo que no dijo nada más, no era fácil hablar de la muerte de su novio.

—Entiendo —admitió Chloe. Entrecerró los ojos, pensando que tendría que sentarse a leer el caso. Ya se encargaría de reprocharle a su abuelo por contarle una verdad a medias, porque era obvio que el accidente tenía que haber sido aparatoso, si no la chica que tenía al frente no se sentiría tan arrinconada.

Sophia vio esa mirada que tanto odiaba y decidió cambiar el tema por su propio bien.

—¿Podrías hacer otro mojito?

—Por supuesto —señaló Chloe, pensando en ese repentino interés de su abuelo por ese caso sobreseído.

La siguiente hora charlaron de varios temas en los cuales Sophia afirmaba y respondía con cortesía, pensando en la noche siguiente. En Durham podía desenvolverse, era pequeña y se la conocía de palmo a palmo, en cambio, Miami era muy grande y a duras penas sabía ir a casa de sus abuelos, por lo que la idea de excusarse la rondó. Sin embargo, su abuela Ángeles, una vez más, la comprometió al despedirse.

—No te olvides de pasar por Sophia.

—Por supuesto que no lo olvidaré, es necesario que se aleje de la tercera edad.

—¡Chloe! —exclamó Frank.

—No te ofendas, no he dicho ninguna mentira —añadió Chloe en venganza.

—Sophia necesita pasar tiempo con personas de su edad —añadió Ángeles para evitar más incomodidad. Se giró a la joven y la miró con dulzura—. ¿Cierto, cariño? —Sophia afirmó sintiendo un compromiso pleno con su abuela, que había buscado la respuesta perfecta para que no pudiera decir que no.

En el camino sacó de su bolso su iPad, evitando hablar. Estaba enfadada; no es que no quisiera volver a divertirse, en cualquier momento lo necesitaría, pero no le apetecía por ahora. Sus abuelos respetaron su silencio y se los agradeció. Al aparcar, se excusó con estar cansada y no salió en toda la tarde de la habitación en señal de rebeldía. Buscó uno de los libros que había traído y se metió en la historia de lleno, necesitaba borrar como fuese esa ansiedad que había nacido en ella.

En la víspera de esa salida, su estómago estaba revuelto. A duras penas había comido y dudaba entre tres vestidos que, por alguna razón, Marian le había obligado a meter en la maleta. Pensó en llamarla, pero estaría de

acuerdo en que fuera y no necesitaba más presión.

Ángeles se mantenía ansiosa en la cocina, la llamada que le había hecho Chloe sobre el juicio del accidente la mantenía expectante, Clifford & Asociados se encargaría de todo sin escatimar gastos. Tendría que hablar con Victor, había sido él quien había llamado a Frank para pedirle que reabriera el caso, sabía muy bien que en el fondo no aceptaba que esos chicos salieran airoso y ella no estaba de acuerdo. Llevaba conviviendo un mes con su nieta y veía que mantenía latente su dolor, corrían el riesgo que retrocediera lo que había avanzado.

Sophia apareció abriendo la puerta del frigorífico, soltando un suspiro frustrante en cuanto la cerró y pegó su cabeza en la puerta. Ángeles la observó a la espera de que confesase qué era lo que la tenía preocupada.

—No creo que sea seguro que vaya.

—No puedes estar todo el tiempo encerrada, además, me prometió dejarte irte si lo pedías.

—Tengo una sensación que no experimentaba desde hace...

No prosiguió porque la última vez que había ocurrido había ganado el campeonato mundial y ella solo iba a salir con desconocidos. Ángeles se acercó, obligándola a girarse y le sujetó los hombros, captando toda su atención.

—No es necesario que me expliques lo que sientes, a veces es bueno dejarnos llevar por ello. —La joven sonrió con complacencia, volvió a la habitación y allí prosiguió dudando hasta que escogió un vestido de color azul eléctrico entallado con flecos, muy al estilo años veinte que estaba tan de moda.

Después de una ducha y de seguir sintiendo su corazón latir más rápido de lo normal, se vistió, se miró en el espejo del armario, al segundo buscó

una chaqueta negra que había comprado para alguna que otra cena y se calzó unas sandalias de medio tacón. Se sentía perfecta para pasar desapercibida, se frotó las manos y bajó. Allí la esperaban sus abuelos, por un momento se sintió como si asistiera al baile de graduación al que fue con un compañero de clase y en el que estuvo poco tiempo, ya que debía entrenar al siguiente día, estaba a un paso del Campeonato Europeo.

Chloe fue puntual, en eso no se parecía a Marian. Se despidió de Eduardo y Ángeles y subió al coche demostrando lo nerviosa que le ponía subir a uno, sobre todo un deportivo como ese. No tenía idea del nombre, pero se imaginó que era uno muy caro por los asientos de cuero y lo que la abogada llamó *Head up display*^[8]. Imaginó que hablaba de una pantalla transparente que vio de reojo, ya que su vista se mantuvo al frente, dejando que hablara todo que quisiera y respondiendo con monosílabos.

Le contó que irían a Bongo's^[9] y, sin saber por qué, tuvo la intuición de que había cambiado de planes. El día anterior había entendido que irían a un lugar tranquilo y en cuanto se acercaron comprobó que no era cualquier disco. Estaba a reventar, la música tenía un ritmo moderno y desenfrenado que invitaba al que menos supiera bailar, a atreverse.

Saludó a unos cuantos conocidos, Chloe le sujetó la mano llevándola al reservado donde estaban sus amigos. Pidió un mojito para su invitada y un cosmopolitan para ella. Con el paso de los minutos la música y la bebida la ayudaron a relajarse y entrar en el ambiente. Varios chicos sacaron a bailar a la abogada, así como también invitaron a Sophia, que, después de varias propuestas, accedió a temas que no fueran tan movidos y que requirieran poco contacto.

Sabía bailar los ritmos latinos, su padre le había enseñado, así como la danza era parte fundamental de su entrenamiento, pero quería evitar contacto

físico, por muchos halagos que le dieran, sentía que algo no estaba bien. Poco a poco los remordimientos se hicieron paso, esperó que la canción terminara para acercarse al grupo y pensar la forma de despedirse, pero otro chico trató de persuadirla, por lo que se excusó manteniendo su papel.

Estaba cayendo en un pequeño flirteo al que no estaba acostumbrada. Necesitaba escaparse y lo mejor era ir al baño. Al entrar, se dirigió al lavamanos, abrió el grifo para mojarse las manos y refrescarse un poco la cara y la nuca, supuso que el calor que sentía era por lo llena que estaba la discoteca y, por alguna razón, se sintió observada. De reojo vio a una de las amigas de Chloe que la miraban de manera distinta.

Estando allí escuchó a otra chica burlarse de ella. Se mordió el carrillo dentro de la boca, sintiéndose humillada, respiró profundo y volvió a abrir el grifo. En ese instante otra salió del baño, observándola con agudeza denotando las marcas en sus brazos, Sophia se dio cuenta y odió esa coincidencia.

—Carol, es imposible que sea así —dijo la joven abriendo la puerta del cubículo.

Miró a su amiga, que mantenía una mueca extraña en el rostro, y buscó qué era lo que le había llamado la atención, viéndolo sin ningún disimulo. Sonrió acercándose al tocador para verse en el espejo. Carol se puso a su lado, cuchicheando y riendo por lo bajo. Sophia no pudo soportarlo, se sintió avergonzada y con ganas de vomitar, por lo que salió del lugar con rapidez.

Blake estaba harto de las insinuaciones de Jhoanna, llevaba parte de la noche lanzándole puntas de querer meterse en su cama y esa noche no le apetecía, pero, al parecer, no entendía las señales y no podía ser tan aguafiestas y largarse sin muchas explicaciones. La mitad no se lo

perdonaría, y mucho menos su hermana, y lo peor no era tener que estar aguantando a Jhoanna, se había topado con Chloe y eso no auguraba nada bueno.

Si a Chloe le daba por ponerse pesada tendría un encontronazo con la chica con la que estaba pasando la velada y odiaba esas actitudes entre mujeres. Se terminó la bebida y pensó en salir a dar una calada, aunque había dejado el tabaco, necesitaba un poco de aire. No era fumador, sin embargo, uno de vez en cuando no le hacía daño, esa lección la aprendió cuando estudiaba en la universidad.

Deambuló un rato entre la gente y vio a una joven salir del baño con un comportamiento extraño. Se puso una chaqueta con premura y se sostuvo de la pared, respirando con dificultad. Decidió ignorarla, sin embargo, se detuvo chasqueando la lengua. Por mucho que pasara de las mujeres presintió que estaba en problemas y se devolvió.

—¿Te sucede algo?

—Necesito salir de aquí.

—¿Cómo?

—Necesito salir, siento que me falta el aire —dijo Sophia sin ver la cara del hombre.

Con caballerosidad la cobijó y la llevó afuera, cruzaron la calle, caminando hasta el muro cercano a la playa, sintiendo así el aire nocturno y el salitre de la bahía. La ayudó a sentarse dándole la espalda a la calle y a todos los que transitaban en ese instante, esperaba que hablase, observándola hasta que la respiración de la joven volvía a ser regular. En ese momento se atrevió a preguntar.

—¿Mejor?

La joven afirmó con la cabeza sin decir nada más. Blake también se sentó

dándole la espalda al mundo y se cruzó de brazos, preguntándose si había sido buena idea ayudarla. Segundos después se metió las manos en los bolsillos del pantalón y fijó los ojos en el firmamento. Esa noche, a pesar de la contaminación luminosa que tenían detrás, podían apreciarse varias constelaciones junto a una bonita luna.

Sophia abrió los ojos y lo primero que vio fueron algunas estrellas y la luna, que se mostraba tímidamente. Se escuchaba el tránsito de los coches, los transeúntes y la música de los distintos lugares de la avenida, sin embargo, escuchó también el sonido del mar, que le daba la sensación de tranquilidad. Debía darle las gracias al hombre por haberla ayudado. De reojo lo vio, mantenía su mirada al horizonte y ella volvió a mirar al cielo, oscuro y calmado, brindándole esa paz que llevaba semanas sin sentir.

Blake había olvidado por unos minutos dónde estaba y con quién. Noches como esa lo habían acompañado cuando era niño, la única etapa feliz de su vida. Era extraño, estaba al lado de una desconocida a la que no tenía ni idea de qué le había ocurrido, pero ese silencio que había nacido entre ellos le gustaba. La observó de reojo y vio que reflejaba tranquilidad, quiso preguntar, su cabeza se llenó de suposiciones, pero ¿qué podía preguntar? Eran estúpidas esas conjeturas que se hacía, alguno tenía que romper el hielo y entender qué había ocurrido y de eso se encargaría él.

—La noche nos ayuda a meditar y a encontrarnos a nosotros mismos — dijo rompiendo el silencio entre ellos—. Soy Blake Clark.

Sophia abrió los ojos y despertó de ese letargo en el que se había inducido, apretó los labios, giró la cabeza y alargó el brazo.

—Es cierto, la noche es una gran compañera en momentos en los que necesitas estar a solas. Soy Sophia.

—¿Y se puede saber qué ha ocurrido?

Ella negó con la cabeza, era imposible que le contase a un desconocido lo que había pasado, podría pensar que estaba chalada. Blake suspiró con paciencia y se giró de nuevo hacia el frente, intentando comprender. Pensó en dejarla allí y que se las arreglara como fuese, sin embargo, su maldito instinto de superhéroe volvió en cuanto vio cómo bajaba la cabeza y se estrujaba los dedos.

—¿Quieres que te acompañe a algún lugar como tu casa? No creo que verte llegar en tu estado sea agradable para tu familia.

—¿Qué? —preguntó Sophia girando el rostro sorprendida.

Apenas había bebido tres cócteles, lo suficiente para entrar en calor, pero no para estar achispada, por lo que se giró hacia la calle y se levantó de inmediato.

—Gracias por ayudarme —le dijo mientras él también se giraba y se levantaba del pequeño muro—. Tengo que entrar de nuevo, mis amigos deben estar preocupados. —Blake bufó por la actitud prepotente, ¿quién rayos se creía para mandarlo por un tubo de esa forma?

—Están tan preocupados que ni siquiera te han llamado para saber dónde estás —respondió Blake con ironía.

—Creen que estoy en el baño —se defendió Sophia ante esas palabras malintencionadas. Blake se rio a carcajadas de la pobre excusa, logrando que ella frunciera el ceño por la burla.

—¡Menudo dolor de estómago debes tener! —insinuó el joven que se cruzó de brazos, ladeando la cabeza y observándola con detenimiento. Se la veía tan inocente y a la vez tan orgullosa. Se sintió imbécil pensando en mujeres inocentes en esa época, esas mujeres no existían—. Entonces estabas empolvándote la nariz... —le dijo, provocándola con una sonrisa de lado con una ceja levantada.

Sophia se calló, desconcertada por ese juego de palabras. La caballerosidad de un principio acababa de esfumarse.

—No sé qué has querido decir —inquirió, empujándolo a que fuera valiente.

—No creo que tenga que darte muchas explicaciones —respondió Blake tocándose la nariz—. No te conozco, pero eso es una mierda para el cuerpo.

—¿Qué?

—Venga no me hagas ser más directo, nena.

Indignada por la falta de respeto quiso abofetearle, ese hombre acababa de llamarla drogata sin conocerla. Apretó los labios y, sin poder reprimirse, le hizo saber lo que pensaba de él.

—¡Gilipollas!

Se giró con rumbo a Bongo's para despedirse de Chloe. Su noche había terminado, así como su estancia en Miami, o al menos sus visitas a locales nocturnos. Blake la retuvo, conociendo sus intenciones, sosteniéndola del brazo.

—Eres una malagradecida, te saco de la disco porque te ibas a desmayar, te doy un consejo por tu bien y así es como me pagas.

—¿Eres idiota o te lo haces?

—¡Oye! No hace falta que me insultes —respondió enervado—. Yo te digo lo que me das entender. —Sophia no iba a perder la compostura y tragó saliva.

—No fui la primera en ser grosera, a lo mejor piensas que te debería lanzar una alfombra roja para inclinarme y venerarte como a los reyes en agradecimiento.

A punto de responderle, tuvo que controlarse ante el ataque de risa que

nació. Esa connotación era graciosa, la vio de reojo y tuvo la sospecha que la había ofendido de verdad. No podía ni tan siquiera buscar alguna disculpa a por cómo había metido la pata.

«¡Joder!», dijo para sí. Hacía mucho tiempo que no tenía una conversación con una mujer sin ningún interés que no fueran el trabajo, sexo o la asociación en la que daba clase. Llevaba un par de meses tratando de encauzar su vida, aunque de vez en cuando se dejaba arrastrar por el deseo de satisfacer a su cuerpo.

—Tienes razón..., Sophia —dijo tratando de emendar su comportamiento.

—¡Claro que la tengo! —respondió la joven sin darle tiempo a defenderse, ya que lo había dejado con la palabra en la boca.

Caminó con premura a la entrada del lugar y Blake sonrió para sí mismo; hacía mucho que no vivía una situación parecida y no se iba a quedar con esa. Conocía a muchos que frecuentaban la disco y estaba seguro de que esa chica no era de la ciudad. Sin pensarlo más, entró dispuesto a saber quién era Sophia sin apellido.

4



Respiró varias veces con intensidad, necesitaba disimular una aparente tranquilidad por lo que, al llegar al reservado para despedirse, supo que no tenía ni idea de qué diría.

—¡Sophia! —gritó Chloe—, menos mal que apareciste —indicó—. Estaba a punto de pedirle al *DJ* que gritara tu nombre. —Se sonrojó, temiendo que hubiera ocurrido cuando lo que más deseaba era pasar desapercibida.

—Salí a por un poco de aire fresco —respondió con rapidez. Chloe no quedó satisfecha con la respuesta, tuvo la intuición que faltaba un detalle y era eso lo que la tenía alterada por mucho que quisiera disimularlo—. Es mejor que me vaya —señaló Sophia para despedirse.

—Te acompaño —se apresuró a decir Fred, el chico que había revoloteado a su alrededor.

—No hace falta —respondió la joven, intentando sacárselo de encima.

—La acompañaré yo —repuso Chloe—. Soy cuatro años mayor que tú y ella está bajo mi responsabilidad.

Todos se quedaron callados hasta que Robert estalló en risas.

—¿Ahora adoptas mujeres desamparadas? —soltó sin reprimir su sinceridad. Chloe lo miró con detenimiento y le mostró el dedo corazón.

—¡Qué te den, Robert! —inquirió malhumorada.

—¡Venga, Chloe!, es broma, hoy no estás juguetona —dijo Robert acercándose para asirla por la cintura y ella quitó las manos de forma brusca.

—Vamos —le ordenó a Sophia—. Por esta noche ha sido suficiente —reveló a todos para que diesen por hecho que no estaba de acuerdo con sus bromas. La sujetó por el brazo y salieron del reservado sin mirar atrás. Una vez fuera, caminaron hasta llegar al coche.

—Me parece que es mejor que vayamos en taxi—sugirió Sophia.

—¡Mierda! —exclamó Chloe—. No puedo tener tan mala suerte de toparme con un policía.

—Todo puede pasar —respondió Sophia cruzándose de brazos.

Podía pasar, tenía razón, no era la primera vez que sucedía y mucho menos le diría cómo lo solucionaba, antes debía ganarse su confianza.

—Está bien —indicó la abogada para no agobiarla. Si quería que colaborara más adelante en lo que Frank Clifford le había impuesto, debía ser de lo más amigable.

No era la primera ni la última que sobrevivía a un accidente. Se lo hizo saber a su abuelo el día que entró a su oficina y, con firmeza, le advirtió que se encargarían de reabrir el caso. Era una Clifford y ellos eran de palabra, ese día sintió la sangre hervir, Frank y su maldito código de ética que le aseguraban que algo más había detrás.

—Creo recordar que hay una cafetería cerca —señaló para tratar de charlar, o esa noche habría sido un desperdicio. La observó de reojo y llegó a la conclusión de que era una chica sin ambiciones, sin pasión, si es que alguna vez la había tenido. Lo poco que sabía era que Sophia se había criado en un ambiente para y por las competiciones con infinidad de restricciones. Chloe sonrió para sí misma, concluyendo que sentía una verdadera lástima por ella—. Abre las veinticuatro horas y me han entrado ganas de comer —indicó sin dejar que diera alguna excusa para irse por su cuenta.

5



Blake no creía en la suerte, pero esa noche era la excepción. Entró a la disco para buscar a Sophia. La encontró, pero con Chloe. «Mal asunto», pensó.

Debía olvidar a esa chica de ojos almendrados, pero, a pesar de querer hacerlo, la curiosidad había aparecido; no tenía sentido que en una ciudad y un mundo en el que vivían se ofendiera como lo hizo. Sonrió pensando en ella, era bastante guapa, tenía curvas y unas largas piernas. Suspiró en alto, lo mejor era sacársela de la cabeza.

Se acercó a la barra para pedir una cerveza y estuvo a punto de buscar a Jhoanna, aunque en el fondo no era buena idea. De nuevo Sophia volvió a su cabeza y no es que fuese vestida sugerente, pero llamaba la atención. Quizás esa inocencia o sus piernas largas, el caso era que llevaba diez minutos pensando en una mujer cuya amiga era Chloe, así que lo más seguro es que pasaría de él o tal vez le gustaran los mismos juegos de la rubia pija.

Entre trago y trago no se percató que Jhoanna se acercaba hasta que le acarició la espalda, era tarde para escabullirse. A veces se arrepentía el haber aceptado pertenecer al equipo de U.P.B., pero Ángeles lo había ayudado muchas veces cuando estuvo a punto de tocar fondo.

La primera vez que lo había ayudado fue cuando su padre los había abandonado a él, a su madre hundida en la depresión y a su hermana pequeña, dejándolos en la calle y con grandes deudas. Ángeles, que para ese entonces trabajaba en servicios sociales, escuchó a Alice, la madre de Blake y se conmovió. Lo primero que hizo fue encontrarles un lugar donde vivir por

medio de contactos. Un duro cambio para ellos. Pisos de baja calidad en un barrio de mala reputación, empujando a Blake durante un tiempo a saltarse las reglas como signo de rebeldía, pero la trabajadora social encontró la forma de que canalizara su rabia: por medio del baile, logrando que volviera a centrarse y trabajar por su futuro.

Alice encontró un trabajo que les permitió salir de ese atolladero por una temporada hasta que se topó con una situación que lo hizo crecer antes de tiempo en la que terminaron mudándose a otro lugar gracias a la generosidad de Eduardo. Rehicieron su vida y salieron adelante sin perder el contacto con los Baute.

En ese nuevo comienzo, Blake quería ayudar a su familia sin encontrar el modo de hacerlo, por lo que recurrió a los consejos de Ángeles, que le dio la idea de encontrar un lugar para mejorar sus cualidades y actitudes con clases de baile; se le daba bien y, a su vez, era bueno en ciencias y podía ofrecer clases de apoyo. De esa forma pasó a involucrarse en clubs de liderazgo, negocios y voluntariado, empujándolo a estudiar derecho y ser parte de la academia de baile como instructor.

Con una beca y un trabajo a tiempo parcial entró a la universidad donde se esforzó en sacar buenas notas, creyendo que el camino sería más fácil, pero no fue así. Lo que encontró poco tiempo después de graduarse no era lo que había esperado. Sin embargo, siguió adelante hasta que la oportunidad de entrar al equipo de un pequeño bufete llegó, por fin podía desarrollar el campo por el que había decidido estudiar derecho, el laboral. Significaban grandes cambios, entre ellos trasladarse de nuevo a Florida junto a su familia.

Lo más difícil fue convencer a Alice de regresar, aceptó con la condición de seguir trabajando, se negaba a que se hiciera cargo de ellas. Estaba convencida de que, en cualquier momento, se enamoraría y no quería que fuesen una carga, ya había vivido esa situación de incertidumbre. Blake no se

tomó en serio el consejo, en lo que menos pensaba era en enamorarse; la vida comenzaba a sonreírle después de tanto sacrificio, pero su madre tuvo razón, el amor tocó su puerta. Durante esa etapa vivió un momento dulce, por lo que tanto había trabajado estaba dando sus frutos.

No obstante, la traición de la mujer en la que había confiado y a la que había abierto su corazón hizo que la venda que tenía los ojos cayera sin ninguna sutilidad, adentrándose en la etapa más oscura de su vida. Bebiendo más de la cuenta y acostándose con distintas mujeres cada noche, así como también llegó a probar ciertas drogas, abandonando su trabajo, lo único estable y por lo que tanto había luchado.

Estaba cansado de tener que dar más de lo que la vida le ofrecía, dejándose llevar por el camino fácil hasta que se topó con Ángeles y no de la mejor forma. Una reyerta en un bar lo llevó al hospital junto al otro joven, que salió peor parado de lo que él estaba. Casualidad o no, el chico al que había golpeado estaba bajo el ala de Ángeles, que hizo lo imposible para que retiraran los cargos con la condición de que hiciera servicios a la comunidad.

Dos años y medio habían pasado desde entonces, gracias a U.P.B. había podido volver a tener la cabeza centrada, aunque no su carrera. Ese maldito desengaño solo le había traído problema tras problema, entre ellos, perder el trabajo y que su carrera se estancara por un tiempo. Se prometió que ninguna mujer volvería a interferir en sus metas y se centró en reconducir su vida, convirtiéndose en su vía de escape el dar clases de baile mientras intentaba entrar de nuevo en una firma importante.

Cada día veía más inalcanzable el cumplir esa meta por la que había luchado tanto, el trabajo que había encontrado fue en una asociación que se limitaba a litigios civiles y mal remunerados. Cumplió con los servicios a la comunidad y se dedicó a seguir ejerciendo como instructor en U.P.B., aceptando preparar la exhibición de puertas abiertas, logrando el éxito

esperado y, a pesar de sentir que reconducía su vida, sabía que había nacido para mucho más que dar clases y litigios civiles en pequeñas asociaciones.

Se trazó de nuevo la meta de seguir intentando entrar en un gran bufete y en la especialidad por la que se había formado, demostraría a todos que no era un fracasado como lo había sido su padre. Fue entonces cuando su oportunidad apareció. Ángeles y Eduardo le presentaron a Frank Clifford, uno de los benefactores de U.P.B. y fundador de la firma Clifford & Asociados.

Nunca hubiera imaginado que mantuvieran una estrecha amistad, conocía muy bien el bufete, era uno de los mejores de la ciudad. Se esforzó por mantenerse tranquilo y evitar que los nervios le traicionaran a esa serie de preguntas que, si bien le parecieron normales, días después le trajeron la mejor noticia de su vida a través de una llamada ofreciéndole un puesto de lo más atrayente.

Necesitaban un nuevo representante especializado en integración social, conflictos industriales o del sector público y estudios poblacionales, procesos que se tramitaban en los juzgados sociales, el puesto que deseaba ejercer desde hacía tiempo y que lo llevaría al siguiente escalón. La vida le sonreía de nuevo, aunque los errores del pasado se pagaban y, a veces, de forma muy rápida.

El día que pisó la elegante oficina, se topó con una mujer a la que había conocido en el lugar menos indicado. A punto de renunciar para no tener complicaciones, se abstuvo pensando en la oportunidad que Frank le había otorgado y en Ángeles, que había sido la artífice de que sucediera el encuentro. Solía decirle que los baches los tenía cualquiera y que estaba segura de que el ejercer como instructor y ayudar a muchos chicos le traería recompensas en algún momento. Lo irónico sucedió cuando fue presentado. La joven con la que había traspasado los límites de todo lo prohibido fingió

de una manera magistral que no se conocían.

Estaba seguro de que recordaba esa noche, un antro al que nunca debía haber entrado dejándose arrastrar por su orgullo herido. Ni siquiera se preocuparon por saber sus nombres, ella siempre tuvo las ideas claras y se lo demostró con sexo sin restricciones y él solo quería borrar esa noche entre el alcohol y drogas. Hasta ese instante, sus recuerdos eran vagos, logrando finalmente atormentarlo con cargos de conciencia al no saber lo que había pasado. No podía dar vuelta atrás, reconocía que se había equivocado al pensar que pagar con la misma moneda era la mejor manera de borrar ese dolor que le había destrozado el corazón.

Varias semanas después, Chloe Clifford encontró su número de móvil y lo invitó a un café, aclarándole que no debía rebelar jamás lo que había sucedido entre ellos. Quería ganarse el respeto de sus colegas y que se conociera lo sucedido podría hundirla. Blake no supo en ese instante si dar por terminada la conversación o ponerla en su lugar. Decidió hacer eso último, indicándole él que también debía cuidar su puesto de trabajo, era lo que había esperado durante mucho tiempo.

La joven fijó los ojos en él, tensó los hombros y, con un dedo, lo señaló dejándole claro que jamás volviera a comparar su insignificante vida con la de ella, era una Clifford y él un don nadie. Desde esa mañana creyó pasar a su lista negra. Estar en el mismo lugar de trabajo era lo peor que podía pasarle, pero no iba a renunciar a su sueño.

Se metió en la cabeza que el bufete era muy grande y rara vez se tropezarían, y así fue al menos por un tiempo, hasta que el año anterior, en la exhibición anual, Frank Clifford apareció acompañado de sus nietas. Chloe se interesó por las clases de baile, por lo que comenzó a pasarse por su despacho de vez en cuando, invitándolo a un café que él siempre rechazaba y tratando con artimañas que a ese juego caprichoso al que, muchas veces, sin darse

cuenta, se dejaba llevar. Conociendo su punto débil, el baile.

Sin lugar a duda, se había convertido en la pasión que lo ayudaba a conectar con el espíritu de libertad que necesitaba, pero lo que comenzó con simples insinuaciones terminó haciéndolos coincidir en los mismos clubs y bares, arrastrándolo muchas veces a tener que soportar a esa manada de esnobs insufribles que tenía como amigos.

Gracias a Dios que sus amigos le echaban una mano de vez en cuando, sobre todo Jhoanna, que se convirtió en más que una amiga sin necesidad de compromiso alguno. Durante meses se mantuvo en esa situación extraña hasta que comprendió que se mantenía en una constante encrucijada por evitar entrar al juego del todo.

Sin embargo, al final siempre terminaban de alguna manera conectados, como esa noche en la que aquella chica desconocida de largas piernas y aparente inocencia que tanto le había llamado la atención resultó estar con Chloe Clifford.

6



Chloe y Sophia cruzaron la Calle 8 y de ahí caminaron durante diez minutos, los minutos más largos que la joven había tenido que vivir, escuchándola hablar sobre la comida, el metabolismo y tonterías que no entendía a qué venían. Cruzaron otro par de calles hasta llegar a Washington Ave y se toparon de frente con la cafetería. Entraron dando las buenas noches y pidieron hamburguesas, patatas fritas y refresco de cola.

A Sophia le pareció inverosímil, era la primera vez que comía tan tarde y con tantas calorías. Se sentaron en la mesa más alejada y le dieron el primer mordisco a la hamburguesa.

—¿Cuándo vas a contarme la verdad de tu accidente?

—Ya te lo conté —respondió Sophia sin mirarla.

—¡¿Perdón?! —señaló Chloe—. ¿Cuándo? Has tenido todo este rato para hacerlo y solo recuerdo que en casa de Frank al contarlo pasaste de puntillas, mientras esta noche has dejado que hablase una sarta de tonterías durante el camino.

Sophia dejó a un lado la hamburguesa, limpiándose la boca, y buscó en su bolso el monedero para pagarle e irse de la cafetería. No tenía la menor intención de revivir esos amargos recuerdos como si fuera una anécdota más, le dolía. Esa noche iba de mal en peor, para ser su primera salida, iba de culo, prefería no volver a salir de noche si siempre iba a ser así.

Se levantó, pero la joven abogada la detuvo en cuanto vio sus intenciones.

—No me ofendas —se apresuró a decir Chloe—. Te he invitado.

—No hace falta —respondió la joven.

—¡Deja de comportarte de manera infantil! —exclamó la joven abogada mirándola con el ceño fruncido. «Y ahí está el espíritu de Marian dentro del cuerpo de Chloe», se dijo para sí Sophia.

Se miraron unos segundos más, solo entonces la joven se retractó, guardando su monedero y sentándose. Chloe había sido atenta desde que se habían conocido, se merecía saber la verdad. Bebió un poco de líquido para contarle, deteniéndose al nombrar a Kenneth.

La joven abogada no dejó de comer y beber, pensando que la chica que estaba al frente se había aferrado a un hombre que de seguramente le ponía los cuernos cuando ella estaba en sus competiciones de alto nivel. «Ilusa», se dijo para sí. «Los hombres son egoístas por naturaleza y solo sirven para satisfacerte», quería decirle, sin embargo, había prometido tratarla lo mejor que pudiese.

Cuando Sophia terminó su historia, Chloe se limpió los labios con una servilleta para dar así su opinión. Era imposible reprimir parte de lo que pensaba, aunque trataría de ser lo menos dura posible.

—Si quieres que esos hijos de puta no salgan jamás de la cárcel, te ayudaré —concluyó de forma enérgica—. Entiendo por qué estás aquí y por qué no quieres volver a Durham ni a la gimnasia. —Puso su mano en la de Sophia y la palmeó—. No lo hagas si es realmente lo que deseas, incluso me atrevería a decir que podría ayudarte a avanzar.

—Me has ayudado —respondió la joven y antes de que siguiera, Chloe la interrumpió. No iba a escuchar cursilerías.

—Lo de hoy no es una ayuda —indicó trayéndola a su terreno—. Necesitas ver qué otras opciones te puede ofrecer la vida y tengo una idea

que te podrá ayudar. Tal vez si yo lo hubiera conocido en ese momento hubiera sido distinto. —Odiaba recordar su pasado, pero tenía que llegar al corazón de Sophia y había encontrado la idea perfecta.

—Hace tres años estuve a punto de casarme —le hizo saber la joven abogada—. El capullo ese me presentó a su supuesto mejor amigo, sí que lo era, tan grandes amigos que los encontré revolcándose en un hotel en las Bahamas.

»Odié a todo el mundo y a la maldita prensa le llegaron rumores cuando estuve a punto de mandar toda mi vida por un tubo. Estaba tan harta de preguntas que un día agredí a un reportero. —Chloe se detuvo a pensar y maldecir a Ryan por haber jugado con sus sentimientos, la había humillado, teniendo que soportar los corrillos en reuniones a las que solía asistir, decidió tomar otro rumbo, demostrando que poco le importaba lo que dijiesen si podía hacer otro escándalo y siguió ese camino. Lo que hizo que terminara en el punto de mira de su abuelo.

Miró de reojo a Sophia meditando, sugerirle algo así terminaría escandalizándola. Quiso reír y se contuvo, por lo único por lo que estaba allí y que le importaba de verdad era la maldita herencia.

—Qué raro que no conozcas U.P.B. —dijo la joven abogada más para ella que para Sophia, que estaba en shock ante la triste historia de Chloe, entendía por qué sus palabras estaban llenas de rencor y por qué de nuevo cambiaba la conversación.

—Lo siento, pero no te sigo —respondió con sinceridad la joven. La abogada sonrió, bebió un poco de refresco de cola y la miró.

—Mañana la llamaré.

—¿A quién llamarás?

—A Ángeles, ahora, cuéntame, ¿te has divertido?

Sophia quería mantener el hilo de la conversación, pero le costaban un mundo esos cambios bruscos, por lo que le siguió la corriente creyendo que estaba mal de la cabeza, o que al menos eso parecía.

—Sí me divertí, hasta que... —Y recordó el momento incómodo del baño, sin darse cuenta se estiró la chaqueta.

—No sé para qué escondes las cicatrices —señaló Chloe. La joven abrió los ojos sorprendida, tragó saliva y respondió.

—Para que no me miren con lástima como lo hiciste tú ayer.

—¿Yo? —Sophia afirmó y Chloe respondió con un mohín y añadió—. No recuerdo haberlo hecho.

Y era cierto. Cuando su abuelo le notificó que irían los muermos de Ángeles y Eduardo a la mansión para un asunto que convenía al bufete, los maldijo. Quería pasar ese domingo teniendo sexo desenfrenado con Robert, pero no, esa pareja de viejos tenía que fastidiarle el día. Echó a su amante de la casa echa un basilisco, se duchó con rapidez para ser puntual y hablar con su abuelo antes de ponerse la máscara de cordialidad.

Estaba segura de que en ningún momento la había visto como Sophia se refería, pero no podía contradecirla, así que prefirió mantenerse en silencio.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Sophia ante la expresión que reflejaba Chloe.

—Acabas de contármelo —respondió con guasa y la joven se sonrojó—. ¡Anda! Dime qué fue eso que pasó en Bongo's de lo que no me enteré.

—El coqueteo de Fred me hizo sentir incómoda, como si estuviera engañando a Kenneth. Me levanté para poner distancia, literalmente corrí al baño. Carol y esa otra chica, no recuerdo su nombre, estaban allí, se dieron cuenta de las... —Sophia no pudo nombrarlas, por lo que señaló uno de sus brazos—. Y creo que llegué a escuchar «pobre chica», riéndose luego.

—¡Malditas zorras! —exclamó Chloe, no podía defenderlas, siempre habían sido imbéciles y en parte tenía razón. Sophia tragó saliva y prosiguió.

—Salí a toda prisa sintiéndome humillada, creí que me iba a desmayar, hasta que un desconocido me ayudó a salir.

—¡Vaya!, ¡aún existen caballeros en esta época! —ironizó la abogada sorprendida, pensando quién sería ese idiota. Sophia bufó.

—¡Es un imbécil en toda regla! —espetó la joven—, insinuó que me drogaba.

—¡Qué grosero! —respondió mordiéndose la lengua para no reír a carcajadas y a la vez se le ocurrió que, si existía una próxima salida, le daría éxtasis y así, de una vez y por todas, conocería la libertad plena.

—¡Y que lo digas!, pero lo puse en su sitio —añadió Sophia.

—¿Y?

—¿Y? No entiendo a dónde quieres llegar —indicó la joven. Chloe reprimió soltar un bufido, no podía ser cierto que a su edad fuera tan estúpida.

—Nombre, número, Facebook, Twitter —dijo la abogada con tono aburrido, no pudo fingir esta vez.

—No llegamos a tanto.

Sophia mintió a medias para cortar la conversación, sabía a dónde iba.

—Dime que al menos te fijaste en cómo era.

—No —volvió a mentir la joven.

No iba a contarle que era alto y atlético, ni que su pelo estaba alborotado en la justa medida o que su mirada de chico malo venía acompañada de unos iris azules. No, era y tenía que ser un chico más y no le iba a dar la importancia que le acababa de dar en esos segundos.

—No —repitió de nuevo Sophia—, creo que tuve un pequeño ataque de pánico y no tuve tiempo de ver cómo era.

—¡Vale! —respondió Chloe sin creerle. Mentía, lo sabía, pero no iba a seguir indagando, se aburría de tanto drama. Miró el reloj y respiró aliviada al ver lo tarde que era.

—Vamos a por el coche, te llevarte a casa. —Se levantaron y volvieron a Bongo's. Una vez en casa, Sophia se duchó para relajarse y refrescarse por el calor al que no estaba muy acostumbrada. Se puso el pijama y se fue a dormir.

??

Chloe abrió la puerta de su apartamento cercano a South of 5th y se encontró a Robert acostado a lo largo de su sillón vintage de color gris. Resopló dejando sus cosas a un lado.

—No debí haber cedido en dejarte las llaves esta vez. —La carcajada de Robert no se hizo esperar—. Quita tus pies de mi sofá —advirtió.

Robert se levantó, acercándose con la sonrisa en los labios, le rodeó la cintura y tiró de ella, chocando con su pecho.

—Me la diste porque quieres sexo y sabes que yo soy quien mejor te lo da.

—Cuando te metes en el papel de idiota no hay quien te gane —dijo Chloe sonriendo, dejando que Robert comenzara a besarle el cuello y bajara la cremallera de su vestido.

—No lo niegues. —Ella gimió en cuanto él acarició uno de sus pechos, jugueteando con su pezón, poniéndolo erecto—. Pero antes me muero por saber de dónde has sacado a esa niña mojigata.

Chloe lo apartó, había decidido que por ese día había hablado lo suficiente de Sophia. Maldijo a su abuelo por obligarla a hacer obras de

caridad, por lo que, al dejarla en casa de los Baute, encendió la radio y sacó un cigarro, centrándose en la noche de sexo que tendría a continuación. Lo que no había pensado era que Robert se fijaría tanto en ella.

Caminó hasta el minibar, Robert se había encargado de que hubiese hielo en la cubitera, se sirvió un poco de *whisky*, lo bebió dejando que le quemara la garganta y lo miró con ímpetu.

—Has dicho que solo quiero sexo y para eso te he dado las llaves, vuelves a hablar de otra mujer en mi casa y te largas.

Robert sonrió de lado, le quitó el vaso atrayéndola hasta él y la llevó hasta la pared, frotándose contra su cuerpo para que sintiera lo excitado que estaba.

—¿Lo quieres ahora mismo o donde más te gusta? —Chloe se giró y le bajó la cremallera del pantalón, metiendo la mano y palpando el erecto miembro.

—Afuera —respondió Chloe siseando.

La arrastró con él abriendo la puerta de la terraza, tumbándose en uno de los divanes que había y sentándola encima. A la vez que le hacía de lado la braguita, ella le sacaba el erecto miembro y de una sola estocada entró. Chloe sabía que la miraban y eso la excitaba mucho más, por lo que le exigía más por parte de él.

No iba a negarlo, Robert follaba muy bien, no como lo que realmente necesitaba, como lo que tuvo una sola vez y que, por mucho que se insinuaba, no había podido volver a tener. Y esa noche en especial; verlo con esa chica bailando de manera sugerente la había llenado de rabia. Necesitaba sentir, imaginarse que era él quien la penetraba una y otra vez, solo pensar en volver a sentir a Blake dentro de ella la ayudó a llegar al orgasmo que tanto deseaba.

A las once de la mañana, Ángeles tocó la puerta de Sophia varias veces, quería saber cómo había sido su noche. Chloe no era una buena elección, lo sabía bien, se sentía comprometida por el favor que había accedido hacer Frank a Victor.

Pensó que aparecería una hora después y no fue así, su sorpresa fue a más cuando esa mañana recibía la llamada de Chloe, indicándole que su nieta quería conocer U.P.B.

—Sophia... —Volvió a tocar—. ¡Sophia, cariño!

—Pasa, abuela —dijo más dormida que despierta la joven.

—Buenos días, cielo.

—Buenos días —repitió con voz pausada.

—Perdón por despertarte, pero Chloe acaba de llamar para decirme que quieres ir a U.P.B.

—No sé qué es eso —dijo parpadeando un poco, tratando de recordar la conversación—. Me dijo que no entendía por qué no me habías hablado de ello y supongo que es a lo que te refieres.

—Pensamos que no te interesaría.

—¡Abuela! —exclamó la joven con la mente bloqueada por el sueño—. Me da igual lo que sea, solo quiero dormir.

—Está bien, mañana iremos, estaba a punto de comentártelo, siempre había dudado que aceptaras, ahora puedo estar más tranquila.

—Iré —le dijo Sophia para que la dejara dormir, no sabía qué era una resaca hasta ese día, juraba que solo había bebido un par de copas—. Me duele la cabeza, no volveré a beber en mi vida —dijo y Ángeles sonrió.

—Te traeré un analgésico.

Cinco minutos después regresó con la pastilla y la dejó descansar.

Nadie volvió a mencionar el tema y Sophia pasó la tarde entre libros y alguna que otra serie. Al día siguiente, sus abuelos cuchicheaban cuando bajó a desayunar, le pareció extraña su actitud y decidió no darle importancia. Bebió una taza de café junto a otra de cereales y se levantó para comenzar la siguiente parte de su rehabilitación, dar una caminata, pero su abuela llamó su atención.

—Sophia, ¿por qué no lo dejas para mañana? Me gustaría que fueras descansada esta tarde.

—Debí comenzar hace una semana la segunda fase de mi rehabilitación si quiero comenzar a correr.

—¿Será bueno que corras?

—Lo es —respondió su abuelo por ella—. Debe volver a su rutina.

—¿Quiere decir que volverás a la gimnasia?

—No —dijo la joven con rotundidad—. Y no cambiaré de parecer. —Miró su reloj polar—. He de irme, cuando regrese te ayudaré con el jardín.

—No hace falta, cielo —respondió Ángeles—, me gustaría que descansaras.

Sophia frunció el ceño, comenzando a incomodarse por esa sobreprotección, empezaba a parecerse a sus padres. Estaba lo suficiente descansada y quería ejercitarse, no podía seguir inactiva, optó por no darle vueltas al tema y salió a caminar. Ángeles la vio alejarse y se cruzó de brazos, caminando de un lado al otro, presentía que no sería bueno, se giró hacia su marido.

—Eduardo, creo que se enfadará en cuanto sepa qué es U.P.B.

—Ella accedió a ir.

—Pero ninguno le hemos explicado qué es.

—Tampoco se ha interesado, así que tendrá que aceptar y comerse su orgullo. —La mujer bebió de su café y suspiró en alto—. No te preocupes —indicó su marido—. Sophia se sentirá a gusto.

Ángeles se acercó a la puerta donde tenía colgado su delantal de jardinería, tenía que ocupar su mente en otra cosa antes de arrepentirse. Su marido se acercó y la sujetó por detrás para darle un beso.

—Tenemos que tener fe, es lo que sueles decir en casos así.

—Tengo fe—respondió Ángeles—. Aunque la veo tan perdida que me temo que volverá a Durham.

—Ya lo veremos.

Sophia volvió al poco rato, cansada y frustrada por no poder seguir un ritmo ligero, debía esforzarse más si no quería tener más espasmos musculares y recordar, dentro de los distintos métodos, cuál era el conveniente para ella. Se refrescó un poco y bajó a ayudar a su abuela. Luego se duchó y ayudó a preparar el almuerzo, habló por WhatsApp con Marian, preguntándole sobre su rutina, y le contó sobre su salida.

Marian la sometió al tercer grado, y ella le mintió explicándole que apenas había estado, le extrañó que no insistiera. No tenía ánimos de conversar por lo que se despidieron. A las seis de la tarde, su abuela le tocó la puerta.

—Sophie, es hora de irnos.

Estiró el cuerpo para levantarse a por su chaqueta; se calzó las converse, se hizo una coleta, cogió su bandolera y subieron al coche. Durante media hora, su abuelo le habló sobre un caso que estaba atrayendo la atención de los medios, le explicaba lo que podía pasar y la forma como estaban llevando el tema. Se detuvieron entrando a un aparcamiento, se giró y se quedó sin habla.

—¿Qué se supone que es esto?

—Una academia de baile—respondió Ángeles.

—¿Una qué? —preguntó la joven sorprendida.

—Corrijo a tu abuela, es una asociación de baile —indicó Eduardo quitando la llave del contacto.

—Pe... pero... —Ángeles la interrumpió.

—Soñaba con dar clases de baile y lo logré. Enseño flamenco. —Sophia no salía de su asombro y se bajó para no despreciarlos.

—¿Y qué pinto yo aquí?

—Tú misma lo descubrirás —añadió su abuelo, mientras la llevaba con cariño al interior del lugar.

El sitio tenía un nombre de lo más simple: Un paso de baile.

Según le fue explicando, pertenecían a una asociación de varias personas que amaban el baile y que ayudaban a otros a cumplir su sueño o a compaginarlo con las múltiples ocupaciones que tuviesen. Tenía varias habitaciones que habían convertido en aulas y la luminosidad que daban los hacía ver más amplios. Caminaba detrás de ellos observando el lugar mientras saludaban a la recepcionista, que sacó la cabeza para conocerla. Por un rato hablaron de todo y nada y luego siguieron hasta el final del pasillo.

—¿Vienes? —preguntó su abuelo.

—No, me quedaré aquí en la recepción.

No insistieron, dejarían que la curiosidad apareciera y así ella descubriera el lugar, tal vez las ganas de volver a lo que le apasionaba lograrían que se aferrara a la vida.

Sophia no entendía por qué Chloe pensaba que el estar ahí la iba ayudar, si todo le recordaba a la gimnasia rítmica. Se enfurruñó sintiéndose engañada, sacó su iPad y lo encendió, su visita a Florida sería más corta de lo que había

pensado. Durante una hora y media esperó a que salieran sus abuelos, una vez que lo hicieron percibió lo felices que estaban y con una flamante sonrisa la invitaron a comer un helado que aceptó por no despreciarlo, a la vez que se prometía pensar en alguna idea para no volver a pisar esa asociación.

Los siguientes días inventó un sinfín de excusas para no acompañarlos, tampoco insistieron, creían que necesitaba tiempo y se aferraron a ello.

Sophia comenzó con una rutina diaria: por la mañana intentaba caminar un poco más, pero no avanzaba lo que quería, por la tarde leía un rato o hablaba con Marian y eso, poco a poco, la estaba absorbiendo, encerrándola en un círculo que no era bueno, por lo que el lunes aceptó de nuevo volver a U.P.B. solo para ver otras caras.

Saludaron a la recepcionista llamada Elena y se sentó de nuevo a esperar a sus abuelos, esta vez con su iPad y unos folletos que explicaban los requisitos para volver a la universidad. Sin embargo, la curiosidad, al ver el ir y venir de chicos, personas mayores, padres con niños, nació.

Agarró un folleto que había en la entrada y observó que daban clases de *ballet* y tango entre otros géneros, por lo que decidió dar una vuelta. Vio a sus abuelos dar palmadas y vueltas, sacándole una sonrisa genuina; siguió indagando en la siguiente puerta, una pareja bailaba salsa y en otra sala vio a unas niñas hacer un *fouette*^[10], recordando su niñez cuando tomaba clases, sonrió nostálgica y se alejó con rapidez antes de que los recuerdos la hicieran sentir vulnerable.

Se acercó a la siguiente aula y reconoció al instante la voz ronca de un hombre que. Le sorprendió, se fijó en que era un grupo de adolescentes y jóvenes respirando con dificultad junto a ese chico que había conocido la semana anterior.

??

Blake se acercó al centro del salón y dio un pequeño ejemplo de lo que debían hacer, mezclando pasos de electro junto a hip-hop, movió los hombros, giró el tronco giró y terminó con otro paso de electro.

—Pregunto: ¿es difícil? —dijo Blake mirando a todos los presentes, era la quinta vez que hacían el mismo paso.

—¡No, Blake! —contestaron al unísono.

Pidió que reiniciaran la música, dejando que todos volvieran a su puesto, e iniciaron la rutina y, de nuevo, volvieron a equivocarse, con un movimiento de la mano indicó que cortasen la música.

—¡Jenny! Baja de esa maldita nube.

—¿De arcoíris? —indicó la chica con burla.

—¡Jenny! —gritó enfadado por su insolencia.

La chica, en vez de asustarse, se acercó a él, le pidió al chico que pusiera la melodía de nuevo y ejecutó sin error los pasos que le exigía, se giró e hizo una reverencia al resto, que evitó reír.

—Por burlarte te vas al rincón—le ordenó—. Has terminado de ensayar.

—¡Blake! —rogó la joven.

—¡Jenny! —dijo con voz infantil, logrando que Sophia riese en alto, tapándose la boca al creer que había sido descubierta.

Por el rabillo del ojo, Blake vio la silueta de una persona y se giró para ver de quién se trataba. Sophia se apartó del cristal, caminando con rapidez hasta la entrada de la asociación, preocupada por que la reconociera. Imaginó que, al terminar la clase, se tropezarían y eso no podía pasar, ¿cómo explicaría a sus abuelos que lo conocía? Además, él la había insultado. Chasqueó la lengua pensando en las casualidades y se dejó de tonterías, si llegase a salir al mismo tiempo que sus abuelos, lo ignoraría.

Los minutos se hicieron eternos logrando que recordara la noche que habían tropezado, sus ojos, su voz, su barba de varios días y su pelo despeinado, aunque esta vez iba vestido diferente. Era difícil ignorar sus bíceps marcados y ese tatuaje que tenía en uno de los brazos, como una especie de reloj de lo más llamativo. Lo que le sorprendió fue su forma de ejecutar los pasos; eran limpios y perfectos. No podía creer que tuviera ese dominio en el baile. Escuchó abrir las puertas y los primeros jóvenes salieron. Sophia fue lo suficientemente valiente como para enfrentarse a la situación y corrió a la entrada enviándole un mensaje por móvil a su abuela y diciéndole que la esperaba en la pizzería que estaba en frente.

??

Blake llevaba una semana confundiendo a todas las chicas de pelo castaño con las que se tropezaba con Sophia y, esta vez, juraría que esa persona que había estado observándolo era ella. Seguía sin olvidar esa noche donde la había conocido, la sensación de bienestar que experimentó no la había vuelto a tener, se sentía incómodo y su humor iba a peor. Se dejó de pensar en sandeces, su mal humor se debía al exceso de trabajo.

Sentía una enorme curiosidad por saber quién estaba detrás de la puerta riéndole la broma a su hermana. Prosiguió con la clase sin la misma concentración que antes, en parte con ganas de sentar a Jenny y hablar con ella; si seguía con esa actitud terminaría sublevando a media clase y ya tenía suficiente con la menor de las Clifford. Agradecía que ese día no hubiera aparecido, no es que fuera la alumna más aventajada. Daba gracias a Dios por que iba cuando le venía en gana, pero tener a su hermana y a esa chica en el mismo salón de baile era de locos.

Debía ser duro y estricto, su cometido era ayudarlos a cumplir el sueño que a la gran mayoría se les fue truncando, y para eso debían trabajar, demostrar que tenían la misma oportunidad que otros, la de sentirse

importantes por cinco minutos.

Les indicó una vez más los pasos, así como dónde era el giro y, a pesar de intentarlo, ni él ni sus alumnos estaban concentrados. Decidió dar por terminada la clase exigiéndoles que, en la siguiente, debían tener memorizado el primer minuto de la canción. La mayoría se despidió, él se sentó en unos bancos que estaban a un lado, sacando de su bolso una pequeña toalla para secarse. Jenny creyó que estaba distraído y no notaría que se escabullía, siempre olvidaba el pequeño detalle del sentido peliagudo que Blake había ganado con su profesión.

—Te pillaré en casa de mamá —le dijo su hermano sin mirarla.

—¡Blake! —dijo frustrada, la ignoró, terminó de secarse el rostro y la miró.

—Sabes que he vuelto por ti, hace tiempo que no tengo que venir a cumplir las horas y solo me saboteas día sí y día también —aclaró pegando la cabeza a la pared, cansado. Ese lunes había sido bastante estresante—. Cómo vuelvas a sabotearme la clase, te expulsaré —advirtió a su hermana, recordándole cuán importante eran.

—No lo harás, mamá se enfadaría —replicó su hermana. Blake rio negando con la cabeza, se levantó estirando un poco su cuerpo y cogiendo su bolso deportivo.

—No será la primera mujer que lo haga en estos días. —La señaló por última vez con el dedo, tratando de tener una voz autoritaria—. No me provoques, deja de sabotearme la clase, sabes que es importante y que me hagas quedar como un pringado me hace perder autoridad —le pidió como última medida.

—Si me dejas llevar la clase que viene—le rogó Jenny.

—¡No! —indicó su hermano con rotundidad—. Eso te lo tienes que

ganar y dudo que suceda con la actitud que tienes.

Jenny se enfadó y salió del salón de baile dando un portazo, él ignoró su comportamiento, apagó la luz, abrió la puerta y salió del aula. Saludó a Ángeles y a Eduardo con un gesto de la cabeza y siguió hasta el coche.

El día había terminado, o eso creyó hasta que encendió el móvil y vio los mensajes por WhatsApp de Chloe Clifford. Con frustración lanzó a la parte de atrás el bolso. Jenny, en silencio, entró al coche, se puso el cinturón de seguridad y al ver que su hermano no le hacía menor caso, mantuvo su actitud. Blake no quería discutir, estaba preocupado por lo que maquinaba la mente de esa arpía de Chloe Clifford. Encendió el coche y salieron del lugar.

—Llevas quince minutos sin decirme nada —dijo Jenny, esperando con ansias el reproche de su hermano.

—Estoy cansado, Jenny —respondió—, tengo que dejarte en casa de mamá, correr a casa y tal vez me toque trabajar.

—¿Trabajar?

—Estamos terminando de revisar las pesquisas del caso y me piden el informe.

—Y yo creía que con ese cargo no trabajarías como un esclavo. —Blake sonrió y siguió conduciendo.

—Todas las profesiones tienen sus pros y sus contras, la diferencia es la pasión que tengas.

—Ahora entiendo por qué eres tan despiadado en U.P.B. —Rio ante el comentario irónico de Jenny. Con el baile soltaba todas las frustraciones del día, era su vía de escape y lo único que le daba ganas de seguir luchando. Llegaron a casa de su madre y ahí volvió a mirar con seriedad a su hermana.

—Jenny...

—¡Ya sé lo que vas a decirme! —respondió interrumpiéndolo—. Pero lo intento, intento callarme y no darles mi opinión a los profesores, aunque si ellos la piden...

—Discutir sobre plagiarismo^[11] y decir que es una mierda sin sentido y hacer una prueba de ello, no te garantiza pasar la materia.

—No he dicho ninguna mentira, no lo volveré a ver en la carrera, ni a mis pacientes en las terapias les diré: «si cuenta en un resumen su vida, podré hacer un informe de placebo». —Blake sonrió de nuevo y se frotó la nuca.

—Mejora las notas y muérdete la lengua la próxima vez o te quitarán la beca, es tu primer año, cariño.

—¡Vale! —Sonrió de lado, le dio un abrazo, un beso en la mejilla y se alejó con el ceño fruncido—. Si de verdad tienes que volver al trabajo es mejor que te duches, ¡apestas! —El aludido volvió a reír.

—¡Lárgate de mi coche!

Jenny se bajó mostrándole el dedo de corazón y entró a su casa. Blake sonrió de nuevo, encendió el coche rumbo a su casa y pensando cómo torear a Chloe Clifford nuevamente.



La necesidad de volver a U.P.B. creció, no entendía por qué, quería ignorarla y antes de rendirse a descubrirlo optó pedirle a su abuelo que la dejase en el centro comercial. Comenzaba a sentirse incómoda por esa dependencia que mantenía con el resto, aún no estaba preparada para subirse a un coche y conducir. Eso le frustraba, sin embargo, su miedo era mayor.

Compró alguna que otra chaqueta, miró escaparates con modelitos veraniegos que deseó compra, pero cuando se armaba de valor para hacerlo, recordaba sus cicatrices y se alejaba llena de vergüenza por su cuerpo. Se sentó a comerse un helado y meditó que eso de tener un año sabático no era bueno, su mente jugaba con los recuerdos de los momentos felices con Kenneth a la vez que le daba a entender que era muy difícil tener que aprender a convivir con su ausencia. Su vida siempre había estado planificada y no sabía por dónde comenzar.

Sintió una opresión en el pecho y tuvo miedo al darse cuenta de que estaba a la deriva, desde pequeña se había enfocado en unas metas concretas y ahora estaba en un punto que la empujaba de nuevo al abismo y no era bueno. Sacó su móvil y llamó de inmediato a Marian, necesitaba contarle a alguien ese miedo que se creaba en su mente.

La larga conversación le hizo ver que debía dar otro paso. La vida tenía constantes oportunidades para volver a empezar. A Marian se le ocurrió que debía ir a Florida antes de que Sophia buscara un pretexto para retraerse de nuevo; tenía el presentimiento que no le contaba toda la verdad. La competición de los Cuatros Continentes había sido un éxito, tenía en su

medallero otra hermosa distinción de plata y una semana de vacaciones no le vendría mal; al final, no recordaba cuándo había sido la última vez que había desconectado del todo.

—Estás loca si piensas en volver justo cuando pensaba visitarte —señaló Marian desde el otro lado de la línea.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Esta noche, pero, como siempre te adelantas, me parece que, como tu mejor amiga, debo asegurarme de que no te has encerrado de nuevo entre cuatro paredes. Incluso tengo la sospecha que ni siquiera has ido a South Beach y mucho menos has puesto tu cuerpo a tostarse en Lummus Park Beach.

—¡Eso es un parque! —exclamó Sophia riéndose.

—¡¿Y qué?! La gente va allí con un solo propósito, buscar algún que otro cuerpo musculoso con el que verías las estrellas... —enfaticó— ¡Eso tiene que estar en tus prioridades! —Sophia no pudo contenerse y rio a carcajadas logrando que Marían alejara el móvil de su oreja—. Me parece que cortaré la llamada para comprar los billetes para este mismo viernes.

—¿Hablas en serio? —señaló asombrada la joven.

—Tengo una semana y media libre, un buen pretexto para escaparme de Sherry o terminaré matándola —confesó Marian—. No para de gruñir y decirme que no pongo empeño, y eso que tengo colgada la medalla de plata. ¿Has visto mi rutina? Inna no se merece el oro, sus hombros no estaban simétricos y apoyó el talón cuando hacía un *releve*^[12].

Resopló dando a entender que estaba cansada de las quejas de su entrenadora, Sophia volvió a reír, la conocía y lo más probable que eso no fuera del todo cierto.

—Si volvieras tendría un buen estímulo para ganar el campeonato.

—Te he dicho que no volveré.

—¡Y no quiero que vuelvas! —añadió Marian con dramatismo—. Ya siento la medalla de oro del Campeonato Mundial puesta en mi pecho —dijo con la ironía que la caracterizaba.

—¡Ya apareció Marian Grant la engreída! —respondió Sophia.

—Ya volvemos a las indirectas —le dijo Marian empujándola a que lo soltara—. Di lo que piensas de verdad, ¡que soy una capulla!

Volvieron a reír y se despidieron, no sin antes recordar que enviaría la hora de su vuelo en cuanto hiciera la reserva. Tenerla unos días revoloteando a su alrededor sería un soplo de aire fresco a la rutina, a pesar de que la odiaría a la semana por ser un incordio. Respiró hondo y se encaminó a la salida a la espera de sus abuelos.

El viernes al mediodía miraba el reloj, esperando que por las salidas de pasajeros del aeropuerto apareciera Marian. Lo hizo con un enorme sombrero y grandes gafas de sol junto a cuatro maletas.

—Estoy convencida de que no pasarás desapercibida —soltó con burla la exgimnasta.

—¡Estoy de vacaciones!

—Menos mal que no te has liado con ningún famoso.

—Sabes que tengo un objetivo.

—Entonces te has equivocado de lugar. —Ambas chicas sonrieron.

—He venido a tostarme y ver qué rayos sucede en esta ciudad que siempre se ha considerado divertida y agradable, pero al parecer para ti no es suficiente. —Sophia quiso explicarse y Marian no la dejó—. Si veo que no te viene bien, seré la primera en pedirte que vuelvas.

—Espero escuchar esas palabras dentro de una hora.

—Me morderé la lengua a lo que me gustaría contestar, ya que veo venir a tus abuelos y no quiero que me echen cuando apenas llevo treinta minutos en tierra. —Marian sonrió en cuanto se acercaron y halagó a la mujer por lo joven que se veía.

Ángeles y Eduardo se despidieron en cuanto aparcaron el coche frente a la casa de los Baute, tenían que ir a U.P.B. para una reunión. Marian, que no sabía de qué hablaban, se limitó a sonreír y en cuanto vio el coche alejarse, se giró a su amiga esperando que le diese más detalles. La joven trató de no darle importancia, pero no surtió efecto, por lo que tuvo que contarle a Marian qué era U.P.B.

La explicación de su amiga no era convincente, siempre había visto que sus rutinas llevaban pasos latinos, sabía que era un tributo a sus orígenes, sabía que le apasionaba bailar y no quería suponer que por Kenneth tampoco volvería a hacerlo. Sophia no podía contarle que llevaba días luchando con el gusanillo de volver a espiar a Blake, era difícil confesarle el terror que sintió el día que se encontró recordando cómo se dirigía a sus alumnos y sus movimientos al deslizarse en el parqué del salón a la vez que sus bíceps se marcaban por culpa de la camiseta sin mangas que llevaba y ese tatuaje que la llenaba de curiosidad, pero Marian era tan perspicaz que, por mucho que se fuera por las ramas, se daría cuenta.

—Desembucha.

—No soy un pájaro.

—Hace días me llamaste llena de dudas y miedos —señaló Marian—. Hace una semana me hablaste de una salida y no me creí eso de que fuiste un rato, por favor, ¿quién se pone un vestido sexy para estar diez minutos?

—¡Eres insoportable!

Marian se acomodó en el sillón cruzando los brazos y fijó los ojos en

ella. Sophia se tapó la cara, resignada, contándole cada detalle de esa noche junto al casual encuentro. Su amiga se quedó ojiplática escuchando con detalle todo, se levantó del sillón y subió las escaleras hasta llegar a la habitación, abrió el armario arrimando las perchas de un lado al otro.

—Por algo intuí que tenías que traer traer un par de ellos —dijo Marian, más para ella que para su amiga.

—¿De qué hablas?

—Vamos a Bongo's —respondió Marian decidida.

—No.

—¡Sí! —respondió la gimnasta decidida—. Y no porque creas que quiero que te enrolles con él, si no te interesa ese bombón, me lo comeré yo. —Cayó en el juego sin darse cuenta de ello.

La empujó y sacó un pantalón pitillo tobillero junto a una blusa. En cuanto Marian lo vio, negó con la cabeza, esta vez fue ella quien la empujó como venganza, observó con el dedo tamborileando su mandíbula y sacó un peto corto con mangas tres cuartos de color negro.

—No me pondré eso —le aseguró Sophia.

—No irás con otra rebequita como las chicas buenas, que no lo eres y lo sabemos muy bien.

—Pero... —Marian la interrumpió.

—Es un peto muy bonito y te ayuda a disimular.

Aparte de bonito era sugerente gracias al escote de la parte de atrás y no tenía ninguna intención de ir vestida de esa manera. Por otro lado, ponerse una rebeca junto a la ropa que había escogido era su día a día, lo aceptó de mala gana mirándola con desprecio. Marian la ignoró entusiasmada en saber qué pasaría.

—Por esta vez ganas.

—Siempre gano y lo sabes —respondió su amiga sonriendo de lado.

—¿Quién tiene el título de campeona mundial de gimnasia rítmica? — chinchó Sophia para hacerla rabiar, debía devolvérsela por engreída.

—Tenías —advirtió su amiga con una ceja levantada—. Por cierto, deberías pensar en anunciar que no volverás.

—Lo haré, me sentaré y escribiré la carta.

—No te veo muy por la labor.

Sophia cerró los ojos y Marian se maldijo, arrepintiéndose, la rítmica era un tema peliagudo de tratar, sabía que aún sentía ese cosquilleo cuando pisaba el tapiz, pero también le recordaba el accidente y no era el momento para ello. Pensó con rapidez antes de que se arrepintiera de lo que estaban a punto de hacer.

—Por ahora no importa, hoy nos vamos a divertir, para eso estoy aquí.

Por mucho que fuese uno de los pasos más difíciles que debía dar, era lo más conveniente. Sophia sintió vergüenza, llevaba un mes y quince días en Florida y no había hablado con Mollie. Se merecía conocer su decisión antes que se difundiera el rumor y llegase a sus oídos. Miró a Marian, que hablaba de cómo llevar el pelo y de ver qué zapatos le combinaban mejor, los nervios se apoderaron de su cuerpo y se negó a creer que era por esa salida en la que podía encontrarse de nuevo con Blake. Se recriminó por pensar en un hombre que de seguro ni se acordaba de ella.

—¿Quién entra primero al baño? —preguntó antes de que su amiga se diera cuenta y le reprochara por su actitud de cobarde.

—Por supuesto que yo —dijo la gimnasta—, ¡odio el agua fría! —Sophia sonrió y con la mano le indicó que fuese.

??

Esa noche Blake había llegado a una conclusión, las mujeres tenían un poder de persuasión increíble. Chloe esa mañana había aparecido con café para todos, y esa amabilidad y cordialidad venían acompañadas de un compromiso del que no pudo escaparse: una cena con Frank Clifford; le prometió que solo hablarían de trabajo, de lo que deseaban hacer en un futuro en el departamento en el que trabajaba.

No había mentido en eso y, sin darse cuenta, aceptó ir a Bongo's con ese grupo de insoportables. Chloe supo jugar bien sus cartas, después de concretar ideas le sugirió ir a divertirse un poco como jóvenes que eran en presencia de Frank Clifford, no pudo negarse y se maldijo por haber caído en las redes de esa mujer.

Había aprendido a tener paciencia después de vivir situaciones difíciles, pero Chloe comenzaba a sobrepasar su límite y a eso le añadía los dos pies izquierdos que tenía. Los pisotones que le daban con esos puntiagudos tacones le obligaban a recordar a todos sus muertos y ella se hacía la que no se daba cuenta, ya que así mantenía su juego de insinuación.

No era de hierro, por mucho que fuera increíblemente insoportable, era una mujer muy guapa y le costaba horrores evadir tanto contoneo y rozamiento. Honestamente deseaba que se agotara y, a su parecer, decidió ese día ingerir algún estimulante. Desechó esa idea de inmediato, se prometió no volver a juzgar a ninguna mujer como lo hizo con Sophia.

«Sophia», se dijo para sí. Dos semanas habían pasado desde que la había conocido y no lograba olvidarla, daría el sueldo de un mes por encontrarse de nuevo con ella, aunque fuera un segundo y si le preguntaban por qué, no sabría qué responder. No era atracción sexual, más bien era curiosidad por saber de dónde había salido y qué relación mantenía con Chloe, que seguía

pisoteándolo, por lo que decidió invitarla a otra copa, rogando que así lo dejara libre, y esta vez aceptó.

Momento perfecto para escabullirse, pero la muy listilla lo llevó a su terreno junto a sus insoportables amigos, obligándolo a entrar en una conversación tan superficial como ellos. Treinta minutos después pudo alejarse con la excusa de fumarse un cigarrillo.

Dios sabía que no lo haría, había dejado de hacerlo, pero la necesidad de mentir era primordial o terminaría por partirle la cara a Robert, un maldito degenerado gilipollas que se creía todopoderoso. Y cuando iba a la salida, la vio entrar. Parpadeó varias veces sin creerlo y pensando que alguien allá arriba se había tomado en serio su oferta. Sophia iba con una rubia igual a Chloe y Blake se preguntó si la joven era amiga de todas las rubias de Florida.

Miles de respuestas pasaron al olvido al denotar su rostro nervioso, parecía perdida y aterrada, «¿qué demonios pasa ahora?», volvió a preguntarse. Se pasó la mano por la cabeza, quería ir hasta ella, pero no era el mejor día para hacerlo.

No quería dramas y, como si a su mente le gustara torturarlo, le vinieron al instante las imágenes de los pocos minutos que pasaron juntos. Esa sensación que sintió a su lado, ese silencio que juntos compartieron, era la primera vez que disfrutaba del silencio acompañado por alguien que le dio la sensación de que también lo buscaba. Se maldijo por lo bajo por querer experimentarlo de nuevo.

Una vez más la vio desde lejos arreglándose el pelo y abrazándose a sí misma. De repente sintió celos al pensar que otros pudieran acercarse y terminar la noche a su lado, por lo que fue hasta allí movido por sus impulsos. Se sentó un poco alejado, pidió una cerveza recordando que no era

igual que las chicas con las que solía tener sexo esporádico y, de inmediato, se arrepintió por dejarse llevar.

Las observó de reojo, cerciorándose de a qué venía cada una. La rubia lo supo al segundo, en cambio, la chica de ojos almendrados se mantenía sin mostrar un destello de lo que deseaba y comenzaba a intrigarle. Bebió un poco del botellín apreciando su perfil. Era bonita e iba acompañada de esa aura de inocencia que la delataba a kilómetros, siendo la presa perfecta para cualquier depredador. Los celos volvieron a invadirlo, aunque concluyó que no era ese sentimiento, simplemente su maldito espíritu de superhéroe que aparecía para que estuviera atento por si necesitaba ser rescatada. Sonrió lascivo, era absurdo que estuviera espiándola y que encontrara alguna justificación a sus pensamientos, lo peor era que no quería irse.

Sophia se movió, por lo que la rubia la tapó y Blake se maldijo por estar haciendo el papel del idiota.

??

A Sophia la intuición le indicaba que había sido una mala idea en cuanto pisó el lugar, se decía una y otra vez que no tenía que estar ahí y la conciencia le señalaba que estaba traicionando la memoria de Kenneth. Era desagradable lo que vivía en su interior, se enfrentaba a ese deseo naciente por volver a encontrarse con ese hombre de mirada azulada y pelo desliñado junto al remordimiento de conciencia.

Se detuvo unos segundos y, una vez más, Marian ignoró lo que pudiese sentir, la sujetó del brazo y la llevó consigo, obligándola a caminar hasta la barra. El bárman le dio la bienvenida con un guiño de ojo y les preguntó qué querían. Marian, con una sonrisa, pidió por las dos y se giró a ella.

—Quiero pensar que ese mal humor se debe a que no estás acostumbrada a salir tan seguido.

—¡Mira quién habla! —repuso Sophia.

—¡*Touché!* —Había perdido ese *round*, pero no la batalla ni el propósito por el que había ido hasta allí—. Tampoco es que sea la reina de la noche, lo que sí sé es que, de vez en cuando, hay que desinhibirse.

—Escogiste mala compañía —respondió la joven manteniendo su mirada en las diferentes botellas de licor que tenía al frente.

—Hemos venido a disfrutar, a conocer el ambiente de Miami, a ligar y... —Se giró apoyando los codos en la barra, no iba a dar más explicaciones. Sophia quería encontrar alguna excusa para irse y no le daría el gusto, por lo que se dedicó a ver el ambiente.

Marian supuso que era su noche y que conocería a algún chico con el que pudiera enrollarse, se lo merecía como premio, llevaba mucho tiempo sin un buen polvo. Ladeó la cabeza y se encontró con un chico que las miraba, sonrió pensando que la suerte estaba de su parte y miró de nuevo al frente. El bárman se acercó con las bebidas y ella se giró para coger la suya observando de reojo. Su instinto se activó, se movió con disimulo bebiendo un poco de mojito y, sin perder tiempo, llamó la atención de Sophia con un codazo sin mala intención, estaba segura de que había llegado otro paso que debía dar.

El paso definitivo de Sophia era el de abrirse a futuras relaciones, no con ello olvidaría a Kenneth, él había sido parte de su vida, pero vivir recordándolo la haría infeliz.

—Hay un guaperas a mi izquierda que no deja de mirarme.

La joven abrió los ojos sorprendida, apenas llevaban diez minutos en el lugar y Marian ya había ligado. Dio un paso hacia atrás muerta de curiosidad, bebió un poco de su copa y al ver quién era, tosió con fuerza, dándose varios golpecitos en el pecho. De todas las mujeres que había en el club tenía que fijarse en su amiga, aunque eso era lo de menos, él estaba allí, a pocos

metros. Se había convencido de que no lo volvería a ver y no era así.

Marian frunció el ceño por su actitud exagerada, miró al uno y a la otra y ató cabos.

—¡Esto es increíble! —exclamó la gimnasta, bebiendo de su copa un buen sorbo y con la sonrisa bailando en sus labios.

—No se dé qué hablas —respondió Sophia con cierto carraspeo, tratando de respirar con normalidad.

—¿Ah, no? —La gimnasta dejó su bebida en la barra. La miró con aires perversos y se giró para ir a comprobar su teoría.

—¡Marian! —siseó Sophia, que se giró a la barra maldiciéndola y a la vez smaldecía sí misma por no disimular su reacción.

Blake hablaba con el bárman que había atendido a las jóvenes, convenciéndole para que les sacara información hasta que le tocaron el hombro.

—Hola, soy Marian Grant, tú y mi amiga tenéis una cuenta pendiente.

Se quedó en blanco, su mente divagó qué diablos responderle. No iba a ponérselo tan fácil ni a la mujer que estaba de mensajera ni a Sophia, que se había quedado en la barra como una cobarde.

—Lo siento, no la recuerdo —mintió con descaro. Marian sonrió de lado.

—No seas imbécil, si quieres ganar puntos lo haces mal. —Blake no pudo disimular la sonrisa.

—¿Siempre eres así?

—Suelen decirlo —contestó sin reparos y a Blake comenzaba a hacerle gracia la situación, por lo que decidió seguir el juego.

—En todo caso, si ella piensa que nos conocemos no le quitaré la razón a pesar de no recordarla.

—¿Qué pasa? ¿El papel de gilipollas lo ganaste en algún premio gordo?

Blake soltó una carcajada, la rubia no iba con medias tintas. Marian alzó una ceja, no le iban esos juegos y, sorprendiéndolo, le cogió del brazo y lo entrecruzó con el de ella, obligándolo a levantarse y seguirla. Lo que un principio era un juego inocente cambió de forma brusca.

—Sophia este es... —Marian se giró preguntando el nombre.

—Blake —dijo él, alzándose de hombros a sabiendas que ya debía seguir adelante.

—¡Blake! —repitió Marian. La situación era bastante violenta como para hacer creer que no se conocían, la música cambió y la gimnasta tuvo una idea, aliviar esa tensión entre ellos. Chasqueó los dedos llamando la atención de ambos.

—¡La mejor forma de limar rencillas! ¡La tenéis a un paso!

—¡Marian! —dijo con un hilo de voz su amiga. Se había vuelto loca y no podía deshacer ese entuerto en la que estaba metiéndola. Entrecruzó los brazos de ambos, empujándolos a que entrasen al barullo de gente y se soltaran a bailar.

Sophia se giró maldiciéndola y Blake sonrió ante ese eventual cambio. No le importaba bailar con ella, solo esperaba que no tuviese dos pies izquierdos, había tenido suficiente esa noche.

—¿Crees qué si la complacemos nos dejará en paz?

—¡No! —respondió con rotundidad la joven—. No pienso bailar contigo.

—No soy tan malo bailando, hace mucho que no le piso los pies a nadie —bromeó el joven. Sophia se mordió la lengua para evitar decirle que lo sabía de sobra.

—No me interesa bailar —le indicó Sophia, tratando de mantener la

distancia.

Blake no la creyó, la cogió de la mano, sorprendiéndola, y cuando menos se lo esperaba, estaba a la merced de ese hombre. Con un movimiento la giró, quedando su espalda apoyada en el pecho de él. Le sujetó las muñecas, obligándola a que subiera los brazos y, con sutilidad, bajó las manos hasta su cintura dibujando la silueta de la joven, sintiendo Sophia una corriente por todo su cuerpo. Hizo que girase de nuevo, bajando la mano hasta su espalda y apoyándola en el centro, notando la suavidad de su piel. Con previos pasos la invitó a seguirlo, obligándose a centrarse en ello y no en lo que su mente se estaba imaginando.

Sin pensarlo lo siguió, porque en el fondo lo deseaba. Le sujetó las manos de nuevo, cruzándolas por encima de su cabeza, manteniendo el ritmo. La seguridad y confianza que le aportaba lograron acelerarle el corazón. Cada movimiento ejercía en ella un poder de atracción único que, por primera vez en mucho tiempo, la llenó de libertad. De nuevo apoyaba la espalda en su pecho, guiándolo con movimientos sincronizados. Cadera con cadera, movimientos que llegaron a ser sugerentes para ambos y que comenzaban a hacer mella en sus mentes y cuerpos. Las manos de Blake viajaron hasta su cintura y, al hacerla girar, quedaron de frente observándose unos segundos.

Sophia tuvo la misma sensación que tenía al entrar al tapiz de gimnasia, una que llevaba tiempo reprimiendo. Blake procuraba no decir nada, cada paso que había dado era insinuante, logrando que perdiera la atención por culpa de los movimientos de cadera, lo seducían de forma inocente y lo trastocaban.

Dio unos giros más, intentando comprender por qué se sentía así hasta que sus pechos chocaron, agitados. La noche que se conocieron se quedó con la imagen de su rostro precioso, ese día disfrutó de admirarlo en condiciones. Sus ojos almendrados lo habían perseguido durante días en sueños, en aquel

momento podía recrearse y perderse en ese color, siendo más bonitos de lo que pensaba. Bajó la mirada hasta su boca imaginando besar esos labios apetecibles y se dio cuenta que sus manos la sujetaban con fuerza.

Sophia cortó todo contacto que mantenían, se pasó la lengua por los labios y, sin decir nada, se giró alejándose con rapidez, confundida a lo que había sentido. Ese aire de “yo soy el guaperas” la atraía como una polilla a la luz, nunca le había sucedido, ni siquiera cuando las hormonas se revolucionaron en su adolescencia. El deseo de que la besara nació, y al mirarlo a los ojos intuyó que él deseaba lo mismo.

Su conciencia reapareció con mayor fuerza, diciéndole que era lo peor que podía desear, se reprochó por ser egoísta y culpó a Marian y su insistencia. Tenía que irse y no volver nunca, le daba igual si su amiga se quedaba o no.

Blake quiso seguirla y hablar, disculparse por su actitud la primera vez y, si era posible, pedirle una cita. No quería que se le escapara de nuevo, sin embargo, no lo hizo, no entendía qué le impedía hacerlo. Se llevó una mano a la cabeza pensando y cuando decidió que perdía el tiempo y debía seguirla, escuchó su nombre.

—¡Blake! Al fin te encuentro —gritó Chloe—. Esta canción quería bailarla contigo.

No le apetecía seguir soportando a esa mujer, esa noche solo quería estar con la chica que acababa de irse, no obstante, despreciar a Chloe sin tener una gran excusa era difícil, aún más cuando observó los ojos chispeantes que aseguraban las copas de más. Una bachata se dio paso en todo el club.

—¿Qué te parece esta? —indicó para complacerla y escaquearse lo más rápido posible.

Chloe lo observó nervioso, sus intenciones no cambiarían. Ya tendría

tiempo para llamar a Sophia y preguntarle qué hacía allí o a él directamente después de cumplir sus deseos, y solo era uno. Se había prometido que follaría con él fuera como fuese esa noche.

—Si me haces disfrutar... —respondió con insinuación.

—Te enseñaré cómo se baila —dijo tajante, a sabiendas de a qué se refería.

Llamaría a la persona que se estaba convirtiendo en su tabla de salvación para que lo sacara de este apuro. Chloe se acercó con la esperanza de que la tocara y Blake la hizo girar sobre sí misma, evitando contacto alguno. Se sentía frustrado, sumamente frustrado por haber dejado escapar de nuevo a la chica de ojos almendrados.

8



Marian la siguió en cuanto la vio salir corriendo, maldijo esa lealtad por alguien que ya no estaba en este mundo y se arrepintió enseguida por ser tan cruel. Quería entenderla, ¡vaya si deseaba hacerlo! Sin embargo, lo que acababa de ver no lo había visto entre Sophia y Kenneth.

—¡Sophia! —gritó para que se detuviera—. ¡Maldita cabezota! —gruñó para que se girara y le recriminara, tampoco lo hizo. Se quitó los tacones de vértigo y corrió hasta alcanzarla para sujetarla por un brazo. Sophia la miró con rabia.

—¡Suéltame! Eres tú la que quería venir y follar con el primer hombre que se te atravesara.

Marian la soltó sorprendida, sin gustarle nada esas palabras tan directas y ofensivas hacia ella, respiró profundo para no mandarla a tomar por vientos.

—Creo recordar que hemos discutido que la malhablada soy yo.

—No recuerdo haberlo hecho, siempre he hecho lo que has querido. ¡Y estoy harta! —gritó Sophia enfadada. No con Marian, sino con ella misma por no entender esas emociones que bullían dentro de sí. La observó debatiéndose entre callar o no. No podía. Si lo hacía volvería a entrar a su zona de confort, en ese punto muerto que no le traía nada bueno y en el que había trabajado mucho para que volviera al mundo.

—¡Deja de esconderte en ese maldito miedo de una vez! —espetó la

gimnasta. Sophia la miró por dos segundos, se giró dando unos pasos y levantó la mano para detener un taxi—. ¡Sophia! —exclamó Marian.

Siguió ignorándola, dolida porque no comprendiera cómo se sentía, porque la empujara a estar en esa tesitura. Se mordió el labio fijando su mirada en la carretera, levantó la mano en cuanto vio acercarse un taxi y, a pesar de querer odiar a su amiga con todas sus fuerzas, le dio la razón. Abrió la puerta, cerró los ojos y, sin verle a la cara, se dirigió a ella.

—¿Vienes o volverás a Bongo's a liarte con el primer guaperas como te sugerí?

—¡Ahora resulta que es una sugerencia! —ironizó Marian—. Estoy por creer que hemos intercambiado los papeles y no, no me quedaré, he venido contigo. Aunque creas que soy una hija de perra, soy leal como lo eres tú con Kenneth. —Sophia sintió una punzada en su corazón, ladeó el rostro y la miró con rencor, eso no era justo por su parte.

Marian rodeó el taxi y entró por el lado contrario, también se sentía culpable. Comenzaba a hacerse un lío, sin embargo, mantenía la idea que tenía que sacarla de ese caparazón. Finalmente, Sophia indicó al taxista dónde debía ir.

—Hoy has dado un paso importante y tendrás tiempo para reflexionar —afirmó la gimnasta al cabo de unos segundos. Suspiró profundo y, sin mirar a la joven, prosiguió—. Necesito dar mi opinión o moriré por ello. ¿Ese es el chico del que me habías hablado? No es por nada, pero está muy bueno y, por favor, baila como los dioses. Y voy más allá... —Marian sabía que entraba en terreno pantanoso, quizá le gritaría y la mandaría a la mierda por sus suposiciones, aunque fueran ideas sin fundamentos. Cogió un poco de aire, chasqueó la lengua y giró el rostro—. Vi una conexión entre vosotros y ya sé que eso no va a pasar por tu parte, pero esa pasión que tenías en cuanto

pisabas el suelo del centro de entrenamiento o de las competiciones la vi hace diez minutos.

—¡Marian! —exclamó la joven negando con la cabeza. Quería pensar que se estaba montando su propia película, veía fantasmas donde no existían y creyó que su imaginación comenzaba a jugarle malas pasadas.

—Está bien, pero no olvides lo que te voy a decir —respondió la gimnasta con sinceridad—. A ese chico le gustas, y no por la canción que bailasteis. En la barra no era a mí a la que miraba, y eso me jode mucho. — De reojo observó que Sophia evitaba reírse—. Si algún día lo vuelves a ver, no dejes de pedirle su número, al menos como pareja de baile sirve.

—¡Deja de decir estupideces! —respondió Sophia con una sonrisa en los labios, su amiga soltó una carcajada y se hundieron en sus propios pensamientos.

Al día siguiente se levantaron a seguir el entrenamiento pautado para la joven y se encontraron con Eduardo y Ángeles repasando una larga lista de comida, hablando de barbacoas y del tiempo. Sophia no le dio importancia, sus abuelos solían hacer comidas con sus amigos y dudaba que su amiga aguantara estar todo el domingo con personas mayores.

Sonrió, dentro de sí era una venganza por el mal trago de la noche anterior. Después de su entrenamiento ayudaron a sus abuelos a tener todo a punto. Se sentaron en la terraza a tomar un poco de sol, Marian no perdió el tiempo para embutirse en un *bikini* de color verde chillón que, según ella, era apto para la ciudad. Varias personas con comida y bebida tocaron la puerta al mediodía.

Las caras conocidas comenzaron a hacer mella en la joven, un mal asunto que rogó que no terminara con las ideas que revolotearon en su cabeza. Abrió la puerta un par de veces más y, al escuchar el siguiente timbrazo, le pidió a

Marian que la abriera, ese nerviosismo que sentía la agobiaba cada vez más. Acomodó una sombrilla cerca de la hamaca, tapándose del sol. No iba a deshacerse del pareo que había encontrado, se negaba a exhibirse por vergüenza y su amiga no iba a dejar pasar la oportunidad de ir a las playas del sur de Florida, por lo que encontró la solución para que tapara las pequeñas cicatrices de sus brazos.

La rubia se levantó a regañadientes, fue hasta la entrada y, al abrir las puertas, se quedó estupefacta.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —dijo Marian con la ironía habitual, escondiendo su desconcierto. Blake, igual de sorprendido, tragó saliva.

—¿Os conocéis? —preguntó una mujer robusta que lo acompañaba.

—Digamos que sí —respondió él sonriente y, sin perder tiempo, le preguntó—. ¿Está ella aquí?

Marian sonrió triunfante, su intuición no había fallado y su amiga moriría de un infarto en cuanto lo viera. No era muy devota, pero tendría que comenzar a agradecerle lo que estaba pasando a alguien allá arriba, o tal vez a Kenneth, que deseaba verla feliz.

—Sí, de hecho, es una de las anfitrionas.

Blake abrió los ojos ante la noticia. Apenas había dormido pensando en ella y ahí estaba, a punto de entrar en el mismo lugar que se encontraba la mujer que ocupaba sus pensamientos.

—¿Pasamos? —preguntó Elena—. Me niego a seguir aquí con el sol abrasándome la espalda.

Marian se hizo a un lado y los dejó pasar, adelantándose luego hasta la terraza donde estaba el resto de las personas. Se sentó en la hamaca con la sonrisa bailando en los labios.

—¿Y bien? —preguntó Sophia—. ¿Cuántos le calculas a estos? —

Marian sonrió acomodando sus gafas.

—A la mujer unos cuarenta y al hombre unos veinte tantos de un metro noventa con un movimiento de caderas que... —La joven se giró hacia ella y, al segundo, el sol fue tapado por una sombra alargada.

—Hola, Sophia, nos volvemos a ver.

Dejó de respirar, sus peores temores se hicieron presentes. Aún mantenía las sensaciones de la noche anterior de las cuales, con desesperación, quería escapar, pero ahí estaban con mayor intensidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó para disimular.

Marian la odiaría en cuanto supiera toda la verdad, le había sido imposible contarle que lo había visto antes en U.P.B. Las conjeturas que había sacado el viernes las hubiera dado por hecho y no, su vida no tenía cabida para nada que la hiciera feliz.

—Ángeles me ha invitado, como ha hecho con Elena, José, Jackson, Kelly...

Miró a su alrededor y se encontró con Elena, que desde lejos levantaba la mano con un correspondiente saludo. Alzó la mano, respondiendo de la misma manera mientras, de reojo, su amiga se cruzaba de brazos, así como también la sonrisa socarrona de Blake la hicieron sentirse pillada. Se mordió la lengua para no perder la compostura y poder seguir fingiendo.

—Y ya que estamos con preguntas —dijo con cierta guasa Blake—, ¿qué haces tú aquí?

Sophia pensó en alguna justificación que pudiera creer su amiga, que esperaba su respuesta con las gafas de sol en el puente de la nariz. Tenía que mentir, no le quedaba de otra, fingir que no tenía ni idea de que estaba en U.P.B. y mantener su mentira hasta el final. ¿Cómo hacerlo? No lo sabía. Su meta en ese instante era convencer a Marian, difícil, pero no imposible. Miró

de nuevo a Elena y creyó que sería su tabla de salvación.

—¿Eres familia de Elena? —insinuó la joven, dejando la respuesta en el aire.

—No —respondió sonriente Blake a lo que trataba de hacer.

Tenía la intuición que iba a tener una larga charla con ella, esperaría a ver qué artimaña se inventaría para pillar su mentira y dejarla con el culo al aire. Le era divertido, de hecho, le resultaba fascinante jugar un poco al despiste. Sophia torció la boca y se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿podrías explicarme cómo has terminado en el patio trasero de casa de mis abuelos?

Era una pregunta estúpida y la única solución para que la pelota cayera en su tejado. Se le ocurrió que podría explicar que era voluntario en U.P.B. y así aventurarse a decir que desconocía ese dato. Al segundo negó en su mente, a Marian no se le escapaba ni una. Sin más remedio, esperaría que diera cualquier respuesta y dar por terminada la conversación.

—Dime, nena, ¿qué quieres saber? —Sophia lo señaló de inmediato con el dedo.

—Si buscas congraciarte con los anfitriones, te has equivocado de persona. —le hizo saber la joven. Marian bufó y se burló por lo bajo, Sophia evitó mirarla, si lo hacía sería su condena.

—Lo dudo —respondió con seguridad Blake, cruzándose de brazos con la sonrisa que bailaba en sus labios.

—No me conoces de nada —respondió Sophia, a punto de caer en su propia trampa. Odiaba esos aires de suficiencia que tenía, «¿quién demonios se cree para llegar aquí y sentirse mejor que todos?», se dijo para sí misma, pero a Marian comenzaba a aburrirle ese rodeo que mantenían, por lo que decidió coger el toro por los cuernos.

—Blake, ¿cierto? —preguntó señalando con el dedo al hombre, que rio ante la desfachatez de la chica que estaba tumbada tostándose al sol—. Hay algo que no entiendo, si has sido invitado por los anfitriones ¿cómo es que no conoces a Sophia?

Él volvió a sonreír. Esa chica con cara de ángel y mente demoníaca se quemaría por una mentira sin fundamentos y con público incluido. Elena y Jackson se acercaron curiosos. Siempre que se reunían el grupo de instructores y trabajadores de la asociación Blake solía saludar sin dejar a ninguno de lado, algo que no había ocurrido ese día.

—En ningún momento he dicho que no la conozca, jamás podría decirlo, sobre todo cuando hemos intimado de la forma que lo hemos hecho —respondió el joven con la sonrisa de lado, devolviendo la pelota a su tejado y subiéndose la montura de las gafas de sol, que terminaban de darle ese aire de chico malo. Elena abrió los ojos sorprendida y Marian rio a carcajadas.

—¡Espera! ¡Espera! —dijo horrorizada Sophia—. En ningún momento hemos intimado solo ha sido un baile, una insignificante canción y que, por tu culpa... —indicó señalando a Marian—, se...

—¡Vaya, Blake! —intervino Ángeles al ver el gesto crispado de Sophia—. ¿Has venido corriendo a revolotear entre jóvenes olvidándote del resto o acaso es la nueva excusa para no acercarte a la barbacoa que te espera junto a Eduardo?

—Tenía que saludar a Sophia y a Marian —respondió Blake sonriente, quitándose las gafas para darle un beso en la mejilla.

—¿Conoces a mi nieta? —preguntó Ángeles.

Siempre había creído que hablaba de una adolescente de diecisiete años y no de una mujer como la que tenía al frente y que llevaba días metida en su mente. Se refería a ella con orgullo y recordó verla llorar por su estado

cuando había sufrido el accidente. Fijó su mirada en ella y Sophia lo vio, comprendiendo que había encajado piezas.

Estaba segura de que esa maldita mirada de lástima que todos tenían al conocer su accidente se acababa de reflejar en los ojos de Blake y le afectó más de lo que hubiera querido. Se mordió el labio de impotencia, se levantó y, sin pedir permiso alguno, empujó a Elena y a Jackson, escabulléndose de esa situación, odiándolo por hacerla sentir miserable.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jackson.

Por primera vez, Marian presenciaba lo que muchas veces le había indicado Sophia, levantó el brazo y lo señaló con el dedo, sin embargo, lo bajó. Enseguida se levantó, dándole la espalda a todos e ir detrás de su amiga.

—Me parece que he metido la pata —dijo Blake desconcertado.

—Creo que he sido yo —respondió Ángeles—. Iré a hablar con ella —añadió sintiéndose culpable de haber herido a su nieta. Su humor había mejorado desde la llegada de Marian y temía que se encerrara de nuevo en ese círculo vicioso que se empeñaba en seguir. Blake la sostuvo del brazo, era la tercera vez que se alejaba de él y no iba a dejarlo pasar esta vez.

—Iré yo —le indicó—. Sophia y yo tenemos que resolver un asunto pendiente.

Ángeles abrió los ojos desconcertada «¿desde cuándo mi nieta y Blake tienen asuntos de qué hablar?». Se preguntó dudando. Conocía al chico y sabía cuándo necesitaba zanjar un problema, por ello dejó que fuese por el mismo camino que hicieron las dos jóvenes.

Blake no sabía de qué era culpable y lo iba averiguar, esa mirada que le transmitió estaba llena de reproches y decepción y no iba a quedarse con la duda. Entró a la casa, pasando por la cocina, el salón y el despacho sin encontrar rastro de ellas, dudó si seguir y, al final, se atrevió a subir las

escaleras entrando en la intimidad de los Baute.

??

Sophia abrió la puerta de la habitación, frustrada por seguir dejando que las miradas hicieran mella en ella. No tenía ni idea de qué tanto sabía, pero odiaba que lo supiera, no recordaba cuándo había sido la última vez que había estado con una persona que no le hablara por lástima o compromiso. Marian entró como un vendaval, sin pararse a cerrar la puerta y, antes de que Sophia la echara, se adelantó.

—Acabo de darme cuenta lo que tantas veces has repetido y lo siento, lo siento tanto si alguna vez te hice sentir como un despojo. —Sophia soltó un suspiro, deshaciéndose de un peso que llevaba meses presionándola—. No sé cómo se ha enterado, me imagino que Ángeles o Eduardo se lo contaron, pero no debes dejar que vea cuánto te afecta. Sé que es difícil. ¡Mierda! —exclamó Marian—. Siempre pensé que exagerabas, pero presenciarlo ¡es tan jodido! —Soltó sus gafas en la cama y se cruzó de brazos—. No te dejaré sola, si tengo que ser tu sombra hoy, lo seré y, si me permites ser sincera, tengo el presentimiento de que es otro momento para afrontarlo y avanzar.

—¿Y qué quieres haga? —respondió la joven frustrada—. ¡¿Que salga y vea cómo el resto también me mira de esa forma?! Estoy segura de que lo saben todos.

Negó con la cabeza, llevándose las manos al rostro, no podía ser una prueba, no era justo, en algún momento debía enfrentarse y acababa de darse cuenta de que no estaba preparada.

—No, no podré.

—¡Maldito capullo! —exclamó Marian, a sabiendas que su amiga no bajaría por mucho que la intentase convencer—. ¡Hombre tenía que ser! —indicó frustrada. Quería ayudarla y no sabía cómo.

??

Subió las escaleras y vio una puerta entreabierta, a medida que se fue acercando pudo escuchar cuando hablaban. Sophia se refirió a cómo la miraban seguido de la respuesta de Marian, que no le hizo ninguna gracia. Odiaba que lo metiera en el mismo saco de quién sabe qué, no lo conocía para juzgarlo de esa manera, por lo que abrió la puerta de golpe y ambas chicas se asustaron a la interrupción.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Marian, siendo la primera en reaccionar.

—Quiero saber por qué te he ofendido —respondió Blake dirigiéndose a Sophia.

—Mira, guapito de cara —advirtió Marian—, es mejor que te vayas. Si no quieres que te empuje hasta las escaleras, te haga una llave de artes marciales y caigas por ellas.

Mantén los ojos fijos en Sophia y, al escuchar la amenaza, sonrió. Era improbable que esa chica pudiera con él, en todo caso, debía asegurarse que no se le cruzaran los cables.

—No te atreverás —respondió Blake con seguridad—. No te gustaría salir en la prensa por intento de asesinato premeditado.

—¿La prensa? —Marian bufó—. Creo que no sabes quién soy... —Y antes de que su amiga siguiera, Sophia la interrumpió.

—Tiene razón, ¿qué haces aquí? —le preguntó la joven—. No sabía que tenías tanta confianza con mis abuelos para deambular por la casa.

—Estaba preocupado por ti.

Se quedaron calladas ante la sinceridad de Blake. Marian volvió a sonreír, definitivamente no se había equivocado, a ese hombre le gustaba Sophia y era otra prueba para ella. Era mejor que los dejara a solas, por

mucho que no le agradara la idea. Miró un pequeño reloj que tenían en la mesilla y encontró la excusa perfecta.

—¡Qué tarde es! —Blake y Sophia la miraron desconcertados—. No puedo dejar pasar más tiempo o me matará Sherry si subo de peso. —Blake parpadeó pensando «¿de qué rayos habla ahora?» y ante el desconcierto de ambos la gimnasta aprovechó para salirse con la suya.

—Soy Marian Grant, la mejor gimnasta rítmica de los Estados Unidos y, pronto, del mundo.

—¡Ya empezamos! —replicó Sophia, su amiga la miró por el rabillo del ojo.

—Sabes que no miento.

Marian dio unos pasos hasta llegar a la altura de Blake, que se apartó de la puerta, y ella salió con rapidez, rogando que todo siguiera el camino predestinado. El silencio se apoderó de la habitación, ninguno estaba preparado para esa conversación improvisada. Él quería saber de qué era culpable y Sophia no deseaba tenerlo allí, tan cerca, ya que sus sensaciones se intensificaban.

—No deberías preocuparte por mí, deberías volver —sugirió la joven como última alternativa.

—Lo haré, si bajas conmigo —repuso Blake. Volvió a mirarlo sin entender por qué era tan persistente. ¿Qué sentido tenía regresar? Y no quería pensar que su abuela lo había enviado como emisario.

—No voy a bajar —dijo Sophia con seguridad—. El calor me ha sofocado —concluyó, pensando que sería la única forma de que desistiera y la dejara con sus temores a solas, pero Blake había subido con un solo propósito.

—Mira, no sé a qué te refieres en que te “mirarán de esa forma”, si lo he

hecho yo, ha sido sin intención alguna. —Sophia cerró los ojos, enfrentándose a lo que no quería, se sentó en el borde de la cama con el desánimo en su cuerpo.

—¿Mis abuelos te contaron lo de mi accidente?

«Así que todo es por su accidente», concluyó Blake. En muchos casos de accidente que había llevado, su representado atestiguaba sobre cómo eran sus recuperaciones, desesperantes en algunos momentos, y más si los traumas eran psicológicos. Comprendía en cuál posición se encontraba y deseó quedarse, escucharla. La necesidad de calmar ese dolor que sentía nació en su interior.

—¿Qué tiene que ver que me lo contaran? —respondió Blake para que se sincerara.

—Me miraste como me han mirado todas las personas desde entonces.

—No lo entiendo —respondió el joven, empujándola a que sacara lo que sentía, pero Sophia creyó que era inútil.

—¡Olvídalo! No tengo ganas de dar explicaciones.

—No —indicó Blake con rotundidad—. Si he hecho algo que te ha molestado, debo saberlo para no volver hacerlo.

—Das por hecho que volveremos a vernos —repuso con ironía Sophia.

—Sí —respondió con una seguridad que hizo que lo mirase sorprendida—. Y estoy seguro de que ayer no era la segunda vez que te tropezaste conmigo, aunque yo lo desconociera.

Su reacción le aseguraba sus hipótesis, la figura de una mujer era la que se había asomado en U.P.B. cuando reprendía a su clase, por lo que no estaba volviéndose loco.

Sorprendida a su perspicacia, comenzó a preguntarse quién era ese

hombre que entraba sin permiso a su habitación y a su vida. No quería echarlo de malas formas, pero Blake lograba confundirla. Quizá si le contase cuánto dolían las miradas de lástima podría despejar de su corazón eso que le atormentaba cuando estaba cerca y así seguiría con sobreviviendo. De reojo lo vio, esperando una respuesta, cerró los ojos y decidió contarle la verdad.

—Desde el accidente, la gente me mira con lástima. —Blake frunció el ceño.

—¿Crees que te he mirado así?

—Sí, lo vi. Sonreías en un principio y cambiaste de repente. Me miraste como si hablaras con una moribunda y eso es horrible —confeso tapándose la cara—. Estoy tan cansada de que la gente me mire así..., lo odio.

—Díselo.

—¿Para qué?

—Para que sepan que eres una superviviente. —Sophia bufó y sonrió desalentada.

—Ese es el problema —reveló la joven con tristeza—. No me siento como una superviviente, tenía que haber muerto yo y no él.

Fijó su mirada en ella desconcertado a su confesión, no sabía de quién hablaba, tendría que ir a la red y buscar información, preguntarle a los Baute no era adecuado, ellos tendrían preguntas para él. Era la primera vez que enfrentaba una situación de ese calibre. Por muchos talleres que había hecho para situaciones parecidas, llegado el momento te quedabas sin herramientas; el sufrimiento de la joven tocaba la fibra más sensible dentro de él.

Había aparecido una noche en su vida, al principio perdida, luego se le encaró mostrando lo desafiante que podía ser ym a pesar de ver esa faceta, la joven que estaba allí había levantado la bandera blanca sin apenas luchar. De repente tuvo la necesidad de a cobijarla y que se desahogara. Se debatía en

hacer lo correcto o no. Se sentó a su lado, sorprendiéndola más de lo que esperaba ante esa cercanía.

—Me estoy preguntando si se lo has reprochado.

—¿A quién?

—A la vida.

Sophia ladeó la cabeza fijando sus ojos en él. Blake prosiguió sin saber si la dirección era la correcta, lo único cierto era que había captado su interés.

—Me parece que no le has reclamado lo que llevas meses guardando para ti, deberías reclamárselo.

—¡Hablo en serio! —respondió la joven malhumorada.

—¡Y yo! —repuso Blake—. ¿Qué te parece si buscamos la forma que le reproches el por qué sigues viva?

—¿Y cómo se supone que haré eso? —preguntó Sophia con una ceja levantada.

Él sonrió, si antes quería reprocharle por haber omitido que lo había visto, ahora deseaba ayudarla como fuese. Su instinto le decía que ella deseaba salir de ese atolladero en el que se encontraba y que el miedo era su único acompañante; tendría que ingeniárselas y lo primero que debía hacer era disculparse para luego ayudarla a romper esa barrera que había impuesto entre ellos.

—Tendrías que ir conmigo. —Sophia negó con la cabeza.

—No estoy para juegos.

—No soy tan macabro como para aprovecharme de ti —afirmó para que se diera cuenta de que hablaba en serio—. ¿Hasta ahora lo he hecho? —Sophia bajó la cabeza dándole la razón.

Blake sabía qué era tener miedo. Cuando su padre lo abandonó, su vida

se llenó de incertidumbres que lo llevaron a sentirse inseguro y con miedo de perder lo único que le quedaba, su madre.

—Haremos un trato —sugirió Blake—. Si bajas y a la vez cantas en tu mente el estribillo de aquella canción que te ha hecho sonreír cada vez que sientas esas miradas, lograrás vencer ese miedo y yo te ayudaré a que le reclames a la vida.

Sophia frunció el ceño. Marian, sus padres, sus abuelos e incluso Mollie habían intentado de todo y ninguno había tenido éxito, por lo tanto, Blake no sería la excepción. No quería decírselo, estaba siendo compasivo con ella y debía darle la oportunidad, a pesar de estar segura de que era un caso perdido.

—Te pido perdón si te he hecho daño —añadió el joven—. Podemos comenzar desde cero. —En un intento de retener su atención antes de que la duda siguiera creciendo—. ¿Qué tal si nos presentamos? Soy Blake Clark y te prometo que estaré el resto del día a tu lado.

Sophia apretó los labios, sonrió ante ese gesto sincero y dulce de su parte.

—Sophia Baute.

—Muy bien, Sophia Baute, ¿qué te parece si comemos y después te cuento cómo puedes reprocharle a la vida? Tu amiga, la engreída, tiene razón con eso de la comida.

—Mi amiga, la engreída, me debe una explicación —repuso Sophia con un mohín.

—Para qué negarlo, me echó una mano y, entre tú y yo, no se lo agradeceré, me parece que se le subiría más a la cabeza. —Blake le guiñó el ojo y Sophia sonrió con sinceridad—. Ahora vamos a comer y luego te iré dando pistas —indicó levantándose de la cama y acercándose a la puerta de la habitación.

—No tienes ni idea de lo que harás, ¿verdad?

—No —confesó Blake con una pequeña sonrisa en los labios—. En mi defensa, diré que soy experto en encontrar soluciones a situaciones raras. Por decirlo de otra forma: ¡soy tu hombre!

—Lo último puedes descartarlo —dijo Sophia de inmediato—. Te daré la oportunidad, soy una mujer de palabra.

—¿Entonces es un trato? —preguntó Blake alargando el brazo para estrechar las manos, ella alargó el suyo y estrecharon sus manos, mientras cierto cosquilleo nacía en su cuerpo.

—¿Me das dos minutos y bajo? —le pidió la joven a modo de ruego.

—Te esperaré afuera, no es fácil escabullirse de mí.

—Ya lo veo —respondió Sophia torciendo la boca.

Blake cerró la puerta dándole tiempo para meditar. Tenía una tarea ardua y era ayudarla a que viera que no era la culpable de ese accidente.

9



Sophia se metió en la cabeza que Blake lo hacía por compromiso a sus abuelos, podía abrir la puerta y persuadirlo, pero era una mujer de palabra y había hecho un trato. Sintió el corazón bombeando con rapidez, trataba de encontrar algún sentido a esos sentimientos que se aglomeraban dentro de sí. Se llevó las manos a la cabeza y, por esta vez, se dejó llevar, levantándose, girando el picaporte de la puerta y deseando que hubiera desistido, que solo fuera un sueño, pero no fue así.

Ahí estaba, apoyado en la pared con los brazos y piernas cruzadas a nivel de los tobillos, compromiso o no, también mantenía su palabra. Le echó un vistazo rápido y tuvo la curiosidad de saber su edad, podía decirse que aparentaba mucho más. Observó ese tatuaje que tenía en su brazo, una brújula, quizás en algún momento de su vida necesitó también una dirección; tuvo ganas de tocarlo y es que la tensión que ejercía en sus brazos, producto de esa posición, la atraía y no es que fuera la primera vez que viera un hombre tatuado, el problema era él.

De nuevo se sintió frustrada, apenas tenía experiencia con hombres para calarlos al instante, fueron contadas las veces que aceptó citas con chicos diferentes a Kenneth y que en nada se parecían a Blake, tal vez por ello estaba más deslumbrada de lo normal. Borró esa idea de su cabeza, no iba a haber ninguna cita entre ellos, sostenía que solo era agradable por ser nieta de los Baute.

Escuchó la puerta abrirse y se mantuvo paciente a que diera el paso. La

observó en el quicio de la puerta, sumida en sus pensamientos, dudaba y lo entendía. Él le pedía que confiara cuando no estaba seguro de nada, sin embargo, se dejó llevar por esa vocecita que seguía empujándolo a seguir, le tendió la mano y, con timidez, Sophia sonrió.

—¿Lista para mandar a la mierda a todo aquel que te mire con lástima? —le preguntó rompiendo las barreras entre ellos.

—¿Hay necesidad de usar malas palabras? —respondió la joven. Blake rio comenzando a sentirse más seguro.

—Creo que necesitas los cinco minutos —dejó caer el joven recordando algunos de los métodos que aprendió en talleres de psicología.

—¿De qué hablas ahora?

—Hablo de los cinco minutos de gritar toda clase de palabrotas que conozcas. —Sophia sonrió con sinceridad.

—¿Hablas de ahora?

—No, asustarías a los de abajo —respondió Blake acariciándose el mentón—. Ya pensaré dónde y cómo, debemos bajar o tus abuelos creerán que te he persuadido.

—Qué poca fe tienen mis abuelos en ti. —Blake volvió a reír.

—Ángeles y Eduardo confían en mí, pero tu amiga no. —Sophia soltó una risita, había calado a Marian y eso era muy malo para la reputación de ella.

Blake mantuvo su mano tendida, manteniendo la compostura a ese simple gesto que acababa de trastocarle. De nuevo, nacía ese deseo de querer besarla y no podía ni imaginarlo, ya no. Sophia cruzó los brazos, dándole a entender que no le daría la mano y él aceptó que todavía no era el momento, tendría otras mil oportunidades más adelante. Confiaba en ello, por lo que le dio paso para que bajara devolviendo la sonrisa.

Ninguno se imaginó que esos simples gestos lograrían que sintieran algo parecido a la felicidad. Para Blake era difícil no pasar desapercibido su bonita sonrisa cuando la miraba, su rostro y cuello, el color de sus ojos marrones con rayas verdes lo llevó a recordar los bosques que visitaba cuando era niño, unos recuerdos que le traían una amarga felicidad y que, en ese momento, era distinto, ya que ella causaba el efecto contrario.

Podía seguir observándola en silencio, pero era mejor obligarse a pensar en su trabajo. No podía dar paso a esos recuerdos ni tampoco podía seguir mirándola; el deseo de probar esos labios comenzaba a ser mayor, así como también la necesidad de acariciar su rostro. No, no era lo más indicado, lo poco que había deducido le indicaba que pedía a gritos que escuchasen lo que realmente sentía y, para ello, debía indagar más y entender el terreno que se había dispuesto pisar.

??

Ángeles estaba en la cocina tarareando una canción que se escuchaba desde la terraza, atacaba sin piedad al tomate y al perejil en la tabla de cortar, mientras, en una bandeja ovalada, el aguacate esperaba ser mezclado con el resto de los ingredientes para el guacamole. Escuchó unos pasos y dejó de hacer la laboriosa tarea en cuanto los vio aparecer con cierta intimidad. Parpadeó un par de veces hasta que Blake, percatándose de la sorpresa, trató de no darle importancia tomándole el pelo.

—Ángeles, respira —indicó el joven—. Todavía no le he pedido matrimonio.

Sophia se tensó y él dejó caer la mano en su brazo dándole unas palmaditas, acercándose a su oído con la sonrisa bailando en sus labios, a sabiendas que eso la trastocaría.

—Sígueme la corriente —le murmuró.

Sophia ladeó el rostro y esos ojos azulados con destellos de picardía le indicaron que quería gastarle una broma a su abuela. Ángeles no perdió detalle, su cabeza comenzó a ser un hervidero de ideas que debía callar por precaución. Ese chico le había dicho que le explicaría, guardaría paciencia. Aun así, no se callaría y se la devolvería por querer tomarle el pelo.

—No es a mí a quien tienes que pedir la mano, soy el menor de tus problemas, en tal caso, es al gruñón que tengo por hijo. —Blake rio a carcajadas cuando la mujer le guiñó el ojo y Sophia hizo un mohín, dándose cuenta del grado de confianza que existía y el que desconocía del todo.

Ángeles por unos segundos recordó el día que lo había conocido. Un joven lleno de rencor hacia su padre por su abandono. Supo escuchar los consejos que le dio, a pesar de ese dolor que mantenía escondido, y muchas pruebas pudieron llevarlo por el peor camino, pero luchó contra ello y ahora era un chico con futuro.

Blake le pidió estar a solas unos minutos a Sophia, que aceptó saliendo a la terraza, ella también los necesitaba, a pesar de saber que Marian la bombardearía a preguntas. El joven miró a Ángeles y se frotó su mentón rasposo y suspiró.

—Sabe que me habéis hablado del accidente —comenzó diciendo el joven.

—Dime que no está resentida con nosotros.

—Su resentimiento es con ella misma, se exige demasiado —señaló Blake.

—Lo sé —dijo apesadumbrada Ángeles—, en eso se parece tanto a su padre... —Apoyó las manos en la encimera y suspiró cansada—. No sé si estás al tanto, mi hijo cree que los Hicks se merecen un juicio justo y se ha empeñado en que Frank reabra el caso. He intentado que dejasen las cosas tal

como están y ha sido en vano.

—¡Un segundo! —señaló Blake—. Chloe Clifford me ha estado hablando de pesquisas de un caso en Carolina del Norte que había sido desestimado. —Ángeles afirmó pasándose las manos por la cabeza.

—Los Hicks pidieron que testificara Sophia. Victor se negó, creyendo que el letrado ganaría sin necesidad de hacerle pasar ese mal trago, la chica que ves ahora no es ni la sombra de lo que era hace un año. Fuerte, luchadora, tenaz, alegre... Los terapeutas aconsejaron que no era recomendable por el momento.

—Me estás diciendo qué no tiene ni idea de que abrirán el caso —preguntó Blake.

—No y no se lo digas —le rogó Ángeles—. Se torturaría aún más con la muerte de Kenneth.

Ante esa respuesta, Blake tenía que buscar información de tal Kenneth. Suspiró en alto, no sería nada fácil ganarse la confianza de Sophia, sin embargo, se lo había prometido y se había jurado hacía años cumplir las promesas que hiciera.

Nunca sería como su padre, que prometió tantas cosas y no cumplió ninguna.

—¿Qué harás? —preguntó Ángeles sin preámbulos, él volvió a frotarse mentón y le sonrió.

—Quiero ayudarla y sé que quieres saber cómo la conocí; no andaré con rodeos, fue en Bongo's. —Evitó contarle más, evadiendo reproches por ese primer encuentro.

—Ella es una buena chica y tiene mucho que dar al mundo —le indicó la mujer.

—¿Me dejarías ayudarla a mi manera? —Ángeles sonrió con las lágrimas

asomándose en sus ojos y lo abrazó. El joven le dio un beso en la cabeza que desconcertó a Sophia en cuanto tuvo la oportunidad de observar sin que se dieran cuenta.

??

Durante diez minutos no dejó de escuchar al que se acercaba decir que Blake era el alma de la fiesta, era como si hablaran del próximo candidato al Nobel de la paz. Eran tantos los halagos que se mordió la lengua para evitar preguntar, pero no podía olvidar que ese sentimiento de bienestar que había sentido era el mismo de la noche que se conocieron. Se obligó a cambiar sus pensamientos antes de que la ideas se le arremolinaran más en las cabezas, confundiéndola del todo. Su abuelo la llamó para que fuera a por su hamburguesa y allí charló un rato con los que se encontraban, como anfitriona que era.

Le presentó a Larry y Lauren, dos hermanos que no dejaron de bromear. Sophia volvió a la hamaca en cuanto Marian salió de la piscina, tenían una conversación pendiente y no iba a dejarla pasar. Sería bastante difícil que se sincerara, era un hueso duro de roer. Durante treinta minutos lo intentó y no lo logró. Resignándose, decidió esperar mientras dos jóvenes se acercaron a ella, hablándoles sobre la asociación e invitándolas a que fuesen un día. Se presentaron como Kelly y Jhoanna. Sin dejar de parlotear sobre las clases tan divertidas como las que impartía Blake que, de nuevo, era colmado de halagos.

Jhoanna miró a la piscina, llamando la atención de todas y mandando a callar con un siseo y gestos con sus manos.

—Es momento de hacer silencio. —Sin ningún disimulo Jhoanna se giró del todo acomodándose de forma sexy y fijar sus ojos en la piscina.

Las tres chicas siguieron su mirada y vieron a Blake quitarse la camiseta

mostrando su torso y otro tatuaje que le llamó aún más la atención a Sophia. A simple vista no lo distinguió, fijó sus ojos y vio un corazón atravesado por un puñal, no era grande, pero impresionaba a primera vista.

El suspiro de Jhoanna la sacó de sus pensamientos en cuanto murmuró sobre el cuerpo muy bien cuidado. Se notaba el esfuerzo del baile en su abdomen y sus piernas, se sonrojó al darse cuenta de que deseaba tocar ese pecho, sobre todo ese corazón tatuado que tenía una historia que contar. Blake se metió de una zambullida a la piscina, acabando con el espectáculo.

—Por eso debéis ir —repitió Jhoanna, os aseguro que sentir esas manos por tu cuerpo cuando bailas es lo más cercano al orgasmo, ¡qué demonios! Lo que hay debajo es digno de admirar —señaló con una sonrisita y miró de reojo a Sophia—. De repente me han entrado ganas de refrescarme.

—No me quedaré atrás —añadió Kelly—. ¡Vamos, Sophia! Me parece que cierto chico solo tiene ojos para ti —ironizó la otra chica, ganándose una mirada cargada de rencor de Jhoanna.

—No, gracias —respondió Sophia—. No soy de chapuzones, ya me ves debajo la sombrilla.

—¡Estás en Florida, querida! —añadió con veneno Jhoanna, quitándose el pareo dejando al descubierto un cuerpazo con un genial bronceado. Sin disimulo alguno, la observó de arriba abajo y con una sonrisita de desprecio añadió—. El blanco nuclear no se lleva.

Las gafas de sol evitaron demostrar que ese comentario le había hecho daño, pero de nuevo se estiraba las mangas del pareo para que cubriesen sus brazos. No le importaba quedarse a solas, estaba más que acostumbrada a la soledad, había sido su única acompañante los meses anteriores. Decidió buscar su libro electrónico y centrarse en la lectura que llevaba varios días detenida, pero Jackson se sentó en la hamaca libre y, sin ningún pudor, se

acostó dispuesto a sacarle las palabras de la boca con un mal chiste que la hizo sonreír en el mismo instante que escuchaban el grito de Marian, acusándole de acostarse en la tumbona. El joven se limitó a alzar los hombros e ignorarla.

—Te has buscado una enemiga —dijo divertida Sophia.

—De alguna forma tendré que llamar su atención —respondió el chico alzando las cejas y arrancándole una carcajada. Jackson siguió con sus chistes malos y ella se relajó, olvidando lo malo.

Una hora más tarde, su abuelo la llamó y, de nuevo, volvieron las preguntas con las mismas respuestas una y otra vez que rozaban la incomodidad. Si era cierto que era una prueba, se le estaba siendo ardua; el cambio en sus caras, fingir una sonrisa para que no le dieran importancia, no era fácil de aceptar. Nadie entendía cuánto le dolía recordarlo, sentía que las fuerzas se le acababan a medida que pasaban los minutos y, cuando sentía que no podía más, Blake apareció a su lado como si lo hubiera adivinado.

A pesar de haberse secado, alguna que otra gota de agua se quedó atrapada en su vello corporal que estaba en su justa medida. Era imposible ignorarlo, así como también, ver más de cerca el tatuaje, definitivamente, era impresionante. Un corazón fisiológico que sangraba por un puñal que lo atravesaba. Por unos segundos tuvo la necesidad de buscar una tiritita y ponerla en esa hendidura.

Sintió tristeza a la vez que se sentía identificada, el suyo no tenía un puñal atravesado, pero sí una grieta difícil de cerrar. La invitó a que lo acompañase a traer más bebidas. Regresaron a la cocina para sacar varias latas y llevarlas al frigorífico exterior, pero antes de volver, la detuvo.

—Lo siento, te prometí estar a tu lado, la culpa la tiene tu amiga, la engreída es una acaparadora.

—Lo sé.

—Y también intimida más de lo que me suponía, me ha amenazado en un par de ocasiones y no sé si tomármelo en serio. —Sophia sonrió.

—Marian puede llegar a increpar hasta el más bonachón del mundo.

—No quería ser tan brusco.

—Créeme, nos da un repaso a todos. —Blake rio a carcajadas, se miraron unos segundos, los suficientes para entender que era mejor apartarse y dejar que el silencio fuera el mejor acompañante. Volvieron a la terraza, sintiendo que entre ellos había nacido cierto pacto que nadie más entendería.

Blake supuso que tal vez podría acercarse un poco más y conocer sus inquietudes, pero Larry cambió la música y dio un aplauso en seco.

—¡Aquí no solo se viene a comer y a darse chapuzones! —Se dirigió a Kelly sujetándola de la mano y haciéndola girar sobre sí misma. Jackson se acercó a Marian, invitándola, y Jhoanna no dudó en ir a por Blake, que miró a Sophia de reojo esperando que dijese algo, pero no lo hizo.

Simuló no darse cuenta de la intención. Blake suspiró con paciencia, aceptando su decisión. Siguió a Jhoanna, que comenzó a contonearse con exageración, rozando su cuerpo, entendía lo que hacía y se culpaba de ello. Llevaba dos semanas postergando una conversación bastante difícil. En más de una ocasión se lo dejó caer, debía haber cortado esa relación abierta pasados los cuatro meses y no lo hizo por comodidad.

Sophia observó la confianza e intimidad que existía entre ellos, concluyendo que con todas era igual. Se reprochó por esa sensación de rabia que tuvo y que, de inmediato, desechó pensando que era sin fundamentos. Se centró en observar al resto. Jackson intentaba ligar con Marian y ella se hacía la remolona, Larry reía con Kelly y sus abuelos también salieron a bailar. Por

alguna razón, la soledad que muchas veces la acompañó, vino escoltada del miedo.

Ese sentimiento la invadió como una gran ola que la llenaba de inseguridad. Se alejó buscando unos minutos de paz y en los que tranquilizar sus ánimos, caminó hasta el lago que estaba a escasos metros de ellos. Agradecía el frescor que traía el atardecer y la tranquilidad que daba el agua, necesitaba poner en orden sus ideas y echar a un lado esas malas sensaciones. Ese día había podido soportar las preguntas, había sido muy cuesta arriba, era doloroso y dudaba que pudiera seguir enfrentándose.

Se llevó una mano al pecho, sintiéndose culpable de haber olvidado a Kenneth y sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo; ese debate interno que le atormentaba quería ganarlo, pero no sabía cómo, no tenía las herramientas ni la fuerza para hacerlo.

—Me preguntaba si te gustaría bailar...

Escuchó detrás de ella. Dio un respingo y respiró con profundidad, evitando que viese su vulnerabilidad.

??

Blake, cada vez más incómodo ante esa actitud posesiva, le pidió a José con una señal que lo sustituyera. Buscó a Sophia, no quería faltar a su promesa, y la vio cerca del lago. Sin perder tiempo fue hasta allí, deteniéndose a observarla sumida en sus pensamientos hasta que se llevó la mano al pecho. Intuyendo que luchaba con sus fantasmas de nuevo y sin pensarlo más, fue hasta ella.

—Me preguntaba si te gustaría bailar. Si no aceptas —le murmuró a la joven cerca de su oído—, los chicos también vendrán y te advierto que son muy insistentes, sobre todo cuando ven que alguien necesita apoyo —añadió antes de que se justificara con alguna excusa.

Sophia se giró a él de nuevo, que le tendía la mano, y esta vez la aceptó. Blake logró que diera un giro, guiándola con varios pasos adelante y atrás, atrás y adelante, la pasión que desprendía al bailar la sintió enseguida, cada giro y paso la llenaba de plenitud, consiguiendo que su corazón se sintiera vivo otra vez.

Una vez terminada la canción, ninguno estaba dispuesto a separarse, se miraron a los ojos y Blake bajó las manos hasta su cintura de ella, sujetándola con fuerza, sintiendo que no debía alejarse de aquella mujer. Sophia subió las manos a su pecho queriendo alejarlo, sin embargo, su corazón se rehusaba, deseando algo distinto y que no podía aceptar. Trató de pedírselo y no encontró palabra alguna hasta que Jhoanna le tocó el hombro a Blake, rompiendo todo contacto y recordándole la realidad.

—Me has prometido otra canción —indicó la chica con un puchero en los labios. Sophia se apartó para que se alejara, desviando la mirada llena de vergüenza.

Jhoanna levantó una ceja por el comportamiento extraño hasta que cayó en la cuenta de lo que acababa de interrumpir. Frunció el ceño, no iba a aceptarlo. Blake vio su mano levantarse, conocía lo que vendría a continuación, no iba a permitir ninguna tontería por su parte.

—Vamos antes de que Eduardo nos eche —le ordenó de inmediato.

—Pero... —Blake le sujetó el codo y la arrastró con él, lamentando dejar a Sophia. No quería hacerlo, se maldecía por ello, no obstante, si quería ayudarla debía ser claro con Jhoanna, ante cualquier suposición que ya diera por hecho.

Sophia se reprochó por dejar que su corazón tomase el mando en esos segundos con esas sensaciones que la confundían. Además, era evidente el interés de Jhoanna. Observó a todos, sin excepción, desde lejos y llegó a

preguntarse qué hacía ahí; no encajaba, ya no encajaba en ningún sitio. Toda su vida estaba relacionada con la gimnasia rítmica y el único que le mostró la oportunidad de ver más allá, ya no estaba en ese mundo, no tenía sentido ni siquiera rehacer su vida.

Kelly y Lauren se quitaron los pareos, cogiendo las manos de los chicos con quienes bailaban, arrastrándolos hasta la piscina para zambullirse, una prueba eminente de que no volvería a ser una chica normal. Sus sentimientos se arrojaron al miedo. Se escabulló a la habitación, escondiéndose en su caparazón en el que se aseguraba de mantener latentes los recuerdos y su amor por Kenneth y echar aquellos que se empeñaban a instalarse en su corazón.

Cuando brotan esperanzas, el corazón se aprovecha y empieza a actuar por su cuenta.

Haruki Murakami

10



Blake oteó por todo el lugar en cuanto se deshizo de Jhoanna, pero la había vuelto a perder, eso lo frustró. En un último intento de encontrarla, disimuló ir a por unas cervezas con la esperanza de que estuviera en la cocina y no fue así. Resignado, tendría que esperar a que apareciera como todo en su vida sucedía y era el esperar.

Se dirigió a la nevera sacando un botellín, lo abrió, pero Marian se la arrebató de las manos.

—Gracias, estaba sedienta. —Bebió un trago y prosiguió—. No entiendo cómo estáis sin sudar, parece que hubiera hecho una sesión de zumba.

Blake frunció el ceño, no le gustaba que fuera tan descarada. La joven comenzó a hablar sin parar y deseó taponarle la boca, pero en vez de ser tan violento, la ignoró, buscando de nuevo a Sophia, perdiendo su mirada al interior de la casa. Marian supo que no había prestado atención a nada de lo que había dicho, era evidente que el hombretón que tenía al frente tenía interés en otra cosa o en otra persona, aunque no podía pasar por alto que estaba liado con Jhoanna, preguntándose si su amiga era solo una distracción.

—Sophie no volverá.

Los ojos de Blake se centraron en ella. Marian se dio palmaditas, acababa de atraer de nuevo su atención y le daría una advertencia.

—¿Y por qué supones que la estoy buscando?

Quiso reír a carcajadas y prefirió ser malvada. Levantó una ceja, estiró el brazo mirándose las uñas, tomándose el tiempo para responder, seguidamente

bebió otro trago de cerveza y bostezó.

—Llevas un rato mirando de un lado al otro y he llegado a varias hipótesis; entre ellas hay dos que ganan por goleada. La primera es que te aburro, y me ofendes, puesto que soy conocida por ser una excelente compañía y, la segunda, que tienes la intención de robar esta noche en esta casa, quizás lanzando alguna sustancia que nos drogue...

Blake frunció el ceño a semejante disparate y fue directo.

—¡Vale! —dijo malhumorado—. Solo quiero saber si está bien. —Marian respiró con profundidad y le devolvió el botellín de cerveza de forma brusca.

—Voy a hablar con la sinceridad que me caracteriza. Espero que este interés repentino sea de verdad y no por mero compromiso con sus abuelos, además, me gustaría saber qué diablos harás con la chica que está en la terraza loca porque te la folles. —Blake abrió los ojos y, antes de reprocharle, Marian prosiguió—. Hace un rato, Ángeles me contó vuestra relación, asumiendo esa estima que tienen hacia ti y quiero ignorar mis pensamientos que me gritan con megáfono que finges y solo quieres pagarle el favor a los Baute.

—¡Voy a olvidar lo que acabas de soltar! —repuso Blake comenzando a enervarse. Si bien les debía mucho, la suposición lo ofendía. Esa chica engreída no lo conocía de nada para juzgarlo de esa manera. «¿Qué sabrá ella de mi vida?!», cuando estaba seguro de que siempre había tenido todo a su alcance.

—Sé de lo que hablo —reiteró la gimnasta—, es mejor cualquier excusa antes de que le hagas daño. —Blake tensó los labios, tenía ganas de mandarla a la mierda se contuvo solo por ser, al parecer, la mejor amiga de Sophia. Se pasó la mano por la cabeza, dejó el botellín de cerveza en la encimera y se

cruzó de brazos.

—En vista de que hablamos sin tapujos también seré sincero, no me gusta nada la gente entrometida y que juzga a la primera de cambio, y mucho menos los que se creen que el mundo está a sus pies. Y cómo quieres saber la verdad te diré que el único compromiso que he adquirido es con Sophia y no seré yo quien te lo cuente.

Marian se encargaría de saberlo de cualquier modo, lo poco que supo de Blake era que ligaba más de lo que decía, a pesar de que notaba desde que lo había conocido que existía conexión entre ellos, pero ni en sueños permitiría que se aprovechara de la vulnerabilidad de su amiga. Se arrepentía de dejarlos a solas horas antes, un gran error de principiante que descubrió en cuanto escuchó varias historias de la boca de Kelly y Jhoanna.

—Te daré tiempo —le advirtió la gimnasta— y ruega a Dios que me equivoque o volveré a Florida, te cortaré las pelotas y las lanzaré como carnaza a los caimanes. —Le dio la espalda dejándolo con la palabra en la boca.

Blake resopló, a esa chica le faltaba una tuerca. Regresó a la terraza para despedirse de Ángeles y Elena, no tenía humor para seguir lidiando con Jhoanna, a pesar de que tendría en la noche mensajes de ella reprochándole no habérsela llevado con él. La observó y estuvo a punto de sujetarla del brazo para hablar con ella y acabar esa situación que comenzaba a ser un problema, pero convino que no era el momento para hacerlo.

Estaba eufórica y no deseaba que otra mujer le diese más advertencias o soltase tonterías de ese estilo. El cupo de su paciencia había llegado al límite. Se enfrentó por unos segundos a los deseos de despedirse de Sophia y pensó que era mejor no forzar más la situación. Cogió su mochila dando unos pasos hasta la salida del jardín trasero, sostuvo la pequeña puerta y sonrió de lado.

¿A quién quería engañar? Deseaba volver a verla, retener su rostro en su memoria hasta que tuviera la oportunidad de volver a encontrarse con ella. Arriesgándose, subió las escaleras, encontrándose la puerta entreabierta y la vio desde allí.

El espejo le mostraba una hermosa silueta, llevaba un sujetador de bikini rojo que contrastaba con su piel. Ella se dibujaba con los dedos el cuerpo deteniéndose en ciertos lugares y él llegó a sentirse como un adolescente espionando, aunque no pudo alejarse. La manera que rozaba su cuerpo lo tenía hipnotizado, deseando tocarlo, parpadeó varias veces desechando esa idea y se centró en comprender por qué esos ojos almendrados transmitían un profundo dolor.

Ajena a lo que ocurría detrás de la puerta, Sophia siguió contemplándose, dibujando el contorno de su cuerpo hasta llegar a sus brazos y ahí los miró con frustración. Se tapó de inmediato inclinándose en el suelo y sintiéndose impotente.

Blake deseó entrar y consolarla, pero no era el momento. Se giró, apoyándose en la pared tratando de controlar sus impulsos, tratando de recordar la última vez que se había preocupado tanto por una mujer que no fuese su madre o su hermana. La enorme necesidad de estar a su lado crecía, quería derribar cualquier obstáculo que se atravesase y demostrarle que la vida podía hacerte las mayores putadas que pudieses creer, pero también nos daba la oportunidad de comenzar de nuevo.

En silencio, se alejó, bajó las escaleras y salió de la casa tratando de comprender lo que bullía en su interior.

??

Dos días después, Sophia evitó ir a la asociación de baile. Marian la provocó y amenazó; pero no cedió. Llevaba dos días sin dejar de pensar en

Blake y esas sensaciones que tenía cada vez que se encontraban que le causaban temor, decidiendo que la mejor forma de mantenerlas detenidas era no estar cerca de él y refugiarse en sus recuerdos.

Marian comprendió que necesitaba tiempo y espacio, se unió a Ángeles y Eduardo, que la invitaron a que conociera U.P.B., no quería desperdiciar los días que le quedaban. Asistir a una clase donde estuviera Jackson se convirtió en primera necesidad, a la vez podía observar a ese hombre que estaba detrás de su amiga. En el fondo supo que no pudo intimidarle y eso le molestaba.

Blake llamó a un amigo policía pidiéndole que buscara entre sus contactos de Carolina del Norte información sobre el caso del accidente de Sophia Baute. En un principio tuvo que aguantar las burlas, así como también las pocas esperanzas de encontrar datos de un caso sobreseído y, al mediodía, cuando se disponía a comer un aperitivo, su amigo lo llamó informándole que en su correo tenía lo que pedía.

Se apresuró a comerse el bocata y regresar a la oficina. Lo que leía le daba entender que había muchas piezas sin encajar. La defensa había argumentado un adelantamiento del semáforo, una distracción que condujo al trágico final. Subrayó con ahínco eso último y se imaginó miles de imágenes, y ninguna concordaba con el dolor que percibía de Sophia. La puerta se abrió, dando paso a un aroma conocido y el malhumor apareció, cerró de inmediato el correo y simuló trabajar.

—¡Blake! He estado llamándote —le dijo Chloe acercándose sin reparo.

—Algunos trabajamos de verdad —respondió con acritud el joven y la abogada lo miró con una ceja levantada.

—Todavía no olvido esa llamada tan repentina de tu hermana —respondió con ironía. Ansiaba saber si se había ido con Sophia Baute, no se

lo perdonaría. Más adelante se lo cobraría, nadie dejaba de lado a Chloe Clifford.

—¿A qué has venido? —preguntó Blake siendo preciso, tenía que tener cuidado con cualquier treta que estuviera pensando.

—Veo que estás de mal humor —señaló la abogada fingiendo dulzura.

—Te he dicho que algunos trabajamos —le repitió con frialdad. Chloe puso los ojos en blanco.

—Iré al grano y no te librarás de un café. —Blake suspiró, aburrido a lo que se inventaría esta vez—. ¿Recuerdas que te he dicho que reabriremos un caso? se te enviarán algunos datos para que lo analices. —Esperó con mucha paciencia el siguiente paso. Chloe jamás aparecía para darle ese tipo de información—. Un mal letrado contratado por la familia de la víctima ha sido el culpable de que Frank se lo tome como de manera tan personal. —Blake parpadeó varias veces, tratando de entender sus palabras.

—¿Podrías ser más clara?, no te sigo —señaló el joven. Chloe rodó los ojos.

—Hablo de los Baute —respondió con tono aburrido—. Desde el incidente se han sentido culpables y no escatimaron gastos ni abandonaron a su suerte a la otra familia. Y cuando el abogado de la acusación pidió que la chica testificara, se negaron. Nunca comprenderé a la gente que no tiene cabeza fría para situaciones de esa índole y luego culpan a las leyes por no hacer su trabajo, ahora quieren dejar en evidencia que la defensa tiene influencias.

—¿Para qué desean abrir el caso si los culpables tienen influencias como has dicho? —preguntó Blake sin rodeos.

—Me imagino que Frank ha sentido lástima, y no le quito la razón. Si llegas a conocerla me darás la razón, es un alma en pena. —Insinuó Chloe

observando cómo reaccionaba, cualquier movimiento delataría que se conocían a fondo, convencida de que la artífice era Ángeles, la mujer más entrometida del planeta, en su opinión.

Escucharla hablar con tanto desprecio logró que Blake se enfadara, no había que indagar mucho, entre líneas sabía que se burlaba. Respiró profundo para disimular antes de gritarle que se fuera.

—Cuando vives en una burbuja como en la que ha estado, no sabes cómo enfrentarte al mundo —dijo Chloe y Blake soltó un bufido mental.

Ella era la menos indicada para hablar de burbujas y mundos cuando siempre había tenido todo a la mano. Jamás se había detenido a pensar en cuántos compañeros de la universidad tuvieron trabajos dobles para poder pagarse los estudios, mucho menos lograr una beca. Sintió como la rabia corría por sus venas y maldijo el día que se habían cruzado.

—Hace dos semanas la invité a salir un rato, intentando ver si caía en las manos de uno de los chicos, estoy segura de que lo que necesita es un buen revolcón para que despierte de ese modo zombi. —Blake apretó las manos, aguantando todas las barbaridades que soltaba, quería sacarla a patadas. Tensó la mandíbula, tenía que callar, le debía ese puesto a Frank y de nuevo se maldijo por los favores concedidos, el precio de lo que se deseaba solía salir caro y cada día se le hacía más cuesta arriba.

—Sigue estancada en ese maldito accidente como si la vida se hubiera acabado allí—prosiguió Chloe—. Le aconsejé a Ángeles y Eduardo que la llevarsen a U.P.B. —Lo miró con una ceja levantada, dándose cuenta de que estaba incomodo. Eso hirió su orgullo, era imposible que todo este tiempo hubiera intentado llevarlo a su cama y, de buenas a primeras, una mentecata lo atrapara. Prosiguió pesando en cómo vengarse de los dos por creer que era una idiota—. ¿Por qué me miras así? —le dijo para saber si seguiría

fingiendo.

Blake no podría aguantar mucho más y tenía que ser astuto para cortar esa conversación y sacar a Sophia de todo eso.

—Mucha gente va a U.P.B. y no, no conozco a la chica —mintió muy, a su pesar.

—No te pierdes de nada —señaló Chloe a sabiendas de que le mentía—. Te aseguro que pensarías como yo, ¡qué vida tan malgastada! —Para Blake era el momento de dar por terminada esa incómoda charla.

—Hablas conmigo, Chloe, debes tener algún interés para haber venido hasta aquí y dudo que sea para hablarme del caso —repuso Blake. Ella sonrió viendo cómo trataba de protegerla. Se acercó con descaro llevando la mano al hombro de él, ofreciéndole sutiles caricias.

—¿Sabes cuál es mi interés? —señaló ronroneando, bajando sus manos al pecho de Blake que, con disimulo, las apartó.

—No estoy de humor —respondió con sequedad. Chloe había ido con un solo propósito y lo había descubierto, así que lograría que él participara en el caso para que tuviese que escoger entre las dos.

—Puedo ayudar a mejorarlo —le sugirió al oído—. Por una tarde que te escapes tu jefe no te reprenderá, lo garantizo. —Bajó la boca hasta su oreja, mordisqueándolo. Blake cerró los ojos cansado de ese maldito juego, la apartó con sutileza y Chloe soltó una risita.

—No puedes negarme un café —afirmó la abogada. Sujetó su mano obligándolo a levantarse. Blake inhaló todo el aire que pudo, cada vez que accedía a sus caprichos sentía que le debía más y era agobiante. La única manera de deshacerse de ella era la excusa de siempre, el problema surgía después; tendría que negociar con Jenny y la muy manipuladora estaba volviéndose experta en ello.

El móvil de Chloe comenzó a vibrar con una melodía electrónica, se alejó y con rapidez sacó el suyo escribiendo en clave a Jenny. La hora siguiente iba camino a casa de su madre en busca de la pequeña diabólica que tenía como hermana. Meditó sobre lo que estaba sucediendo, tendría que revisar las pruebas; si el bufete estaba decidido a reabrir el caso, debía hablar con los Baute, sentía que guardaba un secreto que le costaría la confianza de Sophia.

??

Los siguientes días, Sophia comenzaba a inquietarse; Blake Clark no daba señales de vida y con ello había acertado que solo había sido mero compromiso. La rabia y decepción se hicieron paso, se sintió estúpida por creerle cuando solo buscaba pasar el rato y se negó con rotundidad ir a U.P.B., incluso le prohibió a su amiga que hablara de ello.

Marian insistió en que no podía quedarse entre esas cuatro paredes y la obligó a acompañarla al centro comercial a dar un paseo. Una vez dentro, caminaron durante diez minutos hasta encontrarse con Jackson. Sophia enseguida supo que era una encerrona y la miró con el ceño fruncido, a la vez que Jackson, con su encantadora actitud, las saludó y, cuando pudo, sujetó a Marian del brazo, alejándose unos pasos.

—¿Cómo te atreves a engañarme? —siseó Sophia con enfado.

—Era la única forma que vieras que U.P.B. no es solo Blake y el trabajo que hacen tus abuelos.

—Me voy —dijo la joven de inmediato. Apenas dio dos pasos cuando se topó con Jhoanna, que destelló rabia a través de sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —le reprochó con rabia Jhoanna—. ¿Vienes a echarme en cara que estás...? —No pudo terminar la frase cuando otra chica señaló a Marian sin disimulo.

—¡Cuento diez y te largas! Nadie te ha invitado —le advirtió la chica acercándose con rapidez.

Sophia, desconcertada ante toda esa absurda situación, reconoció a la chica a la que había amenazado su amiga, era la misma que había desafiado a Blake. Miró a su alrededor pensando que él estaría en cualquier lugar y, sin verlo, su corazón latió más rápido de lo normal, aunque la sorpresa se la llevó cuando la chica que había señalado a Marian fue apartada por José y Kelly.

Sophia tenía la sensación de que quería liarla y no tenía ni idea de qué demonios estaba pasando. Jhoanna se acercó y, lejos de poder preguntar de qué la acusaba para defenderse, se sintió avergonzada en cuanto volvió a señalarla.

—Desde que aparecisteis os habéis cargado la buena vibra que teníamos —la acusó Jhoanna mirándola de arriba abajo—. No perderé el tiempo, te aseguro que volverá a mí.

Y con esas palabras se alejó. Sophia seguía sin entender nada ni por qué la acusaba de esa forma, se abrazó a sí misma sintiéndose culpable sin saber de qué. Marian le sujetó los hombros, obligándola a mirarla.

—Olvídate de ella, respira por la herida. —La joven ladeó la cabeza levantando una ceja.

—Es mejor que me marche—concluyó Sophia—. No sé a qué vienen estas acusaciones, estoy por pensar que os habéis vuelto locos y, por tu empeño en que viniera, estoy pasando la mayor vergüenza de mi vida.

—¿Por qué tienes que buscar lógica a todo? —respondió Marian con rudeza—. Ten paciencia, es lo único que te pido —le indicó más como una advertencia.

??

Jenny estaba nerviosa por lo que harían y entró con premura al centro

comercial. Miró el reloj, veía que llegaría tarde, pero en cuanto se acercó, se percató de que no todo iba a marchar como quería. Tener que volver a ver a esa esnob que intentaba ligarse a Jackson era muy mala suerte y no tenía humor para soportar cómo revoloteaba alrededor de él, iba a echarla a patadas, no iba a permitir que su esfuerzo se fuera al garete por culpa de una zorra caprichosa, pero Kelly y José la apartaron.

—Estás loca si crees que vamos a dejar que tires por tierra lo que vinimos hacer—advirtió Kelly algo malhumorada.

—¿Y qué quieres que haga?! ¿Que aplauda al ver cómo lo intenta con Jackson?

—Que yo sepa, no estáis juntos —inquirió Larry—. Lo siento, pequeña, por ser tan sincero, él puede estar con quien le plazca.

—¿Y quién te ha dicho que no somos nada? —respondió Jenny indignada. No podía ser cierto, seguía con su maldito juego de esconder su relación.

—Jackson —indicó, Larry arriesgándose que le pateara el culo en ese instante.

Jenny apretó los dientes con fuerza, herida y engañada se alejó un poco para que no vieran las lágrimas aparecer. Lo había vuelto a hacer y esta vez no se la iba a perdonar, Jackson se había vuelto su debilidad y ella había crecido pensando que ningún hombre la engañaría como lo habían hecho con su madre, pero ahí estaba, una y otra vez era engañada por un idiota que solo pensaba con su pene.

Miró con odio a esa chica que había aparecido de la nada y discutía con otra a la que juraría que conocía de algo, pero tenía otra pregunta en la mente «¿quiénes son?». En el instante que iba a echarla a patadas, Jhoanna le reprochaba a la desconocida. Larry volvió a acercarse, torciendo su boca.

—Blake acaba de llamar, no participará de forma directa.

—¿Qué? Esto no va a salir bien —concluyó Jenny.

—Creía que estabas de nuestro lado —le dijo Larry con rencor.

—Soy sincera —respondió sin rodeos. Su hermano era el eje central de todo lo que iba a suceder a continuación, últimamente se justificaba «con su trabajo» y era injusto, había ensayado codo con codo. Respiró profundo mirando su reloj, quedaban diez minutos y se lo hizo saber a Jhoanna con una seña desde lejos, por lo que cada uno se puso en posición.

Si su hermano no quería seguir en U.P.B. porque le gustaba jugar con los ricachones, que no volviera a contar con ella para ayudarlo a salir de apuros.

Sophia esperó y esperó, pero no veía que ocurriera nada extraño. A punto de volver a decir que se largaba, denotó la extraña actitud de los chicos y decidió esperar unos minutos más.

—¡Hora del espectáculo! —señaló Marian sonriendo de lado. Sophia siguió la mirada de su amiga, se escuchó los acordes de un hip-hop a todo volumen por todo el lugar a la vez que Jackson, Jhoanna y otros chicos más salían de la nada bailando entre la gente.

—¿Que hacen? —preguntó la joven desconcertada ante el barullo que se armaba.

—*Flashmob* —respondió una voz gruesa de hombre detrás. Su corazón aleteó y se recriminó en silencio por esa reacción, al igual que por ese cosquilleo que había erizado su piel. Fingió ignorar su presencia, evitando que notase cómo la había trastocado.

—No sabía que te gustaba espiar conversaciones ajenas —expresó con ironía la joven.

—No lo hago —respondió Blake con guasa, sorprendido al verla allí. Era un aire fresco a ese día de mierda que había tenido, consciente de que había

desaparecido de su vida, se esforzó por no llamarla o enviarle un WhatsApp y ¡Dios sabía cómo le había costado!

Seguía sin estar de acuerdo con la promesa que le hizo hacer Ángeles, no era justo para ninguno de los dos. Confuso por ello dejó, que pasasen los días como un suplicio, recordaba cada minuto su sonrisa, sus ojos y la incesante necesidad de tenerla a su lado, lo que al parecer sería solo en sus sueños, ya que apenas podría ser si acaso su amigo.

Sin embargo, ahí estaba, las casualidades existían o esta vez tendría que agradecerle a la engreída de Marian por haberla traído a pesar de lanzarle puyas las veces que se habían tropezado en la asociación.

—Te he visto desde lejos —respondió Blake ante el silencio y la barrera imaginaria que existía entre ellos—. Y pensé en acercarme para saludar, te he escuchado preguntar y en casa me enseñaron buenos modales.

—Interesante —respondió con sarcasmo Sophia. No olvidaba que había desaparecido, quiso girarse y reprocharle. Al segundo pensó que no era nadie para hacerlo y trató de centrarse en los bailarines que hacían movimientos de *street dance* acompañados de salsa; la gente se detenía a ver la actuación mientras Sophia experimentaba nuevas sensaciones que trataba de ignorar por tener a escasos centímetros a Blake.

De nuevo aparecía esa ebullición. Quiso apoyarse en su amiga para que las sacara del apuro, pero la había dejado a solas.

—Sophia, al menos puedes saludarme —indicó Blake sacándola de ese ensimismamiento en el que estaba. Si bien era cierto que el día que se habían reencontrado solo tenía ojos para las largas piernas que la joven tenía, en ese instante el vestido de verano no le era indiferente. Marcaba su figura y su trasero respingón, respiró profundo centrándose en explicarle qué era un *Flashmob*, lo mejor para los dos.

—Lo que recuerdo de etiqueta —respondió Sophia—, es que quien llega es el que saluda. —Blake sonrió a la respuesta cargada de inocencia.

—Tienes razón —señaló con burla el joven—. ¿Cómo estás?, bueno no hace falta que respondas, te veo muy bien. —Sophia ladeó la cabeza con la mirada gélida.

—¿Qué quieres, Blake? —preguntó sin rodeos—. Me prometiste ayudarme y no lo has hecho, así que no sé a qué viene esa sonrisa.

—¡Caramba! —exclamó el joven entendiendo que no todo estaba perdido—. Las lecciones de Marian surten efecto. —Sophia, exasperada, trató de alejarse, pero Blake, sin estar seguro, se dejó llevar por los impulsos—. Hablando de ayuda, hoy comenzamos.

—¿Qué? —Agarró su mano antes de que ella se arrepintiera. Sophia se encontró girando y chocando contra el pecho de Blake.

Él dedujo que, si ella buscaba motivos para sentir pasión por los detalles de la vida, era el momento ideal para comenzar.

—Pero... —indicó la joven, que lo miró a los ojos respirando con cierta dificultad.

—Déjate llevar —musitó Blake fijando sus ojos en ella. Dieron otro giro dejando que sus brazos la acunasen.

La adrenalina comenzó a correr por las venas de la joven como cuando competía, una sensación que en el fondo deseaba experimentar de nuevo. Intuyó que la gente los observaba, escuchaba vítores de ánimos pidiéndoles más. Era como si en ese instante se trasladara a sus mejores momentos en el tapiz. Por mucho que luchaba contra sí misma, se dejó guiar por el hombre que la empujaba más y más a una nueva experiencia; improvisar delante de anónimos.

Había asistido a infinidad de competiciones, estaba más que

acostumbrada a tener diferentes públicos, pero todo estaba planificado y conocía el paso que daría al segundo siguiente, en cambio, en ese instante desconocía qué sucedería. Dio otro giro para encontrarse frente a frente.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó Sophia tratando de fingir normalidad.

Blake no pudo responderle en ese instante, sino que la sujetó de la cintura, reteniendo ese instante en su mente. Necesitaba volver a tenerla en sus brazos, sentir su cuerpo junto al suyo, sus labios, sus ojos atigrados lo envolvían llevándolo a creer que solos estaban ellos dos en ese lugar. Escuchó el grito de José, que cortaba la conexión entre los dos.

No podía acercarse a ella, pedirle que confiara en él cuando tenía que ocultarle una situación que la involucraba directamente. Cerró los ojos y le dio una vuelta, centrándose en una respuesta.

—La asociación cada año hace una exhibición para atraer nuevos alumnos —respondió Blake centrándose en la pregunta que le había hecho—. A Jackson, José y Kelly se les ocurrió la idea; una manera de hacer publicidad y, dependiendo de las personas que se acerquen hoy, se podrá repetir.

»El dinero recaudado ayudaría a mejoras en la asociación, pagar deudas y exonerar algunos alumnos. Me pareció interesante, sobre todo no tener que depender tanto de los benefactores. ¿Te puedo contar un secreto? —indicó Blake mirándole a los ojos, le era imposible no hacerlo y mientras más tiempo pasaban juntos, más crecía el deseo de besarla. Sophia afirmó con la cabeza—. No debería estar aquí, espero que la gorra y las gafas cubran un poco mi apariencia. Mi trabajo no es compatible con este tipo de actividad, este es mi último año en U.P.B. y, en parte, es la razón por la que dejé que los chicos tomaran la iniciativa.

—Entonces ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué te has atrevido a salir a escena?

—Por ti... —le confesó Blake, acto seguido hizo que girase para que ambos meditasen sus palabras.

Sophia respiró con dificultad, era difícil de ignorar lo que le acababa de decir, se pasó la lengua por los labios. No se esperaba esa respuesta tan sincera, no se esperaba que su cuerpo pidiera a gritos ser de nuevo acunado por esos brazos fuertes y calurosos.

Volvieron a encontrarse frente a frente, él estaba preparado para cualquier excusa, había sido impulsivo y, por mucho que se pudiera contener, a veces era necesario hablar con el corazón. Sin embargo, al chocar sus cuerpos, Sophia le ofreció una mirada cargada de dulzura. Una mirada tan honesta y pura que en ese instante se prometió mostrarle mil maneras de aferrarse a la vida.

Las manos de Blake subían y bajaban, dibujando con sutilidad las caderas de Sophia, recibiendo a cambio, movimientos sugerentes que hacían mella en él. Infinidad de veces había bailado con todo tipo de mujeres y no iba a esconder que, con ello se había llevado a más de una a la cama, pero esta vez iba más allá de un deseo carnal. La mujer que tenía al frente lo hacía sin ninguna pizca de doble intención.

Cada vez le era difícil detenerse y besar sus labios, la necesidad de perderse en ellos se hacía evidente, solo quería tenerla para él, algo que le sucedía por primera vez, pero Sophia se detuvo. Fijando su mirada en él, negó con la cabeza y se alejó, perdiéndose entre la multitud.

De nuevo había visto más allá de lo que Blake se atrevía a confesar y no podía ser real, ningún hombre la volvería a ver atractiva, lo sabía desde el accidente, nada era igual. Caminó sin rumbo fijo por el centro comercial

abrazándose a sí misma hasta encontrar la salida para sentarse lo más apartada posible, rechazando las sensaciones que experimentaba, sintiéndose culpable por tener otra oportunidad de vivir.

La vio alejarse con rapidez y cerró los ojos, frustrado; lo que menos necesitaba era que un hombre se aprovechara de su vulnerabilidad. Chasqueó la lengua, reprochándose por su estúpida actitud y se inmiscuyó entre las personas culpando a sus malditos impulsos.

Jenny no perdió detalle, así como tampoco los suspiros que sacaron al público, «¿quién demonios era esa mujer que ha logrado que Blake cambiara de opinión?». Una vez terminado escucharon al público aplaudir eufóricos, aceptando la publicidad y preguntando sobre la asociación. Ella se acercó a Jackson, tendría que ser cordial para averiguar quién era la misteriosa chica que había huido dejando a su hermano tirado. Tenía muchas cosas que reclamarle, aunque no era el momento y la respuesta vino sin preguntar ni disimular lo que no sentía.

—Sophia me ha dicho que está afuera —dijo Marian guardando el móvil en su bolso—, no sé si ir y traerla por los pelos y reclamarle por robaros el *show*.

—No sé si indultarla —dijo Jackson sonriendo—. Ha movido las caderas, nunca pensé que lo hacía de esa manera... —añadió el chico levantando las cejas—. Muy, muy sexy... —Marian le golpeó el brazo en broma con cierta complicidad.

—Deja de decir eso o te patearé las pelotas —le advirtió entre risas Marian, y eso le hirvió la sangre a Jenny.

—Creí que se había ido a liarse con Blake —respondió con ironía Jenny. Jackson dejó de sonreír, fijó sus ojos en ella intentando reprocharle. Nada la

callaría, iba a dejarle claro a esa desconocida quién era y a quién le pertenecía el chico que tenía al lado.

Marian levantó una ceja y la miró con frialdad.

—¿Y llegas a esa conclusión por?

—Bailaban juntos —respondió la chica que, para darle más realismo, juntó sus dedos índices y los movió de un lado al otro. Marian se cruzó de brazos enfadada a la desfachatez de Jenny.

—¿Quién te crees para hablar así de Sophia?

—¡Para! —intervino Jackson mirando a Jenny, sabía de lo que era capaz—. Dudo que a Blake le sienta bien lo que has dicho.

—Como si me importara lo que dijese, además, tú y yo tenemos que hablar.

—Te importa, lo sabes muy bien —volvió a decirle Jackson—. Y no quiero escuchar tonterías producto de tu imaginación —le hizo saber.

Ofendida porque le hubiera dado esquinazo, le dio la espalda sin despedirse. Dio unos pasos, pero se detuvo, se giró de nuevo cegada por los celos y su desprecio.

—¡Jackson! —dijo alzando la voz.

—¿Qué quieres ahora, Jenny? —preguntó en tono aburrido el chico.

—¡Que te den!

Dio la vuelta y rehízo su camino, maldiciéndolo. Marian estaba perdiendo destreza en pillar a la primera lo que pasaba, ladeó la cabeza y, sin rodeos, preguntó.

—¿Y esa quién diablos es?

—La hermana de Blake.

—¡Ah!



Jenny iba a encontrar la forma de hacerle pagar a Jackson las lágrimas que se le habían escapado por su culpa. Se detuvo en el escaparate de una tienda de lencería; el día anterior había estado a punto de comprarse una para lucirla ante ese idiota.

—¡Capullo! —siseó por la rabia que sentía. Su móvil comenzó a sonar y lo ignoró, no deseaba hablar con nadie y mucho menos con él. Lo maldijo limpiándose el rastro de lágrimas, suspirando varias veces por la frustración de haber caído en los brazos fornidos del moreno.

De nuevo, su móvil vibró y dejó que siguiera haciéndolo hasta que se cortara la llamada, la mejor compañía la tenía en ese instante, la soledad para reflexionar. Sacó su iPod, sus gafas de sol y su gorra para aislarse de todo y, a medida que recorría el lugar, entendía por qué lo habían escogido para hacer la representación.

Era abierto, con bastante claridad y aire acondicionado. Miró hacia el techo, en la parte central del mismo apreciaba los rayos del sol que entraban jugando con la cristalera azulada, recordándole una de las tantas escapadas con Jackson, disfrutando de la playa de otra ciudad durante el día hasta caer la noche en la que le mostraba los juegos de la pasión. Bajó la cabeza por haber sido tan estúpida y siguió caminando, obligándose a olvidarlo.

Sería difícil, eran pareja de baile, sin olvidar que mantenía la sensación de sus manos viajando por su cuerpo y maldijo sin importar que la oyesen. Su móvil sonó por enésima vez, lo sacó de la bandolera para saber quién demonios insistía tanto, era su hermano.

—¿Dónde estás? —preguntó Blake—. Llevo veinte minutos llamándote.

—No tenía ganas de hablar con nadie —respondió con sinceridad Jenny.

—¿Qué ha pasa, enana?

—Nada que yo no pueda arreglar. —Le hizo saber, pero Blake no le creyó. Jenny era un incordio de persona, no obstante, cuando algo le hacía daño se refugiaba en ella misma, por lo que odiaría tener a otra chica que pasara a modo ermitaña en esos instantes, aunque esa respuesta le indicaba que le afectaba más de la cuenta.

—No pienso invitarte a comer —soltó el joven, empujándola a hablar.

—¡Vale!... A parte de tacaño, eres mal hermano.

—Me deberían poner un altar, no dejas de aprovecharte de mí —le dijo para animarla.

—¡En serio! —exclamó Jenny—. ¿Quién es el de los líos de faldas?

—Reitero lo dicho, eres manipuladora y chantajista. —Jenny resopló, se le acababa la poca paciencia que le quedaba y se lo hizo saber.

—Como tú única hermana, deberías dejarme respirar.

—Gracias a Dios que eres la única —respondió con burla Blake.

—¿Qué coño quieres?

—¿Qué está pasando? —preguntó por última vez su hermano a la respuesta dada. Resignada a que no iba a dejarlo pasar ideó alguna excusa.

—¡Ya sabes! Las hormonas ligadas a mis opiniones y mi sinceridad.

—Espero que no tenga nada que ver con la universidad —señaló el joven. Jenny respiró aliviada dando gracias al universo.

—Propuse hacer una manifestación contra los fabricantes de las lavadoras, ya que no terminan de aclarar por qué siempre un calcetín termina sin pareja.

—¡Deja de tomarme el pelo! —repuso molesto. Ella soltó una carcajada, imaginando la cara de sorpresa que tenía que haber puesto al escucharla—. Te recogeré en la entrada del centro comercial y me explicarás qué rayos pasa

—indicó Blake. Jenny estuvo a punto de decirle que no, pero lo pensó mejor, un poco de mimos por parte de su hermano no le vendrían mal.

—¡Eres un sol, hermanito!

—Y tú no cambias —dijo a la vez que colgaba.

Apoyó la cabeza en el cabezal del asiento del coche, cerró los ojos, cansado y agobiado por la huida de Sophia. Tantos talleres de psicología a los que había asistido y no sabía cómo actuar ante una persona que prefería hundirse en la tristeza. En esos segundos de cercanía había absorbido el agradable olor que desprendía el pelo recogido de Sophia. Lo trasladó al campo, a cuando era niño, recordando también el por qué no perdonaría a su padre, los mejores momentos de su infancia los disfrutó junto a él cuando iban a *Fall Creek Falls*, hasta que todo cambió y terminaron mudándose de ciudad.

El rencor se apoderó de su corazón y se obligó a desprenderse de esos malos recuerdos; se lo había prometido a su madre y a él mismo. Encendió el coche y salió del aparcamiento en busca de su hermana.

??

Dos días después, Marian insistió en que Sophia la acompañase a U.P.B.; se metió en la cabeza que lo que había pasado era producto de su imaginación, pero los nervios comenzaron a jugar en su interior. Negarse o inventar otro pretexto terminaría en una pelea, no tenía más salida que aceptar ir. Estaba claro que Marian estaba detrás de Jackson. Su amiga se vistió con un peto ceñido al cuerpo y la envidió unos segundos, deseaba ser como ella y no tener tatuado el cuerpo con el recuerdo del accidente.

¿A quién engañaba? Nadie se fijaba en una chica a la que todos le tenían lástima, por lo que no se esforzó en ir lo mejor vestida posible. Sacó un pantalón pirata, unas sandalias abiertas y una camiseta básica con su habitual chaqueta. Su amiga suspiró en alto, Sophia abrió la puerta y bajó antes de que

se acercara al armario en busca de algo que le pareciera mejor y le ordenara cambiarse.

Durante el camino se mantuvo callada, Marian hablaba y ella solo podía contestar con monosílabos. Su único pensamiento era que volvería a encontrarse con Blake y eso le provocaba una ansiedad que nunca había tenido. Aparcaron el coche y se bajaron, estiró un poco las mangas de su chaqueta y respiró lentamente, su corazón comenzaba a galopar con rapidez, haciendo que se recriminase por milésima vez.

En cuanto entraron, la familiaridad con que Marian saludó a casi todos hizo que se sintiera fuera de lugar. Pensó que había sido un error ir, pero su amiga la sujetó del brazo, tirando de ella para entrar al pequeño teatro que tenían al final del pasillo.

Marian vio el rostro de desconcierto de su amiga y le reprochó por no haberla escuchado durante el camino. Entornó los ojos, contándole de nuevo que ese día harían una prueba antes del ensayo general de la exhibición de puertas abiertas. Sophia dio gracias a todo el universo porque las luces eran tenues y, con un gesto brusco, le indicó que se sentaría cerca de la salida. Su amiga resopló y la dejó allí para ir hasta los bastidores, ella cerró los ojos, tratando de calmar los nervios.

??

Blake terminaba de estirar cuando vio a Marian caer en los brazos de Jackson. El día anterior le había lanzado más que una pequeña advertencia al chico y acababa de percatarse que había pasado de él. Esperaba que solo fuese por mera cordialidad, lo apreciaba, pero si tenía que partirle la cara lo haría, no permitiría que jugase con los sentimientos de su hermana.

Miró el reloj que había colgado en la pared y deseó que Jenny no saliera de clases antes de tiempo, quería evitar sacar conclusiones precipitadas. Escuchó las carcajadas de esa irritante chica y pensó en Sophia; desde en el

centro comercial no había vuelto a saber de ella y dudaba volverla a ver. Después de leer todo el caso, junto a las múltiples noticias que habían saltado en el explorador de la web, se había quedado un poco desarmado, se enfrentaba a la muerte del hombre que ella amaba y con el que se había prometido. Una punzada de celos apareció cuando conoció la historia a la vez que aquellas palabras que le impactaron no dejaron de resonar en su cabeza «era la que debía estar muerta».

Quitarle esa idea sería difícil, llevaba meses en su mente y ese estúpido secreto sobre no contarle del caso hasta que la llamaran de testigo lo atormentaba hasta el punto de que su conciencia decidió irse por el camino fácil: apartarse, lo contrario a lo que su cuerpo y corazón querían. No podía ser partícipe, no quería causarle más dolor y decepción.

Las risas de Marian fueron más altas y la miró de reojo, pidiéndole que se callara, Jhoanna apareció saludando a todos menos a él, aquella tarde en la que se sinceró, ella se encargó de mandarlo por un tubo. No fue fácil, no era justo seguir alimentando ilusiones de una relación que era inexistente. Era su culpa por dejar que pasase el tiempo y no parar cuando hubiera debido. Ella le advirtió que mantendría el compromiso de ser su pareja en la exhibición, pero no quería saber nada de su existencia.

—Ha venido la familia a la que te vendiste —indicó con rudeza Jhoanna.

Suspiró en alto, no valía la pena responderle, terminarían discutiendo y era lo ella que deseaba. Lo que le molestaba era que lo juzgara de esa manera. Que Frank Clifford estuviera allí no era de extrañar, Ángeles lo habría invitado como parte de uno de los benefactores. Se levantó para cambiarse, sin embargo, Jhoanna no se la dejó pasar.

—Es humillante que no esperaras a que me fuera para restregarme en la cara vuestra relación. —Blake cerró los ojos y contó hasta diez antes de ser quien la mandara al mismísimo infierno, pero no hizo falta; Marian, con sus

risas y su gritito fingido logró que se olvidara de él.

—La última vez que estuve a la luz de la luna, no fue durmiendo —dijo Marian riéndose mientras enroscaba un mechón de su pelo en un dedo—. Fue en una escapada a Hilton Head y lo volvería a hacer si me acompañas, y no a mirar las estrellas. —Jhoanna resopló, alejándose y murmurando por lo bajo que cada día salía un imbécil a la calle.

Por esa vez él le daba la razón. Observó de nuevo a Marian, meditando en la vida de las gimnastas por unos segundos. Si sus entrenamientos consistían en más de seis horas al día, seis días de la semana con un único objetivo de lograr los movimientos perfectos y rutinas inigualables para grandes competiciones ¿cómo podía andar de juerga?

Descartó la idea de inmediato, de esa rubia engreída esperaba cualquier cosa.

—¿Las estrellas? —preguntó Jackson riendo a carcajadas—. ¡Me gusta!

No quiso seguir escuchando gilipolleces, necesitaba centrarse antes de comenzar. Sacó de su bolso su iPod y sus cascos, ignorando su alrededor sin éxito. Tener a Marian cerca era asociarla con su chica de ojos almendrados y esa connotación de las estrellas lo llevó a recordar la noche que se habían conocido, cuando admiraban las pocas que los acompañaban; fueron unos instantes donde las sensaciones que experimentó fueron únicas y difíciles de olvidar.

Siguieron entrando a los bastidores más jóvenes que participarían hasta que el chico del sonido le tocó el hombro, indicándole que comenzarían en breve, devolviéndolo a la realidad.

Sophia no dejaba de mover su pierna y en cuanto vio entrar a los Clifford, se escondió del todo, comenzaba a enfadarse porque Marian no regresaba. Observó de nuevo el lugar, se notaba que lo habían acondicionado

con butacas y un buen escenario. Se sintió mal por ser egoísta y negar la oportunidad de que sus abuelos le mostrasen con orgullo lo que habían creado. Las luces cambiaron a varios colores y su atención recayó en el escenario, a la vez que la voz de un hombre indicó el comienzo.

Primero salieron varias parejas de mayores bailando flamenco, seguidos de otro grupo con un tango, unas pequeñajas con una representación de *ballet* que logró sacarle más de una sonrisa al acordarse de sus horas de prácticas. Después apareció Jackson junto al grupo de jóvenes que instruía Blake. Se sorprendió por su coordinación y armonía, al igual cada técnica usada, era limpia y divertida. Sintió alivio, ya que entre los bailarines no estaba él y creyó que no participaría.

Se levantó para coger un poco de aire y, antes de salir, escuchó indicaciones de la última actuación que sería por parte de uno de los mejores profesores de la asociación. Las luces se apagaron, dejando a una pareja en el medio del escenario. La música de fondo la hizo girarse y verlo ahí junto a Jhoanna.

Jamás hubiera creído que ese hombre pudiera también tener conocimientos de danza contemporánea. Cada movimiento era con la mayor sutileza y esmero que solo la persona que amaba la danza podía expresar, la conexión entre ellos iba a más allá y se asustó con lo que comenzó a sentir. La melodía la transportó a esos instantes que había estado en sus brazos sintiéndose libre. Durante días negó hasta la saciedad el querer volver a sentir las manos de Blake en su cuerpo.

Empuñó sus manos, enfadada consigo misma, y salió del lugar dando un portazo sin importar que la vieses, era inconcebible que los celos nacieran en su interior cuando el hombre que amaba había fallecido meses atrás.

Sin decir adiós ni siquiera a Elena, a la que dejó con la mano levantada, salió de la asociación. Ese trecho se le hizo interminable, la conciencia se

hacía presente, torturándola, y no era justo. Se limpió una lágrima que se escapó ante la eminente frustración, tenía que sacarse de su corazón a Blake; era imposible que sintiera algo. Sin percatarse de cuánto había caminado, se tropezó con otra persona.

—Perdona, voy con retraso —dijo la chica que, al ver a Sophia, no pudo reprimir la pregunta—. Te conozco. —Jenny la había reconocido enseguida y le extrañó ese estado tan alterado en el que se encontraba. Se fijó en la dirección de la que venía y supuso que estaba en U.P.B.

Siguió observándola, parecía perdida y triste. Rodó los ojos pensando que su hermano escogía súper mal sus ligues, aunque se lo negara, tenía la intuición que le gustaba más de lo que quería aparentar. Miró su reloj, era tarde y se había perdido el ensayo.

—No, no creo —respondió Sophia nerviosa—. Disculpa debo seguir.

Jenny llegó a la conclusión de que, si estaba en la asociación, Marian estaba metiéndole mano a Jackson. Sintió rabia hasta tal punto de echárselo en cara a la chica que tenía al frente, gritarle que ese saco de huesos que tenía como amiga quería pasar el rato con su chico, ese que hasta unos días atrás creyó que era su novio, pero, a pesar de querer hacer eso, le conmovió verla deseosa de escapar como si acabase de ver morir a la madre de Bambi.

«¡Diablos! Bambi me hizo sufrir», dijo para sí. Resopló al saber que se arrepentiría de lo que iba hacer más adelante.

—No voy a preguntarte qué ha sucedido —dijo Jenny llamando su atención—, pero tengo la solución a tu problema y al mío.

—No tengo ningún problema —repuso Sophia comenzando a alejarse. Jenny sonrió.

—Sí que lo tienes y tengo la solución para eso. —Ella ladeó la cabeza para aclararle que los buenos samaritanos ya no existían.

—No quiero ser maleducada, dudo que ese poder de saber si una persona

que desconoces tiene o no algún problema pueda funcionar conmigo. Si necesitas ayuda existen muchos grupos de apoyo. —Jenny rio sin disimulo alguno.

—Estudio para ayudar a las personas a enfrentarse a sus problemas— respondió Jenny con aires de superioridad. Sophia levantó una ceja desconcertada.

—¡Vaya! ¿Y cuál es mi problema? —preguntó con ironía la joven, pensando que en esa ciudad la gente estaba loca. Un día se acercaban, asumían que tenías algún problema y te indicaban cómo solucionarlo.

—Empezaré con el mío —indicó Jenny—. Va más de tardanza a un evento de suma importancia, por lo que me llevaré una reprimenda —indicó con un mohín. Sophia la observó dándose cuenta de que su cara le era familiar.

—¿Cuál se supone que es la solución? —preguntó la joven llena de curiosidad.

—Cerca de aquí hay una heladería que vende unos helados divinos de la muerte.

Sophia abrió los ojos sorprendida.

—Suena bien —respondió con sarcasmo la joven—. Lamento decirte que conmigo no funcionará, lo mío no tiene solución.

—Créeme, Sophia, es la solución perfecta para nuestros problemas.

«¡Mierda! No debí decir eso último». Se dijo Jenny para sí. Tenía que pensar rápido antes de que la atacara con preguntas.

Sophia abrió los ojos de repente, media ciudad la conocía. Se sintió incómoda al suponer que también conocían su problema, lo mejor era cortar esa rara conversación, llamar a sus abuelos y decirles que se había marchado, aunque la curiosidad era mayor.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó sin rodeos.

—Tus abuelos —respondió Jenny de inmediato—. Vamos por el helado y olvidemos por un rato al mundo. —No tuvo tiempo para pensar, la chica tiró de ella y cruzaron la calle, no se detuvo ni protestó, ya que una palpitación extraña se acunaba en su interior, por lo que otorgarle un voto de confianza era lo mejor.

Cada una iba envuelta en sus pensamientos. Jenny trataba de idear alguna conversación que no terminase nombrando a su hermano y Sophia trató de pensar quién era hasta que se acordó. Era la misma chica que había desafiado a Blake y que señaló a Marian. Se pasó la lengua por los labios, arrepintiéndose de ir, lo que menos deseaba era que le sometiera a un interrogatorio.

Jenny enseguida comprendió que había atado cabos en cuanto vio que se cruzó de brazos estando a un paso de la heladería, era muy tarde para dar explicaciones y fue sincera.

—Te he dicho que tengo la solución a nuestros problemas, no que hablaremos de ellos.

Sophia la escrudiñó, le era difícil confiar si venía con dobles intenciones, le aclararía que entre ella y el chico guapo de la asociación no había nada. Entraron a la heladería hasta una pequeña vitrina donde estaban los distintos sabores, Jenny saludó a la dependienta y escogió un sabor.

—¿Me recomiendan uno? —preguntó Sophia para simpatizar y tratar de entrar en la conversación que mantenían las chicas.

—Por supuesto —dijo Jenny—. Ese que ves —indicó con el dedo—. Es de *straciatella*, el de allí es de pistacho y ese no te lo recomiendo —dijo señalando uno de color amarillento. La joven dependienta entrecerró los ojos y Jenny sonrió mostrando una hilera de dientes.

—El mejor de todos ¡es el de Snickers! —afirmó la chica mordiéndose el labio con picardía.

Sonrió a la sugerencia y aceptó la recomendación. Insistió en pagar para luego sentarse en unas mesas alejadas de la entrada y ahí hablaron de todo y de nada, agradeciéndoselo en silencio. Era como una desconexión de su vida. Ambas entendieron que con la compañía de cada una era suficiente para las dos. Sophia se excusó con ir al baño y Jenny aprovechó para enviar un mensaje.

Jenny

¿Cómo ha ido el ensayo?

Blake

¡Una mierda! Jackson está enfadado por tener que recurrir a Kelly como compañera, ya sabes a qué me refiero. Hellen y su marido han venido.

Jenny

¿Y eso no es bueno?

Blake

Para Jackson y Jhoanna, para la asociación no y sé que se irán con ellos.

Jenny

No creo que Jackson acepte.

Respondió dudando, aunque ya no estaba segura de nada.

Blake

¡Hermanita, eres demasiado ilusa!

Jenny

Disculpa, don madurez andante.

Blake

Acabas de darme la razón, enana.

Torció la boca porque había ganado esta vez por lo que decidió castigarlo

al creer que la conocía.

Jenny

Como soy tan inmadura, vamos a jugar. Antes de llegar a U.P.B., tropecé con cierta persona que a alguien que conozco le interesa y que, casualmente, se está comiendo un delicioso helado a mi lado.

Blake

No entiendo qué quieres decirme.

Jenny soltó una risita con malicia, esa tarde se aseguraría cuán pillado estaba su hermano por Sophia. No le gustaban las comparaciones, pero en la lista caótica de ligues de Blake, esa chica que estaba en el baño era un ángel al lado de Jhoanna y Chloe. Tendría que escudriñarla mejor, mantenía presente cuánto había sufrido por Eliza y, en un esfuerzo sobrehumano, se mordió la lengua para no contarle la verdad de quién era realmente. El móvil vibró.

Blake

Jenny, ¿qué locura has hecho?

En la primera persona que pensó Blake fue en Chloe, le había advertido que se encargaría de darle un buen merecido.

Jenny

Estoy modo reflexión con mi nueva amiga, te dije que estoy comiéndome un helado, por cierto, sabe distinguir entre una pirouette^[13] y un port de brass^[14], hasta me ha dado consejos de estiramientos.

Blake no quiso saber nada más. Era imposible que fueran ciertas las insinuaciones de su maligna hermana.

Jenny

Si te soy sincera, tengo una enorme curiosidad de saber por qué al

tropezarme iba tan perdida.

Blake

¡Iré para allá!

Jenny

¡No seas aguafiestas!

Blake

¡Deja de jugar conmigo!

Respondió enfadado.

Jenny

Te juro que no lo hago.

Evitaba reír a carcajadas. Levantó un poco la vista al escuchar la puerta del baño abrirse y la vio venir.

Jenny

Te dejo, acaba de volver S...

Y se desconectó.

Blake soltó el móvil apoyando su cabeza en la pared, se pasó las manos por la cara, cogió su cartera y salió de U.P.B. Quería creer que solo le tomaba el pelo, era imposible que estuviera con ella, ni siquiera la había visto en los pasillos ni en el teatro. Caminó el par de calles que había entre la heladería y la asociación, abrió la puerta con brusquedad, observó el lugar y sus ojos se toparon con aquellos de color atigrado.

??

Sophia se reía de un chiste que Jenny le había contado, escuchó la campanilla de la entrada de la heladería, fijó su mirada allí y se topó con la de Blake. Tragó saliva sorprendida, los nervios se apoderaron de su cuerpo y su lengua le hizo una mala jugada al ser más rápida que su cerebro.

—¿Qué haces aquí?

Jenny giró la cabeza sin poder resistir una sonrisita en su boca. Por el rabillo del ojo notó que Sophia había cambiado el semblante hasta sonrojarse. Sintió culpabilidad al segundo, creyó que era mejor no darle importancia.

—¿Hablas de Blake? —Sophia fijó sus ojos en ella escudriñándola a la vez que Jenny intentaba disimular.

—¿Lo has llamado? —preguntó la joven. Jenny no respondió. Sophia se llevó las manos a la cabeza, se había ido de la asociación para no tropezarse con él y ahí estaban, frente a frente. Sus sentimientos querían aflorar y no lo podía permitir.

Era cruel lo que había hecho, concluyó Jenny. Ambos estaban petrificados como si hubieran visto al mismo demonio y eso corroboraba lo que suponía, su hermano se había prendado de esa chica y no era un simple capricho, nunca lo había visto tan inseguro. Suspiró ruidosamente, llamando la atención de ambos, dispuesta a seguir lo que había empezado.

—Siempre ha sido un curioso y sé cómo empujarlo a que investigue. — Sophia frunció el ceño; había caído en una trampa y se odiaba por ser tan mema. No iba a dejar que siguieran jugando con crueldad, suficiente tenía cada día mirando sus cicatrices, recordando su pesadilla y que otras personas se atreviesen a jugar así con ella.

—Me interesa muy poco si es curioso o no, su vida no es importante para mí. —Le hizo saber la joven. Jenny frunció el ceño a esa respuesta con ínfulas de superioridad, levantó un dedo, no permitiría que menospreciara a su hermano de esa forma y antes de hacerlo fue interrumpida por él.

—¡Te has pasado de la raya! —advirtió con un tono amenazante Blake. Miró a la joven lleno de vergüenza, era un momento violento para los dos—. Sophia.

Evitó mirarlo a la cara, aunque no podía disimular su rabia, debía enfrenarlo para cerciorarse si seguirían con la burla. Sus ojos se clavaron en

los de Blake que se pasó la mano por el pelo y rompió contacto.

—¿Te parece justo? —le reprochó sin poder reprimirse más.,

Su papel de preocuparse por ella lo había interpretado a la perfección. Odiaba a todo aquel que fuera partícipe de ese paripé y odiaba a la vida por hacerle vivir esos instantes.

Jenny se dio cuenta que algo más ocurría entre ellos. Los ojos de la chica le demostraron dolor y decepción, sintiéndose unos segundos en su piel. Había actuado bajo sus impulsos, unos llenos de celos por culpa de ese saco de huesos que tenía como amiga. Estaba en un gran lío, debía arreglarlo como fuese y lo único que le quedaba era improvisar y se dio un golpe en la frente llamando la atención de ambos.

—¡Qué cabeza la mía!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sophia, esperando que siguiera con su actuación.

—Omití decirte que... —Jenny soltó aire y con voz avergonzada añadió—. Blake es mi hermano. —Sophia abrió los ojos mirando a la una y al otro y se levantó para irse.

Jamás pensó que terminaría metida en un circo donde, al parecer, era la mujer barbuda. Unos la trataban con lástima, otros se burlaban por lo bajo y otros la engañaban para divertirse. Tenía que pararlo, regresar Durham y olvidar esas vacaciones, esas personas y todo lo que le rodeaba, pero Jenny fue más rápida y la sujetó su brazo.

—No te vayas —le rogó—. El hecho de que Blake viniera vestido así demuestra que le importas —se levantó enseguida dejándolos desconcertados—. Lo... siento, solo quería ayu... —No pudo terminar su respuesta y, sin mirar a ninguno de los dos, los dejó deteniéndose cerca de la puerta. Ladeó su cabeza y nerviosa se dirigió a Blake—. Esperaré en U.P.B.

Abrió la puerta perdiéndose detrás de ella. Blake no se lo perdonaría,

trató de acordarse cuándo había sido la última pelea entre ellos, de hecho, siempre la había protegido y mimado. Se maldijo por ser tan infantil y se fustigó el resto del camino por haber metido su nariz donde nadie la llamaba.

??

Blake pensó miles de maneras para enviar a su hermana al otro lado del país. Se la había jugado bien, aunque se preguntaba cómo había reconocido a Sophia y lo más importante, ¿por qué le había hecho esa putada?

Si ya le parecía una mierda de día, podría declarar en los próximos segundos que era uno de los peores de su vida. En su trabajo tenía que aguantar los interminables correos de Chloe lanzándole indirectas y manipulándolo a su antojo, así como la audición que había sido un desastre, la conexión que mantenía con Jhoanna había desaparecido durante toda su actuación iban a destiempo.

La larga fila de personas con la que tenía una conversación pendiente crecía: Jhoanna, su hermana..., pero la que creía que sería la más difícil era con Sophia, enfrentarse a esa mirada de dolor lo hacía sentir miserable. Se pasó la mano por la cabeza, lleno de frustración al no saber por dónde comenzar.

Sophia llevó sus manos debajo de la mesa y se las estrujó nerviosa, odiaba estar en esa tesitura, para ella ya todo estaba dicho, decidió contar hasta veinte, dándole tiempo a que se arrepintiera.

—Si te soy sincero, esta situación es muy rocambolesca —dijo Blake sentándose frente a ella.

—No sé a qué juegos queréis que entre —respondió la joven negando con la cabeza—, pero no lo haré. —Blake abrió los ojos a la insinuación.

—¡Espera! Espera... —advirtió haciendo aspavientos con las manos —. Ni se te ocurra pensar que ha sido planeado, no tenía ni puta idea... —Soltó

una maldición, cogió una bocanada de aire y la miró de nuevo—. Mi hermana también me la ha jugado, me envió un mensaje entre líneas y creí que solo era para que pagara un maldito cono de helado.

—¡Es una mentirosa! —siseó Sophia dolida. Blake torció la boca como respuesta.

—No voy a defenderla.

—Me detuvo en medio de la acera, me dijo que mis problemas necesitaban un helado y yo he sido una idiota al dejarme llevar por la necesidad de huir —le confesó de forma atropellada y se calló al percatarse de que había metido la pata y se reprochó por hablar sin medirse.

Blake levantó una ceja, la pregunta apareció en su mente quedándose colgada en la punta de su lengua. La observó con detenimiento, estaba demasiado nerviosa, evitando mirarle, pasándose la lengua por los labios, algo bastante malo, ya que lo tentaba a querer besarlos.

Reprimió las ganas de reprocharle, estaba en su derecho, algo le decía que estaba en la asociación y que había preferido no darle la cara. Por unos instantes se sintió ofendido, pero el deseo de volverla a ver era mayor y no perdería la oportunidad, aunque su sentido de la honorabilidad retumbó en su conciencia, recordando que era partícipe de actuar a sus espaldas.

«¿Qué es lo correcto?», se preguntó. Sophia cerró los ojos y Blake intuyó que no le era del todo indiferente. Una vez más la siguió observando, llevándolo a los momentos que ella había estado en sus brazos, obligándolo a contener esa pasión que sus gestos transmitían, sus conteneos sugerentes, las curvas de su cuerpo. «¡Mierda!», se dijo, era una batalla interna que no sabía cómo combatir. Las ganas de acariciar su rostro aparecieron de nuevo, le estaba costando contenerse, llevaba el pelo suelto, dándole un aura de despreocupación.

De nuevo se miraron y pudo denotar lo que sus ojos transmitían, Sophia

sentía que no encajaba en el mundo. Ella soltó aire, confesándole con ese simple gesto que su carga era pesada y cada vez le costaba más llevarla. No pudo ignorar esa pequeña confesión silenciosa y se rindió a lo evidente, no podía apartarse, le gustaba más de lo que podía ignorar.

Miró el helado derritiéndose en la copa que tenía a un lado. Era la idea más estúpida del mundo, pero no tenía muchas más opciones, por lo que se tiró de lleno.

—No puedo enmendar lo que nos ha hecho mi hermana ni puedo defenderla, porque no tengo ni idea qué cables se le han cruzado y tengo la impresión de que, aunque me disculpara, igual no tendría redención... — Sophia lo interrumpió.

—¿Por qué crees eso? —Se maldijo por lo bajo de nuevo la joven. Le estaba siendo difícil dominar sus impulsos; la lucha interna lograba que cometiera esos errores y no quería que Blake creyese en lo que no podía existir.

Más que sorprendido por esa respuesta, se negaba a creer que no se diera cuenta de que con esos pequeños gestos lograba atraparlo mucho más rápido de lo que le gustaría. Sophia era tan distinta a todas las mujeres que había conocido. Esos minutos allí a su lado le daban esa paz que llevaba tiempo buscando, una desconexión de ese mundo tan egoísta con el que tenía que lidiar a diario. Con una pequeña sonrisa Blake señaló la copa con su dedo índice y ella le siguió con la mirada.

—Me gustaría compensarte las molestias.

—No hace falta —respondió con sequedad la joven. A medida que pasaban los minutos se llenaba de más sensaciones que le era difícil de asimilar—. Debería irme.

—Si lo haces, perderás la gran oportunidad de conocer uno de los placeres de la vida.

De nuevo fijó sus ojos en él, era otra de sus tretas. Frunció el ceño y negó con la cabeza. Blake decidió adelantarse antes de que pasara a la defensiva de nuevo.

—¡Hablo del helado! —afirmó el joven. Ella lo miró, abriendo los ojos para mirar segundos después a la copa, de nuevo a él, se sonrojó y como última medida de salvar su honor, le respondió.

—He comido y es suficiente.

Blake, sin dejar de observar cada detalle, sonrió de lado y siguió llevándola a su terreno.

—No estoy de acuerdo —repuso el joven desarmándola aún más—. Son artesanales y los mejores de la ciudad, además, te has comido uno muy común.

—Es el que me aconsejó Jenny —respondió ofendida la joven a su actitud engreída.

«¿Quién se cree? No es un crítico de helados para echarme en cara que este no está bueno», se dijo. Lo poco que había comido le había encantado, tenía trocitos de chocolate de Nutella que se derretían con facilidad en su paladar y el sabor de la vainilla era perfecto. Blake negó con la cabeza y la miró con la sonrisa en sus labios.

—Jenny no sabe de verdaderos sabores.

—¿Y tú sí? —repuso Sophia frunciendo el ceño.

De nuevo aparecía esa chulería que odiaba, y para Blake era la primera vez en la vida que se sentía tan a gusto con una mujer. Hasta ese instante creía que el sexo era lo que lograba esa conexión en una pareja, en esos instantes comprobaba que no era así, se dio cuenta que hasta ahora solo había follado por necesidad física y Sophia cambiaba todas sus expectativas.

Era la primera vez en la vida que le daba miedo que lo odieran, era la primera vez en la vida que se jugaría todas sus cartas en la primera ronda.

—Creo que ha llegado la hora.

—¿La hora? —preguntó Sophia, temerosa a lo que eso significaba.

Minutos antes quería alejarse de él, ahora rogaba que el tiempo se detuviera y que esos segundos que estaba a su lado fueran un bucle. Le gustaba su presencia, su aire de chulería, esa armonía que anhelaba con desespero y que estaba consiguiendo cada vez que se encontraban. Blake clavó su mirada azulada con intensidad en ella, consiguiendo lo que llevaba meses escondido, sentirse viva.

—Uno de los placeres de la vida es un buen helado —explicó Blake— y más cuando es artesano, es lo mejor que puedes experimentar.

Parpadeó varias veces, tratando de entender lo que él decía entre líneas, intentando mantenerse cauta, no podía seguir luchando con lo que reprimía.

La observaba, su cuerpo estaba inquieto, toqueteaba con un dedo la mesa y se mordía de vez en cuando el labio. Se sintió en el cielo cuando descubrió la pequeña sonrisa que vino después, que lo invitaba una vez más a levantarse, tirar de ella y probar sus labios, sin embargo, ese deseo solo quedó en su imaginación.

—Señor experto, ya que sabe tanto de helado podría decirme: ¿cuál es el mejor? —preguntó con una sonrisa tímida la joven. Él levantó un dedo para señalar el mostrador donde estaban los distintos sabores y decidió algo mejor. Se levantó y le pidió su mano, Sophia dudó, esperando que se explicara.

—Conocerás el arte de hacer helados.

—¿Cómo? —Miles de ideas se habían apiñado en su mente y nunca se imaginó que la invitaría a ver cómo se hacían. Blake mantenía su mano tendida, esperando que ella se uniera a él—. Conozco al dueño desde hace un tiempo y es la mejor forma de vengarte de Jenny, jamás ha entrado a ver el proceso de elaboración.

Había olvidado a Jenny, había olvidado a su amiga, sus abuelos, había

olvidado el mundo por estar pendiente de sus sensaciones y de lo que él quería ofrecerle. La mano tendida la atraía como si fuera su tabla de salvación, extendió los dedos y se levantó. Blake sonrió afianzando su mano, dándole la seguridad que creyó necesitar y caminaron hasta el mostrador.

La joven dependienta los recibió con una sonrisa de oreja a oreja hasta que se fijó en las manos unidas y no pudo disimular decepción.

— ¿Quieres el de siempre, Blake? —preguntó tratando de llamar su atención.

—Me gustaría saber si Franco está.

—Sí, está —respondió la dependienta confusa—. ¿Quieres que lo llame?

—Si eres tan amable de hacerlo. —La joven suspiró, abriendo la puerta y se perdió tras ella. Blake no soltó la mano de Sophia y no lo haría en los siguientes minutos. Si por él fuera nunca lo volvería hacer, debía distraerla y le habló de ciertos sabores raros. Dos minutos después apareció Franco, un hombre maduro y con un marcado acento italiano.

—Que recuerde, Jenny no nos debe nada. —De reojo miró a Marlind, la dependienta para que le informara—. ¿O sí?

—No, la chica pagó los dos helados.

—Cada vez me convengo más de que tu hermana se ha equivocado de carrera —dijo el italiano riéndose.

—Hay veces que lo he pensado —respondió el joven—, en todo caso, con el cobro de pequeños favores que me hace me demuestra que la carrera que escogió es perfecta.

Ambos rieron. Blake volvió a centrar su atención en Sophia apretándole la mano en un gesto cariñoso.

—Entonces, ¿qué necesitáis? —preguntó Franco, observando con disimulo la complicidad.

—Mi amiga necesita conocer cómo nace uno de los mayores placeres de

la vida.

—¡Sé cómo se hace un helado! —se defendió de inmediato Sophia. Franco fijó su mirada en ella con una ceja levantada que no logró empuqueñecerla—. Se hacen con máquinas industriales, todos lo saben.

—Respuesta equivocada —dijo Blake entre carraspeo burlón.

—¡Me ha dolido eso de máquinas industriales! —repuso Franco ladeando la cabeza. Sophia se sonrojó—. ¡Ha sonado tan frío! —Esta vez Marlind no pudo reprimirse y rio, ganándose una mala mirada por parte de Sophia—. Me parece que tu amiga necesita conocer a fondo la elaboración —concluyó Franco abriendo la puerta—. Hoy estamos experimentando con un nuevo helado —añadió.

Blake le tiró de la mano, entraron recorriendo un pasillo largo de paredes blancas y al final de este había tres puertas grises. Franco abrió la de la izquierda y se encontró una oficina. Allí, de un pequeño armario sacó tres batas, tres gorros y tres pares de guantes junto a varias mascarillas y les invitó a colocárselas. Muy a su pesar, Blake tuvo que soltar la mano de Sophia, y la sensación que tuvo ella no pudo descifrarla, una mezcla entre decepción y alivio.

Cerró los ojos unos segundos encontrando la valentía para seguir adelante. Con timidez, se puso las prendas y esperó que abriera la puerta para ir a la habitación que tenían al frente.

—Aquí comienza el proceso rudimentario —indicó el fornido hombre. Le contó que había nacido en Italia y que desde pequeño tuvo un sueño: viajar a los Estados Unidos, al país de las oportunidades y montar su propia heladería artesanal.

Nada más abrir la puerta, un chico con una paleta con la que mezclaba ingredientes en una cacerola bastante alta los saludó a la vez que alzaba las cejas con expectación.

—Tengo la impresión de que Blake viene a robarnos la receta—señaló burlón. Franco rio a carcajadas.

—Este no es de los que roba recetas, es de los que se las come —respondió con burla el italiano. Blake sonrió de lado a la burla de los dos hombres.

—El recibimiento me hace pensar que me he equivocado al traer a Sophia para que conozca los secretos de un buen helado —respondió el joven a modo de defensa de ese par de italianos que le tomaba el pelo.

Flavio, el más joven la observó con detenimiento, conocía a Blake y no era de dedicarle tanto tiempo a sus ligues, ni de llevarlas a un sitio tan significativo. Le dio un repaso por última vez y concluyó que no era el tipo de chicas que había llegado a verle alguna vez.

—Me pregunto qué hace esta chica tan guapa con un fantasma como este. —Señaló gesticulando con la boca al joven, que resopló rodando los ojos. Sophia levantó una de las comisuras de los labios por las bromas que se gastaban entre ellos—. Ya que has venido a conocer nuestros mayores secretos, vamos a ello —prosiguió Flavio, que siguió chincharlo—. Oye, Blake, así que has seguido los consejos de la *nonna*,^[15] conquistar con la comida.

Sophia se sonrojó de vergüenza entendiendo lo que había querido decir, pero al segundo sonrió a la mirada que le otorgó el aludido a Flavio, intuyendo que no le había hecho un pelo de gracia. El joven italiano rio a carcajadas y dio paso a explicar cada ingrediente que se entremezclaba, así como la duración del proceso, siendo agradable, llena de bromas y anécdotas. Flavio la invitó a que mezclara, se acercó cogiendo la paleta y se sorprendió la fuerza que necesitaba para poder moverla.

—¡Qué difícil es! —exclamó Sophia. El joven italiano levantó su brazo y, subiendo la manga de la camiseta, mostró su bíceps.

—¿Dónde crees que ha salido esto? Nada comparado al poco ejercicio que hace el cantamañanas que tienes al lado. —Sophia sonrió de nuevo a las bromas y volvió intentar mezclar sin tener éxito.

Blake se acercó pasando sus brazos por encima de los hombros de la joven. Ese acercamiento hizo que las sensaciones en Sophia se disparasen sin marcha atrás, su corazón iba acompañado por la respiración de Blake, sincronizándose como si fueran una sola persona, lento, seductor.

Por primera vez, se atrevió a percibir su olor, olía a una mezcla cítrica y varonil y cada vez que inhalaba se obligaba a no cerrar los ojos para que no descubrieran cuánto le afectaba ese instante que comenzaba a ser una tortura junto al aire que soltaba por la nariz que terminaba siendo una sutil caricia. Sacó fuerzas para disimular lo que sucedía. En cuanto él se apartó, pudo respirar de nuevo.

Blake se reprendió a ese impulso, no estaba pensando con frialdad, minutos antes sonreía y se divertía y al aproximarse a ella, su cuerpo se tensó y odió que reaccionara así. Frustrado por esa barrera que se empeñaba en construir le era tan difícil acercarse y rozar su piel con la de él, llevándole a imaginar que la descubría a fondo. Respiró con profundidad disfrutando del olor a bosque que soltaba su cabello.

Cada minuto le era más difícil controlar el deseo de poder estrecharla. Desde esa posición en la que estaba era sumamente tentador besarle el cuello y a la vez tan fácil hacerlo desde el lóbulo de la oreja, pasando por su cuello. Ninguno de los que estaba allí podía imaginar lo que su mente cruelmente pedía: abrazarla, acariciarla, estar con ella, quitar todo lo que había en esa mesa y hundirse en ella.

Respiró con lentitud para evitar excitarse con solo ese pequeño roce entre ellos, pero no era fácil y más con ese movimiento constante que ejercían por culpa de esa maldita paleta de mezcla.

Franco carraspeó y los invitó a la siguiente sala, separándose muy a su pesar, agradeciendo tener esa bata que lo ayudaba a disimular. La siguiente sala era el doble de grande que las anteriores, bromeó un poco con respecto a las máquinas de las que había hablado Sophia, una de ellas colaba y filtraba el chocolate. Flavio entró dos minutos después con la mezcla en un gran cubo, acercándose a un refrigerador y sacó de ahí un recipiente.

—Vais a probar de primera mano uno de nuestros próximos sabores, aún no le hemos puesto nombre, ya que seguimos en proceso de experimentación —indicó buscando una copa, unas cucharillas pequeñas y el cucharón de sacar helado.

Extrajo un par de bolas para Sophia, que se fijó en los diferentes trocitos de ingredientes, que no supo definir, el chico puso la copa frente a ella para apartarse al segundo y que pudiera disfrutarlo a solas. Raspó un poco la bola con la cuchara pequeña y se la metió en la boca.

La mezcla era magnífica, cerró los ojos tratando de reconocer los distintos sabores, chocolate blanco, oreo y otro que parecía vainilla. «No», dijo para sí, el sabor de la vainilla era distinto, tersa y más dulce, podía jurar que tenía una pizca de nuez. No recordaba cuándo había comido un helado con tanto gusto, esos escasos momentos donde la enorme necesidad de comer dulce ganaba corría y, a escondidas de Mollie, se daba el gusto.

Se pasó la lengua por los labios y miró a Blake con ilusión.

—¡Tienes que probar esto!

Atónito ante la seducción a la que ella lo estaba arrastrando, dudó en qué hacer, por primera vez dudaba ante una mujer. La manera de saborearlo había dejado en silencio a los tres hombres. Ninguno se imaginó que tendría esa reacción tan inocente y que podía hacer perder más de una batalla. Le sonrió, a duras penas aproximándose hasta la mesa donde estaba la copa, raspó con la cucharilla y probó. No podía asegurar qué sabores estaban entremezclados,

la seducción de Sophia lo había nublado por completo.

—Está muy bueno —respondió el joven—. Debéis sacarlo antes de que Sophia se vaya de la ciudad.

—¡Vaya! Pensé que vivías aquí —indicó el italiano.

—No —respondieron los dos la vez. Franco y su hijo se miraron con complicidad, conocían a la perfección esos gestos y actitudes. El italiano se llevó un dedo a la boca dubitativo.

—Para eso tengo que ponerle un nombre. —Sophia se decepcionó, le hubiera gustado saber el nombre antes que muchos, pronto volvería a la asociación y dudaba tener valor de regresar y volver a experimentar esa sensación—. ¡Dulce Sophia! —dijo Franco sin dudar. Ella lo miró sorprendida y se giró hacia Blake para que le confirmara lo que acababa de escuchar.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto —respondió Franco—, he visto tu rostro en cuanto lo probaste y has captado el placentero sabor que se tiene cuando encuentras tu helado. —Sophia miró de nuevo a Blake con ilusión, él se mantuvo cauto, reprimiendo las ganas de abrazarla, sujetar su barbilla y probar el helado de sus labios.

—¡Blake! —exclamó Sophia con ilusión—. ¡Tendré mi propio helado!

Todos rieron a la alegría que emanaba. Sophia raspó el helado para otra cucharada y esta vez se la ofreció, sin darse cuenta de que se habían acercado más de lo previsto. Sus rostros estaban tan juntos que no solo podían sentir sus respiraciones, sus labios estaban tan cerca que cualquiera de los dos podía haber dado el paso de rozarlos. Se observaron por unos segundos en los que Sophia abrió la boca con una necesidad que nacía, pero la conciencia la removió, soltó la cucharilla girándose a Franco y Flavio.

—Grac... Gracias por todo —dijo titubeando la joven—. He de irme.

Salió lo más rápido que pudo quitándose por el camino la bata, el gorro y los guantes. No podía sentirse pletórica cuando alguien había muerto por su culpa, no podía tener ese deseo cuando había soñado muchas semanas con volver a ser besada por Kenneth.

Con premura, alcanzó la puerta de la calle, quería correr y correr para no pensar. Tenía que acabar con esos encuentros.

Blake se pasó la mano por la cabeza, cada vez que se acercaba, huía y le enervaba pensar que era por ese maldito sentimiento de culpa. No era justo para ninguno de los dos.

—¿A qué esperas?! —indicó Franco. El joven chasqueó la lengua y la siguió. Trató de llamarla, pero era inútil, aceleró el paso hasta alcanzarla en la calle.

—Blake, no —pidió Sophia.

—Solo quiero saber qué he hecho mal.

—No, no has hecho nada —le dijo la joven apretando los labios frustrada—. Es mejor que olvidemos todo tu plan, evitar estos encuentros y, sobre todo, olvidar que nos conocemos.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo con lo que acabas de experimentar?

—¡No puedo! —respondió con frustración.

—Lo que he visto ahí adentro me ha demostrado que te sentías a gusto. —No podía seguir con rodeos.

—¡No quiero! —gritó Sophia.

—¿Por qué tienes tanto miedo a seguir con tu vida?

—¡Olvídalo! No tengo que darte explicaciones.

—No lo haré, no quiero ser más directo —respondió Blake con rudeza—. Soy un hombre que no se deja vencer con facilidad. —Sophia lo miró a los ojos llena de dudas, él dio un paso para acercarse y ella retrocedió. Ese rechazo le dolió por no entender qué era lo que la asustaba.

El móvil de Sophia comenzó a repicar, con dedos temblorosos lo sacó de su bandolera y comprobó que Marian la llamaba.

—Hola —dijo disimulando su nerviosismo. La escuchó con atención, cada vez más enfadado por ese rechazo, y ella lo miró de nuevo con vergüenza—. Debo irme —indicó Sophia a modo de disculpa. Blake afirmó con la cabeza.

—Esperaré un tiempo prudencial para evitar cualquier habladuría. —Le hizo saber. Sophia apretó los labios, sintiéndose culpable y miserable. Blake no entendería que todo en ella no servía, nunca volvería a creer en el amor, no se lo merecía.

—Gracias —respondió a modo de despedida.

Se giró caminando con rapidez, abrazándose a sí misma y sintiendo un terrible dolor en el pecho, en el corazón.

12



Blake se sentó en la acera, apesadumbrado, y se tapó la cabeza con las manos. No podía darse por vencido, lo había visto en sus ojos; Sophia necesitaba salir de esa oscuridad en la que se obligaba a permanecer.

—Has dejado tu cartera y el móvil en la oficina —indicó la joven dependienta con cautela.

—Gracias, Marlind —respondió incorporándose—. Sé que soy un incordio. —La joven rio por lo bajo.

—No sé de dónde sacas esas conclusiones—respondió la chica.

—Tal vez para algunas mujeres lo soy. —Marlind se cruzó de brazos y lo miró con una ceja enarcada.

—Vosotros los hombres os hacéis los tontos o realmente lo sois, no os dais cuenta de ciertos detalles. —Blake la miró de reojo.

—No tengo ánimo para pensar, sea lo que sea que quieras decirme dilo ya.

—Si tú lo quieres así —indicó la dependienta—. Blake si fueras un pelmazo estaría encantada que lo fueses conmigo las veinticuatro horas al día y así como yo una fila de mujeres pensarán igual. —Blake rio a carcajadas con desgana.

—No sabía que aparte de servir los mejores helados de la ciudad también eras especialista en subir el ánimo. —La joven sonrió viendo cómo unos clientes se acercaban a la puerta.

—Debo irme, pero, Blake, no tienes que rogarle a una mujer que te preste atención, hay muchas que estarían dispuesta a estar en su lugar.

—¡Marlind! —la miró con severidad.

—Querías sinceridad y te la he dado. —La dependienta le dio la espalda, entrando a la heladería para atender a un par de jóvenes. Quizá tenía razón, debía quitársela de la cabeza. Se pasó la mano por el pelo, la solución la tenía y era la más fácil: olvidar a la joven de ojos almendrados.

??

Sophia llegó a la entrada de U.P.B. con el corazón en la garganta, ahí la esperaba Marian con una sonrisa que forzó, intuyendo que su amiga tenía algún problema. La invitó a integrarse en el grupo y, a pesar de imitarla con una sonrisa parecida, la culpabilidad se mantenía latente y la estaba matando por dentro. Ese acercamiento con Blake había traspasado toda barrera que mantenía en alto, su respiración en el cuello, su mirada lasciva. Sintió ganas de llorar, por lo que respiró con profundidad y fingió con toda la fuerza de su voluntad.

Marian observaba cada movimiento que hacía su amiga mientras seguía el hilo de la conversación y maldecía al universo tanto esfuerzo para darse cuenta de que, finalmente, la Sophia de Durham se mantenía.

—¿Qué os parece si vamos a comer? —sugirió Jackson pasando su brazo por el hombro de Marian, Sophia fijó sus ojos en su amiga, pidiéndole que no la obligase a ir.

—Me prometiste una cena en pareja, no en grupo —le reprochó Marian a Jackson, una mentira sacrificaría su día, pero hora de dar otro paso. El bailarín abrió los ojos y se frotó la nuca.

—Dudo que alguno quiera estar en una cita romántica —dijo con sinceridad Jackson.

—A mí no me apetece —respondió con rapidez José, haciendo un gesto de repulsión con su boca.

—¡¿Lo ves?! Dime, ¿qué harás? —repuso la gimnasta. Jackson miró por encima de sus pestañas a Marian, no le gustaban esos compromisos. Juraría

que nunca había comentado nada de una cena romántica, incluso había creído que solo quería un rollo, y tuvo la sensación de que lo había dejado con el culo al aire.

Volvió a observar a Marian imaginando que diría «era una broma, tío» y a la vez también a Sophia para que interviniera, aunque le daba la impresión de que estaba en otro planeta, como solía pasar. Quería saber qué era lo que le atraía a Blake, estaba buena, pero era un muermo de persona. Tenía que pensar cómo desprenderse de ese compromiso o Kelly y Lauren le irían con el cuento a Jenny y le patearía el culo definitivamente, su única tabla de salvación era la nieta de los Baute.

—¿Seguro que no quieres venir? —preguntó Jackson a Sophia rogando que cambiara de parecer.

—Acabo de comerme un helado —respondió la joven marcando cada palabra para que entendiera que no iría.

«¡Leches! ¿Por qué las mujeres son tan impertinentes cuando menos deben serlo?», se preguntó Jackson en vista de que no lo ayudaba. Miró a José, que rodó los ojos.

—Habéis hablado de cenar —intervino José de nuevo—. Y me ha entrado hambre, así que vuestra comida de dos será de seis, ¿qué os parece, chicas, si os invito a comer una porción de pizza?

Jackson en cuanto volviera a casa le montaría un altar a José por echarle ese cable.

—¿Y quién nos invita? —preguntó Lauren.

—Jackson invita —indicó con una sonrisa socarrona el bailarín. Jackson afirmó con la cabeza, a la vez que maldecía a José y a Marian.

—¿Qué os parece si nos marchamos antes de que se llene? —sugirió Jackson. Miró de reojo a Sophia y alzó una ceja—. ¿No te importará quedarte un rato a solas en la asociación? —le indicó con sarcasmo—. Ángeles estará

en reunión con los benefactores.

—Por favor, ni que estuviéramos en zona de guerra —ironizó Marian—. Adelantaos, debo ir al baño o reventaré en el camino. —Jackson levantó una ceja y rodó los ojos, le daba igual si iba o no, estaba cabreado por habérsela jugado delante de Kelly y Lauren.

??

Sophia soltó aire de alivio en cuanto se alejaron. Se dio la vuelta para entrar y se topó con Jenny, que estaba de pie a unos cuantos pasos. Su mirada transmitía rencor y decepción, pasó por su lado ignorándola, sin embargo, se detuvo y se regresó.

—Solo espero que estéis fingiendo —advirtió Jenny. Sophia evitó mirarla a los ojos, la culpa recayó en sus hombros, señalándola cruelmente—. ¡Eres como todas! —Inquirió. Se mantuvo cauta, sin responderle, rogaba que no gritara, no estaba segura si pudiese tolerarlo y fijó su mirada en un punto invisible.

Jenny deseó humillarla, como intuía que había sucedido con su hermano. Le dolía que pasara por ello de nuevo. No le dijo nada más, le dio la espalda y siguió su camino con la única idea de apoyar a Blake.

Sophia escuchó sus pasos alejarse mientras se aferraba en que la mejor decisión que había tomado era pedirle que la olvidara por el bien de los dos. Entró a U.P.B. con ese pesar que sentía latiendo en su pecho. Apenas puso un pie, se topó de frente con Marian, levantó la palma de la mano antes de que disparara lo que quería decirle.

—Necesito diez minutos, por favor, los necesito de verdad —le rogó la joven.

—Sabía que algo había pasado, le escribiré a Jackson.

—¡No! —exclamó Sophia sintiendo más peso en sus hombros—. Tienes planes, no puedes depender del humor de la pobre Sophia para mantenerlos o

cancelarlos. —Marian se cruzó de brazos.

—En primer lugar, hago lo que me dé la gana. En segundo lugar, cómo vuelvas a decir “la pobre Sophia” te la verás conmigo, me duele que pienses de esa manera. —Se mantuvo en silencio a la sinceridad de su amiga, parpadeó varias veces a para evitar llorar. Marian dejó caer la mano en su hombro logrando captar su atención.

—¿Qué te parece si me esperas en algún salón? En cinco minutos estaré a tu lado.

Sophia quiso negarse, pero su amiga había desaparecido. No solo estaba arruinando su vida, también la de los suyos. Confusa, entró a la primera sala que se encontró en su camino y sonrió con tristeza, era donde impartía las clases Blake.

Dudó en salir, pero se quedó y observó el lugar con un pequeño giro. Cerró los ojos y, sin saber por qué, nació ese deseo, adaptó la posición básica de *ballet* como cuando comenzaba sus entrenamientos y rutinas. Su cuerpo siguió recordando los movimientos aprendidos durante años, extendiendo la pierna hacia atrás, al igual que uno de los brazos para terminar con el pie en media punta y volver a posición. Justo al terminar sintió de nuevo un tirón en la pierna. Tenía un presentimiento y se aferró a que no había hecho estiramiento desde hacía mucho, aunque muy en el fondo conocía la verdad.

Toda su vida se había ido a la basura y se dejó caer al suelo apoyándose a la pared. «¿Por qué es tan injusto?», se preguntó. Tenía muchos frentes abiertos y lo único que quería era volver a esa maldita noche donde todo se había truncado. Cerró los ojos de nuevo, martirizándose por estar viva y cuando estaba a punto de dejarse vencer, su mente le trajo los recuerdos inmediatos de cada pequeño detalle que había vivido en la heladería, saliendo del fondo de su corazón, sus anhelos más profundos dejando que su imaginación ganara por esta vez, imaginándose bailar con él, con Blake.

Guiándola para deslizarse a un lado, uniendo sus cuerpos, sincronizándose en un ritmo que solo ellos podían entender.

Se tapó la cara, frustrada y llena de rabia por dejar que un par de bailes le dieran esperanzas a su corazón y por sentirse infiel a Kenneth. La puerta se abrió junto a una Marian predispuesta.

—¿Me acompañarías? Creo que debo comprobar una hipótesis. —Sophia negó con la cabeza. Marian se sentó a su lado al verla derrotada.

—Es tarde. —Marian fijó los ojos en un reloj colgado en la pared fijándose que no era tan tarde y Sophia intuyó que trataría de convencerla por lo que se apresuró a responderle sin mirarla—. Estoy cansada.

—Sé que estás cansada —señaló Marian—. Solo te pido que me complazcas por esta vez. —Sophia alzó sus ojos y reflexionó. Su amiga en los últimos meses le había demostrado cuán importante era para ella, se levantó y salieron de la asociación, en el camino hasta el coche Marian quiso animarla—. Le he dicho a tus abuelos que nos vamos de copas hasta perder la conciencia. —Sophia respondió con una diminuta sonrisa a la espera de la verdad y la gimnasta rio a carcajadas—. ¡Vale! Le he dicho que necesitábamos el coche, iríamos a un lugar alejado, y si querían que regresáramos temprano debían aceptar mi sugerencia, te confieso que se quedaron atónitos —rio de nuevo—. Por lo que Ángeles les pidió a esos viejos estirados que la llevaran a su casa.

Esa era la Marian que conocía. Entraron al coche y, como siempre, se sentó detrás, con los músculos tensos. Su amiga encendió el motor y le dio al GPS la dirección. Condujo durante unos cuantos kilómetros en los que Sophia se esforzó por mantener su mente en blanco, tratando de responder a la conversación que mantenían. Treinta minutos después entraron a unos aparcamientos y leyó las enormes letras del cartel que tenía el edificio.

—¿Qué hacemos aquí?

—Para poder seguir avanzando tienes que enfrentar obstáculos.

—Es que para mí no es un obstáculo —dijo Sophia llena de resentimiento—. He decidido no volver a la rítmica y punto.

—¿Estás segura? —preguntó Marian jugando su última carta. Los ojos de Sophia estaban cargados de rencor, apretó los puños y la ignoró mirando a otro lado evitando responderle.

Estar ahí le traía el peor recuerdo de su vida y no aceptaría aumentar su cargo de conciencia, no quería sentir más dolor del que llevaba a sus espaldas. Se limpió una lágrima que se le escapó y se sorbió la nariz, diciéndose a sí misma que no lloraría.

Era un golpe bajo por parte de Marian y no le daría la oportunidad de alguna explicación.

—Tienes dos horas para llorar todo lo que quieras, eso sí, yo iré a estirar un poco, he encontrado este lugar de casualidad. Es una escuela pequeña, nadie hará preguntas ni tendremos niñas revoloteando alrededor nuestro diciendo: «¡Enseñanos combinaciones y saltos!». Así que tú tienes la opción de quedarte aquí dentro del coche o enfrentarte a lo que una vez te apasionó de verdad para retomar con fuerzas la vida.

—¿Y es que acaso nadie me escucha?! —gritó la joven, cansada y con dolor en el pecho, apretó sus labios y se calló. Marian no le respondió, tiró las llaves al sillón de atrás y se bajó, dando por terminada su terapia de choque.

Sophia vio caer un poco apartada de ella las llaves y, a través del cristal, alejarse a su amiga. Gruñó de frustración y la maldijo una y otra vez. No iba a entrar, no quería recordar segundo a segundo esa noche donde todo había sido error tras error, decepción, culpabilidad y. sin poder resistir más, se echó a llorar como lo hizo los primeros días tras el accidente.

Pasaron los minutos y la ansiedad se engrandeció en su pecho. Tenía que aceptar el giro que había dado su vida y para que sucediera, debía enfrentarse

a ese miedo y a todo lo que se escondía detrás. Respiró con profundidad varias veces, agarró las llaves con una mano, con la otra sujetó el manillar de la puerta y la abrió. Sacó una pierna, luego otra y, al menos durante un minuto, se mantuvo luchando con esa ansiedad que a ratos le ganaba la pelea.

Apretó sus labios y otro par de lágrimas brotaron de los ojos, se las limpió con el revés de la palma y se puso de pie. Cerró la puerta y se giró hasta el imponente edificio donde las enormes letras de neón decían: “Academia infantil de danza y gimnasia rítmica”. Tragó saliva y caminó hasta la entrada. Cada paso lo hacía con pesadez, llegando a imaginar las innumerables sesiones de pesas en el gimnasio para fortalecer sus piernas... Las piernas... Su pierna, el miedo a enfrentarse a la verdad la hizo dudar.

Llegó a la puerta principal, su corazón latía a mil por hora y juraba que las llaves del coche se habían adherido a su piel por la fuerza con la que las sostenía. Era una tortura lo que estaba viviendo, las imágenes volvían con detalle. Lloró durante el recorrido luchando por no detenerse y regresar, no era de las que dejaba sus propósitos a medias. Una vez que traspasara, esa puerta era consciente de que aceptaría los nuevos retos que le impondría la vida.

Cogió otra bocanada de aire y la empujó, se le hizo tan pesada que temió que no podría hacerlo, sin embargo, logró derribar ese primer obstáculo que le dejó una sensación de paz en cuanto entró. La misma que experimentó cuando aceptó salir de las cuatro paredes de su habitación, aquella que sintió al lado de Blake mientras veía el firmamento oscuro.

Había sido tan injusta con él, no tenía la culpa de sus frustraciones y miedos, solo quería ayudarla, pero era tarde, ya no tendría otra oportunidad, lo había echado de su vida de forma cruel. Apretó los labios y respiró con profundidad para no dejarse apabullar por el remordimiento, tenía que centrarse. Tenía tantas batallas de las que había huído sin enfrentarse y ahí

estaba, con la oportunidad de ganar una de ellas.

Observó el lugar y lo primero que vio fue una pequeña cartelera informativa que la llevó a revivir esos maravillosos instantes que había vivido con la gimnasia. Sin explicárselo, creyó sentir un abrazo invisible envolviéndola, dándole las fuerzas de seguir adelante. Se llevó una mano al pecho para recrearse en ello. Escuchó repetir un conteo junto a un piano, a su vez las quejas de su amiga, se mordió los labios en cuanto se fijó en Marian, que discutía quien sabe qué.

—¡Es imposible que en esta academia sean tan exigentes! Por favor, no pido todo el salón de enteramiento, solo un espacio.

—Señorita, pero es que el salón no es tan grande y están las niñas en clase.

—¿Y acaso no sabes quién soy? —indicó a punto de comenzar a gritar. Sophia se acercó a mediar y recordarle que no estaban en Durham.

—Es evidente que no todos recuerdan los rostros de los mejores gimnastas de los Estados Unidos —señaló con cordialidad. La joven miró a Marian con asombro y antes de que se disculpara, Sophia se adelantó—. Es mejor que tampoco se sepa que está aquí, quizás a los padres de las alumnas no le sería del todo agradable tener a la prensa local en la entrada, simplemente porque la gran Marian Grant ha escogido la academia como lugar entrenamiento durante sus vacaciones.

Fijó sus ojos en la gimnasta que se dio cuenta que tenía razón. Esos días habían sido geniales, desconectando y disfrutando como una joven más. Llevaba mucho tiempo queriendo sentir esa libertad plena, ladeó la cabeza a la recepcionista.

—¡Vale! —dijo Marian sin dejar de lado su orgullo—. Dime que conseguirás alguna hora libre.

—Podría mirarlo —respondió la chica dudando y fijando sus ojos en

Sophia, pidiéndole ayuda en caso de que Marian le reprochase.

—Eres muy amable —indicó Sophia sonriente, transmitiéndole tranquilidad con la mirada.

—Podrías no... —advirtió Marian—. Lo mirarás ahora —indicó solo para ponerla en apuros. La recepcionista afirmó con cierto temor, mientras la gimnasta se giraba para que no viese la sonrisa reflejada en su boca. Sophia le dio un codazo para que no se pasara.

—Sabes que soy sincera —respondió la gimnasta con aires de superioridad y para seguir martirizando a la joven. Ladeó de nuevo la cabeza cambiando su tono de voz—. Cariño, si logras encontrar un hueco, dejaré que te tomes un millón de fotos conmigo y que la cuelgues en las redes sociales.

La joven levantó la cabeza y de nuevo miró a Sophia que, sonriendo, negó con la cabeza y con rapidez centró la mirada en la pantalla, tecleando sin parar. Marian sabía que su amiga necesitaba volver, tendría una bronca más adelante con todos por sus terapias de choque. Si no hubiera dado este paso tan drástico seguiría en ese bucle de autodestrucción y algo le decía que Blake tenía mucho que ver esta vez. Sophia la observó sin saber cómo comenzar, siempre optaba por soluciones bruscas y una vez más tenía razón.

—Gracias —dijo en tono bajo. Marian no pudo resistirse y la abrazó. Un abrazo que la tomó desprevenida. No solía tener esos gestos y, una vez más, se sintió en deuda con ella.

—Para eso estamos —respondió la gimnasta con una gran sonrisa—. Ahora quiero sinceridad... Si logras salir adelante ¿te atreverás a volver? —Apretó los labios, esa pregunta escondía cierta ilusión y debía contarle lo que comenzaba a preocuparle, pero antes de hacerlo la recepcionista la interrumpió.

—Tenemos cuarenta y cinco minutos libres los martes y jueves antes de cerrar.

—Muchas gracias —respondió Sophia sonriente—. Tienes suerte, Marian, es jueves —indicó con burla.

—No te hagas la loca —señaló con una sonrisa en los labios—. Si crees que puedes jugar conmigo, debes recordar que soy la reina.

—Lo sé —respondió la joven, ignorándola para hacerla sufrir un poco por el mal trago que le había hecho vivir, y se dirigió a la recepcionista—. A mi amiga le gustaría decirte que te lo agradece y que no le importaría esperar. —Marian bufó por lo bajo, se apartaron para sentarse en unas sillas a la entrada del lugar y esperar el tiempo que debían.

—Puedes responderme, ya nadie nos interrumpirá —indicó Marian. Sophia sonrió con tristeza, manteniéndose en silencio, tratando de encontrar las palabras que necesitaba—. ¡¿Sabes?! Eres una mala pécora —señaló la gimnasta refunfuñando.

—Me siento como si hubiera retrocedido muchos años —indicó Sophia con burla.

—Te aseguro que lo recordarás si no sueltas eso que te tiene agobiada —advirtió su amiga impaciente. El miedo se apoderó de su cuerpo, estiró la pierna inconscientemente, Marian observó ese movimiento involuntario y maldijo. Sophia sonrió con tristeza.

—No estoy segura, pero creo que necesito otra opinión médica.

—¡Joder! —soltó Marian, alzando la voz más de lo normal, pegando la cabeza en la pared. La recepcionista las observó con los ojos abiertos. La gimnasta había olvidado que era una academia infantil—. Lo siento —señaló con sinceridad y se centró de nuevo en su amiga, que mantenía en su cara la decepción reflejada. Sabía que era una secuela del accidente, siempre había confiado que lo superaría con rehabilitación y seguía confiando en ello.

—Si crees que es lo mejor, hazlo, pero...

—No volveré, siento que ya no puedo, tal vez me centre en impartir

clases, pero sé que no podré hacerlo como antes.

—Antes de sacar conclusiones debemos ir a otro especialista para que te haga pruebas, estudios, te opere... —Sugirió, enfadada porque se rindiera con tanta facilidad. Sophia sonrió por la frustración y preocupación de su amiga.

—¿Debemos? —respondió quitándole hierro al asunto. Marian levantó una ceja y Sophia se apresuró a responder antes de cualquier fanfarronería que pudiese terminar echándolas de la academia—. Iré solo para adaptarme al diagnóstico que me den, reconozco que la gimnasia es parte de mi vida y siempre la recordaré con intensidad. He vivido los mejores momentos de vida, pero esa noche se cerró ese capítulo y siento que debo culminar otras metas que he ido trazando con lentitud y seguir adelante con mi nueva vida.

El silencio apareció entre ellas, dándole esos segundos para aceptar esa confesión. Marian suspiró en alto girando medio cuerpo hacia su amiga.

—No sé qué decirte, no estoy capacitada para estos momentos, solo sé dar caña y amedrentar a todo el que pueda. —Sophia soltó una carcajada—. No te rías, ¡joder! Me cuesta abrirme. —La joven le palmeó el muslo con cariño.

—¡Marian! De vez en cuando hay que darte de tu propia medicina. —Abrió los ojos, a la vez que Sophia volvía a reír, sintiendo que acababa de quitarse un peso de encima.

—¡Serás...! —masculló la gimnasta, seguida de una mirada asesina—. En vista de que ya lo tienes decidido, aún me debes una conversación.

Había olvidado a Blake y maldijo a Marian por recordarlo, por hacerle volver a sentir de golpe todas las sensaciones que él lograba que aparecieran.

—Blake no va a estar más en mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Le he pedido que se olvide de mí.

— ¡¿Qué has hecho qué?!



Después de varios días sin saber nada de ella, obligarse a no buscarla ni a llamarla para no hacerlo le resultaba imposible a Blake. Sophia se había quedado tatuada en su mente y estaba presente en cada momento. Y los recuerdos se intensificaban cuando Chloe Clifford aparecía con la misma excusa de siempre solo para insinuarse. Culpaba esa ambición desmedida de demostrar que sin su padre había llegado al éxito que tanto se había trabajado, pero estaba pagando un precio alto.

Trató de centrarse en sus clases de U.P.B., en hacer *kick-boxing*, pero al irse a dormir, le costaba. Su mente se aferraba a los instantes que la había sostenido en sus brazos, a ese ferviente deseo por probar sus labios y recorrer su piel. El móvil vibró en la mesa, conocía quién llamaba y volvió a su trabajo para ignorarla, iba retrasado y no era habitual en él.

De nuevo la melodía interrumpía el silencio de su mesa, suspiró con cansancio, solo dos personas eran tan insistentes. Echó un vistazo, pensando que esa mujer estaba acabando con su paciencia y el mal humor se incrementó. Le debía mucho a Frank, pero se estaba convirtiendo en una tortura.

Chasqueó la lengua, dándose por vencido; la poca concentración que tenía se había perdido con el tercer timbrado de Chloe y decidió dejarlo por ese día. Cerró los programas, recogió su móvil, metiéndolo en el bolsillo del pantalón y salió de la oficina dejando todo atrás.

En el camino recibió varias llamadas de su hermana, a la que también ignoró. Llegó a casa, tenía la necesidad de aislarse de todos y sabía cómo hacerlo, se cambió por un vaquero, una camiseta básica y su chaqueta. Cogió

el bolso y una muda de ropa limpia, miró unos segundos el móvil y lo apagó. Necesitaba desconectar, bajó hasta el sótano del edificio que quedaba en South East y salió a toda velocidad en la motocicleta, era lo único que lo aislaba de todo durante unos minutos.

??

Elena y Ángeles terminaban de ultimar los detalles de la invitación para el evento en el que todos trabajaban con esmero. Aún tenían tiempo para corregir, ese año sería especial, despedirían a Blake; su paso por la asociación había concluido, su trabajo requería mayor tiempo y, de alguna forma, debían recompensarle su dedicación. Escucharon el frenazo de la moto y se desconcertaron cuando apenas las saludó al entrar, dirigiéndose al salón donde solía dar la clase, siempre había sido cariñoso y amable.

—¿Has discutido con Blake? —preguntó Ángeles a Elena, sorprendida a la actitud tosca del chico.

—¡Te juro por Dios que no! Lleva así días, cualquiera diría que se ha peleado con la vida misma.

Ángeles se cruzó de brazos y se dio ligeros golpecitos a un lado de la cara con los dedos. Lo conocía, solía estar así cuando alguna situación le afectaba de gran manera y las últimas palabras de Elena hicieron que se diera cuenta de que no era el único con un comportamiento extraño.

Marian le había rogado que le prestara el coche sin darle detalles días antes, esa noche, cuando volvieron tarde, y al día siguiente escuchaba a Marian lanzar pullas a Sophia que no tenían sentido. Ni mucho menos entendió esas salidas a la playa que no les beneficiaban, mantenían el mismo color y esa sobreprotección que mantenía la gimnasta a su nieta. De forma repentina, le indicó que necesitaban la casa para ellas, al igual esa despedida tan extraña el domingo en el aeropuerto. «Sabes que todo tiene un motivo y ha llegado la hora de culminar otros sueños», le dijo después de un largo

abrazo.

Si quería animarla, logró el efecto contrario. Su nieta se escondió más en su caparazón hasta tal punto de dejar de hacer su rutina de rehabilitación.

—Elena, tengo que volver a casa, ¿podrás seguir sin problemas?

—Sí —respondió la administrativa—. ¿Quieres que te sustituya en la clase?

—Te lo agradecería. —Ángeles tenía dos dudas que tendrían una sola respuesta y las iba a resolver. Abrió la puerta del centro de información y, antes de irse, se giró a Elena para darle una última indicación.

—Necesito un papel y un boli. —Elena, sin preguntar, arrancó una hoja de su bloc de notas y le pasó el boli, le dio las gracias, escribió con rapidez para entregárselo a la mujer.

—Llévaselo a Blake ahora mismo, nos vemos mañana. —Desconcertada, afirmó con la cabeza y se despidió con la mano. Ángeles salió hacia el coche, encendió el motor tomando rumbo a su casa.

??

A Elena le picaba la curiosidad, desdobló el papel y quedó aún más intrigada a las palabras escritas: «Necesito que me llames con urgencia y no quiero excusas». No quiso sacar conjeturas, lo mejor era entregar la nota y zafarse de ese extraño asunto. Tocó la puerta y Blake abrió con brusquedad. El joven respiraba con rapidez, a pesar de que faltasen quince minutos para comenzar la clase, pero se notaba que quería desfogar su mal humor.

—De parte de Ángeles —dijo la administrativa, dándole la espalda antes de que se enfadara con ella. El joven desdobló el papel y al leer, gimió de frustración preguntándose qué rayos quería ahora.

Ángeles rogaba que su nieta estuviera en su casa, así como también que le contase la verdad. Disminuyó la marcha en cuanto vio un taxi aparcado y a

su nieta montarse. Pensó en bajarse y preguntarle, pero, al segundo, recibió un mensaje indicándole que saldría un rato. Algo sucedía y había llegado la hora de saberlo. Dio la vuelta y lo siguió durante media hora hasta detenerse. Sorprendida a lugar donde había llegado evitó soltar algunas lágrimas y esperó diez minutos, nerviosa, preguntándose por qué lo ocultaba. Se bajó y entró a la academia de danza.

??

La clase fue un desastre para Blake, llevaba veinte minutos desconcentrado por lo que le pidió a Jackson que siguiera. Esa nota de Ángeles lo tenía confuso, era muy raro que actuase así, solía llamar o decírselo en persona, cogió su móvil y marcó el número, era la única manera de matar esa curiosidad, pero al tercer tono la mujer cortó la llamada. Frunció el ceño y volvió a llamar y se repitió la misma acción, insistió una última vez y si le cortaba de nuevo, la mandaría a freír espárragos.

—Hola, Blake, necesito hablar con urgencia sobre detalles de la presentación —mintió Ángeles con descaro al otro lado de la llamada, solo así comprobaría que su intuición no fallaría.

—¿No puede ser el lunes?

—No —respondió con rotundidad la mujer. Sophia y Blake ocultaban algo y llegaría al fondo de ello.

—Verás, Ángeles... —dijo con rapidez el joven—. Quiero llevar a mi madre a cenar y se me haría tarde si paso por tu casa primero. —No entendía esa insistencia y recurrió a una mentirijilla, tendría que llevar a su madre a cenar después de todo. No quería tentar a la suerte y terminar en un lío.

Ángeles decidió otorgarle el beneficio de la duda.

—Está bien. —Pero de inmediato le surgió otra idea—. Ya que hablamos de comida, me gustaría invitaros mañana a comer a los tres. —El deseo de volver a ver a la joven de ojos atigrados se incrementó, no obstante, Blake no

estaba dispuesto a otro desplante y negarse sería dar más explicaciones.

Acorralado por esa astuta mujer, maldijo a su suerte pensando que todas las mujeres difíciles estaban cruzándose en su camino.

—Está bien, sobre la una de la tarde, ¿te parece bien?

—Perfecto —indicó Ángeles y se despidió. Se alejó de la ventana, donde veía a Sophia hablar con un grupo de pequeños. Abrió la puerta del coche, encendió el motor y se dirigió a su casa, no sin antes poner el manos libres y marcar el número de la única persona debía confesarle la verdad de lo que sucedía.

—¡Hola, mi querida Marian!

—¡Ángeles! —indicó extrañada la joven por teléfono—. ¿Sophia tiene algún problema?

Sonrió de lado sintiéndose más mayor de lo que era en perder facultades.

—¿Debería tenerlo? —preguntó con voz inocente la mujer—. Me parece que va siendo hora de que me cuentes la verdad. ¡Ah! Y no te vayas por las ramas, ¡al grano!

Parte de la noche estuvo meditando lo que Marian le había confesado. Deseaba ayudar más que nunca a su nieta, pero la gimnasta le rogó que no lo hiciera. Sophia, esta vez, quería dar el paso por sí misma. Los resultados de ciertos estudios que se había hecho sin decirle a nadie de su familia serían la clave de una de las tantas conclusiones que les había dado el especialista que visitaron. Ángeles se reprochó por no comprender el significado de “esa noche de chicas”.

También meditó sobre Sophia y Blake, estar a punto de llamarlo y cancelar la comida para no inmiscuirse, pero tuvo la sensación de que era mejor propiciar un nuevo encuentro. Se sentó delante de su portátil, buscando información sobre la academia a la que Sophia asistía a sus espaldas y se

encontró con una competencia infantil ese sábado. Recordó por unos segundos a su nieta deslizarse por el tapiz cuando era pequeña.

De algún modo quería ayudarla a reencontrar su felicidad y se aferró en concentrarse en lo cometido, ir con rapidez al supermercado, comprar los ingredientes de una comida en la que despejaría muchas dudas. Pensó varias recetas, recordando una en especial y sonrió con ilusión. Aparcó el coche para entrar al supermercado, dispuesta a seguir su plan.

??

Blake deseaba borrar ese día de su vida, aunque, en el fondo, ese deseo ferviente que se mantenía se haría realidad. Se levantó de la cama con ese gusanillo en su interior. La noche anterior no pudo contarle a su madre que Ángeles los había invitado a comer sin un motivo real. Se duchó y le envió un mensaje a Alice antes de que apareciera y le reclamara el desorden invisible que, según ella, acampaba en su habitación, exageraba, había aprendido a mantener en orden todas sus pertenencias en la universidad.

Se preparó el desayuno y se dispuso a revisar el trabajo atrasado, pensando cómo ocultar lo que le sucedía, desde la noche anterior se sentía como si fuera un adolescente ante su primera cita, rio con desgana por ser tan patético. La mente humana era magnífica para recrear toda clase de estupideces. Escuchó el timbre y a la vez el ruido de la cerradura indicándole que habían llegado.

—¡No entiendo para qué tocáis el timbre! —gritó Blake para fastidiar a su hermana. Jenny cerró la puerta, mirándolo con una ceja levantada.

—Dudo que mamá quiera ver alguna visita inesperada. —Blake se giró enfrentándose a la mala cara de su hermana.

—¡Cierto! Había olvidado ese detalle que... —señaló a su madre, que iba a la única habitación del apartamento—. ¡MAMÁ, NO ABRAS!

Su madre se detuvo ante el grito, Jenny se sentó desternillada de risa en

el sillón en forma de ele que estaba cercano a la mesa de trabajo de su hermano. Alice los reprendió con la mirada, esperando una explicación.

—Hoy será un día súper divertido —dijo con ironía Jenny—. Mamá tiene muchas preguntas y con tu idiotez no tendrá piedad alguna. —Blake resopló y se cruzó de brazos, a modo de defensa, a la vez que su madre se acercaba con el ceño fruncido.

—Esta vez le daré la razón a Jenny. ¿Qué está ocurriendo? Ayer me llevaste a cenar de manera sorpresiva y hoy me pides que venga con ropa decente y, sobre todo, ¿por qué Ángeles nos ha invitado a comer?

—Nos invitó ayer y me olvidé de decírtelo.

—¡Blake! —exclamó con el ceño fruncido—. Si Ángeles quiere invitarme me escribe a mí, no manda emisarios. —El joven se levantó disimulando su nerviosismo, aunque se delató al segundo cuando se pasó la mano por el pelo.

—Esta vez quiso cambiar —respondió Blake, dirigiéndose a la cocina. Alice lo siguió con la mirada sin entender esa respuesta tan inconclusa.

A veces se parecía tanto a su exmarido, eran conclusiones que se las guardaba para sí. Blake odiaba esa comparación y era imposible ignorarla, por lo que rogaba cada día que no se convirtiera en lo que terminó siendo su padre. Era un joven que había luchado para demostrar con esfuerzo que saldría adelante y, a pesar de ser un hombre, seguía siendo ese adolescente que apartó esa etapa con un firme propósito y por ello tenía la intuición de que algo le ocultaba. Miró a su hija esperando que le ayudase a resolver esa duda.

—¡A mí no me mires! Ángeles nos explicará tanto misterio. —Aceptó ir por toda la ayuda incondicional que le había ofrecido a su familia, pero no le apetecía ver a Sophia. La semana entera había tenido que aguantar el mal humor de su hermano por su culpa y, tras indagar con Marlind, le había dado

un desplante muy feo, y eso la encolerizaba mucho más.

Olvidar a esa mujer con la que estuvo a punto de casarse lo llevó a dejarse de lado, abandonar sus sueños. Volver a tropezarse con una mujer parecida era mala suerte. Lo vio salir de nuevo de la cocina con otra taza de café, se acercó a su madre por detrás, abrazándola y depositando un beso en la coronilla.

—¡No me adules! —advirtió Alice —Te conozco y sé que algo ocultas.

—Mamá, deja las paranoias —señaló el joven—. Además, tengo una pregunta bastante seria: de los dos ¿quién es el que más te quiere?

—¡Si que debe ser grave lo que has hecho! —repuso Jenny al percatarse cómo trataba de cambiar el tema sin ningún disimulo. Entrecerró los ojos y su hermano optó por ignorarla abrazando de nuevo a su madre, que se quejó de dejarla sin aire para luego darle dos largos besos sonoros en la mejilla y múltiples gestos de cariño.

??

Sophia se levantó de la cama con mejor ánimo, sería el primer día del cambio. Había logrado avanzar, lo que le daba fortaleza para enfrentarse a cualquier diagnóstico o prueba que se interpusiera en su camino. Se vistió y, siguiendo el consejo del médico, hizo varios ejercicios que no forzaban a los ligamentos y músculos de su pierna. Le extrañó no toparse con su abuela en cuanto bajó, y su abuelo le explicó que había ido al supermercado, ya que tenían invitados. De inmediato encontró la excusa ideal para escaparse y asistir a la competencia que tendrían las niñas de la academia de danza. Era momento de dar otro paso importante, ver de nuevo un tapiz y presenciar una competición.

Sacó de la nevera unas piezas de frutas y bebió una taza de café con rapidez, pensando en la invitación de la directora de la academia a impartir talleres especiales para animar a las niñas. Se despidió de su abuelo y salió a

la terraza para hacer los ejercicios.

Eduardo llevaba un par de semanas observando el comportamiento de algunos, no quería hacer conjeturas apresuradas, la vida y su profesión le enseñaron seguir los movimientos y su intuición le indicaba que ese día la vida de dos personas cambiaría. No estaba seguro si fuera una buena combinación, al igual que mantenía su opinión sobre la actitud de su hijo a espaldas de su nieta. Vio entrar a Ángeles bastante distraída y le extrañó, siempre cantaba o hablaba sobre cualquier detalle que había sucedido en el supermercado y esta vez no lo hizo.

—¿Podría saber qué te sucede? ¿O hemos perdido esa complicidad que tenía más de cuarenta años? —Ángeles rio.

—Ten paciencia, Eduardo.

—Dios sabe muy bien que la tengo, pero estás distraída y eso me lleva a pensar en muchas suposiciones. —Ángeles sonrió de nuevo y lo premió con un pequeño beso en los labios y prosiguió en guardar y preparar la comida, cerró un cajón pensando que debía contarle.

—Sé que no te gusta que me entrometa y sabes que no soy de hacerlo, pero creo que es conveniente que ayude de vez en cuando a que se arriesguen como una vez lo hicimos tu y yo. —Eduardo resopló. No es que no estuviera de acuerdo, quería a los dos chicos y sabía que ambos tenían fantasmas que no deseaban combatir.

Y desde ese instante rogó que fuera una comida agradable y no entre llantos y disculpas. Sophia abrió la puerta de la terraza y se encontró a su abuela de aquí para allá mientras le indicaba que le apetecía hacer *bucatini all'amatriciana*^[16]. A la joven le encantaba ese plato, por lo que subió a darse una ducha rápida, cambiarse y bajar para ayudarla. Hacía algo de calor y optó por un vestido veraniego corto junto a un jersey abierto que tapaba las

cicatrices que aún se veían. Se hizo una coleta alta y bajó con la intención de conocer el toque secreto de esa receta.



Para Jenny rozaba el absurdo esa situación que tenía que presenciar. Se mordía la lengua para no soltar unas cuantas verdades, movía la pierna nerviosa y tratar de mantener la compostura le estaba pasando factura, no era de tener paciencia, por lo que decidió pasar a modo ataque.

—Sophia, aún no me has respondido, el impertinente de mi hermano te salvó el pellejo, pero olvida que soy curiosa por naturaleza. —Blake frunció el ceño, fijó sus ojos en ella, pidiéndole que no siguiera.

Y Sophia se preguntaba a dónde quería llegar. Trató de entender lo que pasaba por su mente, de ponerse en su lugar y se imaginó que era su venganza por el mal trago que tenía que haber pasado Blake. No podía justificarse por su cobardía y el no enfrentarse a sus miedos, debía asumir las consecuencias, dudaba de cómo hacerlo, bebió un poco de vino pensando y lo mejor era contar la verdad.

—Hace unos meses tuve un accidente automovilístico. Desde entonces sigo en rehabilitación, perdiendo todas las competencias de este año y decidí que había llegado el momento de cerrar esa... —Se pasó la lengua por los labios para calmar la opresión que había nacido en su pecho—. De cerrar esa etapa de mi vida y dedicarme a mi carrera universitaria, algún día tenía que pasar —terminó, diciendo con un deje de tristeza.

La conciencia de Jenny se removió. Al escucharla notó cuánto dolor escondían esas palabras. Intuyó que todos la observaban, llegando a sentir una mirada con gran fuerza, la de Blake. Apostaba que estaba llena de reproche por haber sido tan cruel. Se removió en su asiento, sonriendo con nerviosismo, clavando los ojos en el plato avergonzada. Ese instante sería una

de las pocas veces que se había sentido así y se justificó al segundo, nadie se lo había contado, aunque tampoco se esforzó en saber de ella.

—Entiendo —respondió disimulando con un silencio incómodo que se instaló en la mesa y, al cabo de un segundo, soltó un resoplido de frustración y se sinceró—. ¡Oye, Sophia! Siento si he sido una capulla.

—¡Jenny! —exclamó su madre avergonzada.

—¡Vaya que lo has sido! —añadió Blake con voz recriminatoria.

—No te preocupes —respondió Sophia tratando de aliviar la tensión—. ¿Qué te parece el entrante? —preguntó para dejar el tema zanjado.

Jenny ni siquiera lo había probado, ya que solo pensaba en cómo estropear la velada. Alargó la mano cogiendo uno, se lo metió en la boca y frunció el ceño.

—¿Es queso? —saboreándose los labios prosiguió—. ¡Qué bueno está!

—Son bombones de queso azul —añadió Sophia sonriendo—. Aún quedaba en el frigorífico un poco de queso y, al verlo, recordé la receta. —Y a pesar de sentirse más cómoda, dejó de sonreír. La primera vez que los había probado, había sido con Kenneth.

Un día, cansada por una semana de duro trabajo, se apareció en el centro de entrenamiento dándole la sorpresa. Con misterio la invitó a su apartamento, que había alquilado con dos compañeros cerca del campus. Era pequeñito para los tres, aun así, acogedor. Ese día se había deshecho de sus compañeros. Kenneth le pidió que se sentara en uno de los taburetes y le rogó que cerrara los ojos, ella le siguió el juego y al abrirlos, se encontró con unos curiosos platos con un dibujo de un tren y en cada vagón estaban los bombones.

«Es tu noche de pecar», le dijo. Sophia sonrió con picardía, dejando que se acercara y la invitara. No lo dudó, y mucho menos en tener una noche que la llevó a pecar de diferentes maneras. Trató de sonreír sin llegar a

conseguirlo, el dolor del recuerdo pesaba mucho más.

—Uno de los pocos pecados que hacía sin cargo de conciencia. —Todos se dieron cuenta de que la tristeza la había invadido.

Ángeles sintió pena por su nieta y por el joven que arrugaba el mantel de la mesa, comprendiendo que le afectaba verla hundida en el pasado y en ese foso del que le costaba salir. Deseó con todas sus fuerzas que, si la coincidencia había logrado que se conocieran, fuera por un gran y verdadero motivo.

Eduardo decidió darle un giro a la charla con una burla habitual referente a su estado físico y ciertos placeres que se negaba a dejar de lado. Para él era suficiente ver a Sophia luchando contra la culpabilidad. Jenny y Alice sonrieron ajenas a toda la historia detrás, pero Blake no pudo, conocía todo el caso y le destrozaba ver cuánto sufría torturándose por estar viva.

Deseó en lo más hondo de su corazón estar a su lado y calmar ese dolor. Reconocía que no debía haber sido fácil explicarles que dejaría la mayor de sus pasiones y, por extraño que fuera, deseó haber podido conocer esa faceta de competición. Estaba seguro de que se sentía libertad plena, como le sucedía a él cuando bailaba. Sus ojos se encontraron y la sonrisa que ella le otorgó lo envolvió como ninguna lo había hecho hasta ese instante.

??

Jenny trató por todos los medios acercarse a la exgimnasta, pero fue en vano. Desde que había contado su historia se había mantenido perdida y envuelta en sus pensamientos. Sophia se alejó de todos con las tareas habituales después de una comida, recogió la mesa para luego meterse en la cocina tratando de mantenerse ocupada y alejada de Blake, que no apartaba los ojos de ella. Se ofreció a ayudarla a recoger, pero se negó. Cada gesto le recordaba a Kenneth y eso le oprimía el pecho, un dolor que disimulaba con esfuerzo y que la estaba agotando, ya que lo que en realidad quería era que se

acercara de nuevo, sentir su caricia de horas antes y acunarse en sus brazos escuchando los latidos de su corazón.

Sin poder soportarlo más, lo más conveniente era salir de allí, aislarse en lo único que le podía dar la paz que necesitaba y que le ayudaba a mantener en su memoria a Kenneth. Se acercó al salón soltando un ligero carraspeo.

—Disculpad, pero debo salir, he recordado... —Inconscientemente sus ojos se cruzaron con los de Blake, que la observó atento; los desvió de inmediato, sintiéndose culpable por huir de la ebullición que le hacía sentir—. He recordado que debo comprar un par de cosas que me hacen falta.

Ángeles, al estar al corriente hacia dónde iba, comprendió que esa competición tendría un papel importante que cumplir y Sophia estaba dispuesta a encontrarlo. El problema era que alejaba cualquier indicio de volver a enamorarse, su mirada recayó en Blake, perdido en sus pensamientos y suspiró en silencio con la decepción en el aire al reconocer que el amor solía ser tan intenso en ocasiones que terminaba alejando a los que lo conocían por primera vez, al atemorizarse por lo que sentían.

Volvió a la cocina para tener unos minutos a solas y, antes de entrar, observó una de las fotografías que tenía colgada en la pared. Eran ella y Eduardo de jóvenes, una de esas tantas que se habían tomado en su boda de Las Vegas. Una foto que le recordaba que ninguno se desmoralizó a la primera con tantos tropiezos al principio del camino. Un joven recién llegado que quería conocer mundo y una chica que tenía otro destino que juntos cambiaron. Llamó a Blake de inmediato con la esperanza de que no diera todo por perdido.

—No sé qué ocurre entre tú y Sophia, pero a ambos os afecta.

—Ni yo lo sé, me siento confuso y es frustrante—confesó el joven—. Debería saber cómo actuar, no tengo quince años para no tener las ideas claras. La quiero y la necesito tener cerca, las pocas veces que hemos estado

juntos ha sido genial. Es tan distinta. —Respiró profundo fijando su mirada en la mujer—. ¿Sabes? Me gustaría consolarla, arrancarle esa tristeza de su interior, pero no puedo al recordar ese maldito secreto en el que me habéis inmiscuido.

Ángeles se enterneció ante la confesión de ese joven que tenía a su lado. Un chico que disfrutó muy poco de sus años de adolescente por esa meta que se había fijado, y lo que Blake no sabía explicarle, lo conocía perfectamente. Debía descubrirlo por sí solo y darse cuenta de que siempre había otra oportunidad y que él se la merecía también.

—Olvídate de eso —respondió Ángeles para darle un empujón—, la responsabilidad recae en nosotros, no en ti.

—Debo recordarte que trabajo en el caso.

—Y yo puedo exigir que te saquen del mismo si quiero —respondió la mujer cruzando sus brazos—. Me atrevería a decir que llamaré hoy mismo a Frank para pedírselo.

—Dudo que lo acepte. —Ángeles sonrió.

—En el fondo sabes que lo lograré, pero me pregunto si estás dispuesto a dar el paso.

—¿Qué intentas decirme? Ve al grano —pidió el joven.

—Creo que solo tú puedes ayudarla. —Blake soltó un bufido, no iba a hacerse ilusiones, había salido escaldado una vez—. Sophia lleva meses perdida —prosiguió Ángeles—. Lucha por seguir adelante y la tristeza puede más con sus fuerzas y hoy he visto que se ha apoyado en ti cuando Jenny la sojuzgó. Por un momento recordé a un adolescente perdido por un padre que lo abandonó, con ese sentimiento de querer desaparecer.

Esos recuerdos le causaban dolor y resentimiento y prefería mantenerlos en el baúl donde los había enterrado. Ángeles abrió un cajón, sacó un bloc de notas y un bolígrafo, garabateó un par de palabras y se la dio.

—Ve allí, me encargaré de Alice y Jenny, tengo el presentimiento de que te ayudará a llegar al interior de Sophia.

—Pero... —Ángeles acunó la mano de Blake y lo miró, pidiéndole en silencio que se dejase llevar. Salió de la cocina dándole la libertad de escoger, entendería que decidiera el camino de alejarse, el más fácil y práctico, aunque su intuición le decía que con esa confesión de minutos atrás no sería así.

Guardó el papel en el bolsillo de sus vaqueros con un debate en su interior, no quería aparecer sin siquiera saber qué decir, pero sus impulsos le gritaban que corriera tras ella. Se atusó el pelo nervioso, sacó el papel del bolsillo, lo desdobló para ver la dirección y frunció el ceño al no entender qué diablos haría allí. Dobló el papel de nuevo, se lo metió en el bolsillo, se dirigió al salón mirando a todos por un segundo.

—Debo irme —tragó saliva—. Necesito aclarar mi mente.

??

Sophia pidió un taxi a las afueras de la casa y agradeció que apareciera con rapidez. Se subió indicando a dónde debía llevarla con el miedo que la invadía cada vez que escuchaba el motor de un vehículo. Cerró los ojos, imaginándose que así el trayecto sería lo más deprisa posible, se obligó a pensar en la letra de la canción que se escuchaba, pero fue en vano, la primera imagen que apareció fue Blake junto a esa sutil caricia que le había otorgado y que logró que su corazón se disparara, no había sentido nada parecido ni con Kenneth.

Sabía que tenía que combatir esos sentimientos de culpabilidad que le atormentaban, desecharlos, pero la lucha era difícil, sus demonios aparecían con fortaleza y sus fuerzas se estaban acabando.

Blake llevaba dudando un buen rato, podía dejarse llevar y seguirla, pero era un hombre para comportarse como un chiquillo. La realidad le hacía

poner los pies en la tierra, distaba mucho de sus fantasías, era mejor ser cauto, tomar otra dirección y no la que sus instintos indicaban.

Encendió el motor dispuesto a regresar a su casa, la mejor solución para los dos, y a medio camino, se detuvo. Estaba jodido, por mucho que intentara sacarla de su vida, Sophia se había metido en su mente y eso era lo peor que podía haber pasado. Se había prometido que no estaría entre sus prioridades tener otra relación que no fuese más allá del sexo.

—¡Mierda! —dijo en alto apoyando la cabeza en el sillón del coche, reconociendo lo que haría a continuación. Sacó del bolsillo el papel con la dirección y tomó rumbo al lugar.

Sophia, en cuanto pisó el pabellón deportivo en donde se haría la competición, saludó con timidez a la joven recepcionista y se sentó en la grada cercana a la salida con las sensaciones floreciendo en su interior. Todos los recuerdos vinieron de golpe y tuvo que disimularlo con esfuerzo. Recuerdos de triunfos, de fracasos, de entrenamientos extenuantes y de lesiones que se esforzaba en cuidar para pisar el tapiz lo más pronto posible.

—Hola, Sophia, qué alegría verte por aquí —indicó Patricia, la directora de la academia.

—Quería ver a las niñas —respondió con timidez la joven.

—¿Has pensado en la charla? —preguntó con la esperanza de que afirmase. Se había imaginado lo afortunadas que serían sus alumnas de tener un taller impartido por una gimnasta de élite como lo era Sophia—. Sería muy importante para las alumnas que conozcan tus logros y esfuerzos.

—No estoy segura, todavía no me encuentro capaz de hablar en pasado. —Patricia se decepcionó, no quería obligarla, conocía el accidente que había vivido y la rehabilitación que estaba haciendo. No era fácil ese parón en el que se encontraba, sin embargo, creyó que podía incentivarla a volver, a

recuperar ese espíritu que notaba que había perdido.

No quería defraudar a las pequeñas, tenía muchos frentes abiertos como para enfrentarse a otro reto. Aunque el día que decidió ir y se atrevió a pasar por su clase les sugirió mejorar ciertas posturas, las niñas emocionadas le rogaron que les hablara de sus experiencias.

—¿Aún tengo tiempo para pensarlo?

—Por supuesto —respondió la mujer con ilusión.

—Lo pensaré, te lo prometo —le indicó la joven con un deje de esperanza. Se escuchó la prueba de sonido y Patricia se despidió con premura. Sophia fijó su mirada en el tapiz, recordando con anhelo cada una de sus competiciones.

En cuanto Blake aparcó, un cúmulo de sensaciones se hicieron presentes. Su conciencia jugueteaba con él y lo estaba confundiendo más de lo que debía. La razón y la honestidad eran parte importante de su vida y por ello no podía hacerle caso a esa vocecita que le recordaba las ganas de volver a tocar la piel de Sophia. Era tan suave y cálida que se engrandecía el deseo de explorarla en totalidad. Apoyó su cabeza en el volante, no podía arrepentirse, ya estaba allí, ya había dado el paso, ya se había dejado llevar por sus instintos y debía seguir adelante.

Sophia observaba a las niñas dirigirse al centro del tapiz. Sus ojos se llenaron de lágrimas por la emoción que sentía hacia el deporte que amaba. Se limpió aquellas que escaparon recorriendo su rostro a la vez que veía el equilibrio y precisión con que las niñas hacían los movimientos, pero una figura masculina se detuvo a su lado logrando atraer su atención, ladeó su cabeza reteniendo el aire en sus pulmones. Blake estaba allí.

Miles de preguntas se arremolinaron en su mente. «¿Por qué lo hace?»,

se preguntó. ¿Acaso no había tenido con el rechazo continuo que le ofrecía? Soltó el aire con lentitud y cansancio, luchar con su persistencia era más difícil de lo que creía; su corazón palpitaba con tanta rapidez que era imposible combatir con eso.

Blake se sentó a su lado sin decir nada, limitándose a observar la competición, convencido de que era la peor idea que se le había ocurrido. Sophia, en cuanto se percató de su presencia, palideció. Eso le indignaba y frustraba a todo lo que deseaba hacer, adivinando sus pensamientos en cuanto vio el amago de levantarse y dejándose llevar por sus impulsos le sostuvo su brazo.

—No te vayas —le pidió el joven. Su ruego la hizo girarse y sentarse de nuevo.

El joven acercó su pulgar al rostro y limpió las huellas de las lágrimas y ella cerró los ojos para que ese gesto quedara en sus recuerdos. Un simple roce que su corazón anhelaba.

—Blake, no es tu lucha, es la mía —Sophia le confesó por primera vez. Y era así, él no tenía que llevar una carga como la que sentía en esos momentos.

—A veces luchar acompañados nos hace vencer más rápido los obstáculos.

La culpabilidad señalaba a Sophia como una vil traicionera y su corazón le indicaba lo contrario, temía escoger y por ello se alejó de nuevo, fijando los ojos de nuevo en las rutinas que hacían las jóvenes gimnastas, la única manera de rehuir y esconderse en lo más recóndito de sí. Pero un sentimiento de anhelo recayó en ella, poco a poco fue despojada de otro peso que llevaba en sus espaldas, dándole a entender que era momento de abrir otra puerta a pesar de que el miedo era mayor de lo que pensaba.

Otro par de lágrimas recorrieron su rostro, sus manos descansaban en las

piernas, tensas, mostrando la palidez de sus nudillos y, de forma improvisada, fue cobijada por una más grande. Había llegado en forma de un abrazo que le transmitía cobijo en un momento tan importante como ese, había sido difícil acercarse a todo lo que tuviera que ver con la gimnasia, le había dado todas sus alegrías, pero también le había quitado todo y tan solo dos segundos fueron suficientes para retener en su memoria esos instantes.

El seguir luchando contra la corriente no valía la pena, a pesar de seguir teniendo esa lucha interna.

—Gracias —respondió Sophia.

—Recuerda que te lo prometí —susurró Blake. Le costaba horrores mantenerse tan pasivo, quería girarse, limpiar de ese rostro tan dulce esas huellas de dolor para acariciarlo con la mayor de las sutilezas. «¡Qué difícil es estar tentado a la suerte!», se dijo.

—Lo recuerdo —respondió Sophia—, me gustaría que recordaras que te di a entender que soy un caso perdido. —Blake sonrió de lado. ¿Cómo olvidarlo? La honestidad de sus palabras había tocado la fibra más sensible dentro de él.

—Todos hemos sido en algún momento un caso perdido —añadió el joven. De reojo, Sophia lo observó, una pequeña cicatriz en una de sus cejas se notaba más de lo normal junto con las enormes pestañas que acompañaban esos iris azules, no podía ocultar que le fascinaba esa sonrisa un poco macarra que iba acompañada de esa barba incipiente.

—Lo dudo —le dijo siendo realista, ella no era la chica ideal para sus necesidades—. Eres el chico perfecto, según me ha contado mi abuela. —Blake rio a carcajadas.

—Ángeles es encantadora y prefiere omitir detalles —indicó—, y, si me permites darte un consejo, sería bueno que dejes descansar esa cabecita. ¿Crees que si fuera perfecto llegaría a darte ciertas sugerencias de cómo

mandar a la mierda a todo aquel que piense que no eres suficientemente capaz?

—Entonces, debería comenzar conmigo misma —confesó Sophia con la mirada en el suelo. Blake respiró profundo, conocía ese sentimiento, lo había vivido en dos etapas bastante duras de su vida.

—Todos pasamos por situaciones difíciles, lo importante es saber que siempre existirá una solución, por muy oscuro que sea el camino.

—Me da miedo defraudarte, no quiero comprometerte y al final te canses —confesó de nuevo la joven; esta vez sus ojos se clavaron en él. Blake la entendía a la perfección y deseaba que confiase, que le diera una oportunidad. La miró a los ojos y vio una pequeña ilusión luchando con fuerza y pasión, pidiendo ser liberada de esa oscuridad.

—Es mi decisión —le respondió Blake con firmeza— y el tiempo que pueda, te ayudaré.

Sophia giró rostro hacia el tapiz donde seguía la competición. En silencio, le invadieron todas las sensaciones de golpe, sensaciones a las cuales se rendía finalmente, tenerlo a su lado le daba la fortaleza necesaria para seguir adelante. Sus brazos se rozaron, erizándole la piel, cerró los ojos unos segundos, preguntándose si no se cansaría de sentir lo que Blake lograba que naciese dentro de sí.

—He pensado que sería bueno que le reprocharas al mundo en hora punta en Ocean Drive^[17] —añadió Blake, empujándola a que terminara de bajar los escudos, abriéndole las puertas de su corazón, y ella volvió a sonreír mientras miraba al tapiz.

No podía dar vuelta atrás, se arriesgaría y haría todo lo que estuviese a su alcance, sin preocuparse por lo que deparaba el futuro, no quería hacerlo, esta vez solo quería vivir el presente y apretó su mano con sutileza.

Abrumada por todo lo que sentía, intentaba pensar cómo responder, no

imaginaba que esa chulería que aparentaba escondía un chico tierno y sincero. Ese gesto de seguir cobijando su mano y dándole seguridad logró que naciese el deseo de ser besada y abrazada como si fuera la primera vez, era imposible que su cuerpo le pidiera semejante locura.

Necesitaba pensar en algo distinto y se obligó a centrarse en la competición, cerciorándose en el error que cometían.

—¡Noo! —exclamó en alto Sophia. La gimnasta que llevaba dentro siempre estaría presente, disfrutando de momentos como el que trataba de ver. Blake soltó su mano, desconcertado.

—Espero que te refieras a lo que hacen allí, estaba convenciéndome aceptar ir esposado por ti. —Sophia se giró de inmediato hacia él, sorprendida, enseguida le vio la sonrisa que escondía en sus labios.

—Había olvidado esa faceta de idiota que tenías —respondió con ironía la joven, sin importarle lo que sucedía a su alrededor—. Y eso no se llama “allí” —indicó un poco ofendida—. Se llama tapiz. —Blake sonrió—. En todo caso, me refería a que debía haber estirado un poco más la pierna para hacer el *arabesque*^[18] —dijo explicándole el ejercicio—, igual que la batida, no la ha hecho bien.

Blake conocía los pasos de *ballet* básicos, aunque nunca lo había estudiado con profundidad, aprendió con ensayo y error y el resto en la calle. Escucharla hablar con seriedad junto a ese aire de ofensa le causó gracia y no pudo disimular la gran sonrisa dibujada en sus labios.

—¿A que no tienes idea de lo que hablo? —preguntó Sophia, adivinando esa sonrisa socarrona que tumbaba otra de sus defensas. Blake se frotó la nuca y, antes de que se defendiera la joven, añadió—. Muy mal para ser un profesor de baile.

—¡Oye! —protestó Blake—. Tengo mis méritos que me he ganado con sudor, mucho esfuerzo y entrenamiento a diario —concluyó. Se miraron y

volvieron a sonreír.

Sophia le dio un codazo y, dejándose guiar por sus emociones, finalmente dio otro gran paso, apoyó la cabeza en su hombro. Blake se mantuvo sereno y controlando el incesante deseo besar todo su rostro y luego sellar con un beso promesas de no hacerle daño nunca.

Por separado, se centraron en la competición, olvidando por completo el mundo que estaba a su alrededor y disfrutando de ese instante con ese simple gesto.

*Cuando menos lo esperamos, la vida nos coloca delante un desafío
que pone a prueba nuestro coraje y nuestra voluntad de cambio.*

Paulo Coelho



Al terminar la competición notó cómo Sophia se apartaba de él, y no iba a permitirlo, no iba a caer en ese ciclo en el que llevaba desde hace un par de semanas y lo primero que le vino a la mente fue invitarla a comer. Conocía un buen lugar que ofrecía un ambiente acogedor y donde estaba seguro de que se sentiría a gusto.

Sophia trataba de encontrar palabras sencillas para decirle a Blake que volvería en taxi, lo veía animado y no deseaba romper ese instante. Tenía un verdadero motivo y no estaba segura de querer contárselo, a pesar de que él era una luz en la oscuridad que se había convertido su vida.

Pasaron los minutos y Blake se vio en una disyuntiva un tanto peculiar, cómo invitarla a cenar sin presionarla; era evidente que no estaba acostumbrado a esas situaciones y se sentía increíblemente idiota. Se dejó de tonterías e inseguridades, tenía veintisiete años y siempre estaba seguro del paso que daba en cualquier circunstancia de su vida.

—Conozco un buen lugar que prepara una de las mejores pizzas de la ciudad y me gustaría que fueras conmigo.

—Blake... —no podía rechazarlo y menos cuando el destello de desilusión se asomó en su rostro. Se armó de valor y junto a una sonrisa añadió—. Me gustaría.

A punto de jurar que tendría que convencerla, lo desconcertó ese cambio inesperado, sus ojos le indicaban lo contrario y entendió que era un paso más de la lucha que mantenía dentro de sí. Le era imposible juzgarla, conocía bien cómo se sentía, lo había vivido con su madre cuando cayó en ese abismo, la depresión de sentirse abandonada por la persona que le juró amor había

cubierto cada espacio de su vida, él mismo lo había presenciado.

Y allí estaba, siendo testigo de la lucha que Sophia mantenía para que volviera a salir aquella chica que estaba perdida en algún punto del camino.

Llegaron hasta el coche y Blake le abrió la puerta, apresurándose para sentarse a su lado encendiendo el motor, su atención recayó en el cambio drástico que asumió Sophia. Su cuerpo estaba rígido y su mano sujetaba el apoyabrazos con fuerza. Giró despacio hacia la salida, pero la mano cercana a él la joven la empuñó, por un momento se imaginó que en el fondo no deseaba ir y, a punto de cambiar de idea, se dio cuenta que era mucho más.

«¿Cómo he podido olvidar ese pequeño detalle?», se dijo. Las secuelas del accidente seguían allí, «¿qué podía hacer?» se preguntó. Frustrado al darse cuenta de que sus estudios no le habían servido de nada, sin tener ni idea de qué hacer, supuso que lo mejor sería ir por las calles menos transitadas, evitando que la joven sufriera cualquier ataque de ansiedad.

Sophia trataba de mantenerse serena, encontrando la fuerza necesaria para disimular y, al cabo de un rato, no pudo resistir más, cerró los ojos rogando que el recorrido fuera rápido. Cada segundo a su lado le recordaba el accidente, no le sucedía desde la primera vez que había subido en un coche. Respiró con lentitud, obligándose a abrir los ojos y ver un cartel señalando la autopista. Blake aceleró, ella apretó los labios al escuchar la fuerza del motor, que terminó siendo una tortura.

—¡Necesito que te detengas! —pidió la joven sin resistir más.

—Pero... —respondió Blake sorprendido a la voz de terror con la que lo pedía.

—Por favor —le rogó.

No era fácil hacerlo, ya estaban dentro y tenían que esperar a la salida más próxima. Blake se obligó a recordar alguna estrategia y se maldijo por

tener la mente en blanco por lo que decidió improvisar.

—Cariño —le dijo con voz suave—, puedo bajar un poco la velocidad y cambiar de carril —apartó su mano del volante para palmeear la mano de Sophia.

—¡Estás loco! —gritó la joven, llevándose las manos a la cara—. No... no vuelvas a soltar el volante —le dijo entre sollozos. Blake se maldijo por ese error de novato, se pasó la lengua por los labios, pensando cómo demonios ayudarla.

—Te pido perdón por ser tan imprudente.

—No es tu culpa, te he dicho que es mi lucha, son mis demonios —respondió Sophia en un hilo de voz.

—Y yo te he dicho que quiero ayudarte y que quiero ser parte de esa lucha.

—No puedes, Blake, estoy dañada, en mi vida ya nada tiene arreglo.

—¡Deja de decir estupideces! —afirmó pensando que se aparecía la Sophia que conocía y que estaba a punto de pisotear lo que había avanzado—. Todos hemos pasado por baches y situaciones difíciles, has aceptado seguir adelante y hacerlo sola no es fácil, deja que los demás te tendamos la mano, deja que te ayudemos, déjame hacerlo.

Sophia escuchó cada palabra con detenimiento, no era la primera vez que se lo decían, sin embargo, esta vez era distinto. Blake era un desconocido que apenas sabía de su vida, se pasó la lengua por los labios, resacos por culpa de los nervios que sentía.

—No quería contártelo, tenía vergüenza —le confesó en voz baja la joven.

—¡Sophia! ¿Acaso crees que me burlaría de ti?

—Lo siento —le indicó llena de vergüenza.

—¡Olvídalo! Dime cómo puedo ayudarte.

—Es difícil hacerlo con el coche en movimiento, siempre voy en la parte trasera, intentando mantener la mirada al frente. Es muy duro, creo que en cualquier instante un coche nos sorprenderá y se repetirá todo.

Blake se sentía impotente, no podía detener el coche, tan solo podía hablarle hasta llegar a la intersección y allí encontrar las calles residenciales más próximas hasta detenerse.

—Eres una triunfadora —soltó, siendo lo primero que se le ocurrió al joven decir—. Estás luchando con ese miedo cada vez que te subes a un coche.

—No —ella le respondió—. No he tenido el valor de enfrentarme, he recurrido a lo más fácil y cómodo por miedo —señaló tapándose los ojos para volver a llorar.

—Shh, shh, no llores, cariño, no es fácil, lo sé. Recuerda que vas a mi lado y nada te pasará, ¿qué te parece si cierras los ojos? —sugirió evitando que no notase en su voz lo nervioso que se encontraba.

—Los llevo cerrados —respondió con voz temblorosa la joven y a Blake le dieron ganas de darse un puñetazo por no estar logrando lo que deseaba.

—Bien —dijo tragando saliva—. Trataré de contarte alguna historia.

—¿Historia? —preguntó Sophia con los ojos tapados.

—Sí, de la ciudad —respondió inseguro a la vez que trataba recordar alguna mientras su mente jugaba con él manteniéndose en blanco.

—Cuéntame cómo llegaste a ser profesor de baile —murmuró Sophia. La pregunta más desafortunada para Blake, no era agradable contar su pasado, fueron días difíciles para él y su familia y estaba enterrado en lo más profundo de su mente.

No obstante, la conversación con Ángeles le recordaba lo perdida que se encontraba Sophia y acabó entendiendo lo que quería decir con eso de que podía ayudarla. Sería la primera vez que contaría lo que había hecho y de lo

que no se sentía orgulloso.

—Mi padre nos abandonó, dejándonos deudas y casi en la calle —comenzó diciéndole—, mi madre intentaba encontrar un trabajo estable después de tantos años sin trabajar y no era fácil con dos hijos, una niña y un adolescente. Por lo que odié a mi padre por hacernos pasar esas penurias, odiaba al mundo por ser tan puñetero con nosotros y me odiaba a mí mismo, sintiéndome culpable de que nos dejara, así que pensé que la vida era una puta mierda y comencé a pasar de todo.

»Hacía novillos, yéndome por ahí con algún que otro ganso que solo hacía estupideces y fumaba, allí probé mi primer pitillo, hasta que una persona me ayudó, investigando la manera de que canalizara esa rabia —explicó a la vez que conducía con precaución, entrando en la intersección y relajando su tensión. Omitió contarle que había sido Ángeles quien lo había ayudado y la necesidad de contarle la verdad nació, no era fácil recordar lo mucho que se había sentía frustrado y herido por el abandono de su padre.

Muchos años había deseado buscarlo y partirle la cara y el día que lo hizo, no tuvo que indagar demasiado para encontrarlo. Lo que vio logró, en definitiva, que lo olvidara como persona, momento en que decidió que Alice y Jenny serían lo más importante en sus vidas.

—¿Por eso bailas? —preguntó Sophia. Blake se percató que mantenía su mirada en él, había captado su atención y esos escasos segundos, el color volvía a sus mejillas. No sabía muy bien si eso era algo bueno, pero podía asegurar que, por primera vez, no se sentía avergonzado y le afirmó con la cabeza a la pregunta formulada.

—Sí —respondió dibujando una pequeña sonrisa en sus labios—. Al principio me parecía una pérdida de tiempo. En cuanto me invitaron a seguirles aprendía con rapidez y me gustó que me halagaran y me empujaran a seguir esforzándome, por lo que cambié el hacer novillos, escaparme hasta

altas horas de la noche y las malas compañías por unos cuantos vejestorios que me dieron el cariño que mi padre, con egoísmo, me quitó.

»Un año después, tuvimos que mudarnos de estado y allí aproveché lo poco que había aprendido para ayudar a mi madre, a la vez que me esforcé en participar en diferentes clubs estudiantiles y sacar las mejores notas para entrar a la universidad.

—¿O sea, que tienes un trabajo de verdad? —Blake rio a carcajadas a esa pregunta llena de inocencia.

—Sí, soy abogado, trabajo en el departamento especializado en derecho laboral y seguridad social.

—Es un poco raro eso de ser profesor de baile moderno y luego abogado.

Blake volvió a reír, a la vez que veía de reojo que sonreía y se relajaba con la conversación.

—Sí, ¿qué le vamos a hacer? —indicó con guasa el joven—. Por ahí dicen que los frikis liderarán el mundo. —Esta vez Sophia soltó la carcajada.

Se giró en cuanto Blake redujo la marcha y a lo lejos vio el letrero de la pizzería, aparcó sintiéndose pletórico, a sabiendas de que había tumbado otro obstáculo para volver a retomar su vida. El silencio se apoderó del habitáculo, dando tiempo a que entendiesen que lo que acababan de vivir debían haberlo hecho por separado. No podía dejar de lado que esa época tan dura que había vivido le había dado la oportunidad de crecer y luchar por sus sueños.

—¡Aquí estamos! —indicó Blake un poco nervioso. Sophia se giró a él.

—Gracias por lo que has hecho.

—No tienes que darme las gracias cada vez que te ayude, ¿es que no te has dado cuenta...? —dijo sin importar y arriesgándose. Llevaba mucho tiempo sin hablar con una mujer con la que se sintiese a gusto y con la que pudiera expresar sus verdaderos sentimientos.

¿Qué pasaría el día de mañana? No tenía ni idea, solo que en ese instante quería tenerla a su lado el mayor tiempo posible.

Blake le aportaba esa paz que ansiaba, su tono de voz grave y rasgado a veces lograba que se olvidase del mundo. Era como una mano invisible que le brindaba fortaleza y no quería deshacerse de esa sensación que acababa de experimentar.

Vinieron a su mente momentos felices con su familia. Escucharle hablar de su vida y de lo que realmente hacía le recordaba una y otra vez Kenneth, sus sueños de futuro y por lo que tanto había trabajado, graduarse. Le recordó al instante como le hablaba de litigios y de los numerosos casos en los que le mostraba el sufrimiento y preocupación de tantas personas y lo privilegiada que era su vida. Lo añoraba, no podía ignorar ese sentimiento, su constancia fue lo que ayudó a que su relación funcionara y era la misma persistencia que intuía que tenía Blake, pero aceptar que su vida debía seguir con nuevas personas no era fácil de asimilar.

Le abrió la puerta del coche tendiéndole la mano, sujetándola con fuerza a la vez que le guiñaba el ojo. Caminaron uno al lado del otro hasta la pizzería y, gracias al buen tiempo que los acompañaba, pasaron a la terraza, era un lugar tranquilo. Cada mesa tenía una enorme sombrilla de color crema y dentro colgaban pequeños farolillos con una luz tenue que iban conjuntados con el mobiliario rústico de alrededor.

—Aquí hacen una de los mejores *fetuccini* que he comido, pero hoy quiero que pruebes la pizza —le explicó el joven—. ¿De qué la quieres?

—No recuerdo cuándo fue la última vez que me comí una. —Blake levantó una ceja y negó con la cabeza.

—Eso lo arreglamos enseguida. —Llamó al camarero, pidiéndole la carta, que trajo al instante.

—Creo saber más o menos lo que pediremos.

—Jamás he comido una pizza entera —expuso Sophia un poco azorada a una de las fotos que había en el menú. Blake la observó divertido, comprendía que con el entrenamiento exhaustivo no podía darse ese tipo de capricho y, por alguna extraña razón, sintió que la ayudaría a experimentar la primera vez de muchas cosas.

—¿Recuerdas nuestro trato? —Sophia fijó sus ojos en él, afirmando con la cabeza—. Entonces hoy tendrás el placer de comerte una pizza entera. — La joven abrió los ojos y frunció el ceño, para ella era imposible, y Blake rio a carcajadas. Al segundo se concentró en la carta tratando, de calmar sus instintos.

—Pediré dos pizzas, una con doble pepperoni y mucho queso en los bordes y la otra con jamón, mozzarella y...

—¡Y champiñones! —Blake bajó la carta alzando una ceja.

—Y champiñones —añadió el joven sin despegar los ojos de su rostro, antes de pedir la bebida, volvió a sorprenderle.

—¡Y también pimienta verde! —indicó Sophia. Blake torció la boca, no era amante de ese vegetal verde, pero haría el sacrificio.

—Has escuchado a la señorita, dos pizzas; una con doble pepperoni y mucho queso, y la otra con jamón, mozzarella, champiñones y pimienta verde.

Sophia, satisfecha, se acomodó con una sensación agradable en su interior, a la vez que escuchaba a Blake terminar el pedido.

—Y, ya que sabes algo de mí, me gustaría saber cómo rayos no caías en la tentación de una pizza —le indicó el joven con guasa, sabiendo que daba otro paso para llegar a su corazón—. ¡Solo espero que no te arrepientas de lo que he pedido! —añadió fingiendo preocupación, la joven volvió a reír.

—Para eso te tengo a ti. —Se atrevió a responder. Blake sonrió,

sorprendido al conocer a la Sophia que se escondía detrás de sus miedos.

—Tendré que hacer muchas horas de baile —respondió el joven frotándose la nuca—. Todo sea por el bien de la mejor comida del mundo... La pizza.

Los dos sonrieron y lo que pasó a continuación obligó a Blake a contenerse. Sophia se acercó un poco más y le acarició el rostro, él no pudo reprimir cerrar los ojos y disfrutar esa sutil caricia que lo dejaba descolocado, sin saber cómo reaccionar.

Ni siquiera esa mujer que hizo que apostara todo por su relación le había hecho sentirse de esa manera. La ternura del gesto lo estaba matando, deseaba sentarla en su regazo y abrazarla, así como también tocar su piel, ese recuerdo lo torturaba. «¡Mierda!», dijo para sí, ya era bastante duro fingir ser solo su amigo, como para perder los estribos totalmente. Carraspeó un poco.

—Lo siento —dijo Sophia avergonzada.

—No —respondió preocupado por que se escondiera en su caparazón. Soltó aire, centrándose en esos ojos atigrados que lo invitaban a soñar—. Si te soy sincero, deseo con ansias besarte, no voy a ocultarlo. ¡Qué leches! Si te parezco un gilipollas y quieres irte lo entenderé, me cuesta mogollón seguir ocultándolo, no estoy acostumbrado a esto. Pero seré un chico bueno y prefiero que disfrutes de la pizza y que me cuentes eso de *developpe* o las posiciones de la gimnasia rítmica.

Sophia se tragó un gemido y enrojeció a la confesión de Blake, fingiendo ignorar ese giro que su corazón había cuando escuchó los deseos que tenía. Se pasó la lengua por los labios centrándose en lo último.

—Creía que no sabías nada de posiciones de *ballet*.

Le agradeció que se esforzara en ser cauto sin saber que no era el único que luchaba contra su corazón, ella también deseaba que la besara.

—Créeme, sé muy poco y no quiero hacer el ridículo ante alguien que ha

pasado casi toda su vida practicándolo. —Sophia sonrió, por lo que comenzó a explicar al detalle cada posición y rutina que solía hacer con la cinta. Los treinta y cinco minutos se pasaron volando mientras uno y el otro hablaban y contaban lo que conocían de la danza.

La pizza llegó y, junto con ella, otra experiencia de la cual había compartido poco con Kenneth.

—Apenas seré capaz de comer dos trozos... —Confesó la joven abriendo los ojos a la inmensa que era—. ¡Es exageradamente grande!

—¡Claro que no!, es la pizza normal —respondió bromeando Blake. Separó un trozo con el cuchillo, peleando con el queso que terminó colgando y que, con agilidad, enrolló en la rebanada, la dobló para darle el primer mordisco.

Sophia observaba para imitarlo y lo hizo sin tener el mismo resultado. El queso terminó cayendo por fuera del plato. Blake evitó reír, a cambio, volvió a hacer el mismo gesto y a la vez justificó su agilidad.

—Cuando eres un universitario becado, en las noches de estudios la pizza es tu mejor compañía y, te contaré algo, cada gesto que haces para comerla tiene su significado.

Sacó el móvil del bolsillo buscó en Google y se acercó y Sophia lo miró con curiosidad mientras su corazón latió con fuerza por la cercanía.

—Te haré varias preguntas, pero antes comerás parte de la porción que has pedido.

—Creo que te lo estás inventando —repuso la joven entrecerrando los ojos—. Solo te falta tratarme como una niña pequeña y decir: ¡ahí viene el avión! —Blake rio a carcajadas.

Cogiendo la porción de la pizza que ella había pedido, enrolló el queso que se separaba de la pizza y la dobló para acercársela y seguir con su explicación.

—Según los estudios, si te gusta doblarla y no te importa ensuciarte un poco, eres una persona práctica y sin complicaciones. —Levantó una ceja, jurando que le tomaba el pelo, y aceptó seguir la sugerencia dándose cuenta de que no le gustaba doblar la pizza y se lo hizo saber negando con la cabeza.

Blake sonrió, desdobló la porción acercándosela. La joven mordió, pero, al hacerlo, un hilo de queso quedó en sus labios y, sin pensarlo, acercó su pulgar limpiándole la comisura de la boca.

—¡Mierda! Estoy metiendo la pata —dijo frustrado, era imposible portarse bien ante ese juego de seducción que estaban llevando a cabo.

—No... no la estás metiendo —le dijo Sophia sujetándole la mano—. Según ese estudio ¿qué significa mi gesto? —le preguntó para que no se sintiera culpable.

Blake se maldijo pensando que había tenido la peor idea del mundo, se masajeó el cuello y la miró de lado, estaba perdido. Tocó su móvil de nuevo para tratar de seguir lo que era casi imposible.

—Dice que no eres práctica y da una explicación de tus gustos.

—Me conozco, sé lo que me gusta y lo que no —respondió Sophia con un deje sarcástico.

—No lo dudo —añadió Blake sonriendo al conocer un poco más de ella, adoraba cuando se enfurruñaba—, pero siempre nos sorprendemos de actitudes que tenemos escondidas —concluyó tratando de concentrarse en su maldito juego.

Sophia dudó unos segundos en seguir, cada instante deseaba que se acercara mucho más, pero decidió cortar otra porción con un tenedor y cuchillo para mantenerse serena. Blake buscó en el móvil si tenía algún significado.

—Por lo que dice aquí —señaló el joven—. Eres tranquila, organizada, educada, presumida y ricachona. —Sophia dejó el tenedor y el cuchillo a un

lado, enarcando una ceja y acto seguido se acercó a él para quitarle el móvil.

Blake alargó el brazo y, mientras trataba de alcanzar el aparato electrónico, ella perdió el equilibrio cayendo en los brazos de él. Ninguno se movió los segundos siguientes hasta que él se atrevió a acariciar su rostro.

—Mi instinto de adolescente se está apoderando de mí —le dijo a modo de advertencia. La acercó aún más, rodeándola con sus brazos como si fuera la última vez que lo haría, ella lo aceptó enterrando la cabeza en su pecho reteniendo ese instante en su memoria para siempre.

Poco a poco se alejó, a la vez que vio el móvil a un lado de la mesa y lo recuperó levantándose para leer por encima a la vez que escuchaba a Blake maldecir por lo bajo, sacándole una sonrisa genuina. Sophia se centró en leer «si te comes toda la porción con el borde incluido eres una persona decidida y fan de la pizza tradicional». De reojo miró de nuevo a Blake y decidió hacérselo saber.

—Aquí dice que si te comes el borde eres fan de la pizza tradicional. — Blake, que mantenía sus ojos en ella, sonrió de lado, cogió un trozo de pizza, con atención la miró, la mordió, masticó y tragó.

—¡Amo la pizza!

Sophia sonrió con sinceridad. Blake había tumbado todas sus barreras. Era la primera vez en mucho tiempo que se sentía tan a gusto y siendo esa Sophia que se mantenía perdida en el camino de la vida.

Cogió otra porción, mordiendo también del borde y recordando algunas palabras en italiano que le habían enseñado algunas contrincantes en sus competencias internacionales, le dijo.

—*Mamma mía! Ché delizia!*



Sophia se despertó sonriendo. La noche anterior, Blake la había obligado a comer cuatro pedazos de pizza mientras él se había comido el resto, culpándola de que tendría que pasar dos semanas ejercitándose con intensidad.

Volvieron a casa de los Baute y deseó con ansias que la besase, a pesar de que la conciencia seguía haciendo de las suyas, pero la necesidad del corazón era mayor. Blake mantuvo su promesa de ser un chico bueno. Se arrepentía de no haberle pedido que no lo fuese. Se levantó pensando en explicarle a sus abuelos que lo verían más a menudo por allí, se sonrojó solo de pensarlo y se imaginó miles de cosas que podían hacer. Bajó a desayunar encendiendo el móvil encontrándose un mensaje de él.

Blake

Buenos días, princesa, o al menos eso dicen en la película. ¿Qué te parece si paso por ti, damos un paseo por South Beach y tal vez puedas hacer lo que hemos planeado? Bueno, he planeado.

Sonrió recordando lo de gritar en medio de la calle, si bien era una idea tentadora, no quería llamar a Marian y contarle que la habían detenido por escándalo público. Se llevó la mano a la cabeza, llevaba días sin recibir ni enviarle ningún mensaje a su amiga y era mejor que supiera lo que estaba sucediendo entre ella y Blake y no por alguna foto que se colara en las redes.

Sophia

Debes estar tomándotelo tan en serio lo de hacer el programa a la perfección que llevo días sin saber de ti.

Cinco minutos después.

Marian

¡Qué te den, Sophia Baute! Quedamos que me llamarías, ruego a Dios que sea por un machote de bíceps fuertes con un torso bastante peculiar y que espero que hayas tocado, lamido y mordido.

Rio y decidió responderle, pero el móvil vibró en sus manos y el nombre que apareció en la pantalla le cayó como cubo de agua fría, logrando que, con mayor fuerza, el remordimiento se hiciera presente.

—Hola, Mandy.

—Hola, Sophia —dijo la madre de Kenneth al otro lado de la línea—. Llevo tiempo sin saber de ti.

—Lo siento, mis abuelos me han tenido un tanto ocupada.

—¡Oh, vaya! Tal vez me aferré a esa promesa de llamar cada semana.

—No tengo excusas, lo siento por olvidarme por completo —le dijo la joven con una punzada en el corazón y la conciencia removiéndole con mayor fuerza.

—Quería contarte que ayer estuve en el cementerio y recordé la primera vez que viniste a casa, lo nerviosa que estabas. —La mujer sollozó un poco—. Es tan difícil... A veces me imagino que está por llegar, otras veces preparo la mesa y al sentarme pienso que su sitio nunca más estará ocupado y sé que nadie me llegaría a comprender cómo lo harías tú. —La piel se le erizó. El sentimiento de culpabilidad estaba ahí, señalándola, evitando cerrar esa herida, obligándola a pensar que debía estar a tres metros bajo tierra. Se sujetó de la silla sintiendo las piernas flaquear, no era justo. Minutos antes sentía que podía comenzar y ahora la verdad le golpeaba la cara diciéndole lo egoísta que estaba siendo.

—¿Sophia?

—No... no sé qué decir —le confesó abrumada.

—¡Oh Dios mío! —exclamo Mandy—. Me he dejado llevar por mis sentimientos, siento haberte reprochado, echo tanto de menos a Kenneth que creo que todos piensan igual que yo. —Eso le dolió, era peor que una bofetada, sintió rabia y frustración. Amaba a Kenneth, siempre lo amaría, por lo que esa llamada era un cruel golpe bajo que la vida le daba.

—Kenneth está presente en mi vida y en mis recuerdos —respondió la joven—. Intento sobrevivir a diario y me cuesta, él había planificado tan bien nuestro futuro que me siento perdida, muy perdida —le dijo sintiendo una nueva punzada en el pecho.

—Sophia, no he querido ofenderte.

—Debo dejarte, he de ir a seguir con mi rehabilitación —se despidió cortante y colgó sin dejar que terminara.

Apretó los labios, apagó su móvil y lo lanzó sin saber dónde caía. Se llevó las manos a la cabeza por la frustración que sentía.

Ángeles entraba, a punto de saludarla y se quedó ensimismada a lo que veía, esperó un tiempo prudencial para saber qué ocurría hasta que la escuchó maldecirse una y otra vez.

—¿Qué ha pasado? —Su nieta apoyaba sus manos tensas en la encimera y vio el rastro de lágrimas en su rostro—. ¡¿Sophia?!

—¡La vida es una puta mierda! —respondió con cansancio. Ángeles abrió los ojos, manteniéndose en silencio, esperando que siguiera soltando todo eso que tenía en su interior. Durante largo rato la observó con los ojos cerrados a la vez que las lágrimas seguían recorriendo su rostro—. Desde ese maldito accidente mi mundo se ha desmoronado —indicó la joven—. No puedo volver a la gimnasia, no puedo ni tan siquiera hacer una rutina completa, tal vez tenga una lesión de por vida y tengo estas malditas cicatrices que no terminan de desaparecer. Todos me miran cómo un bicho

raro o me tratan como si viniera de una maldita guerra y ni siquiera tengo el derecho de pensar en volver a querer, por mi culpa murió un chico que lo dio todo para que yo me fijase en él.

A Ángeles le partió el corazón ver que volvía a caer en ese agujero, no sabía cómo ayudarla y su trabajo años anteriores se trataba de eso, de ayudar a otras personas en situaciones parecidas. Ahora, cuando uno de sus seres más queridos lo vivía, se quedaba en blanco. Sacó de un armario de la cocina un par de servilletas y se lo pasó cavilando las palabras más adecuadas.

—Entiendo que quieras tirar la toalla, muchas veces nos hacemos los valientes mientras la angustia se va apoderando de nuestro corazón. Sé por Marian que fuisteis a ver a un especialista —le dijo mirándola a los ojos. Sophia bajó aún más la cabeza avergonzada—. Y que esperas los resultados, sin embargo, no es el fin del mundo. ¿Cuántos atletas han superado obstáculos peores y triunfan? Nunca te has dado por vencida y no es tiempo para eso.

»Cicatrices van y vienen, todos tenemos unas que pueden estar escondidas o no, pero escudarte en ellas es la forma más fácil para seguir regodeándote en ese foso del que te empeñas en no salir. creía que los cánones de belleza no eran importantes para ti y entiendo que eres joven y parte de la vida. Solo te pido que detengas esta autodestrucción que te empeñas en tener, enfoca tu visión en la nueva oportunidad que te brinda la vida y todo lo que te está ofreciendo.

—Lo intento —respondió la joven taciturna—, pero al dar un paso, la vida me recuerda lo que sucedió.

—Sophia, eres como un cangrejo, un paso adelante y dos atrás. ¿Cuántas familias han perdido a sus hijos por diferentes motivos y siguen adelante? Es nuestro instinto. Ni hablar de accidentes como el que has tenido, y no por eso piensan que su vida se ha estancado en esos segundos, es hora de que pienses

que es un bache, eres una Baute y saldrás airosa.

—Acabas de darme la razón —repuso la joven—, todos esperan de mí algo que no puedo dar —dijo mirándola con rencor. Odiaba que lo dijeran, siempre se lo había escuchado a su padre «¿y de qué me ha servido?» se preguntó. No por eso el destino le había otorgado algún beneplácito para que fuera intocable—. Y eso de que soy una Baute, me comienzo a preguntar qué tiene de especial.

—Sophia, no sigas por ahí —advirtió Ángeles—. Lo único que esperamos de ti es que vuelvas a sonreír y que entiendas que tienes un camino muy largo que recorrer, los triunfos y fracasos van de la mano, tienes más habilidades que te empeñas olvidar y no es justo para ti. —No quería escucharlo, no en ese instante. Miró a su abuela a punto de negarse, pero la mujer se adelantó—. Dime qué te dice el corazón, te dice que sigas adelante, ¿cierto? Sé que muchas veces Victor suele decir que hay que pensar con la cabeza fría y me parece que ha olvidado las veces que se dejó llevar, y precisamente por dejarse llevar hoy estás aquí.

Sujetó su mano para obligarla a que la mirase, no era fácil, su nieta luchaba con su mente, le acarició el rostro y le sonrió.

—Hace un par de semanas tuvimos esta conversación, te pedí que confiaras en tu corazón. Hazlo por esta vez, confía en tus instintos, deja ir a Kenneth, él lo necesita. Mientras sigas aferrándote no descansará y no serás feliz.

Un nuevo sollozo salió de la garganta de Sophia, Ángeles la abrazó y acunó en sus brazos, esperando que sus palabras no cayeran en un baúl sin fondo. Nadie se imaginaba la lucha interna que existía dentro de sí, su conciencia hablaba, su corazón y cuerpo también, y dos de ellos se rendían a Blake.

Minutos después confesó la llamada de Mandy. Ángeles trató de que

entendiera que cada persona llevaba el duelo a su manera y era normal que se sintiera así. Puso la tetera en el fuego, un buen té no solo calentaba el cuerpo, también ayudaba a reflexionar y encontrar el camino correcto.

—¡Así que aquí están mis dos chicas! —exclamó Eduardo sonriente—. Hace buen día para comer afuera, antes... — dijo Eduardo al entrar a la cocina. Percatándose de que algo sucedía, las observó con cautela, metió las manos en los bolsillos de su pantalón de verano. No sabía si era conveniente seguir con la propuesta—. Me parece que tendré que decirle a Frank que no podremos ir —añadió para certificar que no ocurría nada malo.

Ángeles pensó en su nieta y a la vez en una gran disculpa para Frank. La noche anterior lo había llamado, cumpliría su promesa para sacar a Blake del caso, la respuesta le sorprendió al indicarle que los esperaba al día siguiente para darles buenas noticias.

Eduardo respiró con profundidad, estaba convencido de que todo estaba precipitándose. Dos semanas atrás había discutido con su hijo por su empeño de justicia y de querer tener de nuevo a la Sophia de hacía un año, pero su experiencia le indicaba que después de un hecho lamentable, las cosas nunca serían como antes. Desde que había sucedido, todos querían ayudarla, incluso él, deseaban con ahínco que saliera de ese atolladero y estaban tomando caminos erróneos.

En cuanto se enteró que reabrirían el caso sin consultarle le pareció rastrero y se lo hizo saber, pero su hijo había sacado el carácter español de sus ancestros y mantuvo su postura.

—Lo llamaré y le diré que iremos otro día, será bueno que hoy nos quedemos en casa y ver una buena *western* —sugirió para no presionar a ninguna de las dos mujeres.

Sophia los observó con detenimiento, desde que había llegado su modo de vida había cambiado. Acostumbrados a disfrutar de su jubilación y sus

proyectos, ella comenzaba a ser una carga, tenía que aprender a andar ese camino sola y, si se pretendía quedarse un tiempo, tenía que aportar y evitar seguir cambiando sus vidas.

—No puedo aceptar que cambiéis vuestros planes por mí, sé que Frank os ha ayudado desinteresadamente con la asociación y rechazar su invitación no es equitativo —dijo Sophia sorprendiéndoles—. Tendré que usar mucho maquillaje. —Sin ocultar sus ojos rojos por el llanto—. Debo estar espantosa, pero si me dais un par de minutos os puedo acompañar, aunque me gustaría regresar pronto.

—¿Y eso se debe a qué? —preguntó Eduardo curioso. Sophia se ruborizó y Ángeles entendió enseguida.

—¡Eduardo, eres un cotilla!

—¡Mujer, estáis a la defensiva! —Las dos mujeres sonrieron.

—Sophia, recuerda lo que hemos hablado —indicó Ángeles para que sacara de su mente todo lo que tuviera que ver con defectos físicos. No era fácil, hablaba con una jovencita de veintitrés años; a esa edad era difícil ignorar esos detalles, pero estaba convencida que lo superaría.

—Iré a por algo más decente, y gracias por todo.

—Siempre estaré para escucharte —respondió Ángeles. Eduardo se fijó en la complicidad de las mujeres y sacó sus propias conclusiones. Solo deseaba la felicidad de su nieta, a pesar de saber las andanzas del chico que le había echado el ojo.

Sophia subió y buscó en el armario un vestido floral, se miró en el espejo y lo alisó, apreciando los colores vivos que daban contraste con su piel y pelo. Esas primeras batallas no estaban siendo nada fáciles, tal vez era preferible pedirles a sus abuelos que la dejaran a solas, pero los preocuparía y algo le decía que debía hacerlo de inmediato. Pensó en Blake, sintió ilusión, un sentimiento que llevaba meses aparcado, se miró de nuevo al espejo y, por

primera vez en meses, quiso sentirse guapa, pero el reflejo de las pequeñas cicatrices las denotó.

Se acercó aún más al espejo pensando en las veces que Marian le dijo que apenas se veían y que, con el paso de los meses, se borrarían del todo, pero ahí estaban como una especie de recordatorio. Le dio la espalda, obligándose a no seguir ese camino, respiró con profundidad y en cuanto se sintió fortalecida dejó el vestido en la cama para cambiarse de ropa.

Una vez que se lo puso, volvió a girarse y aún no estaba preparada para mostrar al mundo sus imperfecciones, se acercó de nuevo al armario, sacó un jersey que pudiera tapar sus brazos, pensando que no había perdido, la lucha estaba siendo poco a poco. No ganaría a la primera. Si iba a pelear de nuevo por sus sueños y metas sería con la suficiente fuerza para encontrar el camino y reconducir su vida. Escuchó la voz de Ángeles apresurándola, se sentó a darle luz a su rostro y empujar al fondo esa tristeza que se empeñaba en seguir a su lado.

??

Chloe odiaba que alguien la llamara un domingo en la mañana cuando la noche anterior era de las que se llenaba de todo tipo de excesos. Su teléfono repicó una y otra vez ese maldito timbre comenzaba a taladrarle la cabeza.

—Es domingo y, que recuerde, no estoy detenida.

—No me hagas hablar, Chloe —inquirió Clifford—. Sé perfectamente qué hiciste anoche y te quiero en mi casa en treinta minutos.

—¿En serio? Dime que no es un castigo.

—Estoy cansado de que no te tomes en serio el ser una de las letradas que representan mi bufete, por ello le he dicho a los Baute que nos reuniremos para que les expliques las últimas novedades.

—¿Qué has hecho qué? —escuchó un gruñido a su lado en protesta a cómo había alzado la voz. Apartó la mano de Robert de su vientre,

levantándose de la cama para ir al salón sin que ese imbécil escuchara cómo la humillaban—. Hace tres días te dije que le pasaras el caso a Joshua — señaló a su abuelo—. Me niego a seguir trabajando con un compañero que no responde mis llamadas y no soporto a esa familia, mucho menos a esa mojigata que tienen por nieta, y ahora quieres que dé la cara.

—No te daré ninguna explicación, es una orden que cumplirás te guste o no. Sabes muy bien que estás a un paso de que te desherede. —Chloe quería estallar, cansada de esa amenaza, le hervía la sangre que tuviera que hacer lo que le diera la gana a su abuelo, pero se mordió la lengua al desear que estuviera muerto como tantas veces había querido.

—No entiendo esa predisposición —repuso Chloe como última medida. No quería seguir en ese caso, no deseaba ver a Sophia. La última vez que había hablado con Blake él fingió no conocerla y descubrió que mentía. Su hermana le había contado los rumores que corrían en U.P.B., odiaba que le vieran la cara de idiota, así que fue a ese estúpido ensayo para observarlos y no tuvo éxito. Frustrada, se impuso esa tarea a su manera, pero allí estaba Frank Clifford para entorpecer sus planes—. Apostaría que si yo fuese la víctima ni te molestarías en llamar a un abogado un domingo temprano.

—Los chantajes y manipulaciones se lo dejás a tus amigos. No te atrevas nunca más a utilizarlos conmigo —advirtió Frank Clifford. Chloe maldijo por dentro, jamás le ganaría la partida y no era conveniente discutir con él en esos momentos.

—Tendré que llamar a Joshua y preguntarle.

—No hace falta, tienes toda la documentación del caso en tu correo y tienes quince minutos para leerlo y treinta para estar en mi casa —ordenó de nuevo Clifford—. ¡Ahh! Y trae a ese perezoso que tienes como amante, nos vendría bien para distraer a Sophia.

Sin más, le colgó. Cabreada porque esa mojigata estuviera por encima de

ella, quería lanzar todo lo que estuviera cerca, no soportaba tanta atención por un simple accidente. «Pobre Sophia», «Ten cuidado con lo que dices», «Advierte a tus amigos de que no deben ofrecerle nada», «Y más te vale que seas amigable».

¿Amigable? ¿Cómo podía ser amigable cuando la muy zorra había ido a la disco para encontrarse con Blake? Estaba segura de que ese hombre que la había insultado era él y todo era una pantomima de los dos. Sin olvidar la broma que solía hacer Robert refiriéndose a la pobre chica que le estaba ganando la partida, los maldijo y de inmediato supo la mejor forma de hacérsela pagar.

A ella nadie le ganaba la partida, por lo que volvió a su habitación alzando la voz.

—¡Levántate! Si quieres seguir follando conmigo tendrás que hacer un papel.

—¡Joder, Chloe! Es muy temprano—se quejó el hombre tumbado en la cama.

—Frank acaba de llamar y no tenemos mucho tiempo, debemos ir a su casa. —Robert resopló, se acomodó boca arriba y, con un brazo, la arrastró de una pierna obligándola a caer a la cama.

—Haré lo que quieras siempre y cuando me pagues antes. —Chloe se levantó de inmediato.

—No estoy de humor, iré a darme una ducha y espero que en cuanto regrese no estés, te necesito en esa casa en una hora.

Caminó hasta el baño sin mirar atrás, abrió el grifo, dejando caer el agua en su cuerpo, el contacto despertó el deseo reprimido. Cerró los ojos dejándose llevar a esa noche que había tenido sexo con Blake, bajó las manos liberando sus instintos, moviendo los dedos con rapidez. Robert, adivinando sus pensamientos, entró a la ducha.

—¿Cómo te atreves? —inquirió Chloe tratando de separarse por orgullo propio, Robert no la dejó, la atrajo de nuevo a él y le susurró al oído.

—Porque me has dado permiso de follarte cuándo y cómo yo quiera. — Se giró con la rabia en los ojos, sujetando el miembro duro y erecto de Robert.

—Si creías que te correrías dentro de mí, olvídale.

—¡Mierda, Chloe! —gritó frustrado.

—Tienes una hora para estar en la mansión Clifford y más vale que te metas en el bolsillo a esa zorra. Es momento de arreglar este entuerto, haré que Blake vaya y conozca a la verdadera Sophia.

—¡Maldito Blake! —exclamó el hombre—. ¿Cuándo te darás cuenta de qué no le importas lo más mínimo? —Chloe ladeó la cabeza, otorgándole una mirada llena de rabia.

—Si quieres que siga dejando que te metas entre mis piernas, ese es el precio y tu opinión me importa un rábano. —Y salió de la ducha. Robert dejó que el agua corriera en su cuerpo, Chloe estaba obsesionada con ese gilipollas que no le hacía ni puto caso, se vengaría de los dos y lograría que le implorara que volviera con ella.

??

Blake buscó mil maneras de dormir y no pudo. Era difícil cuando en su mente solo tenía la imagen de las horas que había pasado junto a Sophia. Dulce y testaruda cuando quería y se lo perdonaba porque había aceptado luchar contra sus demonios. Esperaría con paciencia que le respondiera, imaginándose todo lo que podía hacer sin reprimir las ganas de besarla, de saborear sus labios y su piel.

El móvil vibró en la mesita de noche, sacándolo de la ensoñación, trató de ignorarlo e insistieron varias veces más. Rodó hasta alcanzar el móvil y cuando vio las llamadas perdidas, maldijo pensando que no lo dejaría en paz.

Se tapó la cara con su brazo rogando que se cansara, pero de nuevo volvía a llamar.

—Pensé que me libraría los domingos de ti —dijo el joven cortante.

—Clifford quiere que vengas a casa —indicó Chloe con la voz más cordial que pudo tener por teléfono.

—¿Para qué?

—No lo sé, solo sé que quiere que vengas y cuanto más rápido sea, mejor.

—No, me huele a una de tus tantas mentiras.

—¡Oh Dios, Blake! ¿Qué sé yo por qué tiene tanto interés? A lo mejor le gustas.

—Qué lamentable es perder el dinero en una educación privada. —Soltó el joven, cansado de sus tonterías.

Chloe rio a carcajadas, «¿qué sabrá él de la educación privada y lo que imparten?» se dijo, por lo que siguió en la misma línea para divertirse un rato más.

—No decías eso cuando me follabas como un bestia. —Blake no respondió, cuando no tenía argumentos sostenibles le soltaba ese maldito error—. Debe ser importante.

—Puede llamarme, tiene mi número.

—Blake, me aburro, llámalo y pregúntale, no seguiré siendo la emisaria. —Fingió estar ofendida, era la única forma de hacerlo dudar—. ¡Ah! Trae bañador, hace calor y la piscina nos llama a hundirnos en ella. —Le lanzó un beso y colgó.

Estaba harto de ceder. Durante unos minutos dudó si llamar y cerciorarse de si era cierto lo reunirse con Frank, la última vez lo fue. Se pasó la mano por la cabeza, chasqueó la lengua y se levantó con una sensación que no le gustó.

Chloe sonrió tras colgar, sería divertido ese encuentro, un triunfo más en su vida, así se darían cuenta que de ella nadie se burlaba.

??

Jenny escuchó el móvil, soñolienta, parpadeó varias veces hasta darse cuenta de que no estaba a solas.

—¡Joder! —exclamó la joven levantándose con rapidez en busca de su ropa interior. Su móvil seguía repicando mientras revolvía la ropa en el suelo. Bufó exaltada por no saber dónde estaba, se llevó las manos a las sienes centrándose en qué hacer.

Miró a la cama, levantó la pierna dándole una patada al pie del joven que estaba dormido. Debía despertarlo antes de que a su madre le diera por tocar la puerta, pero no le hizo el menor caso.

—¡Jackson! Despiértate o le diré a Blake que estás aquí. —Musitó buscando a su vez el aparato que no dejaba de sonar con el reguetón que tenía por melodía. Dejó de hacerlo y soltó aire, tenía un minuto de respiro por lo que se acercó a la cama y sacudió al joven.

—Lárgate de una vez, ya has tenido lo que querías.

—¿Quién te entiende? —protestó el chico levantándose a la vez que ella recogía la ropa del suelo y se la lanzaba a la cama—. Vístete rápido, distraeré a mi madre para que salgas sin hacer ruido. —Jackson se llevó las manos a los ojos y se los restregó para despertarse. Agarró la camiseta y se la puso de mala gana y, cuando fue a ponerse el bóxer, el móvil de Jenny volvió a timbrar. Jackson levantó una ceja mientras se subía los pantalones.

—Tanto apuro por contestar me hace pensar que tienes un lío con otro. —Jenny se giró y lo observó con rabia, pero el aparato electrónico llamó su atención parpadeando entre las sábanas. Se apresuró a responder en cuanto vio el nombre que anunciaba.

—¿En qué lío te has metido, Blake? —le respondió a su hermano a la vez

que observaba la cara de Jackson cambiar de color.

—Tienes diez minutos para estar vestida, estoy a punto de llegar, irás conmigo a casa de los Clifford.

—¿Es alguna venganza por lo de ayer? —preguntó Jenny frustrada.

—No. —El joven soltó aire y fue sincero—. Necesito que vengas, tengo un mal presentimiento.

—Diez minutos es poco tiempo —respondió a la vez que le indicaba Jackson que se fuera con la mano.

—Diez minutos, Jenny, ni un minuto más. —Soltó aire y colgó la llamada dejando caer el móvil en la cama e ir al armario por ropa adecuada.

—¿Y bien? ¿Nos vemos esta noche? —Jenny, cruzándose de brazos, fijó sus ojos en Jackson.

—Voy a ser sincera, si quieres que te deje meterte en mi cama de nuevo, tendrás que hacer un esfuerzo en demostrar que tienes interés por mí. De lo contrario, es mejor que te busques a otra. Esta ha sido la primera y la última vez que sucederá.

—¡Anda, Jenny! Sabes que sé cómo ponerte a cien en segundos.

—Entonces te robaré dos segundos para que te pierdas detrás de esa puerta antes de que Blake la abra y te encuentre aquí. —El joven rodó los ojos y salió de la habitación. Jenny se prometió en ese instante que iba a seguir con su advertencia, por muy enamorada que enamorada de Jackson, no iba a seguir siendo la segundona.

??

Sophia volvía a contemplar la entrada de la mansión de los Clifford observando detalles de los que no se había percatado la primera vez. Eduardo detuvo el coche y ella sintió un cosquilleo que no llegó a comprender, se bajó y, sin tener tiempo de respirar, fue recibida por Chloe con una gran sonrisa.

—¡Sophia! Al fin coincidimos —dijo a modo de saludo, sujetándole el

brazo con tanta fuerza que llegó a hacerle daño—. Tienes que contarme lo que has hecho, ¿ya conoces U.P.B.?

—Si, ahmm... —Chloe entrecruzó su brazo, llevándola a la terraza donde estaba su medio hermana Zoe, que la observaba sin disimulo alguno, sintiéndose de repente en un *déjà vu*.

—¡Por favor! ¿Desde cuándo eres tan zorra? —le reprochó Chloe—. ¿Hasta cuándo te explico que no todas queremos tostarnos al sol? —indicó la abogada. Zoe rio a carcajadas, daba por hecho que estaba actuando, a saber, por qué la obligaba su abuelo a hacerlo y le pareció divertido irritarla un poco. Conocía los rumores de la chica que estaba a escasos metros, así como también la atracción enfermiza que tenía su medio hermana por el abogaducho que protegían los Baute. Se levantó de la hamaca, acercándose a ellas.

—He de disculparme si te he hecho sentir mal —dijo Zoe con una sonrisa que rozaba la burla. Sophia no le gustó la actitud de ninguna de las dos hermanas, y menos de ese chico que se acercó por detrás rodeando su cintura y dejándole un beso sonoro en la mejilla.

—Hola, bombón —la saludó con un deje que podía malinterpretarse. Robert la miró de arriba abajo. No podía negar que Sophia le era muy atractiva, lo malo era esa actitud modosita, aunque quién sabía si en el fondo se prestaba para sus jueguitos de cama. Le guiñó el ojo y añadió—. La noche no te hace justicia, estás muy guapa.

Sorprendida en cuanto vio de quién se trataba, debía ser rápida en sus respuestas para saber qué demonios se traían y alejarse con una buena excusa. No le gustaba ni un pelo, algo no terminaba de encajar, pero no pudo responder en cuanto vio a Blake aparecer.

??

A medida que se fue acercando a la entrada principal, sus temores fueron

acertados, maldijo por ser tan idiota y aparcó lo más rápido que pudo bajándose sin importarle que el coche siguiera en marcha.

—¡Lo sabía! —dijo Jenny.

En cuanto puso su trasero en el asiento, su hermano le contó esa rara llamada. Le indicó que, si tanto dudaba, con llamar a Clifford descartaba cualquier duda, pero, como siempre, ningún hombre escuchaba sus palabras y en cuanto llegaron a la mansión ambos comprendieron que todo era una trampa de Chloe.

Su hermano se bajó como un loco y temió lo peor, por lo que le siguió. Blake era el mejor hermano del mundo, pero eso de la honestidad lo tenía tan arriba de los valores que se lo llevaban los demonios cuando alguien sobrepasaba los límites, y Chloe Clifford lo había sobrepasado con creces.

—¡Blake! —le gritó, pero la ignoró. Sin más remedio, corrió a su lado sin saber si tenía idea hacía dónde iban. Pasaron un inmenso jardín que hubiera admirado con gusto, pero el grito eufórico de la artífice de tanta maldad le recordó por qué estaba allí.

—¡Me has complacido! —exclamó Chloe corriendo hasta él como si fuera una novia enamorada para terminar dándole un beso en la boca, dejando a todos pasmados. A Blake no le importó estrellarse con la verdad en las narices y lo que le enfureció aún más era Robert sujetando a Sophia de la cintura empujándola a él. Se miraron a los ojos y ese fantasma le respondió con una sonrisa de lado, plantándole un beso cerca de la boca a la joven.

—Quitáale las manos de encima a Sophia —advirtió Blake. Robert rio de lado.

—Y si no lo hago ¿qué? —respondió provocándolo—. No fue a mí a quien detuvieron por meterme en peleas.

—¡Maldito miserable! —vociferó Blake abalanzándose, pero antes de golpearle, Jenny lo sujetó.

—¡No!, no caigas en su juego. Es lo que quiere —Jenny miró a Chloe y a Robert, a la vez que sujetaba a su hermano—. Eres una rastrera —le dijo a la abogada, que rodó los ojos y la ignoró, no había culminado del todo su juego.

—Blake, ¿qué ocurre? Nunca te había visto así —respondió Chloe acercándose a él de nuevo.

—No quiero saber qué está pasando —dijo Sophia negando con la cabeza—, solo quiero irme de aquí —indicó pidiendo ayuda al que menos debía.

—Te acompaño —sugirió Robert a la vez que le sujetaba más la cintura.

—¡Una mierda! —gritó Blake—. ¿A qué cojones estáis jugando? —Todo era un sucio juego por parte de ellos. Se maldijo mil veces por caer y no iba a permitir que las dudas recayeran en la mente de Sophia. Las murallas que había derribado no iban a imponerse por un par de miserables encaprichados—. Sois unos hijos de puta —señaló a Chloe y Robert que fingían estar ofendidos.

Jenny sujetó el brazo de su hermano, no toleraría que sacaran lo peor de él y menos por una chica que apenas conocía y que tal vez era como ellos.

Sophia tenía que marcharse de allí, todo era demasiado confuso para ella, se soltó de Robert, apartándolo de malas maneras y caminó pasando por un lado a Blake. Quería tener una nueva oportunidad, pero no de esa manera. Llegó a pensar que era su imaginación, un mal sueño que la torturaba mostrándole un futuro paralelo a lo que podía pasar.

—¡Espera, Sophia! —gritó Blake. Se detuvo unos segundos, su corazón le pedía que le escuchase, pero negó con la cabeza, obligándose a seguir. No quería explicaciones, le estaba llenando de tantas dudas que tenía miedo a que se abriera otro frente que batallar.

Era la segunda vez que veía una mujer marcar terreno sobre él y no tenía

fuerzas para esas luchas ridículas. Caminó hasta la entrada principal de la mansión evitando llorar, luchando contra su conciencia para que no ganara terreno. Se abrazó a sí misma arrinconándose en una de las puertas principales, se odió por ser la más ingenua del planeta, quiso correr para olvidar ese horrible día y la única persona que podía ayudarla estaba a escasos metros, sacó su móvil y marcó el número de su abuela.

??

—¡Debes estar feliz porque has ganado! —siseó Blake a Chloe. No podía arreglar ese maldito enredo, había aguantado por Frank hasta ese instante, pero su felicidad y la de Sophia dependían de ello. No le importaba si eso era su descalabro profesional.

Se acercó a Robert dándole un puñetazo en el mentón logrando que trastabillara y cayera al suelo.

—No vuelvas a poner tus asquerosas manos en mi chica o me importará una mierda que me detengan. —Se giró hacia la abogada y la desafió con rabia—. Recuérdalo muy bien, es mi chica, prefiero un millón de veces a Sophia que a una como tú.

—¡Puedes irte al infierno! —replicó Chloe—. Deberías darme las gracias, lo hice para que no sufra cuando la dejes por aburrimiento, me apuesto de todo a que nunca podrías satisfacerte como todas esas mujeres que han pasado por tu cama.

—¡Qué te den, Chloe! —exclamó el joven. Robert se acercó para devolverle el golpe, pero Jenny se metió en el medio antes de que todo se desmadrara.

—En vez de quedarte allí viendo este lamentable espectáculo —indicó a Zoe—, coge del brazo a este miserable y sácalo del cuadro de visión de mi hermano. No podré contenerlo mucho más tiempo o tomaré un par de fotos, primero a ti y luego a ellos partiéndose la cara y las subiré a Facebook

etiquetándote.

Zoe abrió los ojos. Si en un principio se reía de lo que presenciaba, no le gustó nada esa amenaza, sabía que sería capaz de eso.

—Robert —dijo para atraer su atención—. Tienen razón, no te ensucies las manos.

—¡Esta me las pagas, Clark!

—Dime sitio y hora, tengo ganas de patearte el culo, ¡gilipollas!

—¡Blake, esto es vomitivo! —le dijo Jenny viendo el destello de odio en sus ojos, no quería que su hermano se metiera en más líos y mucho menos por gente como esa, lo soltó en cuanto vio a Robert alejarse—. Te dije hace meses que te alejaras. Has dejado que esta lagarta hiciera lo que le viniera en gana.

—¡Oh, cállate! —respondió Chloe rondando los ojos—. Tu querido hermano no es un héroe, te aseguro que no te ha contado lo que hicimos una noche, no solo follamos, nos excedimos con todo lo que puedes imaginarte. —Jenny no quiso mirar a su hermano, le daba igual con quién se acostase, pero esas palabras dieron a entender muchas cosas.

—Jamás volverá a pasar, nunca más caeré en tus putos juegos—escupió Blake con rabia.

—Eso no te lo crees ni tú —repuso Chloe con una sonrisa. Sabía que lo estaba dejando con el culo al aire, su hermana lo tenía endiosado.

—¡Vete al infierno! —vociferó Blake retomando el camino con una única idea: recuperar a Sophia.

Jenny corrió a su lado de nuevo hasta llegar a la entrada de la mansión. Subieron al coche en silencio y así se mantuvieron durante largo rato. Estaba confusa por haber escuchado cosas que hubiera preferido no saber de su hermano; demasiada información para su gusto. El orgullo que sentía estaba pendiente de un hilo. No era ninguna estúpida ni santurrón, lo llegó a ver

con copas de más, al igual que sabía que Ángeles lo había ayudado antes de que se destruyera, pero era su único héroe, su bastión, por lo que suspiró en alto y decidió hablar.

—No voy a preguntar, voy a obligarme a olvidar lo que ha dicho esa zorra de Chloe Clifford, pero no puedes negar que tenía razón, siempre te dije que te deshicieras de ella y creíste que podías sobrellevarla. —Blake soltó aire, miró a los lados buscando un lugar para aparcar, cerró los ojos y recostó la cabeza en el cabezal del asiento.

—Me arrepiento de lo que hice, no voy a andar con florituras. Esos días quería olvidarme del maldito mundo, huir de la forma más cobarde. Me importaba una mierda el resto de las personas y no te negaré que decidí olvidarme de vosotras. Solo quería desaparecer y para eso tenía que encontrar algo que no me hiciera pensar en nada más, por eso dejé de visitaros, y en ese tiempo me gustaban esas compañías y lo que me ofrecían, los lugares que frecuentaba y las mujeres a las que... —Quería buscar una palabra menos violenta, sin embargo, no la había, ya que era lo que hacía realmente, no era por placer sino por necesidad física, por sentirse mejor que esa chica que lo había engañado, y decidió ser sincero tal como lo era—. Follaba con la primera que encontraba en esos clubes, me dejé llevar cayendo durante semanas en ello.

—No quiero saber nada más.

—Sé que no es fácil, luché por mucho tiempo con mis fantasmas. La situación se me escapaba de las manos sin darme cuenta y doy las gracias por esa reyerta. Lo intenté, Jenny, intenté ser un ejemplo para ti y lo siento, perdóname si te he defraudado, esa cruz la llevo encima, me siento avergonzado por haberos abandonado, por haber hecho lo mismo que hizo ese que nos engendró. —Jenny sintió tanta pena que se le escaparon las lágrimas por lo avergonzado que se sentía, se las limpió y llevó la mano a la

de su hermano, que sujetaba con fuerza el volante.

—Nunca más vuelvas a decir eso, eres un ejemplo para muchos y mi mayor orgullo.

—La cagué, Jenny, y, por primera vez, llegué a creer que todo sería distinto y que valía la pena.

—¿Hablas de Sophia? —Blake sonrió con desgana.

—Nunca en mi vida había deseado tener al lado una mujer como deseo que lo esté ella.



Su abuela la rodeó por la cintura mientras veía a Blake subir al coche y alejarse.

Ángeles, de inmediato, salió en cuanto recibió el mensaje y la forma en que la encontró la preocupó sobremanera. Sophia la abrazó con fuerza y le rogó irse lo más pronto posible. No había podido hacerle la petición a Frank, la haría en otro momento, ya que lo más importante era tranquilizar a su nieta.

La llevó a un recibidor cercano que conocía y donde nadie iba a molestarlas y allí Sophia le contó todo. Se sentía culpable, la había empujado salir con Chloe. Conocía sus andanzas, aun así, ni en sus más remotos pensamientos imaginó que tomaría a su nieta como un juguete. Ofendida, hablaría con Frank en otro momento y le pediría que abandonara el caso, ya se encargaría de su hijo, le daba igual si llegaba a enfadarse, al fin al cabo estaba a miles de kilómetros ignorando todo lo que sucedía. Le pidió fortaleza a Sophia y sobre todo que no juzgara a Blake con tanta facilidad a la vez que todas las piezas encajaban, siempre se preguntaba por qué ponía mala cara cuando las Clifford se acercaban, «pobre chico», dijo para sí «siempre luchando».

Cinco minutos después, la puerta del despacho se abrió y Ángeles no se despidió de Frank, como siempre lo hacía, lo que le llamó la atención a Eduardo, ajeno a lo que había ocurrido. Clifford se despidió de Sophia con una sonrisa que, de inmediato denotó que no era sincera y no le gustó. Desde el momento que entró al despacho, su intuición le indicaba que algo había cambiado y que lo que para él no marchaba bien iría a peor.

—No debí traerte, ¿verdad? —le dijo Eduardo a Sophia en cuanto salieron de la casa. La joven lo miró y el hombre se dio cuenta del rastro de llanto en sus ojos, no obstante, la joven apretó los labios y sonrió con tristeza.

—No es tu culpa, pero si me quedo un minuto más creo que saldré corriendo.

Cada vez le gustaba menos cómo giraba todo este asunto, no quiso seguir indagando y prefirió observar los detalles. Sophia, lo primero que hizo al sentarse en el coche, fue cerrar los ojos y Eduardo la vio desde el retrovisor a la vez que su mujer mantenía el ceño fruncido, no soportaba ese silencio tenso, por lo que encendió la radio y dejó que la música los envolviera.

Sophia estaba harta de tantos golpes por parte de la vida en tan poco tiempo y deseó buscar la universidad más alejada de los Estados Unidos para irse a vivir allí, sin embargo, la canción que escuchó a continuación la trastocó. Hablaba del amor, de las oportunidades, de los errores y de las imperfecciones, logrando que aflorase el deseo de escribirle a Blake, tecleó un par de palabras reprochándole y al segundo lo borró. Chasqueó la lengua frustrada. Realmente no tenía la culpa, sabía de sobra que todo había sido premeditado y que la culpable era ella por no haberse quedado a su lado. Se hizo miles de preguntas y se tapó el rostro con las manos suspirando con cansancio preguntándose por qué todo era tan difícil.

??

Después de dejar a su hermana en casa de su madre, Blake se refugió en la suya con la soledad, mirando el techo en blanco, preguntándose de qué servía ser honesto si a la primera de cambio le daban una patada en el culo. Maldijo de nuevo el día que se tropezó con Chloe Clifford, maldijo a su expareja por haberle empujado a caer en ese foso y maldijo el no poder recordar todo lo que había hecho esa noche. Aún se sentía avergonzado de

que su hermana supiera la verdad, se había prometido cuidar de ellas y no haberlo hecho le llenaba de frustración.

Necesitaba terminar con ese círculo en el que se encontraba o su vida se iría completamente a la mierda. Tanto esfuerzo no había valido para nada. Chloe le mentiría a su abuelo y lo echarían a la calle como había hecho con otros según los rumores. Cerró los ojos y la primera imagen que le vino a la mente fue Sophia en sus brazos, pegada a su pecho, junto al olor de su pelo, una mezcla entre fresas y rosas, diría un poco infantil. Sonrió recordándolo, pero era imposible, sus labios lo llamaban para besarlos, lamerlos. ¿Por qué era tan difícil todo lo que tenía que concernir con ella?, ¿en qué momento se había metido en su corazón? Se había prometido que ninguna mujer pasaría a ser prioridad en su vida exceptuando su madre y Jenny y esa promesa la había lanzado a la basura en cuanto Sophia había aparecido en ella.

La necesidad de tenerla cada minuto crecía, se había dado cuenta que la vida eran tan fácil a su lado. Podía hablar de cualquier tema, así como también pasar a un silencio absoluto donde los dos se sentían cómodos y no tenía ni tan siquiera que planificar su futuro, solo dejarse llevar por lo que sentía. Era una libertad que solo experimentaba con el baile que hasta ahora pensaba que era suficiente. Suspiró en alto, dándose cuenta de que simplemente eran suposiciones, muy a su pesar, le había demostrado que a la mínima de cambio no lo escucharía.

Se sentó y se llevó las manos a la cabeza, la culpa era de él por no haberle parado los pies a Chloe cuando pudo y odió haber caído en ese juego que había creído poder manejar. Siempre lo había intuido, siempre le había demostrado su lado oscuro, pero no era la única, él también tenía su lado oscuro, un lado que deseaba que desapareciera y era imposible mientras siguiera ocultándole la verdad a su madre. Maldijo mil veces a su padre. Por su culpa había ejercido de protector de su familia y no iba a perdonárselo

jamás. Quizá por eso no podía ser feliz, eso que algunos llamaban karma era lo que pasaba en su vida, pagaba de la peor forma las consecuencias del error de su padre y estaba cansado de ello.

Iba siendo hora de que contase la verdad, quizás así la vida le sonreiría en vez de regalarle caramelos envenenados. Se recostó de nuevo en la cama, tapándose el rostro con un brazo. Toda una vida planificada para demostrarle que pudo salir adelante sin su persona y se había dado cuenta que eso no servía de nada.

La única forma de arreglar este embrollo era enfrentándose a esos problemas y malentendidos; buscó su móvil para hacer dos llamadas que cambiarían su vida.

??

Eduardo había decidido ir a una cafetería con terraza que estaba cercana al mar, quizás así podría comenzar a resolver qué pasaba, solo esperaba que su intuición por esta vez fallara.

Sophia se excusó un momento para ir al baño y así tener unos minutos a solas. Se arrepentía por dejarse llevar por los celos, si bien sabía que todo era una artimaña, se había dejado llevar por los rumores y actitudes de otras. Blake era sumamente atractivo y de seguro estaba acostumbrado a estar con chicas guapas.

Sin ir más lejos, Jhoanna, alta, morena con un bronceado que le envidiaba y esa seguridad que mostraba cada vez que hablaba, incluso se veían tan bien los dos juntos. Y Chloe; era imposible competir con ella, no podía ocultar que era guapísima y con contactos que podían ayudarlo en lo que ella percibió que era sumamente importante para él, su carrera.

¿Qué podía esperar de ella, que estaba perdida en ese planeta donde las competencias cada vez eran más desleales? Se miró los brazos, uno y el otro,

ahí estaban de nuevo sus cicatrices, estaba acostumbrada a competir, pero otro tipo de competiciones, había estado tan ajena a lo que era el mundo real.

—¡Basta ya! —dijo en voz alta, era la primera vez en la vida que se fijaba en eso, nunca había pasado a ser primordial, aunque tampoco había necesitado saber si de verdad un chico sentía algo por ella. Se dejó de tonterías. No iba a comenzar a caer en ese dilema, bastante tenía con lo que cargaba a sus espaldas y dejaría que el destino decidiera, estaba tan cansada de luchar con su conciencia que tiraba la toalla desde ese momento.

Eduardo, en el instante que vio que se alejaba Sophia, encaró a su mujer, primero enarcó una ceja y luego se cruzó de brazos. Ángeles suspiró en alto y le dio un breve resumen de lo ocurrido.

—Sabía que todo este asunto traería problemas —repuso Eduardo enfadado.

—Entiendo que te preocupe la amistad que mantienes con Frank.

—Me preocupa Sophia y está por encima de todo, no olvidaré que él me tendió puentes para poder llegar a ser el magistrado que fui, pero debo pensar en una solución.

—Victor no te escuchará, es igual de cabezota como su padre. —Eduardo frunció el ceño.

—Eso lo heredó de tu familia, en todo caso —señaló fijando sus ojos en su mujer y prosiguió—. Hablaré con Frank, sé que no es de mi incumbencia, pero el comportamiento de Chloe seguirá perjudicando al bufete y, tras tantas décadas de prestigio, no me parece correcto. Además, me preocupa Blake, ese chico tiene problemas sin resolver y no estoy de acuerdo en añadirle otro, tienes razón en eso de sacarlo del caso, es lo primero que le pediré a Frank.

—No entiendo por qué quieres alejarlo de Sophia —indicó

defendiéndolo de inmediato Ángeles—, es el chico indicado para ella.

—Ángeles, cariño, cuando un corazón no limpia viejas rencillas y rencores que guarda en el fondo, será difícil que ame de verdad.

—No podemos adelantarnos a los acontecimientos, creo que ambos necesitan aprender a amar y perdonar, y sin darse cuenta tienen las herramientas para ayudar al otro. —Eduardo no se quedó convencido.

Un par de años atrás había recibido la llamada de un jovencito algo asustado por una citación a la corte. Gracias a sus contactos pudo averiguar qué sucedía y, desgraciadamente, a la vez interceder ante el fiscal. Había sido casi imposible y dando las gracias a que siempre existía un artículo de la ley en el que podía apoyarse logró salvar a esa familia de caer en desgracia. Durante el tiempo que Blake estuvo cerca de ellos le aconsejó que olvidara el tema, el problema fue que no lo hizo y durante años se encargó de prepararse e investigar hasta que lo encontró, enfrentándose cara a cara. Creyó que eso lo ayudaría a que pasase de página, pero con el tiempo se dio cuenta de que nunca había podido hacerlo.

Sophia volvió a la mesa comentando el tiempo y lo agradable que era estar cerca de la playa sin sentir tanto calor. Sonrieron siguiendo el hilo de la conversación del clima tropical del estado mientras terminaban de pedir. Ángeles les confesó que tenía demasiado trabajo acumulado y se le ocurrió la idea de pedirle ayuda a su nieta, pero, antes de sugerirle que le echara una mano, su móvil repicó. Lo sacó del bolso sorprendiéndose de quién era.

—Hola, Ángeles, no digas mi nombre —se apresuró a decir al otro lado Blake.

—Hola, Elena —respondió Ángeles intuyendo lo que quería.

—Gracias —dijo Blake—. Apúntalo en el saco roto de todos los favores que te debo. —Ángeles evitó resoplar, no estaba para guasas, quería escuchar

su versión de lo ocurrido—. Necesito hablar con Sophia en un lugar neutral, un lugar donde no pueda correr a esconderse.

—Casualmente íbamos a dar un paseo por el bulevar, me alegro de que estés por allí, así podemos planificar mejor la semana. Recuerda que ciertos asuntos me impidieron estar más tiempo en la asociación el viernes. — Explicó. Hubiera preferido que no la involucrara. No deseaba que Sophia le reprochara y, una vez más, decidió tenderle la mano, mantenía la idea de que necesitaban de sí para salir adelante.

—Nos veremos en el café de siempre —respondió Blake—. No estoy seguro de lo que me encontraré.

—Ni yo tampoco.

—Gracias por los ánimos —repuso Blake. Ángeles sonrió a esa respuesta de enfado, solo esperaba que sirviera de algo.

—Nos vemos en un rato.

Blake respiró con profundidad, era un gran retroceso, pero debía hacerlo si quería en su vida a Sophia en todos los sentidos.

—Hola, Blake —escuchó desde el otro lado de la línea.

—Hola, me gustaría concertar una reunión contigo.

—¿Por qué tengo la intuición de que vienen problemas? —Dejó caer Frank Clifford.

—Quizás.

—En ese caso, tengo la sospecha que tampoco me gustará, pero ya que has llamado podría concederte esa conversación mañana al mediodía.

—Te agradecería que no se lo comentases a nadie.

—Entiendo lo que intentas decir, no te preocupes, será una comida de negocios. Nos vemos a la una en el Rugger.

—Seré puntual.

—Hasta luego. —Soltó aire, cogió sus llaves y se apresuró a salir rumbo a la avenida más concurrida de la ciudad.

Eduardo estaba seguro de que no era Elena quien había llamado a su mujer, sino un joven de un metro noventa. Le resultaba muy raro que la administrativa llamara el domingo por asuntos de trabajo, a no ser que la asociación se estuviera quemando, y dudaba de ello. Durante un buen rato escuchaba a su mujer contarle a Sophia los beneficios que traería la jornada de puertas abiertas para la asociación hasta que vio llegar a Blake agitado. Sorprendido, quiso levantarse y recordó que hace muchos años había cometido errores los cuales pudo rectificar. Decidió mantener la calma, dándole pie a que fuera quien se anunciara.

Blake aceleró lo que pudo, arriesgándose a que le pusieran una multa, aparcó en la asociación y caminó con rapidez hasta llegar al café donde muchas veces se reunían y allí la vio de espaldas. En un principio creyó ver fruncir el ceño a Eduardo, al que le tenía tanto respeto que le dolería que le exigiera que se apartara de la vida de Sophia. Sin saber qué demonios iba a decir, tenía que seguir adelante.

—Buenas tardes —dijo a todos. Sophia se tensó sin poder remediarlo, su corazón se aceleró. Miró a su abuela sintiéndose traicionada, estaba tan harta de esas acciones que lo hizo saber.

—¿Así que era Elena?

—Me pidió que no dijera su nombre —se defendió Ángeles pensando que había cometido un error.

—¡Y todos aceptáis ayudarlo! Pues bien, quedaos hablando con Elena —

respondió exasperada. Se levantó arrastrando la silla, obligando a Blake a apartarse y salió con rapidez de la terraza, atravesando la avenida y corriendo sin ningún motivo.

Necesitaba esas horas para poder encontrar las palabras adecuadas, se imaginaba que estaba hecho una furia por no haberle creído, por eso quería darle tiempo y darse tiempo para pedirle perdón, pero no, tuvo que recurrir a otras personas y pedirles que mintieran. No le gustaban esas artimañas, estaba comportándose de la misma forma que Chloe. En esa ciudad todos tenían la manía de manipular a otros a su antojo. Se detuvo al sentir el tirón en su pierna y se maldijo por ello, ¿por qué tenía que enfrentarse a las situaciones de manera violenta sin tan siquiera encontrar una forma de poder evitar que le doliera? Y eso le agotaba.

Blake apenas tuvo tiempo de reaccionar y seguirla, lo que no se esperaba era que corriera, ni correr tras ella hasta que se detuvo llevándose la mano a su pierna. Aceleró el paso preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó Blake con la voz entrecortada a la vez que se acercaba para ayudarla, pero ella lo empujó de nuevo.

—¿A ti qué coño te importa?

—Claro que me importa, ¡joder! —repuso dolido a ese recibimiento—. ¿Crees que me gusta correr por el bulevar como si fuera un acosador persiguiéndote?

—Podría decirse que no es ninguna mentira. —Sabía que le dolerían esas palabras, pero necesitaba que se sintiera en su piel por unos segundos. Blake fijó la mirada en ella, aceptaba ese golpe, quería que sacara la rabia que tenía dentro.

—Es hora de que tú y yo hablemos. —Sophia se levantó acercándose a él

y apuntándole con el dedo.

—Los valientes no corren a llamar a la caballería para poder enfrentarse a la batalla.

Blake parpadeó sin entender de qué rayos hablaba, luego sonrió nervioso por esa comparación tan peculiar.

—En ningún momento he dicho que sea valiente, reconozco que recurrí a Ángeles, pero no tenía ni idea de si cogieras la llamada o si aceptarías que fuese a vuestra casa y te aseguro que si me hubiera dicho que seguiais en casa de los Clifford sería una tortura para mí, nunca más pisaré esa casa, en la vida.

—¿Qué te traes con Chloe? —preguntó sin rodeos Sophia.

—Nada, ella no es nadie en mi vida —respondió Blake soltando aire, era cuestión de momentos que saltase esa pregunta, pensó que estaba preparado para responder, pero la forma en la que lo hizo no le gustó—. Ya que quieres ir al grano, ¿por qué coño aceptaste coquetear con ese gilipollas?

—¿Cómo te atreves a acusarme? —inquirió ofendida Sophia—. No fue a mí a quién recibieron corriendo y con un beso en la boca.

—¿En serio vamos a hablar de besos? Creo recordar que él también te besó y es que me hierva la sangre recordarlo, es un capullo, siempre anda buscando una incauta.

—Olvidaba que discuto con don experto, ¿quién te crees que eres para aparecer en mi vida cada vez que te plazca y con tres frases bonitas pensar que me tienes en el bote? ¡Que te den, Blake Clark!

—No dejaré que tengas la última palabra, hoy me vas a escuchar —advirtió Blake ofendido porque lo comparara con Robert. La sujetó del brazo, atrayéndola hasta él.

—Suéltame o gritaré —insinuó Sophia mirándole a los ojos con rabia.

—No lo haré, estoy cansado de que me acuses siempre sin poder defenderme.

—¡Venga, hombre! Blake, ¿crees que soy idiota? —señaló indignada Sophia, tratando de zafarse—. Jhoanna, Kelly, Marlind y ahora Chloe.

—Te basas en las malditas suposiciones que se imagina tu cabeza, ¿acaso me has visto meterle la lengua a alguna?

—Lo vi con Chloe. —Blake la soltó, llevándose las manos a la nuca, maldiciendo mil veces a esa Clifford. Su juego había dado resultado y eso lo carcomía por dentro.

—No te mentiré —dijo respirando con paciencia—. Creía que podía manejarlo, lo he hecho siempre por respeto a Frank, aunque la subestimé. He sido un idiota en toda regla, pero si algo tengo que jurar en este instante es que la única chica que me interesa la tengo frente a mí y si Jenny no me hubiera detenido, te juro que a ese tío le hubiera partido la cara y si aún sigues sin creerme, lo entenderé y te juro que desapareceré de tu vida para siempre.—Se giró llevándose las manos a la cabeza. Sophia necesitaba alguien que le diera seguridad, no que pudiera llenarla de dudas y él era experto en eso, a su parecer—. Haz lo que quieras —dijo Blake negando con la cabeza—. Es absurda esta discusión, no llegaremos a nada.

—Me di cuenta de que todo era un juego de parte de ellos —murmuró Sophia— muy tarde... —Blake clavó sus ojos en los de ella—. Me dejé llevar por el miedo en cuanto vi a Chloe darte el beso, me metí en la cabeza que a su lado soy una piltrafa y lo primero que pensé fue que pronto te cansarías de mí.

—¡Maldita sea, Sophia! —exclamó Blake acercándose a ella—. ¿Acaso ayer no fui lo suficientemente honesto para que te dieras cuenta?

—Soy incapaz de creer hasta en mí. Mírame bien, no soy nada

comparada a ella.

Blake no quiso escucharla más, solo había una manera de demostrarle que era la única que quería para él. Le sujetó la cara con las manos y la besó. Un beso lleno de ansias y con rudeza, cargado de tanto deseo por parte de los dos que en ese momento todo se silenció. Sophia lo anhelaba y no se alejó en cuanto los labios de Blake se estrellaron en los suyos, lo dejó entrar. Sabía a menta suave, subió los brazos hasta su cuello, deseando que nunca la dejase de besar.

Blake bajó las manos hasta su culo acercándola aún más. Quería que sintiera lo que podía hacer ella en él, sus deseos iban más allá de un beso, probó cada labio, lo mordisqueó y chupó, escuchando un leve gemido por su parte y lo dejó que jugueteara con su lengua mientras Sophia reprimía la pasión, refugiándola en sus manos que la llevó a enterrar los dedos en su pelo.

Su corazón iba a explotar, sentía cómo latía cada segundo y, a la vez, que su cuerpo se rendía a las sensaciones que se amontonaban dentro de ella y que no reconocía. Deseaba más que nunca que los labios de Blake recorrieran su cuerpo, deseaba descubrir un mundo nuevo y que ese fuego que recorría su interior solo fuese extinguido por él.

Blake se alejó, sintiéndose como un adolescente dando su primer beso; quería más, deseaba más de lo que el lugar pudiera permitir, ansiaba estar a solas y demostrarle que ninguna mujer lo ponía al límite como lo hacía ella. Con un simple gemido estuvo a punto de perder la cabeza, excitándolo como nunca, era imposible que con un simple beso llegara ese extremo, pero estaba pasando.

«¡Mierda!», se dijo, no iba a poder dejar de pensar en ella, ni mucho menos en su cuerpo, que acarició con sutileza.

—Debemos parar —siseó. Sophia se separó respirando con dificultad, le

acarició el rostro otorgándole un beso dulce que volvía a turbarle la mente—. No sigas, cariño, no quiero que nos detengan por escándalo público. —La joven sonrió con dulzura.

Blake reprimió el deseo de buscar algún callejón y empotrarla allí para saciar sus ansias, en cambio, la atrajo hasta a él y le besó la cabeza.

—No sé cómo lo haremos, pero quiero que salga bien.

—Solo te pido que aceptes lo que puedo ofrecerte en estos momentos— le pidió la joven.

—Me importa vivir el presente, Sophia, ya veremos el mañana.

Esas palabras fueron suficientes para que ella sintiera esa paz que tanto anhelaba. no necesitaba construir por ahora un futuro, tenía miedo de ello, solo quería aprender a vivir el presente.

La felicidad suele colarse por una puerta que no sabías que habías dejado abierta.

John Barrymore



Eso de ser buen chico le estaba costando más de la cuenta a Blake. Siendo adolescente, con tantas actividades en las que participaba, apenas tenía tiempo para una relación; salió con algunas chicas sin sentir nada especial, le atraían, se liaban y poco más. Tal vez por ello, cuando perdió la virginidad no lo encontró tan excitante como llegó a escuchar y por ello optó por ser práctico.

En cambio, todo con Sophia era distinto, sabía que tenía que ir despacio, quería hacer las cosas bien, por mucho que su deseo de llevarla a su casa, desnudarla y enterrarse en ella fuese mayor. Lo mejor para los dos era regresar a casa de los Baute, el lugar más seguro para mantener a raya sus impulsos, a pesar de conocer el final: una ducha fría. Encendió el motor recordando el miedo de su chica y recurrió a contarle su vida universitaria, las anécdotas que le sucedieron, por el camino mientras recorrían las calles evitando la autovía.

Verla reír le gustaba, ¡vaya que si le gustaba! Genuina y bonita, deseó que siempre lo hiciera y le gustó aún más que, con ilusión, le contase su corta carrera universitaria.

—¿Y te gustaría volver?

—Sí, quiero terminarla, me gustaría terminar las metas que me propuse junto a...

En ese instante Sophia se percató que lo había olvidado por completo. Cerró los ojos combatiendo con ese remordimiento que llegó como una bomba a punto de explotar. Blake le había removido el mundo como un

terremoto, uniendo partes de su corazón que estaban deshechas a pesar de que solo una sería para siempre de Kenneth y, de nuevo, la conciencia aparecía con fuerza para mantener esa pelea interna.

La había vuelto a perder, estaba seguro de ello, no sería fácil, lo reconocía, luchaba contra un fantasma y no tenía idea de cuántos recuerdos les unían. Se removió en su asiento, celoso de no haber tenido la oportunidad de conocerla antes, tal vez su vida hubiese sido distinta. La miró de reojo y se le ocurrió la idea más estúpida para sacarla de ese mundo oscuro.

—Me preocupa que Eduardo esté puliendo el rifle. —Sophia abrió los ojos, giró hacia Blake frunciendo el ceño, preguntándose desde cuándo su abuelo tenía un arma.

—¿El rifle?

—Es los Estados Unidos, la mayoría de la población tiene un arma y si no la tenía antes, debe haberla tomado prestada o comprado, pero debe estar limpiándolo. Aparecí en medio de la comida y te secuestré.

—¿Me secuestraste? ¿En qué momento sucedió? Creo recordar que salí corriendo.

—¡Quería hacerlo más dramático! —bromeó, algo que a él solo le pareció gracioso, Sophia mantenía una ceja levantada—. En todo caso —carraspeó un poco el joven, evitando reír— ha tenido que pagar un plato que no te has comido y sabes que odia tirar comida a la basura. —Sophia parpadeó varias veces tratando de entender a qué diablos venía toda esa conversación ilógica.

—Pero ¿qué tiene que ver todo ello con un rifle?

—En las películas el padre de la chica siempre saca un rifle para asustar al chico malo con el que sale.

—¿Qué? —dijo sorprendida y rio a carcajadas—. ¿Me estás tratando de

decir que eres el chico malo, yo la chica rebelde y mi abuelo es el padre que sacará el rifle en cuanto nos vea llegar?

—Has dado casi en el clavo, menos en eso de que soy el chico malo —repuso Blake—. El chico malo nunca va detrás de la chica corriendo por Ocean Drive, es ella la que debería ir detrás.

—¡Eres idiota! —exclamó la joven. Blake rio a carcajadas—. Solo espero que mi abuelo te espere de verdad con un rifle.

—¡Dios no lo quiera! Aunque pensándolo bien, ahora que recuerdo, le gustan los *westerns* —indicó guasón—. De todas maneras, lo vamos a descubrir en este instante. —concluyó aparcando el coche. Sophia se giró al cristal de la ventana y se dio cuenta que estaban en casa de sus abuelos, volvió a mirarlo, emocionada por lo que había hecho.

—Gracias —le dijo con sinceridad. Los nudillos de la mano de Blake pasaron por su mejilla y luego la besó. Sus respiraciones se entremezclaron. Los deseos de él querían ir a más, sentarla a ahorcajadas y dejar que sus manos volaran por debajo del vestido acariciando sus muslos, pero se separó muy a su pesar.

—¡Qué difícil es contenerse!

—No lo hagas —sugirió Sophia, dejándose llevar por los impulsos de los dos, por querer descubrir el límite de sus sensaciones. Tenía la corazonada que conocía sus demonios y estaba dispuesto a enfrentarse a ellos. Él era la luz que necesitaba y su corazón palpitaba con rapidez ante cada roce, ese beso de pocos segundos logró que se perdiera en el juego de seducción que la invitaba a entrar.

Lento, profundo y lleno de intensidad, la misma que vio en sus ojos.

—Quiero ser un chico bueno —murmuró Blake, pegando su frente a la de ella.

—Yo no quiero que lo seas, me gustaba más la versión que resumiste — señaló Sophia mientras Blake sonreía, controlando lo que le estaba siendo imposible.

—Es mejor que entremos, nena, te prometo que planearemos un finde juntos.

—¿Hablas en serio con eso del fin de semana?

Con esas preguntas lo desarmaba. Aunque no podía pasar por alto el rostro desencajado de Eduardo y no quería defraudarlo más de lo que lo hizo cuando lo sacó de prisión.

—Siempre hablo en serio, nena, así como te he dicho que no quiero que Eduardo salga con su escopeta y me deje el culo como una flor. —Sophia rio a carcajadas.

—¿Es una escopeta o es un rifle?

—La verdad es que no me gustaría saberlo —respondió divertido y frotándose la nuca.

—Sabes que no me molan tus planes improvisados.

—A mí tampoco me gustan y para llegar a ti he tenido que ingeniármelas e improvisar, por eso no quiero seguir jugándomela. Así que, si hoy tengo que ser un buen chico para que no me miren con lupa como los adolescentes, lo seré. —Sophia volvió a reír y a la vez trató de provocarlo.

—¿Quién diría que detrás de esa fachada de macarra existe un chico tierno? —Blake torció la boca y frunció el ceño.

—Voy a ignorar lo que has dicho o tendré que sacar al macho alfa para que te haga olvidar esa chorrada. —Sophia abrió la boca y volvió a reír, le gustó esa respuesta y trató de provocarlo de nuevo.

—Ya que tu instinto de macho alfa quiere salir, me imagino que se

enfrentará al hombre que viene con el rifle... —Blake asomó un poco la cabeza para darse cuenta de que le había tomado el pelo. —Sophia rio a carcajadas.

—Espero que no esté creando en ti un monstruo —señaló entrecerrando los ojos el joven. Ella volvió reír.

—No me conoces, Blake Clark —señaló a la vez que se apresuraba a salir y caminó con rapidez hasta el umbral de la puerta. Él sonrió de lado, negando con la cabeza. Era cierto, apenas conocía esa Sophia que acababa de jugar con él, le gustaba, lograba que la deseara más de lo que su cuerpo necesitaba.

Se bajó detrás mientras lo esperaba en la entrada y al llegar a su lado, afianzó su mano.

—Es hora de saber si Eduardo me espera detrás de la puerta con una escopeta, rifle o, en su defecto, con un látigo. —Sophia se giró de nuevo hacia él sonriendo.

—Tienes una enorme imaginación y no sé si estoy preparada para esto —respondió con cierto temor.

—Yo tampoco estoy preparado para muchas cosas.

Blake no recordaba cuándo había sido la última vez que había estado tan nervioso. Sophia suspiró mientras abría la puerta, siguieron hasta el salón y se dieron cuenta de que tenían la casa para ellos, se detuvo sin mirarlo, imaginando lo que podía desatarse y tembló, odiaba que su corazón fuera tan traicionero.

—Blake, creo que... —Él sujetó su mano de nuevo dándole la confianza que necesitaba. Sophia recibió esa calidez.

—Sé que mis temores nunca serán como los tuyos, pero debería confesarte que me enfrenté a uno ayer, temía que me rechazaras. Aun así, asumí el riesgo y es la primera vez que doy ese paso; por alguna razón ha sucedido en cuanto te he conocido y quiero descubrirla.

El primer impulso de Sophia fue abrazarlo, sentir sus brazos fornidos envolverla. Blake la apretó más, si seguía así no podría cumplir la promesa de chico bueno. Se lo estaba poniendo difícil hasta que su entrepierna no aguantó más y comenzó a quejarse, se alejó avergonzado, aunque sus impulsos no pudo controlarlos y la besó.

Un beso sediento que Sophia correspondió, dejándolo entrar en su boca a la vez que mordisqueó cada labio y, sin poder reprimirse, gimió entre el beso. A duras penas caminaron hasta el sillón más cercano y allí se dejaron caer. Separó las piernas dejándose llevar por las acaricias que le profesaba el interior del muslo. Se mordió el labio perdida en los besos y mimos, su cuerpo nunca había reaccionado de esa forma, exigiéndole que no parase, queriendo sentirlo dentro de ella.

La calidez de su piel lo volvía loco, era tersa, notando cómo se erizaba en cuanto su mano la tocaba. Dejándose llevar por su gemido y la reacción del cuerpo de Sophia, su miembro empujaba inconsciente a que se deshiciera de todo lo que entorpecía entre ellos, trayendo consigo la cordura a Blake. Por mucho que la deseara era una locura seguir avanzando, si Eduardo y Ángeles aparecían, sacarían un rifle de la chistera y le pegarían un tiro, por lo que la obligó a mirarlo.

—Tengo que parar. —Sophia lo miró a los ojos respirando con dificultad y afirmó con la cabeza, acarició su rostro, otorgándole un beso dulce que volvía a turbar la mente del joven—. Cada vez que haces eso me dejo llevar y estoy rozando el límite, nena, no tendré la misma fortaleza.

Blake se levantó, obligándola a que se bajara el vestido. Desde la altura que la veía lo estaba excitando más de lo que se imaginaba. El pelo revuelto y sus mejillas sonrosadas... era un manjar que deseaba probar con desespero. Se sentó tratando de disimular su erección, algo difícil y que Sophia descubrió.

—Lo siento —murmuró avergonzada. Blake la atrajo a él.

—No te preocupes, ya tendremos tiempo.

—Creo... —pudo decir por fin, tratando de centrarse en lo que fuera y no en el hombre que estaba logrando que perdiera la cabeza—. Creo que mi abuelo tiene algunas películas del oeste por allí.

—¡Así que es verdad!

—Pensé que conocías los gustos de mi abuelo, has asegurado que tiene un rifle —indicó la joven con una diminuta sonrisa.

—Siempre lo escucho hablar de ello. —Sophia rio, tapándose la boca.

—Espero que encontremos alguna en la tele —respondió la joven mientras alargaba el brazo para encontrar el mando.

—¡Estoy convencido de que la encontraremos! —Encendió el televisor, cambiando poco a poco, pero el mando le fue arrebatado por Blake.

—Del modo que pasas los canales, jamás hallaremos una peli. —La joven se quejó por el robo, pero él no le respondió, ladeó la cabeza encontrándose a Blake concentrado con el cambio de canales.

—¡Esto es un películón!

—¡Y hablas de mi abuelo! —ironizó la joven. Blake levantó un dedo sonriendo de lado.

—*El bueno, el feo y el malo*^[19] es un clásico, es la excepción a la regla.

—Si lo dices por Clint Eastwood, lamento decirte que no es mi actor preferido—comentó la joven.

—¡Sophia! —exclamó con un deje de ofensa—. Eso es un insulto a la inteligencia. —La joven volvió a sonreír—. Te pido... no, mejor aún, te ruego que no me digas que tu actor preferido es Leonardo Di Caprio, entonces creo que algo hicieron mal tus padres.

La joven abrió los ojos sorprendida y, al segundo, rio a carcajadas. Se acomodó a su lado sintiendo el calor de su cuerpo como si fuera su nuevo

refugio. Blake soltó aire al escuchar a Clint Eastwood decir “Cada revolver tiene su voz, y yo esa la conozco”.

??

Sophia soñó con Blake, con sus caricias y su sonrisa. Soñó que le quitaba despacio la ropa, cubriendo su piel con besos, haciéndola temblar, gemir, y dejando que se abandonase en sus brazos mientras entraba de una estocada en ella, pero cuando quiso besarle, vio el rostro de Kenneth y todo se volvió negro. Se levantó angustiada y sudando con la excitación en su cuerpo. Era la primera vez que tenía un sueño erótico tan nítido.

Se sentó en el borde de la cama, empujando al fondo de su mente a su conciencia, ya no solo la torturaba a diario, sino que jugaba con sus sueños. No, no iba a dejar que la atormentara más. Por primera vez, después de llevar meses sin tener ilusión de vivir, había encontrado la forma de volver a hacerlo. Se levantó, refrescándose la cara y vio la hora, era temprano, momento ideal para llamar a su padre, aunque si lo llamaba le reprocharía por apenas responder sus mensajes. Estaba cansada de que le preguntara una y otra vez si ya había decidido qué hacer.

Lo que en ese instante quería hacer era estar con Blake, su corazón se lo pedía. La noche anterior se le hizo corta y en cuanto sus abuelos aparecieron, las indirectas no dejaron de caer. Magistralmente, Blake les siguió la corriente hasta que se confabuló con su abuela, comprometiéndola a ir a U.P.B. Sophia se vio entre la espada y la pared.

No tuvo otra opción que aceptar, aunque puso condiciones y la principal era que la sorprendiera. Sonrió sintiendo ese gusanillo de ilusión en su interior, buscó su móvil y moviendo los dedos con rapidez le envió un mensaje para sorprenderle.

Sophia

Buenos días, ¿seguirás con eso de ser un chico bueno?

Suspiró ilusionada y creyó que lo mejor era salir un rato a caminar sin tener que forzar mucho los músculos, solo quería recuperar lo que era su vida y fue al armario en busca de la ropa de deporte.

Blake de nuevo pasó la noche en vela, pensando en la chica que se escondía en sus miedos y en lo mucho que lo excitaba. No estaba seguro de aguantar más duchas frías y tampoco retroceder etapas. Se atusó el pelo, pensando que su apuesta estaba siendo arriesgada. Ese día sería importante para él, tal vez volvería a las listas del desempleo y nunca más tendría una oportunidad como aquella. Clifford estaría enterado de lo que había ocurrido y esperaría a esa comida para humillarlo por despreciar a su querida nieta. Chloe no lo dejaría en paz hasta que se aburriera o lograra su capricho y eso no pasaría.

Llegó al trabajo más temprano de lo normal para adelantar parte de él, si iban a echarlo a patadas que fuese por culpa de Chloe y no por ser irresponsable. A media mañana encendió el móvil, encontrándose con el mensaje de Sophia, que le sacó una sonrisa y logró que olvidara esa reunión que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Blake

Buenos días, cariño, estoy experimentando con lo que significa ser chico bueno, pero creo que el experimento me saldrá mal.

Y era cierto, quería hacer tantas cosas junto a ella, pero lo que más deseaba era volver a tocar su piel y besarla hasta que gimiera como lo había hecho el día anterior, solo pensarlo comenzaba a excitarlo.

—¡Mierda! —exclamó sin importar si sus otros compañeros lo escuchaban, era imposible que esa simple imagen lograra empalmarlo.

Suspiró en alto centrándose en el trabajo y en lo que hablaría con Clifford. En cuanto llegó a Ruggen^[20] ya estaba Frank esperándolo. Se dieron la mano con un saludo frío que le confirmó sus sospechas, en cualquier momento le pediría que recogiera sus pertenencias y no volviera a pisar Clifford & Asociados.

Una vez se sentó, un camarero se acercó sirviéndole una copa de vino. Frank le dio las gracias y esperó que se fuera para fijar su mirada en él.

—Bien, Blake, me gustaría conocer tu versión antes de tomar una decisión que pueda afectar tu futuro.

—No soy hombre de hablar mal de las mujeres, pero tampoco aceptaré que me usen para burlarse de otras. —Frank se acomodó las gafas observando al chico que tenía delante. Antes de ofrecerle el puesto de trabajo, lo había investigado.

El día que lo conoció le había causado una buena impresión y en cuanto supo cuál era su profesión decidió apostar por él, su departamento necesitaba otro litigante en integración social con ambición. No tomó en cuenta la reyerta en la que había terminado involucrado, sin embargo, no le gustó que hubiera estado en el mismo lugar en que había encontrado a Chloe en un estado lamentable y, a pesar de dudar, esas ganas de escalar posiciones eran lo que le había gustado.

Hasta hacía meses había pensado que era un simple capricho y lo dejó pasar, pero el problema se le fue escapando de las manos y detestaba los cabos sueltos, sobre todo cuando conocía la manía de esa chica, no era el primero que había perjudicado. Bastantes dolores de cabeza le habían causado mucho antes de nacer y debía darle un escarmiento si se atreviera a seguir pasando por alto su advertencia.

—Eres consciente de que si renuncias darás un paso atrás en tu carrera.

—Sé que es una gran consecuencia y no es fácil, he deseado mucho este puesto, pero tampoco soy el juguete de nadie.

—Tengo la sensación de que no tiene que ver tanto con Chloe.

—Tienes razón —confesó Blake—. Es por Sophia y su caso, no quiero mentirle, confía en mí y no quiero ocultarle secretos. —Clifford volvió a fijar los ojos en él, esa lealtad era parte de su personalidad, que conocía de sobra.

Cuando tenía la edad de Blake podría considerarse algo importante, pero, desgraciadamente, la vida te enseñaba a dejarla a un lado ante decisiones significativas e intuía que iba más allá de amistades y trabajo. Lo poco que conocía a Sophia Baute era por Eduardo. Llevaba una vida con rigurosa disciplina, algo que le hubiese gustado que Chloe hubiera tenido.

Mantenía una cuenta pendiente con Eduardo y cuando recibió la llamada de Victor, aceptó de inmediato ayudarlo. No tenía nada que perder si llamaban a Sophia a testificar, en cambio, por lo visto Blake podría perder más que la confianza. Honestamente, estaba seguro de que no era más que atracción física, el apetito sexual de la edad.

La chica era bastante bonita y si seguía insistiendo con ella se arriesgaba a perderlo todo por algo que no tendría futuro. Según Victor, en cualquier momento volvería a Carolina del Norte y retomaría sus estudios, su vida. Además, Frank tenía otros planes para él y no iba a dejar que se deshicieran por escarceos amorosos, quizá sería bueno que supiera que los padres de Sophia habían aceptado que visitara el estado para que retomara las fuerzas necesarias para volver a las competiciones, llegando a la conclusión de que no estaría jamás al alcance del chico que tenía frente a él.

Se frotó la mandíbula pensando que el amor era el peor consejero para un futuro prometedor, podía lograr que cometiera el peor de los errores y llevarlo a arrepentirse toda la vida. Un claro ejemplo era Chloe, no escuchó

sus consejos y se dejó llevar por esos detalles y el cariño que le ofreció su exprometido. Siempre le dijo que no se entregara en totalidad, estaba convencido que había aprendido y olvidó decirle que no todos tenían esa visión de la vida que tanto solía aconsejarle.

Es por ello por lo que se encontraba en ese restaurante, escuchando las dos versiones para meditar una solución rápida. El día anterior Chloe apareció en su despacho advirtiéndole que no accedería a representar a los Baute y si se lo exigía avergonzaría de verdad a la familia.

Solo con una mirada severa supo lo que había sucedido y le enfureció. Le advirtió que no siguiera por ese camino, pero sus palabras fueron en vano, esa clase de espectáculos en su propia casa era el colmo, logrando que apareciera lo peor de él. No solo le exigió mantenerse frente al caso, si mantenía su actitud de creer que podía amenazarle, se encargaría de que jamás la contrataran en ningún bufete de abogados en todo el país. Nadie, absolutamente nadie alteraría, sus planes para con Blake, y menos por creer que el amor era más importante.

—Verás, chico, el día que te conocí supe el potencial que tenía delante —comenzó diciéndole Clifford—. No puedo permitir que se quede estancado por problemas de faldas, prefiero que la próxima llamada que me hagas sea para explicarme que te vas porque te han ofrecido un mejor puesto. Si te preocupa Chloe, me encargaré que no pise el departamento de integración social.

»Con esto quiero decir que no acepto tu renuncia, todo lo contrario, si mantienes la decisión, te aseguro que te acarrearás grandes consecuencias y si todo tiene que ver con Sophia Baute, disfruta con ella el tiempo que puedas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Blake frunciendo el ceño frustrado a la amenaza de Frank.

—Eres joven, yo también lo fui y nos dejamos llevar por las emociones. Eres astuto y entenderás mis palabras. —Miró su reloj dando por finalizada la conversación, no quería escuchar ninguna otra excusa y antes de que lo hiciera pensó en una solución que no iba a despreciar y que le ayudaría a darse cuenta de que tenía razón—. Desde que entraste al departamento te has dedicado a él dejando de lado las vacaciones, es hora de que te tomes unas, así me darás tiempo para hablar con Chloe.

—¿Vacaciones?

—Lo que has escuchado, tómate lo que queda de mes, me encargaré de ello. —Llamó al camarero, que de inmediato se acercó, y le dio las instrucciones de enviar la cuenta al bufete, se levantó alargando la mano—. Debo irme, ha sido grato poder hablar contigo.

Blake se levantó, estrechándole la mano con la sensación de que Frank Clifford había impuesto su decisión bajo sus propios intereses sin importar lo que él pensase. Lo vio alejarse y se sentó, maldiciendo por no encontrar salida a ese círculo que solo le traería problemas.

Después de regresar de caminar, se duchó, bajó a desayunar y escuchó a su abuela discutir por teléfono. Hablaba de que tenían que hacer el baile a la perfección, eran profesionales y no permitiría que rencillas y celos destrozaran su presentación. Colgó soltando una palabrota que hizo que Sophia alzara las cejas, sorprendida. Ángeles se volteó con los brazos en jarra.

—¡Voy a matar a tu novio! —Sophia abrió los ojos y la boca, quería aclarar de inmediato lo que acababa de decir. Blake no era su novio, un par de besos distaba mucho a que le colgara esa etiqueta, además, que no estaba preparada para eso. La conciencia hizo aparición indicándole que al fin le

daba la razón y ella se obligó a empujarla de nuevo al fondo de su mente.

—Siento corregirte, pero entre Blake y yo solo hay algo especial.

—Sophia, en mis tiempos eso se le llamaba noviazgo, que ahora preferiréis omitir esa palabra es otra cosa.

—Lo siento, no estoy de acuerdo, no hay ningún compromiso. —En ese momento recordó las promesas que se hicieron, apretó los labios y prosiguió, nadie más tenía que saberlo—. Solo llevo un par de días conociéndolo.

—Está bien, vamos a decir que son amigos con derecho a roce.

—¡Abuela! —exclamó sonrojada.

—Sophia, ¿quién te entiende!

—¡Olvídalo! ¿Por qué estás tan enfadada con Blake? —Ángeles recordó y resopló.

—Jhoanna se niega a hacer el baile, la última vez que lo hicieron fue error tras error, iban a destiempo, no sé veía *feeling* y sin ellos sería un desastre la presentación.

—No quiero saber por qué Jhoanna está tan enfadada —indicó la joven a sabiendas que era culpable de ello—, pero están Kelly y Lauren, las vi bailar en el *flashmob* y lo hacían genial.

—No sabía que habías estado allí —respondió Ángeles, entrecerrando los ojos con la idea en la punta de la lengua. Era una locura y de seguro la rechazaría y, en ese momento, cualquier idea tenía que plantearse, habían dedicado mucho tiempo para que la inmadurez de una joven echara por tierra su trabajo, no lo iba a permitir—. En todo caso, conozco a una persona que me podría sacar las castañas del fuego y la tengo frente a mí.

—¿Yo? —se señaló sorprendida y riendo nerviosa—. No puedo, olvidas que estoy a la espera de los resultados de los estudios. Además, me recuerda

a una competición y cuando decidí no volver a la gimnasia conllevaba todo.

—Sophia, vendrán inversores importantes por primera vez.

—No cuentes conmigo, me cuesta salir adelante luchando cada día contra mis demonios y eso me lo haría más difícil.

—¿Y si te ayudara a vencer ese obstáculo?, ¿esa aversión?

—¡Pensé que estabas de mi lado! —le reprochó Sophia con rencor. Ángeles se acercó cogiéndole las manos.

—Lo estoy, nunca olvides eso. Y también sé que para vencer los miedos hay que aprender a ser resiliente, no es fácil cuando se pasa por situaciones duras, un tiempo atrás lo hubieras hecho, no te estoy obligando. En caso de que Jhoanna siga con su tontería, recurriré a Lauren.

—Aunque te dijera que sí, jamás podría llegar a hacerlo, eso se lleva semanas de preparación y hablamos de que es a final de mes. —Ángeles sintió que no estaba todo perdido. Esa duda era un indicio de que en el fondo podía obrarse el milagro, sonrió acariciándole el rostro.

—Cuando se trabaja con la pasión que sientes, todo es posible.

Se mantuvo en silencio. A pesar de que el cuerpo le implorara volver a bailar con Blake, recordando la forma cómo sus manos le envolvían la cintura guiándola, se estremeció solo de pensarlo. Se centró en buscar algo que desayunar; a pesar de seguir con la piel erizada y el corazón latiendo con rapidez, era inevitable ignorar esas sensaciones.

Regresó a su habitación con las dudas en la cabeza, buscó un libro tratando de leer y de nada le sirvió. No sabía si era por querer volver a bailar. Estar en una pista la trasladaba al tapiz, a sus rutinas y los dibujos que creaba con la cinta. Las últimas palabras de su abuela lograron su propósito, recordó que le había enviado un mensaje, se apresuró a coger el móvil con el cosquilleo de saber qué había escrito. Lo leyó y por primera vez soñó

despierta después de largos meses, imaginándose todo tipo de escenas que la llevarían a la felicidad absoluta.

??

Eran las siete y media y no sabía nada de Sophia, al regresar a la oficina no pudo volver a concentrarse en el trabajo. Las palabras de Frank estuvieron presentes. Frustrado por no encontrar solución alguna, era el momento de aceptar que necesitaba desconectar de ese lugar que una vez le había dado la mayor oportunidad de su vida. Mañana sería otro día y encontraría la forma de irse sin advertencias ni manipulaciones.

Su compañero lo llamó, entregándole un memorándum que informaba de sus vacaciones. Apretó los puños por unos instantes sintiéndose el títere de esa familia, lo aceptó de mala gana, dejándolo en la mesa y retomando el rumbo a la salida. Si pensaba que podía llegar a un acuerdo, acababa de saber que era improbable. Encendió el coche y condujo hasta U.P.B., una vez allí se dirigió a los casilleros para cambiarse y cuando entró al salón con la esperanza de ver a Sophia, se encontró con que no estaba. No podía hacer esperar a sus alumnos y comenzó su clase, pero, a medida que pasaban los minutos, su humor cambió.

Terminó la hora exigiéndoles mucho más de lo que hacía habitualmente. Decepcionado, quería saber por qué no había ido. Esperó que todos salieran para quedarse a solas con sus pensamientos, tal vez tenía razón y estaba arriesgando mucho. Se levantó para ir a la ducha y recoger sus cosas del casillero, pero lo interceptó Larry en la puerta.

—Sabes que no soy de meterme en la vida de nadie, lo que no quiero para mí no quiero para un colega, lo que tampoco puedo pasar por alto es que un día vienes de buen humor al siguiente te llevan los demonios. Te peleas con Jhoanna a pocas semanas de la exhibición y siendo tu última temporada todo

va de mal a peor, no me cabe en la cabeza que todo sea por una mujer, lo que no sé si es Chloe Clifford o, en el peor de los casos, la nieta del jefe.

—Esto no es *Dirty Dancing*^[21] —respondió escueto Blake—. Sophia no es inalcanzable y ella no es la culpable de nada.

—Por supuesto que no lo es, pero cuando está cerca no te reconozco y me pregunto si vale tanto la pena, con lo que te has esforzado durante meses para que todo salga perfecto. Además, no veo a esa chica con la paciencia de Jhoanna, como cuando se te han acercado a ti tantas chicas en Bongo's para que te las folles. —Su rostro se ensombreció.

—En primer lugar, no eres nadie para decirme qué tengo que hacer.

—¡Hey! Soy tu colega —le dijo Larry con la mano levantada—. Solo intento entender qué coño pasa, estamos a poco más de quince días para la exhibición y el baile principal fue un desastre la última vez que lo practicasteis. No sé tú, pero yo quiero que U.P.B. progrese.

—Es lo que quiero y me revienta que creas que paso de todo. —Se pasó la mano por la cabeza—. Tengo muchos problemas y sé que tengo el compromiso con la asociación, si tengo que dejarte a ti o Jackson a cargo de la clase y hablar con propiedad con Jhoanna, lo haré.

Tenía ese problema, necesitaba una sustituta para Jhoanna, que tampoco estaba en la asociación, y eso le cabreaba aún más, ya que solo lo hacía como venganza. Tendría que convencer a Lauren o Kelly si no conseguía una sustituta.

—Hablaré con las chicas —señaló Blake.

—Pero no son Jhoanna —dijo Larry.

—U.P.B. no es una academia que te catapulte a la fama, ¿recuerdas por qué se ha creado? Y creo en la capacidad de ellas para lograrlo.

—Lo siento, tío, es que me preocupa todo ese lío que te traes.

—Es mi problema, Larry, y te aconsejo que dejes de insinuar que entre Jhoanna y yo había una relación. Ella lo supo desde el primer momento, nunca le creé ilusiones. Sí, en un par de ocasiones nos liamos, pero en ningún momento le pedí ir más allá, sabes que no estaba dispuesto a mantener otra relación.

—Hasta que llegó Sophia —respondió Larry. Blake no pudo responder, lo había calado y eso era muy malo para él. No podía ocultar que entre ellos había una conexión especial y entendía la preocupación de su amigo. Puso una mano en el hombro y lo miró a los ojos.

—No será igual, he aprendido la lección.

—Entiendes entonces mi preocupación.

—Sí, pero esta vez es diferente. Sí, me gusta y mucho más de lo que puedo aceptar.

—Blake, esa chica tiene problemas.

—¿Y quién no los tiene? —le dijo a la vez que salía, dando por zanjada la conversación. Comenzaba a cansarse de que todos estuvieran en su contra. Se duchó evitando darle más vueltas a esa conversación con Larry, quería volver a casa, ya que al parecer la única persona que se estaba convirtiendo en su vía de escape también se había alejado. Sin embargo, al salir de los casilleros la encontró esperándolo con las manos entrecruzadas.

—Me parece que he llegado tarde —dijo Sophia en un tono que solo él pudo escuchar.

—Creía que no vendrías —respondió con acritud. Abochornada, se acercó a él, pero Blake no se movió del sitio. Entendía esa frialdad, le había prometido estar y participar y, al final, dudó en hacerlo en cuanto sintió de nuevo el tirón en su pierna. No quería que el resto supiera que aparte de ser

una muerta andante también arrastraba una posible lesión.

—Pensé que no estaba preparada y dudé, lo siento.

—¿Preparada? No es una prueba, Sophia, ¿crees que sería capaz de darle una patada en el culo a alguno de mis alumnos si se equivocan en un paso o se caen? —le reprochó, ofendido por su inseguridad. Sophia bajó la cabeza avergonzada y Blake había olvidado que estaba acostumbrada a la perfección de los ejercicios, a unas rutinas exigentes y horas exhaustiva de trabajo duro —. Lo siento, he tenido un mal día. —Ella volvió a mirarle, intentó acercarse y él se mantuvo en el mismo lugar. Se miraron largamente, Blake se preguntaba por qué no podía ser más sencilla su vida, un trabajo normal, una familia sin secretos, conocer una chica y enrollarse con ella como todos hacían.

No, para él siempre tenía que ser complejo porque en su vida tenía que luchar y demostrarlo todo.

Sophia estaba tan avergonzada que comenzaba a reprocharse el estar perdiendo la batalla a su conciencia, ya no solo la escuchaba decirle traidora, también egoísta. Deseó hacerla callar por unos instantes y correr a Blake, abrazarlo hasta que la perdonara, pero le daba miedo a que la rechazara, lo entendería y aceptaría a pesar de habérselo advertido.

Blake se pasó la mano por la cabeza, esos ojos atigrados, esa dulzura y esa timidez que escondían una mujer apasionada lo traían loco. Alargó el brazo y Sophia aceptó afianzando su mano, la atrajo hasta chocar con su pecho, caminaron con rapidez hasta entrar al primer salón que encontraron desocupado, casi todas las clases habían terminado.

Una vez dentro, apenas podían verse, la oscuridad era su cómplice, excepto por una ventana donde entraba la luz del atardecer. Blake le sujetó la barbilla y la besó con rudeza, obligándola a que abriera la boca y

apropiándose de ella, exigiéndole con su lengua que bailara con la suya. Sophia se tragó un gemido silencioso, llevando las manos hasta el cuello de él, olvidándose de todo lo que les rodeaba. La acorraló contra la pared subiendo una de las manos por su muslo gracias al vestido veraniego que llevaba, con ganas de poseerla en ese instante. Ella le subió la camiseta tocándole el pecho y el abdomen mientras los besos la dejaban sin aliento, mordiéndole y chupándole el labio.

La alzó para que sintiera el palpitar de su entrepierna, el deseo que tenía de entrar en ella, Sophia, perdida entre gemidos, besos y caricias notó cómo comenzaba a quitarle la rebeca que llevaba puesta y, en ese instante, las imágenes de las cicatrices se hicieron presentes, esas que le recordaban el accidente. Lo empujó, dejándolo desconcertado, respirando con dificultad. Blake se quiso acercar y lo rechazó, sintiéndose avergonzada.

—¿Qué cojones pasa ahora? —le dijo dejándose llevar por los impulsos, cansado de tantos rechazos.

—Lo siento, ya te he dicho que estoy dañada. —No podía huir y dejarlo con la pregunta en el aire, tenía derecho a saberlo. Se acercó a la ventana quitándose la rebeca, alargando sus antebrazos para que descubriera lo que ocultaba.

Blake se acercó y pudo ver pequeñas cicatrices que resplandecían en la piel blanquecina de Sophia. Algunas más grandes que otras, pero eran cicatrices que le recordaban algo en concreto; su accidente. Cerró los ojos, comprendiendo otra de sus tantas batallas.

—¿Ahora me creerás? —dijo con tristeza la joven—. Es un recuerdo que llevo marcado y que indica que debí ser yo. Kenneth seguiría vivo si no se hubiera apresurado por verme competir, por confiar en que, en algún momento, lo que una vez soñó se cumpliría. Por complacerme se desvió,

tratando de que olvidara que había perdido la competición y por mi culpa murió. Siempre será un maldito recordatorio que todo lo que una vez deseó, nunca existirá.

Blake fijó sus ojos en los de ella, de nuevo aparecía el fantasma de ese chico. De nuevo giraba todo en torno a ese maldito accidente, tenía que hacerle entender que no había sido su culpa y que no era justo que se fustigase de esa forma. Si pensaba que por unas cicatrices él o cualquiera se apartaría, le demostraría lo equivocada que estaba.

Sujetó su mano y la obligó a arrodillarse, al igual que él lo hizo, y con sutileza giró sus brazos para que la luz de atardecer mostrara a los dos las cicatrices. Sin decir nada, bajó su boca, dejando besos en ellas. Sophia, abrumada ante ese gesto que jamás llegó a pensar que haría, lo miró.

—No sé por qué has creído que voy a menospreciarte y no quiero volver a repetirlo, la lucha ahora es de los dos. Además, todos tenemos cicatrices, unas que duelen más que otras y si alguien te ha despreciado por eso es un gilipollas. —Sophia rio y Blake también lo hizo. Se levantó a la vez que la ayudó a hacerlo, dándole un beso casto en la boca—. Prométeme que no dejarás que ningún capullo te menosprecie, aunque ese capullo sea yo.

Nunca hubiera pensado de él algo semejante. Cada beso que había dejado llenaba de fuerzas a su corazón, que le imploraba que volviera a confiar y se abriera a la oportunidad que le ofrecía y volvió a escuchar un latido que le pedía querer aprender a amar de nuevo.

—Es mejor que salgamos antes de que el de seguridad nos pille y Eduardo saque el rifle de la oficina. —Sophia sonrió y siguió la broma.

—Ahora el rifle está en la oficina, terminaré creyendo que tiene un arsenal. —Blake sonrió y salieron con las manos entrelazadas.

—¿Qué te parece si caminamos un poco por el bulevar? —sugirió el

joven con la seguridad de que cada uno meditaría lo que acababan de vivir durante la caminata. Sophia afirmó con la cabeza, con las sensaciones a flor de piel y Blake concluyó que su vida siempre sería así de compleja para todo, solo esperaba que el combate con ese fantasma terminara en ese instante o le sería imposible seguir.

Encuentra el éxtasis de la vida; la mera sensación de vivir es alegría suficiente.

Emily Dickinson



La noche se prestaba para caminar y lo hicieron en silencio, hasta que Sophia vio unos jóvenes alquilar unas bicicletas y la necesidad de montarse en una, a pesar de que dudó momentáneamente, nació. Esta vez no dejaría que las dudas ganaran también la batalla. Guiada por sus impulsos y su corazón, apretó el paso. Blake llevaba un rato meditando todos los problemas que tenía encima; no se rendiría tan fácilmente, siempre existiría una solución, notó a Sophia caminar con rapidez. Rogó a Dios que no fuera algún otro miedo, la cuota la había cubierto ese día, hasta que la joven se detuvo en la estación de bicicletas y la curiosidad lo invadió.

—Blake, ¿cuándo fue la última vez que subiste en una bicicleta? —El joven sonrió de lado ante esa pregunta inocente.

—Si cuentas la moto hace un par de días... —Sophia torció la boca alzando una ceja y él rio a carcajadas, no podía creerlo, minutos atrás trataba de darle seguridad a la chica asustadiza que se negaba a vivir y ahora tenía a la que deseaba conocer a fondo.

—¿Estás segura?

—No, pero debo hacerlo. —Esas palabras fueron suficientes para que él sacara la billetera del bolsillo y la tarjeta de crédito, ladeó la cabeza y con una sonrisa socarrona decidió ser sincero.

—A este paso terminaré perdiendo la cabeza por ti.

—Intentaré que eso no suceda —le respondió la joven. Blake negó con la cabeza a esa montaña rusa de emociones convertida en mujer.

Una vez pagó, Sophia le acarició el rostro, dándole un beso que lo tomó desprevenido, y dejó que fuera ella la que guiara. Le mordió el labio inferior y luego entró en su boca, buscando su lengua para enroscarla con la suya. No mentía cuando le había dicho que estaba perdiendo la cabeza por ella, sucedía sin marcha atrás, le rodeó la cintura abrazándola a sabiendas que la tenía solo para él.

—Te deseo, Sophia —le dijo Blake con las bocas cercanas—. Si fuera por mí te arrancarías la ropa ahora mismo.

—Pero quieres ser un chico bueno —indicó con burla la joven.

—No me tientes, que estuve a punto de no serlo hace un rato. —Ella sonrió—. Y no dudes que cuando menos te lo esperes seré el chico malo que tanto quieres, pero ahora vamos a montar las bicicletas, que para eso las he pagado.

Sacó las bicicletas, ella la agarró del manillar para subirse y su corazón comenzó a palpar más rápido de lo normal. Subió el pie en un pedal, luego el otro y comenzó a rodar por Ocean Drive. A medida que lo hacía, fue desconectado del ruido de su alrededor disfrutando de lo que comenzaba a percibir. Blake tuvo que apresurarse para alcanzarla, no se esperaba la velocidad que había tomado y una vez que estuvo detrás la observó atentamente, parecía un pajarillo con ganas de volar.

—¡Blake! —gritó la joven—. ¡Pensé que serías más rápido pedaleando! —vociferó de nuevo. Él soltó una carcajada ante esa provocación y se dejó llevar, pedaleando con rapidez. La sensación que experimentó era única, por un momento llegó a creer que dejaba todo atrás: su trabajo, el baile para la exhibición y ese secreto que ocultaba a su madre. Respiró con profundidad y siguió pedaleando, a la vez que aprovechaba para devolverle el reto a Sophia.

—¡¿Ahora quién es el lento, cariño?!

Sophia sonrió, acelerando aún más a la vez que su corazón bombeaba adrenalina y su conciencia traía los recuerdos que tenía con Kenneth. Volvía esa batalla en un momento que no debía, levantó la cabeza tratando de pedirle ayuda a Blake, pero lo veía tan alejado que no lo escucharía con el ruido de la avenida y el oleaje. Se mordió el labio pensando que no podía detenerse, los recuerdos estaban allí, las risas, los abrazos, los besos y las infinidades de veces que hicieron algo parecido, pero Kenneth ya no estaba.

Ahora sus recuerdos estarían asociados a Blake, ese momento era de él y no dejaría que fuera estropeado; su mente se bloqueó con una sensación de bienestar que la invadió. Cerró los ojos a la vez que seguía pedaleando, soltó aire y, a medida que recorría, nació un deseo, abrió los brazos sintiéndose un ave en plena libertad. La prisión en la que se encontraba acababa destruirse en miles de pedazos y sonrió de nuevo como si nunca lo hubiera hecho.

Blake, de vez en cuando, miraba hacia atrás y se detuvo en cuanto vio a Sophia con los ojos cerrados, abriendo sus brazos con una sonrisa genuina. No sabía exactamente qué significaba para ella, pero intuyó que había logrado dar un paso importante hasta que la joven abrió los ojos, la sonrisa que reflejaba estaba llena de felicidad y pedaleó con lentitud disfrutando del momento.

—Te hacía de vuelta —le dijo con la burla bailando en sus labios cuando se acercaba a él y se detuvo. Blake hizo un mohín.

—No me gusta esta Sophia a la que le gusta provocar, aunque si es en la cama me lo pensaría.

—Te dejaré con la duda. —Sophia lo miró mordiéndose el labio. Para Blake ese gesto no era nada bueno, algo tramaba—. ¿Recuerdas que me dijiste eso de gritar en plena avenida?

—Y quieres que este pringado lo haga.

—Yo no fui quien lo sugirió —le respondió Sophia riéndose.

—Hablabas literalmente —se justificó Blake maldiciéndose por ser bocazas.

—Lo dijiste dos veces.

—¡Joder con la memoria de las mujeres! —Sophia se rio a carcajadas—. Diré lo que me plazca y tú —la señaló— gritarás: que le den a todos los que me miran con lástima.

—Mientras no sea: estoy loco por tener sexo con Sophia, grita lo que sea.

—No lo había pensado, es muy buena idea —dijo Blake. Subió el pie en el pedal y se impulsó con prisa para no escucharla protestar en venganza por haberle provocado.

—¡Blake! —gritó Sophia subiéndose a la bicicleta también para ir detrás—. ¡Era una broma! —chilló.

—¿Qué quieres qué? —le respondió a voces.

—¡Blake, ni se te ocurra!

—¡Claro que quiero follarte, nena! —respondió de nuevo, riéndose a sabiendas que Sophia estaría roja de la vergüenza. Solo esperaba que ningún medio estuviera en ese momento por allí ante la sarta de tonterías que quería soltar, le daba igual la gente, era como si su cuerpo le urgiera hacerlo—. ¡Quiero que sepáis que estoy loco por Sophia!

—¡Mierda, cállate! —clamó Sophia riéndose—. ¡No le creáis, está loco!

—¡Y podrán existir miles de Chloe que quieran interferir, solo me importa Sophia! —siguió gritando—. ¡Y quiero que sepáis que no me alejaré tan fácilmente porque me pone!

—¡Te voy a matar! ¡Capullo! —vociferó Sophia sin parar de reír, dejándose guiar por sus impulsos y por las provocaciones de Blake—. ¡Odio

a todos los que me miráis con lástima! ¡Que os den! ¡Quiero que Blake me enseñe a vivir! ¡Y Chloe Clifford, que te den con un cactus!

Blake escuchó cada frase sin parar de reír, viendo cómo la gente que dejaba atrás los miraba desconcertados. A decir verdad, era liberador y no desaprovecharía la oportunidad.

—¡Qué te den, Frank Clifford! —gritó.

Esa última frase a Sophia le llamó la atención, esperaba que no tuviera problemas con los Clifford por su culpa, no quería que perdiera el trabajo que tanto había deseado.

—¡Y me muero por follar con la chica que va detrás de mí en la bicicleta!
—Todo dejó de importarle en cuanto lo escuchó.

??

A Chloe le había importado muy poco que esa mujer que estaba contratada para la limpieza tuviera que recoger todos los cristales rotos y esparcidos por el salón, al igual que tuviera que ingeniar para sacar esa mancha amarillenta de líquido regado en el sillón. Esperaba que todo estuviera reluciente y con nuevas copas en el lugar de las antiguas, no iba a tolerar ninguna excusa o se encargaría de que la mandasen a patadas al lugar de donde era. Desde el día anterior todo le salía mal, pero lo que más le cabreaba era que su abuelo la llegara amenazar.

—¡Maldito viejo! —profirió en cuanto aparcaba sin importarle si lo había hecho bien o no. La rabia la tenía cegada, se encargaría de cobrársela, no iba a durar para siempre, solo era cuestión de tiempo o de mala salud.

Cerró los ojos unos instantes, la había ayudado cuando su ex la había humillado en público, no podía odiarlo como quisiera, pero no soportaba tampoco que estuviera a favor de esa familia. Comparados a ellos no eran nadie, solo un par de inmigrantes que tuvieron suerte. ¿Qué tenía Eduardo en

comparación a su abuelo? Nada, no había levantado un bufete de prestigio. Esa ayuda debió ser muy importante para que su gratitud fuera eterna. Se enterró las uñas en las manos con rabia, deseando que hubiera muerto esa mojigata y no estuviera en la cama con Blake.

Si pensaba que se rendiría, no la conocían. ¿Cómo se atrevía a insinuarle a su abuelo que dejaba el puesto por ella? ¡Qué poco conocía a Frank Clifford! Ella si lo conocía y por alguna razón estaba en sus planes advirtiéndole que, a partir de ahora, serían sus normas. Esperaría, tendría paciencia, conocía los gustos de Blake y, en cualquier momento, volvería a los clubs y allí es donde sería para ella y lograría su venganza.

Abrió la puerta de su casa y se encontró un jazz a bajo volumen. Se maldijo por no haberle quitado las llaves a Robert, que había sido un bueno para nada, solo tenía una única tarea: exponer a Sophia.

—La última vez te dije que pisarías mi casa si yo lo permitía —inquirió. Robert la esperaba en el sillón con una copa y su tintineo del hielo la invitaba a que bebiera un poco, lo vio sonreír.

—Sé lo que necesitas, te dejé un poco en la mesa.

—¡Lo que quiero es que te largues!

—Sabes que me necesitas y vengo por mi pago; que no saliera como lo tenías planeado no es mi culpa. —Chloe bufó tratando de no chillarle.

—No te debo nada —respondió entre dientes a la vez que se acercaba a la mesa donde estaba lo que le había sugerido—. Si crees que con esto tendremos sexo, debes haber mezclado esa copa con otras sustancias. Has olvidado que yo elijo cuándo y cómo. —Robert rio y se levantó.

—Si no fuera porque me gusta follarte buscaría tirarme a Sophia lo más pronto posible, una gimnasta debe tener resistencia y flexibilidad increíble y mientras vería retorcerse de la rabia a Blake. —Chloe la odió aún más y

maldijo el día que se había tropezado en su camino. Robert sabía que era su punto débil y no se lo permitiría. Ningún hombre tenía ese derecho. La abogada le quitó el vaso y bebió hasta la última gota, al igual que aceptó las drogas que estaban en su mesa.

—Si piensas que aún no se han acostado eres un iluso o a lo mejor sí, con lo puritana que intenta hacer creer que es debe haber exigido un exhaustivo análisis. —Robert rio a carcajadas—. Me importa muy poco si te la quieres tirar o no, pero esta batalla no la ha ganado y estará lejos de Blake tarde o temprano.

Se levantó, limpiándose un poco la nariz para llenar de nuevo la copa. Robert la cogió del brazo, arrinconándola en el cabezal del sofá del salón, se frotó en ella para que sintiera que estaba excitado y le subió la falda del vestido.

—¿Esto es lo que te gusta? —Se bajó la bragueta, hizo a un lado la braguita de Chloe y se enterró en ella sin contemplaciones.

Ella cerró los ojos, no iba a responderle, pero si quería que la hiciera olvidar, quería ser embestida con rudeza. Pasaría tarde o temprano, él terminaría en su cama, de eso estaba segura, y pasaría antes de que se reabriera el caso y esperaría hasta ese momento para contárselo a Sophia y poder disfrutar de su caída.

Robert la acomodó aún más, sería una de esas tantas noches que la haría perderse entre las embestidas que recibía, las drogas y el alcohol.

??

Regresaron a U.B.P. para recoger su bolso y refrescarse un poco, subieron al coche y en el camino llegaron a imaginar incontables hipótesis sobre si alguien los hubiera reconocido o los titulares que aparecerían en la prensa y en la televisión.

—Tienes la culpa —indicó él con guasa—. Me sugeriste que lo gritara y seguí tus órdenes, nena.

—Y si te dijera que te lanzaras por un puente, ¿lo harías?

—Por supuesto, no es la primera vez que hago puenting —respondió con deje burlón a lo que Sophia resopló logrando que riera a carcajadas.

Blake prosiguió con la conversación animada explicando esa vez que había saltado y creía que el corazón se le saldría por la boca. La adrenalina corría por sus venas, el salto fue para él un antes y después en su vida. Le contó que era una conexión a un mundo que no tenía límites de libertad.

—Es por ello por lo que se grita, muchos liberan sus fantasmas —indicó prosiguiendo con la conversación. Él no los liberó del todo, pero le ayudó a reflexionar que la vida se pasaba en segundos.

Sophia se mantuvo en silencio, meditando en cómo la vida podía cambiarte en segundos. Durante meses estuvo en la oscuridad, sin tener motivos para salir, debía darle las gracias a Marian y su terapia de choque. Se sentía feliz, nunca pensó que gritaría en una arteria tan transitada como Ocean Drive, había sido liberador y lo retendría en su memoria para siempre. Sonrió con ilusión y siguió escuchado a Blake contarle que el día siguiente comenzaría sus vacaciones impuestas, él no quiso darle detalles, pero recordó lo que había gritado sobre Frank, por lo que la sombra de que ocultaba algo creció.

—Entonces, tendrás tiempo libre para planificar alguna salida —soltó Sophia provocándolo, tratando que confiara en ella. Blake rio a carcajadas.

—Eso de planificar no sirve de nada cuando estoy a tu lado, creo que haré lo que se me ocurra al instante.

—Como gritar: muero por follar con la chica que hay detrás —le recordó—. No sé si es peor que fuera yo la que iba o que hubiera sido un ejército de

chicas.

Se miraron, rieron a carcajadas y, para cuando Sophia se dio cuenta, aparcaban en casa de sus abuelos; estaba tan centrada en la conversación que había olvidado su miedo a ir en coche.

—Fue a otros a quienes mandaste a que les dieran con un cactus. Por cierto, estuve un rato pensando si eso dolería o no.

Sophia se mordió el labio y, dejándose guiar por sus impulsos, se quitó el cinturón de seguridad. Sorprendiéndolo, se sentó encima de él esperando, que no la echara por ensuciar la tapicería de su *Dodge Challenger* del cual se sentía orgulloso.

—¡Santo cielo! —exclamó Blake—. Los ataques sorpresivos son considerados acto de guerra, ¿lo sabías? —Volvieron a reír. A Blake le gustaba que tomara esa iniciativa, de inmediato le sujetó el rostro con sus manos y lo besó con ansias. Estaba perdido, cada instante lo atrapaba más—. ¡Espera! —dijo echando hacia atrás el asiento.

Sin tener tiempo de acomodarse, volvió a acercarse, probando con lentitud sus labios mientras sus manos subían por los muslos de Sophia hasta rozar su ropa interior. Quiso parar, pero no pudo. Bajó una mano hasta el interior de sus muslos y ella gimió pidiéndole más.

—Voy a ir a la cárcel por tu culpa —indicó el joven haciendo malabares entre ellos obteniendo un poco más de espacio.

—No irás —respondió Sophia mordisqueándole la oreja. Blake dio gracias a los cristales tintados, con una mano le sostuvo la cintura y subió la otra a su mejilla pegando los rostros.

—Mírame —musitó. Sophia siguió la orden. Los ojos de Blake denotaban el deseo, ella bajó la mano a su bragueta, pero él se la sostuvo y negó con la cabeza. Subió su mano de nuevo al muslo, haciendo de lado la

braguita e introdujo un dedo masajeador su clítoris, logrando que gimiera—. No dejes de mirarme —ordenó de nuevo y, a medida que movía el dedo, Sophia sucumbía al placer.

Se sujetó del asiento, deseaba cerrar los ojos y sentir la intensidad con que la mano experta le masajeara el botón del placer, se mordió el labio para no gritar. Blake sonrió de lado en cuanto vio que sus mejillas se sonrojaban.

—Ciérralos —ordenó de nuevo y Sophia lo hizo, dejándose llevar esos segundos, sintiendo como nacía ese frenesí en ella. Fijó los ojos en él a la vez que bajaba la mano para guiarlo y así poder sentir más. La complació y con ello volvió a cerrar los ojos, pegando la cabeza a su hombro acercándose a su oreja y soltando un gemido que Blake acalló sujetándole la cabeza con la otra mano para besarla con fiereza.

Su entrepierna comenzaba a protestar. Tendría que masturbarse en cuanto llegara a su casa, puesto que, en ese instante, quería descubrir la pasión que Sophia mantenía reprimida. Era tan distinta a las mujeres que habían pasado por su vida, podía pasar de ser vulnerable a tener la seguridad de una diosa. Deseaba arrancarle el vestido, besar el resto de su cuerpo y hundirse en ella sin contemplaciones. Su sexo estaba tan humedecido y ardiendo que en cualquier momento estallaría.

El calor que le recorrió a Sophia fue una explosión que su cuerpo le urgía, quiso sentir mucho más y se lo hizo saber. Él apresuró los movimientos seguros, pellizcando y jugueteando sin detenerse, ella estalló en un orgasmo distinto, rudo, salvaje, uno que le insinuaba que experiencias viviría a su lado. Era la primera vez que tenía sexo en un coche, otra primera vez junto a Blake.

—No sé qué decir —señaló Sophia en cuanto sus ojos se posaron en el rostro de Blake que tenía una sonrisa juguetona en los labios.

—Con tal que no digas que ha sido una mierda... —Sophia sonrió, mordiéndose el labio.

—Creo que la que perderá la cabeza seré yo —confesó avergonzada. Blake buscó su boca de nuevo, dándole un beso tierno.

—Si soy yo quien te la haga perder, no me importa las veces que suceda. —Se miraron de nuevo y Blake la acunó en sus brazos—. Te prometo que encontraré mil y unas formas para quererte y que vuelvas amar.

Escribe en tu corazón que cada día es el mejor día de tu vida.

Ralph Waldo Emerson.



Se despidieron en la puerta sonriendo, con la promesa de que volverían a verse al día siguiente y, antes de hacerlo, Blake le preguntó si seguía con la rehabilitación. Sophia le indicó que estaba siendo más lento de lo que creía. Se despidió con un beso fugaz y se alejó sonriendo de lado, pensando en la sorpresa que le daría al acompañarla, y luego la invitaría a desayunar.

Lo vio alejarse con la ilusión dibujada en su rostro y entró a la casa sintiendo cierta vergüenza, no sabía cómo comportarse. Con Kenneth había sido diferente, su relación había comenzado en la universidad y de allí se las ingenió para estar en sus competencias y entrenamientos.

—Buenas noches —respondió Eduardo imaginando que su nieta estaría en algún sitio menos en la cocina. Conocía ese brillo en los ojos, el mismo que tenía Ángeles cuando la conoció. Durante la tarde lo había meditado y no se interpondría si Blake hacía feliz a Sophia.

Sin embargo, después de esa llamada de Frank invitándolo a jugar al golf, supuso que lo sucedido con Chloe traería consecuencias. Estaba llegando el momento de intervenir. Aunque una hora antes había recibido la llamada de Victor preocupado por las respuestas escuetas que recibía de Sophia. No sería él quien le diera la noticia, conocía a su hijo y no aceptaría esa relación, para él eran de diferentes mundos.

—He llegado en buen momento —dijo Sophia viendo a su abuelo trastear en la cocina.

—Pensé que te había invitado a comer —indicó Eduardo en tono burlón. Sophia se sonrojó.

—Nos entretuvimos y una cosa llevó a otra —respondió frotándose los dedos.

—Me parece que iré a limpiar el rifle. —Sophia abrió los ojos y, de inmediato, rio a carcajadas.

—¡Dios mío! Blake tenía razón.

Eduardo, que preparaba un emparedado, dejó el cuchillo de lado sin poder echar la mayonesa. Sophia no pudo reprimirse y volvió a reír ante el desconcierto de su abuelo. Se limpió las lágrimas y se apresuró a coger un par de rebanadas de pan, tratando de encontrar las palabras más sencillas para contarle la broma que tenía Blake con ello.

—Ha prometido ser un chico bueno... —Apretó los labios al acordarse del orgasmo que le había otorgado minutos antes. Evitó que se le notara en su rostro lo que le hizo sentir—. Tiene miedo a que saques el rifle y le dejes el culo como una flor. —Eduardo alzó una ceja.

Blake no había olvidado aquellas palabras que le dijo de adolescente, cuando todo estaba cambiando en su vida. Le advirtió que fuera un chico bueno para que su madre se sintiera orgullosa. Tendría otras palabras con él, de hombre a hombre, y rio negando con la cabeza.

—Muy mal —respondió fingiendo enfadarse—. Tendré que defender tu honor si se atreve a burlarse. —Sophia volvió a reír mientras colocaba la lechuga encima del pavo.

Eduardo volvió a observarla, no quería ser el causante de una nueva preocupación, pero debía contarle esa llamada de Victor antes de que se le ocurriera aparecer.

—Ya veremos qué hará cuando se encuentre con tu padre —le indicó mirándola fijamente, Sophia dejó de reír y soltó aire—. Está enfadado, cariño, recibí su llamada y me ha dicho que apenas hablas con ellos.

—Le he contado todo lo que he hecho.

—Sabes que no y te aconsejo que lo hagas lo más pronto posible. —Ella se sentó y se cruzó de brazos.

—Es que no sé ni que está ocurriendo, solo me dejo llevar. Estos días han sido una montaña rusa de emociones y si se lo contara no descansaría hasta verme de nuevo en Durham. Por primera vez siento que puedo seguir viviendo, por primera vez siento ilusión y no pienso en un futuro.

»Volver es enfrentarme a todo y no quiero. Quiero vivir este momento, lo necesito y papá no lo entendería. Estás últimas semanas he llegado a creer que quiere seguir planificando mi vida, no sé si eso le hace sentir más tranquilo, pero ya nada es como antes. —Eduardo suspiró en alto de nuevo.

—Cuando eres padre, los miedos pasan a ser interminables. Quieres labrarle un futuro sin darte cuenta de que es solo los primeros años, luego son ellos quienes deciden. Es normal que se preocupe —repuso Eduardo—. Casi te pierde, no ve lo que veo a diario y si no le eres sincera, estás tentando a que se levante una mañana y coja el primer avión a Florida. Tampoco quiero presionarte, no soy tonto, sé lo que siente ese corazón y conozco a Blake desde que era un adolescente, no sé qué te ha contado, tu vida ha sido muy diferente a la de él. Ha tenido que crecer de sopetón, luchar con sus demonios, que no los ha vencido del todo, y me preocupa que esos mismos demonios se interpongan entre vosotros.

—Si te preocupa que me haga daño, más del que me he hecho yo misma, no sucederá, es imposible saber qué pasará mañana —le dijo Sophia con sinceridad—. Hace tres días me hundía en mis miedos y hoy he disfrutado como nunca, he sentido las ganas de hacer tantas cosas que llevaba tiempo retrasando. Sacrifiqué mucho por mi carrera de gimnasta y no me arrepiento, es lo más bonito que he podido vivir y disfrutar.

»Pero ahora quiero descubrir lo que Blake desea mostrarme, creo que no es difícil de entender y no he olvidado mis metas, solo intento encontrar esas ganas para seguir. Creo que es lo que me detiene para llamar a mi padre; siento que podría defraudarlo.

Eduardo volvió a respirar hondo, estaba en esa etapa de la búsqueda de su destino. Una etapa difícil para todo joven cuando se encontraba perdido. Una vez más, se convencía de que reabrir el caso era la peor idea que se le había ocurrido a Victor. No tenía más remedio que hablar con él largo y tendido, recordándole que la etapa con más libertad plena era la juventud, la que su nieta había aparcado cumpliendo sus sueños.

—Está bien —indicó su abuelo con una sonrisa calmada—. Me haré cargo de tu padre, aunque puedes decirle a Blake que no me tiene con el rifle. —Sophia sonrió con sinceridad.

—Gracias.

—No me des las gracias, no te negaré que no me gusta tener que ocultarle información y me sigue preocupando la relación que existe con Blake, pero confío en ti y en esas ganas de conocer mundo que tienes, como yo las tuve en su momento. Quizás Ángeles tenga razón, os necesitáis para luchar y encontrar ese camino que tanto ansiáis recorrer.

Sophia lo abrazó por ese apoyo y su consideración desde que había llegado, soportando sus constantes miedos y dudas. Sintió un subidón que le daba las fuerzas para seguir.

—Ahora, si me dejas, tengo que comerme el sándwich antes que tu abuela baje y me lo quite por la maldita dieta. —Rieron con complicidad. Sophia se levantó, miró hacia las escaleras y luego a su abuelo.

—No hay moros en la costa... —Eduardo le guiñó el ojo, dándole un buen mordisco al emparedado.

Después de darse una larga ducha fría y satisfacerse se sentía pletórico, con un cosquilleo en el pecho que no acababa de entender. Se levantó de la cama con una única idea en la cabeza: sorprender a Sophia. En cuanto subió al coche recordó los gemidos de su chica y se atusó el cabello junto a las gafas de sol, obligando a desviar sus pensamientos o volvería a tener otra erección y quienes sufrirían serían sus testículos.

No olvidaba sus problemas y de entre ellos, uno era evitar provocar a Frank Clifford y pensar la forma que entendiera su decisión. Su intuición le indicaba que encontraría una solución. También estaba Jhoanna, volver a llamarla e insistir era arriesgado y necesitaba acabar con esas rencillas. Respiró profundo para aparcar sus problemas momentáneamente, lo que más le apetecía era pasar el día con Sophia. Se le ocurrió una idea y, antes de pensar en los pros y los contras, decidió activar el *Bluetooth* y marcó.

—Hola, José —saludó a su interlocutor telefónico.

—Entiendo que tengas que levantarte temprano para trabajar en la firma de ricachones, pero algunos entramos dos horas más tarde.

—Es tarde para seguir en la cama, dudo que ese trabajo de pintor de brocha gorda te genere beneficios si sales a media mañana a trabajar.

—¡Qué te den, Blake! —El aludido rio a carcajadas—. ¿Qué coño quieres? Para llamarme a esta hora, es que estás en líos.

—¿Me parece a mí o es que creéis que siempre me estáis salvando el culo? Y recuerda que no soy Jackson.

—¡Al grano! —indicó José, a la vez que Blake escuchó la voz de una chica protestar.

—Ya he escuchado la razón de que sigas en la cama. —Su amigo resopló y, antes de que lo enviara al infierno, prosiguió—. Quería saber si sigues

dando clases de verano de eso que llamas arte.

—No me digas que ahora también quieres unirte al club de pintores de brocha gorda —respondió José con ironía.

—No es mala idea —siguió bromeando Blake—, solo necesito saber si habrá hueco para dos hoy. —De inmediato escuchó las carcajadas desde el otro lado de la línea a la vez que una puerta abrirse y el grifo de agua.

—Pensé que en esa firma de ricachones pagaban bien, veo que no y ahora piensas quitarme el trabajo.

—Sabes que soy competitivo, ten cuidado —advirtió Blake provocándolo.

—¡Vale! A saber, qué rayos te traes entre manos —dijo José—. Con respecto a mis alumnos de la mañana es difícil de saber, pero siempre faltan algunos.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué clase de alumnos tienes? —Esta vez su amigo rio a carcajadas.

—Te he respondido —señaló su amigo guasón—. La clase comienza a las diez, trae ropa desgastada y dile a Sophia que es preferible que venga con un moño.

—Me estás preocupando, ¿y por qué crees que es para ella?

—Soy adivino —señaló José riéndose—. Y sigue mi consejo. ¡Créeme! En esa clase puede suceder de todo. —Y le colgó.

Lo que menos llevaba era ropa desgastada y no sabía si había sido al final buena idea. José haría todo lo posible para hacerle el favor y también intentar tomarle el pelo. Tenía que estar pendiente, solo entonces recordó que estaba con una chica, por lo que podía ser Kelly. «Mierda», dijo para sí. Se detuvo en un semáforo y escribió con rapidez.

Blake

Espero que mantengas el secreto, no quiero más líos.

La respuesta llegó de inmediato con un icono con el dedo corazón.

José

No te garantizo lo que haga y tienes que acabar con esto por el bien del grupo.

Y se desconectó.

El semáforo se puso en verde y no pudo responder, él más que nadie quería acabar con todo ese mal rollo que se había generado y, si era culpable, lo resolvería lo más pronto posible por el bien de todos y de la asociación.

Sophia se preparaba para su entrenamiento diario, ese día no iba a forzar sus ligamentos, ya que la tarde anterior había montado en bicicleta. Se llevó la mano al pecho y cerró los ojos, recordando cada sensación que había tenido gracias a los dedos prodigiosos de Blake, respiró profundo apartando los deseos que nacieron. Bajó para beber un poco de zumo de naranja. Sacó un vaso de la alacena y, al girarse, se dio un susto de muerte, Blake estaba en el quicio de la puerta observándola con la sonrisa bailando en la boca.

—¿Qué haces aquí?

—Ya que estoy de vacaciones quiero aprovechar todo el tiempo para estar a tu lado.

—Iba a caminar y no te veo con ropa de ejercicio —respondió aún sorprendida. Blake sonrió ante la mirada que le otorgó. Era difícil dejarlo pasar por alto; la camiseta marcaba sus bíceps y el vaquero le mostraba su buen estado físico, sin olvidar la posición y esa sonrisa, acompañada de una hilera de dientes blancos, era imposible no mirarlo con detenimiento.

—¡Me has pillado! —indicó el joven guiñándole el ojo—. He tenido una idea y ya que eso de planificar se nos da de pena...

—¿Se nos da? —puntualizó Sophia interrumpiéndolo con la ilusión naciendo dentro de sí, no lo esperaba tan temprano y mucho menos que pensara en hacer algo juntos.

—¡Se me da de pena! —se corrigió el joven—. Eres tan políticamente correcta que no se te escapa una. —Sophia sonrió sintiéndose cómplice, dejó el vaso y la jarra de zumo en la encimera para acercarse a él.

—Me gustan tus sorpresas. —Blake la rodeó por la cintura, bajando su mano hasta el trasero, sosteniéndola y atrayéndola a él para besarla como deseaba. Desde que se había levantado ansiaba devorar sus labios y su cuerpo. Sophia volvía aferrarse a los cabellos de Blake, aceptando esa posesión y esas caricias que le otorgaba con la lengua.

—No me gusta interrumpir —indicó Eduardo—, pero estáis en la cocina y deseo desayunar como es debido —prosiguió sin mirarlos—. Y no sé si es mejor que sea en la cocina y no en otra habitación de la casa. —Se separaron de inmediato, evitando reír a carcajadas.

—Solo era un saludo cariñoso —respondió Blake.

—Creo que iré al despacho a por el rifle y le daré cierto uso. No estoy seguro si me has dado los buenos días en cuanto abrí la puerta, lo que sí sé es que entraste como si regalaran algún manjar.

—¡Abuelo! —exclamó Sophia riéndose a carcajadas.

—Te lo dije, tiene un rifle —respondió con guasa Blake.

—Y ya que lo has asegurado ¿qué te parece mi propuesta de darle uso? —dijo con sarcasmo Eduardo—. ¿O seguirás burlándote?

—¿Burlarme yo? Le he dicho que debo ser un chico bueno o mi culo terminará como una flor.

—Me gusta que conozcas algunas de las hipótesis que me planteo— indicó Eduardo. Sophia comenzaba a preocuparse de que su abuelo siguiera dudando de Blake, hasta que ambos hombres se miraron y rieron a carcajadas.

—Ya que has venido de gorrón, tendré que invitarte a comer.

—¡Abuelo! —reprochó Sophia abochornada.

—Es lo malo de la confianza, cariño, de tener a individuos en casa que, por cierto, deberían estar trabajando. —Blake se frotó la nuca.

—Me han dado vacaciones —respondió sin mirarle a la cara. Eduardo frunció el ceño, ese asunto de Blake y Frank Clifford cada vez le daba más mala espina e iba a averiguar qué sucedía.

—Redirijo mi invitación, ya que estas de vacaciones me imagino que vienes a demostrar tus artes culinarias.

—¡Oh, Dios mío! —repuso Sophia tapándose la cara.

—Por mí no hay problema —respondió al reto Blake.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Ángeles entrando por la terraza—. Mi cocina es sagrada para tener que llamar a los bomberos —añadió con una sonrisa de lado.

—¡Qué poca fe tenéis en mí! —protestó el joven, simulando estar ofendido.

—Al contrario, hijo —respondió Eduardo—, tengo mucha, aún no he ido a buscar el rifle —indicó alzando ambas cejas y volvieron a reír a la broma.

—Iré a cambiarme antes de que me arrepienta de salir contigo—dijo Sophia—. Mañana debo ir sí o sí, es parte de mi rehabilitación y espero que me acompañes.

—No te lo garantizo, a lo mejor se me ocurre otra cosa. —Fijó los ojos

en ella con una sonrisa socarrona—. Y, antes de que se me olvide, es conveniente que te cambies por ropa que esté un poco desgastada.

—Espero que no sea alguna manifestación antisistema —supuso sin inmutarse Eduardo enterrando su cabeza en el periódico.

—¡No puedo creer lo que has insinuado! —exclamó Sophia sorprendida.

—¡Me has descubierto! —respondió Blake con la carcajada en la garganta.

—Antes de ser juez, fui fiscal y abogado —indicó de nuevo el hombre y volvieron a reír. Sophia no daba crédito, era la primera vez que vivía una situación como esa. Miró a Blake con una sonrisa, le pasó por un lado para subir a la habitación. En ese instante él le otorgó una pequeña caricia en la mano con los dedos, su corazón bombeó con rapidez recordando las dadas por ellos la noche anterior.

—En vista de que tenemos invitado imprevisto, haré unos gofres —señaló Ángeles.

—Creo que debería marcharme, siento que no soy bien recibido —respondió con burla Blake de nuevo. Ángeles se acercó con los brazos cruzados.

—Espero que eso nunca suceda, el dolor que sentiría sería doble. —Blake tragó hondo evitando responder. No podía jurarle que no sucedería, se aferraba al presente.

Ángeles se acercó dándole palmaditas en el brazo y le sonrió. Lo que menos deseaba era que se alejara de ellos si la relación con Sophia no funcionaba.

—¿Y bien? ¿Dónde están esos gofres? —preguntó Eduardo ignorando esa advertencia de su mujer, a pesar de ser la misma que quería decirle dos días atrás.

??

Recorrieron varios kilómetros en los que Blake evitaba de mil maneras que Sophia descubriera a dónde iban y que olvidase que estaba dentro del coche. No podía reprimirse el reír con todas las ideas que se le cruzaban en la cabeza; desde la más descabellada, como saltar de puenting, que dudaba que lo hiciera, hasta la más inocente, como pasear por un centro comercial o la que nunca faltaba, ir de compras.

Era increíble conocer esa Sophia, sonriente, cabezota, imaginativa, pasional. Deseaba ver sus ojos, apostaba porque brillaban, así como también detenerse en cada semáforo para besarla, pero no podía, debía mantener su vista siempre al frente y sus manos en el volante para que se sintiera segura. Bajó la velocidad hasta aparcar, Sophia leyó el nombre del cartel, frunció el ceño y lo miró.

—¿Qué hacemos en una academia de arte?

—Hoy vamos a asistir a una clase de pintura.

—¡Oh, Dios mío! Es lo último que me hubiera venido a la cabeza.

—Lo sé, estoy un poco preocupado, incluso temiendo por mi vida. — Sophia se giró hacia él con la boca abierta y Blake rio a carcajadas—. Nena, es que eso de querer ir a ver los caimanes... —La miró sin disimulo alguno.

Le había pedido ropa desgastada y a ella no se le había ocurrido otra idea que ponerse una minifalda con estampado de flores que no dejaba mucho a la imaginación, al igual que su blusa. Esa prenda había logrado que sus pensamientos volasen y que su miembro saltara en protesta, esa maldita cremallera que terminaba justamente en su canalillo lo incitaba a bajarla en su totalidad.

De nuevo volvería a tener ese dolor en sus partes bajas por contenerse para no cambiar de idea y llevarla a su piso y desfogar todas esas ganas de

enterrarse en ella.

—¡Eres un idiota! —protestó Sophia.

—No es mi culpa —le dijo con su sonrisa de lado—, te dije que te pusieras ropa desgastada y has decidido provocarme y llevarme por la calle de la amargura. —Sophia tampoco pudo disimular, sus ojos bajaron hasta la entrepierna de Blake viéndola abultada y sintió arder su cara.

—Cuánto lo siento. —El sonrojo de sus mejillas lo enterneció, le acarició los labios con el pulgar y luego le otorgó un beso lento y delicado, mordiéndole con deliberación el labio inferior y robándole más de un suspiro.

—Estoy por encender el motor y llevarte a mi piso —le dijo mordiéndole la barbilla—, pero nos están esperando.

Sophia estaba feliz por su iniciativa de presentarse por sorpresa y de traerle a esa escuela sin saber qué haría. Su preocupación por su bienestar logró que confiara a ciegas, aceptando que se estaba enamorando perdidamente de él.

Abrió la puerta dándole unos minutos para que se recuperara, la mezcla de sensaciones crecía, saber que podía excitarlo con un par de besos la hacía sentirse sexy. Lo esperó en la entrada del lugar y pensó que debía escribirle a Marian o no le perdonaría ser la última en enterarse. Blake se acercaba y, por un momento, se quedó sin aliento. Se atusaba el pelo y junto a esas gafas estilo safari presentaba una imagen sensual que cualquiera podía creer que era algún anuncio publicitario y no la forma de caminar de Blake.

—¿Preparada?

—Si es a tu lado sí.

Le sujetó la mano y entraron a la academia. Una vez dentro, supo que las clases eran impartidas por José y se sintió a gusto. Ese chico le caía bien, era amable con ella. Esperaron que apareciera y, una vez lo hizo, la saludó con

entusiasmo.

—He tratado de conseguir batas de vuestra talla —les explicó a la vez que escondía una sonrisa y los invitó a seguirlos. Sophia no comprendió lo que quería decir y una vez que entraron, lo supo—. ¡Chicos! Hoy tenemos a unos curiosos que quieren ver cómo es nuestra clase. —Los niños los observaron curiosos y desconcertados.

—¿Quiénes serán los tutores de estos dos? —preguntó José y algunos levantaron las manos invitándolos a que se acercaran. Blake señaló con el dedo a su amigo, debido a que había omitido lo más importante.

—Esta me las cobro.

—Te dije que vinieras con ropa desgastada.

—Y no me respondiste a quiénes eran los alumnos.

—¿En serio le tienes miedo a un grupo de críos? —dijo con burla José—. Si quieres, podéis venir el miércoles por la noche, que es la clase con modelos de verdad, totalmente desnudos. —Blake frunció el ceño, pero no le respondió, en cualquier momento estallaría de risa.

Ni loco llevaría a Sophia a ver a un tío en pelotas, para eso que lo viera a él, que bastante había aguantado esos días. Observó todo el salón y fue hasta el niño más cercano a su chica. Su idea era hacerlo juntos, no con un pequeñajo que pudiera tener más conocimiento que él.

—Muy bien, chicos —se dirigió José a los niños—, recordad que es un juego. La imagen la tenéis en vuestra mesa, cerrad los ojos y dejad que vuestra imaginación se libere a la espontaneidad. —Evitó reír a carcajadas en cuanto Blake se dio cuenta de que el único taburete que quedaba era más pequeño de lo que creía. Sophia se aproximó a una niña rubia que había levantado la mano con ahínco; con amabilidad le cedió una silla junto al caballete y un lienzo en blanco.

Blake no tuvo esa suerte; el chico lo ignoró, no había levantado la mano y no entendía por qué escogía estar a su lado. Ni tan siquiera le dijo dónde podía encontrar el material, el muy orgulloso lo miró con rabia y esperó a que su profesor diera comienzo a la clase. Le causó gracia el enfado monumental que el niño demostraba y, para fastidiarle más, se situó en diagonal a Sophia que, al verlo en el taburete, miró al frente para no reírse.

Resoplos y resoplos del niño eran lo único que escuchaba y comenzó a pensar que había sido una muy mala idea traerla al lugar, estaba haciendo el ridículo delante de todos esos niños que cuchicheaban y se reían por lo bajo y otro solo resoplaba y se quejaba.

—Piensa en formas y los colores que te gustaría que tuviera el lienzo — explicó la niña, bajito a Sophia.

—Gracias —le dijo la joven, evitando reír ante la seriedad de su pequeño rostro. Cerró los ojos tratando de imaginar qué debía hacer.

Era curioso, no recordaba cuándo había sido la última vez que había dibujado, tal vez cuando era una niña, como los que estaban a su alrededor. Sonrió con ilusión y se empeñó en hacer caso a la sugerencia de la niña. Se imaginó un bosque frondoso de los que podía encontrar en Carolina del Norte, una pradera donde las flores salvajes camparan a sus anchas y ella allí, junto a Blake, encima de un mantel para picnic; con lentitud iba hasta ella para besarla como minutos atrás, chupando su labio mientras entraba a su boca y enroscaba su lengua con la de ella. Poco a poco le bajaba la cremallera de la camiseta, dejando que metiera la mano y la acariciara un pecho.

—Deja para después los pensamientos pecaminosos —le susurró Blake al oído, erizándole la piel—. Estás provocando que te saque de la clase y entre contigo al primer salón desocupado que encontremos. —Sophia se sonrojó al pensar cómo terminarían. Lo odiaba por haberla pillado, ladeó la

cabeza, lo vio sonriendo y dibujando quién sabía qué.

Se reprochó que pudiera adivinar sus pensamientos por ser un libro abierto para él, aunque no podía engañarse, quería que sucediera. De nuevo era una de esas primeras veces que experimentaba, nunca había estado delante de un caballete y mucho menos pensando en cómo su chico podía hacerle el amor. Se mordió el labio y se centró en dibujar cualquier cosa antes de que su mente volviera a jugarle una mala pasada.

Diez minutos después, escuchó a Blake discutir con el niño acerca de materiales, paletas, diluyente y mezcla de colores. José les pidió un poco de silencio, se aproximó a otros niños que le pedían ayuda y, seguidamente, puso música que tenía en el portátil. En ese instante su móvil repicó y salió para atender la llamada.

Sophia quiso ver qué hacía Blake en cuanto escuchó al niño llamarle idiota, pero él cubrió el lienzo. Frunció el ceño por ese misterio, decidió observar al resto de chicos y se vino abajo. Esos niños hacían obras de artes comparada a la de ella. Maldijo por lo bajo, recordando por qué no dibujaba, lo hacía tan mal que nunca se empeñó en mejorar.

—Dibujas de pena —dijo con burla Blake, regresando al taburete que lo hacía ver como un Oompa Loompa^[22].

—No sabía que salía con Da Vinci —replicó la joven. Blake rio sin mirarla, levantando una ceja cuando observó de nuevo su lienzo.

Sophia intentó acercarse, pero de nuevo puso la mano. Se giró al suyo, ofendida porque no compartiera su dibujo. El muy cretino jugaba con ventaja, podía espiarla. Cogió el pincel más grande, que vio lo lleno de morado, y en dos segundos manchó la camiseta de Blake. Sorprendido ante ese acto de guerra, también cogió un pincel y lo cubrió de negro, para terminar, manchándole la cara con una línea que iba desde el principio de su pelo hasta

su barbilla, gimió sorprendida al tener el mal sabor en los labios.

—¡Eres una mala perdedora! —le dijo el joven provocándola.

—Te has burlado de mí —protestó Sophia, acto seguido lo atacó, mezclando varios colores para mancharlo. Blake supuso sus intenciones y se adelantó, sosteniéndole el brazo.

Intentó librarse para culminar su venganza, el espacio libre era estrecho para los dos y acabaron en el suelo junto a las pequeñas mesas que sostenían las paletas de los niños. Blake le llenó la cara y el pelo de restos de pintura que había esparcida. Asombrada porque no le daba tregua, hizo lo propio. El estruendo fue bastante ruidoso, llamando la atención de José, que entró temiéndose lo peor.

—Pero ¿qué co...? —Los niños, al unísono, dijeron «han sido ellos» y se encontró a dos adultos levantándose del suelo manchados por colores que hubo alguna vez en sus paletas.

—Es mejor que ayudéis a esos dos niños antes de que sus padres os demanden por traumas severos —advirtió José sorprendido ante comportamiento de su amigo. No recordaba haberlo visto nunca con esa actitud tan jovial. Era un hombre entusiasta y sumamente formal para su gusto; verlo como un niño pequeño le sorprendía.

Quiso tomarle el pelo si hubiera sido otro momento, pero estaba bastante preocupado tratando de evitar que sucediera algún hecho desagradable.

—Tú y tú. —Señaló a Sophia y Blake—. Tenéis quince minutos para recoger el desastre y pedir disculpas a la clase. —Blake se quejó y se sorprendió aún más. Las veces que lo había escuchado quejarse habían sido cuando en su clase no ponían empeño, dándoles charlas de esfuerzo y perseverancia. En definitiva, ese no era el Blake que conocía, cruzó los brazos y lo miró con el ceño fruncido.

—Ha sido mi culpa, digamos que lo provoqué —respondió de inmediato Sophia.

—Es un adulto y no puede caer en esos juegos —añadió José.

—¡De vez en cuando tengo derecho, profesor! —respondió Blake con burla el aludido—. El problema aquí ha sido que su nueva alumna no acepta que dibuja de pena —Sophia le respondió con una mirada llena de rabia y, sin poder aguantar mucho más, él rio a carcajadas, descubriendo que su chica, aparte de ser cabezota, tenía muy mal perder.

—¡Eres un idiota! —exclamó con ganas de matarlo, por lo que se tapó la cara. Los niños que estaban a su lado se acercaron pensando que iba a llorar.

—Nosotros te enseñaremos —dijo la niña que estaba a su lado. Sophia volvió a mirarlos y sonrió a modo de respuesta.

—Me encantaría —respondió a modo de agradecimiento—. Al menos no os burláis de forma ruin como ese grandullón que está allí —dijo señalándolo con el dedo. José no pudo contenerse más y se burló.

—¡Grandullón, al final eres el culpable! —indicó elevando la voz—. Pediré que vengan a limpiar el suelo para que no os resbaléis, seguid con la clase, que el grandullón y la gimnasta os ayudarán.

—¡Eres gimnasta! —gritó una niña que estaba en primera fila. Sophia se volvió a sonrojar, no recordaba cuándo había sido la última vez que se había avergonzado tan seguido y afirmó con la cabeza.

—¡Una de las mejores! —dijo Blake, otorgándole una sonrisa sincera. Lo miró agradeciéndole, José presenció los gestos cómplices, descubriendo que no era un simple capricho, pero si un gran problema para todos.

—¿Qué clase de gimnasta? —preguntó un chico.

—Yo practico *ballet* —dijo otra niña.

—Te ayudaremos a mejorar si nos cuentas más de la gimnasia —indicó otro y la clase volvió a ser un bullicio. José ordenó que se calmaran, deseando darle una patada en el culo a Blake por haber hecho de ese día el mayor de los desastres en su clase.

Los niños hicieron silencio esperando la respuesta de Sophia, que estaba sorprendida. Aún tenía pendiente darles una charla a las pequeñas gimnastas de la escuela de danza y, por alguna razón, esta vez se sentía segura pensando que podía resultar ser otro paso para cambiar su vida.

—Está bien, primero recojamos el desastre que el grandullón ha creado y terminemos el lienzo.

—¡Si es que siempre seré el chico malo! —protestó de nuevo Blake.

—¡Gradullón! —le gritó José para fastidiarle por el desastre que había hecho—. ¡No seas tan idiota y ayuda a tu chica a recoger! Sophia, puedes volver cuando quieras, te enseñaré técnicas básicas. Eso sí, sin ese tío que está a tu lado. —Sonrió agradecida por la invitación, los niños volvieron a sus puestos, terminando su lienzo y Blake se acercó a su oído.

—Al final siempre te ganas el corazón de los demás, pero recuerda que no me gusta compartir. —Le dio un beso fugaz y siguió ayudando a recoger.



Una vez más, Sophia lo sorprendió por su desenvoltura con los niños; les habló de la gimnasia rítmica, de sus esfuerzos y sus experiencias, notando la añoranza al deporte. También observó a José escabullirse de nuevo con el móvil al oído. No era habitual que le diera tanta importancia a las llamadas, por lo que lo siguió. Su amigo guardó en el bolsillo el móvil y caminó con rapidez hasta que se detuvo. Blake no podía creer con quién discutía en voz baja, se preguntó por qué lo había hecho a la vez que controlaba sus impulsos para no partirle la cara.

—Te pedí que no lo hicieras —le dijo José a la joven con tono de incomodidad.

—Pensé que eras mi amigo —siseó Johanna con rencor—. Me acabas de demostrar que es mejor quedar mal con los amigos que con los Baute. —Para Blake había sido suficiente, le había pedido que no le dijese nada a Kelly y lo había traicionado. Se acercó a paso lento, sin disimulo alguno, notando la palidez en la chica cuando vio la sombra.

—Te pedí que no se lo dijeras —señaló cabreado. José se pasó la mano por la cabeza, sabía que estaba metido en un gran lío.

—No se lo dije, Blake, ya sabes cómo son.

—¿Qué te está pasando, Blake? —preguntó Kelly—. Actúas sin pensar y estás dejando responsabilidades de lado —le señaló—. No tenía que esforzarme, esa llamada sobre la escuela de arte en la que jamás has tenido interés hizo que sacara mis propias conclusiones. Sophia me es indiferente, en cambio, me da la sensación de que estás perdiendo el norte y que tus

intereses son otros.

«¿De qué diablos habla?», se preguntó Blake y, antes de que se le fuera de las manos, sujetó del brazo a Jhoanna, obligándola a salir, alejándose unos cuantos metros y soltándola. No le importaba que lo llamaran lo que fuera, le haría saber que no permitiría que su profesionalidad quedara en entredicho.

—¿Se puede saber por qué te has atrevido a venir? Espero que no sea lo que pienso, te has empeñado en culparla sin pensar que tiene bastantes problemas que asimilar.

—¿Crees que es por ella? No me hagas reír —ironizó Jhoanna una vez que la soltó—. ¿Y quién no los tiene, Blake?

—Jhoanna, ¿a qué has venido? ¿Por qué no quedamos en algún café en dos horas y hablamos como adultos civilizados?

—¿Café? ¿Crees que soy hermanita de caridad? Ver que te arrastras por esa pija es demasiado y lo que me dolerá es que no estaré cuando se canse de ti, no seré plato de segunda mesa.

—No sé cuántas veces más tendré que pedirte disculpas, pero ya es hora de que lo aceptes —le dijo Blake, tratando que entendiera que su empeño iba a crear una división entre ellos—. Crees que me castigas a mí y no es así. Estás castigando a tus compañeros de U.P.B. y no se merecen dejar a medias la exhibición por tus berrinches. —Ella soltó bufido indignada.

—¿Estás hablando en serio? ¿Me culpas a mí? No soy yo, eres tú que has roto toda la magia por alguien que apenas conoces y que se está burlando de ti hasta que se canse.

—Esto no va a llevarnos a nada —respondió Blake. Jhoanna entornó los ojos y miró a un lado, dándose cuenta de que ya no volverían a estar juntos. Blake resopló y la miró de forma conciliadora, tratando que no se le fuera de las manos—. He sido honesto, he intentado ser amigable, pero no me lo

pones fácil. —Jhoanna fijó sus ojos de nuevo en él.

—Esa devoción por los Baute es esa deuda de la que siempre has hablado. Siempre me dijiste que no cabía otra mujer en tu vida excepto Jenny y Alice, es imposible que cambies de idea de un día para otro. Tus mismas palabras y juramentos son los que harán que tarde o temprano escojas y espero que el resultado no sea otro error del que te arrepientas. —Johanna apretó los labios para evitar llorar y lo miró con resentimiento—. Lo que me duele de todo esto —añadió señalándose y luego a Blake— es que al fin caíste en las redes de una de esas niñas ricachonas de las que tanto renegaste, de esas que deseaban meterse en la cama de la estrella de la asociación. —Respiró con lentitud para volver a reprocharle—. Y que quede claro, siempre que pasaba eso terminaste en mis brazos y en estos instantes quiero que lo sepas, que volverás a mí tarde o temprano —concluyó señalando a un lado.

Blake siguió el dedo hasta toparse con los ojos de Sophia, que comenzó a caminar hacia atrás, se giró y corrió. Masculló, maldiciéndose por lo que llegaría a escuchar.

—Te creí más sensata...

Cerró los ojos para evitar decir cualquier sandez y le dio la espalda, no iba a permitir que las palabras envenenadas de Jhoanna hicieran eco en la mente de Sophia. Corrió tras ella, pero era tarde, había desaparecido.

—¡Mierda! —gritó frustrado. ¿Por qué no podía tener un día feliz? Siempre terminaba en malentendidos. Sacó su móvil del bolsillo, la llamó y no le contestó. Volvió a maldecir sin creerse que la mala suerte lo acompañara. Deseó que a esos tres los partiera un rayo, regresó al aparcamiento a por su coche para llamarla las veces necesarias, la vida no podía jugar así de cruel.

Sophia entró en el primer autobús que vio detenerse en la parada, no tenía ni idea a dónde iría, solo quería alejarse cuanto antes. Cada palabra que Jhoanna le reprochó a Blake le retumbaba en su mente una y otra vez.

Le echaba la culpa y de nuevo aparecía su familia en medio. Se tapó la cara. No, eso no era verdad. Blake le había demostrado que sentía algo, pero ¿y si todo lo que dijo Jhoanna era cierto? No, su corazón le gritaba que desechara esas ideas, tal vez todo tenía un por qué, apenas cuando le hablaba de la relación que podrían tener, siempre era escueto. No lo juzgaría, podía haberse acostado con quien quisiera, pero solo pedía que confiara más en ella.

Se limpió una lágrima rebelde llena de frustración, el sueño había sido bonito mientras duró. Volvió a limpiarse la cara, le daba igual que la gente la viera llorar y manchada de pintura, lo único que deseaba era ir al lugar más recóndito del planeta y vivir ahí para siempre. Treinta minutos después se bajó en cuanto vio que era la última parada. Se negaba a encender su móvil para no caer en la tentación de responder cualquier llamada que tuviese y le dio las gracias al conductor y se bajó abrazándose a sí misma, tenía que enfrentarse tarde o temprano con Blake y acabar con esa montaña de emociones que comenzaba a conformar su día a día.

Entró en la primera cafetería que encontró y se sentó, obligándose a desafiar a su conciencia, que le atacaba con fiereza recordándole una y otra vez las palabras de Jhoanna. «Tendrás que escoger, tu prioridad son Jenny y Alice, será otro error del que te arrepentirás». Tenía razón, se enfrentaba a todos cuando apenas la conocía y tal vez ese afecto que sentía por sus abuelos era la verdadera razón de que se acercara.

—¡No! —dijo en alto. Lo había visto en sus ojos, la quería en su vida, se lo había demostrado, no podía dejar que su conciencia ganara la batalla. Se tapó la cara sin estar segura de poder superar esa cruzada con ella misma,

pero la voz de una joven la hizo reaccionar.

—Disculpa, estaba pensando —le dijo sin mirarla.

—Le preguntaba si ya sabía qué iba a pedir. —Sophia se disculpó de nuevo, buscó una de las cartas que había en la mesa, se decantó por uno de los zumos de moda y le dio las gracias a la camarera.

Debía ser fuerte y valiente, sacó su móvil del bolso y lo encendió. Enseguida aparecieron varias llamadas perdidas de Blake, así como mensajes de WhatsApp, creía que podía enfrentarse y supo que no tenía las fuerzas para hacerlo. Necesitaba meditar, tranquilizarse y para ello no podía caer en la tentación de escribirle, lo mejor era olvidarse de todo. Una llamada entrante la asustó y comprobó enseguida que era un número desconocido.

—¿Hola? —contestó al descolgar.

—Buenos días, ¿la señorita Sophia Baute?

—Sí.

—Le llamamos del centro de medicina deportiva para informarle que los estudios ya tienen resultados y a la especialista le gustaría que pasara por aquí lo más pronto posible. —Sophia sintió como si una tonelada de comida le cayera encima. Un temor que mantenía aparcado aparecía con fuerza en su camino.

—¿Podría ser hoy mismo? —preguntó. No iba a esperar a torturarse lentamente, fuera bueno o malo quería saberlo lo más pronto posible. Hubo un silencio desde el otro lado de la línea y al minuto respondieron.

— Tenemos la última hora de la mañana libre, ¿le parece bien?

—Sí.

—Muy bien, confirmamos, que tenga buen día. —En ese instante deseó tener alguien a su lado y quiso que fuera Blake. Era consciente que era una

carga llena de problemas para cualquiera, realmente estaba sola y, sin tener que luchar con su conciencia, aceptó que la única persona que nunca le había mentado no volvería a estar en su vida y se echó a llorar.

??

A Marian no le estaba saliendo su rutina como quería. En algunos segundos iba a destiempo, en cuanto hacía un movimiento técnico podían penalizarla si no lo perfeccionaba. Quizás no era su día, pero hasta el *sous-sus*^[23] le salía de pena. Lo intentó de nuevo, movió los brazos con elegancia para luego saltar en *chassé*, lanzando la cinta dando unos giros de media punta y perdió el equilibrio.

—¡Joder! —gritó. No había ni empezado los primeros movimientos y volvía a equivocarse.

—Marian, llevas una hora y media tropezando con técnicas básicas —le hizo saber su entrenadora Sherry—. Las piernas libres flexionadas, te has sentado sobre los pies, la onda que has hecho con el tronco es desastrosa, vas a destiempo...

—¿Crees que no lo sé? —respondió enfurecida con ella misma.

—Entonces procura concentrarte o no llegarás ni a las eliminatorias —le aseguró la entrenadora. Marian la miró con odio, tenía un mal día como cualquiera, le demostraría que no solo llegaría a las eliminatorias, ganaría el oro.

Volvió al inicio, ejecutó cada movimiento y técnica, esta vez los *relevé*, las zancadas y giros los ejecutaba como siempre, a la perfección que, junto al balanceo y las espirales que acompañaba con la cinta, lograban el equilibrio que necesitaba para el programa. En cuanto terminó, vio de reojo la sonrisita de Sherry y la volvió a odiar. Se acercó para beber un poco de agua y reprocharle por ese sarcasmo que mantenía en sus labios y no terminaba de

decir.

—¿Te gusta hacerme rabiar?

—Sabes que tenía razón —respondió la entrenadora de nuevo—. De alguna forma tengo que presionarte; se acerca la competición y sigues teniendo pequeños fallos. —Marian resopló—. Y faltan quince días para salir del país.

—¿He fallado alguna vez para que estés tan alarmada?

—No, pero desde el accidente de Sophia te veo con más escrúpulos —respondió sin rodeos Sherry. Parpadeó varias veces, preguntándose a qué demonios venía eso. Se mordió por dentro del labio para no mandarla de regreso al pueblo de donde había salido, pero en el fondo tenía razón y se enfadó aún más por ser una blandengue y dejar que vieran más allá de lo que podía aceptar, que otros conocieran de Marian Grant.

En ese instante, su móvil comenzó a sonar, Sherry alzó una ceja y entornó los ojos, la había provocado suficiente para que terminaran en una discusión por olvidarse una regla fundamental. Confiaba que, tras sus advertencias, Marian se centraría y volvería a subir la coraza. Comenzaba a preocuparse de verdad, era disciplinada y ese despiste era una prueba más de que no estaba centrada y llegaba a la conclusión de que ese viaje a Florida no había sido buena idea.

Marian maldijo por ese despiste tan fundamental. Sherry le armaría una bronca épica y odiaba que le reprocharan. Fue hasta su bolso para apagarlo, aunque el número que aparecía en pantalla le hizo dudar y respondió.

—Marian, soy Blake —dijo el hombre en cuanto ella descolgó la llamada.

—Has escogido el peor momento para llamarme, hace dos segundos no estaba enfadada, ahora estoy dispuesta a pagar una enorme suma de dinero

para ir a cortarte las pelotas. —Blake resopló, no iba a entrar en disputas con la insoportable rubita, necesitaba su ayuda.

—Iré al grano —dijo arriesgándose que lo mandara por un tubo—. Sophia ha escuchado una discusión con Jhoanna y ha salido corriendo.

—¿Cómo? ¿Qué hacías con Sophia?

—No tengo tiempo para tantas explicaciones, necesito que me ayudes a encontrarla.

—¡Voy a rebanarte las pelotas, maldito capullo! ¡Y se las tiraré a los caimanes! —chilló la gimnasta. Sherry vio que sería imposible que culminara el entrenamiento esa mañana, ya la amonestaría en la tarde, los problemas que tuviera su amiga no podían interferir en su vida profesional.

—Solo quiero encontrarla —enfaticó Blake—. Me preocupa lo que pueda pensar, no quiero que se vuelva a llenar de dudas.

—Creo que me estoy perdiendo algo —reiteró Marian—. ¿Cómo de grave es lo que ha escuchado?

—No es lo grave, es cómo puede tomárselo.

—¡Maldita sea! ¡Te juré que te mataré! —Y le colgó. Estaba arrepintiéndose de haberla empujado a ir a Florida, llevaba días con un mal presentimiento y Sophia apenas le respondía los mensajes. Buscó el número y lo marcó. Que Blake la llamara no pintaba nada bien, a la vez que se preguntó cómo había encontrado su número, solo podía habérselo dado el idiota de Jackson, ya lo llamaría y lo mandaría a la mierda por dar su número e ignorarla desde que volvió.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Sophia sorprendida a esa llamada. Por la hora debía estar entrenando.

—Pero ¿por qué la gente se empeña en creer que cuando os llamo es que sucede algo? Tengo tiempo libre y he recordado a una idiota que tengo como

amiga que se niega a broncearse en Florida mientras yo estoy que me llevan los demonios porque la rutina no termina de salir a la perfección.

—Te has peleado con Sherry —afirmó Sophia y, por primera vez desde que se había sentado en la cafetería, sonrió. Suerte o no, necesitaba hablar con alguien y Marian le daba las fuerzas necesarias para enfrentarse a todo.

—Últimamente está más histérica de lo normal, ¿puedes creer que se ha atrevido a decirme que no pasaré las eliminatorias? ¡A mí! ¡A Marian Grant! —le dijo simulando el motivo de su llamada. Escuchó una risita y la alivió un poco, aunque intuía que no estaba bien.

—Pues sí que lo debes estar haciendo mal para que dijera eso —respondió Sophia.

—Sabes que puedo mandarte a freír espárragos, pero me dije que debía pagar mi mal día con alguien y ¡magia! He recordado a Sophia Baute. —Se concentró en escuchar el ambiente donde estaba su amiga y escuchó música de fondo y gente hablando—. ¿Dónde diablos estás? No me digas que al fin has dado el paso.

—He dado el paso para muchas cosas y que creo que va siendo hora de contártelo. No obstante, lo primero que debo decirte es que hoy me darán los resultados de los estudios.

—¡Diablos! —dijo la gimnasta a sabiendas cuán importante era esa prueba—. ¿A qué hora?

—En menos de dos horas. —Miró el reloj que tenía la cafetería y llamó a la camarera para la cuenta.

—Sea bueno o malo, recuerda que estaré a una llamada.

—Gracias, pero es hora de enfrentarme sola. —Marian estaba completamente segura de que luchaba contra sus miedos y, si a eso le añadía lo que Blake habría hecho, su amiga estaba en la cuerda floja—. Debo irme

—respondió Sophia—. En cuanto sepa los resultados te llamaré.

—Por favor, no dejes de hacerlo.

—No lo haré. —Colgó la llamada, pagó la cuenta, salió de la cafetería y detuvo un taxi.

Hubiera sido más fácil llamar a su abuelo y pedirle que fuese a por ella, lo difícil sería que percibiera su tristeza y no tenía valentía para enfrentarse a otra persona.

Marian soltó aire y recogió su bolso, era imposible seguir entrenando cuando su mente estaba ocupada con lo que podía pasar en cuanto le diesen los resultados a Sophia. Por mucho que le dijera que lo asumía, siempre quedaba un mínimo de esperanza. Se dio cuenta de que Sherry se había ido y supuso que estaría enfadada, tendría que entrenar más horas para demostrar que se llevaría el oro. Se puso el pantalón deportivo y salió de la escuela de danza donde solía entrenar, se subió al coche, lo encendió y marcó el número de Blake. Él le respondió de inmediato

—¿Has logrado hablar con ella? ¿Dónde está?

—Calma, colega, jamás pensé que estuvieras tan colado —le dijo con ironía y lo escuchó maldecir. Ya buscaría la forma de vengarse por hacer sufrir a su amiga, pero le gustó confirmar sus sospechas—. Sí, tengo razón en eso de que te gusta y no es que me lo dijera la muy imbécil, pero tu desespero a llamarme demuestra lo evidente. Ve al centro de medicina deportiva, allí la encontrarás.

—¿Los resultados del estudio?

—Sí, la han llamado y, a pesar de que tengo unas enormes ganas de romperte las pelotas, me quedaría más tranquila si estuvieras a su lado.

—Gracias, Marian.

—¡No la cagues, maldito capullo! —Blake prefirió no responder y se despidió con un hasta pronto. Marian, por primera vez, dudó de ella misma; estaba tan descentrada que hasta comenzaba a odiarse por tener la sensación de que estaba dejando de ser la hermana perdida de Soraya Montenegro^[24]. Respiró profundo, tenía que solucionar un problema mayor, llamó a su entrenadora para hacer lo que más detestaba en el mundo, pedir disculpas.

«Tengo una nueva oportunidad», se dijo Blake, y no la iba a desperdiciar. Buscó la dirección, afortunadamente estaba muy cerca, y se dirigió allí. Si algo le caracterizaba es que cumplía sus promesas y esta no sería la primera que rompería. Aparcó y esperó en la entrada, evitando que lo viera, parecía un psicópata esperando su próxima víctima, sin embargo, la probabilidad de que aceptara a escucharlo era poca o ninguna.

Por unos instantes llegó a pensar que Jhoanna tenía razón, pero enseguida lo descartó; lo que sentía al tenerla cerca no podía compararlo y le gustaba. Le hacía sentirse mejor persona y quería seguir teniendo esa sensación el resto de su vida.

Sophia pagó al taxista y se bajó, nerviosa. Durante el camino pensó en los miles de diagnósticos que podían darle, y todos eran malos. Se estaba acostumbrando a pensar en lo peor y eso no podía ser bueno. También meditó sobre Blake, su vida era tan diferente que se sintió culpable por haberlo comprometido, lo mejor era ser honesta, decirle que en cualquier momento regresaría a Durham y no quería que todos la señalaran por hacerle daño.

Lo que menos quería era que se quedara sin nadie en quien apoyarse, además, por mucho que estuviera sintiera algo por él, por mucho que lograra despertar instintos apasionados, sentía que no confiaba plenamente en ella. Las puertas se abrieron y escuchó una voz grave que conocía a la perfección

detrás de ella. Quería alejarlo, sin embargo, en el fondo lograba que su corazón se acelerara como nunca nadie lo había hecho.

Solo una persona sabía dónde estaría y odió sentirse utilizada. Se giró a él para enfrentarlo.

—¿Ha sido Marian? —le preguntó sin rodeos.

—Sí, ha sido ella —respondió Blake con honestidad, jugándose a que lo mandara a la mierda.

—¿Ninguno puede dejarme un día a solas?

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Blake mirándola a los ojos.

—Te lo pido por favor, no quiero escuchar otras justificaciones —le rogó Sophia—, no es el mejor momento.

—Por eso he venido.

—No tenías que hacerlo —respondió de nuevo la joven. Tenía miedo, por fin aceptaba lo que llevaba rato tratando de evitar, que apareciera en sus pensamientos.

—Se te ha olvidado lo que... —Sophia lo detuvo ante de que mencionara la palabra que tantas dudas le traía.

—No lo olvido y quiero creer en ti, pero se me está haciendo cuesta arriba. Cada día alguien o algo me hace pensar lo contrario.

—Y, por supuesto, corres a la salida más fácil —le reprochó Blake dolido. Tanto esforzarse para que al final se dejara abrazar por la desconfianza de nuevo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ofendida—. ¿Te parece que es fácil escuchar a otras decir que soy una carga para ti o que es por compromiso?

—¡Joder! Huiste sin tan siquiera preguntarme a mí si eso era cierto.

—¿Y que tenía que preguntar? —«¿Qué pretende?», se preguntó Sophia

—. Eso sería muy humillante para mí.

—¿Humillante? —preguntó Blake—. Sophia, no sé qué le llegaste a escuchar a Jhoanna, si estoy aquí es por voluntad propia, no dejaré que nadie vuelva a interferir. Lo que siento por ti no lo logro entender, he pasado un mal rato pensando que podía perderte, he tenido que llamar a la insoportable de Marian para pedirle ayuda y escuchar su amenaza de cortarme las pelotas, no entiendo esa fijación por mis testículos. Me siento como un adolescente dando explicaciones de cada paso que doy y es frustrante.

»Tengo dudas, como las que tienes tú, me he estado preguntando una y otra vez si soy capaz de hacerlo de nuevo y sí, lo haría, pero ¡mierda! Me lo pones muy difícil —concluyó, apoyando su cuerpo en la pared y sintiendo un enorme cansancio.

El corazón de Sophia de nuevo palpitaba con rapidez, intentó con todo el esfuerzo no escucharlo. Quería aferrarse a las palabras de Jhoanna, pero las sensaciones que la embargaban eran mayores y supo que no solo quería que estuviera allí, deseaba que la besara y que le diera fuerzas para calmar sus nervios.

—¿Qué haré contigo? —exclamó Sophia situándose a su lado. Sus brazos se rozaron y sintió una corriente eléctrica por todo el cuerpo, era imposible que, con solo ese roce, sus deseos más profundos nacieran.

—Es absurdo lo que ha pasado —dijo de nuevo Blake—. Me siento un imbécil, debería estar besándote y tenerte en mis brazos hasta que cedieras en vez de reprimir los deseos desde que te he visto.

—No lo reprimas —dijo en voz baja la joven. Blake se giró hacia ella, la abrazó y le besó la cabeza.

—Me encargaré de que todos se den cuenta del papel que tienes en mi vida y he de pedirte que, por favor, no sigas huyendo. Prométeme que en el

momento en el que te enteres sobre algo referente a mí, me lo preguntará, odio esta sensación de ansiedad por temor a perderte y que desconocía que podía sentir.

Lo miró a los ojos y, sin importar nada más, lo besó. Blake reprimió las ganas de responderle con fiereza, a cambio, la estrechó aún más entre sus brazos. Aspiraba a que se diera cuenta de que estaba allí para apoyarla fuese cual fuese la noticia. Sujetó su mano para entrar, subieron al ascensor y caminaron hasta la puerta de la consulta, esperando a que fuese llamada.

Cuando escuchó su nombre, soltó aire y entró saludando a la especialista estrechando la mano y se sentaron.

—Verás, Sophia, de acuerdo con los estudios he visto que el nervio no está bien, ha quedado dañado, puede que la rehabilitación no haya sido del todo exitosa y por ello el nervio continúa afectado.

—¿Quiere decir que no todo está perdido? —preguntó Blake, esperando que fuera una buena noticia.

—Tal vez, depende de una nueva rehabilitación y del tiempo que sigas en Florida, en la anterior visita me dijiste que tenías pensado volver a finales de mes a Carolina.

Sophia había olvidado que Marian había dado por hecho que volvería y respondió por ella, que se había quedado bloqueada cuando le dieron los posibles diagnósticos. La realidad era que entre sus planes estaba inscribirse en el siguiente semestre de la universidad de Carolina del Norte y si tenía que hacer una rehabilitación debía encontrar otro fisioterapeuta que le ayudase.

—Sí —respondió con honestidad la joven—. Debo volver a la universidad.

Blake evitó mostrar cualquier gesto de sorpresa, era consecuente que quisiera retomar su vida, pero había olvidado ese detalle, que en sus planes

no estaba él. Tenía que entender que antes de conocerla escapaba de una vida que la asfixiaba, le dolió pensar que la podía perder, pero le había prometido que viviría el presente y cumpliría su promesa hasta que Sophia le diera fin.

—Hasta hace poco estabas en rehabilitación —dijo Vanesa, la especialista—. Dejemos pasar un mes, si no funciona, podríamos programar una cirugía reconstructiva lo más rápido posible, en caso de que desees regresar a las altas competiciones. Por el momento te recomendaré un excelente fisioterapeuta en Carolina del Norte. —La duda la embargó, estaba segura de que no volvería a las competiciones. Conocía las estadísticas de las cirugías, la gran mayoría eran exitosas, podía aceptar hacérsela, por otro lado, siempre cabía la posibilidad que cayera en ese porcentaje que no logró lo esperado.

De nuevo volvía el pesimismo, muchos deportistas pasaban por quirófano y lograban recuperarse del todo. Acataría las recomendaciones y, si no funcionaba, se sometería a una operación.

—Gracias, lo meditaré.

—A ti por confiar en nosotros —indicó la especialista. Se estrecharon las manos y los dos jóvenes salieron en silencio. Sophia sabía que le debía una explicación a Blake, la culpabilidad, aparecía como lo predijo Jhoanna.

—Creo que te debo una explicación, lo siento si no te he hablado de mi regreso a Durham.

—Hemos hablado de que viviríamos el presente y quiero enfocarme en eso, cariño, además la noticia es buena, ¿no te parece?

—Espero que sí. —Blake se detuvo para obligarla a mirarlo.

—Me niego a más dudas —advirtió, dándole a entender que tenía que aprender a aferrarse a la última esperanza.

—No implica que volveré a las competiciones, quiero graduarme por...

—No pudo confesarle que era una meta que se había propuesto junto a Kenneth. Lo miró, tratando simular la importancia de ello—. Era una de mis metas y anhelo cumplirlas.

Sus ojos se entristecieron y Blake supo de inmediato que de que de nuevo aparecía el fantasma de ese chico que había muerto. Se acercó y la besó en los labios con la esperanza de borrarlo de su mente y de su corazón. La escuchó suspirar; por la posesividad con que la besaba, la acorraló en la pared del ascensor para dejar su huella como fuese.

Su beso pasó a ser con rudeza, mordiéndole el labio y apretándole las nalgas hasta que su miembro protestó ante el evidente egoísmo de su mente para darse cuenta de que se comportaba como un loco posesivo. Se separó, dejándola un poco desconcertada, cerró los ojos, sintiendo que luchaba con un recuerdo, una persona que había marcado parte de la vida de Sophia y por la que tal vez nunca sería de él para siempre.

El ascensor se abrió, pero los dos se mantuvieron dentro sin saber qué paso seguir. Como no podía estar en esa tesitura, Blake rompió el silencio con la primera idea que se le cruzó por la cabeza.

—Ha sido una mañana de emociones, ¿qué te parece si vamos a un sitio que conozco muy bien y donde te aseguro que nadie nos molestará? Estaremos tú y yo.

—Me gusta el plan —respondió Sophia preguntándose en su interior por ese asalto que la había dejado sin aliento, un beso lujurioso en el que le había robado suspiros. En cuanto mordió su labio con disimulo se los tocó, los tenía hinchados, hubiera jurado que sintió el sabor de la sangre, aunque el ataque de su lengua acompañada de esas caricias rápidas la dejaron fuera de combate.

Salieron del ascensor rumbo al aparcamiento, algo había cambiado en él;

qué difícil era tomar una decisión cuando no estaba segura. No quería dejar a Blake, solo pensarlo logró que sintiera una punzada en su corazón. Una vez más, tenía razón, debía vivir el presente a pesar de que en el fondo el deseo de soñar un futuro juntos nació.



Chloe acababa de salir de una mesa de negociación bastante extenuante. Estaba dolida porque Frank prosiguiera con su castigo, dando la orden de que se encargara de los casos de divorcios sin complicaciones. Abrió la puerta de su despacho y lo encontró con las manos cruzadas en su espalda, mirando al mar. Su abuelo se giró sin mostrar un ápice de cariño y fue al grano.

—He recibido la llamada de la oficina del fiscal Foster con una excelente noticia.

—No será para mí —señaló la abogada, admitiendo para sí misma que su día iba a peor. Desde luego que no iba a esperar un gesto de ánimo de su parte, la había ignorado deliberadamente.

—Avisaré a Eduardo y a Victor —dijo Frank ignorándola completamente—. No tardarán en enviar el coche para dar el caso por abierto, tendrás que viajar a Carolina del Norte. —Chloe suspiró pesadamente y lo miró con el ceño fruncido.

—Solo dime la verdad, ¿acaso Eduardo te salvó de ir a la cárcel?

—Te recuerdo que he sido uno de los mejores abogados del país.

—¿Y qué? Los abogados también nos equivocamos.

—Me imagino que tus argumentos se deben a que tienes experiencia en eso —indicó su abuelo por la forma con que quería imponerse. Se sentía de por ese tesón; si no fuera por su manera de vivir la vida, estaría encaminada para hacer una de las mejores abogadas del país.

Chloe apretó los puños con rabia, de nuevo le echaba en cara su vida

privada. ¿A quién le preocupaba lo que hiciera? Solo a él, ni siquiera a su padre le importaba, sin embargo, para Frank Clifford la reputación del bufete y su apellido estarían por encima de todo. Odiaba tener que hacerse cargo de ese caso tan fácil de resolver, odiaba ese maldito accidente y que Sophia Baute fuera un enorme problema sin apañar.

—Siempre consigo lo que quiero —le hizo saber Chloe—. Y lo descubriré, como también supe sobre la orden de darle vacaciones a Blake, ¿no te has dado cuenta de que eso nos perjudica? ¿Desde cuándo el accionista mayoritario se toma la molestia de llamar para que habiliten lo más rápido posible un trámite que estaba programado?

—Siempre tengo que recordarte quién es el fundador del bufete.

—Eso no te lleva a pasar por encima del resto de accionistas —señaló Chloe. Frank la observó ceñudo y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Estás jugando con fuego —dijo con parsimonia el hombre—, sé lo que pretendes hacer y no lo conseguirás, te daré una última advertencia, eres una Clifford, pero también puedo dejarte en la calle en segundos. Harás tu trabajo como es debido, tengo planes para ti, pero si mantienes esa postura por un chico que nunca podrá estar a tu altura, te saldrá caro.

—¿Acaso crees que estoy enamorada de Blake?

—Tu comportamiento no deja mucho a la imaginación. —Chloe lo miró con rencor.

—¿Por qué lo ayudas si para ti no es digno de casarse con tu nieta? ¿Acaso es tu obra de caridad? —Frank entornó los ojos, creía que había aprendido la lección y veía que seguía siendo débil.

—Es ambicioso —respondió. Decidió que era momento de abrirle los ojos—. Clifford & Asociados necesitaba tener personas reinsertadas en la

sociedad, así como abogados laborales que luchan con uñas y dientes contra la administración pública cuando se requiera, y el chico reúne las dos condiciones. —Chloe se giró, sorprendida por la frialdad de las palabras de su abuelo.

—Blake no es un delincuente —enfaticó. Frank sonrió de lado.

—Y acabas de afirmarme que no estás enamorada de él —dijo con ironía el hombre.

—No lo estoy —se apresuró a responderle. A Frank no le apetecía discutir, encontraría la forma de que olvidara de una vez por todas a ese muchacho, no le convenía echarlo o invitarlo a irse, por eso rechazó su renuncia, sería mala fama para su firma. Muchos años atrás se comprometió en reinsertar a jóvenes y cumplía esa promesa aun sabiendo que no le era beneficiosa monetariamente, pero sí de cara a la sociedad.

—Se me hace tarde —señaló Frank, dando por finalizada la conversación —. Te llamaré en cuanto tenga más detalles y, por el amor a Dios, es hora de que busques un chico que esté a tu altura, deja de mirar a los bajos fondos o buenos para nada como Robert, sabes perfectamente que hay abogados de buena familia.

—Como Ryan, ¿verdad? —le reprochó con rencor la abogada.

—Entiendo que sigas resentida, creíamos que sabías la verdad, evidentemente cuando te enamoras dejas que los sentimientos actúen por ti y te dejas llevar, haciendo estupideces.

—¿Qué quieres decir? —lo retó, dolida a que sacara ese episodio de su vida tan humillante.

—Eres una Clifford y demostrarás sí o sí lo mejor de nuestra familia. —Dio por finalizada la conversación. Lo vio salir y se sentó, llevándose las manos a la cara, había dicho tanto en tan pocas palabras.

«Una Clifford», ¿cuántas veces la amedrentaba con eso? Comenzaba a entender lo que podía influir en una persona. «¿Enamorada?». Dudó de ello. Ryan le había humillado, estaba convencida de que no volvería a amar, pero le costaba olvidar a Blake. Esa seguridad que emanaba era lo que buscaba en un hombre, y sobre todo su pasión desbordante. Un año llevaba siendo amigable; debía haber sido más directa y no dar tantos rodeos, ni ser tan orgullosa, a lo mejor estarían juntos, a lo mejor él la estaría follando cada noche.

Dio un golpe seco a la mesa, frustrada a las órdenes que le acababa de imponer su abuelo. Se jactaba de gritar al mundo que era libre de hacer lo que quisiera y solo era un espejismo. Frank era quien tomaba la última decisión. Eso se iba a acabar, proseguiría moviendo hilos para que no siguiera pasando por encima de la junta de accionistas y, a la vez averiguaría, qué había pasado realmente entre él y Eduardo. Eso le ayudaría a recuperar el control de su vida y centrarse en sacar de su camino a Sophia.

—¡Niña mentecata! —masculló para sí. A buena hora se la tuvo que cruzar.

??

Blake abrió la puerta y la invitó a pasar, algo nervioso. Era un piso pequeño, ideal para un soltero. Sophia lo primero que vio fue un sillón en forma de L en el centro del salón, una pequeña mesa y un escritorio con un portátil, también había una pequeña cocina abierta con una barra americana que iba a juego con el sillón. Se notaba que había mano de mujer en esa casa, sonrió en cuanto notó en una mesilla varios portarretratos de Blake, su madre y Jenny. Se giró hacia él y, con una mirada de picardía, se atrevió provocarlo.

—¿Así que tu casa era el lugar donde nadie nos iba a molestar? —Blake torció los labios con una sonrisa socarrona.

—Apostaría a que es así. —La miró de la misma forma que ella lo hizo—. Tal vez Jenny aparezca y en cinco minutos tendríamos los marines aquí.

—¿Hablas en serio? —Blake rio a carcajadas y la atrajo a él—. ¡Eres un cretino! —repuso Sophia indignada por la tomadura de pelo.

—Algunas veces me lo han dicho —respondió guiñándole el ojo, atrapó su mano y la entrecruzó con la suya—. Y nunca he respondido cómo lo hago ahora. —Sus pechos chocaron y aprovechó para morderle el labio a Sophia. Subió la mano más arriba de la cintura, tocando su piel tersa, sintiendo cómo se erizaba por cada roce.

El deseo nacía en él, llevándolo a terminar esa necesidad que exigía su cuerpo, quería entrar en ella. Era la primera vez que había tardado tanto en tener sexo, tendría que esperar a que Sophia fuese la que tomara la iniciativa y eso sería una prueba a su paciencia. Dejó de acariciarla y le dio un beso casto.

Sophia se sintió abandonada, Blake con solo tocarla lograba encender su cuerpo, quería que no parara, que la hiciera llegar al orgasmo como la noche anterior, quería olvidar sus problemas y quería saber si estaba dispuesta a tener esa relación esporádica. Solo de pensar que su boca recorrería el cuerpo, se le erizó la piel. Las sensaciones del día anterior se hicieron presentes, que le ordenara que no apartara sus ojos mientras la masturbaba era una experiencia que nunca había vivido, pero dejó de acariciarla y eso la desconcertó.

—Creo que deberíamos comer algo.

—¿Comer? —preguntó aturdida por dejarla a medias. Blake ladeó la cabeza y sonrió con picardía.

—Sí, comer, ¿qué diablos estás pensando? —Se sonrojó, sintiendo que sus mejillas ardían, él rio a carcajadas estrechándola de nuevo entre sus

brazos—. Te aseguro que no solo tengo hambre de comida.

—Mejor preparemos algo —respondió la joven abochornada y Blake rio de nuevo, Sophia fijó sus ojos en él—. A veces eres tan insoportable... —inquirió molesta a su burla, él sujetó su mano y la llevó a la cocina sin parar de reír.

—No quiero seguir provocándote —le dijo el joven con sinceridad—, terminarás dándome una patada en el culo y sacando de ese bolso algún rifle.

—Creo que tienes un grave problema con los rifles o crees que mi familia tiene un arsenal. Además, si vuelves a decir una estupidez así, créeme, Marian no será la primera que te corte las pelotas. —Se miraron unos segundos y estallaron a carcajadas.

Tratando de centrarse en la comida, abrió la alacena y el frigorífico; tenía poco que ofrecerle que fuese fresco: un par de tomates, lechuga. La mayoría de las veces comía fuera o en casa de su madre.

—Me parece que he venido en mal momento —dijo divertida Sophia.

—Puedo prepararte un *risotto* con setas, pollo y jamón, según leo en el sobre, o algo más natural, quinoa con verduras. —Sophia siguió provocándolo.

—Así que prepararás *risotto* de sobre. —Blake torció la boca, no podía contradecirla.

—En mi defensa, diré que es mi madre la que se encarga de abastecerme con posterior factura.

—Te creía suficientemente capaz de poder hacer la compra solito.

—No te pases, listilla —le indicó, ya que no cesaba de burlarse de él, esa faceta hasta ahora desconocida le gustaba más de lo que aparentaba—. Si quieres que te prepare un verdadero *risotto* con setas lo haré, pero cuando tenga todos los ingredientes naturales. —Hizo hincapié en esa última palabra

—. Y para no romper tu régimen haré una ensalada de tomates, lechuga y quinoa.

—¿Mi régimen? —preguntó Sophia—, ¿acaso me ves gorda?

—¿Quieres saber cómo te veo? —le dijo arrinconándola entre sus brazos y la encimera de la cocina—. Apetecible... —Y se alejó buscando los ingredientes que faltaban.

—No te veo comiendo quinoa, aún recuerdo cómo te comiste la enorme pizza.

—¿Y qué sugieres?

—¿Tienes el número de un buen restaurante chino o japonés? Creo que nos salvaría, yo invito.

—Es la primera vez en mi vida que una mujer que no fuese mi madre me invita a comer. No sé si tomarme la propuesta de forma indecente o que tiene verdaderas intenciones.

—¿Sabes que cuando te lo propones eres un auténtico idiota? —Blake sonrió de lado y volvió a rodear la cintura de Sophia.

—Solo lo soy contigo cuando quieres provocarme. Y comeré lo que quieras, aunque mis deseos sean comer otras cosas. —Sophia dejó que la volviera a besar, subiéndola a la encimera, mordisqueándola, deteniéndose de nuevo. La paciencia no era su virtud y estaba dándose cuenta de ello.

Veinte minutos después de haber pedido comida china, Blake le mostró el resto del pequeño piso sin dejar de recibir llamadas que no respondió, ni mensajes. Suponía el motivo, el último mensaje había sido de Elena. Esta vez lo abrió y leyó, logrando sumergirse en sus pensamientos, trató de disimular y, finalmente, suspiró de cansancio sentándose en el sillón.

—¿Qué ocurre? —le preguntó sentándose a su lado—. Y no me digas que nada, llevas rato recibiendo llamadas que cortas y mensajes que no

respondes. —Blake no quería seguir ocultándolo y le contó la verdad. La sombra de la culpabilidad apareció, enseguida lo notó.

—No tienes nada que ver en todo este asunto —señaló Blake—. Las casualidades de la vida han hecho que seas la excusa perfecta para Jhoanna.

—¿Y qué harás?

—No lo sé y me importa muy poco si sigue con esa cruzada estúpida, he pensado enviarle un vídeo a una conocida bailarina y pedirle ayuda, aunque tenga que sacar dinero del bolsillo, pero no dejaré a Eduardo y a Ángeles con el culo al aire. Si se quiere ir con otros pensando que tendrá más oportunidades, puede hacerlo sin hacer tanto daño.

Le dolía por sus abuelos, que habían confiado en Jhoanna, y veía la frustración en Blake, era otro peso en sus espaldas. Lo observó cerrar los ojos, echando la cabeza hacia atrás. Por unos segundos dejaba de aparentar ser ese chico duro y se convertía en un niño perdido. Acarició su barbilla rasposa y él le besó la mano con una ternura que rozaba la devoción. Apretó los labios sin estar segura si podía lograrlo, pero estaba desconcertada a la poca profesionalidad y los intereses detrás de todo ese asunto.

Corría el riesgo de que la cirugía fuera más rápida de lo que pensaba. Blake abrió los ojos, fijándose en que estaba meditabunda, con unos gestos que podían hacerla mayor. No se cansaría de observarla, la mezcla de dulzura y seducción lo atraía como un imán, el sabor de sus labios adictivos y sin apenas tocarla, se excitó. Sophia volvió a mirarlo para contarle su decisión, lo que encontró fue deseo en sus ojos, un cosquilleo nació dentro de sí, estaba al tanto de lo que le estaba costando. Blake volvió a mirarla y se dio cuenta de que había adivinado sus pensamientos, ya no le importaba.

—Estoy pensando si besarte o follarte ahora mismo —le dijo con seriedad, mientras bajaba sus dedos por el cuello de Sophia—. Si lo hago no

aceptaré alguna interrupción. —Estaba más que dispuesta a sentir sus caricias, su cuerpo se lo exigía.

Las manos de Blake le acariciaron la espalda y la parte baja de los pechos. Su vagina imploraba que no parase, al igual sus senos, que reaccionaron cuando la lengua de Blake entraba a su boca, ejerciendo la dirección de movimientos apasionados y exigentes. Sin embargo, el repartidor tocó el telefonillo y Blake maldijo por, de nuevo, tener que esperar.

Sophia pagó, como había prometido y esperó que Blake terminara de poner la mesa. Le llamó la atención la perfección con que lo hizo y la botella de vino que había en ella. Se sentaron y comieron en silencio. Sophia, hasta ese instante, no se había percatado de lo importante que era para él la asociación y de nuevo la idea rondó su cabeza.

—Me gustaría ver el vídeo —Blake se atragantó al escucharla, se giró a ella, bebió un poco de vino y parpadeó varias veces.

—¿De verdad quieres verlo?

—Sí, bueno... —la escrudiñó y el joven no pudo disimular la sonrisa—. No estoy segura y si sigues preguntando, me arrepentiré.

Blake cogió su móvil para buscar el vídeo, se levantó y abrió un par de cajones, encontrando cables que conectó al televisor. Lo encendió, invitándola a levantarse para quedar frente a la gran pantalla.

—Ahí lo tienes. —La había tomado tan desprevenida que las ganas de comer se le quitaron en cuanto vio el baile. Los celos fueron lo primero que sintió y fueron creciendo dentro de ella. Era la segunda vez que lo veía y notaba la conexión entre él y Jhoanna que no era solo profesional. Deseó detenerlo, no ver nada más y no podía actuar con inmadurez. Fingió lo mejor que pudo llegando a imaginar las miles de veces que ensayaron, que pudo tocarla con intimidad y terminar en la cama.

Se arrepentía de pensar que podría sustituirla y, a punto de buscar alguna excusa, se vio girando sobre sí misma hasta quedar frente a él. Blake la sujetó por la cintura, obligándola a que lo mirase, segundos después, su espalda estaba pegada al pecho de él. Posó la mano en su estómago, con la respiración acarició su oreja y cuello, logrando que se le erizara la piel y soltó finalmente un suspiro. La guio un par de pasos con las piernas, que estaban pegadas a las suyas, con sutilidad se arrodilló, tomándole la mano y haciéndola girar a su alrededor. Se levantó de nuevo sujetándole con precisión el brazo para dibujar con la mano su cuerpo. Sophia se dejó llevar por el mar de sensaciones que le invadieron. Guio su brazo por encima de su cabeza y, con la mano, le indicó que enroscara su pierna en la de él, arrastrándola dos pasos. Volvió a erguirse y la soltó.

Con el corazón a mil revoluciones, lo miró. Estaba de espaldas, Sophia no dejaba de pensar que era lo más alucinante que había hecho. Excitada, deseó más, había despertado sus instintos. Sus ojos se fijaron en su espalda, imaginando poder morderla y enterrar en ella las uñas; era la primera vez que deseaba con tanta intensidad que un hombre se sumergiera dentro de ella.

Para Blake fue más que una improvisación. El cuerpo de Sophia se dejaba ser guiado sin dificultad, era la primera vez que le sucedía y le gustaba. Se giró para abrazarla, para calmar esas ansias y, al hacerlo, vio sus ojos brillar.

Sin resistirse más fue hasta ella, sujetándole rostro con las dos manos para besarla, siendo ella la que dio el primer paso al morderle el labio y cruzar los brazos por su nuca. Él bajó las manos hasta sujetarle el trasero y que así enroscara las piernas en su cintura. Se miraron a los ojos, respirando con dificultad, y Blake invadió su boca con posesividad, tropezándose con el sillón donde cayeron. Él lanzó a un lado los espaldares en forma de cojín, escuchando los portarretratos caer.

Sophia le ayudó a quitarse la camiseta, pero Blake se detuvo acariciando

su cuello bajando la mano a un pecho que respondió al instante sus caricias. Bajó aún más la mano para meterla entre sus muslos, buscando excitarla mucho más. Sophia echó hacia atrás la cabeza y gimió.

Sin temor alguno se quitó la chaqueta y Blake, para darle más seguridad, le regaló besos en cada uno de sus brazos. La sentó a horcajadas, besándola con fervor. A Sophia le supo a vino y a sabores intensos. Él la acomodó de espaldas al sillón, bajando la cremallera de su blusa con lentitud, masajeando uno de sus pechos por encima de la ropa y ella alzó la pelvis, buscando que aliviara ese calor que se arremolinaba en su bajo vientre. Él tuvo que suspirar en alto ante ese movimiento involuntario.

La pasión que reprimía lo estaba volviendo loco y si seguía siendo tan explícita en sus gestos y gemidos, terminaría corriéndose con apenas tocarla, pero cuando le bajó la cremallera, se sintió morir dulcemente. La respiración acelerada de Sophia le regalaba una imagen que no borraría en su vida; el sujetador era blanco con tela transparente que le mostraba los pezones erectos, rogándole ser acariciados, y no los hizo esperar. Apartó la tela y chupó uno de ellos, sintiendo las uñas de Sophia clavarse en su espalda, ella de nuevo volvió a levantar la pelvis ofreciéndose en totalidad.

A tropezones le bajó la minifalda, descubriendo una diminuta braguita. «¡Mierda! ¿Por qué trae ropa tan condenadamente provocativa?», se preguntó. De haberlo sabido antes no hubiera perdido tanto tiempo. Se las quitó pensando que ya le reclamaría por no advertirle y, a cambio, la castigaría con su dedo buscando el centro de la pasión, otorgándole movimientos para llevarla al límite.

—¿Por qué no me dijiste que te gustaba usar lencería provocativa? —le susurró a la vez que se esmeraba en dejarla sin respiración—. Eres una chica mala, y por ello seguiré torturándote hasta que vea que estás a punto de correrte —le susurró con voz ronca al oído y Sophia gimió en respuesta.

En un momento de lucidez, entre tantos lametones y mordiscos, ella bajó su mano hasta encontrar el botón y la bragueta del vaquero de Blake. Notó el miembro erecto, lo cogió con seguridad por el tronco, subiendo y bajando la mano varias veces, escuchándolo gruñir.

—¡Joder! —dijo Blake a los dos minutos. Estaba muy excitado y tenía que entrar en ella o se derramaría allí mismo—. No sigas o me correré —le advirtió tanteando su vaquero. Sophia sonrió de lado y le ayudó a bajar los pantalones y el bóxer.

Blake sacó su billetera y, de allí, un preservativo que siempre tenía de emergencia. La besó de nuevo, necesitando ver sus ojos brillar cuando llegara al orgasmo. A duras penas pudo abrir el envoltorio y colocarse el condón con rapidez. Sophia cerró los ojos en cuanto le separó las piernas. La mano de Blake recorrió desde su cuello hasta la entrada de su vagina, separando los pliegues y entró. Unos segundos que fueron eternos para los dos, unos segundos que deseaban con desespero. Él salió para volver a entrar con rapidez, sin esperar, de nuevo necesitaban que fuese así, con rudeza.

—¡Mírame, nena! —ordenó con voz ronca—. Quiero verlo en tus ojos.

Cada estocada era con profundidad, Sophia seguía sus órdenes a la vez que la llenaba de esa manera que la llevó al límite. Cuando no pudo más Sophia gritó su nombre, cerrando los ojos y dejándose arrastrar por el estallido de su interior. Blake no tardó mucho en seguirla, ver sus ojos brillar, morderse el labio a la vez que enterraba sus uñas en el sillón consiguió que con un par de embestidas terminase. Pegó su cabeza a la de ella mientras volvían a respirar con regularidad.

—Será difícil que no piense en follarte todo el tiempo cuando sé que llevas ropa tan provocativa. —Sonrieron y la besó en los labios, pasándole la lengua como una pequeña caricia a la tortura que habían dejado sus dientes.

Salió de ella para tirar el preservativo a la papelera. Sophia se sintió perdida, desnuda y abandonada, Blake apareció a los pocos segundos mostrando su magnífica figura y la alzó como si nada.

—¿Prefieres ir a la cama o la ducha? En las dos opciones tendrás mi compañía y no responderé por mis actos. —Sophia sonrió mirándolo directamente a los ojos.

—La cama.

—Mala elección, allí no tendré piedad, pero como usted ordene, princesa.



Sophia regresó a casa cuando se hizo de noche. Pasar el resto de la tarde enredada entre sábanas, besos y orgasmos era lo que menos se había imaginado que sucedería. Blake la llevaba al límite hasta sentir la cima del cielo, sus caricias dejaron huella en todo su cuerpo, en todo su ser. La acompañó a la entrada de la casa y allí, como si fueran un par de adolescentes, se despidieron prometiéndole que al día siguiente pasaría por ella para ensayar sin esfuerzo el baile.

Cerró la puerta principal hambrienta y, con una enorme sonrisa, apareció en la cocina.

—Esa sonrisa la conozco y me niego a que mi mente se monte alguna película —dijo su abuela en tono burlón—. Espero que al menos comieras algo. —Sophia apretó los labios evitando reír.

—Un poco —respondió. Ángeles se giró con una ceja enarcada.

—Creo que estableceré ciertas normas con Blake.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado y entiendo que vengas hambrienta después de tanto ejercicio físico. —Sophia se sonrojó, no creía que terminaría hablando con su abuela de forma literal sobre sexo. Su estómago gruñó y Ángeles de nuevo enarcó una ceja—. No hacían falta pruebas, con decir sí, tenía.

La mujer se giró sonriente. Llevaba mucho tiempo esperando ver a su nieta con ese brillo en los ojos y esa sonrisa en los labios. No olvidaba el problema de la apertura del caso y de que su hijo no tenía la menor idea de lo

que estaba viviendo la niña de sus ojos. Esa tarde, cuando la llamó informándole los pormenores, estuvo a punto de contarle hasta que le preguntó por Sophia; al no darle una respuesta satisfactoria, se enfadó. Algo le decía que ese fin de semana tendría visitas que traerían lágrimas y disgustos.

Sophia sacó el móvil de su bolso en el momento que su abuela se dio la vuelta y lo primero que encontró fue un mensaje de Blake, sonrió con ilusión. También vio los mensajes y varias llamadas de Marian, la había olvidado por completo. Sin perder más tiempo le respondió.

Sophia

¡Estoy viva! He estado un tanto ocupada, aunque no debería responderte; me manipulaste de una forma vil. Así que estoy pensando si contarte o dejarte solo con los resultados, te lo mereces y lo sabes bien. Los resultados eran lo que esperaba, el nervio ha salido afectado, tengo la opción de descansar y no seguir forzándolo durante un tiempo para volver a la rehabilitación o una cirugía reconstructiva.

»Eres la primera que lo sabe aparte de Blake, no te negaré que he tenido miedo y que te odié por engañarme, pero te doy las gracias. Si no hubiera aparecido no tendría la fuerza necesaria para mirar de frente a las dos posibilidades y eso conlleva que no te contaré nada de lo que ha sucedido por confabular a mis espaldas. Debo contarle a mi padre, que estoy segura de que se enfadará con mi decisión.

Cuando terminó de escribir el texto se encontró a su abuela mirándola fijamente. Sonrió con nerviosismo, se enfadaría con ella por no contarle sobre los resultados, era mejor pensar en alguna justificación del por qué no había querido recurrir a ellos.

Ángeles, de reojo, la vio sacar el móvil, leer y sonreír, por lo que contarle

sobre su padre sería quitarle de golpe esa felicidad y no era justo. Abrió el refrigerador dispuesta a prepararle un sándwich mixto y vegetal y conocer los próximos planes, pero la vio sonreír muy diferente. Le recordó por unos instantes su niñez, cuando hacía alguna travesura.

—Sophia, sea lo que sea, prefiero que me lo digas a enterarme por otras bocas. —Le pasó el plato con el sándwich cortado a la perfección mientras se servía una copa de vino.

Ángeles evitó mostrarle su descontento. De nuevo era la última en enterarse, aunque, pensándolo bien, no lo era e intuyó el gran problema que esto traería, tal vez era mejor que las casualidades dejaran que fuese Blake quien acompañase a Sophia. Fuera lo que fuese lo que le dijese, era el indicado para apoyarla. Bebió un poco de su copa y fijó su mirada en ella.

—Creo saber lo que sucede, me gustaría que me dijese si es lo que esperabas. —Afirmó con la cabeza.

—Por mucho que pensamos que estamos preparados para asimilar cualquier resultado, no es cierto, fue un alivio que Blake fuese. En ese momento comprendí que tenía que tomar una decisión. Sé que hemos hablado sobre mudarme, Durham pertenece a mi pasado, he comprendido que mi presente está aquí, aún no se lo he dicho a Blake. —Tragó saliva y soltó aire—. Si antes veía mi futuro incierto, ahora no sé qué puerta abrir, solo quiero conocer mi presente.

—Me suenan a las palabras de Blake.

—Sé que se ha llevado un chasco —prosiguió la joven—. Está seguro de que me iré.

Ángeles comprendía esas palabras a la perfección, tarde o temprano la dejaría ir si sucediera, en caso de que finalizara sus metas sin importar si volviese a salir herido y eso le preocupó. Sonrió a su nieta nuevamente,

concluyó que no sería quien le arrebatara la ilusión que volvía a nacer en su corazón.

—Es lo mejor, todos los días es un nuevo comienzo, cariño —respondió sabiendo lo que se le venía encima y supo que debía prepararla para su próxima prueba—. Sophia, quería evitarlo, pero es inevitable, tenemos un problema que afrontar... ¿Quién se lo dirá a tu padre?

En cualquier momento tenía que dar el paso de hablar con su padre. La conversación con su abuela terminó con una mirada de reproche por su parte cuando le contó que Blake le había pedido que fuese su compañera en la exhibición y estaba dispuesta a intentarlo. Por mucho que le explicó lo sucedido, se quejó y dramatizó más de lo que debía.

??

Blake se tapaba la cabeza con un brazo, tratando de ignorar cuánto echaba de menos a su chica, pero le era difícil de olvidar que volvería a Durham. No podía persuadirla, quería que fuera ella misma la que tomara la decisión. Tal vez juntos llegarían a un acuerdo de mantener una relación a distancia, muchas parejas llevaban sus relaciones así. De lo que no estaba seguro era de si estaría preparado para ello. Echó la cabeza hacia atrás, en el fondo sentía que el compromiso de Sophia iba más allá de metas impuestas, quizás tenía que ver con ese fantasma que no terminaba de desaparecer.

Resopló, no era la única a la que los fantasmas del pasado le atormentaban, los de él eran distintos. Tenía que hablar con su madre y contarle la verdad de su padre, arriesgándose al dolor que le causaría. No podía borrar de su mente ese día que entró en la cárcel interestatal y se vieron cara a cara, ni tampoco todo lo que le gritó por haberle creado una vida de papel. La vergüenza que sintió y el miedo a que su madre descubriera la verdad y no pudiera recuperarse del impacto de descubrir el despojo en el que

se había convertido, le hizo ser fuerte y pedir ayuda. Si no hubiera sido por Eduardo, su hermana no hubiera podido tener una niñez y adolescencia normales, algo distinto a lo que él vivió.

Se llevó las manos a la cara. Era momento de seguir adelante y olvidar por completo a esa persona que lo había engendrado; no merecía ni tan siquiera ser recordado. Alargó su mano buscando su móvil para dejarle un mensaje a la única persona que lo ayudaba a desconectar del mundo y ocupaba sus pensamientos.

Blake

Mañana será difícil controlarme cuando te tenga en mis brazos enseñándote los pasos que debes seguir, buscaré cualquier rincón de la asociación y daré rienda suelta a lo que mi imaginación quiera hacerte.

Dos minutos después, Sophia respondió.

Sophia

Espero estar a la altura de tus expectativas en todos los sentidos.

Blake

Lo estarás, eres increíble en todos los sentidos, nunca dudes eso de ti.

Sophia

Eres un perseverante nato que no quiero perder, hasta mañana, chico bueno.

Y se desconectó. Sonrió con ilusión y apagó la luz, reconociendo para sí misma que deseaba soñar con Blake haciéndole el amor.

??

La mañana de Sophia fue muy diferente a la tarde anterior, lo primero que hizo fue llamar a su padre, evitando todo tipo de preguntas que pudieran delatar lo que sucedía. Lo que no se esperaba eran reproches por no llamar a

Mandy, consiguiendo que su conciencia se removiera y luchara contra ella torturándola con Kenneth. No estaba preparada para enfrentarse a Mandy sobre el cambio de su vida. Su padre siguió presionándola sobre sus estudios y prometió hablar de todo ello en cuanto se reencontraran.

Volver a Durham era encontrarse de nuevo con todo eso que le oprimía el corazón, por lo que pediría el traslado y se inscribiría en la Universidad de Florida. Parte de la noche la había pasado meditando, llegando a esa determinación, solo esperaba que su padre aceptara sus decisiones. Después de esa llamada pudo hablar con rapidez con Marian, que le hizo toda clase de preguntas totalmente indiscretas sobre Blake. Se sonrojó en algunas ocasiones, negándose a contestarle, le deseó toda la suerte del mundo en la próxima competición y se prometieron mantenerse al tanto.

Desayunó y se vistió con su ropa habitual de entrenamiento, había resuelto con Blake que durante esos días que estaba de vacaciones aprendería en la mañana los pasos para la exhibición sin forzarla demasiado y por la noche ensayaría un par de veces. Ángeles no estaba de acuerdo en forzar sus ligamentos. Sophia le prometió que en cuanto sintiera el primer pinchazo pararía; tenía una lesión grave y si la forzaba podía tener daños irreparables. Temía que Jhoanna no se quedara de brazos cruzados y exigiera ser de nuevo su pareja de baile o lograra poner en su contra al resto del equipo.

En el fondo, Blake no quería enfrentarse a sus amigos y compañeros, no pretendía que esos chicos, por mero compromiso, la dejaran entrar en su círculo ni que se rompieran los lazos que los unían. Escuchó el claxon y su corazón comenzó a latir con rapidez, cerró la puerta de la casa y caminó con rapidez hasta el coche.

—No pasará nada —le indicó en cuanto le dio un beso al verla nerviosa—. Ninguna se ha ofrecido a sustituir a Jhoanna y me parece que es por miedo; las chicas son geniales, pero a veces se dejan influenciar más de lo

debido. Tengo el presentimiento de que están arrepentidas, después de meter la pata en la academia de artes, siempre han acogido a todos de buen agrado.

—Excepto a la que se llevó adl chico malo. —Blake rio a carcajadas.

—No sabía que era un premio. —Sophia resopló volteando los ojos.

—¿Te he dicho que cuando aparece el idiota de Blake te vuelves insoportable? —De nuevo rio a carcajadas. La noche anterior, a pesar de pensar en ella, en su cuerpo y en mil formas de hacerle el amor, también había pensado en hacer el baile más accesible. No podía hacer los mismos pasos de Jhoanna y apenas tenían días para que lo aprendiera.

—Anoche estuve pensando en quitar algunos pasos y movimientos que puedan llegar a perjudicarte.

—No tenías que hacerlo, creo que lo haré —respondió la joven—. Estructurar una coreografía no es fácil, y menos a una semana de la exhibición. Me haces sentir culpable.

—¿Culpable? —preguntó Blake desconcertado.

—Es injusto que asumas toda la responsabilidad cuando la presentación es cosa de dos.

—Nena, lo coordino junto con Jackson, Prince, Albert, Susan y Elena. Es mi responsabilidad, llevo dos años en ello y si Jhoanna, por desacuerdo, no quiere actuar, era mi deber encontrar una solución. Y si no hubieras aceptado, tenía que haberle hecho un gran cambio si hubiese recurrido a mi amiga la bailarina profesional.

—Gracias por confiar en mí, Blake, espero poder hacerlo de acuerdo con las directrices y exigencias que necesitáis y espero que mi instructor pueda controlarse. —Blake volvió a reír.

—Será difícil —respondió con sorna—. Durante mi desvelo tuve tiempo de pensar lugares en la asociación... —Sophia abrió los ojos y giró hacia él

sin disimular su sorpresa—. La culpa es de tus braguitas y ese sujetador, incluso imaginarme los que tengas puestos en estos momentos me pone a cien, con ganas de detener el coche y follarte.

—¡Blake! —exclamó sonrojada y riéndose.

—No puedo creer que te dé vergüenza, hace unos días, cuando te abalanzaste sobre de mí, no la tuviste.

—Juro que no volverá a pasar. —Se miraron unos segundos, los suficientes para reír a carcajadas y seguir la broma entre ellos.

El joven juguetón, tierno y apasionado desapareció en cuanto comenzó a darle indicaciones de cada paso o movimiento que debía hacer. Era disciplinado y exigente. A veces los deseos que reprimía la asaltaban, acariciándole más de lo que debía, despertando su cuerpo, que exigía esos roces sin nada que se interpusiera.

Los últimos diez minutos, el nervio del ligamento empezó a ser molesto, pero siguió esforzándose, estaba acostumbrada por sus entrenamientos para competiciones internacionales y cuando dio por finalizado, se secó un poco el rostro y le pidió unos minutos para ir al baño, allí se sentó en el suelo tocándose la pierna. No era justo, se había prometido ayudarlo. Esperó unos minutos más y se levantó más aliviada y con la duda si podía seguir.

No, ella no estaba acostumbrada a dejar su trabajo a medias, encontraría alguna solución. Ya había tenido lesiones y se entrenaba con ellas cuando apenas quedaban días para su competición y, gracias a eso, pudo tocar la gloria varias veces. Se dio una ducha rápida con una idea clara; esa noche hallaría la forma de calmar el dolor. Cuando salió hasta la entrada de la asociación, observó a Elena bromeando con Jackson, que la saludó con entusiasmo en cuanto la vio.

—Tienes muy buena cara —le dijo el chico alzando y bajando la ceja con

rapidez, rogó que Marian no se hubiera ido de la lengua—. No dejes que ese instructor que tienes abuse de ti, os he visto y hablo en todos los sentidos —añadió guiñándole el ojo—. Se cree que todos tienen su misma intensidad. —Sophia sonrió al sentir que Jackson aprobaba que sustituyera a Jhoanna.

—Jackson, no asustes a Sophia —dijo Elena negando con la cabeza.

—La aconsejo o ¿te olvidas la primera vez que pisé la asociación? —le dijo Jackson acompañado de una mueca de desagrado—. Me hizo hacer flexiones después de haberme hecho improvisar coreografías durante una hora. —Elena comenzó a reírse.

—Eres un dramático, Jackson, se la devolviste en Bongo's, incitándolo a entrar a ese concurso absurdo de carnaval —respondió la administrativa con la sonrisa en los labios.

—Tenía que salvar mi orgullo.

—Creo recordar que eso no sucedió —le dijo Elena con sorna.

—¡Es un capullo con suerte! —dijo Jackson justificándose y volvieron a reír las dos mujeres—. En todo caso, Sophia, no te dejes de ese abusón. —Afirmó con la cabeza y le agradeció en el fondo la frustración que sentía por ese pinchazo que se había esfumado.

—Deja de ligarte a mi chica —inquirió Blake detrás de ella, regalándole un beso en el cuello que la hizo sonrojarse. La tomaba desprevenida aceptar ese gesto delante de conocidos, aunque enseguida pasó a segundo plano cuando las pequeñas gotitas de agua de su pelo, que seguía húmedo cayeron en su piel, erizándola. Jackson alzó las manos mostrando su inocencia.

—De lo único que me declaro culpable es de decirle que eres un desalmado con los alumnos como yo y que no dejara que abusaras de ella. —Jackson la miró sonriendo de lado—. Lo siento, pero ocultar la verdad es un desperdicio para el planeta, ¡estás increíble, Sophia! —Elena se rio de nuevo

a la provocación de Jackson. Blake frunció el ceño y torció la boca.

—¡Anda, piérdete! —respondió el joven, empujando a su amigo con el hombro en broma—. Antes de que olvide el indulto que te di por Jenny. — Jackson se llevó la mano al pecho con la sonrisa bailando en la boca y se inclinó en un gesto de agradecimiento, se acercó a Sophia para despedirse.

—Es un abusón, no lo olvides. —Le besó la mejilla mientras Blake lo maldecía por idiota.

Se despidieron de Elena y de Jackson para invitarla a comer a un restaurante tailandés. Sujetó su mano con firmeza y le depositó un beso en la cabeza. La observó soltando aire. Al final le daría razón a Jackson, ese vestido veraniego le quedaba muy bien, insinuando sus curvas.

—¡Qué razón tiene ese capullo! —le dijo Blake al oído—. Ese vestido es muy tentador para un lobo hambriento como yo.

—Entonces es mejor que no sepas lo que hay debajo.

Aquel que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los "cómos".

Friedrich Nietzsche



Dos días después, el dolor se mantenía. Disimulaba muy bien para que Blake no se preocupara, ya que habían adelantado mucho en la coreografía y él se enorgullecía porque captara con precisión cada paso. Acostumbrada a ese tipo de entrenamiento antes de su accidente, le costaba detenerse y, a pesar de conocer todo tipo de ritmos de bailes, el *streetdance* le resultaba algo difícil y Blake no se ablandaba cuando se equivocaba.

Si antes había notado la pasión que sentía al bailar, ahora aseguraba que no era un simple pasatiempo, era su vía de escape y por ello buscaba la perfección. Agradecía su preocupación en los minutos de descanso y, sobre todo, cuando la invitaba a desconectar y perderse entre sus cuerpos y sus gemidos. Blake era parte de su vida, de sus pensamientos, de su cuerpo y de su corazón.

En ese instante pensó en Mandy y en Kenneth, ni ella misma podía explicar cómo había surgido. Seguía echándolo de menos, pero no como antes; al parecer, al fin le había ganado la batalla a la conciencia y no sentía esa puntada de culpabilidad. Se duchó y vistió con rapidez, y cuando salió a la entrada de la asociación el tirón fue fuerte, sin poder evitar disimular una mueca, trató de mantener la compostura. Caminó con esa dolencia hasta llegar a la altura de Blake, que no se percató o eso creía.

Mantén una discusión con Jackson en voz baja y en cuanto la vieron, se callaron. Sophia no iba a dejarlo pasar, prefería que fuese él quien se lo contase antes de enterarse por otros medios.

—Por favor no os calléis, si es algo malo podéis decirlo.

—No es nada importante, nena —dijo Blake mirando de reojo a Jackson.

—¡Venga, Blake! —repuso Jackson—. Tiene razón, debe saberlo.

—No —respondió con rotundidad. Enseguida Sophia pensó lo peor, él vio el reflejo de dudas en sus ojos, se pasó la mano por la cabeza y resopló—. Está bien —repuso.

Blake acababa de ver cómo disimulaba con maestría su dolor; llevaba tres días esperando que lo confesara y la muy orgullosa se mantenía en silencio, aceptando las horas de ensayos y el repetir una y otra vez. Estaba resentido con ella y supuso que si le contase de la fiesta la empujaría a que se sincerase.

— El sábado es el cumple de Kelly y me pidió que te llevara conmigo, en el caso de que quisiera ir.

—Sophia —intervino Jackson—, no todos pensamos como Jhoanna y reconozco que, al principio, creí que éramos poca cosa para ti. Sin embargo, estos tres días te he visto esforzarte para ayudarnos, sonreír, seguirme el juego y eso... —Se dio dos golpes en el pecho— Me ha llegado.

La joven sonrió en agradecimiento por la sinceridad de Jackson. Conocía la extraña relación que mantenía con Jenny y con Marian, ya que los pocos mensajes en los que su amiga lo mencionaba, de por sí eran confusos. Un día le preguntaba por él, recordándole los días que estuvieron juntos y otro lo menospreciaba. Sin lugar a duda, era el ligón de la asociación, pero lo que le acababa de desconcertar era esta invitación repentina.

—No sé si será buena idea y no quiero ser aguafiestas —repuso Blake con la esperanza de que le diera la razón. Esas fiestas siempre terminaban abarrotadas de personas y Kelly nunca dejaría de lado a Jhoanna.

—Si lo dices por Jhoanna, nos encargaremos que se mantenga alejada — señaló Jackson. Blake miró ceñudo a su amigo, lo estaba metiendo en un enorme aprieto si él seguía negándose.

Decir que no, era caldear más el ambiente, meditó Sophia. Los amigos de Blake estaban ofreciéndole la paz. Lo observó minuciosamente y se veía algo inquieto ante la respuesta que ella diese. Respiró profundo y centró su atención en el otro chico nuevamente.

—No tengo ningún impedimento en ir. —Y a pesar de creer que con su decisión le alegraría, el rostro de Blake reflejó lo contrario.

—Si así lo quieres —dijo con sequedad el joven. Sophia frunció el ceño sin entender a qué venía esa respuesta escueta. Solo deseaba devolverle un poco de normalidad a su vida. Dolida, decidió no preguntarle qué ocurría, no le importaba, e incluso caviló la idea de buscar la forma de volver a casa. Fuese lo que fuese lo que le molestaba, no estaba bien que la tratase con acritud delante de otros.

—Gracias, Jackson, por la invitación, queda a disposición del cromañón que tienes como amigo llevarme o no. —Le dio un beso en la mejilla al chico y se dirigió a la salida, dándole igual lo que pensara Blake.

—¿Por qué siento que la he cagado? —preguntó Jackson.

—Debiste cerrar la boca —masculló Blake—. Era asunto mío y decidiste comprometerme —Le dio la espalda y fue detrás de Sophia—. ¡Espero que no te atrevas a huir! —le gritó Blake a Sophia.

—Soy libre de regresar a casa con quien quiera.

—Eso no lo pongo en duda, pero te recuerdo que has venido conmigo y, por tanto, el regreso será igual así tenga que llevarte atada en el maletero del coche.

—Blake, no quiero discutir —le indicó Sophia deteniéndose frente al coche del joven.

—Ni yo. —Se apresuró a abrir la puerta para que entrara y esperó que subiera para ponerlo en marcha. Sophia estuvo de pie durante cinco minutos,

soltó aire y entró. Durante largo rato estuvieron con la misma actitud y en un silencio tenso.

Blake reconocía que se había comportado como un gilipollas; eran sus amigos y trataban de integrarla, quizás ver cómo disimulaba su dolor delante de él sin contárselo era lo que lo había hecho actuar de esa forma. Sintió por unos instantes que todo lo que había hecho por ella no era suficiente y allí estaban, esperando que, de una vez por todas, se lo confesase, pero seguía de orgullosa y ofendida, por lo que la impaciencia se hizo paso.

—Llevo tres días preguntándome por qué tienes miedo de contarme que has tenido molestias. —Sophia parpadeó varias veces y se maldijo por ser tan ingenua—. Te he dado tiempo para que me lo digas y no lo has hecho, has preferido que te fuerce durante horas, arriesgándote a que puedas tener un daño irreparable. ¿Acaso quieres que viva con esa culpa toda la vida?

—Lo siento, Blake —dijo avergonzada—, son viejas costumbres que no se olvidan.

—¡Joder, Sophia! —exclamó herido porque no hubiera confiado en él—. ¡No es una puta competición!, aquí nadie gana oro ni la fama. La asociación no tiene ese fin. La gran mayoría llega con un problema de trasfondo y encuentran su vía de escape allí y el solo hecho de lograr participar los motiva. Muchos de esos chicos a los que instruyo intentan no caer en bandas callejeras, por eso les exijo, para que el día de la exhibición puedan sentirse orgullosos y se propongan otras metas, y lo que menos permitiría es que alguno se lesionara por exigirle.

Sophia se sintió como una niña siendo regañada. El choque de los distintos modos de ver la vida acababa de aparecer, acostumbrada a dar su último aliento, había olvidado que, para ellos, poder demostrar que tenían aptitudes, era un sueño cumplido. Lo hacían sin ataduras, sin una gran

responsabilidad y tensión en los hombros. Tragó con fuerza y lo miró en cuanto se detuvo en un semáforo.

—He sentido pinchazos a lo largo de los días —le confesó—, creo que solo puedo aguantar cuarenta y cinco minutos.

—No puedo creer que seas tan cabezota y dejaras que te forzara a repetirlo, creí que confiabas en mí.

—Confío en ti, solo que... —dijo tapándose la cara— no estoy acostumbrada a quejarme.

El silencio los acompañó de nuevo. A Blake le gustaba la perfección cuando conllevaba responsabilidad, quizá también tenía la culpa por dejarse llevar. Miró al frente, encontrando un lugar libre para aparcar y, cuando lo hizo, se giró a Sophia acariciándole rostro.

—Lo siento, nena, intento protegerte.

—No tienes que hacerlo —respondió la joven con los ojos brillantes, apretando los labios para evitar que las lágrimas brotasen—. Entiendo tu preocupación.

—¿Quieres pasar por el hospital para que revisen tu pierna? —Sophia negó con la cabeza.

—Con un poco de hielo es suficiente.

—No estoy seguro de que sea conveniente, de hecho, estoy a tiempo de encontrar otra sustituta.

—No —respondió la joven negando con la cabeza—. Quiero ir a casa y quiero seguir intentándolo. —Blake respiró hondo y frunció el ceño.

—Prométeme que al mínimo pinchazo me lo harás saber o, de lo contrario, cancelaré esa coreografía.

—¿Harías eso? —preguntó escandalizada a esa advertencia.

—Prefiero una exhibición a medias a que te lesiones de por vida. Además, Eduardo sacaría el rifle y me pegaría un tiro de verdad. —Sophia parpadeó varias veces sin saber si le tomaba el pelo o no, pero esta vez no se rio. Blake le dio un beso dulce que lo empujó a mordisquearle el labio, le guiñó el ojo y encendió el motor, tomando rumbo de nuevo.

—En vista de que quieres ir a la fiesta, he de decirte que es al sur del estado.

—¿No es en la ciudad?

—No —le indicó el joven—. Desde hace dos meses se reservó un pequeño hotel todo el fin de semana con el único propósito de desconectar del estrés y nervios de la semana que viene. Seré honesto, suele ir mucha gente, es por eso por lo que me negaba a ir. —Ahora entendía su actitud, Blake creía que no estaba preparada para que le preguntaran una y otra vez qué le había ocurrido y tenía razón, el temor le embargó de inmediato—. No olvides que estaré a tu lado, solo tengo que llamar y darle una respuesta.

Y allí estaba, con una nueva prueba en su camino. Si decía que no, todos la odiarían y si iba, tendría que enfrentarse a su miedo por el rechazo. Se miró los brazos cubiertos por su habitual jersey y, tras unos segundos, entendió que debía seguir.

—Iremos.

—¿Segura?

—No lo estoy, pero necesito demostrarme a mí misma que puedo. — Blake sonrió y, dejándose llevar por los impulsos, llevó la mano a la pierna de Sophia, sintiendo sus vellos erizarse, comprendiendo el error que había cometido. Trató de levantarla a la vez que buscaba las palabras adecuadas para disculparse, pero ella, una vez más, lo sorprendió cobijando su mano. Era la primera vez que soltaba el volante desde que le había gritado que no lo

hiciera y se sintió feliz por ello.

??

Su promesa la cumplió, ante los primeros pinchazos se detuvo. Blake dio por terminado el ensayo y la llevó a casa a preparar un pequeño equipaje para ese fin de semana. Estaba nerviosa y con sentimientos contradictorios. Blake le dijo varias veces que siempre estaría a su lado, pero no estaba muy segura de si aguantaría las miradas en cuanto se despojara de su cárdigan.

Trató de no pensar y centrarse en lo que iba a llevar. Sonrió con ilusión, sería la primera vez que pasaría una noche completa con Blake. Solo pensarlo la llevó a recordar esa misma mañana en la que se las ingenió para entrar a la ducha de la asociación y sorprenderla allí.

Al principio se llevó un susto de muerte y esa adrenalina que sintió la llevó a experimentar uno de los mejores encuentros de su vida. Su cuerpo reaccionó reconociendo esas manos grandes que recorrían muy bien sus curvas. Le mordió la oreja y luego el hombro, obligándola a que se sostuviera de la pared mientras el agua caía entre ellos, el roce con las baldosas logró que sus pezones terminaran erectos y, con firmeza, entró en ella embistiéndola con rapidez, quería gemir y gritar, pero alguien podía escucharla, por lo que su excitación creció hasta terminar en un orgasmo avasallador. Blake salió antes de lo previsto para no derramarse dentro de ella. Con la poca fuerza que tenía, se giró para estimularlo con la mano y así lograr su goce. Él cerró los ojos evitando gruñir, la acercó con una mano y la beso dejándose ir.

Saber que ese fin de semana volvería a suceder lo mismo la animó. Abrió los ojos y pensó en la ropa más sexy que pudiera tener, llevándose una decepción. Sus camisetas y pantalones cortos eran normales, solo un par de vestidos podían considerarse sexys, pero no ideales para el lugar que iban.

Vio los bikinis, no se había esmerado en comprar estilosos, ya que no tenía en mente ir a la playa, suspiró en alto, apenas tenía tiempo de correr a un centro comercial y comprar alguno.

Un poco frustrada se imaginó el lugar lleno de chicas exhibiendo sus cuerpos sin tapujos, coqueteando alrededor de Blake, se miró una vez más sus brazos como tantas veces lo hacía. Ella no podía competir con ninguna.

Su móvil vibró y enseguida leyó un mensaje de él.

Blake

¿Estás segura de querer ir? Puedo inventar una gastroenteritis y tenerte para mí las próximas sesenta horas.

Sonrió, sintiendo la confianza que, sin él saberlo, le estaba otorgando. Tenía que avanzar, por lo que decidió ir al centro comercial y comprar el bikini más sexy que encontrara.

Sophia

Voy con retraso, ¿te importaría pasar una hora más tarde de lo previsto? Y no preguntes por qué. Un beso.

Era mejor cortar antes de que la llamara y pidiera explicaciones. Terminó de meter lo necesario mientras llamaba a un taxi para ir con rapidez al centro comercial.

A Blake le intrigó ese mensaje, marcó el número y de inmediato cortó la llamada, con ese «un beso» le indicaba que no la interrumpiera, tenía curiosidad. No obstante, en ese instante, el móvil le reflejó la llamada entrante de Jenny. Llevaba días sin apenas cruzar palabras con ella y le había dicho que le contaría en cuanto pudiera. Esa llamada solo tenía una razón y mataría a Jackson en cuanto lo viera.

A las ocho de la tarde escuchó el claxon y Sophia bajó a toda prisa, ataviada con un vestido corto de verano que había comprado junto con el bikini que no estaba segura si le quedaba bien, aunque la dependienta le dijo que era el perfecto para ella. Sus nervios iban en aumento al no saber qué iba a suceder. En cuanto entró al coche, lo primero que vio fue a una Jenny enfurruñada.

—Llegas cinco minutos tarde —repuso de mala manera la chica.

—Creo que hablo otro idioma —señaló Blake en protesta.

—Hola, Jenny —dijo Sophia algo cohibida. No se esperaba esa compañía.

—Hola —dijo con sequedad la chica—. ¿Podemos irnos ya? Necesito abrir los ojos de una vez por todas. —Sophia no quiso saber a qué se refería y se sentó rápidamente al coche.

En cuanto la vio subir, Blake se quedó sin respiración. Ese vestido entallado dibujaba sus curvas y mostraba parte del canalillo. Trató de centrarse en la conversación, a pesar de que lo que deseaba era bajar a su hermana en cualquier lugar y meterse entre las piernas de Sophia.

—Hola, cariño —le dijo dándole un beso en la mejilla, no estaba seguro si dejaría acercarse algún otro chico. Miró a su hermana por el retrovisor—. Jenny, he de advertirte que no correré. —Su hermana masculló un par de palabras y volvió enfurruñarse.

En el camino Blake se encargó de llevar gran parte de la conversación, estaba siendo un poco difícil, ambas chicas respondían con monosílabos y aún le quedaba cerca de una hora de trayecto. Intentó entenderlas; ambas buscaban una respuesta. Sus temores le tenían revolucionados los nervios, al igual que él mantenía sus presentimientos en mente. Suspiró en alto y pensó en alguna conversación que tal vez las uniría, como la moda, dando buen

resultado.

Al llegar Blake se dio cuenta de que el coche de Jhoanna estaba también y dio pie a las miles de suposiciones que se le cruzaron. Fue el primero en bajarse, dándole paso a Jenny para que los dejara un momento a solas, tenía muchas ganas de besar a Sophia y llevarla a la habitación para hacerla suya, así como también, advertirle y sugerirle que cualquier indicio de incomodidad se lo hiciera saber.

—¿Te vienes conmigo, Sophia? —preguntó Jenny. Necesitaba apoyo, no era la persona indicada, pero con alguien al lado podía encontrar las fuerzas para mandar por un tubo a Jackson.

Sophia abrió los ojos sorprendida a esa invitación, se había imaginado entrar al lado de Blake y esa petición era casi un ruego. Durante el camino se había dado cuenta de que tenían más en común de lo que pensaba. Comprendió entonces ese saludo que le había dado al subir al coche. No era una pobre desvalida, no le pasaría nada por estar unos minutos sin Blake, y decidió acompañar a Jenny.

—¡Sí, claro! —respondió la joven sonriente.

—No —repuso Blake—, es mejor que me acompañes a dejar el equipaje en la habitación, bajemos juntos luego.

—¡Blake, deja de ser tan idiota! —exclamó su hermana—. Pareces un psicópata controlando los pasos que da, estará conmigo, ¿qué le va a pasar? —Quería matar a su hermana, estaba manipulándolos como solía hacer.

—Hablo con Sophia, no te metas —advirtió con voz severa el joven.

—La estás condicionando —le indicó—. Tendréis tiempo de conocer cada rincón de la habitación —le dijo mofándose de él—. ¡Vamos, Sophia! No quiero que te convenza.

—¿Qué? —preguntó Blake sorprendido ante la desfachatez de su

hermana.

Jenny lo ignoró y sujetó del brazo a Sophia, llevándola con ella. Desconcertado a esa insistencia, se pasó la mano por la cara, no iba a dejar que ganara. Seguía manteniendo la idea que era mejor que Sophia apareciera de su mano en caso de que sucediera cualquier imprevisto.

—Jenny, tienes dos segundos para desaparecer, se quedará a mi lado y no hablaré más del tema.

—Un segundo —dijo Sophia. Prefería imaginar que era una broma por parte de los dos, hablaban como si fuera una niña que no podía decidir—. No me gusta que me ordenen como si no tuviera criterio propio. —Blake resopló.

—Nena, es mejor que entremos juntos. Muchos de los que están allí deben estar borrachos —indicó tratando de disimular su mayor preocupación.

—¿Acaso crees que no sé defenderme?

—No —respondió cansado de esa discusión absurda de la que estaba seguro de que tenía razón. Sophia abrió los ojos y él enseguida trató de enmendar su error—. Sé que eres perfectamente capaz de hacerlo, pero conozco a muchos de los que están allí.

—Tarde, Blake —le dijo dolida la joven—, me pides que confíe en ti y tú no lo haces conmigo.

—Sophia, solo intento evitar algún percance.

—He venido para enfrentarme a mis miedos y lo haré con o sin tu ayuda.

—Sin mí no podrás —inquirió él cabreado porque se mantuviera en sus trece.

—¡Oh, Blake, vete al cuerno! —concluyó la joven ofendida, dándole la espalda y desapareciendo por la terraza.

—¡Mierda! —vociferó el chico, miró a su hermana y la señaló—. Lo que

le pase es tu culpa, Jhoanna está aquí, vi su coche aparcado.

—Te lo dije —añadió Jenny—, te comportas como un jodido controlador y eso no es bueno, yo cuidaré de ella.

—¡Eso no se lo cree nadie, Jenny!

Jenny lo ignoró dándole la espalda y salió detrás de Sophia. Al principio, dudaba que pudiera ser un apoyo y en cuanto vio cómo se enfrentaba a su hermano supo que era la persona que necesitaba a su lado para mandar por un tubo a Jackson.

El lugar estaba atestado de gente que bailaba al ritmo de un DJ cercano a la piscina. Blake le había hablado de un par de amigos, pero estaba a punto de creer que era media ciudad. Se veía la playa a unos cuantos pasos y, a pesar de la música alta, logró escuchar el rugir de las olas. Deseó estar ahí y no junto a una piscina con farolillos colgando de un cable que no sabía dónde terminaba y gente que se lanzaba a la piscina totalmente vestida.

Kelly la saludó de inmediato a modo de disculpa por lo ocurrido en la escuela de arte. Sophia trató de no darle importancia y dejó que la llevase con el resto, siendo Jackson el primero en acercarse. La sujetó mano y le dio una vuelta sobre sí misma mientras le decía lo guapa que estaba, pero en cuanto vio a Jenny, se olvidó de ella por completo.

Se miraron durante unos segundos y Jackson arrastró a la rubia dentro de la multitud. El resto de los chicos saludaron a Sophia por mera cortesía y con el pasar de los minutos, fueron arrastrados a bailar. Cruzó los brazos sintiéndose diminuta en un mundo que estaba descubriendo y en el que dudaba que pudiera encajar. Decidió volver a la recepción y esperar a Blake y, al hacerlo, se tropezó con la persona con la que menos quería encontrarse, Fred.

—¿Te conozco de algo? —le dijo el chico y añadió—. Este año sí que se

han lucido en traer chicas guapas. —La miraba de una forma que llegó a incomodarla.

Dudó si decirle quién era, lo notaba más entusiasmado de lo normal. Sus ojos estaban enrojecidos y dilatados, recordó la advertencia de Blake y se maldijo por ser una orgullosa, aunque él se había comportado como un maniático.

—¿Qué demonios haces aquí? —dijo otra voz detrás de ella. Cerró los ojos, Blake había tenido toda la razón, tragó saliva y se giró.

—Hola, Jhoanna.

—Te he preguntado que qué haces aquí —repitió Jhoanna de forma autoritaria. Fred observó a las chicas con una sonrisa de lado, ese año tendría espectáculo. Todos sabían cómo iba a terminar y no desaprovecharía la oportunidad de ligarse a la perdedora, esa mujer que se le hacía conocida. No le importaba no recordarla del todo, para él estaba buena y se la iba a tirar.

—¿Conoces a esta chica tan guapa? —le preguntó a Jhoanna situándose entre las dos, la interpelada le lanzó una mirada asesina.

—¡Fred, lárgate con tus mierdas a otro lado! —exclamó la chica—. ¿Cómo ha sido capaz de traerte? ¡Es nuestra fiesta! ¡Las ricachonas como tú no tienen nada que hacer aquí!

No quiso responderle, no iba a caer en ese juego, era mejor ignorarla y alejarse. Sin embargo, el olor de cerveza llegó a su nariz y supo que Jhoanna se cobraría ese dolor que Blake le había causado. Kelly corrió a su lado en cuanto escuchó el grito de su amiga para calmar las cosas.

—¡Vamos, Jhoanna! Todo el que es amigo de uno de los nuestros está invitado —le indicó llamando su atención—. Además, se lo merece, está trabajando duro para la exhibición. —Jhoanna abrió los ojos mirando a la una y a la otra.

—¿De qué rayos hablas ahora? —Alzó ambas manos sin importar que de la que sujetaba un vaso de cerveza saltara el líquido—. ¡¿Es ella quién me ha sustituido?! —Chilló haciéndose notar.

—¿Por qué no hablamos dentro? —sugirió Kelly al escuchar cómo el sonido de la música iba bajando.

—¡No! —gritó Jhoanna—. No porque seas la nieta de Ángeles y Eduardo tienes derecho a llevarte lo mejor. No eres nadie, no te lo mereces, eres poca mujer comparada con las que Blake suele estar.

—¡Jhoanna! —gritó Kelly.

—Lo nuestro terminó —dijo finalmente Sophia a pesar de sentirse humillada—. No me importa con quién se haya acostado antes de conocerme. En este momento está conmigo le guste o no al resto. —Jhoanna soltó un bufido—. Y, si me permites, no voy a malgastar mi tiempo contigo. Grita y di lo que quieras, la realidad es que dejaste tirado a U.P.B. y, por ello, haré tú trabajo.

—¿Estás diciéndome que eres mejor que yo? —le preguntó Jhoanna—. Eso lo veremos. —Dio otro paso y le echó la cerveza encima. Sophia gritó ante el frío líquido. Sin percatarse se quitó la cazadora vaquera que llevaba puesta, dejando a descubierto las pequeñas cicatrices de sus brazos hasta que vio cada uno de los rostros llenos de sorpresa.

—Ahora puedo entender por qué se ha empeñado en estar a tu lado, simplemente le das lástima. —Sophia trató de abrazarse a sí misma para taparse los brazos, sintiéndose vulnerable y culpándose de provocar esa situación y Jhoanna continuó humillándola—. Te daré un consejo, no es por celos que quiero que abras los ojos, estoy evitando causarte una profunda decepción; tarde o temprano se cansará de ti y ¿qué harás?, ¿correr junto a mami y papi y llorar como la niña pija que eres?

—¡Sabía que te conocía de algún lado! —añadió Fred—. Y pensar que llegué a creer que eras una frígida... Veo que solo te hacías la difícil, entiendo el cabreo de Chloe, me imagino de quién habláis —concluyó con una sonrisa de lado.

Para Sophia sus peores temores se cumplían y Blake no estaba. Estaba sola, siendo abochornada por una mujer que la llenaba de dudas y un chico que la miraba con burla. Deseó desaparecer o correr, algo difícil en ese instante, en el camino solo había visto la interestatal y el mar a los lados. Estaba atrapada.

—¡Oye, pero si reconsideras dejar a ese paleta puedo ser tu acompañante! —sugirió Fred con una sonrisa sardónica que no le duró mucho en cuanto recibió un rechazo por parte de Blake.

—¡Ni se te ocurra acercarte o te patearé el culo! —advirtió empujándolo y sujetando de una mano a Sophia, atrayéndola a él.

—Oye, ¿quién coño te crees?! —gritó Fred desconcertado a ese golpe que no había visto venir. Los observó, se frotó donde había recibido el golpe y sonrió—. Mira a quién tenemos aquí, tengo la sensación de que eres el causante de este lio —dijo con ironía—. ¿Dónde has dejado a Chloe Clifford? ¿O te has cansado de ella y la has cambiado? Tengo una pregunta ¿cómo logras tirarte a las que están más buenas? —Blake le dio otro puñetazo que asustó a Sophia.

—Vuelves a decir otra gilipollez como esa y te daré una zorra. —Cargó su mirada de odio contra Jhoanna—. Jamás pensé que llegarías tan bajo —soltó con rabia acumulada—. ¿Desde cuándo un par de cicatrices pueden condicionar a las personas? ¿Acaso ninguno de vosotros tenéis? —dijo al resto, que los observaba como el espectáculo de la noche.

—No intentes cambiar mis palabras —señaló Jhoanna, retándolo con una

sonrisa de medio lado—. Sabes muy bien de qué hablo.

Blake abrió los ojos sorprendido. Se arrepintió de confesarle durante un momento de debilidad los lugares que había frecuentado. En esos momentos la consideraba una de sus mejores amigas y le estaba apuñalando por la espalda

—Es la última vez que lo digo—advirtió Blake—. Os guste o no, Sophia es mi chica. Quería evitar estas mierdas, Kelly, y acepté a venir por ella y por vosotros.

Se giró llevándose consigo a Sophia, sujetándole el brazo con fuerza e ignorando el quejido de dolor que le causó. Apartó a todo aquel que se les cruzaba por el camino hasta llegar a la arena y allí la soltó del brazo para alejarse antes de que le gritara por no haberle hecho caso.

Estaba a punto de mandar todo al infierno y, sobre todo, quería matar a su hermana, le había dicho que la cuidaría y la había dejado a solas. Odiaba que faltase a las promesas, siempre le fallaba. Era hora de que supiera la verdad y dejara de creer que la vida siempre la iba a favorecer. En cuanto sintió el agua en sus pies se detuvo, llevándose una mano a la cabeza. Si tan solo hubiera aceptado aparecer con él, no hubiera vivido semejante degradación.

—¡Esta era la razón por la que no quería venir! —vociferó sin mirarla—. Te dije que esperaras, pero te dejaste llevar por tu orgullo. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que aguantar estas tonterías?

En sus veintitrés años de vida nunca había sido humillada de esa manera, ni siquiera aquella vez que Marian le gritó delante del resto de compañeras se había sentido tan miserable. Si esa era una prueba, era sumamente dura y difícil de asimilar. En ese instante estaba allí, alejada por la fuerza, en cualquier momento tendría que volver o enfrentarse y no estaba segura cómo serían esos encuentros e intuyó que no sería igual, nunca más.

Lo que más le dolía era que Blake estuviera cabreado con ella, en ningún momento se había puesto en su piel y lo que menos se había imaginado eran esas palabras cargadas de un cruel afeamiento. Cansada de que todo el mundo la señalara ese día, dejó que las palabras de Jhoanna calaran en ella.

—¿Crees que te manipulo? Quizás en el fondo Jhoanna tiene razón.

—No te atrevas a cambiar el tema, no caeré en ese juego —le advirtió Blake caminando de un lado al otro—. Te dije de acercarnos juntos porque no sabía qué podías encontrarte, pero no, el maldito orgullo habló por ti. — La rabia creció en Sophia.

—Y yo te dije que quería enfrentarme a mis miedos. —Blake negó con la cabeza y en cuanto se giró dispuesto a increparla apenas pudo verla. Las luces del hotel no llegaban hasta ellos, por lo que tuvo que acostumbrarse a la oscuridad. Poco a poco, el reflejo de la luna lo ayudó y lo que vio lo hizo arrepentirse y maldecirse por haberse cegado.

Sophia temblaba de frío y se daba calor con los brazos cruzados, ni tan siquiera se había fijado en que estaba mojada. Se quitó la camiseta, dejando ver sus pectorales y la abrazó. Ella se sobresaltó a ese inesperado gesto, pero el calor que sintió la ayudó a sosegar su rabia y frío mientras recordaba las veces que sus torsos se habían rozado, un momento único sintiendo el vello rozarla, una fricción que le robaba más de un suspiro.

—Siento haber sido un cretino—le dijo arrepentido—. Siento haber llegado tarde —volvió a decirle, sujetándole el rostro para descubrir con cierto temor que lo que jamás había sentido lo descubriría a través de sus ojos.

—Ha sido humillante —confesó Sophia—. No pensé que guardara tanto rencor, además, todas esas caras... —dijo con desaliento.

—Olvídate de ellos y de lo que lleguen a pensar, estoy seguro de que más de uno ni lo recordará mañana.

—Blake, necesito saber qué quiso decir con “sabes bien de lo que hablo” —le preguntó sin rodeos.

—No lo sé —respondió tratando de no darle importancia. Sabía lo que había insinuado, los lugares que frecuentaba cuando necesitaba sexo—. Si quieres podemos irnos, tengo un amigo con una casa familiar cerca de aquí y podría echarnos una mano.

—¿Crees que es buena idea?

—Podemos quedarnos en la habitación; en el peor de los casos. Me niego a correr a la ciudad, no estoy dispuesto a que me estropeen el fin de semana.

—No sé qué es mejor, Blake. Ahora mismo no sé qué pensar, tengo dudas y no quiero tomar decisiones precipitadas.

—Cariño, hemos venido a disfrutar, sé que me he comportado como un energúmeno, la rabia que he sentido me ha enervado. Ha pasado justo lo que trataba de evitar y me siento frustrado por ello.

Sophia lo observó, le acarició el rostro y el pegó la mejilla en su mano, suspirando con cansancio; luego la rodeó por la cintura.

—Es mejor que por esta noche nos olvidemos de todos. —La atrajo hacia él y la abrazó como si quisiera ser su escudo protector, su mirada se perdió en el firmamento, notando lo que estaba sucediendo. Seguía sin creer en las casualidades. Sacó de su bermuda el móvil, llamando la atención de Sophia ante esa acción, pero necesitaba comprobarlo y al hacerlo, sonrió—. Tengo el mejor plan para esta noche, uno que nunca olvidarás.

Sophia frunció el ceño, aún estaba pensando si lo mejor era irse y alejarse. Así como tampoco podía quitarse de la cabeza que Blake la había ignorado deliberadamente en cuanto le preguntó de que hablaba Jhoanna.

—Cierra los ojos —indicó y Sophia los abrió aún más—. No te follaré por sorpresa. —Ella resopló, no tenía ánimos para sus peculiares respuestas—.

¡Venga, cariño! Cierra los ojos unos segundos. —Suspiró en alto y los cerró. La giró con suavidad, abrazándola por la cintura, bajando los labios hasta su oreja—. No los abras hasta que te lo diga —le indicó con una voz que para ella fue la más sensual que había escuchado—. Imagina que ves el firmamento y, poco a poco, las estrellas comienzan a aparecer a la vez que descubres que entre ellas juegan a esconderse fugazmente y, en ese juego, se van uniendo muchas más, logrando que tu mirada, tu atención y todo lo que está alrededor se centre en ello, en solo observarlas aparecer y desaparecer. —Blake esperó unos segundos hasta murmurar—. Ábrelos ahora.

Sophia los abrió para mirar al cielo y sonrió ante lo que estaba pasando. Las estrellas en el firmamento hacían lo que él acababa de expresar a la vez que sentía los latidos del corazón de Blake.

La primera vez que se conocieron, en silencio observaron la oscuridad reflejada en el cielo y el sonido del oleaje, que vinieron acompañados de una paz que percibía en ese instante. Vio una estrella fugaz aparecer velozmente, parpadeó para cerciorarse que no era producto del cansancio y, al cabo de varios segundos, varias hicieron el mismo recorrido.

—Es la primera vez que veo una estrella fugaz... —dijo con ilusión la joven—. Son muchas estrellas fugaces juntas.

—Ese fenómeno se le llama Lluvia de Perseidas —respondió Blake. Disfrutaron del espectáculo en silencio. Se giró hacia él y lo besó demostrándole lo que sentía. Un beso cargado de sentimientos y ternura.

—¿Es otra de las primeras veces? —preguntó mirándole a los ojos.

—Sí —respondió Blake—, es otra de esas oportunidades que te demuestran que vale la pena vivir.

Las cosas más bellas y mejores en el mundo no pueden verse ni tocarse, pero se sienten en el corazón.

Helen Keller



Poco después, Blake la soltó para quitarse la bermuda y el bóxer, quedándose desnudo, Sophia no podía disimular su mirada a pesar de haberlo visto así. Tenía un cuerpo de escándalo, un trasero duro y respingón, una espalda fuerte y unas piernas recias. Se dio cuenta de su inspección y sonrió de lado.

—Te estoy esperando. —Sophia sintió su cara arder al verse pillada y dio gracias a que apenas podía notarlo

—¿Para qué?

—Ya que estamos en eso de experimentar primeras veces, es momento de otra —respondió con una voz pícaro tendiéndole la mano y animarla—. ¡Anda! No me hagas quitarte la ropa y adelantar lo que quiero hacer.

Sintió el deseo nacer en su centro de la pasión y se preguntó cómo era posible que con solo insinuar algunas palabras pudiera excitarla. Se quitó la camiseta que le había dado para cubrirse del frío y, al ir a quitarse el vestido, sintió la mirada intensa de él. No bromeaba, la deseaba, y eso la llenó de una seguridad que solo había conocido cuando estaba en el tapiz.

Con lentitud se quitó el vestido, primero un hombro luego el otro y así sucesivamente hasta dejarlo caer. Blake había visto muchos cuerpos de mujeres, pero ninguno lo excitaba como el de Sophia; sus largas piernas, sus caderas junto sus pechos redondos acompañados de esa piel tan suave que no se cansaba de besar, lo mantenían embobado.

Esa sensualidad que derrochaba cuando se despojaba de la ropa estaba logrando que olvidara lo que quería hacer, la deseaba como nunca, deseaba envolverla en sus brazos y disfrutar de la fragancia impregnada en su cuerpo,

una mezcla de dulzor y frutas que lo atormentaba todo el tiempo. Respiró con profundidad dejando que ella siguiera, se quitó el bikini, quedándose desnuda ante él, sonrió estirando su mano de nuevo.

—¿Lista? —Extendió el brazo para que le sujetase la mano y juntos entraron al mar saltando las olas y su rompiente que, al chocar con sus cuerpos, casi les hiela de. Gritaron mientras seguían entrando hasta que el agua los cubrió por la cintura.

—¿Sabes que eres una rebelde oficialmente? —indicó alzando la voz Blake—. Si nos pilla la poli, diré que todo ha sido idea tuya. —Sophia gimió, echándole agua en la cara.

—¡Serás idiota! —gritó mientras sonreía. Blake se acercó, rodeándole la cintura y la besó con dulzura y devoción, sus cuerpos se acercaron frotando sus miembros, la calidez del agua los envolvía junto con la melodía del oleaje.

—Nena, debemos parar —dijo muy a su pesar Blake. Quería seguir, hundirse en ella, sentirla piel con piel y no quería terminar en como la ducha de U.P.B., derramándose fuera, pero hasta ese momento no se había preguntado si ella usaba algún método anticonceptivo. Era obvio que lo había llegado a usar. Sophia era sexualmente activa, y vaya que lo era, recordar sus gemidos y su entrega hacía que su miembro se endureciera mucho más y la necesidad de poseerla allí era irrefrenable.

—Sophia —masculló mientras la besaba—, necesito saber si eres consciente de que no tengo ningún preservativo a mano.

Ella se apartó un poco, mirándolo a los ojos, llevaba días teniendo sexo con Blake y siempre usaban preservativo olvidando por completo decirle que llevaba un par de años tomando la píldora debido a problemas de regulación menstrual. El estrés continuo de las competiciones le había acarreado un

problema, que si bien pensó que era grave en cuanto visitó su ginecólogo, supo que era más normal de lo que esperaba.

—No hace falta, tomo la píldora —murmuró en su boca y sintiéndose desinhibida le provocó— y si no me follas ahora mismo no volverás hacerlo en la vida.

Sonrió de lado; si era lo que quería, cumpliría sus órdenes. Con rudeza la alzó sobre su peso, Sophia cruzó las piernas alrededor de sus caderas. Blake sujetó con rapidez su miembro y entró de una sola estocada.

Las sensaciones que experimentaron con el roce de sus cuerpos húmedos junto a la adrenalina de saber que hacían lo prohibido aceleró el encuentro, que, sin embargo, era la primera vez para ambos. Sophia enterraba las uñas en la espalda de Blake mordiéndose el labio, evitando gemir en alto, él estaba perdido ante ese acobijo que estaba experimentando cada vez que entraba en ella, el calor que emanaba era intenso y llegando incluso a erizarle la piel.

Sophia pegó la cabeza en su pecho, supo que había llegado al orgasmo casi al mismo tiempo que él lo hizo. Se mantuvieron un rato de esa manera, mirándose a los ojos y regalándose carantoñas. Ella fue la primera en dar el paso de separarse, sintiéndose un poco cansada, y volvieron a la orilla vistiéndose con rapidez. Una vez vestidos se volvieron a besar y abrazar, ignorando el mundo a su alrededor, experimentando lo que era enamorarse de verdad por primera vez. La ayudó a ponerse su camiseta para protegerla de la brisa fría que comenzaba a hacer, sin pensar que alguien los observaba desde lejos presenciando parte de lo que habían hecho.

Zoe buscó de nuevo el vídeo, si bien parecía un simple abrazo, estaba segura de que no era así. No se llevaba bien con su hermana, sin embargo, no permitiría una nueva humillación por otro mequetrefe. Maldijo a Fred por

haberla mencionado cuando Jhoanna hacía el ridículo. Se arrepentía de haberlo invitado, dudó durante días pensando si era conveniente ir y finalmente concluyó que no se la perdería a pesar de saber que alguien tenía que acompañarla, era una Clifford y no iban a sitios solas. Lo que no se imaginó era que presenciaría tal discusión.

Escuchó los gritos de Jhoanna, en un principio creyó que eran esos instantes en los que saltaba a relucir la poca clase que tenía, pero, a medida que se fue acercando y comprobar a quién humillaba, se sorprendió. Desde ese desencuentro en la mansión no tenía noticias de Sophia, incluso llegó a tener lástima por ella, eso de saber que el chico con quien comenzabas a salir se tiraba a la chica que sería tu abogada era muy surrealista, pero aquí estaba, una vez más, presenciando cómo era humillada por otra mujer que marcaba su posición sobre el abogaducho.

Evitó reír al imaginar la larga lista que le haría lo mismo en cuanto se enteraran que las había dejado por una sosa. Decidió grabarlos y enviárselo a su hermana como trofeo, por muy bueno que estuviera y esa imagen de honorabilidad que trataba de dar, era el peor de todos. Pero Fred lo entorpeció al mezclar a su hermana en ese asunto. La gran mayoría de los que estaban en el lugar frecuentaban Bongo's, por lo que estaban al tanto de a quién se refería.

Zoe conocía de sobra las advertencias de su abuelo, no era secreto que varias veces se les había visto juntos en Bongo's, así que cualquiera pudo deducir que también estuvieron juntos. Se alejó un poco antes de que recordaran que también se encontraba en la fiesta y terminara envuelta en la discusión. Larry y José se llevaban a Jhoanna bastante perjudicada lanzando toda clase de perjuros, Blake sujetó a Sophia por el brazo y salió de la multitud, trató de seguirlos hasta que Fred la encontró y no pudo deshacerse de él.

—¿Me has traído a este bodrio de fiesta para que me peguen una paliza? —siseó el chico con la nariz ensangrentada.

—Solo te han dado dos puñetazos, ¡nenaza! —dijo Zoe con burla—. Y te daré un consejo, desaparece de la ciudad por un tiempo, Chloe irá a por ti. ¿A quién se le ocurre meterla en asunto de otros? ¿Te pareció gracioso?, ¿acaso subestimas el poder que tenemos los Clifford?

—No he dicho ninguna mentira —masculló Fred—. Estuve esa noche.

—Eres su camello, eso lo sabe todo el mundo —le dijo con tranquilidad, él no era nadie para ellas, podían sacarlo de la ecuación cuando quisieran.

—Y el tuyo —respondió provocándola con la sonrisa de lado—. Para eso me has traído aquí o ¿me equivoco? —Zoe no se inmutó, lo miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Es hora de que te largues, Fred, no creo que quieras pasar la noche en el calabozo. Con solo gritar y fingir que has intentado sobrepasarte es suficiente, solo con mirarte me creerán.

—¡Eres una zorra! —le dijo señalándola, a la vez que se alejaba lanzando toda clase de palabrotas que Zoe ignoró, tenía un interés mayor.

Siguió buscándolos por las afueras del hotel sin tener resultado, solo le quedaba la playa y se dirigió hasta allí. Lo primero que pensó fue en su hermana; sería bueno que viera lo mismo que estaba presenciando, tal vez así abandonaba ese capricho que tenía por ese don nadie de Blake Clark. Terminó el vídeo y pensó qué escribirle exactamente. Sonrió y envió el vídeo con la descripción «tienes pésimo gusto con los hombres». Se dio la vuelta y decidió irse del lugar, ya no tenía nada que hacer allí.

??

Volvieron a la habitación llenos de complicidad, se ducharon por separado a sabiendas de que tenían lo que quedaba de noche para los dos.

Sophia agradeció a esa chica que le había ayudado a escoger el bikini, ya que también le había ofrecido un conjunto sexy para sorprenderlo. Se abochornó ante lo directa que había sido, preguntándole si no deseaba un conjunto insinuante para el fin de semana y le mostró varios a la vez. Ahora sonreía agradecida por la sugerencia.

Observó la habitación con detenimiento. Desde que había entrado, apenas pudo ver un par de detalles: un cuadro con un paisaje de una playa y el ventilador en el techo, así como un tocador, y es que Blake se había encargado de llevarla al baño, meterla allí para abrirle el grifo y dejar que el agua fría cayera en su cuerpo, le gritó llamándolo inmaduro a la vez que él reía a carcajadas.

Se fijó en la cama imaginando lo que podía pasar allí, era grande y sencilla con varios almohadones que la vestían a juego con el cubrecama y con el resto de inmobiliario que había en esa habitación estilo barroco, un estilo que vio en cuanto aparcaron y entraron al hotel. El edificio era antiguo, en la entrada tenía un par de mesillas y sillas que podía suponer que eran de los años cincuenta y en el interior encontró diferente mobiliario restaurado. Un ambiente que solían encontrar en muchos hoteles de la costa de los Estados Unidos y, mientras observaba la habitación, trataba de encontrar su equipaje, que estaba justo al lado del banco al pie de la cama.

Lo alzó para sacar el conjunto sexy, se lo puso acercándose al tocador para mirarse. En ese momento tocaron la puerta y lo primero que hizo fue buscar la bata de baño con la que había salido. Se imaginó que Blake había pedido algo antes, por lo que fue a abrirla y se llevó una sorpresa.

—Hola, Sophia —dijo Lauren en nombre de los tres que estaban a su lado—. Hemos venido a disculparnos por el comportamiento de Jhoanna. Tratamos de evitar el percance, pero no podíamos escoger entre ella y vosotros.

—No teníais que escoger —dijo Blake saliendo del baño con la toalla sujeta en sus caderas y secándose la cabeza. Las chicas se sonrojaron al instante. No era la primera vez que lo veían en bañador, sin embargo, de esa forma era perturbadora para ellas—. Tú y tú. —Señaló a José y a Kelly—. Os vais a cargar nuestra amistad si seguís cagándola de esta forma. Si la conocéis ¿por qué no estuvisteis pendiente de ella? Lo siento, es tarde para hablar.

Todos hicieron silencio, menos Sophia, que no pudo reprimir una carcajada ante ese momento bizarro.

—Lo siento, pero es que si fuera a mí a quien le estuvieras reprochando no podría tomarte en serio. —Las chicas volvieron a sonrojarse. Blake frunció el ceño y entendió el mensaje, entornó los ojos para después otorgarle una mirada de severidad.

—Si nos disculpáis mientras la señorita y yo nos adecentamos, podremos discutir con formalidad nuestras discrepancias. —Esta vez fueron los chicos que rieron a carcajadas.

—¡Eres patético! —indicó Larry. Blake no dijo nada más y cerró la puerta centrando de nuevo sus ojos en la chica que tenía al frente.

—Trataba de meterles miedo —murmuró.

—Eso se llama coacción —respondió Sophia frunciendo el ceño, él sonrió de lado y prosiguió.

—Quería que se largaran para poderte follar a gusto, pero ahora los tenemos detrás de la puerta con la oreja pegada en ella. —Sin perder tiempo la abrió y los pilló en la acción que acababa de describir—. ¿Entiendes ahora?

—¡Blake! —dijo Lauren avergonzada—. Nunca cambias, siempre nos descubres.

—Sois demasiado previsibles, ¡venga! Mañana hablaremos durante el desayuno, que lo que habéis escuchado quiero cumplirlo al pie de la letra. —

Se despidió con la mano a la vez que Larry lo hacía con el dedo corazón y cerró la puerta—. Bien, una vez despachados los intrusos iré al grano. —La llevó a trompicones hasta el pie de la cama y allí abrió la bata de baño descubriendo el conjunto, por lo que soltó un bufido—. Estás loca si pensabas que me iba perder la oportunidad de disfrutar verte quitar esto.

Sophia sonrió, lo hizo girar empujándolo para que cayese en la cama y se quitó la bata del todo, pero de nuevo fueron interrumpidos. Blake profirió unos cuantos insultos, jurando que iba a matar a los chicos. Cuando abrió era el pedido especial que había hecho. Dio las gracias, miró a su chica con la bandeja y sonrió antes de dirigirse a ella.

— ¿Conoces el juego de la comida en el cuerpo...?

Ninguno quería salir de la cama, habían construido su mundo, su paraíso. Lo que en principio comenzó mal volvía a su cauce. Era la primera vez en mucho tiempo que descansaba abrazando a un cuerpo que se amoldaba al de él. A lo largo de la noche se hicieron preguntas de lo más curiosas, así como descubrían lunares y defectos de sus cuerpos. Blake le confesaba a través de caricias cuanto le excitaba un lunar que tenía cerca de un pezón y otro en su vagina. Bromeó preguntándole si de pequeña tomaba el sol en pelotas y ella le preguntó por sus tatuajes, el significado de ellos.

Sonrió al conocer sus suposiciones y dar con la verdad sobre la brújula; un recordatorio del tiempo que estuvo perdido. Hablaron de sueños y de los anhelos, pero ninguno se atrevió a hablar de futuro. Blake sintió un terrible dolor en el pecho, esa sensación que muchas veces escuchó a algunos decirle cuando era becario en organizaciones de ayuda filantrópicas.

Estaba acostumbrado a arriesgarse y lo haría. Esperaría a la exhibición y le pediría que se quedase, no se acostumbraría a estar separados por largos

periodos de tiempo. Se levantó para una larga ducha con pena de no poder arrastrarla, de lo contrario, dejaría a sus amigos en la estocada, era hombre de palabra y había prometido que hablarían durante el desayuno. Esperó que se vistiera y cuando salió con el bikini que usaría, respiró con lentitud disfrutando de las vistas. Era una diosa, sin lugar a duda y sintió una oleada de celos al pensar en otros poniendo los ojos en su chica.

Lo sorprendente es que Sophia ignoraba ese pequeño detalle, incluso no iba con ningún tipo de jersey que le cubriera los brazos como solía hacer. Desde la noche anterior había dado otro gran paso y eso lo enorgullecía. Se aclaró la garganta, frunciendo el ceño.

—Hoy será un día bastante difícil para mí. —Sophia lo miró sin entender—. Ya lo verás, ¡vamos! No quiero que esos entrometidos toquen la puerta justo cuando te esté arrancando ese bikini.

—¿Te gusta? —Blake no pudo resistirse y rio a carcajadas. Si hubiera sido otra chica aseguraría que era con doble intención esa pregunta, pero viniendo de Sophia, esta cargada de ingenuidad. Ella frunció el ceño y lo miró con seriedad.

—No puedes decirme algo así cuando estoy conteniéndome, nena. — Sophia se sonrojó, sonriéndole con dulzura. Se puso un pareo blanco que mostraba con disimulo su cuerpo y para Blake la tentación fue mayor. Soltó aire por la nariz y caminó hasta la puerta, abriéndola—. Será terriblemente difícil —dijo sin reprimirse cuando pasó por su lado y cerró la puerta.

En el comedor los esperaba el grupo, que comenzó a gritar y soltar toda clase de insinuaciones y burlas. Sophia, una vez más, volvió a sonrojarse, sin bien Blake estaría acostumbrado a torearlos, ella no.

—¡Vale! Chicos —soltó Blake—. ¡Qué os den a todos! —Buscó con la mirada a su hermana y a Jackson, iba a hablar con los dos.

—Se fueron a primera hora —le informó Kelly.

—¡Voy a matar a Jackson! Y Jenny tendrá que esconderse en el rincón más recóndito de Florida.

—No hace falta —respondió Lauren—, toda la noche se han fustigado, incluso quería acompañarnos y le dijimos que no, por esa razón decidieron irse. Jenny nos dijo que te dejaría un mensaje. —Blake bufó negando con la cabeza.

—Le aconsejé que era hora de que decidiera, ya sabes de lo que hablo —añadió Larry. Blake sabía de sobra que era de Jenny de quien hablaba.

Se despidieron después de charlar un rato, nuevamente pidiendo disculpas a su manera y le dieron las gracias por ayudar a que la exhibición se mantuviera fiel al programa. Sophia, acongojada a tanta sinceridad, decidió bromear un poco sobre ello.

—He de confesar que habéis tenido razón, Blake es un tirano de mucho cuidado. —De inmediato todos empezaron a burlarse de él.

—Me parece que lo que realmente quieres es usurparme el poder —respondió el joven, levantando una ceja y cruzándose de brazos. Sophia escondió su sonrisa detrás de un vaso de zumo, se limpió los labios con la servilleta y se acercó a su oído.

—Juraría que ya lo tenía. —Blake se giró hacia ella, entrecerrando los ojos.

—Tienes mucho más que eso. —Sin decirle nada más, se acercó y la besó.

Sophia se atrevió a quitarse el pareo para disfrutar con el resto. En el momento en que lo hizo sintió liberación, no podía ignorar que muchos la observaron y con entereza siguió adelante en cuanto Blake le sujetó la mano

y la invitó a acompañarlo. No recordaba cuándo había sido la última vez que había disfrutado de esa manera. Las chicas la trataban como si la conocieran de toda la vida, hablaban de moda, de series, de películas y libros. Se sorprendió por la seriedad en la que se llevó la conversación y las opiniones que daba sobre distintos libros. Él no se apartó en ningún instante de ella, tal vez no confiaba del todo y esa sobreprotección finalmente le trajo la burla de los chicos.

Se moría de celos cada vez que se levantaba y entraba a la piscina. En el instante en que se había quitado el pareo estaba seguro de que todos los hombres habían puesto sus ojos en ella. El porte y la elegancia con que caminaba logró llamar la atención, sin olvidar su belleza delicada. Al menos era el único que lo podía tocar, besar y lamer cuando le apeteciera y solo pensarlo lo excitaba, aunque esas miradas lo incomodaban y, como un estúpido adolescente, corría a marcar su territorio, mostrando que Sophia era de él.

Hasta que sus amigos, dándose cuenta de su actitud, decidieron incitarlo burlándose e invitándolo a divertirse haciendo una de sus tantas locuras. Las chicas los vitorearon provocándolo a que se uniera. Los ignoró con deliberación, no quería ser el protagonista ese día, quería que lo fuera su chica.

—¿Qué es lo que quieren hacer? —preguntó Sophia por todos los movimientos extraños que hacían en el borde de la piscina.

—Si te lo cuento no te rías —afirmó Blake con la cabeza, con curiosidad—. Hace tiempo se me ocurrió hacer el tonto imitando una película, no te negaré que los provoqué, y creo que quieren vengarse. —Sophia de inmediato se giró, evidenciando de cuál se trataba. Se mordió el labio, ladeó la cabeza con una sonrisa pícar—. Por mi parte no lo verás —advirtió Blake. Ella lo miró con ruego y él siguió negándose a la vez que los chicos volvían a

burlarse, provocándolo con todo tipo de insultos.

—Blake —rogó de nuevo.

—¿Sabes? —dijo con ironía el joven—, esta Sophia que está a mi lado no me está gustando. —Sonrió y, desinhibida, se levantó, obligándolo a que lo hiciera dándole un beso corto.

—Blake, porfi.

—Acabas de demostrarme que eso del chantaje viene en vuestro ADN. — Sophia no se dejó amilanar, le apetecía verlo hacer el tonto. Tenía la sensación de que, en el fondo, lo necesitaba y creyó que sería el instante perfecto para que lo hiciera, lo abrazó y él sonrió de lado—. Quiero que sepas que, si me echan del trabajo, será por tu culpa.

—Dudo que por divertirme en la piscina olviden al Blake con alma de viejo —lo provocó una vez más Sophia.

—¡Manipuladora y chantajista! —señaló el joven. Escuchó de nuevo a sus amigos burlarse haciendo gestos obscenos, gritando que no pararían si no se les unía—. ¡Sois una banda de embaucadores! —vociferó—. Lo haré con una condición.

—¡Siempre hay condiciones! —respondió Sophia, alzando la voz junto a ese cosquilleo de saber que la complacería de nuevo. Las chicas ajenas al grupo comenzaron a mirarlos sin disimulo alguno. Los tres tenían un cuerpo magnífico llamando la atención más de lo que creían, a pesar de que para ellos no era importante.

—Nena, ¿aceptas o no? —le gritó para que todos se dieran cuenta que lo hacía por ella y todos los ojos recayeron en Sophia, logrando que se sonrojara.

—¿Cuál es la condición? —preguntó tratando de mantener un tono serio, fue en vano, Blake la provocó con uno de los movimientos. Sophia sentía la

adrenalina correr por su cuerpo, escuchando a desconocidos animarlos, nunca había vivido una situación parecida y le gustó, era como si se hubiera perdido una vida entera. Había disfrutado de su adolescencia en su justa medida con sus compañeras de instituto, así como también tenía instantes bonitos con el equipo nacional, pero situaciones que pudiera contar en un futuro como esa no había vivido.

—Cenarás esta noche conmigo a solas, sin estos paletos —indicó señalando a sus amigos que volvieron a dedicarles insultos.

—¡Dile que sí! —gritó Larry—. Y tú. —Lo señaló—. Deja de ser tan fantasmón, terminemos de una vez con esto, no quiero terminar como un pollo asado —vociferó. Blake le mostró el dedo corazón como respuesta.

—¡No sé cómo me he dejado arrastrar a esto! —protestó el joven de nuevo. La voz del D terminó de dar el pistoletazo de salida.

—A continuación, veremos a tres chicos de la asociación de bailes U.P.B. darnos una pequeña demostración de la exhibición que realizarán el próximo viernes —explicó mientras la canción se escuchaba—. Si os soy sincero, para mí no es más que una prueba de chulería.

Los chicos protestaron y sus insultos divertidos pasaron a recaer en el DJ, que adelantó parte de la canción y con ello una imitación bastante graciosa de *Lay all your love on me*. Las risas de todos los que estaban allí se hicieron eco. Siguieron con los movimientos hasta caer en la piscina, los aplausos aparecieron de inmediato y los tres chocaron sus manos en el agua en señal de haberlo hecho bien. Se giró a ella y le guiñó el ojo. Sophia los aplaudió uniéndose al resto de público. Sin ninguna duda, quería vivir esas experiencias y para ello tenía que contarle a su padre la decisión que había tomado.

Blake la invitó a que se uniera y lo hizo disfrutando el resto del día como

nunca lo había hecho. Jugaron en el agua, tomaron sol, comieron del mismo plato y se besaron a escondidas, demostrándose cuánto se deseaban cubriéndose las bocas con fiereza.

—Te deseo, Sophia —le susurró al oído sujetando la mano y llevándola a un baño cercano. Allí entraron en un cubículo, su piel se erizó y la adrenalina recorrió su cuerpo mientras volvía a besarla con caricias apasionadas—. Ahora tengo un problema —le dijo separándose—. Tendrás que esperar en la puerta y evitar que alguien entre o se asustará. —Sophia se sonrojó.

—Lo siento.

—Nunca lo sientas —le dijo guiñándole el ojo—. ¡Anda, ve! —Le dio un beso en la boca y salió. Una vez caída la noche, le pidió que se tomara su tiempo para arreglarse mientras él preparaba la mejor cita de su vida.

No había llevado nada que pudiera deslumbrarlo, solo un sencillo vestido palabra de honor de verano ajustado al cuerpo, supuso que a Blake poco le importaba cómo fuese, le demostraba a cada instante que valía la pena sentirse viva y que la aceptaba tal como era. Recordó a Kenneth con añoranza, esta vez el sentimiento de culpa había desaparecido, por primera vez en meses se sentía llena de ilusión, de esperanza.

Una ráfaga de aire fresco entró por la terraza, dándole a entender que su vida volvía a su cauce y que esas metas aparcadas debía culminarlas. Añoraba entrar al tapiz, bailar junto a la cinta, ejecutar los giros y movimientos, verla volar cuando la soltaba en el aire creando hermosas figuras, sin olvidar las coreografías, sus compañeras, la adrenalina de las competiciones, la perfección de cada salto o los giros y equilibrios. Recordó todo con tanta claridad que, de inmediato, le vino a la mente el momento del accidente, una broma cruel de su conciencia ligar su pasión con ese momento tan triste.

Otra batalla que tenía que ganar; recordaba cada segundo, el impacto, las vueltas y los cristales que saltaron a su cuerpo. Debía volver a Durham y despedirse como se merecía de Kenneth. Escuchó el sonido de su móvil despertándola de esa ensoñación que mantenía. Se levantó, apenas había respondido unos cuantos mensajes a su padre y a Marian y se imaginó que era alguno de ellos, pero esta vez se equivocaba; el mensaje era de Mollie, su exentrenadora, la persona a la que tenía que dar la cara. Suspiró en alto y decidió llamarla como le había prometido.

Por mucho que deseaba quedarse en Florida, tenía que enfrentarse a su pasado para seguir con su futuro.

Blake se las ingenió para que le cediera un lugar en el hotel cercano a la playa. Un pequeño jardín con varios árboles, un par de mesas y sillas rústicas con un mantel sencillo y una hilera de farolillos entre los árboles. Fue difícil convencer a la directiva, pero José lo había logrado; otra manera de disculparse por el trago que pasaron. Estaba convencido de que sería una noche inolvidable, verla feliz le gustaba, sus ojos no dejaban de brillar de ilusión y su seguridad aumentaba cada instante dejando al descubierto una chica que no se imaginó que estaba detrás de esa estela de tristeza.

Pícara, atrevida, pasional sin dejar a un lado su inocencia y honestidad, cada minuto sentía que no podía separarse de ella, la necesitaba a su lado y la quería. No era una simple atracción, ni cariño o ternura, la quería de verdad. «¡Mierda!», dijo para sí, era difícil entender lo que sentía, meses atrás había jurado que una vez conoció el amor y no le dejó un grato recuerdo, por lo que nunca volvería a abrir esa puerta. No solo se había vuelto abrir, había entrado de una manera tan única que se tatuó en su piel, en su alma.

La amaba, necesitaba todo de ella, su olor cada noche, su sabor cuando la

besaba, su cuerpo cuando se amoldaba al de él, la mirada que le transmitía con sus ojos atigrados. La amaba de verdad, ninguna mujer lo había hecho sentirse así. Debía decírselo y, sin entender, sintió miedo de perderla, su móvil repicó y al ver el nombre en pantalla, temió lo peor.

—Buenas noches, Blake —dijo Frank al teléfono—. Espero que no estés fuera de la ciudad, te prometí sacarte del caso de los Baute, sin embargo, tenemos un problema. Jeremy ha caído enfermo, lamento informarte de que el lunes será la reunión con el juez y te necesito allí.

Blake se maldijo, siempre tenía que enfrentarse a situaciones difíciles, estaba corriendo el riesgo de dejar en entredicho su honestidad ante Sophia, pero no podía negarse. El mismo Frank Clifford lo había llamado y la última vez que hablaron se lo había dejado claro, no iba a permitir que una relación sentimental interfiriera en su vida profesional.

—Está bien, iré —dijo resignado.

—A primera hora deberás ir al bufete, en recursos humanos te entregarán lo pertinente para las reservas de avión y el hotel.

—¿Hotel?

—Sí, es mejor prevenir por si se alarga —señaló Frank—. No te preocupes, no te cruzarás con Chloe, no lo permitiré. Nos mantendremos en contacto —dijo despidiendo la llamada.

Frustrado, muy frustrado. Por mucho que Frank le asegurara eso, no sucedería. Escuchó unos pasos y respiró hondo, no permitiría que esa llamada le amargara la noche.

Sophia se acercó a un pequeño jardín rodeado de árboles y flores, le llamó la atención la intimidad que reflejaba. A medida que se fue acercando, escuchó a Blake hablando y para cuando llegó a su altura tenía el teléfono en

la mano y lo percibió nervioso. Se sintió un poco abochornada, como si hubiera interrumpido algo. En cuanto la vio, sus rasgos se suavizaron, invitándola a sentarse y encontrándose con una bonita mesa decorada con mantel blanco y servilletas de hilo a juego que estaba acompañada con una rosa roja, en el medio unas pequeñas velas aromáticas.

La cena estuvo formada de ensaladas frías y platos de lo más pintoresco, pero, a pesar del esfuerzo de Blake de mantener una conversación y hacerla amena, Sophia notaba que su mente no estaba allí. El chico que había estado a su lado durante el día había desaparecido y le preocupó que esa llamada lo cambiara.

—Gracias por la cena —dijo Sophia con sinceridad, intentando que así pudiera contarle qué era lo que le preocupaba.

—Ha sido un placer —respondió Blake. Ella se dio cuenta de que lo había dicho más por compromiso que por que lo sintiera de verdad y de cierta forma le dolió. Convencida de que esa llamada era una situación bastante grave, decidió guiarse por sus sentimientos.

—Te confieso que no creí que esto funcionaría, no sé si es ilusión o curiosidad de saber, de descubrir qué deparará cada día. —Blake sonrió con tristeza, no quería guardar ningún tipo de secreto, llevaba muchos años con uno que era una carga pesada y estaba cansado de ello.

Era una de sus tareas pendientes, sin tener ni idea cómo comenzar, pero con Sophia era distinto. Le dolía mentirle, había pedido confianza entre ellos y quería ser lo más transparente posible, pero contarle sobre la llamada lo llevaría a darle más explicaciones y confesarle lo que los Baute aún no le habían contado. No lo entendía, ¿a qué esperaban? No entendía por qué no se daban cuenta que de esa forma le harían más daño aún.

La miró a los ojos sintiendo una profunda culpabilidad y eso caló en

Sophia; por mucho que trató de no darle importancia, algo sucedía. Le daría tiempo, no podía exigirle. A ella misma le había costado confiar. Blake le sujetó la mano y acarició los nudillos, vio en sus ojos preocupación, le prometió mil maneras de aferrarse a la vida y lo cumpliría. Se levantó invitándola a que también lo hiciera y la cargó de forma sorpresiva.

—¿Qué diablos quieres hacer ahora?

Llévate a la habitación. Esta vez no vamos a echar ningún polvo, voy a hacerte el amor con tanta sutileza que jamás olvidarás esta noche. —Sophia parpadeó sorprendida, llevaba todo el día con el deseo de volver a tenerlo entre sus piernas y saber que esta vez sería distinto hizo que un cosquilleo recorriera su cuerpo.

Pasaron por la cocina del hotel y la recepción mientras Blake le decía al oído con detalle lo que quería hacerle. Abrió la puerta de la habitación y, sin perder tiempo, la besó con agresividad, mordisqueándole el labio, penetrándola con la lengua, insinuándole lo que deseaba hacer, y con ese gesto se excitó. Se descalzaron y Sophia le quitó con rapidez la camiseta de hilo a la vez que su boca seguía siendo atacada con besos febriles, luego su su cuello y hombro, Blake buscaba bajarle la cremallera del vestido. Sus manos bajaron al culo, apretándolo y acercándola más para que sintiera el bulto de su miembro.

Ella bajó la mano y lo acarició, él respiró con fuerza dejando que lo hiciera sobre la ropa, Sophia, desabrochándole el botón, bajó la bragueta, sacando el tronco para acariciarlo sin obstáculo alguno. Blake volvió a cerrar los ojos intentando no gruñir a lo excitado que estaba, por lo que la obligó a parar.

—En otro momento te dejaré que hagas lo que quieras —le dijo mientras terminaba de bajarle el vestido, que cayó al suelo mostrando un sujetador sin

tirantes y una braguita transparente. Blake soltó aire admirándola—. ¡Te gusta torturarme! —indicó, y con rapidez soltó el sostén, dejando sus pechos al descubierto. La acercó a la cama, obligándola a que se sentara, y allí se inclinó metiéndose uno de sus pezones en la boca, chupándolo y lamiéndolo con lentitud.

Sophia enterró las uñas en la cama, dejándose llevar por cada lametazo que le daba. Blake la tumbó y con parsimonia le bajó la braguita para recorrer su cuerpo, subiendo desde los pies hasta volver a enredar sus lenguas, haciéndole sentir su miembro desesperado por sumergirse dentro de ella. Bajó de nuevo con tanta ternura que Sophia sintió que estaba punto de explotar.

Blake se apartó quitándose el bóxer, acercándose de nuevo, y con sus rodillas separó las piernas, apoyó la frente contra la suya y la penetró con calma.

—Mírame, cariño. —Era difícil para Sophia mirarlo, estaba tan turbada que lo que deseaba era que siguiera. Cada vez que entraba con esa lentitud la llenaba por completo, dejándola sin respiración, puesto que volvía a besarla con suavidad hasta que salía sintiendo las quejas de su cuerpo, pero cuando volvía a invadirla se sentía completa. El calor la abrasaba en el vientre, su cuerpo exigió más y sus caderas se levantaron. Blake sonrió acelerando los movimientos, entrando con ímpetu, perdiéndose en gemidos. Su orgasmo fue frenético y pocos segundos después llegó el de él.

Había cerrado los ojos, nada se interponía entre sus cuerpos, el calor que Sophia desprendía en cuanto lo cobijaba era una sensación única que no quería perder. Llegó a creer que se correría enseguida, en cuanto entró ante ese recibimiento apasionado, estaba fuera de sí, siempre era quien llevaba el control, pero todo era distinto.

En cuanto abrió los ojos, la besó en la frente, sería imposible dejarla ir, había encontrado su complemento, su otra mitad, por lo que no podía ser partícipe de una mentira, de un secreto que ni siquiera le pertenecía. La amaba tanto que aceptaba cualquier oportunidad profesional y se lo haría saber a Frank Clifford, aunque no estuviera de acuerdo con ello. Salió de ella acomodándola en uno de sus costados, abrazándola como nunca. Metió la nariz en su pelo y lo olió como tantas veces.

—Te quiero, Sophia —le confesó—. No sé desde cuándo, pero te quiero como nunca había querido a ninguna mujer. —Esa revelación la trastocó, la pasión y ternura la habían llenado por completo. Giró la cabeza y lo miró siendo la que le diera un beso sublime.

—Yo también te quiero. Llegaste a mi vida en el peor momento y has entrado en mi corazón, curándolo y dándome las ganas de vivir.

Sophia se subió encima de él, besándolo con fervor. Blake la sujetó de las caderas con fuerza, dejando que llevase las riendas, y lo volvieron a hacer.



Abrió los ojos para encontrarse con que el lado de Blake estaba vacío, Giró la cabeza y lo vio de pie y ausente, mirando por el ventanal el amanecer, seguía desnudo y se dedicó a observarlo. Su cuerpo, su espalda y piernas bien ejercitadas junto a su brazo y el tatuaje. Se veía sensual, pero lejos muy lejos de ese lugar, de ella.

Era más que evidente que algo ocurría y era tan grave que el confesar que se querían era insuficiente para atreverse a contárselo. Se aferró a que fuese la exhibición o su trabajo y no por esa llamada. Se levantó y, al igual que él, también estaba desnuda, corrió para abrazarlo desde atrás, rodeando su cuerpo. La recibió con cariño, sintiendo que lo necesitaba, entrelazó sus manos y una vez más trató de que se abriera como lo había hecho los días anteriores. Luchaba con ese temor que quería instalarse en su corazón, que cobrara fuerza y lo achacó a la inseguridad que había nacido después del accidente, no podía continuar alimentando ideas y miedo.

—Blake, ¿qué ocurre? —le preguntó esperanzada a que confiara en ella.

Apenas había podido dormir pensando en cómo convencer a Frank para que aceptara su renuncia definitiva, estaba entre la espada y la pared, de reojo la vio, apenas cubierta por las sábanas. Disfrutaba de sus curvas, que lo seducían y volvían loco junto a su forma de ser.

El cambio que había dado era de lo que más se sentía orgulloso. La Sophia que florecía era valiente y cabezota, le gustaba seguir descubriéndola. Sin embargo, seguía preocupado por no tener las ideas claras, podía hablar con Ángeles y Eduardo, ellos persuadirían a Frank, pero se deshizo de esa

idea de inmediato. Estaba cansado de deberles tanto, no tenía otra opción que enfrentarse, esperaría que fuese de día, volvería a hacerle el amor a Sophia y se perdería en algún lugar lejos de todos. Luego la dejaría en casa de los Baute y llamaría a Clifford arriesgándose a saber si podían reunirse esa tarde. Estaba seguro de que Chloe estaría en el mismo lugar y eso era indicio de problemas.

Se frotó la cara despejando sus pensamientos, arrepintiéndose por haber aceptado la manzana envenenada de los Clifford, su afán de demostrar que no sería como su padre lo había llevado a tener una idea fija. Su padre... Lo maldecía por haberle destruido la juventud y la vida. Por obligarle a tener que guardar ese otro secreto durante tanto tiempo. Si su madre hubiera indagado aquellos viajes de trabajo que solía hacer..., se hubieran muerto de vergüenza. No obstante, había llegado el momento de contarle la verdad, sobre todo a Jenny, que cada día estaba más obsesionada con Jackson. Era su amigo y no permitiría que su hermana se convirtiera en el hazmerreír de todos.

Sintió unos brazos envolverlo y cerró los ojos, sujetando las manos, manteniendo esa sensación placentera de tenerla a su lado. Sophia suspiró y le preguntó, se dio cuenta que estaba mostrándole sus inquietudes más de lo que debía. Se giró a ella sonriéndole, tratando de calmarla.

—Blake, confía en mí —le susurró con cierto temor.

—Eres lo más importante para mí —le dijo con toda la seguridad que podía ofrecerle en ese momento—. Te quiero, nunca lo olvides y por ello quiero llevarte a un lugar único.

—¿Tan temprano?

—Sí, no es temprano y quiero disfrutar del día allí. —No estaba seguro, se atrevería cuando lo viese, pero no quería que sacara conjeturas apresuradas

y esperaba que viviera otra fascinante experiencia. Con rapidez se vistieron y, al bajar, el desayuno estaba en el buffet. Comieron ligero y partieron.

Durante casi tres horas, Blake trató de que Sophia le contara más de su vida y esa amistad con Marian, una chica tan distinta a ella. Cuando aminoró la marcha, se quedó descolocada con el nombre del lugar, aparcaron y le pidió que dejase lo menos importante en el coche. Sophia siguió las recomendaciones y, al bajarse, se maravilló del lugar lleno de manglares y pantanos. Caminaron hasta una oficina y allí le sorprendió cuando le dieron un equipo de snorkel compuesto por gafas, tubo y aletas.

—¿A dónde me llevas? —preguntó con intriga.

—Ya lo verás. —Le sujetó mano y siguieron un pequeño puente de madera hasta llegar a unas mesas, dejando allí las toallas. Observó de nuevo y un cartel indicaba una cueva, por lo que lo miró de reojo.

—No me digas que entraremos allí. —Él afirmó con la cabeza, entrelazó sus manos de nuevo y con la mano libre llevó sus equipos, guiándola hasta dentro, descubriendo un paisaje tan maravilloso que no tuvo palabras para describirlo.

??

Chloe se sentía tan perdida que creyó que la mejor forma de olvidar lo que le ocurría era refugiándose en uno de esos tantos lugares en los que se había topado con Blake. Ese vídeo que le envió Zoe la dejaba expuesta delante de todos y todo por Sophia Baute. Tenía que pensar la forma de vengarse de ella y para ello necesitaba perderse en los excesos del alcohol, drogas y sexo sin restricciones, pero no fue así. Diez minutos después, salió sintiéndose más vacía que antes y, por primera vez en muchos años, se echó a llorar.

Llevaba días intentando buscar una salida a ese atolladero en el que había

entrado, darse cuenta de que su vida siempre había sido dirigida por Frank la hacía ser dura. Trató de buscar apoyo entre los más importantes letrados de la firma, pero ninguno la respaldó. Ni siquiera su padre, que había decidido marcharse a Asia y desentenderse de lo que para él solo era un berrinche de niña malcriada, caprichosa y desagradecida, sin olvidar recordarle cómo había acabado su madre.

Todos le aconsejaron seguir los dictámenes de Frank que, según ellos, quería el bien para ella. Lo único cierto y que todos conocían era la misma historia de la amistad con los Baute. Los problemas con cárteles de la droga fueron el origen de un caso que no llegó a buen término, uno de los pocos que la firma perdió y quien había tendido una mano, había sido Eduardo Baute. Sin embargo, no supo en qué sentido. Desde que tenía uso de razón había visto lo poderoso e influyente que Frank Clifford solía ser en el mundo de las leyes, sin hablar de sus contactos, que llegaban a donde nadie podía imaginar.

Con esas referencias, era mejor no seguir enfrentándolo, pero estaba llegando a un punto en que cada paso que daba era controlado por Frank. Pensó que sería fácil perdonarle que por intereses y negocios políticos hubiera aceptado ese compromiso con Ryan. Una humillación que aún le pasaba factura, así como tampoco podía perdonarle que hubiera seducido a Blake, invitándolo a trabajar en el bufete con un fin que no le convencía del todo. Eso de que quería explotar su ambición era un pretexto, no lo había hecho con su propio hijo, ¿por qué hacerlo con un joven que para él era poca cosa?

Había mucho más, estaba segura. Blake no era un hombre frío, ni calculador como Frank; lo había visto trabajar con la misma pasión con que le demostró que disfrutaba del sexo. Cada uno de los litigios de los que se encargó los defendió con fiereza y tenía esa obsesión de ayudar a las personas desfavorecidas. Siempre supuso que era por la clase social de la que provenía

y, a pesar de que todos argumentaban que solo era un capricho para volver a tener sexo con él, ni ella se había dado cuenta de que lo admiraba, lo envidiaba. Se había enamorado de ese hombre con cualidades que nunca pensó que necesitaba que las tuviera la persona que estuviese a su lado, ese hombre que existía fuera de Clifford & Asociados.

Era la segunda vez que sucedía y odiaba que Frank se lo echara en cara, por lo que presentía que no permitiría que volviera a perder la cabeza y, por esta vez, le daba la razón. También se sentía decepcionada con ella misma, había jurado que jamás volvería a enamorarse. Se había burlado de Sophia Baute, de su vida de pacotilla; esa chica sin deseos de vivir le había ganado la partida en todos los sentidos. Su vida era peor que la de esa chica, puesto que los únicos hombres que realmente le habían importado la habían menospreciado.

Llamó a Robert, su pobre premio de consuelo, y le pidió que fuese a su casa con lo que necesitaba, le indicó que enseguida llegaría. Tardó más de la cuenta en recordar por qué lo hacía. Recibió un mensaje diciéndole que la esperaba con una sorpresa y cuando abrió la puerta de su apartamento se encontró con Robert al lado de Frank sentado en el sillón, fumando un puro con parsimonia. No creía que eso fuera la sorpresa, por lo que dedujo que lo había pillado infraganti.

—Vete Robert, —le ordenó Frank—. Y procura meterte en una clínica de desintoxicación o me veré en la obligación de contar tus secretos más sucios. —El chico se levantó para llegar hasta la altura de Chloe.

—Lo siento, pero prefiero desaparecer antes de que me deshereden por culpa de Frank. —De nuevo se inmiscuía en su vida, solo quería aislarse por unas horas a su manera, pero no la que Clifford quería. Chloe vio a Robert cerrar la puerta.

—¿Cuándo aprenderás? —murmuró Frank a modo de saludo—. Te he advertido que tus fetiches y adicciones los mantengas en secreto y sigues desafiándome. —La luz se mantenía apagada, pero la sombra alargada lograba mostrar la figura del hombre sentado en el sofá.

—Frank Clifford ha venido a la morada de las perversiones para darme lecciones de reputación siendo el primero que tiene trapos sucios.

—No juegues conmigo —respondió dándole una calada al puro. Encendió una pequeña lámpara que estaba aún lado y fijó sus ojos en Chloe—. Te he aconsejado varias veces que no sigas indagando, no me gustaría que, por equivocación, llegase a manos de algún periodista información certera de tu vida. —Sorprendida al evidente chantaje se pasó la lengua por los labios y le preguntó sin rodeos.

—¿Por qué me odias tanto? —Frank se levantó acercándose a ella.

—¿Crees que te odio? ¿Por qué insistes en saber la verdad cuando no estás preparada para escucharla? Nunca lo estarías. En todo caso, me parece que esa rebeldía debe ser algo de familia —indicó Clifford con desprecio—. No quiero que te conviertas en otra Carol, llevó muchos años manteniendo a tu madre con la boca cerrada, como para que comiences a ser un dolor de cabeza como lo fue ella en su momento. No te he formado para que al final te desvíes del camino.

—¿Así que todo tiene que ver con mi madre?

—No, tiene que ver contigo. ¿Acaso no te has dado cuenta de que a Franklin poco le importa tu vida? Yo, en cambio, te he dedicado tiempo, te he aconsejado, te he dado incluso mucho más que a Zoe y al resto. He pagado a cada periodista que quería chantajearnos para que tu reputación siguiese intacta, pero te encargabas de que salieran a relucir tus deslices y, a pesar de eso, me las he arreglado. Siempre has sido la más importante para mí u

¿olvidas lo que sucedió con Ryan? —indicó manteniéndole la mirada.

Claro que lo recordaba, su ex había dado unas declaraciones públicamente donde la dejaba como una mártir y poco después desapareció del país, dejando todo el peso a sus espaldas. Si para su abuelo eso era defenderla, estaba equivocado. Ryan no fue quien tuvo que enfrentarse a las habladurías con la cabeza en alto.

—Recuerda muy bien esto, Chloe, nadie juega con Frank Clifford. —Observó cómo su mirada se cargaba de odio, no le importaba, ya se acostumbraría como lo habían hecho sus hijos a aceptar sus dictámenes—. Mis condiciones como cabeza de esta familia estarán por encima de todo y he venido para hacértelo recordar, así como lo que te corresponde asumir. En tu correo está la reserva del hotel y nuestro avión te esperará en el hangar al mediodía. —Se despidió con un beso en la mejilla y acercándose al oído le dijo—. ¿Quieres escuchar la verdad? Te he dejado pistas, no tienes más remedio que aceptarla como lo hizo Franklin.

Se alejó cerrando la puerta, dejándola temblando y con la respiración entrecortada. No podía ser verdad, siempre le habían dicho que sus padres se habían separado por diferencias irreconciliables, apenas conocía a Carol, su madre. Siempre le habían hecho creer que renunció a ella para seguir viviendo sin responsabilidades. En esos instantes sentía cómo su vida se desmoronaba como una pirámide de cartas.

Nada de esto habría estado pasando si Sophia Baute no hubiera tenido ese accidente. «¿Por qué tenía que aparecer esa maldita chica en mi vida?», se preguntó. Se inclinó al suelo con rabia y se echó a llorar, quería desaparecer. Todo era una maldita mentira. Entendía por qué Franklin, quien creía que era su padre, apenas había pasado su infancia a su lado. Se limpió las lágrimas con el revés de la mano, jamás le perdonaría a los Clifford el daño que sentía, actuaría bajo lo que sintiera, dándole igual las consecuencias

que eso tuviera.



Era imposible olvidar esa primera vez que buceaba y gracias a Blake. Un lugar precioso con el agua cristalina. Una cueva tan bonita que mirara donde mirase se maravillaba a través de las rocas que servían de escondites, viendo los peces que terminaban nadando a su lado. En cuanto entró sintió temor y, a medida que fue bajando y el agua cubrió sus pies, se sintió diminuta ante la naturaleza de su alrededor. Blake de nuevo afianzó su mano, invitándola a que le siguiera y lo hizo nerviosa.

—Tranquila —le dijo cuando el agua le cubría parte del cuerpo. La ayudó a ponerse las gafas, las aletas y, finalmente, el tubo—. Solo debes respirar por la boca.

—¡Qué fría! —gritó Sophia.

—No seas quejica, enseguida se te quita. —Se burló.

—Creo que intentas asesinarme. —Blake rio a carcajadas.

—Créeme, prefiero que mueras de placer a ahogada. —Sophia lo miró sorprendida y él volvió a reír—. Te prometo que en cuanto te sumerjas olvidarás todo a tu alrededor.

Siguió su consejo y, a medida que fue entrando, descubrió otro mundo en el que estaba ella y sus pensamientos. Blake le sujetó la mano y la guio hasta observar el choque de los pequeños rayos del sol en las rocas, descubriéndole el camino que debía tomar. Emergió mirando a los lados hasta que vio asomar su cabeza.

—¿Sucede algo? —preguntó Blake en cuanto se quitó el tubo. Sophia

habló con rapidez, él sonrió quitándole el tubo.

—¡Qué torpe soy! —dijo avergonzada—. ¡Esto es tan increíble! ¡Jamás había podido estar tan cerca de peces! ¿Cómo o de dónde viene el agua?

—Es un río subterráneo de miles de años, ¿te gusta?

—¡Es precioso! Lo más cercano que he estado de peces ha sido en acuarios y tiendas de mascotas. Oye ¿no me saldrá algún pez raro tipo el de *Buscando a Nemo*? —Blake volvió a reír atrayéndola a él.

—En ese caso no te garantizo salvar tu vida. —Volvió a mirarlo sorprendida y él la besó mordisqueándole el labio provocándola, y ella respondió envolviéndolo entre sus piernas.

—Te estás convirtiendo en un ser diabólico que busca que me detengan. —Rieron y Sophia se alejó para seguir explorando.

Los peces, las rocas y el reencuentro con ella misma fue un descubrimiento inigualable, un momento único. Las voces de las personas y el chapoteo no le molestaban; junto a Blake todo era distinto y ese lugar estaba siendo lo más cercano al paraíso terrenal que tanto había buscado meses atrás.

Sin embargo, al regreso todo cambió. El Blake sonriente, bromista y pacífico se había perdido en sus pensamientos, apareciendo ese semblante taciturno. Si bien confiaba que esa escapada los uniría de nuevo, no era así. Le dolió que no confiara en ella como tantas veces le había pedido. Llegaron a casa de los Baute y la sorpresa se la llevó cuando se despidió de inmediato.

—Tengo que ir a casa de mi madre y hablar seriamente con Jenny antes de que consiga escaparse de nuevo. —Mentía, Sophia lo sabía. Decepcionada, se despidió con frialdad y salió del coche sin mirar atrás, entró a la casa manteniendo la espalda pegada a la puerta, sacando fuerzas de su interior y simular una felicidad que acababa de desaparecer.

Blake se arrepintió enseguida de su comportamiento, de su mentira y de su secreto. Necesitaba tener la mente despejada para enfrentarse a Frank, aunque el hecho de pensar que Sophia dudara y se preocupara le afectaba, juntos habían vivido unos instantes increíbles. La cueva y el río subterráneo lograron que olvidara sus problemas por unas horas. La vio sonreír, disfrutar como nunca y se dejó llevar por los impulsos dando rienda suelta a ese adolescente que había enterrado tiempo atrás. Dudó unos segundos en bajarse y pasar la tarde del domingo a su lado, pero tenía que buscar una salida a ese compromiso impuesto. Encendió el motor del coche a la vez que llamó a Clifford.

—Buenas tardes, Blake, estaba a punto de llamarte —le respondió enseguida al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, Frank, me he adelantado —le indicó el joven—. Me gustaría saber si podíamos hablar sobre ese viaje de mañana.

—¡Qué casualidad! Justamente por eso iba a llamarte —dijo Frank con astucia—. Ayer te dije que pasases por el bufete para los billetes, pero, ya sabes, soy un poco torpe con estas modernidades. Nancy me ha dicho que están en tu correo junto a la reserva del hotel por lo que no tienes que ir.

—Eso era lo que quería hablarte. Creo que no es buena idea, no tengo conocimiento del caso, ni siquiera le corresponde a mi departamento.

—Blake —dijo con seriedad—. Irás porque lo he decidido y no hay vuelta atrás y disculpa que corte la llamada, pero estoy en plena partida de golf, esperaré vuestro informe. —Sin darle tiempo a explicarse, cortó. Blake empuñó sus manos soltando unas cuantas maldiciones. Aceleró tratando de dejar sus problemas atrás, comenzaban a ser asfixiantes.

La noche la pasó en vela tratando de encontrar alguna salida, tenía que

ingeniárselas para explicarle a Sophia que no iría a ensayar. Enseguida supo del grave error que había cometido, por mucho que le explicase no le creería, por protegerla, por evitar hacerle daño, había olvidado los ensayos de la exhibición. Tendría que mentirle y comenzaba a pensar que se estaba haciendo más grande la mentira.

Se dio una ducha y terminó de arreglarse la corbata mirándose en el espejo, recogió su chaqueta y la pequeña maleta que llevaba mientras se preguntaba qué era lo correcto: llamarla o dejarle un mensaje por WhatsApp; este último era una medida bastante cobarde, pero le evitaría preguntas. No obstante, años atrás se prometió no dejarse llevar por el temor. Cogió su móvil y marcó.

A pesar de lo temprano para algunos, para Sophia no, estaba acostumbrada a estar de pie a primera hora por sus ejercicios diarios.

—¿Blake? —respondió desconcertada.

—Hola, nena, buenos días.

—¿Pasa algo?

—Nada importante. —Sin perder más tiempo Blake decidió contarle parte de la verdad—. El sábado recibí la llamada de mi jefe indicándome que tendría que viajar para resolver un caso. —Sophia lo escuchó sin interrumpirlo. Acababa de obtener las respuestas a varias de sus preguntas, no comprendía por qué le había costado tanto contárselo—. Te parecerá tonto, pero no sabía cómo explicarlo, te prometí que no me separaría de ti e incumplo la promesa.

—Blake, es trabajo —respondió convencida de que ocultaba mucho más.

—Lo sé, cariño, pero sabes que todo esto para mí es nuevo, hasta hace poco no le rendía cuentas a nadie. —Esas palabras calaron en Sophia.

—No había necesidad de tanto misterio si te preocupaba qué pudiese

pensar, llevo dos días preguntándome qué ocurría.

—Lo siento —le dijo con sinceridad—. Me gustaría que me comprendieras por esta vez, son asuntos importantes. Intenté buscar alguna forma de solucionarlo y no la encontré. —Herida ante la falta de confianza y porque creyera que era una intransigente, prefería que no le diera más explicaciones.

—Espero que puedas resolverlo lo más pronto posible —le indicó con rudeza.

—Sophia, lo que menos quería es que te preocuparas.

—¿Preocuparme? ¿Por qué crees eso? ¿Acaso hay algo más? —preguntó sin poder reprimirse.

—No —respondió de inmediato—. Como te he dicho, te había prometido estar todos estos días a tu lado.

—No me trates como una desahuciada —le dijo indignada—, sé que he vivido una situación traumática y estoy intentando salir de ella, pero no por ello tienes que protegerme las veinticuatro horas del día. Que tengas buen viaje —indicó seguido del sonido de que había finalizado la llamada

—¡Maldita sea! —vociferó Blake. Se pasó la mano por la cabeza, ya hablarían personalmente, encendió su móvil de nuevo y llamó a un taxi.

Sophia respiró con profundidad, intentaría que no le afectara esa discusión, le dolía que hubiera esperado hasta el último minuto para explicarle que se iría de viaje, le dolía que la viera débil, frágil. Negó con la cabeza. No permitiría que nadie la siguiese viendo así, necesitaba despejar su mente y olvidarse por completo de lo que sentía.

Sacó un pantalón deportivo y un top y se vistió para correr a sabiendas de las recomendaciones dadas, sin embargo, la única manera de descargar esa

rabia que sentía sería ejercitándose de alguna forma. Bebió un poco de agua y salió. Aunque estuviera más que dispuesta a que no le afectara, la frustración apareció dando paso a las lágrimas que la acompañaron en el recorrido. Por mucho que había empujado al fondo de su mente esas ideas producto de su imaginación, aparecieron.

No quería tomar una decisión precipitada por culpa de los celos, pero estaba segura de que Blake le ocultaba mucho más. Regresó a casa, apenas desayunó y se duchó, caminó como león enjaulado en la habitación, tenía que salir o se volvería loca. Miró la hora, solo conocía un lugar donde podría aislarse del mundo. Buscó unas mallas y un top que Marian había dejado junto a una camiseta. Se acercó a una pequeña mesita y abrió el cajón donde días atrás se encontró unas punteras que su amiga también había dejado con algún propósito.

Una vez que le dio la dirección al chófer cerró los ojos, centrándose en mantener la mente en blanco, no quería pensar ni siquiera en la música pegadiza que llevaba el taxista, solo deseaba mantener su mente de esa manera para estar en paz consigo misma. Pagó y entró a la academia de baile saludando a la joven administrativa, que se sorprendió al verla de nuevo.

La administrativa le indicó la sala estaba disponible y Sophia sintió cómo su cuerpo, su mente y su espíritu se unían en una conversión ante el paso que había decidido dar. Los nervios afloraron junto con la adrenalina, había llegado el momento de demostrarse a sí misma que podía hacerlo. Tantas veces que juró que no volvería a pisar un tapiz y ahí estaba, volviéndolo hacer. Estiró un poco sintiendo el primer tirón y sin amilanarse siguió, no solo se lo demostraba a sí misma, quería probarle al mundo entero que no era una blandengue, no iba a negar que había sido consecuencia de sus inseguridades y la culpabilidad, que la había atrapado en esa espiral de autodestrucción.

Una vez que calentó decidió realizar un ejercicio de manos libres que hacía de vez en cuando en sus entrenamientos. En posición básica, extendió las piernas arqueando los brazos y espalda, fue a ello hasta que Patricia abrió la puerta y se acercó.

—Hola, Sophia —la saludó—. Kristy me ha dicho que estabas aquí, te he visto por el cristal y creo que esto te serviría. —Extendió su brazo para darle una cinta. Con sentimientos encontrados la aceptó, sonrió con nostalgia, respiró con profundidad para ir al final de una esquina del tapiz.

Cerró los ojos, contó hasta tres y comenzó con una circunducción desde el frente, pasándola por detrás de la espalda. Siguió con varias serpentinas, dando una corta carrerilla y lanzando al aire la cinta, acompañándola con volteretas en el suelo para levantarse con rapidez y recogerla con la mano en la espalda. Levantó el talón dando un giro junto a varias transmisiones, creando formas con la cinta sin llegar a pisarla, siguió con un *relevé* a la vez que dibujaba un ocho. Giró con lentitud para hacer otras circunducciones, esta vez por encima de su cabeza, apoyando el talón del pie en el suelo y la punta de la cinta terminó en el tapiz.

Respiraba con dificultad. Había olvidado lo que sentía cuando pisaba el tapiz, había olvidado la felicidad que le hacía sentir el poder disfrutar moverse con libertad creando figuras armoniosas, había olvidado cuánto le apasionaba la rítmica. Se limpió las lágrimas producto de la emoción y se giró para ver a Patricia, que sonreía emocionada. De repente, todos sus monstruos se deshicieron, sintió un latigazo, pero no le importó, sabía que tenía dos soluciones e iba a apostar por las dos, después de la exhibición se sometería a ello y así como cumpliría sus sueños.

Al atravesar la puerta de salida de pasajeros, Blake se encontró a un

joven con un cartel con su nombre escrito. Desconcertado, fue hasta él presentándose como uno de los letrados que ayudaba a la firma Clifford & Asociados en la ciudad. Por unos instantes le recordó un par de años atrás cuando buscaba ser fichado por una de las grandes firmas. Lo siguió hasta un coche de lujo con cristales tintados aparcado en el arcén, abrió la puerta para ver unas largas piernas de mujer acompañadas de unos tacones de alguna marca reconocida. Sabía quién era y se maldijo por entrar de lleno en ese macabro juego.

Durante las casi tres horas de vuelo pensó en todo lo que ocurría, había dicho una verdad a medias a Sophia y eso no era nada bueno. Comenzaba a pensar que la vida estaba cobrándole cada acción a la que no se había enfrentado y de la forma más cruel; a través de la mujer que se le había tatuado en su piel, en su corazón.

Había jurado que no volvería a ceder ante ninguna, pero allí estaba, enamorado de una joven de la que conocía todo y confiaba a ciegas en él. En cambio, Sophia apenas sabía de su vida y ese sentimiento de culpa le embargó. Quería ser transparente y no lo era, tenía secretos que se estaban cobrando su precio. Por primera vez le llegó a preocupar que en algún momento pudiera enterarse del por qué Chloe se creía con derechos y, ¿para qué seguir ocultándolo?, todo era su culpa.

Muchas veces, a lo largo de ese tiempo, había aceptado de vez en cuando seguirle el juego, quizás esa maldita idea de no volver a tener ningún compromiso era lo que lo había metido en ese lío, solo una relación abierta como la tuvo con Jhoanna y otras tantas era lo que había decidido. Sin embargo, con Chloe, a pesar de solo existir un encuentro sexual entre ellos, se dejó seducir por su juego un par de veces con unos cuantos roces y algo más.

«¡Maldita su manera de pensar! Me lo está cobrando caro» dijo para sí.

Cerró los ojos con enorme decepción, no estaba a la altura de Sophia, su vida siempre había sido una mentira, llena de secretos, comenzando con el miserable de su padre. Otro problema que tenía que añadir.

Sonrió con amargura recordando cuántas veces su madre, orgullosa, contaba a todos que su hijo era todo un abogado y que se había esmerado en ser el mejor. Cuando la verdad de su única meta era demostrarle a su padre que nunca sería como él. No le había servido de nada, allí estaba, en medio de problemas a los que nunca dio importancia y ahora no sabía cómo resolver, ya que solo tenía un único propósito: ascender en su profesión.

En ese instante, como si hubiera visto la luz en el camino, comprendió el plan de Frank Clifford. Se apoyó en el cabezal del asiento y quiso llorar por haber cedido, su intuición le decía que ese día iba a perder a Sophia. Pensó en llamarla y contarle toda la verdad, incluso la del juicio, pero no le creería y, lo que hubiese sido peor, decepcionaría a Eduardo y Ángeles.

Se tapó el rostro con las manos, estaba perdido y le dolía. Por culpa de su ambición estaba en esa disyuntiva, no le quedaba de otra que enfrentarse a cada una de esas situaciones que mantenía a medias y aceptar que, tarde o temprano, esa chica que había aparecido una noche en su vida y con la que podía ser él mismo, con la que había experimentado varias primeras veces de una forma única, se alejaría de él. Maldijo a la vida por haberle enseñado la felicidad plena para luego arrebatársela de esa forma cruel.

Decidió arriesgarse, como estaba siendo habitual cuando se refería a Sophia. La llamaría en cuanto aterrizara y así lo hizo, sin embargo, terminaba saltando el contestador. Se dijo que volvería a intentarlo camino a la Corte y, justo al salir, se encontró a ese joven que lo llevó a encontrarse de frente con su primera prueba.

—Buenos días, Chloe.

—Buenos días, Blake, tenemos que hablar.



A Chloe cada instante se le hacía cuesta arriba. Desde que supo la verdad se prometió no seguir siendo el juguete de Frank Clifford. Entró a la web de una aerolínea regular y buscó un pasaje en primera clase. No, no ganaría esta vez, si él quería que fuese sin escrúpulos, lo sería, pero con él, con Frank Clifford.

Después de comprar los billetes de avión, llamó a Jeremy, pidiéndole como un gran favor que avisara a la firma que los ayudaba en Durham sobre su cambio de hora y vuelo. Se mantuvo con el móvil en la mano dudando si dar el paso, pero la necesidad de escapar de esa prisión la empujó a llamar a Eduardo Baute y contárselo todo.

Apenas había podido dormir, el despertador sonó y se levantó para ducharse y prepararse con rapidez. Buscó un pequeño equipaje metiendo lo imprescindible, sin olvidar ropa adecuada para el día siguiente, luego sacó del armario un vestido liso y entallado de color bermejo que le llegaba hasta media pierna junto a unos zapatos altos y algo de maquillaje para ocultar las ojeras de la noche anterior. La conversación de horas atrás había sido difícil, lloró mucho y odió a Carol por abandonarla por dinero, igual que Franklin por aceptar todo ese montaje, pero sobre todo a Frank Clifford por crearle una vida de mentiras. Eduardo solo pudo darle pocos detalles que confirmaban esa terrible verdad y, para sorpresa de ella, mientras esperaba que subieran los últimos pasajeros, se topó con Blake.

Al menos no la vio, su semblante era taciturno y supo de inmediato que era otra manipulación de Frank Clifford. Su jugada no solo tenía que ver con hacerle la vida miserable a ella, también se la haría a Blake. Tanto que se

enorgullecía de pertenecer a una familia con gran renombre a lo largo de la historia y resultaba que era el peor de los linajes. Una lágrima se le escapó llena de frustración, debía tranquilizarse, pensar con la cabeza fría y evitar que ese desengaño pudiera afectar a lo que haría.

Lo había meditado durante la noche, sería la última vez. Ahora que sabía la verdad, jugaría a favor de ella, por algo había aprendido de un gran maestro, pero antes debía hablar con Blake para advertirle, tenía la oportunidad en ese viaje, al final no iba ser tan malo ese manipulado encuentro. Por una vez haría las cosas bien, tenía la esperanza de que después de esto la mirase como una chica normal, como la chica con la que podrían triunfar y se diera cuenta que su futuro no estaba con Sophia Baute.

Esperó largamente las tres horas del trayecto y cuando aterrizaron, se apresuró a salir encontrándose con un chico que tenía su nombre escrito en un papel. Era mucho más joven de lo que creía, llevaba un traje un poco arrugado y más perfume del que debería.

—Soy Chloe Clifford —dijo a la vez que le quitaba el papel de la mano—. ¿Tienes el mismo rotulador con el que escribiste mi nombre? —le preguntó. El chico, algo aturdido, metió la mano dentro de su traje y lo sacó. Ella se lo arrebató para escribir rápidamente el nombre completo de Blake. Sonrió con dulzura, la misma sonrisa que infinidades de veces le sirvió para ganar favores en la Corte de Florida—. Verás... —El chico en esos instantes entendió que no se había presentado.

—Tobey —dijo carraspeando.

—Tobey —repitió Chloe y añadió—, durante el fin de semana he tenido ciertas diferencias con mi compañero, ya sabes cómo son las peleas de compañeros —le dijo como si no le diera importancia—, así que debe estar por bajar, os esperaré en el coche.

—Pero...

—Lo encontraré —señaló la abogada aludiendo que hablaba del coche—, tal vez pueda adivinar, negro con cristales tintados y de alta gama —le dijo sonriente. Tobey, intimidado ante esa arrolladora personalidad, afirmó con la cabeza.

Chloe volvió a sonreír y se alejó con la misma premura con la que se había acercado, esperando que no tuviera la idea de llamar al bufete y preguntar. Salió del aeropuerto en busca del coche y se encontró a un hombre fumando con el cuerpo apoyado en el maletero; en cuanto la vio acercarse tiró la colilla y le dio los buenos días, quitándole el equipaje que traía. Chloe abrió la puerta del coche y entró con el corazón en vilo, descansó las manos en los muslos y tamborileó a la espera.

Cinco minutos después, la puerta se abrió y el aroma de robles y bosque que tanto caracterizaba a Blake la embriagó, se sentó a su lado ataviado con un traje en su justa medida. Era imposible evitar mirarlo, se había afeitado mostrándose más atractivo, ella respiró con lentitud girándose a él en cuanto la saludó.

—Buenos días, Chloe.

—Buenos días, Blake, tenemos que hablar.

—Así es, no sé a qué jugáis, pero no me prestaré a ello, estoy aquí por Sophia. —Chloe apretó los labios, un golpe bajo que le dolía, a pesar de que pensaba estar preparada para enfrentarlo, no era así. Lo miró a los ojos.

—Siempre directo —respondió con la acritud que solía caracterizarla, sin embargo, fueron interrumpidos por Tobey que le dio indicaciones al chófer para que pusiera en marcha el coche y se giró a ellos.

—Os a daré una carpeta con lo referente al caso—comenzó explicando—. La firma en la que trabajo ha podido averiguar ciertos incisos que se

habían ocultado, no sé si por suerte que está la sustituta de turno o por la influencia de Frank Clifford —dijo sonriendo, esperando que fuese imitado por sus dos colegas de profesión y no fue así. Carraspeó un poco y prosiguió—. Como sabéis, el accidente se produjo por un impacto en el lateral izquierdo del coche de la víctima. Para no enredarnos llamaremos a los vehículos por letras. “A” sería la víctima, “b” el primer acusado y “c” el otro acusado.

»En el informe final explica que el impacto fue producto de la imprudencia de la víctima al saltarse el semáforo por distracción; con las nuevas investigaciones encontramos las primeras declaraciones de un testigo que descartaron días después. —Miró a ambos y sonrió—. Es la pieza que faltaba. Nos relató los acontecimientos de manera diferente a como está en el informe final.

»Si bien es cierto, el vehículo “b” embistió al vehículo “a”, no fue de manera aparatosa, el tercer vehículo, que se descartó como prueba y el que afirmaron que no fue partícipe, es el que produce el impacto de forma brutal. El vehículo “a” giró sobre sí mismo, lo que hizo que el conductor perdiese el control y, en consecuencia, su empotramiento con el local de comida.

A pesar de que Tobey trataba de sorprenderlos, para Chloe y Blake no era novedad lo que contaba, ambos habían concluido lo mismo sin necesidad de testigos. Carraspeó de nuevo para darle punto final y el por qué sus presencias en la ciudad.

—Ese primer testigo declaró que tanto el conductor “b” como “c”, se bajaron y corrieron hasta el vehículo de la víctima, comprobando un hecho que tira por la borda la defensa del acusado. Kenneth Hicks aún estaba con vida. —Blake, que mantenía sus ojos en el informe, levantó su mirada centrándose, en el joven recién graduado que sonrió dándose palmaditas en la espalda—. Escuchó que uno gritaba al otro que aún vivía y que debían irse

antes de que alguien llamase a la policía; en ese instante hubo un altercado entre ellos, el conductor “b” le indicó que deberían llamar a emergencias, pero el más corpulento, como nos indicó el testigo, señaló al otro a voces que volviera a casa, su familia se encargaría de todo y saldrían impunes. Subieron a los coches y huyeron.

—¡Maldita sea! —vociferó Blake—. ¿Por qué nadie había vuelto a interrogar a ese testigo?

—Sí lo hicieron, pero no iba precisamente sobrio, por lo que decidieron pasarlo por un control de alcoholemia. Su nivel era bastante alto y si a eso le añadimos que estuvo detenido en reiteradas ocasiones por conducir bajo los efectos del alcohol, además de que, como ya sabéis, los conductores “b” y “c” son hijos de gente influyente en la región... fue descartado.

—Entonces ¿qué nos garantiza que es nuestro testigo clave? —preguntó Chloe.

—Sophia Baute. Los periódicos y algunos cronistas se hicieron eco de la noticia y de las repercusiones del accidente, el testigo nos confesó que después de ver cómo la carrera de la joven se había frustrado, la conciencia le removi6 y decidió entrar a un programa de desintoxicación en otro estado y hace un par de semanas vino por primera vez a visitar a su familia. —Chloe parpadeaba sorprendida, no sabía cómo llamar a esos hechos que sucedían, cuestión de suerte o qué, el caso es que, una vez más, Sophia Baute era el centro de todo. Cerró los ojos y procuró seguir ejerciendo de abogada del diablo.

—Es evidente que es un homicidio imprudente con agravante de omisión —indicó Chloe añadiendo su veneno con ironía—, sabía que sería un juicio sencillo.

—No lo será, esas familias son respetadas en el estado. —Se rio, a pesar de odiar a Frank, seguía siendo una Clifford y cada caso su bufete lo ganaba

desde hacía décadas.

—Has olvidado que quien los llevará a juicio es Clifford & Asociados — le dijo con la vanidad que le caracterizaba—. En todo caso, siempre supe que el abogado que los representó no hizo bien los deberes, quizás porque piensa como tú. —Blake resopló ante esa grosería.

—Es evidente que no todos nacemos en cuna de oro y tenemos que currarnos el puesto—añadió Blake—, pero no te da derecho de restregarlo en la cara y, para ser sincero, ¡me importa una mierda de quiénes sean hijos! Son culpables y pagarán

Blake estaba agobiado, su único pensamiento era Sophia. Si no fuera por ese homicidio de omisión, Kenneth estaría vivo y tal vez no la hubiera conocido. Se removió un poco y egoístamente agradeció que no lo estuviera; de inmediato desechó esa idea al percatarse de lo que trataban de hacer los Clifford: involucrarlo del todo en el juicio.

—¡Otra de sus tretas! —dijo más para sí que para el resto.

—¿Acaso no lo ves? —respondió Chloe—. Estamos aquí porque es parte de su juego.

—De vuestro juego —añadió Blake—. Ahora quiero saber la verdad y por una vez sé honesta, cuéntame, ¿qué demonios hago aquí?

Chloe lo miró a la vez que sus ojos recaían en Tobey, que se mantenía expectante a lo que ocurría entre ellos. Se pasó la lengua por los labios, no sabía de qué lado podría estar el joven, por lo que prefirió cambiar el tema y se centró en él.

—Entonces, de acuerdo con la ley—dijo dirigiéndose a Tobey—. El juicio se reabrirá al existir un delito grave según el código penal.

—Sí —afirmó Tobey—. Homicidio culposo con tentativa de omisión y si llamamos a Sophia Baute como testigo, podría añadirse actuación negligente. ¡Está chupado! —concluyó sonriente.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Blake, trataba de descubrir los verdaderos motivos de ese silencio, preguntándose por qué Chloe no le había respondido y, en vez de sonreír como solía hacer, dejó entrever cierto nerviosismo que nunca había visto en ella.

«¿Qué ha querido decir con sus juegos?», se preguntó, ¿realmente era otra víctima? Enseguida apartó esa idea, era Chloe Clifford, la reina de las manipulaciones y en cuanto escuchó a Tobey esa sandez lo olvidó enseguida, era innegable de que se trataba de congraciarse con Chloe y lo que más le sorprendió fue la carcajada de esta.

—Perdona —dijo la abogada a modo de disculpa hacia los dos hombres—. Si se llegase a realizar un juicio, no uses ese lenguaje delante de Frank Clifford si quieres un puesto en el bufete.

—¡¿Yo?! —dijo Tobey sonrojado—. No pretendo sorprenderlo.

—¡Ya, sí, claro! —respondió con sarcasmo Chloe evitando reírse de nuevo. Blake respiró con profundidad y antes de que volviera a meter la pata Tobey, intervino.

—Supongo que la reunión es porque el juez quiere escuchar las dos partes.

—Sí, pensaba que lo sabíais—respondió Tobey—. Jeremy envió la petición con las pruebas hace unas semanas y, de inmediato, fue respondida. La verdad es que, en el estado, casos así no suelen ser frecuentes.

—En vista de que estamos siendo francos —indicó Blake—, seré sincero. No tengo la menor idea del procedimiento que utilizaba Jeremy, en cambio tú conoces el caso más que yo, por lo que sería adecuado que fueras el que hicieras la petición.

—¡Blake! —exclamó Chloe sorprendida, no podía dejar el prestigio de la firma en manos de un recién graduado que pertenecía a otra firma.

—Creo recordar que eres una de las litigantes con más éxito de Florida,

mi participación en todo caso es tratar de convencer al juez si a nuestro colega aquí presente le traicionan los nervios. ¿A qué hora es la audiencia?

—A las once y media de la mañana, Debo aclarar que la mediación comenzó hace una semana, fue bastante escabrosa para Jeremy y para mí.

El coche se detuvo frente al edificio gubernamental.

—Allá vamos —dijo Tobey, siendo el primero en bajarse, seguido de Blake, que esperó a Chloe para subirlas escalinatas.

Durante el corto recorrido, barajó todas las posibilidades que pudieran encontrarse y llegó a la conclusión de que la presencia de Sophia solo era imprescindible si el juez aceptaba el testigo. En eso debía centrarse, en evitar que la llamaran como testigo. Subieron a un ascensor y en cuanto las puertas se cerraron, decidió dar la sugerencia.

—En tal caso de tener las pruebas y un nuevo testigo, se puede evitar que Sophia suba al estrado.

—¿Por qué? —preguntó Chloe—. Todos vosotros queréis sacarla de la ecuación y ninguno se ha atrevido a preguntarle si ella quiere participar.

—No está preparada.

Chloe lo miró con rencor y sintió tristeza por Sophia, dudando de ese amor que crecía en ellos. Había sido un accidente traumático y algo le indicaba que si supiese los hechos del caso se sentaría a dar su testimonio, se había criado con valores y la justicia era uno de ellos. Volvió a mirar a Blake, conociendo lo que en el fondo escondían esas palabras, el miedo a perderla.

El ascensor se abrió y dieron un par de pasos hasta llegar al despacho del juez.

—Es testigo y debe estar en el juicio —dijo Chloe desafiándolo.

—Sophia no será testigo, no permitiré que pase ese trago amargo —advirtió Blake con seguridad.

—¿Y se puede saber por qué? —Preguntó un hombre que se acercó de

inmediato a ellos.

Chloe reconoció enseguida esa voz rasgada, descubriendo el plan de Frank Clifford. Lo había persuadido para que se presentase quién sabía con qué excusa. Sabía de sobra que estaba informado de cada paso que estaba dando la firmam sin olvidar que estaba al tanto de la historia de sus padres y de la de Blake, por lo que en cuanto dijera su nombre lo reconocería. Era su venganza. Frank no le perdonaría el haber apartado sus ambiciones por amor, quería que se diera cuenta que no encajaba en los Baute por mucho que Ángeles y Eduardo lo apreciaran. Ellos eran distintos a Victor y, una vez más, todos eran sus títeres.

Blake se giró ante la pregunta formulada, encontrándose con un hombre tan alto como él, con rasgos latinos, pero lo que le llamó la atención fueron los ojos del mismo color de los de Sophia. Parpadeó varias veces, manteniéndose en silencio, tratando de recordar esa cara que juraba haber visto antes. El hombre también se fijó en él con detenimiento, sonriendo cinco segundos después, sorprendido hasta donde había llegado el joven gracias a su empeño y esfuerzo, no esperó más para asegurarse de que no se equivocaba era el mismo chico al que sus padres habían ayudado años atrás.

—Eres Blake Clark. —El aludido abrió los ojos, sorprendido—. Soy Victor Baute.



Sophia volvió a casa con mayor seguridad a como había salido, le prometió a Patricia visitar a las futuras gimnastas y hablarles de su experiencia. Se lanzó a la cama, sacó su móvil del bolso y se encontró varias llamadas perdidas de Blake, prefirió no responderle, a cambio, llamó a la especialista que le había tratado pidiéndole información de centros de rehabilitación en la ciudad para los próximos meses.

Bajó de nuevo hasta el despacho de su abuelo, abrió el portátil para hacer el traslado de universidad y una vez que recabó toda la información, sintió una tranquilidad absoluta. Cerró los ojos imaginando su futuro inmediato, el poder terminar su carrera. Su intuición le indicaba que no podía seguir arriesgando su salud, aunque sí podía evitar futuras recaídas.

Se atrevió a soñar por unos segundos con volteretas, serpentinas, saltos y lanzamientos; soltó una risita cargada de ilusión, abrió los ojos pensando que debía contárselo a Blake. Lo que la llevaba a recordar su extraña actitud. Entendía que quisiera protegerla y debía hablar de ello; las próximas pruebas a las que debía enfrentarse debía hacerlo sola.

Sonrió de nuevo levantándose y tarareando la melodía que usaría en la exhibición a la vez que trató de hacer algún que otro paso.

??

Blake le estrechó la mano al que sería su futuro suegro mientras se preguntaba qué rayos responderle. «Con respecto a tu pregunta, el motivo es tan sencillo como que salgo con tu hija». Sería ideal, sin embargo, Sophia no estaría de acuerdo, lo más probable era que quisiera contarle a solas. «Otro secreto», se dijo para sí, «definitivamente me he equivocado de profesión, el

papel de cura me queda a la perfección».

—Retomando el tema —señaló Victor—. He de imaginar que conoces a mi hija y tengo curiosidad por saber por qué afirmas que no es conveniente. —Su tono no fue precisamente conciliador, incluso para Blake era más una provocación.

—Tenemos otra persona que está dispuesta a dar su testimonio —le respondió con cautela por Sophia, preferiría contenerse antes de que ella lo odiase—. No veo necesario que tenga que revivir una situación traumática.

—Estaba en conocimiento de ello —añadió Victor—. Lo que me tiene un poco desconcertado es lo seguro que estás cuando hablas de mi hija; no sabía que os conocíais y teníais tanta confianza. —De nuevo ese tono. Sus hombros se tensaron, su actitud prepotente distaba mucho de la de Eduardo y Ángeles. Blake rio para sus adentros, si quería escuchar la verdad, se la diría, no lo intimidaba para nada, siempre había luchado con gente como él y no iba hacer la excepción.

—Más que confianza, ella es...

—Creo que ese es el representante de los acusados —indicó Chloe interrumpiéndolos, no era momento de ese tipo escenas. Había creído que Blake tomaría otra salida, pero en vista de su actitud, decidió intervenir. El muy idiota había caído en la trampa de Frank y sintió culpabilidad por no haberle advertido en cuanto pudo, pero él no la dejó hablar.

—Sí —añadió Tobey—. Es Anderson, el representante de Tom Morgan. —La tensión subió a medida que se fueron acercando.

Victor, más que sorprendido, estaba cabreado. Su hija le dijo que estaba meditando, había cambiado muchas cosas y tenía la intuición de que Blake tenía algo que ver. No era un hombre de prejuicios, su inconveniente estaba en la historia que llevaba a sus espaldas el joven y no quería eso para su hija, ya había sufrido mucho, solo deseaba verla feliz el resto de su vida.

Se pasó la mano por el pelo entendiendo por qué Frank Clifford había movido tantos hilos para que presenciara esa mediación, ahora comprendía ese interés y se sintió un completo imbécil por creer nada. Sus padres se lo habían aconsejado, pero esa necesidad de encontrar culpables y que pagaran fuese como fuese lo cegó. No se esperaba descubrir de esta manera un secreto de su hija y del que sus padres tenían conocimiento, se sentía traicionado, frustrado.

Estrechó la mano del abogado defensor y, de inmediato, pasaron para la mediación. Una hora después fue tal como esperaban, el caso se reabría y el juez aceptaría los nuevos testigos, así como unas pruebas que había encontrado Tobey. Victor confirmó sus sospechas. Blake dio una cantidad de argumentos para que Sophia no atestiguara.

Estaba indignado a que su propia familia no confiara en él para contarle lo que ocurría. Se dedicó durante semanas a encontrar pruebas y contactos para que se hiciera justicia y así su hija pudiera vivir en paz. En cambio, Sophia le ocultaba la verdad; jamás creyó que llegase a tanto y la única conclusión a la que llegó fue que había sido persuadida por ese joven.

Su móvil comenzó a repicar sacándolo de sus pensamientos, lo sacó de su bolsillo y respondió de inmediato.

—Dime ¿qué tal ha ido? —preguntó Frank Clifford al teléfono y Victor no iba a perder la oportunidad de saber qué ganaba en todo esto.

—Cómo predijiste, y a todos nos ha tomado por sorpresa el cambio de abogado.

—Recuerda que los letrados que trabajan en mi firma están perfectamente cualificados para representar a cualquier otro en casos excepcionales y Jeremy está enfermo —respondió con seguridad.

—Entiendo. Ahora me gustaría saber qué ganarías en cuanto me diera cuenta de que es el tipo con el que sale mi hija —indicó sin tapujos. Frank

rio.

—Sabía que lo descubrirías enseguida, siempre he dicho que debiste seguir los pasos de tu padre, sabes negociar y encuentras la verdad de los hechos al minuto. Solo quería dar un pequeño escarmiento a mi pupilo.

—Hablas conmigo, Frank, no con los abogados que trabajan en tu bufete.

—Clifford volvió a reír.

—Sabes que no soy de andar por las ramas. Cuando te digo que es para dar un escarmiento es porque lo necesita, algunos olvidan de dónde provienen y quieren creer que tienen oportunidades, sabes a que me refiero —señaló Frank.

—En efecto, creo que es hora de que vea la realidad. Hasta pronto. —Se giró para despedirse y se topó con Chloe, que lo miraba fijamente. Se acercó a ella conteniendo la rabia y le estrechó la mano.

—Es un placer volver a verte.

—Victor, lo siento y si me permites ¿podría darte un consejo?

—Buenos días —respondió dándole la espalda. «¿Quién se cree Chloe Clifford?». Conocían de sobra sus andanzas, su único fin en esos instantes era encararse con Blake. Nadie volvería a ocultarle secretos.

—Te daré un consejo, Blake Clark, aléjate de mi hija en cuanto termine el juicio.

—Es ella quien lo decidirá.

—Lo hará en cuanto sepa quién eres realmente. —Blake tensó la mandíbula, frunciendo el ceño.

—¿Y quién se supone que soy? ¿El chico que decidió salir adelante a base de esfuerzo y perseverancia? No creo que eso te moleste. ¿Cuándo te convertiste en un esnob? —Victor dio otro paso, aproximándose hasta estar cara a cara por la provocación de sus palabras.

—Te lo repito, aléjate de mi hija. Sé muy bien quién eres, tarde o

temprano terminarás como tu padre. —Se miraron por unos segundos y se alejó. Blake apretó el puño maldiciendo a esa sombra que le perseguía.

—Es hora de que nos sentemos a hablar —le indicó Chloe en tono conciliador, tratando de ser su apoyo le sujetó la mano, pero Blake se soltó con brusquedad.

—Vosotros, los Clifford, habéis creado todo este montaje y os felicito, lograsteis lo que deseabais, destruir mi vida.

—Esta vez no tengo nada que ver, es lo que intentaba contarte. Ya no importa, entiendo ahora por qué Frank se fijó en ti. En lo único que piensas es en tus propios intereses. —Se giró dejándolo solo, si no quería escucharla, allá él, suficiente tenía con saber la verdad de sus orígenes y soportar cómo defendía lo que sentía por Sophia.

Blake cerró los ojos apoyándose en la pared, maldiciendo una y otra vez su suerte. No tenía ni idea de cuál sería el siguiente paso de Victor. Se sentía ofendido y humillado porque lo comparara con su padre. Toda su vida había intentado ser transparente y su único delito había sido dejarse llevar por la rabia, haciendo estupideces en un momento en que tocó fondo, y no sería el primero ni el último en hacerlo.

Estaba tan cansado, llevaba doce años con esa carga, tratando de demostrar que no era como él y a la primera de cambio, se lo echaban en cara; de nada había servido tanta lucha. Soltó aire decidiendo salir del edificio. Lo que ocurriera a partir de ese instante debía aceptarlo siempre y cuando pudiera defenderse. Se encontró el coche esperándolo a las afueras, no le apetecía ver Chloe, pero tenían una reunión que habían acordado después de la mediación. Rogó que fuese rápida para volver al aeropuerto y cambiar el billete de avión.

Deseaba ver a Sophia, no estaba seguro, pero quizás fuera la última vez y tenía la esperanza que no lo juzgara a pesar de tener todo en contra. Abrió la

puerta del coche y entró, encontrándose a Tobey y el chófer dentro.

—¿Dónde está Chloe?

—Decidió ir al hotel, me pidió que te diese esto. —Tobey le entregó una nota doblada, Blake la desdobló.

«Siento que seas parte de todo, intenté decírtelo». Blake resopló, preguntándose qué quería decir, arrugó el papel y concluyó que debía acabar con ese maldito juego de una vez y para siempre, dándole igual si le costaba su carrera.

—Tobey, quiero ir a ese hotel.

—Pero...

—Eres muy bueno y serás capaz de hacerlo en cuanto Jeremy te dé las directrices que necesitas. —Tobey parpadeó varias veces y se giró al frente para darle las indicaciones al chófer de dónde dirigirse. Chloe llevaba la mañana insistiendo que necesitaba hablar y le daría la oportunidad, simplemente para mandarla por un tubo, no podía creerla, así como así.

«¿En qué momento se me ha escapado de las manos mi futuro? ¿Cuándo se ha vuelto todo en mi contra?». Se preguntó y no tenía respuesta. Al llegar al hotel se bajó con su equipaje y se despidió de Tobey.

—Gracias, no te dejes impresionar con tanta facilidad.

—Comienzo a entender el trabajo de firmas como Clifford & Asociados. —Blake sonrió y deseó por un instante que alguien le hubiera dado un consejo parecido.

Le estrechó ka mano y entró. Después de lograr que el recepcionista le diera el número de habitación de Chloe, subió de inmediato y tocó la puerta.

—Aquí estoy —le dijo Blake en cuanto abrió la puerta—. Ahora puedes decirme eso que te tiene tan nerviosa.

—Hubiera preferido otro lugar, pero me lo has puesto difícil.

—¿Cómo quieres que confíe en ti cuando has intentado destrozarme la

vida?

—Lo siento —dijo con pesar Chloe. Blake vio arrepentimiento en sus ojos, así como también lo que había vivido una vez: estar perdido en el mundo.

Sin saber por qué, la abrazó, y Chloe no pudo contenerse y lloró con desconsuelo. Blake optó entrar a la habitación y averiguar qué demonios pasaba. Cerró la puerta y esperó que se tranquilizara.

Lo que ninguno se imaginó que estaban siendo espiados. Después de tomar las fotos, las envió junto a un mensaje.

Tobey

Espero que le sirva, he cumplido con lo que me ha pedido.

Frank

Excelente, bienvenido a Clifford & Asociados.



Blake regresó a Florida en el primer vuelo que pudo encontrar. Lo que le había contado Chloe era desolador. Sintió pena viendo reflejado parte de su pasado, el engaño de su padre a su familia, sin olvidar la frustración al enterarse de esa venganza por parte de Frank Clifford. Sin defensa ante un Goliat como ese, sabía que la tenía todas perdidas y odiaba perder. Se aferraba a que los Baute no tuvieran conocimiento de ello, pero la duda estaba sembrada.

Volvió a su apartamento, dejó la maleta y decidió arriesgar su última oportunidad. Buscó su casco, su chaqueta y bajó para ir en moto hasta casa de los Baute. Pasaban las diez de la noche cuando aparcó un poco alejado y llamó por el móvil a Sophia, que siguió sin responderle, hizo un segundo intento y sucedió lo mismo. Se llevó la mano a la cabeza y se le ocurrió la idea más absurda que jamás se había imaginado y es que, en lo referente a su chica, siempre terminaba de hacer el papel de adolescente.

Sin hacer ruido llegó hasta la puerta trasera y la saltó. Ahora le quedaba lo más importante, ubicar cual era la ventana que daba a la habitación de Sophia. Recogió un par de piedrecillas del jardín, cerró los ojos recordando la ubicación de la casa y los abrió dando unos cuantos pasos hasta llegar a varias ventanas.

Negó con la cabeza, había sido un iluso al creer que sería fácil. Tragó saliva y lo dejó al azar, ya no tenía más nada que perder, lo que podría pasar era que Eduardo se enfadara y lo echara a patadas. Lanzó la primera piedrecilla sin resultado alguno, lanzó tres más y una luz se encendió, una

persona se acercó a la ventana y dio gracias a Dios.

Sophia veía una película bastante patética tratando de mantener la mente centrada en cualquier otra cosa menos en Blake; no sabía nada de él y se reprochaba por no llamarlo, ese orgullo que salía de vez en cuando era el culpable. Al caer la noche tuvo una sensación bastante desagradable. Su mente siempre jugaba con sus sentimientos y evitó a toda costa pensar en ello, pero fue en vano. Sentía que tras ese viaje todo cambiaría y no para bien. Un ruido desde la ventana la hizo reaccionar, evitó darle importancia antes de que las paranoias aparecieran, pero volvió a escucharlo.

Se levantó encendiendo la luz, dispuesta a descubrir de dónde provenía; supuso que tal vez llovía y eran las gotas que chocaban con el cristal y se llevó una enorme sorpresa en cuanto vio a Blake abajo. Su corazón se aceleró, dudó sobre qué hacer, si abrir la ventana y gritarle qué rayos hacía allí, pero de inmediato pensó que sus abuelos la escucharían. Se alejó buscando su móvil, que lo tenía apagado por falta de carga y lo encendió encontrándose un par de llamadas perdidas de Blake. Salió de la habitación y bajó con cuidado las escaleras hasta abrir la puerta de la terraza.

—¿Por qué demonios no coges mis llamadas? —le reprochó Blake entre susurros. Sophia parpadeó varias veces, frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó sin susurrar. No tenía derecho de reprocharle de esa forma cuando era quien tenía mucho que aclarar.

—Quería verte —le respondió.

—Podías haber venido mañana.

—Llegué hace una hora y media, por lo que no quise esperar más —le dijo acercándose a ella. El corazón de Sophia se aceleró, a punto de ceder y necesitaba evitar que sucediera. Que sintiera un poco de pesar al igual que

ella, llevaba todo el día llena de dudas y preguntándose por qué no había podido ser sincero—. Sé que te debo muchas explicaciones, pero, por favor, no me rechaces.

—Blake, ¿no crees que es tarde para eso? —indicó. Él temió lo peor, deseó estar preparado a todo lo que pudiera decir—. ¿Te imaginas que los vecinos te hubieran visto?

«¿Vecinos? ¿Y a quién le importan los vecinos? De hecho, en ningún momento he pensado en ellos», dijo para sí. Sonrió de lado y se acercó aún más.

—Les explicaría que venía a ver a mi chica como cuando ellos eran jóvenes y salían a hurtadillas a sus encuentros furtivos. —Sophia se echó a reír tapándose la cara, dio un par de pasos y Blake la recibió con un abrazo, subió la mano a su rostro y lo acarició con ternura hasta besarla. Cuánto añoraba volver a probar sus labios, sintió su piel erizarse y se quitó la cazadora para cubrirle el cuerpo.

—Gracias —le dijo Sophia—. No sé si podré dejarte ir.

—No quiero irme —le respondió Blake, el solo abrazarla había podido calmar esa ansiedad que mantenía y proporcionarle la paz que tanto había necesitado.

—No te irás —dijo una voz desde la entrada de la terraza—, pero si no entráis creo que los vecinos van a echarnos la bronca —indicó Ángeles desde la puerta. Lo último que imaginaban era que los pillaría infraganti. A Blake nunca se le había pasado por la cabeza entrar a hurtadillas en una casa para poder liarse con alguna chica con las que había salido. Su único cometido era lograr una beca y llegar a lo más alto para demostrar que sería una persona distinta a su padre y Sophia no tuvo tiempo para ello. Sus entrenamientos y competiciones la mantenían con un horario estricto, evitando todo tipo de

distracciones.

—Fingiré que no he visto nada. Lo que si os aconsejo es que los ruidos los dejéis para otra ocasión, no creo que Eduardo lo permita —dijo dejando la puerta entreabierta. Se miraron y rieron ante un momento bizarro. Sophia le tendió la mano y juntos entraron a la casa sin hacer mucho ruido.

La adrenalina volvió a aparecer ante cada escalón, fue la primera en dar el paso, deteniéndose para besarlo con premura. Blake, deseoso de volver a besar su cuerpo, no pudo contenerse y en cuanto cerraron la puerta de la habitación olvidaron el consejo para dar rienda suelta a la pasión que sentían.

Se quitaron las camisetas con rapidez, Sophia le acarició el torso, mirándole a los ojos se alzó de puntillas para besarlo con dulzura hasta que Blake se dejó caer en la cama. Le desabrochó el botón y bajó el vaquero como pudo mientras volvía a besarlo con lentitud, bajando por su pecho y estómago. De nuevo le demostraba que su entrega era sincera e inocente, mientras él era un miserable y egoísta ocultándole lo que sabía.

Chloe tenía razón, se había convertido en el hombre que deseaba Frank Clifford. La alejó para admirarla, acarició su rostro quería recordar cada gesto, forma e imperfección y que jamás se borrara de su mente.

—Blake, ¿me contarás qué sucede? —le preguntó Sophia preocupada.

Deseaba hacerlo y, a la vez, tenía miedo de perderla. Era la primera vez que una mujer lo quería sin ningún motivo, que confiaba en él sin la sombra de nadie atrás. No, no podía contarle la verdad, prefería amarla y tener ese recuerdo para siempre. La giró dejándola debajo de él y la besó primero en la cabeza, bajando por sus mejillas y cuello. Sophia, decepcionada de nuevo porque no se abriera del todo a ella, deseó contenerse, sin embargo, su cuerpo traicionero respondió a esas caricias, encendiéndose y dejándose llevar con una extraña sensación de que todo cambiaría a partir de ese instante.

Se despertó de nuevo sola, después de asearse bajó con la esperanza de encontrarlo hablando con sus abuelos, pero tampoco sucedió. Puso su mejor cara y desayunó lo que pudo. Los nervios se aglomeraban en la boca de su estómago con un sentimiento de inquietud que no le gustaba. Decidió dar un paseo y en el camino se mordía el labio, evitando que las lágrimas saltaran.

Al volver se llevó una amarga sorpresa en cuanto escuchó la voz de su padre discutiendo bastante alto. Desconcertada, fue hasta el salón y todos se callaron.

—Papá, mamá, ¿qué hacéis aquí?

—¿No puedo darle una sorpresa a mi hija? —señaló Victor con cierta ironía. Sophia observó a Ángeles afligida y Eduardo prefirió darle la espalda.

—Por supuesto, pero me dijiste que vendrías el viernes —respondió aún sin comprender qué sucedía. Meli fue hasta su hija y la abrazó como nunca.

—Estar en Florida te ha sentado tan bien, te veo como antes. —Victor bufó y esperó que se acercase para abrazarla dándole un beso frío en la mejilla.

—Estoy tan sorprendida que no sé qué decir —indicó la joven con sinceridad.

—¡Vaya! No sabía que ahora las sorpresas a los hijos no eran bien recibidas —soltó su padre de nuevo con ironía.

—Victor, por favor —rogó Mel.

Sophia Comprendió que esa visita no era una sorpresa, la sensación de que algo malo iba a suceder se engrandecía, el ambiente era tenso entre todos, nunca había visto a sus abuelos ni a su padre conteniéndose de la forma que lo hacían.

Victor sonreía con tanta falsedad que, por un momento, llegó a pensar que gritaría y le contaría.

—¿Qué te parece si salimos un rato y os invito a todos a comer como la gran familia unida que somos? —Para Sophia no era una simple sugerencia, era más que evidente que hablaba con sarcasmo. Eduardo soltó un largo suspiro y, sin decir nada, salió del salón. Ángeles negó con la cabeza, se limitó a sonreír y sujetó las manos de su nieta.

—Cariño, debes darte una ducha rápida para que disfrutes el día con tus padres —dijo después de un largo minuto—. Lamento no poder ir, tengo miles de cosas por terminar antes de la exhibición del viernes.

—¿Como encubrir?

—Sí, como lo he hecho con todos —respondió Ángeles en un tono dulce, dejándole claro de qué lado estaba—. Mel, estáis en vuestra casa —indicó despidiéndose sin tan siquiera mirar a su hijo.

Sophia concluyó que su padre se había enterado de su decisión de dejar la gimnasia. Siempre se había opuesto a eso y, por tanto, estaba enfadado con todos por no habérselo contado, incluso tenía la sospecha que iría a peor cuando se enterase del cambio de universidad. La miró como solía hacerlo y sonrió.

—¡Ve, Sophia! Quiero aprovechar el día.

—Papá, tengo algo que contarte.

—Soy todo oídos —indicó. No esperaba que fuera tan rápido, le daría tiempo para conocer su versión y, así entonces, uniría cada una para sentar a su hija y contarle lo que sucedía.

—Hoy es el ensayo general de la exhibición y, como sabes, he prometido ayudarlos. —Victor fijó su mirada en ella, sorprendido por que fuera más importante una exhibición que contarle toda la verdad.

—¿A qué hora es?

—A las siete de la tarde.

—A esa hora estaremos libres y, como me imagino que has tenido tiempo suficiente para conocer la ciudad, dejaré que nos guíes.

—Gracias, papá, conozco un par lugares que os gustarán.

—Ya lo creo, siempre me sorprendes. —Sophia no supo cómo tomarse esa respuesta. Se limitó a sonreír y subió a cambiarse.

Ángeles entró al despacho donde estaba su marido tamborileando los dedos en la mesa. Desde un principio no estuvo de acuerdo con que Frank se hiciera cargo del caso, pero su hijo había insistido tanto que decidió mantenerse al margen. Ahora veía que dos de las personas que más querían sufrirían en cualquier momento.

No sabía hasta qué punto Blake estaba pagando las consecuencias de no ceder a los deseos de otro, pero le dolía lo que pudiera sucederle. Comprendía por qué la noche anterior había aparecido y por qué se fue en el amanecer, todo tenía que ver con Frank y Victor. Se sentó frente a su marido mirándolo con tristeza y preocupación.

—Dime que podrás detener a Frank.

—El domingo me llamó Chloe bastante afligida —le confesó—. Me era imposible creerlo y, tras meditarlo, comprendí que esto viene de hace tiempo. No es más que una venganza de Frank hacia el padre de Blake. Creí que había pasado página viéndolo en prisión, pero veo que no, tal vez, como solía decir en esos momentos, su apellido había quedado manchado a pesar de que lo ayudase a salir airoso.

»Lo que me duele de todo es descubrir que nuestra amistad siempre fue por un motivo en concreto y era poder llegar hasta Blake. Como si eso pudiera hacerle daño a su padre. Haré todo lo posible para que no suceda, creo que es hora de llamarlo para averiguar qué tanto sabe y es momento de

que hables con Jhoanna, de pedirle que por esta vez te ayude. Tengo la intuición que hoy será el último día que veremos a Sophia.

Ángeles lo miró a los ojos y afirmó con la cabeza, evitando llorar. Los secretos siempre traían consecuencias y una de ellas ocurriría a partir de ese momento, se levantó y dejó a su marido solo para hacer lo trazado.

Sophia, junto a sus padres, recorrió varios sitios de interés turístico, comieron cerca de la playa y al entrar a uno de los museos, recibió un mensaje que no supo descifrar

Blake

No tienes ni idea cómo has cambiado mi vida y me has hecho recordar que todos merecemos ser felices.

La sensación pasó a ansiedad. Convencida que algo no marchaba bien y de que ese mensaje era el comienzo, hizo un esfuerzo para sonreír en cuanto vio a su madre acercarse y miró el reloj contando las horas para el ensayo.

Blake aceptó reunirse con Eduardo para contarle los verdaderos motivos de Frank Clifford. En ningún momento había imaginado que los casos se entrelazaban, lo odió con todas sus fuerzas. Quería comprender qué ganaba al hacerlo su pupilo y lo comprendió, quería verlo hundido. Una consecuencia de los actos de su padre. Había llegado la hora de contarle a su madre lo que había ocurrido.

Muy a su pesar, Eduardo consideró que Sophia debía tener esa charla pendiente con su padre, allí conocería la verdad; estaba seguro de que después de ese desencuentro entre él y Victor trataría que la balanza se inclinara a su favor. Muchas veces era necesario escuchar, por mucho que intentara influenciarla, confiaba que tomaría la mejor decisión. Se levantaron para despedirse, Eduardo le estrechó la mano, pero Blake, sin poder

contenerse, lo abrazó. Todo con lo que había soñado se le escapaba de las manos en segundos, lo que más temía se cumplía: lo comparaban con su padre. Tantos sueños, tanto esfuerzo para derribar cada obstáculo y allí estaba, sin salida.

—¡La vida es una mierda! —masculló el joven con gran decepción.

—No, no lo es —respondió Eduardo—. Y tú más que nadie encontrarás la solución, como siempre lo has hecho.

Aquel que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los "cómos".

Friedrich Nietzsche.



A las seis y media de la tarde Sophia y sus padres llegaron a U.P.B. Los chicos la saludaron con cariño y familiaridad, desconcertando un poco a Victor y a Mel que siguieron hasta el pequeño teatro mientras ella se apresuraba ir a los vestuarios para cambiarse por unas mallas y un top y luego ir a bastidores a calentar.

A las seis y cuarenta llegó Blake con las ideas más claras. Nadie, ni siquiera Frank Clifford, lo iba a humillar como deseaba. Asesorado por Eduardo regresó al bufete dejando la renuncia definitiva. También le recomendó volver a comenzar presentándose para fiscal en otro estado, ese último consejo debía meditarlo después de hablar con su madre y hermana. No quería huir y seguir dejando problemas sin resolver. Si tenía que empezar de cero de nuevo lo haría con la cabeza alta. Aparcó el coche y entró a la asociación topándose con todos los que participarían en la exhibición. Llegó a los bastidores donde la vio sonriendo y hablando con Kelly.

Sería duro alejarse de Sophia, sería duro que la decisión que tomara fuera regresar a Durham llevándose su corazón. Se acercó, dándole un beso en la mejilla, manteniéndose unos segundo más de la cuenta para recordar su fragancia tan peculiar a fresas, bosques y dulces; le acarició el rostro y la abrazó.

—Sophia, después del ensayo hablaremos, te lo prometo.

—Está bien —respondió la joven. Nada marchaba bien desde esa llamada y ese sentimiento embargó su corazón. Elena la llamó para preguntarle sobre unas telas del vestuario, desde allí observó un reflejo triste en los ojos de

Blake y eso le preocupó mucho más.

A las siete menos diez, un coche último modelo aparcó frente a la asociación. Una hora antes Chloe se había enfrentado a Frank Clifford, conociendo la verdad de sus orígenes. Era el producto de un juego de seducción. No conforme con destrozarle la vida, aprovechó para decirle que su desafío tenía consecuencias y entre ellas sería enviarla fuera del país hasta que aprendiera de qué lado debía estar siempre. A su vez, le contó su empeño con Blake, su sed de verlo hundido.

—Al enemigo siempre es mejor tenerlo de cerca—le aclaró Frank. Asqueada a todo lo que la rodeaba le dio la espalda para marcharse, no sin antes escucharlo por última vez—. Mañana estarás volando a Europa, no porque yo quiera, sino porque te sentirás culpable de lo que sucederá.

Esas palabras le taladraban el cerebro. Tenía que llamar a Blake y advertirle de cualquier treta de Frank Clifford; lo intentó un par de veces saltando el contestador. Observó la hora, pensando en el único lugar donde podía encontrarlo y se dirigió hasta allí. En cuanto aparcó se debatió en seguir o no adelante. Blake haría todo lo que fuera para que Sophia no sufriera y eso la carcomía por dentro, ya que nadie se preocupaba de esa manera por ella.

La odiaba, por su culpa su vida jamás volvería a ser la misma, pero no podía dejar que Frank siguiera haciendo daño a su antojo o por mero escarmiento, creyéndose tener el poder de juzgar y señalar. Apagó el motor y se bajó con la esperanza de haber llegado a tiempo.

A las siete menos cinco, Sophia escuchó al chico de sonido dar la orden para comenzar el ensayo. Recordó sus momentos de competición y de nuevo la adrenalina corrió por sus venas. Decidió apagar el móvil y, antes de hacerlo, la señal de un mensaje apareció. El número que figuraba lo

desconocía, a punto de borrarlo le intrigó, por lo que abrió.

Desconocido

La verdad siempre puede ser cruel al final.

Abrió la primera imagen parpadeando varias veces, tratando de pensar que era producto de su imaginación, pero no lo era. La segunda imagen era el mismo lugar y las mismas personas y la tercera imagen terminaba en la entrada a la habitación. Miró a Blake, que se acercaba a ella deteniéndose abruptamente.

—La verdad siempre puede ser cruel al final —le dijo, estrellándole el teléfono en el pecho, y salió corriendo. Blake solo pudo ver la primera foto y comprobar lo que sucedía.

—¡Maldita sea! —Corrió detrás de ella logrando detenerla en la puerta de entrada donde se toparon con Chloe. Sophia se giró a uno y al otro.

—Y ahora viene la parte en la que me decís que todo era un maldito juego por vuestra parte.

—¿Qué has dicho?! —gritó Blake—. ¿Crees que soy capaz de eso? Estas fotos no demuestran nada, solo que un miserable quiere separarnos.

—Si es como dices, tienes diez segundos para contarme la verdad —le advirtió. Blake se pasó la mano por el pelo mirando a Chloe, que se mantenía en silencio, sorprendida a que Frank actuara de esa forma tal vil. Sophia vio que no tenía cómo defenderse, sentía un dolor aún más fuerte que el que había sentido cuando supo que Kenneth había fallecido—. Me has mentado todo este tiempo, he confiado en ti, he creído en ti y solo me has usado.

—Sophia, Blake dice la verdad —dijo Chloe en cuanto vio el dolor de sus palabras y creyendo estar en *déjà vu*. Cuando descubrió a Ryan, sintió un terrible dolor en su pecho, había confiado y creído en él, le había entregado su corazón.

—¿Y cuál es la verdad? —le dijo quitándole el móvil a Blake de la mano para dárselo a Chloe—. Dime que no eres tú.

Temblorosa, Chloe abrió la imagen y cerró los ojos, se pasó la lengua por los labios. No podía mentirle, la imagen era nítida y volvió a mirarla para contarle la verdad.

—Ayer me ayudó, estoy pasando un momento muy difícil. En cuanto vio mi estado vino a verme para evitar habladurías.

—¿Ayer? —Sophia se giró a Blake—. Ahora comprendo esa llamada y que te aparecieras en la noche con esa urgencia, era solo remordimiento de conciencia. Me habéis engañado todo este tiempo. He creído en ti —dijo desconsolada—. Por una vez dime la verdad, te lo ruego ¿te has acostado con ella?

—Sophia, te ha dicho la verdad —intervino Chloe observando que cada vez tenían más testigos, no deseaba más rumores y optó por darles una sugerencia—. Creo que no es el mejor momento para responder.

—¡Dios! ¡Lo habéis hecho!

—¡¿Qué?! —exclamó Blake ante las conclusiones que sacaba—. ¿Crees que te engañé? ¿Me crees capaz de eso?

—¡Ya no sé ni en lo que creer!

A Chloe le indignaba que fuese tan intransigente, como si Blake hubiera cometido el peor error de su vida. No comprendía por qué le molestaba que se acostara con ella y no con otra y eso la enfureció.

—¿Y qué importa si nos acostamos? —indicó Chloe—. Es soltero y puede hacer lo que le dé la gana, me pregunto si es lo que realmente quieres escuchar, pero, para mí desgracia, no fue así. Lo intenté varias veces y el muy idiota solo ha tenido ojos para ti desde que te conoció y Dios sabe cómo maldigo ese día, aunque si prefieres seguir creyendo en esas fotos, adelante,

hazlo, al menos me dejas el camino libre. —Se giró a Blake, sintiendo que tal vez sería la última vez que lo volvería a ver y le dio el móvil—. Te lo advertí, él haría lo que fuese para hacerte daño. —Observó por última vez el lugar, se dio la vuelta y caminó hasta la salida.

Sophia fijó sus ojos en Blake de nuevo, había tantas dudas y omisiones que no podía seguir a su lado, necesitaba seguridad, no temor y, sobre todo, confianza entre ellos.

—Apareciste en mi vida en la peor época, no es la primera vez que me humillan con crueldad y no sé cómo se puede amar a una persona cuando ni siquiera confía en ti. Creí que te conocía y me he equivocado. —Blake intentó acercarse, pero Sophia se alejó con las lágrimas en los ojos, frustrándolo porque, en un par de minutos, había perdido todo. La señaló.

—Desde la primera vez que te ofrecí mi ayuda fui sincero, lo que siento por ti jamás lo había sentido. Esa noche que me pediste ayuda y nos sentamos uno al lado del otro encontré la paz que tanto necesitaba, desde esa vez no pude olvidarte, he tenido que luchar con todos, incluso con mis demonios, porque me enamoré de ti y me estás diciendo que vas a creer en unas puñeteras fotos que hicieron con un solo propósito.

—¿Propósito? ¿Y quién quiere hacerme daño? ¿No parece es con lo que he vivido? Mi prometido murió a mi lado, muriendo con él todos nuestros sueños, mi vida cambió esa noche.

—¡Kenneth, Kenneth, Kenneth! —exclamó Blake, harto de que fuera un gran obstáculo—. De alguna forma termina interponiéndose, he llegado a pensar que me comparas con él y lo siento por no ser el perfecto Kenneth. Estoy tan harto de luchar con un fantasma que no tengo fuerzas y lo que más me jode es que lo volvería hacer por ti.

—Te dije que te alejaras —indicó Victor acercándose a Sophia, que fue

abrazada de inmediato por su madre.

—¡No te metas! —advirtió Blake—. Sophia es capaz de defenderse sola, es una mujer fuerte, a pesar de que creas lo contrario.

—Te recuerdo que es mi hija y no permitiré que le hagas más daño con tus mentiras. —Blake bufó y sonrió de lado.

—¿Mentiras? Yo no le he mentado, en cambio, vosotros sí. ¿Por qué no le cuentas la verdad?

—Todo tiene su momento—respondió Victor encarándole.

—¡Que hipócrita eres! Al final no soy yo quien me parezco a mi padre. —Blake no vio llegar el golpe que le propinó Victor. Se tambaleó evitando caer al suelo, se frotó la mandíbula sin dejar de mirarle Victor con ganas de devolvérselo, pero volvió a sonreír—. ¡Así que tengo razón! —dijo provocándolo, la manera perfecta para dejarlo al descubierto—. Cuéntale por qué Chloe tuvo que ser amigable con ella cuando solo lo hacía para representarla porque tu única intención era reabrir el caso.

—¡Eres un hijo de puta! —vociferó Victor abalanzándose sobre Blake. Jackson y Eduardo lo sujetaron a tiempo, evitando que la situación empeorara.

—Di lo que quieras —prosiguió Blake—. Mientras te preocupabas más por la justicia para que volviera a las competiciones, olvidabas lo que Sophia deseaba. ¿Alguna vez te sentaste a su lado y se lo preguntaste? ¿Alguna vez te enfrentaste a sus miedos y te atreviste a luchar junto a ella? ¿Alguna vez la consolaste de verdad?

Sophia estaba tan desconcertada por ese enfrentamiento que no sabía qué interpretar. ¿De qué rayos hablaba Blake? ¿De qué caso? Recordó que nunca había testificado, así como tampoco le habían permitido despedirse de Kenneth. Su padre se había empeinado en que se recuperara para que

volviese a los entrenamientos. Según él, la mejor manera de ayudarla a seguir adelante sería retomando la vida que había pausado, así como también la gran deuda que tenían con los Hicks. Su padre quería que se hiciera justicia para poder llevar la frente en alto, sin importar el infierno que ella viviese.

Miró unos segundos a Blake, que le sonrió con tristeza.

—Ya no tiene importancia lo que creas de mí—le dijo el joven—. El único error que he cometido fue aceptar la imposición de tu familia, ocultarte que querían reabrir el caso. Decidí apartarme, porque un buen día apareció en mi vida una bella mujer con ojos almendrados que pedía a gritos salir de ese sitio oscuro en el que se encontraba y fui a por todas.

»Cada uno de los momentos que hemos vivido han sido verdaderos, de los que jamás olvidaré. Te prometí que encontraría la forma de que aprendieras a vivir y te confieso que me prometí a mí mismo encontrar las mil formas de aprender a amar y yo las encontré gracias a ti.

Se dio la vuelta y salió sin decir nada más. Tenía que dejarla ir, aprender a vivir sin ella, sin su sonrisa y sin poder seguir descubriendo esa mujer que empezaba a florecer, sin esa paz ni libertad de ser él, pero la amaba y debía aceptar la decisión de la vida, dejarla ir.

*Hay dos maneras de vivir su vida: una como si nada es un milagro,
la otra es como si todo es un milagro.*

[Albert Einstein](#)



Sophia lo vio cruzar la puerta y desaparecer. No había tenido esa presión en su pecho desde semanas atrás, se llevó la mano al corazón, tratando de respirar con profundidad y no pudo. Su madre se acercó a ella y se llevó una desagradable sorpresa, su rechazo.

—¡Aléjate de mí! —advirtió la joven como pudo.

Miró a su alrededor, necesitaba salir y necesitaba a una persona que no siguiera ocultándole nada más y la única era la que menos se imaginó, Jhoanna. Sorprendida abrió los ojos ante esa mirada fijada en ella. De todas las personas que había presenciado ese incidente, le pedía ayuda a aquella que la había menospreciado, pero al cabo de tres segundos lo comprendió, todos la trataban con cautela, ella no lo había hecho.

Sin dudar lo se acercó, pasándole el brazo por los hombros, y la sacó del lugar. No tenía ni idea de a dónde llevarla, solo le quedaba su apartamento, encendió el motor del coche y tomó rumbo.

Ángeles se limpiaba las lágrimas que corrían por su rostro. Con la cabeza en alto le pidió a Elena que se encargara de su ensayo, la escuchó pedir que volvieran al teatro para comenzar el ensayo general. Esperó con paciencia que todos se fueran y miró largamente a su hijo.

—Esto que ha ocurrido es vuestra culpa —indicó Victor, ofendido por la reacción de sus padres.

—No permitiré que nos culpes —señaló Eduardo—. Cada hombre sigue la dirección que quiere. En el tiempo que estuviste bajo mi techo te inculqué valores que dejaste en el camino. El comportamiento que has tenido desde

que llegaste es penoso.

»Sophia, tu hija, mi nieta, es la que ha decidido lo que quería en su vida, y llegar a comparar a Blake con su padre es de cobardes; has caído tan bajo que me avergüenzo. La vida es un camino de incertidumbre, te lo dije desde el primer momento en el que te empecinaste en llevar a cabo tu voluntad por encima de todo y no te importó a quién podrías llevarte por delante, a Sophia.

—Esa familia se merece tener la justicia de su parte.

—Pero no de la forma en que lo has manejado, te di mi consejo e hiciste oídos sordos. Hemos aceptado cada una de tus imposiciones y aquí estamos viendo las secuelas, no solo es una persona a la que has hecho daño, son tres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Victor, sin entender a su padre.

—Consideré a Frank como uno de mis grandes amigos y solo buscaba saldar lo que creía que era una vieja deuda. Encontró la oportunidad perfecta cuando le pediste ayuda. Su única intención era que Blake estuvieran en lo más lo alto y verlo caer. Con lo que no contaba en sus planes era con que él se prendara de Sophia, decidiendo sacrificar todo por ella, y tú le seguiste el juego.

»Ese pobre chico lo único que ha hecho desde hace años es luchar contra el mundo, y tú también lo juzgaste sin razón alguna. Si estaban predestinados a conocerse, ¿quiénes éramos tu madre y yo para meternos? Sé muy bien la carga que lleva, ya que los dos habían perdido la esperanza de volver a amar y Sophia lo aceptó, quizá porque reencontró en él esa esencia que tanto ansiaba volver a tener. Y tú, hijo mío, se la arrebataste. —Le dio la espalda rumbo a la salida.

—¿A dónde vas?

—A tratar de salvar a ese chico —indicó con sinceridad.

—¿Acaso es más importante que saber si Sophia nos desprecia y nunca

nos perdonará? —Eduardo se detuvo y ladeó la cabeza.

—Sophia tiene la capacidad de perdonarnos, me pregunto si estarás dispuesto a ver el resto de tu vida la tristeza en sus ojos. —Abrió la puerta y desapareció tras ella.

Victor se pasó la mano por la cabeza, seguía sin comprender por qué uno de los grandes amigos de su padre había actuado de esa forma. Fue hasta la oficina, donde estaban su mujer y su madre, tomó el pomo para girarlo y solo en ese entonces lo comprendió. Pegó la cabeza en la puerta de la oficina y se arrepintió de lo que había hecho. La puerta se abrió, encontrándose de frente con Mel.

—Creí que era la mejor forma de ayudar a Sophia.

—Te creemos —respondió Ángeles por las dos—. Pasa, Sophia está en buenas manos. no es momento de arrepentimientos, sino de encontrar soluciones. —Mel afianzó la mano de Victor y la puerta se cerró.

Jhoanna metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de su piso, un lugar bastante pequeño, sencillo y limpio. El salón estaba junto a una cocina americana con dos taburetes donde apenas podía estar una sola persona. El sofá era pequeño, para dos, una pequeña mesilla parecía que hacía de escritorio y había dos habitaciones que supuso que eran el baño y el dormitorio. Sophia la envidió, tenía un lugar para llorar sus penas y estar con la soledad sin que nadie estuviera al pendiente de ella.

—No es a lo que debes estar acostumbrada —indicó la joven.

—Jhoanna, no soy Marian, no critico ni juzgo a la gente. —La joven torció los labios y la miró por encima de las pestañas.

—Creo que sí lo has hecho. —Desalentada, Sophia se sentó en el sofá a la

vez que sus lágrimas volvieron a salir.

—Nunca había conocido una persona como Blake —le confesó con pena.

—Sé de qué hablas —respondió Jhoanna, acomodándose en el sofá—. Está muy bueno, baila como los dioses y te atrapa con esa sonrisa de lado —añadió medio en broma—. Sin embargo, es tan persistente que no descansa hasta cumplir sus propósitos. Tal vez por eso creí que algún día daría el paso, que sentía algo por mí, dejándome llevar por su actitud entusiasta y arrolladora.

—No sé qué decir en estos momentos —confesó Sophia.

—Es imposible negar que te envidio, los celos son muy malos consejeros, te hacen comportarte como una zorra. Eso que contó sobre la primera vez que os topásteis jamás lo compartí a su lado. Aseguraría que más de uno no le hubiese dado la importancia que Blake le dio; si es cierto que encontró junto a ti la paz que tanto necesitaba, entonces nadie podrá competir con eso.

—¿Qué quieres decir?

—Blake es un hombre atormentado. Desde que lo conozco se ha esforzado enormemente por demostrar honestidad mientras se fustigaba por los errores que había cometido antes.

—Nadie es honesto—indicó Sophia—. En algún instante mentimos u omitimos por el bien de otros. —La observó unos segundos y se atrevió a preguntarle—. ¿Por qué fuiste a U.P.B., Jhoanna? —Respiró resignada y, sin mirarla, le respondió.

—Ángeles me llamó y me pidió que asumiera mi responsabilidad. Si lo hacía, se encargaría de ayudarme a entrar como instructora en una de las mejores academias de baile. Pensé que tenías uno de tus ataques melodramáticos y te pido perdón, no tenía ni idea que había fallecido alguien a quien querías.

—No tienes por qué hacerlo, no lo sabías. —Jhoanna la miró de reojo.

—Soy consciente de que de aquí no nacerá una amistad, me duele que Blake te quiera y esté enamorado de ti, pero he entendido por qué tenía que estar allí. Debo darte las gracias por confiar en mí a pesar de lo que te hice.

—Eres la única que mantuvo su postura —dijo sonriendo con tristeza.

—Confieso que nunca había visto a Blake tan receptivo, lo has cambiado y me entristece que puede que no suceda de nuevo.

—No me culpes, por favor —le pidió Sophia.

—No lo hago, solo intento entender qué sucedió. No creo que Blake te engañase con Chloe; siempre estuvo detrás de él y creo que, por no menospreciarla, muchas veces le seguía el juego, posiblemente por su afán de demostrar que él podía llegar a tener éxito.

—¿Sabes por qué estaba tan obsesionado con ello?

—Creo que tiene que ver con su padre, nunca me contó y tampoco lo forcé. —Jhoanna se levantó y fue hasta la cocina—. Prepararé un poco de té —indicó desde allí.

No era la primera vez que escuchaba acerca de honestidad y principios, incluso Blake se lo había reprochado a Victor, su padre. Esa primera vez que le tendió la mano no hubo necesidad de hablar. Estar a su lado y mirar el horizonte fue suficiente para establecer una conexión entre ellos. Blake se había marcado el propósito que descubriera inolvidables detalles si se aferraba a la vida y no se había cansado de demostrárselo.

«Papá, me cuesta perdonarte este daño que me has hecho», se dijo. Todo ese tiempo la había tratado como si fuera una mujer débil. Se limpió una lágrima que se le escapó. Requería saber la verdad para poder decidir. Su mente y su corazón volvían a tener esa lucha interna y lo que más deseaba era correr a su lado, sin embargo, Blake le dio a entender que se daba por

vencido y dudaba que lo volviera a ver.

Si hay una piedra en el camino rodéala, sáltala, haz un puente por encima, pero siempre pasa la piedra y se fuerte.

Ángeles Machín



Eduardo encontró a Blake sentado en un banco. El sentimiento de culpa lo atormentaba, el chico estaba viviendo los daños colaterales de un asunto del que era inocente. Aún recordaba cuando había aparecido en su oficina, asustado y tembloroso, entregándole un sobre con la fotografía de él, su madre y Jenny junto a un trozo de papel con una evidente amenaza.

Estaba perdido y dolido ante el abandono de su padre. Su misma inocencia le hizo creer que tenía que ver con esos chicos con los que estaba comenzando a andar. En cuanto observó las pruebas, trató de calmarlo, pidiéndole que le relatara con detalle y despacio todo lo ocurrido. Minutos después hizo varias llamadas, cobijó su mano y le prometió que lo protegería, sin embargo, Blake le rogó que no le dijera nada a su madre y solo en ese instante comprobó lo solidario que sería en el futuro.

Estaba siendo consciente que tenía una gran disyuntiva cuando conoció lo que sucedía. Blake era menor de edad, no podía testificar, y no tuvo más remedio que contarle parte de la verdad. Nunca había podido olvidar el dolor y rencor en los ojos del joven. Lo persuadió para que lo ayudase a proteger a su madre y su hermana, incluso se inventó en esos segundos una invitación para pasar ese fin de semana fuera de la ciudad.

Le prometió que le contaría cada detalle sobre la denuncia que formularía. Todo lo hizo para encontrar algún vacío legal en el que no involucrara a la familia directamente y que Alice no se enterara de lo que estaba ocurriendo, a pesar de que tiempo después fuera llamada a declarar sin entender nunca el motivo real. Para Eduardo era vital que todo transcurriera con discreción,

conocía el diagnóstico de la mujer y esos chicos necesitaban que su madre se recuperara y no perderla.

Ángeles aceptó ayudar y les dieron el mayor de los regalos: un viaje a un parque temático durante cinco días, la mejor distracción para todos. Eduardo se sumergió entre artículos y leyes para ayudar a esa familia, los meses pasaron y, gracias a sus contactos en el mundo detectivesco, localizaron a Colton Clark con un extenso historial, todo un artista de la estafa, suplantación de identidad e intimidación y que, en ese momento, era sospechoso de colaborar en negocios turbios con ese cartel bajo el cual su amigo había estado amenazado por denunciarlo a fiscalía. Sin embargo, fue descartado por la justicia al no tener suficientes pruebas contra él.

El error que había cometido fue contarle a Frank Clifford lo ocurrido y, hasta el instante en que Chloe lo había llamado, no comprendió qué nexo tenían Colton y su amigo. Recordó entonces que Frank le confesó que estaba siendo chantajeado y, gracias a la información de un confidente, pudo detenerlo. Todo apuntaba a que el chantajista era Colton Clark.

Quizá Colton fue contratado para encontrar los trapos sucios de Frank Clifford, descubriendo su *affair* con Carol, la esposa de su hijo. Solo unos cuantos conocían su paradero y en lo que estaba involucrado y pocos podían lograr que lo detuvieran por estafa.

Aún recordaba a ese Blake adolescente volver cada semana a su despacho pidiendo que le contase, por lo que no tuvo más remedio que explicárselo todo con detalle y, ese día, el joven adolescente desapareció. Con una madurez que le sorprendió le dijo: «algún día seré como usted». Le estrechó la mano y salió desolado. Recurrió a Ángeles de nuevo y juntos intentaron que los Clark se trasladaran de estado y comenzaran una nueva vida. El día de su despedida se sentó al lado de Blake en silencio, esperando que diera el primer paso.

«Le prometo que no me meteré en más líos, le dije que sería como usted y ese será mi meta de ahora en adelante. Admiré a mi padre, quería ser como él, pero me equivocaba. Ahora quiero demostrar que jamás seré como la basura que es». Y así lo hizo, se esforzó cada día para hacerlo. Por esa promesa no iba a dejarlo solo. Se sentía avergonzado de que su propio hijo hubiera usado algo tan doloroso y que pocas personas conocían. Se sentó a su lado, esta vez no iba a esperar como ese día que diera el paso para descargar todo ese dolor que le removía por dentro, lo haría él, por honor y porque se lo merecía.

—En nombre de mi mujer, de Mel, de Sophia y del mío propio, quiero pedirte disculpas por la actitud de Victor —le dijo mirando al mar. Blake respiró con profundidad y negó con la cabeza.

—No tenéis la culpa, nunca podré librarme de esa maldita carga.

—Eres libre, hijo —le dijo con seguridad—. Desde el primer momento en que aceptaste ser abogado laboral diste a entender tu deseo de ayudar a los demás en situaciones muchas veces injustas.

—Tendré que contarle la verdad a Jenny y a mi madre y aceptar el consejo que me diste.

—Si quieres seguir mis pasos, lo mejor será que comiences de cero.

—Ese es el problema, estoy cansado de comenzar una y otra vez.

—Blake, cada día es un comienzo, eso se lo dijiste a Sophia —le dijo parafraseando sus palabras.

—Cada minuto recuerdo todo lo que le dije e hicimos, nunca podré olvidarla.

—No eres hombre de darse por vencido tan fácilmente. Os sobra el tiempo, sois jóvenes y el perdón existe. —Escucharon la melodía de un móvil que reconocieron enseguida. Se giraron para ver a Jenny de pie junto al bolso deportivo de su hermano. Intuyeron que había escuchado parte de la

conversación. Eduardo se levantó y le dio unas palmaditas en el hombro al joven.

—Cuenta conmigo para cualquier cosa y no te preocupes por Frank, creo que es hora de que vaya a hacer un par de hoyos y tener una larga conversación con él. Prométeme que lo olvidarás, si quieres avanzar debes comenzar a dejar el pasado atrás. —Se alejó, saludó con un abrazo a Jenny y siguió su camino.

Como siempre, había llegado tarde. Corrió a cambiarse y, al salir, Jenny se encontró con un barullo y escuchó rezagada. Intentó entender qué había sucedido, pero al escuchar trató de pensar que su hermano no había sido tan imbécil de hacerle semejante crueldad a Sophia. Estaba tan confundida, sobre todo cuando Blake había hecho referencia a su padre.

Apenas hablaba de él, pero el dolor en las palabras de su hermano la angustió. Decidió entrar al baño de nuevo, avergonzada por lo que estaba ocurriendo. Esperó paciente, rogando que a nadie se le antojara a entrar hasta que escuchó a Elena pedir que volvieran al ensayo general. Salió en busca de Blake, pero de nuevo presencié otra discusión entre Eduardo y ese hombre que supuso que era su hijo.

De nuevo salió a la palestra su padre, no tenía sentido alguno. Se acercó a los vestuarios tratando de recordar el código para poder sacar el bolso deportivo de Blake y, sin importar nada más, ni tan siquiera Jackson, que trató de sujetarla, salió con la única idea de encontrar a su hermano. Caminó hasta la avenida y allí lo encontró junto a Eduardo, no quiso interrumpirlos y se mantuvo de pie a unos cuantos metros.

Pero la melodía de su móvil la delató y lo maldijo por ser tan imprudente. Eduardo se levantó, despidiéndose de su hermano para luego abrazarla,

seguidamente sonrió y siguió su camino. Jenny respiró profundo, dejando que sus pies la llevaran hasta sentarse a su lado.

—Te has dejado esto —le indicó Jenny dándole el bolso—. Tendré que cobrarte por cuidar tus pertenencias. —Blake sonrió de lado, le pasó el brazo por el hombro y la atrajo a él.

—Tenemos que hablar, mamá, tú y yo.

—Sea lo que sea, estoy orgullosa de ti. —Jenny tenía la sensación de que después de esa conversación, su vida cambiaría.

Se levantaron y juntos fueron hasta el aparcamiento, subieron al coche con rumbo a casa de su madre.

Para Blake fue la conversación más difícil que había tenido en su vida. Les pidió a ambas mujeres que se sentaran en la mesa y les sugirió hacer té. Su madre, preocupada, no preguntó, siguiendo las órdenes. Esperaron en silencio que la tetera avisara, Blake sacó una cerveza sentándose. Una vez que estuvo lista la bebida Alice se sirvió una taza y puso otra para Jenny. Las observó, encontrando las fuerzas para contarle a su madre el miedo que sintió, la preocupación y cómo que apenas había podido dormir cuando encontró ese sobre. Los años posteriores mantuvo esa misma sensación a pesar de haberse mudado de estado. Siempre vigilante y tratando de protegerlas de todo hasta que logró graduarse.

Los meses posteriores decidió encararse con ese hombre que los había deshonrado. Nunca podría olvidar su cara. Ese día se había puesto su mejor traje, después de recorrer miles de kilómetros hasta la Penitenciaría de Nuevo México y, tras seis largos años, volvió a verlo.

Contarle a su madre que ese encuentro, en vez de darle paz lo había llenado de más rencor, le destrozó. Se sentaron mirándose uno al otro, Colton

Clark vestía un mono naranja, estaba desmejorado, no era el mismo hombre de cuerpo atlético que lo llevaba a parques naturales para disfrutar de ellos. Sin embargo, lo que no podría olvidar fueron sus palabras, se quedaron grabadas en su memoria: «sabía que algún día seguirías mis pasos y terminarías ayudándome a salir de aquí». Ese instante se juró que nunca sería como él, se levantó y le dijo. «Lo que soy no es gracias a ti, lo que no quiero ser es alguien como tú. Por mi parte puedes pudrirte en el mismo infierno». Le dio la espalda y no volvió jamás. Jenny se levantó, abrazándolo desde atrás para demostrarle su apoyo.

—¡Eres mi héroe, hermanito! —le dijo con sinceridad—. Por unos segundos he deseado ir a esa prisión, verlo cara a cara y decirle que no me hizo falta en ningún momento de mi vida, aunque luego pienso que no serviría de nada. Te tengo a ti y tengo a mamá y eso es suficiente para mí. — Su madre se limpió las lágrimas con el revés de su mano y sujetó la de su hijo, cobijándola con todo el cariño con el que deseó transmitirle lo que sentía en ese instante.

—Sabía que no estaba en nada bueno —confesó Alice—. Esos viajes comenzaron a ser constantes y por un tiempo llegué a creer que tenía otra amante, hasta que me llamaron para declarar en un caso sobre estafas del cual solo me hicieron un par de preguntas, pero siempre supe que la ayuda desmedida de los Baute tenía que ver con eso. Agradezco que decidieran ocultarlo. Me duele que no me contaras, Blake, sé que estuve en los momentos más bajos de mi vida, pero vosotros sois lo más importante que tengo y no iba a perderos por ningún motivo.

»Estoy orgullosa de ti desde que naciste, los errores que has cometido todos los cometemos. Acuérdate de que yo también viví una época muy oscura, te pido que limpies tu corazón de ese rencor y sigas adelante con Sophia que, sin querer, te ha ayudado a encontrar a ese chico adolescente que

se quedó escondido dentro de ti. —Blake sonrió con tristeza, cerró los ojos y, soltando aire con cansancio, respondió.

—Ella ya no volverá.

??

Sophia volvió a casa de sus abuelos cerca de la medianoche. Jhoanna la había dejado un rato a solas para que pudiera meditar. Pensó en lo que había sucedido, en el accidente, en las palabras de Blake, en lo que le hacía sentir y lo que había vivido y en lo que tenía que hacer desde ese instante. A pesar de sentir una profunda decepción por parte de todos, asumió que era su culpa por haberse aferrado a no salir adelante.

Quería volver a ver a Blake, pero no sabía si estaba dispuesto a perdonarla después de juzgarlo y acusarlo públicamente. Por unos segundos recordó algunos momentos que vivieron juntos y su corazón le indicó con añoranza que siempre estarían allí cuando más los precisara. Abrió la puerta y se encontró a su familia esperándola, la observaron avanzar hacia ellos sin decir nada, mientras trataba de entender por qué habían hecho lo que habían hecho. Se abrazó a sí misma y respiró con profundidad.

—He tomado varias decisiones y os pido que las respetéis —comenzó explicándose—. La primera es que volveré a Durham, a un lugar que debí visitar hace unos meses: el cementerio, para despedirme de Kenneth. He visitado un especialista y ha sugerido operarme, lo haré solo después de un largo viaje que haré sola; necesito demostrarme que soy lo suficientemente capaz de salir adelante sin la ayuda nadie y seguiré siendo parte de la gimnasia, pero ejerciendo otras funciones. Para ello debo terminar mi carrera, que será mi prioridad en cuanto regrese. —Miró a sus padres y luego a sus abuelos—. Pero lo haré aquí, en Florida.

—Pero... —protestó Victor y Mel lo interrumpió.

—Estaremos apoyándote en todo —respondió con premura. Victor puso los ojos en blanco y resopló.

—¡Está bien! Todo es mi culpa, lo admito, solo quería lo mejor para ti.

—Te creo —contestó Sophia—. Y por eso he tomado esas decisiones.

—¿Pero por qué no terminas la universidad en Carolina? —preguntó Victor atormentado.

—Durham representa mi pasado, Florida representa el cambio. Ahora, si me permitís, iré a darme una ducha y a descansar. Buenas noches —se despidió subiendo las escaleras y entró a la habitación, conteniéndose ante los murmullos de sus padres y abuelos, que discutían en la planta de abajo.

Rato después, el murmullo fue a menos y al escuchar las puertas cerrarse supuso que podía salir. Solo entonces entró al baño, abrió el grifo y lloró con desconsuelo dejando que el agua corriese por su cuerpo. Por mucho que quisiera ignorarlo era imposible, de nuevo estaba rota.

Ángeles, al igual que el resto, no podía dormir. Escuchó el sollozo y salió enseguida, viendo a Mel en la puerta sin atreverse a abrirla.

—Ve con Victor, también te necesita, debe estar fustigándose. Todos necesitáis un descanso.

La abrazó para luego ver cómo entraba a la habitación, giró el pomo la puerta y encontró a Sophia inclinada en el suelo, cerró el grifo y la ayudó a salir, envolviéndola en la toalla.

—Tengo la sensación de que no has comido nada —le dijo su abuela—, te haré un emparedado y te desenredaré el pelo. —Sophia aceptó la sugerencia.

En la cocina, con rapidez, Ángeles le hizo un sándwich frío junto a un vaso de leche caliente. Buscó en uno de los cajones un peine y, mientras su nieta miraba al vacío a la vez que volvía a llorar, se centró en peinarla, esperando que no se rindiera.

Minutos después, el silencio las acompañó, y cuando terminó decidió revisar la agenda del día siguiente sentándose a su lado. Solo allí Sophia dio el primer paso para seguir adelante, cogiendo el sándwich y comiendo. Siguió observando la agenda, agradecía a sus chicos que ayudaran en ese momento a la asociación, Jackson se había ofrecido para hacer la última pieza junto a Jhoanna.

—Sé que algún día volveré a ser feliz —dijo Sophia, cogiendo desprevenida a Ángeles. Podía decirle que no dudara de ello, pero era mejor que lo descubriera por sí misma. Se limpió la lágrima que cayó, lloraría ese día y tal vez los siguientes, pero luego saldría adelante con la lección aprendida—. Y sé que volveré a tener otra oportunidad de amar.

*Una vez has elegido la opción de la esperanza, cualquier cosa es posible.
Christopher Reeve.*



Después de esa confesión a su familia, Blake convino aislarse durante unos días en un lugar lejos de todo para meditar y regresar con ideas y decisiones que tomar. Le pidió consejo a Eduardo, que no solo lo motivó a seguir adelante, sino que lo incentivó a que asesora gratuitamente a personas de bajos recursos, eso lo ayudaría a encontrar la posibilidad de volver a la universidad.

Blake siempre había querido formarse como sociólogo, por lo que logró inscribirse de forma *online* en la universidad, alternándolo con sus nuevos proyectos. Dedicó varias semanas a encontrar un pequeño local que pudiera servirle de oficina. Constaba de dos cuartos más el baño. La habitación más pequeña ejercería de almacén y la segunda más grande sería el despacho.

El primer mes no fue nada fácil, debía adaptarse a un horario distinto y a nuevos clientes, más modestos a los que estaba acostumbrado. Pero, conforme pasaban las semanas, el trabajo aumentó, ayudando de esa forma a pagar el alquiler a pesar de estar trabajando en casos que no eran de su especialidad: divorcios, problemas de custodias, litigaciones de pequeñas empresas, denuncias entre vecinos... A medida que pasaban los meses y gracias a las recomendaciones, sus clientes aumentaron, por lo que se centró de lleno en el trabajo y los estudios dando lo mejor de sí.

Trabajaba de día y de noche estudiaba y el poco tiempo que le quedaba corría por la avenida intentando olvidarla, pero, por mucho que lo intentaba, no podía. Su sonrisa, sus ojos, su olor, su cuerpo, su pasión lo perseguía.

Diciembre apareció junto a las brisas y lluvias del invierno de la península

sureña, dándole a entender que el año terminaba y volverla a ver se hacía más lejano. Ese mes le pidió a Ángeles que lo ayudara a encontrar una secretaria eficiente. Lo hizo, un tanto especial para su gusto, pero lo importante para él era que tenía conocimiento de litigios y demandas. La noche de fin de año, mientras otros festejaban, Blake prefirió sentarse frente al mar recordando la primera vez que se topó con Sophia.

En febrero todo cambió. Una buena oportunidad apareció y se centró en estudiar un caso de despido improcedente por una mediana empresa que le aportaría un importante beneficio si lo ganaba. Escuchó a su secretaria alzar la voz más de lo normal, abrió la puerta y se encontró con Chloe Clifford. Se miraron unos segundos. Desde que había dejado la asociación no había vuelto a saber nada de ella, era como si se hubiera desaparecido de la faz de la tierra y, de repente, la tenía allí.

—Chloe, ¿cómo me has encontrado? —le preguntó como solía ser de directo.

—Me han hablado de un litigante que se independizó de Clifford & Asociados y que está dando muy buena impresión en los juzgados. —Blake sonrió. Barbara carraspeó para hacerse notar y ambos la miraron.

—¿Desea algo, señorita Clifford?

—Un perfecto capuchino no estaría mal—indicó Chloe—, pero no vuelvas a llamarme señorita Clifford. —La secretaria frunció el ceño.

—La máquina de espreso solo sabe hacer un capuchino normal.

—Ese está bien —respondió Chloe con su sonrisa habitual—. He bebido cosas peores.

Blake sonrió de lado, seguía siendo la chica caprichosa que había conocido. Su secretaria alzó el mentón en señal de orgullo y se dirigió al pequeño cuarto que se había convertido en *office*. Invitó a Chloe a su

despacho para tener más privacidad, aunque lo dudaba, y cerró la puerta.

—Me alegra verte, Blake —indicó Chloe con sinceridad.

—También te veo con mejor aspecto.

—Lo estoy. Creo que os debo una enorme disculpa a ti y a Eduardo por no estar cuando Frank manipuló un poco los medios.

—No hizo falta usar la fuerza bruta. Eduardo ha tenido una carrera intachable y a las dos semanas pasó a la historia. Lo que sí fue deplorable es que Clifford decidiera mandar a la basura una amistad de tantos años.

—Frank Clifford no es amigo de nadie —respondió la abogada—. Tal vez su centro de atención recayó en mí —indicó mirándolo por encima de los ojos, nunca dejaría de coquetear con él—. Necesitaba vengarme y decidí ser un poco escandalosa. —Había estado tan enfrascado en sacar adelante su trabajo que apenas tenía tiempo para ver la televisión.

—¡Y vaya que lo fue! —señaló la secretaria, que entraba con el capuchino—. ¡Sin precedentes! Salió en todas las revistas. —Blake y Chloe, sorprendidos, la observaron. Barbara giró los ojos ante la eminente sorpresa—. Se casó con un multimillonario ruso y demandó a su abuelo-padre por daños morales y posibles futuros problemas psicológicos.

—¿Y yo por qué no me he enterado de eso? —preguntó sorprendido Blake. Chloe rio.

—Señor Clark, siempre está metido entre papeles o estudiando —añadió Barbara más como reproche.

—Gracias por la información —le hizo saber para que comprendiera que se pasaba de la raya—. Si no te importa, te agradecería que nos dejaras a solas y adelantaras parte de la información que necesito del caso Fraser contra la empresa Smart Computer^[25]. —Volvió a levantar el mentón y salió del despacho, un poco ofendida.

—¿De dónde has sacado a esa mujer? —dijo riéndose Chloe.

—No querrás saberlo—respondió el joven—. Dime que lo que acaba de decir no es cierto. —Levantó la mano y vio una alianza que asumía que era bastante costosa—. ¡Vaya! Ahora lo entiendo todo.

—Reconozco que había aceptado la oferta que me dio, pero la necesidad de que su buen nombre tambaleara me hizo dar el paso. Tenía todas las de perder hasta conocí a mi marido en una de esas reuniones a las que mi madre suele asistir. Sí, hui como una cobarde a París —le dijo un poco avergonzada—. Con él todo fue muy rápido, no creía en eso que llaman flechazo, pero me equivoqué de nuevo. Es distinto a todo lo que creía que podía encontrar en un hombre y es quien me apoyó para darle un escarmiento a Frank, demostrarle que no tiene poder sobre todos. Nadie apuesta por nosotros. Desde entonces no deja de publicar que es mi mayor locura, pero es la locura que me ha hecho más feliz en toda mi vida.

Blake se pasó la mano por el pelo, negando con la cabeza, estaba un poco abrumado de tenerla allí hablando como si fueran grandes amigos cuando tenía cierta culpa de que Sophia no estuviera a su lado. No obstante, se prometió a sí mismo olvidar el pasado y esa charla estaba siendo parte de ello, de seguir adelante.

—Fueron muchas sorpresas las que viví en estos últimos meses, sobre todo la noche de fin de año que. Aunque no lo creas, mi marido decidió pasarla en un lugar remoto, algo que, por supuesto, me encargaré que nunca vuelva a suceder. —Blake sonrió.

—Me sorprende que una chica urbanita como tú termine pasando navidades en un lugar remoto —le confesó con burla. Chloe quería seguir jugando al despiste, se había llevado una sorpresa en esa estancia y quería ver qué tal se la tomaría el hombre que tenía al frente al que, a pesar de seguir

siendo atractivo, notaba que le faltaba esa esencia y esa chispa que la había vuelto loca durante un tiempo.

—Cada día alguien nos puede sorprender —dijo Chloe sonriendo de lado—. Mientras trataba de disfrutar mi primer año nuevo casada en una isla de lo más pintoresca, a lo lejos vi a una chica sentada en la arena mirando al mar. Por un momento sentí lástima, todos haciendo la cuenta atrás y ella se aislaba de todos. —Blake abrió los ojos, deseó haber estado en su lugar y así tener esos segundos poder probar sus labios de nuevo—. Cuando todos deseábamos un feliz año nuevo la perdí de vista y me quedé sin habla en cuanto uno de los amigos de mi marido se acercó con ella a su lado.

Chloe observó atentamente cada gesto de Blake, mantenía la mirada perdida apretando sus labios; solo esperaba que funcionara su plan.

— Sí, era Sophia. También se sorprendió al verme y lo poco que pude saber es que sigue sin perdonarme. Hacía un viaje para poder reencontrarse a sí misma. El amigo de mi marido le insistió tanto en que lo acompañase que acabó en esa fiesta de Fin de año.

—Entonces está bien —respondió Blake disimulando ese pinchazo que sintió al pensar que estaría con otro.

Chloe se sentía tan culpable que decidió investigar qué tan cierta era esa amistad de Sophia y el joven ruso. Se conocieron en una de las tantas competiciones de gimnasia y desde allí nació ese afecto que mantenían pese a las distancias. Meses antes lo había llamado comentándole que tenía pensado viajar a Europa, conocer algunas ciudades, y quedaron en verse en Madrid antes de ir a Londres para, finalmente, regresar a los Estados Unidos. No podía decirle a Blake que, en ese encuentro, Sophia estuvo bastante a la defensiva y que, antes de retirarse junto a su marido, le pidió perdón por todo el daño que le había causado. La respuesta la desconcertó:

«independientemente de que parte de culpa tienes, no se compara a la que tengo yo».

—Sí, lo está —respondió volviendo a la conversación—. Según me comentó el amigo de mi marido, regresó una semana después. Comenzaba las clases y se preparaba para un juicio a finales de enero. Según me he enterado, lo ganaron, no por Clifford, ni ese mediocre... ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Tobey, nuestro querido joven espía, por si no lo sabías. Me he cargado de soltar unos cuantos rumores —añadió sonriente—. ¿Y qué otra cosa me dijo? —se preguntó dejando para el final lo mejor—. ¡Ya recuerdo! Está terminando su carrera de Fisiología Aplicada en Florida y lo que no tengo claro es algo sobre una despedida de forma especial de gimnasia rítmica.

—¿Cómo? —preguntó confuso a lo último que comentaba. Los celos lo habían cegado, olvidando que Chloe seguía allí. Ella se levantó, alargando el brazo, era hora de dejarlo meditar.

—Blake, no sé dónde y cómo pasaste la noche de Fin de año, pero que una chica tan guapa como Sophia pasara los minutos antes y posteriores mirando una noche cerrada, apartada del mundo, es una señal de que no todo está perdido. Debo irme. —El joven parpadeó varias veces, tenía que disimular que lo había alterado a tal punto que quería sentarla y atarla a la silla para que le contara con detalle todo lo que sabía.

—Ha sido grato volver a verte —indicó, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y sonriéndole con melancolía—. He aprendido que no puedes siempre luchar contra la marea —le confesó en unos segundos de honestidad que solía tener. Durante todos esos meses había pensado en ella y la echaba de menos, pero decidió llegar a esa conclusión para seguir adelante.

—¿Por qué no ves lo evidente?

—Cada uno ha tenido tiempo de comprender que nuestros mundos son

diferentes y debemos perseguir nuestras metas. Me conformo con saber que algún día pueda encontrar la felicidad.

—Así que has decidido acomodarte y dejarla marchar —respondió Chloe sin rodeos—. Nunca podrás afirmar lo que tienes para mañana, nada es seguro. —Le dio un beso de despedida y se fue.

Se sentó de nuevo, soltando todo el aire contenido. Tuvo un *déjà vu*, palabras parecidas solía decirle a Sophia en sus momentos bajos. Cerró los ojos, conteniendo el impulso de coger su móvil y llamarla, sin embargo, ¿qué podía decirle después de tanto tiempo? Además, Eduardo no le había informado de que estaba de vuelta, así que lo más seguro era que no deseaba tenerlo cerca.

—Señor Clark, ¿puedo hacerle una sugerencia? —indicó Barbara.

—Dime —respondió frunciendo el ceño.

—Ángeles vino hace días, dejándole la invitación del evento de este mes en la asociación. El final será la despedida de la gimnasta rítmica Sophia Baute. —Blake la miró largamente y suspiró en alto.

—¿Qué sabes exactamente, Barbara?

??

Sophia durante ese fin de semana en el que luchó contra el sentimiento de culpabilidad, aceptó que la inmadurez junto con la inseguridad la llevaron a cometer un grave error, el prejuizar. Con desconsuelo lloró mientras Marian la abrazaba. Regresó a casa sintiéndose más vacía que nunca, había experimentado el amor de formas diferentes y las dos formas le dejaron una gran huella. No estaba preparada para volver a la universidad, por lo que hizo el correspondiente retiro momentáneo.

Debía seguir avanzando en sus retos personales y se aferró a ello. El primero era volver a conducir y qué mejor manera de dar el paso que visitar a

Mandy para acompañarla al cementerio y tener una larga charla con Kenneth. Los nervios afloraron en cuanto encendió el motor y se incrementaron cuando el coche comenzó a moverse, pero, a medida que se acercaba a casa de los Hicks, su seguridad fue a mayor. Se saludaron y se dirigió al cementerio. En cuanto puso el pie, la ansiedad apareció.

Miles de veces se había imaginado ese instante. Mandy la dejó a solas, se sentó a lo indio y durante la siguiente hora le contó su rabia contenida, la culpabilidad que llevaba a sus espaldas de que él no estuviera junto a ellos, lo perdida que se encontraba y lo mucho que lo echaba de menos. Así como también los planes que tenía y las nuevas metas que se trazaba. Le contó sobre Blake, lo que sentía por él y el dolor que mantenía en su pecho porque ya no estaba en su vida. Soñaba con sus abrazos y sus besos y recordó cada una de esas experiencias que a su lado, se rio al recordar el nombre del helado o los gritos de entusiasmo cuando los peces nadaban a su lado, o la clase de pintura, confesándole que le envidiaba por hacerlo mejor, sin olvidar todas las sensaciones que se manifestaron el día que se conocieron cuando admiraron en silencio la calma del océano rodeado del anochecer. Blake le había curado el corazón y ella había deshilado esos puntos por culpa de sus miedos.

En cuanto volvió a casa supo que debía seguir con su lista de tareas pendientes. Entre ellas estaba el de llamar a Mollie, sentía vergüenza de haberla dejado de lado. Era su entrenadora y muchas veces había ejercido de madre, le debía mucho y se había comportado muy mal, debía hacerle saber lo que estaba ocurriendo. Marcó el número y esperó a que respondiera.

—¿Sophia? —contestó la entrenadora al descolgar.

—Hola, Mollie.

—No sé qué pensar de esta llamada, llevaba varias semanas esperándola.

—Sé que no merezco ni siquiera que la respondas, te pido perdón por no ser lo suficientemente valiente para llamarte antes.

—Siempre has sido una chica valiente y fuerte, todos tenemos momentos difíciles que vivir. Además, no estamos preparados para situaciones como la que has vivido.

—No lo estamos —respondió con sinceridad, hubo unos segundos de silencio y Sophia, finalmente, decidió contarle—. Estuve en un centro de medicina deportiva para hacerme unos estudios. La especialista me recomendó que retomara otro método de rehabilitación y si no funcionaba debía operarme. Quiero intentarlo. A pesar de no hacerme ilusiones, soy consciente que existen más soluciones, pero no quiero dañar más el ligamento y el músculo.

—Entonces, no volverás a Durham —indagó, entendiendo que era una despedida.

—Estoy en la ciudad por poco tiempo, Durham ya no es mi hogar y necesito buscar mi camino de nuevo, creo saber dónde está y para ello debo emprenderlo en soledad.

—Aquí siempre estaré para todo lo que necesites.

—Gracias, Mollie. Me gustaría que nos viéramos, antes de irme.

—Ven al centro de entrenamiento, te recibiré con los brazos abiertos. Te quiero como una hija y me entristece que tu carrera termine de esta manera, ha sido un honor poder ser tu entrenadora durante tantos años —le indicó con sinceridad.

—Para mí también ha sido un honor. Has estado siempre ahí y por supuesto que iré mañana, me apetece pisar el tapiz.

—Me dará mucha alegría ver de nuevo esa cinta moverse como lo hacía antes, así sea por última vez. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Respiró con profundidad y llamó a Vanesa, su especialista en Miami para hacerle saber su decisión.

Al siguiente día, en cuanto pisó el tapiz, volvió a sentir esa pasión que despertaba cuando sus pies lo tocaban. Hizo un ejercicio que no le causase molestia y luego charló largamente con Mollie.

Le confesó que sabía que era su última competición, no podía explicarlo, pero entendía que poco a poco había cambiado la dirección de sus pensamientos y estaba más centrada en dar clases y enseñar. Sophia aún recordaba ese par de talleres y visitas que había hecho a las más pequeñas y cómo les dedicaba y prestaba atención a los errores que cometían. También le dijo que llevaba muchos meses sin tener las ideas claras.

Durante unas semanas llegó a creer que había comenzado desde cero, pero los días anteriores había entendido que no era la mejor forma y supo que esa nueva dirección que había elegido era la correcta. Mollie la abrazó después de varios sollozos y se despidieron.

Dos semanas después supo la fecha del juicio y consideró oportuno hacer oficial su inscripción en la universidad para comenzar el penúltimo semestre en enero. Seguidamente revisó con detalle qué ciudades quería visitar de Europa y le escribió a un amigo gimnasta que residía en España, informándole de que estaría de turismo.

A principios de noviembre se despidió de sus padres. Entre monumentos y paisajes comprendió lo valiosos que eran los pequeños detalles que compartía con los demás. Entre historia y modernismo cumplió los veinticuatro años. No se sintió sola, ese viaje la había hecho madurar y tener más seguridad sobre sí misma, esa que había perdido. El día que pisó la capital de España volvió a sonreír gracias a Gavrel, su amigo ruso residía en

ese país y viajó hasta allí para que conociera los lugares más recónditos de la ciudad.

El penúltimo día del año, después de tanta insistencia para que no pasara la noche de Fin de año sola en un hotel, aceptó ir con Gavrel a la costa española acompañada de un grupo de amigos. Se compró con premura un sencillo vestido de color verde con bordados y falda de tul, se presentó a unos cuantos y conversó cordialmente hasta que, minutos antes de medianoche, se incrementó el deseo de volver a ver a Blake.

Cada noche recordaba sus besos, sus conversaciones y su sonrisa. Cada noche recordaba sus manos acariciándola y cada noche lo echaba de menos. La brisa del mar tocó como un suave mimo su cuello, desde donde estaba observó la playa, a pocos pasos de ella y le pidió a Gavrel esos segundos a solas.

Su amigo desconocía la historia por la que había cruzado el océano, estaba al tanto del accidente y trató de comunicarse con Sophia, pero fue inútil, lo poco que supo era que no lo había superado. Sin embargo, se llevó una sorpresa con ese mensaje y cuando fue al hotel para volver a verla, comprobó que ansiaba olvidar. Por ello se esmeró en que se divirtiera y desconectara. Aún recordaba lo risueña que era cuando la conoció en el Grand Prix y los celos que nacieron por parte de Marian Grant, a pesar de que su orgullo se interpuso para que su relación no siguiera. Quizás fue lo que consolidó su amistad con Sophia. La dejó ir pensando que quizás hubiera encontrado lo que había ido a buscar con ese viaje. Unos amigos lo llamaron, dándole un cotillón, y se unió a la cuenta atrás.

Sophia se quitó los zapatos y, sin importar qué dijese, caminó hasta tocar la arena, recordando esa noche que se había bañado en el mar junto a Blake. Anduvo hasta la orilla y allí se sentó mirando el mar, escuchando el oleaje ir y venir acompañado de pequeñas estrellas que brillaban en el firmamento.

Cerró los ojos y, por unos segundos, deseó tenerlo a su lado. No obstante, al abrirlos se dio cuenta que su deseo no se había concedido y una lágrima brotó de sus ojos.

*Las cosas más nobles y bellas de la vida no están hechas para que escuchemos historias sobre ellas,
para leamos acerca de su existencia o para que las veamos, sino que son para ser vividas.*
Søren Kierkegaard

Epílogo



Blake contempló varias veces esa invitación que había llegado días atrás y que hasta ese instante desconocía. Se había sumergido tanto en su trabajo no echaba de menos a U.P.B. y es que se había metido en la cabeza que no volvería a bailar. Hacerlo le recordaba a ella y allí estaba, seis meses después tenía noticias por medio de una invitación que lo llevaba a una encrucijada.

Seis meses que llevaba soñando cada día estrecharla en sus brazos y amarla una y otra vez. Pegó su cabeza a la silla giratoria. Una nueva jugada del destino, cualquiera hubiera llegado a la conclusión que todo había sido planificado, de no fuera ser Chloe Clifford y los Baute no tenían contacto alguno. O quizás Chloe sí conocía el día que se haría el evento y por ello se presentó empujándolos a que se reencontraran. Suspiró en alto, pensando que Jenny debía estar al tanto y algún motivo existía para no haberle contado. Volvió a mirar la invitación, tamborileó la mesa y la arrimó a un lado para seguir trabajando.

Sophia hacía un previo estiramiento antes de que diera comienzo el evento. Cuando regresó de Europa decidió hacer una rutina como despedida. Marian había insistido una y otra vez que esperara la operación y los meses de recuperación para que la hiciera en una alta competición, y se negó manteniéndose firme en su decisión. Desde que había vuelto, su vida era muy activa: iba a la universidad, estudiaba y ayudaba en las clases de *ballet* a la vez que preparaba su rutina, hasta que el latigazo aparecía y ella buscaba la forma de calmarlo.

El día que pisó el campus universitario estuvo perdida durante una hora, no le quedó más remedio que acercarse a un chico atlético arriesgándose que le tomara el pelo o intentara ligar con ella. Aun así, necesitaba saber hacia dónde ir o llegaría tarde su primer día de clase. Lo saludó con el mayor formalismo que pudo y le pidió ayuda, siendo el inicio de una amistad.

Dylan también estudiaba el penúltimo semestre y coincidían en la mayoría de las clases. No solo le dijo cuál era el aula a la que debía entrar, sino que se ofreció a ayudarla si necesitaba refuerzos a la hora de estudiar y, en agradecimiento, lo invitó al evento. Una semana antes quedaron en verse en la biblioteca y allí le entregó la invitación dejándolo no solo sorprendido, sino que tuvo que aguantar el posterior interrogatorio y las correspondientes tomaduras de pelo al decir en alto que estaba ante una estrella del deporte, Dylan le daba un aire nuevo a su vida.

Esa semana estaba más nerviosa de lo normal, se cumplía un año del accidente y por esa razón había pedido a Ángeles que el evento mensual que hacían fuera en esa fecha precisa, era como si enfrentara por última vez a su pasado. Decidió, como homenaje a Kenneth, despedirse ese día, segura de que desde donde estuviera estaría de acuerdo con ella.

Eran muchas emociones en conjunto que se arremolinaban en su interior, pero nunca podía compararlas con las del día del juicio, que había sido uno de los peores de su vida. Sin embargo, lo que vivió con Blake no se podía comparar con nada ni nadie; por mucho que intentara olvidarlo, su amor se mantenía intacto.

Escuchó la prueba de sonido y supo que había llegado la hora. Fue a los vestuarios para cambiarse y concentrarse como si fuera su última competición. No había sido fácil volver a la asociación, cada rincón le recordaba a Blake y era otra prueba que estaba afrontando. Se contuvo infinitas veces en preguntarle a los chicos por él y al igual cuando se

topó con Jenny, se miraron, pero ninguna dio el paso de hablar, cada una siguió su correspondiente camino. Volver a ese lugar le traía miles de recuerdos.

Mollie había viajado para estar presente, aunque seguía siendo un tanto doloroso ver a Sophia por última vez dibujar con la cinta. La ayudó a peinarse y maquillarse, sacando de su bolso una cinta teñida de varios colores y se la entregó como regalo. Sophia la abrazó emocionada y juntas salieron a su última rutina.

Ángeles había tratado de que ese evento se enfocara en el *ballet* y la gimnasia artística, para ello buscó un tapiz adecuado para cada ejecución. Se esmeró en que la invitación llegase a todos lo que conocía, sobre todo a ese chico que no había vuelto a la asociación. Mantenía la esperanza de que en cualquier momento aparecería por la puerta y volvería a recuperar esa vitalidad con que se le conocía. Seis meses desde entonces habían pasado y Blake no había vuelto.

Desde lejos vio su pequeño teatro lleno. La idea propuesta por Jhoanna había resultado exitosa. Cada mes tenían un pequeño evento, ayudando a acercarse e incentivar a los alumnos de la asociación, lo que la llevó a comenzar a buscar un lugar más grande para dar cabida a todos los que deseaban formar parte de U.P.B. Vio a Eduardo acercarse con una Marian caminando con rapidez, ataviada con un vestido corto vaporoso junto a unos tacones que la hacían ver más estilosa de lo que era.

—¿Seguro no sabe que estoy aquí? —preguntó cómo saludo la gimnasta—. Quiero verla emocionarse cuando le entreguen el reconocimiento que le otorga la federación. Por cierto, ¿ya ha llegado el representante?

—¡Cálmate, hija! —le dijo Ángeles—. No tiene la menor idea que vienes y el representante está en los primeros asientos.

—¿Y los medios? He llamado a media docena —añadió Marian. Eduardo suspiró en alto.

—Creo que mejor iré a por un trago, las mismas preguntas ya las he respondido.

Ángeles rio y Marian se mordió el labio para no responderle, se había prometido ser cordial.

—Está bien, dime dónde debo sentarme antes de que comience.

—Te acompañaré, en diez minutos dará comienzo. —Y la llevó hasta los asientos que le correspondían a cada uno. Sophia escuchó cómo se anunciaba a todos los que esa noche formarían parte del evento. Cuando pensó en la rutina, también lo hizo con la melodía que, al escucharla, muchos entenderían por qué la había escogido.

Lo necesitaba, necesitaba gritar al mundo que su corazón le pertenecería para siempre a Blake. Escuchó su nombre y salió saludando a todos con una mano y con la otra movió la cinta de un lado al otro para que se extendiera. Levantó un brazo sujetándola y buscando equilibrar la pierna para formar un ángulo de treinta grados. Esperó que comenzara la música, no tenía letra, pero con la melodía era suficiente para entender.

Comenzó con una zancada impulsándose con una pierna, subiendo un poco la rodilla y extendiendo la otra pierna para hacer circunducciones frontales con la cinta. Se detuvo para seguir con una rotación lateral y girar sobre sí misma dando paso a un *passé*, flexionando una pierna hacia delante para terminar equilibrándose con la otra extendiéndola en horizontal y dibujar espirales con la cinta a la vez que las acompañaba con pasos de danza contemporánea, moviéndose por todo el suelo mientras balanceaba la cinta de un lado al otro. La recogió por detrás de su espalda dando a continuación un salto, extendiendo las piernas y logrando que una de ellas le tocara la cabeza

dibujando así círculos. Se detuvo mientras la cinta la envolvía en espirales interiores.

Con rapidez se movió, lanzándola al aire mientras hacía rodamientos en el suelo, recogéndola segundos después con pequeñas serpentinatas que dibujó sobre la superficie. Siguió con transmisiones en pequeñas ondas que fue agrandando, dejando que la cinta pasara entre sus piernas para permitir que la pasión de la danza contemporánea se hiciera paso, acompañada por la melodía. Allí estaba, intentándolo por última vez, sintiendo la adrenalina recorrer su cuerpo, que era lo único que le recordaba la pasión que desbordaba Blake. La que había despertado en ella. Su corazón había sufrido dos veces, sin embargo, se levantó intentando encontrar la felicidad.

Hizo una serie de saltos dejando que la cinta se escapara por encima de su cabeza para detenerse equilibrándose sobre el pie, la cinta la rodeó envolviéndola en espirales, preparándose para el final.

??

Era tarde, pero no para volverla a ver. El de seguridad lo saludó sorprendido, le mostró la invitación y lo dejó pasar y es que, hasta para sí mismo, era sorprendente el paso que había dado. Aunque solía pasarle cuando tenía que ver con Sophia, Blake se dejaba llevar por el impulso. Los pasillos del lugar estaban casi todos vacíos menos los cercanos a los vestuarios, donde había cierto barullo.

Algunos alumnos esperaban para cambiarse y comentaban el evento, lo vieron llegar e hicieron silencio. Los saludó con un gesto con la mano, llevándola a su sien y cuando estuvo frente a la puerta del teatro la empujó y entró. En ese instante la anunciaban. Entró con elegancia. Había apostado que el día que la volviera a ver sería distante, precavido y esas conclusiones se fueron a la basura, quería correr hasta ella y besarla con toda la pasión que

mantenía contenida.

Sophia saludó con la mano y se puso en posición para dar paso al comienzo de la música, Blake sintió su cuerpo erizarse ante cada nota, conocía la melodía, sabía lo que intentaba decir. Fijó su mirada en ella, cada movimiento y cada dibujo con la cinta era sublime, llenos de emoción y pasión junto a los pasos de danza contemporánea que denotaban cuanto necesitaba ser abrazada y ser amada.

Le había prometido volver a empezar y casi lo había cumplido, no podía ignorar que a su lado era simplemente Blake, un joven con ansias de sentirse libre. La soledad los unió y ahora estaban tan cerca y a la vez tan lejos. La vio seguir y, a medida que avanzaba, se daba cuenta de cuánto la echaba de menos, de cuánto la necesitaba, no pudo soportarlo, se giró y salió del lugar.

??

Flexionó el tronco hacia adelante a la vez que lanzó la cinta acompañando con una voltereta, terminó recogiendo la cinta con el pie en el instante exacto para mirar al público y dejar que las lágrimas se escaparan de la emoción. El público la aplaudió y silbó, se levantó agradeciendo la muestra de cariño y sorprendiéndose de ver a Marian acercarse con un ramo de flores y un hombre que reconoció enseguida. Pertenecía a la federación, que le daba la sorpresa de un reconocimiento por su dedicación a la gimnasia rítmica y los méritos logrados.

Recibió una ovación de aplausos y los agradeció, sumamente feliz. Regresó a bastidores abrazando a Mollie y a Marian, que le seguía los pasos.

—¡Esta vez te has lucido!

—Las retiradas se deben hacer a lo grande —respondió Marian con la petulancia habitual—. Debes acompañarme.

—¿Para qué?

—Te tengo otra sorpresa. —Sin entender, el corazón de Sophia saltó, podía darse el lujo de que esa emoción que sentía la invitara a soñar en volver a ver a Blake. Marian entrecruzó los brazos para encontrarse con un tumulto de gente que la felicitaba y, a medio camino, alguien le tomó una foto junto a un hombre que le informó que era la prensa local.

Todo eso le causó cierta confusión, aceptó varias preguntas referentes a su retirada a pesar de sentirse incómoda. En esos segundos deseaba desaparecer de toda esa gente que quería felicitarla, buscó la salida para avanzar y entonces lo vio.

Blake regresó sobre sus pasos para irse de U.P.B., pero se detuvo. «¡Mierda!», pensó. No se imaginó volver a esa disyuntiva, ansioso y con la adrenalina corriendo por sus venas, se giró para ir a por todas. Las puertas se abrieron en ese instante y la gente se aglomeró en los pasillos, esperó con paciencia hasta que vio un brillo de flashes y, como pudo, fue empujando a los que se interponían hasta quedar a metros de Sophia. Notó que deseaba salir de allí, miraba a un lado y otro hasta que sus miradas se cruzaron, ninguno se movió y cuando finalmente Blake decidió dar el paso, apareció de la nada un chico abrazándola con entusiasmo.

Había llegado tarde. Se giró de nuevo y salió sintiéndose idiota por dejarse llevar por las emociones.

No podía creerse que él estuviese allí, su corazón se aceleró, trató de zafarse de toda esa gente y correr hasta él para sentir sus brazos rodearla y cuando por fin pudo deshacerse, fue abordada por Dylan.

—¡Enhorabuena! Ha sido espléndido —indicó seguido de un abrazo—. Ahora si podré presumir que tengo una amiga estrella del deporte, espera deja

que haga un *selfie* —señaló.

Sophia le sonrió nerviosa, Dylan se acercó para el *selfie* y cuando se alejó y miró más allá del pasillo, ya no estaba. No podía ser producto de su imaginación, no era tan cruel de jugar de esa forma, intentó caminar y en cuanto salió del teatro se encontró por el camino a Kelly, y que le dio la enhorabuena.

Quería asegurarse que su mente no le había jugado una mala pasada y conforme pasaban los segundos aceleró el paso, pero cuando llegó a la salida, solo vio gente desconocida que subía a sus coches. Frustrada, se había dejado llevar por el deseo de volver a verlo, por el anhelo de volver a sentir sus labios en los de él.

—¿Aún mantenías la ilusión de que lo verías de nuevo? —preguntó Marian detrás de ella.

—No quiero perder las esperanzas. —Le respondió desalentada.

A finales de abril fue programada la operación que tanto esperaba, la rehabilitación que había hecho no ayudó al nervio, que seguía inflamado, presionando la zona que en mayor medida empezaba a afectar toda la pierna. Eso podía traerle grandes consecuencias: falta de coordinación, debilidad y dolor y, con el pasar de los meses, si no se trataba, iría a peor, fue el diagnóstico que le dio Vanesa, la especialista. Confiando en ella aceptó la intervención, después seguiría con su siguiente meta, el último semestre de su carrera, y cuando llegara ese momento, estaría en óptimas condiciones.

Se aferraba en ello, puesto que mantenía una lucha interna con sus sentimientos. El día después del evento volvió con su abuela a U.P.B. y allí supo que no había sido producto de su imaginación, Blake había estado en la asociación. Sintió rabia y decepción y se preguntaba por qué no se había acercado. Los siguientes días, varias veces intentó llamarlo, al final siempre

se arrepentía.

Si él no se había atrevido a dar el paso, entonces no estaba convencido de intentarlo de nuevo y, a pesar de que esa conclusión le dolía, era la más lógica.

Dylan se convirtió en un apoyo fundamental por lo que acabó contándole lo que había vivido. Sorprendido, dudó en seguir a su lado, no tenía nada que hacer. Sophia seguía enamorada de ese hombre. No en vano, tras saber lo mucho que había tenido que pasar, decidió apoyarla en cuanto comenzara la larga rehabilitación, todos sabían que el primer mes sería el más difícil.

??

Volver a ver a Sophia había despertado todos esos impulsos que mantenía calmados y por mucho que trataba de centrarse en su trabajo y estudios, nada era igual. No podía ser egoísta. El día de la despedida comprobó con sus propios ojos que había otro en su vida. Lo único que quería era que fuese feliz, no obstante, cada momento lo vivía con nitidez como si hubieran sido segundos atrás.

Por medio de Jenny se enteró de que se sometería a la operación y se lamentó no haberla acompañado. La conciencia lo atormentaba hasta el punto de querer dar el paso para visitarla, quizá pasar a la zona de amigo podía ser un consuelo para su alma. Se acercó a una floristería y compró un ramo multicolor de rosas que hacían perfecta armonía, le había costado sacarle la información a Jenny sobre la habitación de hospital, pero la consiguió. Aparcó el coche, entró al ascensor y antes de que se cerraran las puertas, una mano se interpuso abriéndose, dejando a la vista al chico que había visto abrazar a Sophia en U.P.B.

—Bonito ramo —dijo sin más Dylan—, me hubiera gustado traer uno así, pero apenas pude comprar uno sencillo. Ya sabes, la vida del universitario —

añadió—. Aunque a las chicas eso de las flores les fascina, en cuanto abrí la puerta sonrió emocionada —indicó con una sonrisa bobalicona—. Ella es increíble y me alegro de que esté en mi vida —reveló más para sí mismo, miró a Blake y añadió—. Tu chica alucinará cuando te vea entrar con ese. — Las puertas se abrieron y Dylan salió sin decir nada más.

Blake apretó el botón y bajó, en cuanto salió del ascensor vio la primera papelera y arrojó el ramo, no tenía nada que hacer.

Una semana después tuvo la visita de Eduardo, apenas se veían y era más por su parte que del hombre que lo había ayudado tanto. Escuchó la puerta tocar e hizo pasar a su secretaria.

—Blake, tienes una visita, es Eduardo.

—¿Y por qué lo haces esperar? —le reprochó.

—Quería preguntarte si podía escaparme unas horas a cortarme y teñirme el pelo. —Blake abrió los ojos a la desfachatez de la mujer.

—¿Y no tienes trabajo?

—He adelantado—resopló y negó con la cabeza.

—Está bien, puedes irte —miró la hora, era improbable que su pequeño bufete se llenara de clientes a esa hora de la tarde.

—Gracias, Blake. —Le dijo y salió para recibir a Eduardo.

En gran parte prefería que Barbara no estuviera, ese hombre hacía de confidente y era con el único que podía descargar sus frustraciones, a pesar de seguir ocultándole la mayor: Sophia.

Eduardo le dio un apretón de mano y Barbara entró con el café para los dos, despidiéndose luego con la mano. Bajó las persianas para evitar que fueran molestados y salió del lugar.

Se sentaron uno frente al otro esperando que alguno se decidiera a hablar.

Contra de todos pronóstico, Eduardo había ido a visitarlo después de esperar una semana que lo llamase pidiéndole hablar, pero se había equivocado, por lo que decidió ser él quien rompiera esa burbuja que se empeñaba en mantener. Bebió un poco de café, seguidamente lo miró a los ojos.

—Hace exactamente una semana entraba al hospital y te vi tirar a la basura un ramo de flores. En un principio me preocupé, pensé toda clase de posibilidades, pero al llegar a la habitación todo estaba normal y, por supuesto, mis hipótesis aumentaron. He esperado una semana pensando que me llamarías para hablar, tampoco fue así, por lo que he decidido venir hasta aquí para que me expliques qué ocurre.

Blake parpadeó varias veces, desprevenido se pasó la mano por el pelo, estaba a punto de enfrentarse a lo que tanto evitaba y tendría que contarle su mayor frustración. Cerró los ojos y suspiró con cansancio.

—No he podido olvidarla, por mucho que intento día a día tratar de hacerlo, me es difícil.

—¿Y qué es lo que te impide acercarte a Sophia? —preguntó sin tapujos.

—Su nueva vida —respondió.

—¿Su nueva vida? —repitió a modo de pregunta—Te seré sincero, su nueva vida, como dices, sigue siendo incompleta, pero no me corresponde a mí decirlo. Deberías meditar mis palabras.

Algunas veces quería entender a la juventud de esa época, solo entonces recordaba las dificultades que había vivido; quedaba hallar la forma de un encuentro de verdad, podría ahondar en eso de la nueva vida de Sophia. No quería seguir alimentando viejos prejuicios que tal vez fuesen lo que no le dejaban dar el paso. Prefería ser el artífice de oportunidades.

Bebió su café y pasó a modo despiste durante los siguientes treinta minutos, hablando sobre casos y temas de interés nacional y cuando vio que

había llegado el momento, fue a ello.

—A finales del mes próximo cumpla setenta años. —Los ojos del joven se posicionaron en el hombre—. Ángeles ha decidido celebrarlo en una casa en la playa, ha invitado a los más íntimos amigos. No tengo ni idea de cómo lo hará, el caso es que me gustaría que fueras, eres importante para mí, lo sabes bien. —Se levantó para dejarlo a solas y que meditase en silencio—. Te haré llegar la invitación. —Le estrechó la mano y se despidió.

De nuevo había dejado sin habla a Blake, no podía darle ninguna excusa, lo decepcionaría, Eduardo se había comportado como el padre que había perdido. Pero no deseaba ir, sería bastante incómodo y doloroso ver a Sophia en brazos de otro. Se levantó y caminó por toda la habitación negando con la cabeza.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Por qué me la juegas de esa manera? —gruñó. Se pasó la mano por la cabeza. Confuso, cogió sus llaves de un cajón para ir al único sitio en el que encontraría la paz que necesitaba, cerca del mar.

A finales de mayo, Sophia comenzaba a ver los resultados de la operación. Estaba ilusionada por haber cumplido otra meta de esa pequeña lista que se trazó el año anterior, así como también estaba más cerca de poder terminar su carrera. Se prometió que una vez que pudiera caminar mejor se metería de lleno en todo lo que tenía que ver con ese último semestre. A su vez, se incorporó a la academia de danza, otra de sus tareas pendientes.

Después de su operación volvió a la academia y les dio una charla a las futuras gimnastas, prometiéndoles que no sería la primera y así lo hizo, regresando las siguientes semanas y, sin darse cuenta, fue envuelta en el setenta cumpleaños de su abuelo. No dejó de escuchar a su abuela ir y venir agobiada por no encontrar la casa adecuada para celebrarlo.

Sin pasar por alto las discusiones que mantenía por la larga lista de invitados que terminó siendo una veintena de personas incluyendo a sus padres, tíos y primos. Intentó por todos los medios ignorar esa sensación el día que se atrevió a echarle una ojeada y ver el nombre de Blake en ella. La gran mayoría había confirmado. Evitó saber si él lo había hecho, prefirió dejar que el destino se encargara de sorprenderle. El día llegó y junto a ella el manejo de nervios en el que se convirtió su cuerpo.

—Sophia, ¿quieres irte con tus padres o con nosotros? —le preguntó Ángeles. Por mucho que quisiera disimular, se notaba que estaba más nerviosa de lo normal y eso solo tenía que ser por la presencia de Blake, que nunca le confirmó su asistencia. No obstante, mantenía la esperanza que lo haría por el aprecio que sentía por Eduardo.

—No lo sé —respondió mirando con nerviosismo.

—Ve con tus padres —le indicó subiendo al coche. La relación con Victor y Mel no era la misma desde que había descubierto la verdad. Por mucho que intentó seguir adelante, lo culpaba de haberla alejado de Blake.

La casa con salida a la playa daba cabida al regocijo y la intimidad que deseaba Eduardo. Fue difícil ponerse de acuerdo, pero cuando ambos vieron el lugar se enamoraron. Sophia se maravilló, era mejor de lo que mostraba las imágenes. Sin importar, se descalzó pasando por el salón comedor hasta llegar a la terraza, bajó unas escaleras hasta tocar la arena, quiso correr como nunca. Sin embargo, debía ser precavida por lo que sus pasos fueron rápidos.

Al tocar el agua con los pies, respiró con los ojos cerrados dejando que la brisa del mar acariciara su pelo. A pesar de llevar cinco meses en Florida, apenas había tenido tiempo de estar cerca del mar. Su corazón galopó, atrayendo las sensaciones que solo había sentido cuando estaba cerca de Blake. No quería hacerse ilusiones, no quería aferrarse a lo que estaba

sintiendo, aun así, estaba siendo más fuerte de lo que ella podía ignorar.

El atardecer trajo consigo una estampa que para todos fue preciosa, la casa se fue llenando a medida que iban llegando los invitados, algunos amigos íntimos, otros como Elena, Alice, Jenny, los chicos de U.P.B. Incluso Sophia se sorprendió al ver a Jhoanna aparecer, sin contar a Dylan, que había sido invitado por Ángeles. Era lo que Eduardo quería, compartir con los que para él eran parte de su familia.

Al pasar las horas, Eduardo se dio cuenta que le faltaba alguien importante, pero no podía reprocharle. Lo conocía, para Blake era más importante la felicidad de Sophia antes que la de él mismo.

A medio camino se detuvo sujetando con fuerza el volante, se enfrentaría a todos los Baute, no sabía cómo iba a recibirlo Victor y lo peor de todo era que no tenía idea cómo reaccionar cuando estuviera frente a Sophia. Dos semanas antes había recibido la invitación, trató de ignorarla dejándola a un lado. Al día siguiente volvía aparecer en el centro de su mesa y durante los siguientes días sucedió lo mismo. Se contuvo ante el impulso de despedir a Barbara por ser la artífice de esa macabra situación. En el fondo, cada día se engrandecía el deseo de ver de nuevo a la chica de ojos atigrados y almendrados.

Encendió el coche junto a las luces, ya era de noche, retomando el rumbo a la casa de la playa. Treinta minutos después, se bajaba jugueteando con las llaves que tenía en la mano, subió las escaleras, tocó el timbre y la primera que le abrió la puerta fue su hermana.

—¿Blake? —dijo Jenny sorprendida—. ¿Por qué no me dijiste que vendrías? Me hubiera ahorrado venir conduciendo.

—No me preguntaste —le dijo con burla. Jenny se cruzó de brazos y

enarcó una ceja.

—Llevas tantos meses ocupado que apenas recuerdas que tienes una hermana solitaria en el mundo —le reprochó—. No, espera —añadió—. Sí hemos hablado, cuando has querido saber de cierta chica que te empeñas alejar de tu vida.

—Tan directa como siempre —respondió viéndose descubierto.

—Tengo un gran maestro. —Sonrieron, le dio un beso en la mejilla, a la vez que Jackson se acercaba y lo saludaba con entusiasmo—. Estamos afuera con un juego que tengo que confesar que me tiene bastante entusiasmada, en un futuro cercano tendré muchos pacientes en mi consulta.

—¿Qué hay de malo en preguntar si fue primero el huevo o la gallina? —se defendió Jackson.

—¿Ves a lo que me refiero? —señaló Jenny cruzando el brazo con el de su hermano y empujándolo a que lo siguiera. Blake no podía explicar lo que estaba sintiendo dentro de sí, soltó aire varias veces hasta que la vio.

Llevaba el pelo más largo y sonreía con timidez. Llevaba un vestido con los hombros descubiertos que lo invitaban a volver a besarlos con lentitud como tantas veces lo había hecho cuando la estrechaba contra su cuerpo, escuchando el ronronear de su voz pidiéndole más y arqueando su cuerpo para entregarse a él. Parpadeó varias veces para evitar dejarse llevar por las emociones y cuando volvió a centrarse en el grupo, sus ojos se cruzaron y sintió que volvía a vivir.

Sophia no podía creerse que llevaran más de treinta minutos discutiendo preguntas tan absurdas como si el hombre dentro del disfraz de Mickey Mouse sonreía cuando hacían una foto. Eran tan extrañas ese tipo de preguntas que se pasaron el tiempo discutiendo sobre ello y cuando alzó los

ojos, lo vio.

Su cuerpo se erizó, sintiendo una ola de calor dentro de sí. Era como si acabara de montarse en una montaña rusa y todos sus sentimientos se agruparan de golpe y, a medida que se fue acercando, notó que sus manos comenzaban a sudar. Lo que tanto había esperado estaba sucediendo, de nuevo volvía a ver a Blake.

Se veía más maduro, llevaba el pelo un poco más corto, dejando entrever el tatuaje de su brazo, llevándola al instante de las veces que la rodeó con él. Junto al otro tatuaje que se atrevió a besar para luego correr a su pequeño neceser, sacar una tirita y ponérsela, indicándole que quería curarlo, quería cerrar esa brecha y sacar ese puñal sin importarle qué lo había llevado a tatuárselo.

—¡Blake! —gritó José. Todos miraron hacia él quedando el lugar en silencio—. Desde que te independizaste ya no te vemos el pelo. —Varios siguieron recibéndolo entre bromas.

—¡Hey, José! —respondió Blake un poco abrumado. Dándole un abrazo fraternal—. ¿Cómo van las clases?

—¿Cuáles? —preguntó burlón—. Todavía tengo niños traumatizados —añadió mirando a Blake y Sophia sin disimular. La joven se removió en su asiento y sonrió, un poco avergonzada por lo ocurrido en la escuela de arte. Blake saludó a cada uno como era debido hasta que llegó el turno de la chica de ojos atigrados. Ella se levantó con el corazón desbocado, cogiendo una bocanada de aire.

—Hola, Blake.

—Hola, nena —le dijo dejándose llevar por los impulsos que sintió en ese momento. Se miraron unos segundos.

Se acercó dándole un beso en la mejilla, tardando más de lo debido en

apartarse y conteniendo las ganas de besarla de nuevo. A cambio, se quedó prendado de la fragancia que tanto echaba de menos: fresas, bosque, dulces, como si retornara al templo que necesitaba estar.

—¡Oye, Blake! —gritó Larry interrumpiendo el instante—. Tenemos un juego interesante.

—¡Sí claro, muy interesante! —respondió Jhoanna, saludando a Blake con cariño—. Me alegra verte.

—A mí también. —Jhoanna había hecho las paces con Blake semanas después la exhibición. Le pidió perdón por su comportamiento obviando el detalle que Sophia y ella habían hablado con honestidad acerca de lo que sentían.

Lo poco que sabía era que cada uno había seguido su camino, a pesar de saber que mantenían sentimientos profundos hacia el otro. Miró de reojo a Sophia, que se había sentado estrujándose los dedos.

—No seas aguafiestas —le reprochó Larry—, seguro no tienes respuesta para esta. —Jhoanna puso los ojos en blanco y lo miró esperando saber qué iban a preguntar—. ¿De qué color es un camaleón mirándose al espejo?

—¿En serio? —dijo la chica y todos rieron comenzando a dar las respuestas.

Jhoanna se sentó al lado de Sophia, le palmeó el muslo, ella la miró, bajó la cabeza y comenzó a negar.

—Creí que podría mantener mis sentimientos a raya, pero es imposible— murmuró la joven.

—¿Y crees que él está tan tranquilo? —le preguntó Jhoanna—. Algo me dice que nunca en su vida había estado tan nervioso como ahora. —Sophia la miró de nuevo, a la vez que de reojo observó a Blake, que reía junto a Jackson y Larry.

Era el mejor momento de hablar después de tantos meses, de pedirle perdón por dejarse llevar y, a pesar de saber que debía hacerlo, no se atrevió. Se levantó, disculpándose y alejándose de todos en el mejor sitio, frente al mar. La noche había caído y con ella algunas estrellas acompañaban el firmamento. Se sentó en la arena reprochándose por no haber dado el paso, lo que sentía hacia él era tan inmenso que la desbordaba por completo.

Cuando su mano le había tocado brazo para saludarla su cuerpo exigió más, juró que pudo sentir la sangre recorrerle el cuerpo y la barba incipiente la trasladó a los momentos que él le besaba el cuerpo. Se abrazó a sí misma tratando de calmar lo que sentía.

La vio alejarse, disculpándose con cierto atropello y se debatió en si seguirla o no, bastante evidente era que todos supieran lo que había ocurrido entre los dos y se preguntó qué más daba lo que dijeran. Le dio la cerveza a Jackson y salió detrás, entrando a un camino corto que daba a la playa. Se quitó el calzado y siguió andando hasta llegar a su lado. Sin decir nada, se sentó y observó el mar.

Sophia no lo escuchó acercarse, solo vio los pies a su lado, su respiración se aceleró junto a su corazón, mantuvo con la mirada al frente sin atreverse a más, se mordió el labio, conteniéndose por girarse y abrazarlo. Blake se frotó la nuca a una situación desconocida para él.

—Me he preparado toda la vida para demostrar seguridad y cumplir mis metas, me he preparado para convencer a jurados y jueces, pero nunca me preparé para saber qué decir en situaciones como esta —confesó el joven sin perder más el tiempo, no servía de nada seguir dando largas cuando ambos tenían mucho que decir—. Y, a pesar de que estoy aquí, no sé por dónde empezar.

Sophia se giró hacia él, sus labios temblaban, evidenciando los nervios que recorrían su cuerpo. Blake evitó girarse, ya había dado el primer paso y ella volvió a mirar al mar, cerró los ojos suspirando en alto.

—Muchas veces me imaginé esta conversación en tantos lugares diferentes... Pero nunca sentados uno al lado del otro mirando al mar, como esa primera vez que nos tropezamos y, a pesar de que tenía miles de explicaciones, me he quedado en blanco. Por mucho que lo meditara, quien manda es mi corazón y desde hace meses esperaba la oportunidad para pedirte perdón. No puedo culpar a mis inseguridades ni a mis miedos, al fin y al cabo, viven en mí, son parte de mis errores, de permitirme perderte por no creer que sentías mucho más que una simple atracción por una joven que ni siquiera se quería a sí misma.

Su corazón se ralentizó, su cuerpo se relajó a la carga que llevaba en sus espaldas durante meses, sintiendo paz. Bajó la mano hasta la arena sin temer a nada de lo que pasara, ya no necesitaba escudarse, y volvió a mirar al frente dejándose llevar por el arrullo del oleaje.

Sus manos se tocaron sin proponérselo, entrecruzándose y aferrándose como si no quisieran nunca más separarse.

—No eres la única que erró, debí mantenerme firme con mis principios y contarte mis verdaderos miedos, mis prejuicios, no ocultarlos por temor a que te avergonzaras de lo que soy. Confieso que lo que viví a tu lado fue distinto, tantas primeras veces que me perdí por cumplir una sola meta. Jamás las olvidaré porque han sido las mejores de mi vida. Lamento retrasar este encuentro cada noche, las ganas de hacerlo las reprimía, porque estaba cansado de perder, pensé que era lo mejor, pero me equivoqué.

—Blake... —No tenía nada que perdonarle, no era tarde, lo amaba. No había podido dejar de hacerlo, soñaba cada noche con volver a reír a su lado

y descubrir miles de oportunidades de vivir—. Me gustaría que... — Escucharon a alguien venir y se giraron de inmediato, apartando sus manos, rompiendo de nuevo esa cercanía que solo ellos podían entender.

—¡Aquí estás! —dijo Dylan, que a medida que se fue acercando supo que había interrumpido algo importante, se detuvo sintiéndose idiota. Ese era el hombre del que estaba enamorada, pero al ver a Blake lo reconoció en seguida—. ¡Oye a ti te conozco! Eres el tío del ramo en el hospital. —Sophia se giró desconcertada a Blake, no podía ser cierto, «¿había ido al hospital?», se preguntó, «¿pero...?».

—¿Estuviste en el hospital, Blake?

—Sí —le dijo sin rodeos.

—¿Y por qué no terminaste de dar el paso?

—Conocí a tu chico y me contó que estabas muy ilusionada por su ramo.

—¿Qué? —dijeron Sophia y Dylan sorprendidos por las conclusiones que había llegado.

—¡Colega!, creo que... —Sophia lo interrumpió.

—Dylan, ¿puedes dejarnos unos minutos a solas? —El joven afirmó con la cabeza y se alejó unos cuantos metros. Sophia se levantó, al igual que lo hizo Blake, se miraron unos segundos sintiendo un pinchazo en sus corazones.

—Dime que eras tú a quien vi en U.P.B. —Blake afirmó con la cabeza—. ¿Por qué te fuiste? ¿De dónde diablos sacas que Dylan y yo somos pareja?

—Vi cómo te abrazaba ese día en U.P.B. y supuse que estabais saliendo juntos, luego fui al hospital y no dejó de hablar de ti en los dos minutos que coincidimos.

—Y asumiste que estábamos juntos.

Blake, solo en ese momento, supo que había metido la pata, se había dejado llevar por ese adolescente que seguía explorando situaciones y emociones que había dejado de lado.

—Lo siento, Sophia, me dejé llevar. He evitado a toda costa saber de ti pensando que era lo mejor y cuando di el paso me cegué, sacando mis propias conclusiones. —Sophia lo miró en lo que pareció el minuto más largo de su vida, secándose una lágrima que se le escapó.

—Adiós, Blake —le dijo dándole la espalda para volver sobre sus pasos hasta Dylan, que la abrazó mientras lloraba desconsolada.

Blake se pasó la mano por la cabeza, metió la mano en el bolsillo de su bermuda sintiendo las llaves de su coche y supo lo que debía hacer.

Cerca de dos meses después aparcaba el coche que había alquilado cercano al lugar. Había meditado sobre lo que haría y no era fácil para él. Un año atrás se había equivocado y había pagado las consecuencias de ello, viendo a su hija alejarse cada vez más. Sin embargo, el día del cumpleaños de su padre observó con detalle lo que ocurría entre Sophia y Blake. Ese instante en que se encontraron, ese nerviosismo que ella reflejaba en sus ojos brillantes, al igual ese joven que no dejaba de mirarla como si fuera la joya más preciosa que existía en el mundo. Solo dos personas que se amaban podían mirarse de esa forma.

Lo que pasó después era parte de lo que él había destrozado en su momento y, a pesar de que Sophia les hacía creer que seguía con su vida, notaba que no era así. Desconocía en qué estado estaría Blake. Por mucho que se hubiera equivocado y se dejase llevar por sus propias conclusiones era evidente que su hija lo seguía amando. Abrió la puerta del despacho observándolo con detenimiento. Una sencilla oficina que indicaba el

comienzo de un sueño, un archivador de color negro que combinaba con una mesa minimalista, una repisa con libros que imaginó que eran sobre leyes, un cristal que dividía ese pequeño rincón de la administrativa y la habitación principal, unas cuantas sillas pegadas a la pared y, al fondo, una segunda puerta. Una mujer con el cabello con tonos malvas y rojizo se acercó.

—Buenas tardes, ¿necesita información o asesoramiento?

—Me gustaría hablar con el señor Clark.

—Disculpe, pero ¿tiene cita? ¿Podría decirme su nombre?

—Preferiría omitirlo. —Barbara, desconcertada al misterio, sonrió nerviosa.

—Un momento, veré si puede atenderlo. —Se alejó con rapidez, tocó la puerta y entró enseguida. Blake, extrañado a su actitud, esperó que le dijese qué ocurría.

—Hay un hombre bien vestido afuera, me ha dicho que desea hablar contigo y ha preferido omitir su nombre. El caso es que, sé quién es, el parecido es evidente, pero me pregunto si estás preparado para una visita como esta.

Blake frunció el ceño a tanta palabrería y misterio, no estaba de humor para eso, había perdido un caso por primera vez desde que había creado su bufete y no estaba preparado. Fuera quien fuera le daba igual.

Lo atendería y luego se iría a correr, llevaba dos meses haciéndolo, descargando su frustración con ello. Cada noche lamentaba no haber detenido a Sophia y haberle pedido que olvidara todo para darse una otra, pero había hecho lo más cobarde que cualquiera hacía, huir.

—Hazlo pasar.

—¿Seguro? —preguntó Barbara.

—Había jurado que la inquisición fue hace tres siglos, no me he enterado de que la rescataran.

—Últimamente nadie te aguanta —le indicó ofendida. Se dio la vuelta, abrió la puerta y se dirigió a Victor Baute—. El señor Clark alias “me he vuelto un ser huraño” lo espera en su despacho. —Victor le dio las gracias sin comprender esa ironía y la siguió.

Blake lo esperaba para estrecharle la mano y dudó si hacerlo. La última vez que se habían visto, no habían terminado de buenas maneras. El hombre comprendió la sorpresa que era su visita inesperada y prosiguió con lo que lo había llevado hasta allí.

—¿Me permites sentarme? —Blake señaló la silla y se sentó al otro lado de la mesa—. Seré breve y directo. Estoy aquí por mi propia cuenta, debí hacer esta visita mucho antes, pero no encontraba las fuerzas necesarias para desechar mi orgullo. No es fácil para un padre ver a su hija sufrir y pasar por un proceso traumático como el que vivió Sophia. Destrozarte la cabeza durante semanas intentando que volviera a ser como la chica de antes ignorando esa vocecilla que te decía que jamás volvería a serlo, por lo que cometí varios errores.

»El primero fue creer que reabrir el caso lograría que levantara cabeza y luchara por la justicia que yo creí que todos querían tener, cuando lo que en realidad sentía era culpa por un joven que amó a mi hija como lo hizo Kenneth.

»No le di el lugar que le correspondía, dejándome llevar por los triunfos y premios, como padre orgulloso de su hija, sin darme cuenta lo que necesitaba. Eso me llevó al otro error: el de ocultárselo y exigirle a todos que lo hicieran pensando que, con los meses, cuando se recuperara, podría afrontarlo. Y esa idea me llevó a mi tercer error, el más grave, creer que la conocía y que podía

seguir dirigiendo su vida como cuando era una niña. Tal vez por ello, cuando me di cuenta de que volvía a tener fe en la vida y que soñaba con un nuevo futuro hasta que supe que eras parte de su vida, fui a por ti de la forma más vil.

»Te pido perdón por comportarme de forma tan despreciable, sabiendo cuánto te ha costado llevar sobre tus hombros el peso de la felicidad familiar. Quizá me sentí celoso de que alguien que sabía que era el sacrificio por su familia se propusiera demostrarle que la vida valía la pena, dedicándose en cuerpo y alma a demostrárselo y, con ello, atrapó su corazón. Me sentí fracasado al no haber entendido su grito silencioso, dedicándome a creer que solo eran momentáneos cuando la empujaba a caer más y más.

»Después de ese lamentable día, la Sophia que volvió a Durham era distinta a la que se había ido, enfrentándose a sus demonios y enfrentándose a todos con un solo propósito, encontrar la forma de amar la vida. Se encargó de despedir a Frank Clifford del caso y buscó a compañeros de Kenneth para que lo llevaran con la única idea de que lucharían con el corazón por su amigo; no se equivocó. Lo que nunca llegué a imaginar fue lo difícil que sería para ella ser testigo y me lamenté de mis errores, sobre todo ese día que intuí que deseó que estuvieras a su lado y no estabas, en parte, por mi culpa.

»El día del cumpleaños de mi padre creí que esta conversación no sería necesaria, que volveríais a intentarlo. He intentado no opinar ni volver a interponerme, pero, de nuevo, el amor que siento por mi hija me ha hecho tragarme mi orgullo y presentarme aquí. Sé que estás convencido que ya no hay nada que arreglar, pero el que me dejaras hablar y la tristeza que reflejan los ojos de Sophia me demuestra que aún seguís sintiendo eso tan profundo que os unió.

»El viernes será su graduación, sería un honor tenerte en ella, mis padres te consideran como un hijo y sé que a ellos le gustaría volverte a ver. Sé que

es difícil perdonar y aún más olvidar, eres un hombre honorable y siéntete orgulloso de todo lo que has logrado, por ello te mereces ser feliz y darte otra oportunidad.

Se levantó, alargó el brazo esperando que le estrechara la mano, Blake se inclinó y lo hizo. Victor se despidió y cerró la puerta.

Blake se sentó, tenía a menudo confesiones que llegaban a ser difíciles, pero esta no solo era difícil, sino que derrumbaba todos los muros que había interpuesto para alejarse definitivamente de Sophia.

??

Marian regresaba a Florida después de su última competición, en la que se había llevado el oro. Feliz por ello y orgullosa por su amiga, aceptó ese sacrificio con la única intención de ayudarla a escoger su vestido. Sophia solo quería uno y la gimnasta insistió en dos, recordándole que no solo era la graduación., seguido de ese acto se irían a festejarlo en la mejor disco de la ciudad. Rio ante los intentos de su amiga de subirle el ánimo, pero desde ese encuentro con Blake sentía una brecha en su corazón.

Recorrieron varias tiendas hasta encontrar un vestido como quería: corto, ceñido al cuerpo con un nudo en la cintura y de un azul intenso. El otro dejó que lo escogiera Marian y se decantó por uno a la altura de la rodilla de color beige grisáceo con un bonito bordado y falda evaporada.

En cuanto vio volar su birrete por los aires, su meta estaba cumplida y agradeció por primera vez a la vida por darle la oportunidad de lograrlo.

Victor recibió un pequeño sobre con una nota antes de que terminara el acto. La abrió, la leyó, miró a los lados y sonrió.

—¿Qué es? —preguntó Mel desconcertada.

—¿Tendrás paciencia para guardar un secreto? —le dijo dándole un beso en los labios.

Tras miles de fotos y una comida familiar que se alargó hasta la tarde, regresó con Marian a casa de los Baute. Allí se esmeró para que luciera espléndida, no entendía para qué, pero tampoco quería quitarle la ilusión. Esperó a que se cambiara y cuando lo hizo, subieron al coche. En ese instante su móvil comenzó a sonar y vio que era Ángeles.

—Dime que aún estás en casa —preguntó con disimulo.

—Estoy encendiendo el motor.

—Pregunta a la dictadora que tienes como amiga si podría meter en su ruta pasar por la asociación y traer el pendrive donde está el formato de la invitación del evento, quiero dejar eso zanjado el día de hoy.

—Marian, pregunta mi abuela si podemos pasar por U.P.B. para dejarle un pendrive.

—¡Está bien! —dijo fingiendo aburrimiento—. Si no queda otra...

—¿Dónde está exactamente? —preguntó de nuevo la joven. Conocía la dedicación que tenía su abuela a U.P.B., pero comenzaba a pasarse de la raya, eran cerca de las nueve de la noche, no podía seguir trabajando.

—¿Se les ha olvidado algo? —preguntó Mel.

—Abuela me ha pedido que le llevara un pendrive.

—¡Hay que ver que mi madre espera el momento indicado para recordar cosas! —indicó Victor mientras sujetaba la mano de su mujer, que apretaba los labios evitando que se le escaparan las lágrimas.

Entró al despacho y abrió un cajón encontrando el pendrive, al cogerlo vio un sobre con su nombre en grande. Lo sacó pensando que sería algún regalo de sus abuelos, lo abrió desdoblado el papel y lo que leyó a continuación hizo que se sujetara de la mesa.

«Acepté mostrarte muchas formas de aprender a vivir, sin embargo,

olvidé aprender la oportunidad de saber cuándo se necesita pedir perdón».

Su corazón de nuevo le imploró, tragó saliva llevándose la nota al pecho. La dobló cogiendo el pendrive y salió del despacho.

—Buenas noches, Sophia —dijo Victor. No le respondió, su mente y su alma comenzaban a unirse en busca de esa necesidad que tanto anhelaba, subió al coche con la nota aún en la mano.

—Necesito que conduzcas, Marian.

—¿Por qué? —preguntó haciéndose la sorprendida.

—¡Solo hazlo!

—Está bien —respondió siguiendo el plan establecido. Salieron del coche intercambiando puestos, se pusieron los cinturones de seguridad y Marian encendió el motor—. ¿A dónde vamos, nena? —Sophia se giró abriendo los ojos y miró de nuevo al frente. Marian se mordió el labio evitando soltar lo que sabía, pero con esa última palabra se aferró para que terminase de arriesgarse.

—Bongo's.

Marian sonrió y se puso en marcha, no iba a presionarla, sabía que necesitaba esos minutos para reunir toda la fuerza necesaria y solo ella era la que tenía que seguir dando los pasos. Treinta minutos después aparcaron cerca de la discoteca.

—¿Por qué aparcas aquí? —preguntó Sophia.

—Porque me parece que es lo más cerca que te puedo dejar.

—¿Qué? —Marian se quitó el cinturón de seguridad alargando el brazo y abriendo la puerta.

—¡Anda, bájate! Odiaría que me multen por vuestra culpa. —Sophia, abrumada, se quedó sentada. Marian le dio unos cuantos empujones,

obligándola a salir—. No olvides que quiero los detalles. —Encendió el motor y siguió.

Su corazón iba a mil por hora. De espaldas al mar, solo tenía que girarse y su vida cambiaría a lo que soñaba, se mordió los labios y sonrió llena de ilusión. Se giró, respiró con profundidad y lo vio de pie mirando el mar. El primer paso lo dio con temor y, a medida que avanzaba, se llenaba de seguridad hasta estar a su lado y mirar esa unión que tenía el firmamento y el océano.

Esa noche sí había estrellas y la luna estaba en lo alto, brillando como nunca la había visto. Durante el camino estuvo a punto de pedirle a Marian que diera la vuelta... Ya le reprocharía por confabularse. A pesar de que la adrenalina corría por su cuerpo y su corazón latía con rapidez, estar allí era lo único que necesitaba.

—Una vez me dijiste que no sabías si funcionaría —comenzó diciendo Sophia—. Hoy retomo esas palabras añadiendo que estoy dispuesta a arriesgarme.

Blake sujetó su mano y la apretó, solo necesitaba ese instante para saber que estaba vivo y que lucharía contra todo por hacerla feliz. Se giró y le acarició el rostro.

Sophia cerró los ojos dejando que las sensaciones se unieran en una sola, la estrechó entre sus brazos y juntos sintieron sus corazones ralentizarse.

No podía seguir reprimiendo sus deseos y, con lentitud, se acercó sus labios y la besó. Un beso sublime, cargado de promesas que juraba no romper. Saboreó sus labios dulces y tentadores y se apartó de nuevo, admirando esos ojos atigrados que lo capturaron desde el primer instante.

—Y yo estoy dispuesto a que encontremos miles de oportunidades de amar.

FIN

Agradecimientos

Es difícil encontrar las palabras de agradecimiento para muchas personas que siempre me han apoyado hasta su último aliento. Por ello, uno de los personajes lleva su nombre, como reconocimiento a esa semilla que dejó.

Al igual aquellos que han dejado de creer en la vida, por recordarnos que actualmente en la sociedad existen miles de personas que piden a gritos ser escuchadas y a las que, lamentablemente, por prejuicios, por orgullo y por zafarnos del problema, dejamos de lado. A pesar de que ya no estás, siempre estarás en mis pensamientos, dejándome una enorme enseñanza, Eduardo.

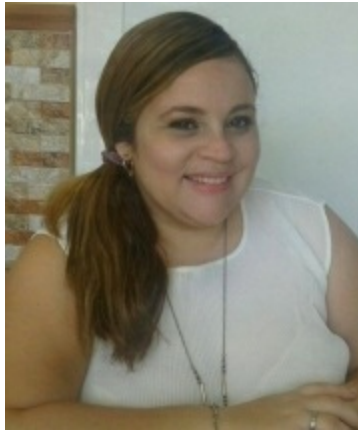
A mis chicas, ellas saben quiénes son, que luchan cada día por hacernos un hueco en un mundo tan competitivo como la literatura.

A María Vanesa, Lisbeth, Adriana, Marian, que me ayudaron con conocimientos de medicina, gimnasia y dudas con respecto a leyes y estudios universitarios en los Estados Unidos, gracias por soportarme las preguntas una y otra vez.

A Bárbara Padrón, por su paciencia en mi despiste, a Lucía, por ayudarme en dudas en corrección y a Ángela, por confiar una vez más en mí.

A ti, lector, por confiar en mí al leer esta historia, gracias.

Biografía



Nació en Venezuela un caluroso julio. Proviene de una familia que al parecer cada generación necesita experimentar nuevos horizontes, y de su infancia recuerda siempre a sus abuelos leer, pero lo que le marcó esas ganas de escribir fue el instituto.

Su profesor de Literatura le abrió las puertas de la imaginación, inculcándole el amor a la lectura y recreando ensayos. Estudió ingeniería en Venezuela, momento en el que se atrevió a comenzar a escribir pequeños relatos que solía pasar a sus amigos por correo electrónico, sin decir de dónde provenían.

Grandes cambios en su vida hicieron que dejase a un lado esa parte que la llenaba, y un buen día, el amor logró que cruzara el océano donde asentó sus raíces. Estudió administración y comprendió que había llegado la oportunidad para poder lograr su sueño: escribir.

Facebook

<https://www.facebook.com/JossyLoes/>

Grupo en Facebook

Las chicas McDaniels

Twitter

@JossyLo03

Instagram

@jossyLoes

Otras publicaciones



Diana Calderón es una joven con una carrera que ama, pero no progresa debido al apellido que la precede y a la burbuja en la que vive.

El día de su boda se da cuenta de que su vida está vacía, no era lo que una vez soñó. Sin pensarlo, huye de la iglesia humillando a su familia y al que sería su futuro esposo. Con la ayuda de su mejor amigo, toma una decisión trascendental: comenzar desde cero y perseguir sus sueños.

Acepta cruzar el océano, cambiar parte de su aspecto, aterrizar en Nueva York y, con un nuevo nombre, pretende ser una mujer distinta a la que dejó en Madrid, pero el destino le tiene preparadas varias sorpresas.

La primera: tropezarse con el hombre con la peor reputación que hubiese conocido.

Y la segunda: que ese hombre llamado Alex McDaniels se convierta en su jefe.

Ambos se declaran la guerra el día que se conocen, comenzando un juego de desafíos constantes en el que nacerá una fuerte atracción que rozará el límite

de la confianza y el orgullo, y aprenderán a reconocer el verdadero amor rompiendo todas las barreras que se interponen para llegar a sus corazones.



Una familia marcada por la indiferencia y el desprecio. Una relación destinada a la oscuridad.

Las vidas de Susana y Jonathan estaban llenas de reproches y desplantes por parte de sus padres, lo que propició que buscaran apoyo el uno en el otro y que un pequeño rayo de luz se colara de la forma más inapropiada posible. Cuando maduraron y todo dejó de ser tan inocente, Jonathan se marchó a la capital, intentando distanciarse de esos sentimientos prohibidos.

Ahora, cuatro años después, ambos se reencontrarán.

¿Podrán las vidas de estos dos jóvenes unirse a pesar de todo lo que tienen en contra? ¿Lucharán por lo que sus corazones gritan o fingirán una normalidad que están lejos de sentir?

Cuando es puro y verdadero, ¿dónde están los límites del amor?

[1] La malla que se usa como vestimenta en la gimnasia rítmica.

[2] La secuencia de movimiento circular del tronco.

[3] Se realiza una vuelta completa del cuerpo con una pierna estirada y el pie en relevé y la otra flexionada tocando con la punta del dedo gordo del pie, la rodilla de la pierna de soporte.

- [4] Posición básica de ballet.
- [5] Ejecuciones de movimientos con aparatos de gimnasia rítmica.
- [6] Cigarrillo hecho con algún tipo de droga.
- [7] Banda estadounidense de rock.
- [8] Pantalla transparente que presenta información al usuario de tal forma que este no debe cambiar su punto de vista para ver dicha información.
- [9] Lugar ficticio.
- [10] Giro sobre una pierna cuyo pie se estira y vuelve a su posición normal durante las vueltas.
- [11] De Plagio.
- [12] Un paso fundamental en la danza, es uno de los primeros movimientos que se realizan al empezar la clase.
- [13] Pasos de ballet.
- [14] Paso de ballet.
- [15] Abuela.
- [16] *Bucatini*, una especie de espagueti con un agujero hueco en su interior.
- [17] Una de las avenidas más concurridas de Miami.
- [18] Posición de ballet.
- [19] Película del antiguo oeste.
- [20] Restaurante ficticio.
- [21] Película de género [romántico](#) de 1987 con números de baile.
- [22] Los Oompa Loompa son personajes ficticios del libro *Charlie y la fábrica de chocolate* del autor británico Roald.
- [23] Posición de ballet en la que las piernas se cruzan una en frente a la otra delicadamente y sin espacio libre entre ellas. Es una quinta posición de pies apretada en relevé.
- [24] Personaje de ficción.
- [25] Empresa ficticia.